# VOLUMEN CUARTO

NACIMIENTO Y VIDA OCULTA
DE MARÍA Y JESÚS
Capítulos 1–43

PRIMER AÑO
DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS
Capítulos 44–140

SEGUNDO AÑO
DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS
Capítulos 141–312

TERCER AÑO
DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS
Capítulos 313–540

PREPARACIÓN
A LA PASIÓN DE JESÚS
Capítulos 541–586

PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS
Capítulos 587–613

GLORIFICACIÓN
DE JESÚS Y MARÍA
Capítulos 614–649

Maria Valtorta

# EL EVANGELIO COMO ME HA SIDO REVELADO

Traducido del italiano
por Alberto Giralda Cid

VOLUMEN CUARTO
Capítulos 226-295

CENTRO
EDITORIALE
VALTORTIANO

*Todos los derechos reservados*

*Título original:*
L'Evangelo come mi è stato rivelato
Volume Quarto, Capitoli 226-295

*Traducción del italiano de*
Alberto Giralda Cid

© Centro Editoriale Valtortiano srl., 1997
Viale Piscicelli 89-91
03036 Isola del Liri - Italia

ISBN 88-7987-024-6
ISBN 88-7987-031-9
(Obra completa de 10 volúmenes)

*Fotocomposición e Impresión:*
Centro Editoriale Valtortiano srl

Diseño de cubierta de Piero Luigi Albery,
con retrato de Santiago de Zebedeo dibujado por Lorenzo Ferri
bajo la dirección de Maria Valtorta.

Reprinted in Italy, 2002

## NOTA DEL EDITOR

La presente edición de la Obra mayor de María Valtorta es la traducción en lengua española, llevada a cabo por Alberto Giralda Cid, de la tercera edición italiana.

El título, *El Evangelio como me ha sido revelado*, traduce el de la edición francesa, *L'Evangile tel qu'il m'a été révélé*, y el de la tercera edición italiana, *L'Evangelo come mi è stato rivelato*, inspirados ambos en las indicaciones originarias de María Valtorta.

El precedente título, *El Hombre-Dios*, correspondiente a la edición traducida por Juan Escobar, era la traducción simplificada del título *Il poema dell'Uomo-Dio*, el cual, a pesar de no haber sido enunciado por María Valtorta, dio nombre a las dos primeras ediciones italianas.

Esta nueva edición española se compone de 10 volúmenes, como la tercera italiana, de la que toma, además del título, las principales características.

Cada uno de los volúmenes se abre con el texto unificado de los cuatro Evangelios correspondiente a los capítulos contenidos en el volumen.

Los capítulos están numerados en serie progresiva desde el primer volumen hasta el décimo. Cada capítulo ha sido dividido, a su vez, en fragmentos numerados, llamados parágrafos, que presentan una completitud textual. Los números del capítulo y del parágrafo, separados por un punto, aparecen en el margen externo de las páginas.

Las notas que no llevan la sigla *NdT* (nota del traductor) son traducción de notas de la tercera edición italiana; en ellas, la sigla *MV* significa *María Valtorta*, y *D* significa *Director de la edición italiana*.

# TEXTO UNIFICADO
# DE LOS CUATRO EVANGELIOS

# Texto unificado de los cuatro Evangelios

en relación a los capítulos del Cuarto Volumen
de la Obra valtortiana (*)

## 226-229

228.1 ***Mc 5, 21-24 [Lc 8, 40-42].*** Habiendo pasado Jesús otra vez con el barco a la opuesta orilla, concurrió gran muchedumbre de gente 230
a su encuentro; y, estando todavía en la ribera del mar, vino en busca de él uno de los príncipes de la sinagoga, llamado Jairo, el cual, luego que le vio, se
229.2 arrojó a sus pies suplicándole [que viniese a su casa, porque tenía una hija única de cerca de doce años de edad, que se estaba muriendo.] Y con muchas instancias le hacía esta súplica: «Mi hija está a los últimos: ven, y pon sobre ella tu mano para que sane y viva». Fuese con él, y en su seguimiento mucho tropel que le apretaba.

***Mt 9, 20-22 [Mc 5, 25-34; Lc 8, 43-48].*** Cuando he aquí que una mujer que hacía ya doce años que padecía flujo de sangre, [y había sufrido mucho en manos de varios médicos, y gastado toda su hacienda sin el menor alivio, antes lo pasaba peor, oída la fama de Jesús,] vino por detrás y tocó el ruedo de su vestido. Porque decía ella entre sí: «Con que pueda solamente tocar su vestido, me veré curada». [De repente aquel manantial de sangre se le secó, y percibió en su cuerpo que estaba ya curada de su enfermedad. Al mismo tiempo Jesús, conociendo la virtud que había salido de él, vuelto a los circunstantes, decía: «¿Quién ha tocado mi vestido?».] [Excusándose todos, dijo Pedro con sus compañeros: «Maestro, un tropel de gentes te comprime, y sofoca, ¿y preguntas: quién me ha tocado?». Pero Jesús replicó: «Alguno me ha tocado; pues yo he sentido salir de mí cierta virtud».] [Mas Jesús proseguía mirando a todos lados, para distinguir la que había hecho esto.] [Entonces la mujer, viéndose descubierta,] [sabiendo lo que había experimentado en sí misma, medrosa y temblando, se acercó, y, postrándose a sus pies,] [declaró en presencia de todo el pueblo la causa por que le había tocado, y cómo al momento había quedado sana.] Mas volviéndose Jesús, y mirándola, dijo: «Hija, ten confianza, tu fe te ha salvado [, vete en paz, y queda libre de tu mal]». En efecto, desde aquel momento quedó curada la mujer.

***Mt 9, 18-19 y 23-26 [Mc 5, 35-43; Lc 8, 49-56].*** En esta conversación estaba, [cuando vino uno a decir al jefe de la sinagoga: «Tu hija ha muerto, no molestes ya al Maestro»], cuando llegó un hombre principal, que, postrándo-

---

(*) Los cuatro Evangelios están íntegramente transcritos en este texto, unificado por Emilio Pisani según el orden de la narración valtortiana. En presencia de pasos paralelos, el texto unificado reseña por entero el primero de ellos y lo completa con las partes nuevas de los otros, insertadas entre corchetes.

Los números grandes puestos a la derecha hacen referencia a los capítulos de la Obra valtortiana: su colocación, dentro de los pasos evangélicos o fuera de ellos, indica la presencia o la ausencia de la correlación entre la Obra valtortiana y el texto evangélico. Los números pequeños colocados en el margen izquierdo hacen referencia a pasajes valtortianos e indican su relación con pasajes evangélicos, prescindiendo del orden de la narración.

El texto de los cuatro Evangelios ha sido tomado de: *Nuevo Testamento*, Editorial Herder, Barcelona 1962, y corresponde a la versión italiana usada por María Valtorta.

se, le dijo: «Señor, una hija mía está a punto de morir; pero ven, impón tu mano sobre ella, y vivirá». Levantándose Jesús [así que lo oyó, dijo al padre de la niña: «No temas, basta que creas, y ella vivirá»]; y le iba siguiendo con sus discípulos. [Y no permitió que le siguiese ninguno, fuera de Pedro, y Santiago, y Juan, el hermano de Santiago.]

Venido Jesús a la casa de aquel hombre principal, y viendo a los tañedores de flautas y el alboroto de la gente, decía: «[¿De qué os afligís tanto y lloráis?] Retiraos, pues no está muerta la niña, sino dormida». Y hacían burla de él [sabiendo que estaba muerta]. Mas, echada fuera la gente, Jesús [tomó consigo al padre y a la madre de la muchacha, y a los que estaban con él,] entró [a donde la muchacha yacía], tomó de la mano la niña, [le dice: «Talita cumi» es decir: «muchacha, levántate, yo te lo mando»]. [Y volvió su alma al cuerpo,] y ella se levantó [y echó a andar]. [Y Jesús mandó que le diesen de comer. Y quedaron sus padres llenos de asombro, a los cuales mandó que a nadie dijesen lo que había sucedido.] Y divulgóse el suceso por todo aquel país.

## 231

***Mt 9, 27-34.*** Partiendo Jesús de aquel lugar, le siguieron dos ciegos, gritando, y diciendo: «Hijo de David, ten compasión de nosotros». Luego que llegó a casa, se le presentaron los ciegos. Y Jesús les dijo: «¿Creéis que yo puedo hacer eso?». Dícenle: «Sí, Señor». Entonces les tocó los ojos, diciendo: «Según vuestra fe, así os sea hecho». Y se les abrieron los ojos; mas Jesús los conminó, diciendo: «Mirad que nadie lo sepa». Ellos, sin
232.9 embargo, al salir de allí, lo publicaron por toda la comarca.

## 232

Salidos éstos, le presentaron un mudo endemoniado. Y, arrojado el demonio, habló el mudo, y las gentes se llenaron de admiración, y decían: «Jamás se ha visto cosa semejante en Israel». Los fariseos, al contrario, decían: «Por arte del príncipe de los demonios expele los demonios».

***Lc 15, 1-7.*** Solían los publicanos y pecadores acercarse a Jesús para oírle, y los fariseos y escribas murmuraban de esto diciendo:
97.7 «Mirad cómo se familiariza con los pecadores, y come con ellos». Entonces les
232.2 352.7 propuso esta parábola: «¿Quién hay de vosotros que, teniendo cien ovejas, y
380.4 habiendo perdido una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y no va en busca de la que se perdió, hasta encontrarla? En hallándola, se la pone sobre los hombros muy gozoso; y, llegado a casa, convoca a sus amigos y vecinos, diciéndoles: "Regocijaos conmigo, porque he hallado mi oveja, que se me había perdido". Os digo que a este modo habrá más fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia».

## 233

## 234-235

232.4 ***Lc 7, 36-50.*** Rogóle uno de los fariseos que fuera a comer con él. Y, habiendo entrado en casa del fariseo, se puso a la mesa.

## 236

Cuando he aquí que una mujer pecadora de la ciudad, luego que supo que se había puesto a la mesa en casa del fariseo, trajo un vaso de alabastro lleno de perfume; y, arrimándose por detrás a sus pies, comenzó a bañárselos con sus lágrimas, y los limpiaba con los cabellos de su cabeza y los besaba, y derramaba sobre ellos el perfume.

Lo que viendo el fariseo que le había convidado, decía para consigo: «Si este hombre fuera profeta, bien conocería quién y qué tal es la mujer que le está tocando: una mujer de mala vida». Jesús, respondiendo, dícele: «Simón, una cosa tengo que decirte». «Di, maestro» respondió él. «Cierto acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, perdonó a entrambos la deuda. ¿Cuál de ellos, le amará más?». Respondió Simón: «Hago juicio que aquel a quien se perdonó más». Y díjole Jesús: «Has juzgado rectamente». Y, volviéndose hacia la mujer, díjole a Simón: «¿Ves a esta mujer? Yo entré en tu casa, y no me has dado agua para mis pies; mas ésta ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo; pero ésta desde que llegó no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza; y ésta ha derramado perfumes sobre mis pies. Por esto te digo: Le son perdona-
236.7 dos sus muchos pecados, porque ha amado mucho; pues aquel a quien poco se le perdona, poco ama».

En seguida dijo a la mujer: «Perdonados te son tus pecados». Y luego los convidados empezaron a decir interiormente: «¿Quién es éste, que también perdona pecados?». Mas él dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado: vete en paz».

***Mt 9, 35-38.*** Y Jesús iba recorriendo todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, y predicando la buena nueva del reino y curando toda dolencia y toda enfermedad. 237

Y al ver aquellas gentes se compadecía entrañablemente de ellas, porque
278.6 estaban acosadas y decaídas, como ovejas sin pastor. Sobre lo cual dijo a sus discípulos: «La mies es verdaderamente mucha; mas los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe operarios a su mies».

***Mt 13, 44.*** «Es también semejante el reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo, que si lo halla un hombre, lo encubre y, gozoso del hallazgo, va y vende todo cuanto tiene, y compra aquel campo».

238

***Mt 13, 45-52.*** «El reino de los cielos es asimismo semejante a un mercader que trata en perlas finas; y viniéndole a las manos una de gran valor, va y vende todo cuanto tiene, y la compra. 239

También es semejante el reino de los cielos a una red que, echada en el mar, allega todo género de peces, la cual, en estando llena, sácanla los pescadores y, sentados en la orilla, van escogiendo los buenos y los meten en sus cestos, y arrojan los de mala calidad. Así sucederá al fin de los tiempos: saldrán los ángeles y separarán a los malos de entre los justos, y los arrojarán en el horno del fuego: allí será el llanto y el crujir de dientes.

¿Habéis entendido bien todas estas cosas?».

«Sí» le respondieron.

Y él añadió: «Por eso todo doctor, instruido en lo que mira al reino de los
246.1 cielos, es semejante a un padre de familia, que va sacando de su cofre cosas nuevas y cosas antiguas».

240

*Lc 15, 8-10.* «O, ¿qué mujer, teniendo diez dracmas, si pierde una, no enciende luz, y barre bien la casa, y lo registra todo, hasta dar con ella? Y en hallándola convoca a sus amigas y vecinas, diciendo: "Alegraos conmigo, que ya he hallado la dracma que había perdido". Así os lo digo yo que harán fiesta los ángeles de Dios por un pecador que haga penitencia». 241

242-244

*Mt 13, 53-58 [Mc 6, 1-6].* Cuando hubo concluido Jesús estas parábolas, partió de allí [y le seguían sus discípulos]. Y, pasando a su patria, [llegado el sábado,] se puso a enseñar en las sinagogas de sus naturales, de tal manera que [muchos de los oyentes] no cesaban de maravillarse [de su sabiduría], y se decían: «¿De dónde le ha venido a éste tal sabiduría y tales milagros? Por ventura ¿no es el hijo del carpintero? ¿Su madre no es la que se llama María? ¿No son sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? ¿Y sus hermanas no viven todas entre nosotros? ¿De dónde le vienen, pues, todas esas cosas?». Y estaban escandalizados de él. 245-246

Pero Jesús les dijo: «No hay profeta sin honra, sino en su patria y en la propria casa [y entre su parentela]». En consecuencia, hizo aquí pocos milagros, a causa de su incredulidad [y curó solamente algunos pocos enfermos imponiéndoles las manos. Y admirábase de la incredulidad de aquellas gentes, y andaba predicando por todas las aldeas del contorno].

247-262

*Mt 12, 9-14 [Mc 3, 1-6; Lc 6, 6-11].* Habiendo partido de allí, [otro sábado] entró en la sinagoga de ellos [y púsose a enseñar. Hallábase allí] un hombre que tenía seca una mano, y preguntaron a Jesús, para acusarle, si era lícito curar en sábado. Mas él les dijo: «¿Qué hombre habrá entre vosotros, que tenga una oveja, y si ésta cae en una fosa en sábado, no la levante y saque fuera? Pero ¡cuánto vale más un hombre que una oveja! Luego es lícito el hacer bien en día de sábado». 263

[Y los escribas y fariseos le estaban acechando, a ver si curaría en sábado, para tener de qué acusarle. Pero Jesús, que penetraba sus pensamientos, dijo al que tenía seca la mano: «Levántate y ponte en medio». Levantóse y se puso en medio. Díjoles entonces Jesús: «Tengo que haceros una pregunta: ¿es lícito en los días de sábado hacer bien o mal? ¿salvar a un hombre la vida o quitársela?».] [Mas ellos callaban.]

Entonces, [clavando en ellos sus ojos llenos de indignación, y deplorando la dureza de sus corazones,] dijo al hombre: «Extiende esa mano». Estiróla, y

quedó sana como la otra. Mas los fariseos, [llenos de insensatez,] en saliendo, tuvieron consejo [con los herodianos] contra él sobre la manera de perderle.

269.1 ***Mt 12, 15-21.*** Pero Jesús, que lo supo, se retiró: y muchos le siguieron, y a todos curó; y les previno que no le descubriesen, para que se cumpliera la profecía de Isaías que dice: «Ved ahí el siervo mío, a quien yo tengo elegido, el amado mío, en quien mi alma se ha complacido plenamente. Pondré sobre él mi espíritu, y anunciará la justicia a las naciones. No contenderá con nadie, no voceará ni oirá ninguno su voz en las plazas. No quebrará la caña cascada, ni acabará de apagar la mecha humeante, hasta que haga triunfar la justicia. Y en su nombre pondrán las naciones su esperanza».

## 264

***Mt 10, 1-42 [Mc 6, 7-13; Lc 6, 40; 9, 1-6].*** Después de esto, habiendo convocado a sus doce discípulos, les dio [autoridad sobre todos los demonios y] potestad para lanzar los espíritus inmundos y curar toda
265.14 especie de dolencias y enfermedades [y comenzó a enviarlos de dos en dos] [a predicar el reino de Dios, y a dar salud a los enfermos].

## 265

Los nombres de los doce apóstoles son éstos: el primero, Simón, por sobrenombre Pedro, y Andrés su hermano; Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan su hermano; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo el publicano; Santiago, hijo de Alfeo, y Tadeo; Simón el cananeo, y Judas Iscariote, el mismo que le vendió.

A estos doce envió Jesús, dándoles las siguientes instrucciones:

«No vayáis a tierra de gentiles, ni tampoco entréis en poblaciones de samaritanos; mas id antes en busca de las ovejas perdidas de la casa de Israel. Id y predicad, diciendo: "Se acerca el reino de los cielos". Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios: dad graciosamente lo que graciosamente habéis recibido. No llevéis oro, ni plata, ni cobre in vuestros ceñidores; ni alforja para el viaje, ni más de una túnica y un calzado, ni
234.2 bastón, porque el que trabaja merece su propio sustento. En cualquiera ciudad o aldea en que entrareis, informaos quién hay en ella que sea digno, y permaneced en su casa hasta vuestra partida. Al entrar en la casa, la salutación ha de ser: "La paz sea en esta casa". Que si la casa la merece, vendrá vuestra paz a ella; mas, si no la merece, vuestra paz se volverá con vosotros. Caso que no quieran recibiros, ni escuchar vuestras palabras, saliendo fuera de aquella casa o ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies [en testimonio contra ellos]. En verdad os digo que Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos rigor en el día del juicio, que no aquella ciudad.

Mirad que os envío como ovejas en medio de lobos; por tanto, habéis de
459.6 ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Desconfiad de los hombres, pues os entregarán a los sanedrines y os azotarán en sus sinagogas; y, por mi causa, seréis conducidos ante los gobernadores y los reyes para dar testimonio de mí a ellos y a los gentiles. Si bien, cuando os hicieren compare-
421.9 cer, no os preocupe lo que vais a decir ni cómo tenéis que hablar, porque os será comunicado en aquella misma hora lo que tengáis pue decir. Puesto que no sois vosotros quien habla entonces, sino el Espíritu de vuestro Padre, el cual habla por vosotros. Entonces un hermano entregará a su hermano a la

muerte, y el padre al hijo, y los hijos se levantarán contra los padres y les da-
311.5 rán muerte; y vosotros vendréis a ser odiados de todos por causa de mi nombre; pero quien perseverare hasta el fin, éste se salvará. Entre tanto, cuando en una ciudad os persigan, huid a otra. En verdad os digo que no acabaréis las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del hombre.

No es el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su amo. Baste al discípulo ser como su maestro, y al criado como su amo. Si al padre de familia le han llamado Beelzebub, ¡cuánto más a sus domésticos! Pero por eso no les tengáis miedo. Porque nada está encubierto, que no se haya de descubrir; ni oculto, que no se haya de saber. Lo que os digo de noche, decidlo a la luz del día, y lo que os digo al oído, predicadlo desde los terrados. No temáis
421.7/8 a los que matan al cuerpo y no pueden matar al alma; antes temed al que puede arrojar alma y cuerpo al infierno.

¿No es así que dos pájaros se venden por un as y, no obstante, ni uno de ellos caerá en tierra sin que lo disponga vuestro Padre? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No tenéis, pues, que temer: valéis vosotros más que muchos pájaros. En suma, a todo aquel que me reconociere delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos; mas a quien me negare delante de los hombres yo también le negaré delante de mi Padre, que está en los cielos.

276.12 No tenéis que pensar que yo haya venido a traer la paz a la tierra; no he venido a traer la paz, sino la espada. Pues he venido a separar al hijo de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra; y los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa. Quien ama al padre o a la ma-
281.6 dre más que a mí, no es digno de mí, y quien ama al hijo o a la hija más que a mí, tampoco es digno de mí. Y quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. Quien hallare su vida, la perderá, y quien perdiere su vida por amor mío la hallará.

Quien a vosotros recibe, a mí me recibe; y quien a mí me recibe, recibe a aquel que me ha enviado. El que hospeda a un profeta en atención a que es profeta, recibirá premio de profeta, y el que ospeda a un justo en atención a que es justo, recibirá premio de justo. Y cualquiera que diere de beber a uno
311.3 de estos pequeñuelos un vaso de agua fresca solamente por razón de ser discípulo mío, os doy mi palabra que no perderá su recompensa».

[De esta suerte salieron a predicar a todos que hiciesen penitencia. Y lan-
271.3 zaban muchos demonios, y ungían a muchos enfermos con óleo, y los sanaban.]

***Mt 11, 1-27 [Lc 7, 17-35; 10, 13-15 y 21-22].*** Habiendo acaba- **266**
do Jesús de dar estas instrucciones a sus discípulos, partió de allí para enseñar y predicar en las ciudades de ellos. [Y esparcióse la fama por toda la Judea y por todas las regiones circunvecinas.]

[De todas estas cosas informaron a Juan sus discípulos.] Pero Juan, habiendo en la prisión oído las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos a preguntarle: «¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?». [Llegados a él los tales, le dijeron: «Juan el Bautista nos ha enviado a ti para preguntarte: ¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?».] Jesús [en aquella misma hora curó a muchos de sus enfermedades y llagas, y de espíritus malignos, y dio vista a muchos ciegos] y les respondió: «Id y contad a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, los cojos andan, los lepro-

sos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia el evangelio a los pobres. Y bienaventurado aquel que no tomare de mí ocasión de escándalo».

Luego que se fueron éstos, empezó Jesús a hablar de Juan, y dijo al pueblo:

«¿Qué es lo que salisteis a ver en el desierto? ¿Alguna caña que a todo viento se mueve? Si no, ¿qué salisteis a ver? ¿ A un hombre vestido con afeminación? Ya sabéis que los que visten así [y viven en delicias] están en los palacios de los reyes. En fin, ¿qué salisteis a ver? ¿A algún profeta? Eso sí, yo os lo aseguro, y más que profeta. Él es de quien está escrito: "Mira que yo envío mi ángel ante tu presencia, el cual irá delante de ti disponiéndote el camino". En verdad os digo que entre los hijos de mujer no ha salido a luz otro [profeta] mayor que Juan Bautista; si bien el que es menor en el reino de los cielos es superior a él. Y desde el tiempo de Juan Bautista hasta el presente el reino de los cielos sufre violencia, y los que se la hacen lo arrebatan, porque todos los profetas y la ley hasta Juan hicieron sus profecías. Y si queréis admitirlo, él mismo es aquel Elías que debía venir. El que tenga oídos para entender, entiéndalo.

[Todo el pueblo y los publicanos, habiéndole oído, entraron en los designios de Dios, recibiendo el bautismo de Juan. Pero los fariseos y doctores de la Ley frustraron, en daño de sí mismos, el designio de Dios, por no haberse hecho bautizar.]

Mas ¿a quién compararé yo esta raza de hombres? Es semejante a los mu-
297.5 chachos sentados en la plaza, que, dando voces a sus compañeros, dicen: "Os hemos entonado cantares alegres, y no habéis bailado; cantares lúgubres, y no habéis llorado". Así es que vino Juan [Bautista] que no come [pan] ni bebe [vino] y dicen: "Está poseído del demonio". Ha venido el Hijo del hombre que come, y bebe, y dicen: "He aquí un hombre glotón y un vinoso, amigo de publicanos y gentes de mala vida". Pero queda la sabiduría justificada por sus hijos».

Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades donde se habían hecho muchísimos de sus milagros, porque no habían hecho penitencia:

«¡Ay de ti, Corazaín!, ¡ay de ti, Betsaida!, que si en Tiro y en Sidón se hubiesen hecho los milagros que se han obrado en vosotras, tiempo ha que habrían hecho penitencia, cubiertas de ceniza y de cilicio. Por tanto, os digo que Tiro y Sidón serán menos rigurosamente tratadas en el día del juicio, que vosotras. Y tú, Cafarnaúm, ¿piensas acaso levantarte hasta el cielo?; serás, sí, abatida hasta el infierno; porque, si en Sodoma se hubiesen hecho los milagros que en ti, Sodoma quizá aún hoy subsistiría. Por esto te digo que el país de Sodoma en el día del juicio será castigado con menos rigor que tú».

[En aquel mismo punto] Jesús [manifestó un extraordinario gozo al impulso del Espíritu Santo] y exclamó diciendo:

«Yo te glorifico, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has tenido encu-
352.9 biertas estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, por haber sido de tu agrado que fuese así. Todas las cosas las ha puesto mi Padre en mis manos. Pero nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni conoce ninguno al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelarlo».

209.5 ***Mt 11, 28-30.*** «Venid a mí todos los que andáis agobiados y
453.6 cargados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y apren- **268**
ded de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el reposo para vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga ligera».

***Mc 3, 20-21.*** De aquí vinieron a la casa, y concurrió de nuevo
tal tropel de gente, que ni siquiera podían tomar alimento. Y ha- **269**
biéndolo sabido sus deudos, salieron para recogerle; porque decían que había perdido el juicio.

***Mt 12, 22-45 [Mc 3, 22-30; Lc 11, 14-20 y 24-26].*** Fuele a la sazón traído un endemoniado, ciego y mudo, y le curó de modo que comenzó a hablar y a ver. Con lo que todo el pueblo quedó asombrado, y decía: «¿Es éste tal vez el Hijo de David?». Pero los fariseos [y los escribas, que habían bajado de Jerusalén], oyéndolo, decían: «Éste [está poseído de Beelzebub y] no lanza los demonios sino por obra de Beelzebub, príncipe de los demonios».

Entonces Jesús, penetrando sus pensamientos, díjoles:

91.2 288.3 526.3 137.5 503.9 «[¿Cómo puede Satanás expeler a Satanás?] Todo reino dividido en facciones será desolado; y cualquier ciudad, o casa dividida en bandos, no subsistirá. Y si Satán echa fuera a Satán, es contrario a sí mismo: ¿cómo, pues, ha de subsistir su reino? Y si yo lanzo los demonios en nombre de Beelzebub, vuestros hijos ¿en qué nombre los echan? Por tanto ellos mismos serán vuestros jueces. Mas si yo echo los demonios en virtud del espíritu de Dios, es que
288.5 ya el reino de Dios ha llegado a vosotros. O ¿cómo es posible que uno entre en casa de algún hombre valiente, y le robe sus bienes, si primero no ata bien al valiente?; entonces podrá saquearle la casa. El que no está conmigo, está contra mí, y el que conmigo no recoge, desparrama. Por lo cual os declaro: que cualquier pecado y cualquier blasfemia se perdonará a los bombres, pero la
340.3 blasfemia contra el Espíritu no se perdonará. Asimismo a cualquiera que hablare contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero a quien hablare contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en esta vida ni en la otra [». Porque
171.3 decían: «Tiene espíritu inmundo». «] O bien decid que el árbol es bueno, y bueno su fruto, o, si tenéis el árbol por malo, tened también por malo su fruto; ya que por el fruto se conoce el árbol. ¡Oh raza de viboras!, ¿cómo es posible que vosotros habléis cosa buena, siendo como sois, malos?; puesto que de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre de bien del buen fondo saca buenas cosas, y el hombre malo de su mal fondo saca cosas malas. Yo os digo que de cualquiera palabra ociosa, que hablaren los hombres, han de dar cuenta en el día del juicio, porque por tus palabras habrás de ser justificado, y por tus palabras condenado».

Entonces algunos de los escribas y fariseos le hablaron diciendo: «Maestro, quisiéramos que nos hicieras ver una señal». Mas él respondió:

«Esta generación perversa y adúltera pide una señal; pero no se le dará
342.7 sino la señal de Jonás profeta. Porque, así como Jonás estuvo en el vientre de
344.6 una ballena tres días y tres noches, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra. Los naturales de Nínive se levantarán en el día del juicio contra esta generación y la condenarán: por cuanto ellos hicieron penitencia a la predicación de Jonás. Y, con todo, el que está aquí es más que Jonás. La reina del mediodía hará de acusadora en el día del juicio contra esta generación, y la condenará: por cuanto vino de los extremos de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y, con todo, aquí tenéis quien

es más que Salomón. Cuando el espíritu inmundo ha salido de algún hombre, anda por lugares áridos, buscando dónde hacer asiento, sin que lo consiga. Entonces dice: "Volveré a mi casa, de donde he salido". Y volviendo a ella la encuentra desocupada, bien barrida y adornada. Con eso va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan allí: con que viene a ser el postrer estado de aquel hombre más lastimoso que el primero. Así ha de acontecer a esta raza perversa».

***Mt 12, 46-50 [Mc 3, 31-35; Lc 8, 19-21].*** Todavía estaba él platicando al pueblo, y he aquí su madre y sus hermanos estaban fuera, y le querían hablar [y, no pudiendo acercarse a él a causa del gentío,] uno le dijo: «Mira que tu madre y tus hermanos están allí fuera preguntando por ti». Pero él, respondiendo al que se lo decía, replicó: «¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?» y mostrando con la mano a sus discípulos[, y, dando una mirada a los que estaban sentados alrededor de él,] dijo: «[Mi madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la palabra de Dios y la practican.] Éstos son mi
420.11 madre y mis hermanos, porque cualquiera que cumpliere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre».

348.3 ***Mt 14, 1-12 [Mc 6, 14-29].*** Por aquel tiempo Herodes, el tetrarca, oyó la fama de Jesús, y dijo a sus cortesanos: «Éste es Juan **270** el Bautista, que ha resucitado de entre los muertos, y por eso resplandece en él la virtud de hacer milagros». [Otro decían: «No es sino Elías». Otros, empero: «Éste es un profeta igual a los profetas». Mas Herodes, habiendo oído esto, dijo: «Éste es Juan a quien yo mandé cortar la cabeza, el cual ha resucitado de entre los muertos».]

Es de saber que Herodes había prendido a Juan y, atado, le había metido en la cárcel por causa de Herodías, esposa de su hermano [Filipo, con la cual se había casado.] Porque Juan le decía: «No te es lícito tenerla». [Por eso Herodías le armaba asechanzas, y deseaba quitarle la vida; pero no podía conseguirlo porque Herodes, sabiendo que Juan era un varón justo y santo, le temía y hacía muchas cosas por su consejo, y le oía con gusto.] Herodes quería darle muerte, pero no se atrevía por temor al pueblo, porque todos tenían a Juan por un profeta.

Mas, en fin, [llegó un día favorable] en que, por la fiesta del nacimiento de Herodes, [convidó éste a cenar a los grandes de su corte, y a los capitanes de sus tropas, y a la gente principal de Galilea] salió a bailar la hija de Herodías en medio de la corte, y gustó a Herodes. Por esto, le prometió con juramento darle cualquiera cosa que le pidiese, [«aunque sea la mitad de mi reino» y, habiendo ella salido, dijo a su madre: «¿Qué pediré?». Respondióle: «La cabeza de Juan Bautista».] Y ella, prevenida por su madre, [volviendo al instante a toda prisa a donde estaba el rey], «Dame aquí, dijo, en una fuente, la cabeza de Juan Bautista». Contristóse el rey: sin embargo, en atención al juramento y a los convidados, mandó dársela. Y así envió [a un soldado] a degollar a Juan en la cárcel. En seguida fue traída su cabeza en una fuente, y dada a la muchacha, que se la presentó a su madre. Acudieron después sus discípulos a recoger el cuerpo, y lo enterraron, y fueron a dar la noticia a Jesús.

***Mc 6, 30-31 [Lc 9, 10].*** Los apóstoles, pues, reuniéndose con **271** Jesús, le dieron cuenta de todo lo que habían hecho y enseñado. Y él les dijo: «Venid a retiraros conmigo en un lugar solitario [del territorio de

Betsaida], y reposaréis un poquito». Porque eran tantos los que iban y venían, que ni aun tiempo de comer les dejaban.

270.5/6 ***Mt 14, 13-14 [Mc 6, 32-34; Lc 9, 11].*** Jesús, pues, habiéndolo sabido, retiróse de allí por mar a un lugar desierto, fuera de poblado; mas, habiéndolo sabido, las muchedumbres salieron de sus ciudades, y siguiéronle a pie [a aquel sitio y llegaron antes que ellos]. Y Jesús, al desem- 237.2 barcar, viendo tan gran gentío, se movió a lástima [porque andaban como ovejas sin pastor, y se puso a instruirlos en muchas cosas] y curó a sus enfermos. **272**

***Mt 14, 15-23 [Mc 6, 35-46; Lc 9, 12-17].*** Al caer de la tarde, sus discípulos se llegaron a él, diciendo: «El lugar es desierto, y la hora ya pasó; despacha esas gentes para que vayan a las poblaciones [y aldeas cercanas a buscar alojamiento y] a comprar qué comer. Pero Jesús les dijo: «No tienen necesidad de irse: dadles vosotros de comer». [Y ellos le replicaron: «¿Vamos nosotros a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?». Díjoles Jesús: «¿Cuántos panes tenéis? Id, y miradlo».] A lo que respondieron: «No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces». Díjoles él: «Traédmelos acá». **273**

Y habiendo mandado sentar a todos sobre la hierba [repartidos en cuadrillas de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta], tomó los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo los bendijo, y partió, y dio los panes a los discípulos, y los discípulos los dieron a la gente. Y todos comieron, y se saciaron, y de lo que sobró recogieron doce canastos llenos de pedazos. El número de los que comieron fue de cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

Inmediatamente después, Jesús obligó a sus discípulos a embarcarse e ir a esperarle al otro lado [hacia Betsaida] mientras que despedía a las muchedumbres. Y despedidos éstos, se subió solo a orar en un monte, y entrada la noche permanecía allí solo.

***Mt 14, 24-33 [Mc 6, 47-52; Jn 6, 16-21].*** [Siendo ya tarde, sus discípulos bajaron a la orilla del mar. Y, habiendo entrado en la barca, iban atravesando el mar hacia Cafarnaúm; era ya noche cerrada, y Jesús no se había juntado con ellos.] **274**

Entre tanto, la barca estaba en medio del mar, batida reciamente por las olas, por tener el viento contrario. Cuando ya era la cuarta vigilia de la noche, [después de haber remado como unos veinticinco o treinta estadios,] [viéndolos remar con gran fatiga,] vino Jesús hacia ellos caminando sobre el mar [e hizo ademán de pasar adelante]. Y viéndole caminar sobre el mar, se conturbaron, y dijeron: «Es una fantasma». Y llenos de miedo comenzaron a gritar. Al instante Jesús les habló, diciendo: «¡Ánimo!, soy yo, no tengáis miedo».

Y Pedro respondió: «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas». Y él le dijo: «Ven». Y Pedro, bajando de la barca, iba caminando sobre el agua para llegar a Jesús. Pero, viendo la fuerza del viento, se atemorizó y, empezando a hundirse, dio voces, diciendo: «Señor, sálvame». Al punto Jesús, extendiendo la mano, le cogió y le dijo: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?». Y, luego que subieron a la barca, calmó el viento.

Mas los que dentro estaban se acercaron a él y le adoraron, diciendo: «Verdaderamente eres Hijo de Dios». [Con lo cual quedaron mucho más asombrados. Y es que no habían hecho reflexión sobre el milagro de los panes: porque su corazón estaba ofuscado.] [Y la barca en seguida tocó a la tierra en el lugar adonde se dirigían].

***Mt 14, 34-36 [Mc 6, 53-56].*** Atravesado, pues, el lago, arribaron a tierra
275.1 de Genezaret, [y abordaron allí]. Y habiéndole conocido los moradores de ella, luego enviaron aviso por todo aquel territorio y le trajeron todos los en-
275.3 fermos, [llevándolos a donde oían que paraba. Y doquiera que llegaba, fuesen
276.1
277.2 aldeas, o alquerías, o ciudades, ponían los enfermos en las calles] y le pedían
300.1 tocar solamente la orla de su vestido. Y todos cuantos la tocaron quedaron sanos.

## 275

***Lc 12, 13-53.*** Y le dijo uno de la muchedumbre: «Maestro, dile
## 276
a mi hermano que parta conmigo la herencia». Pero Jesús le respondió: «¡Oh hombre!, ¿quién me ha constituido a mí juez o repartidor entre vosotros?». Y le dijo: «Estad alerta, y guardaos de toda avaricia: que no depende la vida del hombre de la abundancia de los bienes que él posee». Y en seguida les propuso esta parábola: «Un hombre rico tuvo una extraordinaria cosecha de frutos en su heredad, y discurría para consigo, diciendo: "¿Qué haré, que no tengo sitio capaz para encerrar mis granos?". Al fin dijo: "Haré esto: derribaré mis graneros, y construiré otros mayores, donde almacenaré todos mis productos y mis bienes, con lo que diré a mi alma: '¡Oh alma mía!, ya tienes muchos bienes de repuesto para muchísimos años: descansa, come, bebe, y date buena vida'". Pero le dijo Dios: "¡Insensato!, esta misma noche te exigirán tu alma: ¿de quién será cuanto has almacenado?". Esto es lo que sucede al que atesora para sí, y no es rico ante Dios».

173.7 Y después dijo a sus discípulos: «Por eso os digo a vosotros: No os inquietéis en orden a vuestra vida, sobre lo que comeréis, ni en orden a vuestro cuerpo, sobre qué vestiréis. Más importa la vida que la comida, y el cuerpo que el vestido. Reparad en los cuervos: ellos no siembran, ni siegan, no tienen despensa, ni granero; sin embargo, Dios los alimenta. Ahora bien, ¡cuánto más valéis vosotros que ellos! Y ¿quién de vosotros, por mucho que se inquiete, puede añadir la longitud de un codo a la duración de su vida? Pues si ni aun para las cosas más pequeñas tenéis poder, ¿a qué fin inquietaros por las demás? Contemplad los lirios cómo crecen: no trabajan, ni tampoco hilan: no obstante, os digo que ni Salomón con toda su magnificencia estuvo jamás vestido como una de estas flores. Pues si a una hierba que hoy está en el campo, y mañana se echa en el horno, Dios así la viste, ¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe! Así que no estéis acongojados cuando buscáis de comer o de beber; ni tengáis suspenso e inquieto vuestro ánimo. Las gentes del mundo son los que se afanan por todas estas cosas. Bien sabe vuestro Padre que de ellas necesitáis. Por tanto, buscad primero el reino de Dios y su justicia; que todo lo demás se os dará por añadidura. No temáis, pequeño rebaño, porque ha sido del agrado de vuestro Padre daros el reino. Vended lo que po
173.3 seéis y dad limosna. Haceos unas bolsas que no se echen a perder; un tesoro en el cielo que jamás se agota, adonde no llegan los ladrones, ni roe la polilla,

porque donde está vuestro tesoro allí también estará vuestro corazón. Estad con vuestras ropas ceñidas a la cintura, y tened en vuestras manos las lámparas ya encendidas; sed semejantes a los criados que aguardan a su amo cuando vuelve de las bodas, a fin de abrirle prontamente, luego que llegue, y llame a la puerta. Dichosos aquellos siervos a los cuales el amo al venir encuentra así velando: en verdad os digo que, arregazándose él su vestido, los hará sentar a la mesa, y se pondrá a servirlos. Y si viene a la segunda vela, o viene a la tercera, y los halla así prontos, dichosos son tales criados. Tened esto por cierto, que si el padre de familia supiera a qué hora había de venir el ladrón, estaría ciertamente velando, y no dejaría que perforasen su casa. Así vosotros estad siempre prevenidos; porque a la hora que menos pensáis vendrá el hijo del hombre».

Preguntóle entonces Pedro: «Señor, ¿dices por nosotros esta parábola, o por todos igualmente?».

Respondió el Señor: «¿Quién piensas que es aquel administrador fiel y prudente a quien su amo constituyó mayordomo de su familia, para distribuir a cada uno a su tiempo la medida de trigo? Dichoso aquel siervo que su amo a la vuelta le halla obrando así. En verdad os digo que le dará la superintendencia de todos sus bienes. Mas si dicho criado dijere en su corazón: "Mi amo no piensa en venir tan presto», y empezare a maltratar a los criados y a las criadas, y a comer, y a beber, y a embriagarse, vendrá el amo de aquel siervo en el día en que menos le espera y en la hora que él no sabe y lo partirá en dos. Así es que aquel siervo que, habiendo conocido la voluntad de su amo, no obstante, ni puso en orden las cosas, ni se portó conforme quería su señor, recibirá muchos azotes; mas el que, sin conocerla, hizo cosas que de suyo merecen castigo, recibirá menos. Porque se pedirá cuenta de mucho a aquel a quien mucho se le entregó; y a quien se han confiado muchas cosas, más cuenta le pedirán. Yo he venido a poner fuego en la tierra, ¿y qué he de querer, sino que arda? Con un bautismo tengo que ser yo bautizado, y ¡qué
265.12 angustia la mía hasta que no lo vea cumplido! ¿Pensáis que he venido a poner paz en la tierra? No, sino separación: así os lo declaro. De suerte que desde ahora en adelante habrá en una misma casa cinco entre sí desunidos, tres contra dos, y dos contra tres. El padre estará contra el hijo, y el hijo contra el padre, la madre contra la hija, y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera, y la nuera contra la suegra».

***Mt 18, 15-17.*** «Y si tu hermano pecare, ve y corrígele estando a solas con él: si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te hiciere caso, toma todavía contigo a uno o dos, a fin de que todo sea confirmado con la autoridad de dos o tres testigos. Y si no los escuchare, díselo a la Iglesia; pero si ni a la Iglesia oyere, tenle como por gentil y publicano». **277**

***Lc 12, 58-59.*** «Cuando acudes junto con tu contrario ante el magistrado, haz en el camino todo lo posible por librarte de él, no sea que te arrastre ante el juez, y el juez te entregue al alguacil, y el alguacil te meta en la cárcel. Porque yo te aseguro que de ella no saldrás hasta que hayas pagado el último céntimo».

***Mt 18, 18-35.*** «Os empeño mi palabra, que todo lo que atareis sobre la tierra, será eso mismo atado en el cielo; y todo lo que desatareis sobre la tierra, será eso mismo desatado en el cielo. Os digo más: que si **278**

dos de vosotros se unieren entre sí sobre la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, les será otorgado por mi Padre que está en los cielos. Porque donde dos
312.10 o tres se hallan congregados en mi nombre, allí me hallo yo en medio de ellos».

En esta sazón, arrimándosele Pedro, le dijo: «Señor, ¿cuántas veces deberé perdonar a mi hermano, cuando pecare contra mí? ¿hasta siete veces?».

423.8 Respondióle Jesús: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Por esto el reino de los cielos viene a ser semejante a un rey que quiso tomar cuentas a sus criados. Y habiendo empezado a tomarlas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. Y como éste no tuviese con qué pagar, mandó su señor que fuesen vendidos él, y su mujer, y sus hijos con toda su hacienda, y se pagase así la deuda. Entonces el criado, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: "Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo". Movido el señor a compasión de aquel criado, le dio por libre, y le perdonó la deuda. Mas, apenas salió este criado de su presencia, encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios; y agarrándole por la garganta le ahogaba, diciéndole: "Paga lo que me debes". El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: "Ten un poco de paciencia conmigo, que yo te lo pagaré todo". Él, empero, no quiso, sino que fue y le hizo meter en la cárcel hasta que le pagase lo que le debía. Al ver los otros criados sus compañeros lo que pasaba, se contristaron por extremo, y fueron a contar a su señor todo lo sucedido. Entonces le llamó su señor, y le dijo: "¡Oh criado inicuo!, yo te perdoné toda la deuda porque me lo suplicaste. ¿No era, pues, justo que tú también tuvieses compasión de tu compañero, como yo la tuve de ti?". E irritado el señor le entregó en manos de los verdugos, hasta tanto que satisficiera toda la deuda. Así de esta manera se portará mi Padre celestial con vosotros, si cada uno no perdonare de corazón a su hermano».

***Lc 10, 1-12 y 16.*** Después de esto eligió el Señor otros setenta y dos, a los
237.2 cuales envió delante de él, de dos en dos, por todas las ciudades y lugares adonde había de venir él mismo. Y les decía:

«La mies en verdad es mucha, mas los trabajadores pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. Id vosotros: he aquí que yo os envío como corderos entre lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni zapatos, ni os paréis a saludar a nadie por el camino. En cualquier casa que entréis, decid ante todo: "La paz sea en esta casa". Que si en ella hubiere algún hijo de la paz, descansará vuestra paz sobre él; donde no, volveráse a vosotros. Y perseverad en aquella misma casa, comiendo y bebiendo de lo que tengan; pues el que trabaja, merece su recompensa. No andéis pasando de casa en casa. En cualquier ciudad que entrareis, y os hospedaren, comed lo que os pusieren delante, y curad a los enfermos que en ella hubiere, y decidles: "El reino de Dios está cerca de vosotros". Pero si en la ciudad donde hubiereis entrado no quisieren recibiros, saliendo a las plazas, decid: "Hasta el polvo que se nos ha pegado de vuestra ciudad, lo sacudimos contra vosotros; sin embargo, sabed que el reino de Dios está cerca". Yo os aseguro que Sodoma será tratada en el día aquél con menos rigor que aquella ciudad».

«El que os escucha a vosotros, me escucha a mí; y el que os desprecia a vosotros, a mí me desprecia. Y quien a mí me desprecia, desprecia a aquel que me ha enviado».

***Lc 10, 17-20 y 23-24.*** Regresaron los setenta y dos llenos de gozo, diciendo: «Señor, hasta los demonios mismos se sujetan a nosotros por la virtud de tu nombre». A lo que les respondió: «Yo estaba viendo a Satanás caer del cielo a manera de relámpago. Ved que os he dado potestad de hollar serpientes y escorpiones, y todo el poder del enemigo, y nada podrá haceros daño. Con todo eso, no tanto habéis de gozaros porque se os rindan los espíritus, cuanto porque vuestros nombres están escritos en los cielos». **280**

180.5 Y, vuelto a sus discípulos, dijo: «Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis; pues os aseguro que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; como también oír las cosas que vosotros oís, y no las oyeron».

***Lc 14, 25-33.*** Iba con Jesús gran multitud de gentes, y volviéndose hacia ellas, les dijo: **281**

265.12 «Si alguno de los que me siguen no aborrece a su padre y a su madre, y a la mujer, y a los hijos, y a los hermanos y hermanas, y aun a su vida misma, no puede ser mi discípulo. Y el que no carga con su cruz, y no me sigue, tampoco puede ser mi discípulo. Porque, ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no echa primero despacio sus cuentas para ver si tiene el caudal necesario con qué acabarla? No le suceda que, después de haber echado los cimientos y no pudiendo concluirla, todos los que lo vean comiencen a burlarse de él, diciendo: "Ved ahí un hombre que comenzó a edificar y no pudo rematar". O ¿cuál es el rey que, habiendo de hacer guerra contra otro rey, no considera primero despacio si podrá con diez mil hombres hacer frente al que con veinte mil viene contra él? Que si no puede, despachando una embajada, cuando está el otro todavía lejos, le ruega con la paz. Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo».

***Mt 25, 14-30 [Lc 19, 11-27].*** «Porque es como un hombre que, yéndose a lejanas tierras, convocó a sus criados, y les entregó sus bienes, dando al uno cinco talentos, a otro dos, y uno solo a otro, a cada uno según su capacidad, y marchóse inmediatamente. El que recibió cinco talentos fue y, negociando con ellos, sacó de ganancia otros cinco. De la misma suerte, aquel que había recibido dos ganó otros dos. Mas el que recibió uno fue e hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Pasado mucho tiempo, volvió el amo de dichos criados, y llamólos a cuentas. Llegando el que había recibido cinco talentos, presentóle otros cinco, diciendo: "Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco más que he ganado con ellos". Respondióle su amo: "Muy bien, siervo bueno y leal; ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: entra en el gozo de tu señor". Llegóse después el que había recibido dos talentos, y dijo: "Señor, dos talentos me diste, aquí te traigo otros dos que he granjeado con ellos". Díjole su amo: "Muy bien, siervo bueno y fiel, pues has sido fiel en pocas cosas, yo te confiaré muchas más; entra en el gozo de tu Señor". Por último, llegado el que había recibido un talento, dijo: "Señor, yo sé que eres un hombre duro, que siegas donde no sembraste, y recoges donde no esparciste; y así, temeroso, fui y escondí tu talento en tierra, aquí tienes lo que es tuyo". Pero su amo le replicó y dijo: "¡Oh siervo malo y perezoso!, tú sabías que yo siego donde no siembro, y recojo donde nada he esparcido: pues por eso mismo debías haber dado a los banqueros mi dinero, para que yo a la vuelta recobrase mi caudal con los intereses. Ea, pues, quitadle aquel talento, y dádselo al que tiene diez talentos: porque a quien tiene, se le dará, y

tendrá en abundancia; pero a quien no tiene, se le quitará aun lo que tiene. Y a ese siervo inútil arrojadle a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes"».

***Lc 10, 25-37.*** Levantóse entonces un doctor de la Ley, y díjole con el fin de tentarle: «Maestro, ¿qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna?». Díjole Jesús: «¿Qué es lo que se halla escrito en la Ley? ¿qué es lo que en ella lees?». Respondió él: «Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo". Replicóle Jesús: «Bien has respondido: haz eso y vivirás». Más él, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?».

Entonces Jesús, tomando la palabra, dijo: «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, que le despojaron de todo, y le cubrieron de heridas, y se fueron, dejándole medio muerto. Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote; y, aunque le vio, pasó de largo. Igualmente un levita, a pesar de que se halló vecino al sitio, y le miró, tiró adelante. Pero un samaritano que iba de viaje llegóse a donde estaba, y, viéndole, movióse a compasión. Y, arrimándose, vendó sus heridas, bañándolas con aceite y vino, y, subiéndole en su cabalgadura, le condujo al mesón, y cuidó de él. Al día siguiente sacó dos denarios y dióselos al mesonero, diciéndole: "Cuídame este hombre; y todo lo que gastares de más, yo te lo abonaré a mi vuelta". ¿Quién de estos tres te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los ladrones?». Aquel respondió: «El que usó con él de misericordia». «Pues anda, díjole Jesús, y haz tú otro tanto».

***Lc 13, 1-5.*** En este mismo tiempo vinieron algunos, y contaron a Jesús lo que había sucedido a unos galileos, cuya sangre mezcló Pilato con la de los sacrificios que ellos ofrecían. Sobre lo cual les respondió Jesús: «¿Pensáis que aquellos galileos eran entre todos los demás de Galilea los mayores pecadores porque fueron castigados de esta suerte? Os aseguro que no; y si vosotros no hiciereis penitencia, todos pereceréis igualmente. Como también aquellos dieciocho hombres sobre los cuales cayó la torre de Siloé, y los mató, ¿pensáis que fuesen los más culpados de todos los moradores de Jerusalén? Os digo que no; mas si vosotros no hiciereis penitencia, todos pereceréis igualmente».

## 282-287

285.6 ***Lc 8, 1-3.*** Algún tiempo después andaba Jesús por las ciudades y aldeas predicando y anunciando el reino de Dios, acompañado de los doce. Y de algu-
231.5 nas mujeres, que habían sido libradas de espíritus malignos y enfermedades:
420.9 María, por sobrenombre Magdalena, de la cual había echado siete demonios,
503.2 y Juana, mujer de Cusa, mayordomo de Herodes, y Susana, y otras muchas, que le asistían con sus bienes.

***Lc 11, 21-23 y 27-28.*** «Cuando un hombre valiente, armado, 288
guarda la entrada de su casa, todas las cosas están seguras. Pero si otro más valiente que él asaltándole le vence, le desarmará de todos sus arneses, en que confiaba, y repartirá sus despojos. Quien no está por mí, está contra mí; y quien no recoge conmigo, desparrama».

Estando diciendo estas cosas, he aquí que una mujer, levantando la voz de en medio del pueblo, exclamó: «Bienaventurado el vientre que te llevó y

los pechos que te alimentaron». Pero Jesús respondió: «Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica».

289-295

# EL EVANGELIO COMO ME HA SIDO REVELADO

## 226. Un signo bueno por parte de María de Magdala. Muerte del anciano Ismael.

22 de julio de 1945.

226.1 [1]Jesús, en compañía de Simón Zelote, llega al jardín de Lázaro en una bellísima mañana de verano. Todavía no ha concluido la aurora, así que todo está fresco y risueño.

El sirviente-jardinero, que ha acudido a recibir al Maestro, señala a Jesús el ruedo de un indumento blanco que desaparece tras un seto, y dice: «Lázaro va a la pérgola de los jazmines con unos rollos para leer. Ahora le llamo».

«No, voy Yo, solo».

Jesús camina ligero a lo largo de un sendero limitado por setos florecidos. La hierbecilla que hay al pie del seto amortigua el sonido de los pasos. Jesús trata de poner el pie precisamente en la hierba, para llegar adonde Lázaro al improviso.

Le sorprende de pie, erguido, con los rollos apoyados en una mesa de mármol, orando en voz alta. Está diciendo: «No me niegues lo que te pido, Señor. Haz crecer este hilo de esperanza que ha nacido en mi corazón. Dame lo que con lágrimas, con las obras, con el perdón, con todo mi ser, te he pedido diez mil, cien mil veces. Dámelo y tómate a cambio mi vida. Dámelo en nombre de tu Jesús, que me ha prometido esta paz. ¿Puede, acaso, mentir? ¿Tendré que pensar que su promesa fue sólo con palabras, o que su poder es inferior al abismo de pecado que es mi hermana? Respóndeme, Señor, que yo me resignaré por amor a ti...».

«¡Sí, te respondo!» dice Jesús.

Lázaro se vuelve como movido por un resorte y grita: «¡Mi Señor! ¿Cuándo has venido?» y se inclina para besar la túnica de Jesús.

«Hace algunos minutos».

«¿Solo?».

«Con Simón Zelote. Pero aquí, donde estabas tú, he venido solo. Sé que me debes decir una cosa *importante*. Dímela, pues».

«No. Antes responde a las preguntas que dirijo a Dios. Según tu respuesta te la diré».

«Dime esta cosa *importante* tuya, dímela. La puedes decir...» y Jesús sonríe y le invita a hablar abriendo los brazos.

«¡Dios altísimo! ¿Entonces es verdad? ¿Entonces sabes que es verdad!» y Lázaro va a los brazos de Jesús, a confiarle su cosa importante.

226.2 [2]«María ha llamado a Marta a Magdala. Marta se ha puesto en camino, afligida, con el temor de que hubiera ocurrido alguna grave

desgracia... Yo me he quedado aquí solo, con el mismo temor. Pero Marta, con el sirviente que la ha acompañado, me ha mandado una carta que me ha llenado de esperanza. Mira, la tengo aquí, en mi pecho; la tengo aquí porque me es más preciosa que un tesoro. Son pocas palabras, pero las leo cada poco, para estar seguro de que verdaderamente han sido escritas. Mira...» y Lázaro saca de entre su vestido un pequeño rollo atado con una cintita violeta. Lo desenrolla. «¿Ves? Lee, lee. En voz alta. Leída por ti me parecerá aún más verdadero».

«"Lázaro, hermano mío, paz y bendición. He llegado pronto y bien. Mi corazón ha dejado de palpitarme por miedo a nuevas desgracias, porque he visto a María, a nuestra María, sana... y... sí, debo decirte que menos exaltada de aspecto que antes. Ha llorado reclinada sobre mi pecho. Un profundo llanto... Y, luego, por la noche, en la habitación a que me había llevado, me preguntó muchas cosas, muchas, sobre el Maestro. Por ahora sólo esto; pero yo, que veo el rostro de María además de oír sus palabras, digo que en mi corazón ha nacido la esperanza. Ora, hermano. Ten esperanza. ¡Ah, si fuera verdad!... Me quedo todavía un tiempo porque percibo que quiere tenerme cerca, como para sentirse defendida de la tentación, y para descubrir lo que nosotros ya conocemos: la bondad infinita de Jesús. Le he hablado de aquella mujer que vino a Betania... Veo que piensa, piensa, piensa... Haría falta que Jesús estuviera presente. Ora. Ten esperanza. El Señor esté contigo"». Jesús recoge el rollo y se lo devuelve a Lázaro.

«Maestro...».

«Iré. ¿Tienes alguna forma de avisar a Marta de que dentro de no más de quince días venga a mi encuentro a Cafarnaúm?».

«Sí, puedo avisarla, Señor. ¿Y yo?».

«Tú te quedas aquí. También a Marta la mandaré para aquí».

«¿Por qué?».

«Porque el redimido tiene un profundo pudor, y nada produce más vergüenza que la mirada de un padre o de un hermano. Yo también te digo: "Ora, ora, ora"».

Lázaro llora en el pecho de Jesús... Después, ya calmado, sigue hablando todavía de su angustia, sus desalientos... «Hace casi un año que mantengo la esperanza... que desespero... ¡Qué largo es el tiempo de la resurrección!» exclama.

[3]Jesús le deja que hable, que hable, que hable... hasta que Lázaro 226.3
se da cuenta de que está faltando a sus deberes de hospitalidad, y se alza para llevar a Jesús a la casa. En el trayecto, pasan al lado de un tupido seto de jazmines en flor, sobre cuyas corolas de forma de es-

trella zumban abejas de oro.

«¡Ah!, me olvidaba de decirte que el anciano patriarca que me mandaste ha vuelto al seno de Abraham. Se lo encontró Maximino aquí, con la cabeza apoyada en este seto, como si se hubiera quedado dormido junto a las colmenas que cuidaba como si fueran casas llenas de niños de oro. Así llamaba a las abejas. Daba la impresión de que las entendía, y de que ellas también le entendieran. Sobre el patriarca dormido en la paz de la buena conciencia, cuando Maximino le encontró, estaba extendido un precioso velo de pequeños cuerpecitos de oro. Todas las abejas posadas sobre su amigo. No poco tuvieron que trabajar los sirvientes para separarlas de él. Tan bueno como era, quizás sabía a miel... tan honesto era, que quizás para las abejas era como una corola pura... Me ha dolido su muerte. Hubiera querido tenerle más tiempo en mi casa. Era un justo...».

«No te entristezca su ausencia. Él está en paz. Desde la paz ora por ti, que le has hecho dulces sus últimos días. ¿Dónde está sepultado?».

«En el fondo del huerto. Sigue cerca de sus colmenas. Ven conmigo que te guío...».

Y se ponen a andar, por un pequeño bosque de laurocerasos, hacia las colmenas, de las cuales proviene un runruneo laborioso...

## 227. Un episodio incompleto.

23 de julio de 1945, 8 de la mañana.

227.1 [1]Es un Judas muy pálido este que baja del carro, con la Virgen y las discípulas, o sea, las Marías, Juana y Elisa...

...y, debido a la confusión que he tenido en casa esta mañana, no he podido escribir mientras *veía* ; por tanto, ahora, que son las 18, lo único que puedo decir es que he entendido y oído que Judas, convaleciente, vuelve adonde Jesús, que está en el Getsemaní, con María, que le ha cuidado, y con Juana, que insiste para que las mujeres y el convaleciente vuelvan en el carro a Galilea. Jesús es también de esta opinión y hace incluso montar en el carro al niño con ellas. Sin embargo, Juana y Elisa se quedan en Jerusalén unos días, para luego regresar respectivamente a Béter y a Betsur.

Recuerdo que Elisa decía: «Ahora tengo el valor de volver allí, porque mi vida ya no es una vida sin objetivo. Ganaré para ti la estima de mis amigos». Y recuerdo que Juana añadió: «Yo también lo haré en mis tierras, mientras Cusa me deje aquí. Será también servirte. Aunque preferiría ir contigo».

Recuerdo, igualmente, que Judas decía que no había añorado a su madre ni siquiera en las horas peores de la enfermedad, porque «tu Madre ha sido una verdadera madre para mí, dulce y amorosa; no lo olvidaré nunca».

El resto es confuso (en cuanto a las palabras), así que no lo digo, porque sería algo dicho por mí y no por las personas de la visión.

## 228. Margziam confiado a Porfiria.

24 de julio de 1945.

[1]Jesús está con sus apóstoles en el lago de Galilea. Es por la ma- 228.1
ñana, todavía temprano. Están todos los apóstoles, incluso Judas, perfectamente curado y con una expresión de rostro más dulce, debido a la enfermedad que ha padecido y a los cuidados recibidos; y también Margziam, un poco impresionado porque es la primera vez que está sobre el agua. El niño, aunque no quiere que se note, a cada cabeceo un poco más fuerte, se agarra con un brazo al cuello de la oveja, que comparte su miedo balando quejumbrosamente, y con el otro brazo a lo que puede (al mástil, a un asiento, a un remo, o incluso a la pierna de Pedro o de Andrés o de los mozos, que pasan dedicados a sus operaciones), y cierra los ojos, quizás convencido de que está viviendo su última hora.

Pedro, de vez en cuando, dándole un cachetito en el carrillo, le dice: «¿No tendrás miedo, no? Un discípulo no debe tener nunca miedo». El niño dice que no, con la cabeza, pero, dado que el viento aumenta y que el agua se va agitando más a medida que se acercan a la desembocadura del Jordán en el lago, se agarra más fuerte y cierra los ojos más veces... hasta que exhala un grito de miedo, cuando, al improviso, la barca se inclina por una ola que la ha embestido de costado.

Unos ríen, otros, de broma, toman el pelo a Pedro, porque ahora es padre de uno que no sabe estar en la barca; otros se burlan de Margziam, porque siempre dice que quiere ir por tierras y mares a predicar a Jesús y luego tiene miedo de recorrer unos pocos estadios de lago. Pero Margziam se defiende diciendo: «Cada uno tiene miedo de algo, si no lo conoce: yo del agua, Judas de la muerte...».

[2]Comprendo que Judas ha debido tener mucho miedo a morir, y 228.2
me asombra el que no reaccione ante esta observación; antes al contrario, dice: «Es así, como has dicho. Se tiene miedo de lo que no se conoce. Pero, mira, estamos llegando. Betsaida está a pocos estadios, tú estás seguro de que allí encontrarás amor... Pues bien, eso es lo

que quisiera yo, estar a poca distancia de la Casa del Padre y estar seguro de encontrar amor en ella» y lo dice con cansancio y tristeza.

«¿Desconfías de Dios?» pregunta sorprendido Andrés.

«No. Desconfío de mí. Durante los días de la enfermedad, rodeado de tantas mujeres puras y buenas, me he sentido, en mi espíritu, muy pequeño. ¡Cuánto he pensado! Decía: "Si ellas todavía trabajan para ser mejores y ganarse el Cielo, ¿qué no deberé hacer yo!". Porque ellas se sienten todavía pecadoras. Y a mí me parecían ya todas santas. ¿Y yo?... ¿lo conseguiré, Maestro?».

«Con la buena voluntad se puede todo».

«Pero mi voluntad es muy imperfecta».

«La ayuda de Dios pone en la voluntad lo que a ésta le falta para ser completa. Tu actual humildad ha nacido en la enfermedad. ¿Ves?, el buen Dios, por medio de un suceso penoso, te ha proporcionado una cosa que no tenías».

«Es verdad, Maestro. ¡Oh, esas mujeres! ¡Qué discípulas más perfectas! No me refiero a tu Madre, que ya se sabe; me refiero a las otras. ¡Verdaderamente nos han superado! Yo he sido uno de los primeros ensayos de su futuro ministerio. Créeme, Maestro, con ellas uno puede descansar seguro. Nos cuidaban a mí y a Elisa; ella ha vuelto a Betsur con el alma reconstruida, y yo... yo espero reconstruirla, ahora que ellas me la han trabajado...». Judas, todavía débil, llora.

Jesús, que está sentado a su lado, le pone una mano sobre la cabeza mientras hace un gesto a los demás para que guarden silencio. Pero, la verdad es que Pedro y Andrés están muy ocupados con las últimas maniobras de atracada y no hablan, y Simón Zelote, Mateo, Felipe y Margziam no tienen ninguna intención de hacerlo, quién porque está distraído por el ansia de la llegada, quién porque es de por sí prudente.

228.3 [3]La barca penetra en el río Jordán. Poco después se detiene en el guijarral. Los mozos bajan para asegurarla atándola con una soga a una peña y para afianzar una tabla que sirva de puente; Pedro, entretanto, se pone de nuevo la túnica larga, y lo mismo hace Andrés. Mientras, la otra barca ya ha hecho la misma maniobra y están bajando los otros apóstoles. También Judas y Jesús bajan. Pedro, por su parte, está poniéndole la tuniquita al niño y aviándole para presentarle en orden a su mujer... Ya han bajado todos, ovejas incluidas.

«Y ahora en marcha» dice Pedro. Está realmente emocionado. Le da la mano al niño, que está también emocionado, tanto que se olvida de las ovejitas —se ocupa Juan de ellas— y, en un improviso acce-

so de miedo, pregunta: «¿Pero, me va a aceptar?, ¿me va a querer mucho?».

Pedro le tranquiliza, aunque quizás el miedo se le ha contagiado, porque dice a Jesús: «Háblale Tú a Porfiria, Maestro, que creo que no sabré expresarme bien».

Jesús sonríe, pero promete hacerlo.

[4]Siguiendo el guijarral de la orilla, llegan pronto a la casa. La 228.4
puerta está abierta y se oye a Porfiria ocupada en las labores domésticas.

«Paz a ti» dice Jesús asomándose a la puerta de la cocina, donde la mujer está poniendo en orden unos objetos de la vajilla.

«¡Maestro! ¡Simón!». La mujer corre a postrarse a los pies de Jesús y luego a los de su marido. Se pone en pie y, con ese rostro suyo si no hermoso sí bueno, dice ruborizándose: «¡Hacía mucho que deseaba veros! ¿Habéis estado todos bien? ¡Venid! ¡Venid! Estaréis cansados...».

«No. Venimos de Nazaret. Hemos estado unos días. Luego nos hemos detenido también en Caná. En Tiberíades teníamos las barcas. Como puedes ver, no estamos cansados. Llevábamos a un niño con nosotros, y Judas de Simón estaba débil porque ha sufrido una enfermedad».

«¿Un niño? ¿Y siendo tan pequeño es ya discípulo?».

«Es un huérfano que hemos recogido en nuestro camino».

«¡Bonito! ¡Ven, tesoro; te doy un beso!».

El niño, que hasta ahora había estado medio escondido temeroso detrás de Jesús, se deja coger de la mujer, que casi se ha arrodillado para estar a la altura de él; y se deja besar sin ofrecer ninguna resistencia.

«¿Y ahora os le lleváis con vosotros?, ¿siempre con vosotros, con lo pequeño que es? Será fatigoso para él...». La mujer se muestra toda compasiva. Tiene al niño estrechado entre sus brazos con su mejilla apoyada en la del niño.

«La verdad es que Yo tenía otro plan. Pensaba confiarle a alguna discípula cuando nosotros nos alejemos de Galilea y del lago...».

«¿A mí no, Señor? No he tenido ningún niño, pero sobrinitos sí, y sé tratar a los niños. Soy la discípula que no sabe hablar, que no tiene tanta salud como para ir contigo, como hacen las otras, que... ¡oh, Tú lo sabes!... será que soy mezquina, si quieres, pero Tú sabes en qué tenaza me encuentro, o, más que en una tenaza, entre dos sogas que tiran de mí en dirección opuesta, y no tengo el valor de cortar una de las dos. Deja que te sirva al menos un poco, siendo la mamá-discípula de este niño. Le enseñaré todo lo que las otras enseñan a

muchos... a amarte a ti...».

228.5 [5]Jesús le pone la mano sobre la cabeza, sonríe y dice: «Hemos traído a este niño aquí porque aquí encontraría una madre y un padre. Bien, pues vamos a constituir la familia». Y Jesús mete la mano de Margziam entre las de Pedro —que tiene los ojos brillantes— y de Porfiria. «Educadme santamente a este inocente».

Pedro ya lo sabe y lo único que hace es secarse una lágrima con el dorso de la mano. Pero su mujer, que no se lo esperaba, se queda unos momentos muda, por el estupor, pero luego vuelve a arrodillarse y dice: «¡Señor mío!, Tú me has arrebatado a mi esposo, dejándome casi viuda. Pero ahora me das un hijo... Así devuelves todas las rosas a mi vida, no sólo las que me has cogido sino también las que no he tenido nunca. ¡Bendito seas! Amaré a este niño más que si hubiera nacido de mis entrañas, porque me viene de ti». Y la mujer besa la túnica de Jesús. También besa al niño y luego le sienta sobre su regazo.... Se la ve dichosa...

«No disturbemos sus expresiones de afecto» dice Jesús. «Quédate si quieres, Simón; nosotros vamos a la ciudad a predicar. Volveremos ya por la noche, para pedirte comida y descanso». Y Jesús sale con los apóstoles, dejando tranquilos a los tres...

Juan dice: «¡Mi Señor, a Simón hoy se le ve feliz!».

«¿Tú también quieres un niño?».

«No. Sólo quisiera un par de alas para elevarme hasta las puertas del Cielo y aprender el lenguaje de la Luz, para repetirle a los hombres» y sonríe.

Acondicionan a las ovejitas en el fondo del huerto, junto al local de las redes, y les dan ramitas, hierba y agua del pozo; luego se marchan hacia el centro de la ciudad.

## 229. Discurso a los habitantes de Betsaida sobre el gesto de caridad de Simón Pedro.

25 de julio de 1945.

229.1 [1]Jesús está hablando a mucha gente que se ha congregado delante de la casa de Felipe; habla erguido, en el umbral de la puerta realzado sobre dos altos escalones.

La novedad del hijo adoptivo de Pedro que ha venido con su minúscula riqueza de tres ovejitas en busca de la gran riqueza de una nueva familia se ha esparcido como una gota de aceite en una tela. Todos hablan de ello, cuchichean, hacen comentarios que responden a los distintos modos de pensar.

Hay quien, sincero amigo de Simón y de Porfiria, se muestra contento por su alegría. Hay quien, con malevolencia, dice: «Para que le aceptara, se le ha tenido que ofrecer con dote». Está también la persona buena que dice: «Vamos a querer todos mucho a este pequeñuelo amado de Jesús». No falta quien maliciosamente dice: «¿La generosidad de Simón! ¡Sí, precisamente eso! ¡Se lucrará, si no...!».

Están también los ambiciosos: «¡También yo lo habría hecho, si me hubieran ofrecido un niño con tres ovejas. ¡Tres! ¿Os dais cuenta! Es un pequeño rebaño. ¡Además bien hermosas! Lana y leche están asegurados, y luego los corderos para venderlos o tenerlos! ¡Son riqueza! Además el niño puede servir, puede trabajar...».

Pero otros replican a los malpensados: «¡Qué vergüenza! ¡Decir que se ha hecho pagar por una buena acción! Simón no ha pensado eso. Le hemos conocido siempre generoso con los pobres, especialmente con los niños, a pesar de su modesto patrimonio de pescador. Es justo que ahora —que ya no gana con la pesca y carga con el peso de otra persona en la familia— tenga otro modo de ganar algo».

229.2 [2]Mientras la gente comenta, extrayendo cada uno de su propio corazón lo que de bueno o malo tiene y vistiéndolo de palabras, Jesús * conversa con uno de Cafarnaúm que ha venido a verle para invitarle a ir enseguida, porque —dice— la hija del arquisinagogo se está muriendo, y porque hace unos días que está viniendo una mujer noble con una sierva preguntando por él. Jesús promete que irá al día siguiente por la mañana, cosa que entristece a los de Betsaida porque querrían que estuviera con ellos más días.

«Vosotros tenéis menos necesidad de mí que otros. Permitid que me vaya. Además, durante todo el verano estaré en Galilea, y mucho en Cafarnaúm. Será fácil vernos. Allá hay un padre y una madre angustiados. Hay que socorrerlos por caridad. Vosotros —los buenos de entre vosotros— aprobáis la bondad de Simón para con el huérfano. Sólo el juicio de los buenos tiene valor. No se debe escuchar el juicio de los no buenos, que siempre está impregnado de veneno y mentira. Así que vosotros, los buenos, debéis aprobar mi acto de bondad de ir a consolar a un padre y a una madre. Haced que vuestra aprobación no quede estéril, sino que, al contrario, os mueva a imitación.

229.3 [3]Hay páginas de la Escritura que hablan de cuánto bien nace de un acto bueno. Recordemos a Tobit. Mereció que un ángel tutelase a

---

* *uno de Cafarnaúm* es *el hombre que le ofreció hospedaje en Cafarnaúm,* como precisa la corrección de MV en una copia mecanografiada. Se trata de un cierto *Tomás* (mencionado con este nombre en 231.1 y en otros lugares), conocido íntimo de la familia de Jesús (como se ha visto en 47.10), con mujer y sin hijos (como se verá en 449.4). Su casa de Cafarnaúm era considerada la casa de Jesús, como en *Mateo 4,13.*

su Tobías y que enseñase a éste cómo devolver la vista a su padre. ¡Cuánta caridad, sin pensar en obtener beneficio, había practicado el justo Tobit, a pesar de los reproches de su mujer, y de los peligros incluso de muerte! Recordad las palabras del arcángel: "Buenas cosas son la oración y el ayuno. La limosna vale más que montañas de tesoros de oro, porque libra de la muerte, purifica los pecados; quien la practica halla misericordia y vida eterna... Cuando orabas entre lágrimas y enterrabas a los muertos... presenté tus oraciones al Señor". Pues bien, mi Simón, en verdad os lo digo, superará con mucho las virtudes del anciano Tobit. Cuando Yo me vaya, quedará como tutor de vuestras almas en mi Vida. Ahora él empieza su paternidad de alma para ser mañana padre santo de todas las almas fieles a mí.

Por tanto, no murmuréis; al contrario, si un día encontráis en vuestro camino, cual pajarillo caído de su nido, a un huérfano, recogedle. El pedazo de pan compartido con el huérfano, lejos de empobrecer la mesa de los hijos auténticos, trae a casa las bendiciones de Dios. Hacedlo, porque Dios es el Padre de los huérfanos y es Él mismo quien os los pone delante, para que los ayudéis reconstruyéndoles el nido que la muerte destruyera; hacedlo porque lo enseña la Ley que Dios dio a Moisés, que es nuestro legislador precisamente porque en tierra enemiga e idolátrica encontró un corazón que se curvó compasivo hacia su debilidad de infante, salvándole de la muerte, arrebatándole a la muerte, fuera de las aguas, al margen de las persecuciones, porque Dios había establecido que Israel tuviera un día su libertador: un acto de piedad le valió a Israel su caudillo.

Las repercusiones de un acto bueno son como ondas sonoras que se difunden hasta muy lejos del lugar en que nacen; o, si lo preferís, como flujo de viento que arrebata las semillas y consigo las lleva muy lejos hasta las fértiles glebas.

Podéis iros. La paz sea con vosotros».

229.4 [4]Jesús dice después: «Aquí colocaréis la visión de la resurrección de la hija de Jairo, tenida el día 11 de marzo de 1944».

## 230. Curación de la hemorroísa y resurrección de la hija de Jairo.

11 de marzo de 1944.

230.1 [1]Aparecida mientras estoy orando *muy* cansada y afligida; por tanto, en las peores condiciones de pensar en estas cosas por mí misma. Pero el cansancio físico y mental y la pena se han desvanecido

con la primera imagen de mi Jesús. Así que me pongo a escribir.

Va, rodeado de mucha gente que ciertamente le estaba esperando, por un camino soleado y polvoriento que bordea la ribera del lago. Se dirige hacia un pueblo. La muchedumbre le oprime a pesar de que los apóstoles, a fuerza de codos y hombros, vayan tratando de hacer hueco y levanten la voz para convencer a la masa de dejar un poco de espacio.

Pero Jesús no está inquieto por tanto barullo. Sobrepasando en altura con toda la cabeza a los que le rodean, mira con dulce sonrisa a esta multitud que le apretuja; responde a los saludos, acaricia a algún niño que logra hacerse ver por entre la barrera de adultos y arrimarse a Él, pone la mano en la cabeza de aquellos pequeñuelos a los que sus madres aúpan por encima de las cabezas de la gente para que Él los toque... Y, entretanto, sigue andando, lentamente, pacientemente, en medio de esta bulla y de estas continuas presiones que pondrían de malhumor a cualquiera.

[2]Una voz de hombre grita: «¡Dejad paso! ¡Dejad paso!», una voz 230.2
que denota angustia. Muchos deben conocerla y respetarla, como de una persona influyente, porque la multitud se escinde —aunque con mucha dificultad, porque están muy apretujados— y dejan pasar a un hombre de unos cincuenta años, enteramente cubierto con un largo y amplio indumento y con una especie de pañuelo blanco alrededor de la cabeza, cuyo vuelo pende hasta el cuello y sobre la cara.

Llega adonde Jesús, se postra a sus pies y dice: «¡Maestro, ¿por qué has estado fuera tanto tiempo?! Mi hija está muy enferma. Ninguno la puede curar. Tú eres la única esperanza mía y de la madre. Ven, Maestro. Te esperaba con ansiedad infinita. Ven, ven en seguida. Mi única criatura se está muriendo...» y se echa a llorar.

Jesús pone su mano sobre la cabeza de este hombre que llora, sobre esta cabeza inclinada y convulsa por los sollozos, y le responde: «No llores. Ten fe. Tu hija vivirá. Vamos a verla. ¡Levántate! ¡Vamos!». Las dos últimas palabras tienen tono de imperio. Antes era el Consolador, ahora habla como Dominador.

Se ponen de nuevo en camino. El padre, llorando, va al lado de Jesús, que le tiene cogido de la mano; y, cuando un sollozo más fuerte agita al pobre hombre, veo que Jesús le mira y le aprieta la mano. No hace sino esto, pero ¡cuánta fuerza debe tornar a un alma cuando se siente tratada así por Jesús!

Antes, donde ahora está el padre, estaba Santiago, pero Jesús le ha dicho que le cediera el puesto. Pedro está al otro lado. Juan al lado de Pedro, tratando de hacer con él de barrera a la gente, como hacen también Santiago y Judas Iscariote en el otro lado, detrás del adolo-

rado padre. Los otros apóstoles están unos delante y otros detrás de Jesús. Pero no es suficiente. Especialmente los tres de atrás, entre los cuales veo a Mateo, no consiguen mantener detrás a la muralla viva. Y, cuando refunfuñan un poco demasiado y casi casi insultan a esta muchedumbre poco discreta, Jesús vuelve la cabeza y dice con dulzura: «¡No pongáis impedimento a estos pequeñuelos míos!...».

230.3 [3]Pero, en un momento dado, se vuelve bruscamente, dejando incluso caer la mano del hombre. Se detiene. Se vuelve (esta vez no vuelve sólo la cabeza sino todo su cuerpo). Parece incluso más alto, porque ha tomado una actitud de rey. Con su rostro —ahora severo— y su mirada inquisitiva escruta a la muchedumbre. En sus ojos hay relámpagos, no de dureza sino de majestad.

«¿Quién me ha tocado?» pregunta. Nadie responde. «¿Quién me ha tocado?, repito» insiste Jesús.

Responden los discípulos: «Pero, Maestro, ¿no ves que la muchedumbre te está apretujando por todas partes? Todos te tocan, a pesar de nuestros esfuerzos».

«Estoy preguntando que quién me ha tocado para obtener un milagro. He sentido que salía de mí una virtud milagrosa porque un corazón la invocaba con fe. ¿Quién es este corazón?».

Jesús, mientras habla, baja dos o tres veces sus ojos hacia una mujercita de unos cuarenta años, vestida muy pobremente, de rostro demacrado, la cual busca eclipsarse entre la muchedumbre, desaparecer tragada por la multitud. Esos ojos puestos en ella deben quemarla. Se da cuenta de que no puede huir y vuelve adelante. Se postra a sus pies, casi tocando el polvo con el rostro; con los brazos extendidos, aunque sin llegar a tocar a Jesús.

«¡Perdón! Soy yo. Estaba enferma. ¡Hacía doce años que estaba enferma! Todos huían de mí. Mi marido me ha abandonado. He gastado todos mis haberes para no ser considerada un oprobio, para vivir como viven todos. Ninguno ha podido curarme. Maestro, ya ves que soy una anciana prematura. Mi vitalidad, con mi flujo incurable, ha salido de mí, y mi paz con ella. Me dijeron que Tú eras bueno. Me lo dijo uno al que habías curado de su lepra, uno que por su experiencia de tantos años en que todos huían de él no sintió asco de mí. No me he atrevido a decir esto antes. ¡Perdóname! He pensado que sólo con tocarte quedaría curada. Pero no te he contaminado de impureza. Apenas he rozado el extremo de tu vestido que toca el suelo, la suciedad del suelo... como mi inmundicia... ¡Pero ahora estoy curada! ¡Bendito seas! En el momento en que he tocado tu vestido mi mal ha cesado. Ahora soy como todas las demás. Ya no se apartará de mí la gente. Mi marido, mis hijos, mis parientes podrán estar con-

migo, los podré acariciar, seré útil a mi casa. ¡Gracias, Jesús, Maestro bueno! ¡Bendito seas eternamente!».

Jesús la mira con una bondad infinita. Le sonríe y le dice: «Ve en paz, hija. Tu fe te ha salvado. Queda curada para siempre. Sé buena y vive feliz. Ve».

[4]No ha terminado de hablar cuando, al improviso, llega un hom- 230.4
bre —creo que un siervo—, y se dirige al padre de la niña enferma — que durante todo este tiempo ha estado en actitud de espera respetuosa pero angustiada, verdaderamente en ascuas— y le dice: «Tu hija ha muerto. No importunes ya al Maestro. Su espíritu la ha dejado. Ya las plañideras están llorando. La madre me envía a decírtelo y te ruega que vayas en seguida».

El pobre padre exhala un gemido, se lleva las manos a la frente, frunce la frente, se comprime los ojos, se pliega como si le hubieran herido.

Jesús, que parecía que no debería ver ni oír nada, porque está atento a lo que le dice la mujer y a responderla, se vuelve, sin embargo, y pone la mano sobre la espalda curvada del pobre padre: «Hombre, te he dicho: ten fe. Te repito: ten fe. No temas. Tu hija vivirá. Vamos adonde ella». (Y se pone de nuevo en marcha, manteniendo estrechado contra sí a este hombre completamente destruido).

La multitud, ante este dolor y la gracia que se ha producido, se detiene atemorizada; se abre, deja a Jesús y a los suyos que puedan caminar ligero para seguir luego como una estela a la Gracia que pasa.

Se recorren así unos cien metros, quizás más —no soy buena calculadora—; se entra cada vez más en el centro del pueblo.

[5]Hay una aglomeración de gente delante de una casa de fino as- 230.5
pecto. Están comentando con voz alta y estridente lo que ha sucedido, a manera de contrapunto de otros gritos más altos que llegan a través de la puerta abierta de par en par: son gritos gorjeados, agudos, mantenidos en una nota monótona y que parecen dirigidos por una voz más aguda, solista; a ésta responden, primero un grupo de voces más finas, luego otro de voces más llenas. Es un alboroto capaz de producir la muerte incluso a quien está bien.

Jesús ordena a los suyos que se queden delante de la puerta, pero llama a Pedro, Juan y Santiago. Con ellos entra en la casa (lleva todavía agarrado de un brazo al padre, que sigue llorando: parece como si quisiera infundirle la certeza de que Él está ahí para consolarle con ese gesto).

Las... plañideras, que yo llamaría más bien "chillonas", al ver al jefe de la casa y al Maestro, doblan su gritería. Dan palmadas, agitan unas panderetas, golpean triángulos y sobre esta... música apo-

yan sus plañidos.

«Callad» dice Jesús. «No es el caso de llorar. La niña no está muerta, sólo duerme».

Las mujeres lanzan gritos más fuertes aún. Algunas se revuelcan por el suelo, se hacen arañazos, se arrancan los pelos (o, más bien, hacen como si se los arrancaran) para mostrar que está realmente muerta. Los que suenan los instrumentos y los amigos menean la cabeza como respuesta a lo que creen ser un espejismo de Jesús.

Mas Él repite: «¡Callad!», tan enérgicamente, que el alboroto, si bien no cesa completamente, al menos se transforma en simple murmullo. Jesús pasa más adentro.

230.6 [6]Entra en un cuarto pequeño. Encima de la cama está extendida una niña muerta. Delgada y palidísima, yace, ya vestida, ordenados con cuidado sus negros cabellos. La madre llora al pie del costado derecho de la cama, mientras besa la cérea manita de la difunta.

¡Qué hermoso está Jesús ahora! ¡Como pocas veces le he visto! Se acerca al lecho rápidamente, tanto que parece deslizarse sobre el suelo... volar. Los tres apóstoles cierran la puerta sin contemplaciones para con los curiosos y permanecen apoyados a ella. El padre se ha detenido a los pies de la cama.

Jesús va a la parte izquierda, extiende la mano izquierda para tomar la manita muerta de la pequeña difunta; es también *la izquierda*, lo he visto bien, es la izquierda de Jesús y la izquierda de la niña. Alza el brazo derecho hasta llevar la mano abierta a la altura del hombro, y la baja con el gesto propio de uno que o jura o manda. Dice: «¡Niña, Yo te lo digo, levántate!».

Transcurre un momento en que todos, excepto Jesús y la muerta, permanecen suspendidos. Los apóstoles alargan el cuello para ver mejor. El padre y la madre miran con ojos acongojados a su hija. Pasa un instante... y un suspiro alza el pecho de la pequeña difunta, un leve color sube a la carita cérea, anulando el cárdeno de muerte. Una sonrisa se dibuja en los pálidos labios antes de abrirse los ojos, como si la niña estuviera teniendo un dulce sueño. Jesús la tiene todavía tomada de la mano. Entonces la niña abre dulcemente los ojos y los mueve en su derredor como si se despertara en ese momento. Lo primero que ve es el rostro de Jesús, que la está mirando fijamente con sus ojos espléndidos, sonriéndole con alentadora bondad. Y ella también le sonríe.

«Levántate» repite Jesús, mientras aparta con su mano los objetos fúnebres que estaban colocados o sobre la propia cama o a los lados (flores, velos, etc. etc.) y la ayuda a bajar. Y hace que dé unos primeros pasos teniéndola todavía de la mano.

«Dadle de comer. Ahora» ordena Jesús. «Está curada. Dios os la ha devuelto. Dadle gracias. No digáis a nadie lo que ha sucedido. Vosotros sabéis qué le había sucedido. Habéis creído, habéis merecido el milagro. Los otros no han tenido fe. Es inútil tratar de persuadirlos. Dios no se muestra a quien niega el milagro. Y tú, niña, sé buena. ¡Adiós! La paz descienda sobre esta casa». Sale cerrando tras sí la puerta.

La visión termina.

[7]Le diré que los dos momentos en que la visión me ha alegrado de 230.7
forma especial han sido: primero, cuando Jesús ha buscado entre la muchedumbre a la persona que lo había tocado; segundo, y sobre todo, cuando, erguido al lado de la pequeñuela muerta, le ha tomado la mano y le ha mandado levantarse. La paz, la seguridad han entrado en mí. No es posible que con semejante piedad no pueda tener piedad de nosotros, ni que con semejante poder no pueda vencer al Mal que nos hace morir.

Jesús, por ahora, no comenta. Tampoco dice nada sobre otras cosas. Me ve casi muerta, pero no juzga oportuno que esté mejor esta tarde. Hágase como Él quiere. Ya me siento suficientemente feliz de tener en mí su visión.

## 231. En Cafarnaúm, Jesús y Marta hablan de la crisis que atormenta a María de Magdala.

27 de julio de 1945.

[1]Sudoroso y empolvado, Jesús, con Pedro y Juan, regresa a la ca- 231.1
sa de Cafarnaúm.

Apenas acaba de poner pie en el huerto, para ir a la cocina, cuando el dueño de la casa le llama familiarmente y le dice: «Jesús, ha vuelto esa dama de que te hablé en Betsaida; ha vuelto y te buscaba. Le he dicho que te esperase y la he conducido arriba, a la habitación superior».

«Gracias, Tomás, voy en seguida. Si llegan los demás, tenlos aquí». Y Jesús sube ligero la escalera sin quitarse siquiera el manto.

La escalera va a dar a una terraza. En ella, inmóvil, está Marcela, la sierva de Marta. «¡Maestro nuestro! Mi señora está ahí dentro. Te espera desde hace muchos días» dice la mujer mientras se arrodilla ante Jesús para venerarle.

«Ya me lo imaginaba. Voy en seguida a verla. Dios te bendiga, Marcela».

Jesús levanta la cortina que protege de la luz, aún violenta a pe-

sar de que la puesta de sol esté ya adelantada (vuelve fuego al aire y parece encender las casas blancas de Cafarnaúm con la roja reverberación de un enorme brasero). En la habitación está Marta, toda velada y envuelta en un manto, sentada junto a una ventana. Quizás mira a un trozo de lago en que un collado boscoso zambulle un entrante, quizás sólo mira a sus pensamientos. Está muy absorta; tanto que no oye el leve roce de los pies de Jesús, que se está acercando a ella; siendo así que, cuando la llama, se sobresalta.

«¡Maestro!» grita, y se derrumba de rodillas con los brazos tendidos hacia adelante como solicitando ayuda, luego se curva hasta tocar con la frente en el suelo y se echa a llorar.

231.2 [2]«¿Por qué? ¡Ánimo, levántate! ¿Por qué este llanto desconsolado? ¿Tienes alguna desventura que manifestarme? ¿Sí? ¿Cuál? Dime. He estado en Betania, ¿sabes? ¿Sí? Allí he sabido que había buenas noticias. Ahora estás llorando... ¿Qué ha pasado?». Y la obliga a levantarse y a que se siente en el asiento que está colocado contra la pared. Él se sienta frente a ella. «Venga, quítate ese velo y ese manto, como hago Yo. Te estarás ahogando con ellos. Además es que quiero ver el rostro de esta Marta turbada, para alejar todas las nubes que lo ensombrecen».

Marta obedece, aunque sigue llorando; aparece su rostro enrojecido y de ojos hinchados.

«¿Entonces? Te ayudaré. María te ha mandado llamar. Ha llorado mucho, ha querido saber muchas cosas de mí. Tú has pensado que ello era buena señal, tanto es así que has manifestado tu deseo de que Yo viniera para cumplir el milagro. Bien, pues he venido. ¿Y ahora?...».

«¡Ahora ya nada, Maestro! Me equivoqué. Una esperanza demasiado viva hace ver cosas inexistentes... Te he hecho venir para nada... María es peor que antes... ¡No! ¡Qué estoy diciendo? Estoy calumniando, mintiendo. No es que sea peor, porque no quiere ya hombres a su alrededor, es que es distinta; pero sigue siendo muy mala. La veo como loca... Yo ya no la entiendo. Antes, al menos, la comprendía. Pero, ahora, ¡quién puede comprenderla?». Y Marta llora desconsoladamente.

«¡Venga, mujer, tranquilízate y cuéntame lo que hace. ¿Por qué es mala? Has dicho que ya no quiere hombres en torno a ella. Por tanto, supongo que vivirá retirada en casa. ¿Es así? ¿Sí? Bien. Eso está muy bien. El hecho de que haya querido que estuvieras a su lado como defensa de la tentación —son tus palabras—, el hecho de esquivar la tentación apartándose de relaciones culpables, o simplemente de lo que podría inducir a relaciones culpables, es signo de buena voluntad».

«¿Piensas que sí, Maestro? ¿Lo crees verdaderamente?».

«Sin duda. ¿En qué, entonces, te parece mala? [3]Cuéntame lo que 231.3
hace...».

Marta, un poco más fuerte ahora por esta certeza de Jesús, habla con más orden: «Desde que llegué, María no ha vuelto a salir de casa, del jardín, ni siquiera para ir al lago con la barca. La que fue su nodriza me ha dicho que ya antes no salía casi nada. Este cambio parece ser que ha empezado desde la Pascua. Pero, antes de que yo llegase, todavía había personas que iban a verla, y no siempre las rechazaba. Algunas veces mandaba que no dejasen pasar a ninguno, y parecía una orden de carácter definitivo. Pero luego, si, habiendo oído las voces de los visitantes, iba al vestíbulo y ya éstos se habían marchado, incluso pegaba a los sirvientes en un arrebato de injusta ira. Desde mi llegada no lo ha vuelto a hacer. La primera tarde —y por eso nació en mí tanta esperanza— me dijo: "Sujétame, átame incluso... pero no me dejes salir ya más, no dejes que vea a nadie sino a ti y a la nodriza, porque soy una enferma y quiero recobrar la salud. Esos que vienen aquí, o que quieren que yo vaya adonde ellos, son semejantes a pantanos de fiebre. Con ellos enfermo cada vez más. Pero su apariencia es muy hermosa, son exuberantes, están llenos de cantos, tienen frutos de aspecto tentador; tanto que no sé resistir, porque soy una desdichada, una desdichada soy. Marta, tu hermana es una débil, y hay quien se aprovecha de su debilidad para hacer que haga cosas infames, a las cuales un resto de mí no consiente, el único resto que me queda todavía de mi madre, de mi pobre madre...", y lloraba, lloraba. Yo lo he hecho: con dulzura en las horas de mayor lucidez suya, con firmeza en las horas en que me parece una fiera enjaulada. Ninguna vez se ha rebelado contra mí; es más, pasados los momentos de mayor tentación, viene a llorar a mis pies con su cabeza reclinada en mi regazo, y dice: "¡Perdóname, perdóname!". Y, si le pregunto: "Pero, ¿de qué, hermana? No me has ofendido", responde: "Porque hace poco, o ayer por la tarde, cuando me dijiste: 'Tú no sales de aquí', en mi corazón te he odiado, te he maldecido, he deseado tu muerte". ¿No da pena, Señor? ¿Es que está loca? ¿Será que su vicio la ha vuelto loca? Yo creo que algún amante le ha dado un filtro para tenerla como esclava en la lujuria, un filtro que le ha afectado a la cabeza...».

«No, no se trata de filtros ni de locuras, es otra cosa. [4]Pero... con- 231.4
tinúa».

«Bien. Conmigo es respetuosa y obediente. Tampoco ha vuelto a maltratar a los sirvientes. Pero, después de la primera tarde, no ha preguntado nada sobre ti. Es más, si saco la conversación, la desvía;

salvo cuando se queda horas y horas en el escollo de la panorámica mirando hasta quedar cegada por el lago, y me pregunta a cada barca que ve pasar: "¿Te parece la de los pescadores galileos?". No dice nunca tu Nombre, ni el de los apóstoles, pero sé que piensa en ellos y en ti en la barca de Pedro. También comprendo que piensa en ti porque algunas veces, al atardecer, paseando por el jardín o esperando a irnos a dormir —yo cosiendo, ella mano sobre mano— me dice: "¿Es así como hay que vivir según la doctrina que sigues?"; y unas veces llora, otras ríe con una carcajada sarcástica, de loca o de demonio. Otras veces se suelta los cabellos, —¡siempre tan artísticamente arreglados!—, se hace dos coletas, se pone uno de mis vestidos, me viene, con las coletas que le caen por detrás, o dispuestas delante, sin ningún escote, púdica, con aire de jovencita por el vestido, las coletas y la expresión del rostro, y me dice: "¿Es así como debería ser María?". En estos casos algunas veces llora besándose sus espléndidas coletas, gruesas como brazos, que le llegan hasta las rodillas, todo ese oro vivo que era la gloria de mi madre; pero también a veces echa esa horrenda carcajada, o me dice: "Mira, más bien, mira lo que hago, así me quito de en medio", y se rodea la garganta con las coletas y aprieta hasta que se pone violácea, como queriéndose estrangular. Otras veces —se ve que es cuando más fuerte siente su... su carne— le da por compadecerse de sí misma o por darse golpes (la he visto golpearse furiosamente el pecho, el vientre, arañarse la cara, golpear la cabeza contra la pared; y si la he preguntado: "¿Por qué haces eso?", se me ha vuelto, como fuera de sí, furiosa, diciendo: "Para destruirme, y destruir mis entrañas y mi cabeza. Hay que destruir las cosas nocivas y malditas. Me estoy destruyendo"). Cuando le hablo de la misericordia divina, de ti —porque hablo de ti como si ella fuera la más fiel de tus discípulas, y te juro que a veces me repele hablar de ti delante de ella— me responde: "Para mí no puede haber misericordia. He rebasado la medida". Y entonces le da un ataque furioso de desesperación, y se pone a gritar y a golpearse hasta hacerse sangre: "¿Por qué tengo este monstruo que me desmembra, que no me deja un momento de paz, que me conduce al mal con voces de cantos y luego une a éstas las voces de maldición de mi padre, de mi madre, y las vuestras? —porque también tú y Lázaro me maldecís, y me maldice Israel—, ¿por qué me trae estas voces para hacerme enloquecer?". Yo, cuando habla así, respondo: "¿Por qué piensas en Israel, que al fin y al cabo es una nación, y no en Dios? Dado que no has pensado antes, cuando pisoteabas todo, piensa ahora en vencer todo y en preocuparte sólo de lo que no es mundo, o sea, Dios, padre, madre, que no te maldicen si cambias de vida, antes al contra-

rio, te abren sus brazos...". Y ella me escucha, pensativa, con asombro, como si le estuviera contando una fábula imposible. Luego se echa a llorar, y no responde. Otras veces pide a los sirvientes vinos y drogas, y bebe y come estos alimentos artificiosos diciendo: "Es para no pensar". Ahora, desde que ha sabido que estás en el lago, siempre que sabe que vengo aquí, me dice: "Un día voy a ir yo también", y, riéndose con esa risa que es un insulto a sí misma, concluye: "Así, al menos, la mirada de Dios caerá también en el estiércol". Pero no quiero que venga, así que espero a venir aquí cuando ella, cansada de ira, de vino, de llanto, de todo, duerme derrengada. Hoy también he huido de este modo. Volveré de noche, antes de que se despierte. Ésta es mi vida... Ya no tengo esperanza...». Y el llanto, no refrenado ya por el deseo de decir todo con orden, vuelve a aparecer, más fuerte que antes.

[5]«¿Te acuerdas, Marta, de que una vez te dije: "María es una en- 231.5
ferma"? No querías creerlo, ahora lo ves. La llamas loca. Ella misma dice de sí que está enferma de fiebres pecaminosas. Yo digo: enferma por posesión demoniaca. Es una enfermedad, de todas formas. Estas incoherencias, rabias, lloros y estados de desolación y anhelo de mí son las fases de su enfermedad, que, llegado el momento de la curación, experimenta las crisis más violentas. Haces bien siendo buena con ella, siendo paciente y hablándole de mí. No te repugne pronunciar mi Nombre en su presencia. ¡Oh, pobre alma de mi María! Ella también ha salido del Padre Creador y no es distinta de las otras, de la tuya, de la de Lázaro, de las de los apóstoles y discípulos. Ella también ha sido incluida y contemplada entre las almas por las que me he hecho carne para ser Redentor; es más, he venido más por ella que por ti, que por Lázaro, los apóstoles y los discípulos. ¡Pobre alma, amada alma que sufre, de mi María, de mi María envenenada con siete venenos además del veneno primogénito y universal, de mi María prisionera! ¡Deja, deja que venga a mí! ¡Deja que respire mi respiro, que oiga mi voz, que encuentre mi mirada!... Se llama a sí misma "estiércol"... ¡Oh, pobre amada, que de los siete demonios que tiene el menos fuerte es el de la soberbia! ¡Pues bien, le bastará esto para salvarse!».

[6]«Pero, ¿y si sale y encuentra a alguno que la desvía de nuevo ha- 231.6
cia el vicio? Ello misma lo teme...».

«Siempre lo temerá, ahora que ha llegado a sentir nausea del vicio. No temas, de todas formas. Cuando un alma tiene ya este deseo de dirigirse al Bien, y sólo la retiene el Enemigo diabólico —que es consciente de perder la presa— y el enemigo personal del yo —que razona todavía humanamente y se juzga a sí mismo humanamente,

aplicando a Dios su juicio (para impedirle al espíritu dominar al yo humano)—, entonces esa alma es ya fuerte contra los asaltos del vicio y de los viciosos: ha encontrado la Estrella Polar y no se desviará. No le vuelvas a decir: "¿No has pensado en Dios y piensas en Israel?". Es una reprensión implícita. No lo hagas. Es una mujer que ha salido de las llamas. Es toda ella una llaga. No la toques sino con bálsamos de dulzura, perdón, esperanza... Déjala libre de venir; es más, debes decirle que cuándo va a venir. Pero no le digas: "Ven conmigo"; al contrario, si te percatas de que viene, tú no vengas. Regresa. Espérala en casa. Volverá a ti quebrantada por la Misericordia. Porque Yo tengo que eliminar la malvada fuerza que ahora la tiene sujeta. Durante unas horas, será como una a la que hubieran abierto las venas, como una a la que un médico hubiera quitado los huesos. Pero luego estará mejor. Estará aturdida. Tendrá gran necesidad de caricias y silencio. Asístela como si fueras su segundo ángel custodio: sin hacerte notar. Si la ves llorar, déjala llorar. Si la oyes hacerse preguntas, déjala que lo haga. Si la ves sonreír y luego ponerse seria, y sonreír de nuevo con sonrisa, mirada y rostro distintos, no le hagas preguntas, no la cohíbas. Sufre más ahora, que está subiendo, que cuando bajaba. Y *debe ser ella quien suba*, como por sí misma bajó. Entonces no soportaba vuestras miradas puestas en su descenso, porque en vuestros ojos había reproche. Ahora, con su vergüenza, que por fin se ha despertado, menos aún puede soportar vuestra mirada: entonces era fuerte porque tenía dentro a Satanás, que era el amo, y con él la mala fuerza que la sostenía, de forma que podía desafiar al mundo, y, a pesar de ello, no ha resistido vuestra mirada cuando pecaba; ahora ya no tiene por amo a Satanás, sino que es sólo huésped en ella, todavía, aunque ya el deseo de María le tiene sujeto por la garganta. Y no me tiene a mí todavía. Por eso es demasiado débil. No puede soportar ni siquiera la caricia de tus ojos fraternos puestos en su confesión a su Salvador. Toda su energía está orientada, y consumida, en estrangular al septipartito demonio. Para todo lo demás, ella está indefensa y desnuda. Pero Yo la vestiré de
231.7 nuevo y la fortaleceré. [7]Ve en paz, Marta. Mañana, con tacto, dile que voy a hablar en el torrente de la Fuente, aquí en Cafarnaúm, al crepúsculo. ¡Ve en paz! ¡Ve en paz! ¡Te bendigo!».

Marta se muestra titubeante todavía.

Jesús se da cuenta y dice: «No caigas en incredulidad, Marta».

«No, Señor. Lo que pasa es que pienso... ¡Oh, dame algo que pueda llevarle a María para infundirle un poco de fuerza!... Está sufriendo mucho... ¡y tengo mucho miedo de que no logre triunfar sobre el demonio!».

«¡Eres una niña! María nos tiene a mí y a ti. No puede fracasar. De todas formas, ven; ten; dame esta mano que no ha pecado nunca, que ha sabido ser delicada, misericordiosa, activa, pía, que ha tenido siempre gestos de amor y de oración, que no se ha emperezado con el ocio y no se ha corrompido nunca. Mira, la tengo entre las mías para hacerla más santa todavía. Álzala contra el demonio, que no la soportará. Toma este cinturón mío. No te desprendas de él nunca. Siempre que lo veas dite a ti misma: "El poder de Jesús es más fuerte que este cinturón suyo; con el poder de Jesús todo se vence: demonios y monstruos. No debo tener miedo". ¿Estás contenta ahora? Mi paz descienda sobre ti. Ve tranquila».

Marta le venera y sale.

El carro de Marcela está a la puerta. Jesús sonríe mientras la ve tomar asiento y partir en dirección a Magdala.

## 232. Curación de dos ciegos y de un mudo endemoniado.

28 de julio de 1945.

[1]Luego Jesús baja a la cocina; pero, al ver que Juan va a salir para ir a la fuente, en vez de quedarse en la cocina caliente y humosa, prefiere ir con él, y deja a Pedro batallando con unos peces que acaban de traer los mozos de Zebedeo para la cena del Maestro y los apóstoles. 232.1

No van al manantial de las afueras del pueblo, sino a la fuente de la plaza, que recibe el agua de la buena y abundante agua manantial que brota de la escarpa del monte que está junto al lago. En la plaza se ve la consabida aglomeración de gente, típica de los pueblos palestinos por la tarde. Mujeres con ánforas, niños jugando, hombres hablando de negocios o... de dimes y diretes del lugar. Pasan también, circundados de siervos o clientes, los fariseos, dirigidos hacia las casas ricas; todos se apartan para dejarlos pasar, haciéndoles reverencias, aunque luego, nada más que han pasado, los maldicen de corazón y cuentan sus últimos atropellos y mohatras.

[2]Mateo, en un ángulo de la plaza, arenga a sus amigos de antes, lo cual hace decir en tono despreciativo y en voz alta al fariseo Urías: «¡Las famosas conversiones! El apego al pecado permanece. Se ve en que se mantienen las amistades. ¡Ja!, ¡ja!». 232.2

Entonces Mateo, resentido, se gira y responde: «Se mantienen para convertirlos».

«¡No es necesario! Es suficiente *tu* Maestro. Tú manténte a dis-

tancia, no vaya a ser que te vuelva la enfermedad, suponiendo que verdaderamente estés curado».

Mateo se pone violáceo por el esfuerzo de no decirle cuatro verdades, pero se limita a contestar: «Ni temas ni esperes».

«¿Qué?».

«Que no temas que vuelva a ser Leví el publicano y que no esperes que te imite para perder a estas almas. Las distancias y los desprecios te los dejo a ti y a tus amigos. Yo imito a mi Maestro y me acerco a los pecadores para conducirlos a la Gracia».

Urías se dispone a replicar, pero, en esto llega el otro fariseo, el viejo Elí, que dice: «Pero hombre, no manches tu pureza, no contamines tu boca, amigo; ven conmigo» y coge del brazo a Urías y le lleva hacia su casa.

232.3 [3]Entretanto, la gente, especialmente los niños, se han ido arrimando más a Jesús. Entre los niños están la pareja de hermanitos Juana y Tobías, los que en un día ya lejano reñían por unos higos. * Ahora le dicen a Jesús, mientras toquetean con las manitas su alto cuerpo para llamar su atención: «Oye, oye, hoy también hemos sido buenos, sabes? No hemos llorado en todo el día ni nos hemos molestado, por amor a ti. ¿Nos das un beso?».

«¡Entonces habéis sido buenos! ¡Y por amor a mí! ¡Qué alegría me dais! Aquí tenéis el beso. Mañana sed mejores todavía».

También está Santiago, el niño que llevaba todos los sábados la bolsa de Mateo a Jesús. Dice: «Leví ya no me da nada para los pobres del Señor, pero yo he reservado toda la calderilla que me dan cuando soy bueno. Toma. ¿Se lo das a los pobres por mi abuelo?».

«Sí claro. Pero, ¿qué le pasa a tu abuelo?».

«Ya no puede andar. Es muy viejo y no se tiene en pie con las piernas».

«¿Te entristece esto?».

«Sí, porque era mi maestro cuando caminábamos por el campo. Me decía muchas cosas. Me hacía amar al Señor. Ahora todavía me habla de Job y me muestra las estrellas del cielo, pero... desde su silla... Era más bonito antes».

«Iré mañana a ver a tu abuelo. ¿Estás contento?».

Pero Benjamín —no el de Magdala sino el de Cafarnaúm, el de * una visión ya lejana en el tiempo—, que ha llegado a la plaza con su mamá y a visto a Jesús, suplanta a Santiago; suelta la mano materna, y se lanza, con un grito que parece de golondrina, adentro de la

---

* *reñían por unos higos,* en 97.1.

* *el de una visión ya lejana en el tiempo,* porque fue escrita el 7 de marzo de 1944, aunque la encontraremos en el capítulo 352.

pequeña muchedumbre; llegado donde Jesús, le rodea con los brazos las rodillas y le dice: «¡También a mí, hazme también a mí una caricia!».

[4]En ese momento pasa el fariseo Simón. Dedica a Jesús una pomposa reverencia. Jesús devuelve el saludo. El fariseo se para y, mientras la gente se aparta como atemorizada, dice: «¿A mí no me harías una caricia?» y sonríe levemente. 232.4

«A todos los que me la piden. Me alegro contigo, Simón, de que estés en perfecta salud. Me habían dicho en Jerusalén que habías estado muy enfermo».

«Sí. Mucho. Deseaba verte... para sanar».

«¿Creías que podía hacerlo?».

«Nunca lo he dudado. Pero he tenido que curarme solo porque has estado ausente durante mucho tiempo. ¿Dónde has estado?».

«En los confines de Israel: así he ocupado los días entre Pascua y Pentecostés».

«¿Muchos éxitos? He sabido lo de los leprosos de Hinnón y Siloán. Grandioso. ¿Sólo eso? No, ciertamente. Pero eso se sabe por el sacerdote Juan. Quien no tiene prejuicios cree en ti y es feliz».

«¿Y quien no cree porque tiene prejuicios? ¿Qué es de él, sabio Simón?».

El fariseo se turba un poco... vacila entre el deseo de no condenar a sus demasiados amigos que tienen prejuicios contra Jesús y el de merecer de verdad los elogios de Jesús. Vence éste último, y dice: «Quien no quiere creer en ti a pesar de las pruebas que das está condenado».

«Yo no quisiera la condena de ninguno...»

«Tú. Y, sin embargo, nosotros no correspondemos contigo con la misma medida de bondad que Tú tienes con nosotros. Son demasiados los que no te merecen... Jesús, quisiera invitarte mañana a mi casa...».

«Mañana no puedo. Dejémoslo para dentro de dos días. ¿Aceptas?».

«Siempre. Vendrán... amigos míos... tendrás que compadecerlos si...».

«Sí, sí. Iré con Juan».

«¿Sólo él?».

«Los otros tienen otros encargos. Mira, están volviendo de la campiña. Paz a ti, Simón».

«Dios esté contigo, Jesús».

El fariseo se marcha y Jesús se reúne con los apóstoles.

[5]Vuelven a casa para la cena. 232.5

Mientras están a la mesa, comiendo el pescado asado, llegan unos ciegos que ya antes, en el camino, habían implorado el favor de Jesús. Repiten ahora su: «¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de nosotros!».

A lo cual, en tono de reproche, contesta Simón-Pedro: «¡Marchaos, hombre! Si os ha dicho que mañana, es mañana. Dejadle comer».

«No, Simón. No los eches. Tanta constancia merece un premio». Y a los ciegos: «Entrad los dos». Los ciegos entran tentando con el bastón el suelo y las paredes. «¿Creéis que os puedo devolver la vista?».

«¡Oh, sí, Señor! Hemos venido porque estamos seguros de ello».

Jesús se levanta de la mesa, se acerca a ellos, pone las yemas de sus dedos en los párpados ciegos, alza el rostro, ora y dice: «Hágase con vosotros según la fe que tenéis». Entonces quita las manos: en uno, los párpados que antes no tenían movimiento se mueven, porque la luz hiere de nuevo sus pupilas renacidas; al otro se le desellan los párpados, de forma que donde antes había una sutura natural, debida ciertamente a úlceras mal curadas, ahora se forma de nuevo el borde palpebral, sin defectos, y sube y baja con movimiento de ala.

Los dos caen de rodillas.

«Levantaos. Marchaos. Cuidad de que ninguno sepa lo que he hecho con vosotros. Llevad a vuestras ciudades la nueva de la gracia recibida; a los familiares, a los amigos. Aquí ni es necesario ni es bueno para vuestra alma. Conservadla inmune de toda lesión a su fe, de la misma forma que ahora que sabéis lo que son los ojos los preservaréis de toda lesión para no quedaros ciegos de nuevo».

232.6 [6]Termina la cena. Suben a la terraza, donde hay un poco de aire fresco. El lago es todo un cabrilleo bajo el cuarto de luna.

Jesús se sienta en el borde del antepecho y se abstrae contemplando este lago de plata en movimiento. Los demás hablan entre sí, aunque en voz baja, para no molestarle. Eso sí, le miran como embelesados.

¡Claro! ¡Qué hermosura la suya! Tiene la cabeza levemente hacia atrás, apoyada sobre el áspero sarmiento de vid que desde ahí sube y se extiende por la terraza. Le aureola por entero una luna que ilumina su rostro, al mismo tiempo severo y sereno, permitiendo estudiarlo hasta sus mínimos detalles. Sus ojos, de forma alargada, de un azul que en la noche asemeja casi al color del ónix, parecen emanar olas de paz sobre todas las cosas. De vez en cuando se alzan hacia el cielo sereno, sembrado de astros; otras veces descienden para mirar a las colinas; o más aún para mirar al lago; más todavía, y entonces se quedan fijos en un punto indeterminado y parecen sonreír ante

algo que sólo ellos ven. Sus cabellos ondean leves con el viento ligero. Está sentado al bies, con una pierna suspendida a poca distancia del suelo y la otra apoyada en la tierra; las manos relajadas sobre el regazo. Su indumento blanco parece acentuar su propio candor, haciéndose casi de plata por la luz lunar; sus largas manos, blanco marfil, parecen intensificar la propia tonalidad de marfil viejo y la propia belleza viril, a pesar de su forma ahusada. También la cara, con su frente alta y su nariz recta, con sus delicadas mejillas ovaladas, alargadas por la barba rubia-cobre, parece, bajo esta luz lunar, hacerse de color marfil viejo, perdiendo el tenue matiz róseo que de día se nota en los pómulos.

«¿Estás cansado, Maestro?» pregunta Pedro.

«No».

«Te veo pálido y pensativo...».

«Estaba pensando, sí, pero no creo que esté más pálido de lo habitual. [7]Venid aquí... La luz de la luna os pone a todos vosotros pálidos también. Mañana iréis a Corazín. Quizás encontráis a algunos discípulos. Habladles. Y tened en cuenta que mañana, a la caída de la tarde, tenéis que estar aquí. Predicaré junto al torrente». 232.7

«¡Qué bien! Se lo diremos a los de Corazín. Hoy, regresando aquí, nos hemos encontrado con Marta y Marcela. ¿Habían estado aquí?» pregunta Andrés.

«Sí».

«En Magdala se hablaba mucho de María: que ya no sale de casa, que ya no organiza fiestas. Nos hemos parado a descansar donde la mujer de la otra vez. Benjamín me ha dicho que cuando le vienen ganas de comportarse mal piensa en ti y...».

«... y en mí; puedes decirlo, Santiago» dice Judas Iscariote.

«No lo ha dicho».

«Lo ha dado a entender diciendo: "Yo no quiero ser guapo pero malo", y me ha mirado de través. No me puede soportar...».

«Antipatías sin peso, Judas. No pienses en ello» dice Jesús.

«Sí, Maestro, pero es molesto que...».

[8]«¿Está el Maestro?» grita una voz desde el camino. 232.8

«Está. Pero, ¿qué queréis otra vez ahora? ¿No os basta todo el tiempo del día? ¿Es hora ésta de venir a importunar a unos pobres peregrinos? Volved mañana» ordena Pedro.

«Es que tenemos aquí con nosotros a un mudo endemoniado. Se nos ha escapado tres veces por el camino; si no, hubiéramos llegado antes. ¡Sed benévolos! Dentro de poco, cuando la Luna esté alta, dará fuertes gritos y atemorizará a todo el pueblo. ¡¿Veis como ya empieza a agitarse?!».

Jesús atraviesa toda la terraza y se asoma por el antepecho. Los apóstoles hacen lo mismo. Es un collar de cabezas inclinadas hacia una turba de gente, que a su vez la levantan hacia aquellos que la agachan. En medio, con movimientos y gañidos de oso o de lobo encadenado, hay un hombre bien atado por las muñecas para impedir que se escape. Gañe revolviéndose con movimientos animalescos y como buscando en el suelo quién sabe qué. Cuando alza los ojos y se encuentra con la mirada de Jesús, emite un grito brutal, inarticulado, un verdadero aullido, y trata de huir. La multitud, casi toda Cafarnaúm, se aparta atemorizada.

«¡Ven, por caridad! ¡Le está volviendo a dar como antes...».

«Voy en seguida». Y Jesús baja rápidamente y va de frente hacia el desdichado, que está más agitado que nunca.

«Sal de éste. Lo quiero».

El aullido queda estrellado en una palabra: «¡Paz!».

«Sí, paz. Ten paz ahora que has sido liberado».

La muchedumbre grita maravillada al ver el inmediato paso de la furia a la quietud, de la posesión a la liberación, del mutismo a la posibilidad de hablar.

232.9 [9]«¿Cómo habéis sabido que estaba aquí?».

«En Nazaret nos dijeron: "Está en Cafarnaúm". En Cafarnaúm nos lo confirmaron dos hombres que decían que les habías curado los ojos, en esta casa».

«Es verdad. Es verdad. Nos lo han dicho también a nosotros...» gritan muchos. Y comentan: «¡Jamás se han visto cosas semejantes en Israel!».

Mas los fariseos de Cafarnaúm —entre los que no está Simón—, con risa sarcástica, dicen: «Si no fuera con la ayuda de Belcebú no las haría».

«Ayuda o no ayuda, estoy curado, y los ciegos también. Vosotros no lo podríais hacer a pesar de vuestras altas oraciones» replica el endemoniado mudo curado, y besa la túnica de Jesús, el cual no responde a los fariseos; se limita a despedir a la muchedumbre diciendo: «La paz esté con vosotros». Retiene al hombre curado y a los que le acompañan, y les ofrece hospedaje en la habitación alta para que descansen hasta el alba.

232.10 [10]...Dice Jesús: «Aquí colocaréis la parábola de la oveja perdida del día 12 de agosto de 1944».

## 233. La parábola de la oveja perdida. María de Magdala también la oye.

12 de agosto de 1944.

[1]Jesús está hablando a la muchedumbre. Desde encima del ribazo 233.1
arbolado de un pequeño torrente, está hablando a numerosa gente esparcida por un campo de trigo ya recogido, que presenta el desolador aspecto propio de los rastrojos ahornagados.

Declina la tarde. Es la hora del crepúsculo. Pero la Luna está subiendo. Es un bonito y claro atardecer de comienzos de verano. Los rebaños vuelven a sus apriscos y el *din-don* de los cencerros se mezcla con un intenso canto de grillos o cigarras, un intenso *gri, gri, gri...*

Jesús se inspira en las greyes que pasan. Dice:

«Vuestro Padre es como un pastor solícito.

¿Qué hace un pastor bueno? Busca pastos buenos para sus ovejas, en que no haya ni cicuta ni otras plantas venenosas, sino delicados tréboles, póleo aromático, achicorias amargas pero saludables. Busca lugares donde, además del alimento, haya también un riachuelo fresco y puro, y sombra de árboles, y no reinen las áspides por entre la hierba de las glebas. No pone especial preferencia en los pastos más pingües, porque sabe que en ellos es fácil encontrar peligrosas culebras y hierbas nocivas; elige, más bien, los pastos montanos, donde el rocío limpia y da frescura a la tierna hierba y el sol la limpia de reptiles, donde el aire se mueve y es bueno, no cargado y malsano como el de llanura. El buen pastor observa a cada una de sus ovejas. Si están enfermas, las cuida; si heridas, las cura. Llama a la que es demasiado glotona y corre el peligro de enfermarse; a la que enfermaría por estar demasiado expuesta a la humedad, o demasiado al sol, le dice que vaya a otro lado; y, si una está desganada y no come, busca para ella los tallitos acídulos y aromáticos capaces de despertarle el apetito y se los ofrece con su propia mano, hablándole como a persona amiga.

Así hace el Padre bueno que está en los Cielos con sus hijos que viven errantes en la Tierra. Su amor es el cayado que los reúne; su voz, la guía; sus pastos, su Ley; su redil, el Cielo.

[2]Pero, he aquí que una oveja le abandona. ¡Cuánto la amaba! Era 233.2
joven, pura, cándida, como nube en cielo abrileño. El pastor la miraba con mucho amor, pensando en el mucho bien que podía hacerle y en el mucho amor que de ella podía recibir. Y ella le abandona...

Es que ha pasado, a lo largo del camino que bordea los pastos, un tentador. No lleva pellico austero, sino un indumento de mil colores. No lleva cinturón de piel de donde penden hacha y cuchillo, sino cin-

turón de oro del que penden cascabeles argentinos, melodiosos cual canto de ruiseñor, y ampollas de esencias embriagadoras... No lleva tampoco bordón, como el pastor bueno, con que reunir y defender a las ovejas (y, si no es suficiente el bordón, las defenderá solícito con el hacha y el cuchillo, y hasta con la vida). No, este tentador que pasa lleva en sus manos un turíbulo brillante de gemas que emana un humo que es hedor y perfume al mismo tiempo, pero que enajena; de la misma forma que los tornasoles de las joyas —¡qué falsas!— deslumbran. Pasa cantando mientras deja caer puñados de sal, de una sal que brilla en el camino oscuro...

Noventa y nueve ovejas miran, pero permanecen donde están; la oveja número cien, la más joven y estimada, da un salto y desaparece en pos del tentador. El pastor la llama, pero no vuelve. Va más veloz que el viento para tratar de alcanzar al que ha pasado. Para mantenerse durante la carrera, gusta aquella sal. La sal le entra dentro, le produce un extraño delirio que la abrasa. Por ello, desea las aguas profundas y verdes de una espesura tenebrosa, donde, siguiendo al tentador, se hunde y penetra, sube y baja y cae... una, dos, tres veces; y una, dos, tres veces siente alrededor de su cuello el legamoso abrazo de los reptiles. Queriendo beber, bebe aguas contaminadas; queriendo nutrirse, come hierbas brillantes por las repugnantes babas que las cubren.

233.3 [3]¿Qué hace entretanto el pastor bueno? Deja cerradas en lugar seguro a las noventa y nueve fieles y se pone en camino. No se detiene hasta que no encuentra huellas de la oveja perdida. Dado que ella no vuelve a él, a pesar de que confía al viento sus voces de reclamo, él va a ella. La ve desde lejos, ebria, atrapada entre las roscas de los reptiles, tan ebria que no siente siquiera la nostalgia del rostro que la ama; antes bien, lo injuria. De nuevo la ve, culpable de haber entrado como ladrona en morada ajena, tan culpable que no se atreve ya a mirarle... Y, a pesar de todo, el pastor no se cansa... y continúa... la busca, la busca, la sigue, la acosa. Llorando ante las señales que va dejando la oveja perdida (mechones de lana, pedazos de alma; huellas de sangre, delitos diversos; porquerías, pruebas de su lujuria), sigue y la alcanza.

¡Ah, te he encontrado, amada! ¡Te he alcanzado! ¡Cuánto camino he recorrido por ti, para conducirte de nuevo al redil! No agaches la frente humillada. Tu pecado está sepultado en mi corazón. Ninguno lo conocerá, excepto Yo, que te amo. Te defenderé de las críticas de los demás, te cubriré con el escudo de mi propia persona contra las piedras de tus acusadores. Ven. ¿Estás herida? ¡Enséñame tus heridas! Las conozco, pero quiero que me las muestres con la confidencia que

tenías conmigo cuando eras pura y me mirabas a mí, pastor y dios tuyo, con mirada inocente... Aquí están. Todas tienen un nombre. ¡Qué profundas son! ¿Quién te ha hecho estas heridas tan profundas en el fondo del corazón? Lo sé: el Tentador. No lleva ni bordón ni hacha, pero con su mordisco envenenado hiere más a fondo, y después de él hieren también las falsas gemas de su turíbulo, las que te han seducido con sus resplandores y que en realidad eran piedras de azufre infernales, sacadas a la luz para abrasarte el corazón. ¡Mira cuántas heridas, cuántas vedijas arrancadas, cuánta sangre! ¡Cuántas zarzas!

[4]¡Oh, pobre, pequeña alma ilusa! Dime: ¿Si te perdono, me amarás 233.4
todavía? Dime: ¿Si tiendo a ti mis brazos, vendrás? Dime: ¿Tienes sed del amor bueno?... Pues entonces ven y renace. Vuelve a los pastos santos. Llora. Tu llanto con el mío lavarán las huellas de tu pecado. Yo, para nutrirte —porque estás consumida por el mal que te ha abrasado—, me abro el pecho, me abro las venas, y te digo: "¡Nútrete! ¡Y vive!". Ven, te tomaré en mis brazos. Iremos más veloces a los pastos santos y seguros. Olvidarás todo lo sucedido en esta hora desesperada. Tus noventa y nueve hermanas, las buenas, se regocijarán al verte regresar. Sí, porque te digo —oveja mía perdida que he venido a buscar desde muy lejos y he encontrado y rescatado— que hacen más fiesta los buenos por uno que, habiéndose extraviado, regresa, que no por noventa y nueve justos que jamás se han alejado del redil».

[5]Jesús en todo este tiempo no se ha vuelto en ninguna ocasión a 233.5
mirar al camino que tiene a sus espaldas, a donde ha llegado, en la penumbra nocturna, María de Magdala, todavía elegantísima pero al menos vestida, y cubierta con un velo oscuro que amalgama rasgos y formas. Y, cuando Jesús llega al punto: «Te he encontrado, amada», María introduce bajo el velo sus manos y llora, con un llanto silencioso y continuo.

La gente no la ve, porque ella está a este lado del ribazo, que bordea el camino. La ve sólo la Luna, ya alta, y el espíritu de Jesús...

...El cual me dice: «El comentario está implícito en la visión. De todas formas te hablaré más, de esto. Ahora descansa, que ya es hora. Te bendigo, María fiel».

## 234. Comentario de tres episodios sobre la conversión de María de Magdala.

13 de agosto de 1944.

[1]Dice Jesús: 234.1

«Desde el mes de enero, desde que te di a ver la cena en casa de

Simón el fariseo, tú y quien te guía habéis deseado saber más de María de Magdala, y cuáles palabras me dirigió. Siete meses después os desvelo estas páginas del pasado, para satisfacción vuestra y para dar una norma a los que *deben* saberse plegar hacia estas leprosas del alma, y para brindar a estas infelices que se ahogan en su sepulcro de vicio una voz que quiere invitarlas a salir de él.

234.2 [2]Dios es bueno. Con todos es bueno. No mide con medidas humanas. No hace diferencias entre pecado y pecado mortal. El pecado, cualquiera que sea, le entristece; el arrepentimiento le alegra y le dispone a conceder solícito el perdón. La resistencia a la Gracia le pone inexorablemente severo, porque la Justicia no puede perdonar al impenitente que muere siéndolo a pesar de todas las ayudas que tuvo para convertirse.

Pero, causa primera de las conversiones no maduradas, si no en la mitad de los casos al menos en cuatro décimos, es la falta de dedicación de los que están designados para esta misión de convertir; un mal entendido y falso celo, que no es sino cortina que cubre un *real* egoísmo y orgullo, en virtud de lo cual se quedan tranquilos en su propio refugio y no descienden al lodo para arrancar de él un corazón. "Yo soy puro, digno de respeto. No voy a la porquería ni a donde se me pueda faltar al respeto". Quien se expresa en estos términos ¿no ha leído la parte del Evangelio donde se dice que el Hijo de Dios fue a convertir a publicanos y meretrices además de a los justos que sólo estaban en el ámbito de la Ley antigua? ¿No piensa que el orgullo es impureza de mente y que la anticaridad es impureza del corazón? ¿Que sufrirás humillación? Yo la sufrí primero y más que tú, y era el Hijo de Dios. ¿Que tendrás que arrastrar tus vestiduras por la inmundicia? ¿Y no toqué Yo, acaso, con mis manos, esta inmundicia para ponerla en pie y decirle: "Anda por este nuevo camino"?

¿No recordáis lo que dije a vuestros primeros predecesores? "En cualquier ciudad o pueblo en que entréis informaos acerca de quién hay merecedor de vuestra presencia, y *quedaos* en su casa". Esto lo dije para evitar la murmuración del mundo, del mundo que con demasiada facilidad ve el mal en todas las cosas. Pero añadí: "Cuando entréis en las casas —'casas' dije, no 'casa'— saludadlas diciendo: 'Paz a esta casa'. Si la casa es digna de recibirla, la paz descenderá sobre ella; si no, volverá a vosotros". Esto lo dije para enseñaros que, a falta de prueba *segura* de impenitencia, debéis tener para con *todos* un mismo corazón. Y completé la enseñanza diciendo: "Y si alguno no os recibe y no escucha vuestras palabras, al salir de esas casas o ciudades, sacudid el polvo que se os haya quedado pegado a las suelas". Y la fornicación, para los buenos, para aquellos a quienes la

Bondad constantemente amada hace semejantes a un cubo de cristal liso, no es sino *polvo* que basta sacudirle o soplar para que vuele sin dejar lesión.

Sed *verdaderamente* buenos. Formad un bloque único con la Bondad eterna en el centro, y ningún género de corrupción podrá subir a mancharos más arriba de las suelas que apoyan en la tierra. ¡Tan alta está el alma!... El alma del bueno y del que forma por entero una cosa con Dios. El alma está en el Cielo. Allí no llega ni el polvo ni el fango (ni siquiera si lo lanzan con odio contra el espíritu del apóstol). Puede afectar a vuestra carne, es decir, heriros material y moralmente, persiguiéndoos, porque el Mal odia al Bien, u ofendiéndoos. ¿Y qué? ¿No me ofendieron a mí? ¿No fui herido? Pero, ¿aquellos golpes y aquellas palabras indecentes incidieron en mi espíritu?, ¿lo turbaron? No. Resbalaron sin penetrar, como esputo en un espejo o piedra lanzada contra la jugosa pulpa de un fruto. O penetraron sólo superficialmente, sin herir el germen de la semilla que estaba encerrado en el hueso; es más, favoreciendo su germinación, porque es más fácil surgir de una masa hendida que no de una íntegra. Muriendo, el trigo germina y el apóstol produce. Muriendo a veces materialmente; casi muriendo, a diario, en sentido metafórico (porque el *yo* humano resulta sólo fragmentado). Pues bien, no es muerte, sino Vida. Triunfa el espíritu sobre la muerte de la humanidad.

234.3 [3]Había venido a mí por simple capricho de la mujer ociosa que no sabe cómo llenar sus horas de ocio. Pues bien, en sus oídos —embotados de falsas lisonjas de quien con himnos a la carnalidad la mecía para tenerla esclavizada— sonó la voz límpida y severa de la Verdad, de la Verdad que no tiene miedo a burlas e incomprensiones y expresa sus palabras mirando a Dios. Y, cual coro de campanas tocando a fiesta, fundiéronse en la Palabra las voces habituadas a cantar en el cielo, en el azul libre del aire, propagándose por valles y colinas, llanuras y lagos, para recordar las glorias y delicias del Señor.

¿Recordáis el doble festivo que en los tiempos de paz tanto alegraba el día dedicado al Señor? La campana mayor daba, con el badajo sonoro, el primer toque en nombre de la Ley divina. Decía: "Hablo en nombre de Dios, Juez y Rey". Y luego las campanas menores, con sus arpegios: "que es bueno, misericordioso y paciente". Para terminar luego la campana más argentina, con voz de ángel, diciendo: "y su caridad mueve al perdón y a la compasión, para enseñarnos que el perdón es más útil que el rencor, y la compasión más que la implacabilidad; venid a aquel que perdona, tened fe en él, que es compasivo".

También Yo, tras haber recordado la Ley, pisoteada por la pecado-

ra, he hecho cantar la esperanza del perdón. Como sérica cinta de verde y azul, la he agitado entre las tonalidades negras para que ahí introdujera sus consoladoras palabras. ¡Oh, el perdón! Es rocío para la quemazón que siente la persona culpable. El rocío no es como el granizo, que asaetea, golpea, rebota y se aleja, sin penetrar, y destruye la flor. El rocío desciende tan levemente, que ni la más delicada flor lo siente posarse sobre sus pétalos de seda; pero luego ésta bebe su frescor y se sacia. El rocío se posa junto a las raíces, encima de la gleba abrasada, y penetra aún más... Es una humedad de lágrimas, llanto de las estrellas, amoroso llanto de madres criando a sus hijos que tienen sed, y que desciende sobre ellos junto con la dulce y fecunda leche. ¡Oh, los misterios de los elementos que actúan incluso cuando el hombre descansa o peca! El perdón es como este rocío. Aporta no sólo limpieza, sino también savias vitales, extraídas no de los elementos sino de las moradas divinas.

Luego, tras la promesa de perdón, he aquí que habla la Sabiduría y dice lo que es lícito y lo que no lo es, y conmina y remueve, no por severidad sino por materna diligencia de salvar. ¡Cuántas veces vuestro sílex se hace aún más impenetrable y cortante para con la Caridad que se inclina hacia vosotros! ¡Cuántas veces huís mientras ella os habla; cuántas, os burláis de ella; cuántas, la odiáis!... Si la Caridad usara con vosotros los modos que vosotros usáis con ella, ¡qué sería de vuestras almas! Sin embargo, ya veis que la Caridad es la incansable Caminante que va en busca de vosotros; quiere llegarse a vosotros, aunque os guarezcáis en asquerosas guaridas.

234.4 [4]¿Por qué quise ir a aquella casa? ¿Por qué no obré en ella el milagro? Para enseñar a los apóstoles a comportarse desafiando prejuicios y críticas cuando se trata de cumplir un deber tan alto y que está lejos de estas cosuchas del mundo.

¿Por qué le dije a Judas aquellas palabras? Los apóstoles eran *muy* humanos. Todos los cristianos son *muy humanos*, incluso los santos de la tierra, aunque en grado menor. Algo de humano persiste incluso en los perfectos. Mas los apóstoles no eran todavía perfectos. Lo humano estaba filtrado en sus pensamientos. Yo los elevaba, pero el peso de su humanidad les hacía descender de nuevo. Para que cada vez bajaran menos, tenía que meter en el camino de subida cosas que sirvieran para detener su descenso, de manera que se parasen en éstas meditando y descansando, para luego subir más arriba del límite anterior. Tenían que ser cosas de un tenor adecuado para convencerlos de que Yo era un Dios. Por tanto: penetración de almas, victorias sobre los elementos, milagros, transfiguración, resurrección y ubicuidad. Estuve contemporáneamente en el camino de Emaús y

en el Cenáculo. Las horas de las dos presencias, cotejadas por los apóstoles y los discípulos, fue una de las razones que más los estremeció; los arrancó de sus lazos y los lanzó al camino de Cristo. Más que por Judas —miembro que incubaba ya en sí la muerte— hablé para los otros once. El hecho de ser Dios tenía necesariamente que hacérselo lucir ante sus ojos, no por orgullo sino por necesidad suya de formación. Era Dios y Maestro; aquellas palabras lo manifiestan de mí: revelo una facultad extrahumana y enseño una perfección: no tener conversaciones malas *ni siquiera con nuestro interior*. Porque Dios ve, y debe ver puro el interior para poder descender a él y morar en él.

¿Por qué no obré el milagro en aquella casa? Para que *todos* entendieran que la presencia de Dios *exige un ambiente puro*. Por respeto a su excelsa majestad. Para hablar —no con palabras pronunciadas con la boca, sino con una palabra aún más profunda— al espíritu de la pecadora y decirle: "¿Lo ves, desdichada? Estás tan sucia, que todo lo que te rodea se vuelve sucio; tan sucio, que en torno a ti Dios no puede actuar. Tú más sucia que éste. En efecto, repites la culpa de Eva y ofreces el fruto a Adán, tentándole y alejándole del Deber. Eres ministra de Satanás".

Pero, ¿por qué no quise que la llamara "satanás" la angustiada madre? Porque ninguna razón justifica el insulto ni el odio. Lo primero que se necesita para tener a Dios con nosotros, la primera condición, es no tener rencor y saber perdonar. Lo segundo que se necesita es saber reconocer la propia culpabilidad, o de quien es nuestro; no ver sólo las culpas de los demás. La tercera cosa necesaria es saber conservarnos, por justicia hacia el Eterno, agradecidos y fieles después de haber recibido una gracia. Quienes, tras haber recibido una gracia, son peores que los perros y no se acuerdan de su Benefactor —mientras que el animal sí se acuerda— son unos desdichados.

[5]No dije ni una palabra a la Magdalena. La miré un instante como si se tratase de una estatua; luego la dejé. Volví a los "vivos" que quería salvar. A ella, materia muerta como un mármol esculpido —y más aún—, la circundé de indiferencia *aparente*. En realidad, no dije una palabra, no hice nada, que no tuviera como principal objetivo esa pobre alma suya que quería redimir. La última palabra: "Yo no insulto, no insultes tú; limítate a orar por los pecadores", como guirnalda de flores que se completa, se fundió con la primera, la que dije en el monte: "El perdón es más útil que el rencor; ser compasivos, más que ser implacables". Las dos frases envolvieron a la pobre infeliz en un círculo aterciopelado, fresco, perfumado de bondad, y le hi- 234.5

cieron sentir cuán distinto de la feroz esclavitud de Satanás es el amoroso servicio a Dios, y lo suave que es el perfume celeste respecto al hedor de la culpa, y cuánto sosiega sentirse uno amado *santamente,* respecto a ser poseído *satánicamente*.

Observad cómo el deseo del Señor es comedido. No exige conversiones fulminantes. No pretende de un corazón lo absoluto. Sabe esperar. Sabe conformarse: se conformó con lo que le pudo dar la turbada madre, mientras esperaba a que la extraviada encontrara de nuevo el camino, la loca la razón. No le pregunté sino: "¿Eres capaz de perdonar?". ¡Cuántas otras cosas habría podido pedirle para hacerla digna del milagro, si hubiera juzgado con patrón humano! Mas Yo mido *divinamente* vuestras fuerzas. Para aquella pobre madre exasperada, ya era mucho el que fuera capaz de perdonar. En aquella hora sólo le pedí eso. Después, cuando le restituí a su hijo, le dije: "Sé santa y santifica tu casa". Pero, en medio del espasmo estremecedor, no le pedí sino el perdón para la culpable. No se debe exigir *todo* de quien poco antes ha estado en la nada de las Tinieblas. Aquella madre luego iba a salir a la Luz total, y con ella la esposa y los hijos. Pero, en ese momento, lo que hacía falta era portar a sus ojos ciegos de llanto el primer crepúsculo de la Luz: el perdón, alba del día de Dios.

234.6 [6]De los presente, uno sólo —no cuento a Judas, me refiero a los de la ciudad que estaban presentes en ese lugar, no me refiero a mis discípulos— no iba a alcanzar la Luz. Estas derrotas van unidas a las victorias del apostolado. Siempre hay alguno por quien el apóstol se esfuerza en vano. Pero no se debe perder el vigor por estas derrotas. El apóstol no debe pretender conseguir *todo*. Contra él se alzan fuerzas adversas de muchos nombres, las cuales, como tentáculos de pulpos gigantes, atrapan otra vez la misma víctima que el apóstol les había arrebatado. De todas formas el mérito del apóstol permanece. ¡Pobre apóstol el que dice: "No voy a ese lugar porque sé que no voy a poder convertir"! Es un apóstol de muy escaso valor. Es necesario ir a ese lugar, aunque se vaya a salvar sólo uno de mil. Su jornada apostólica será fructuosa tanto por ese uno como por mil, porque él ha hecho todo lo que podía hacer, y Dios premia eso. Además, se debe pensar que puede intervenir Dios en los casos en que el apóstol no puede convertir porque la persona esté demasiado en las zarpas de Satanás y las fuerzas del apóstol sean inferiores a las que se necesitan. ¿Y si es así?... ¿quién superior a Dios?

234.7 [7]Otra cosa que el apóstol *debe* necesariamente practicar es el amor. Amor *visible*, no sólo el secreto amor del corazón de los hermanos. Sería suficiente para los hermanos buenos. Pero el apóstol es un

obrero de Dios y no debe limitarse a orar, debe actuar. Actúe con amor, con amor grande. El rigor paraliza el trabajo del apóstol y el movimiento de las almas hacia la Luz. No rigor, sino amor. El amor es ese indumento de amianto que le hace a uno inalterable frente a la mordedura de las llamaradas de las malas pasiones. El amor es saturación de esencias que os preservan de que la podredumbre humano-satánica pueda entrar en vosotros. Para conquistar a un alma es necesario saber amar. Para conquistar a un alma es necesario conducirla a que ame, a que ame el Bien y repudie sus pobres amores pecaminosos.

Yo *quería* el alma de María. Igual que para ti, pequeño Juan, no me limité a hablar desde mi cátedra de Maestro. Bajé a buscarla en los caminos del pecado. La seguí, la perseguí con mi amor. ¡Oh, dulce perseguir! Yo-Pureza entré donde estaba ella-impureza. No temí el escándalo ni en mí ni en los demás. El escándalo en mí no podía entrar, porque Yo era la Misericordia, y ésta llora por las culpas pero no se escandaliza de ellas. ¡Desventurado aquel pastor que se escandalice y, tras esta barrera, se atrinchere para abandonar a un alma! ¿No sabéis que las almas resurgen más fácilmente que los cuerpos y que la palabra piadosa y amorosa que dice: "Hermana, por tu bien, ¡álzate!" obra a menudo el milagro? Tampoco temía el escándalo en los demás. Ante la mirada de Dios lo que hacía estaba justificado; la mirada de los buenos lo comprendía; la mirada maligna, donde fermenta la malicia, que emana de entrañas corrompidas, no tiene valor; encuentra culpas hasta en Dios; sólo ve la perfección dentro de sí. Por eso no hacía caso de ella.

[8]Las tres fases de la salvación de un alma son: 234.8

*Ser integérrimos* para poder hablar sin temor a que nos hagan callarnos. Hablar a toda una multitud, de forma que nuestra apostólica palabra, dirigida a las turbas que se aglomeran en torno a la mística barca, vaya, en círculos de ola, cada vez más lejos, hasta la orilla cenagosa donde están echados los que viven inertes sobre el barro sin preocuparse de conocer la Verdad. Éste es el primer trabajo para romper la costra del duro terruño y prepararlo para la semilla. Es el trabajo más severo, tanto para quien lo hace como para quien lo recibe, porque la palabra debe, cual penetrante reja de arado, herir para abrir. En verdad os digo que el corazón del apóstol bueno se hiere y sangra por el dolor que le supone tener que herir para abrir; mas también este dolor es fecundo. Con la sangre y el llanto del apóstol se hace fértil el terruño agreste.

Segunda cualidad: trabajar incluso donde otro, menos conquistado por su misión, huiría. Quebrantarse en el esfuerzo de arrancar ci-

zaña, esteba y espinas, para poner al desnudo el terreno arado y que resplandezca sobre él, como sol, el poder de Dios y su bondad. Al mismo tiempo, con maneras de juez y de médico, ser severo y, no obstante, compasivo; firme en un período de espera para dar tiempo a las almas de superar la crisis, meditar y decidir.

Tercer punto: en el momento en que el alma que en el silencio se ha arrepentido, llorando y pensando en sus errores, se atreve a venir tímidamente, con miedo a ser rechazada, hacia el apóstol, el apóstol ha de tener un corazón más grande que el mar, más dulce que un corazón de madre, más enamorado que un corazón de esposo, y ha de abrirlo de par en par para que broten de él olas de ternura. Si tenéis a Dios en vosotros —Dios que es Caridad—, encontraréis fácilmente las palabras de caridad para las almas. Dios hablará en vosotros y por vosotros, y el amor llegará, cual miel que rezuma de un panal, para alivio de los labios ardientes y nauseados; cual bálsamo que fluye de una ampolla, para medicina de los espíritus heridos.

234.9 [9]Doctores de las almas, haced que los pecadores os amen, haced que gusten el sabor de la caridad celeste y lo ansíen tanto que no busquen ya ningún otro alimento, haced que sientan en vuestra dulzura un alivio tan grande que lo busquen para todas sus heridas. Es necesario que vuestra caridad aleje de ellos todo temor, porque, como dice la epístola que has leído hoy: "El temor supone el castigo, el que * teme no es perfecto en la caridad". Pero tampoco es perfecto en la caridad el que produce el temor. No digáis: "¿Qué has hecho?". No digáis: "Vete". No digáis: "Tú no puedes degustar el amor bueno". Antes al contrario, decid, decid en mi nombre: "Ama y yo te perdono"; decid: "Ven, Jesús te abre los brazos"; decid: "Gusta este Pan angélico y esta Palabra y olvida la pez de infierno y las burlas de Satanás". Haceos acémilas para llevar las debilidades de los demás. El apóstol debe llevar las suyas y las de los demás, junto con sus cruces y las de los demás. Y, mientras venís a mí, cargados con estas ovejas heridas, tranquilizad a estas ovejas errantes, decid: "Todo está olvidado en este momento"; decid: "No tengas miedo del Salvador, que ha venido del Cielo por ti, exactamente por ti; yo sólo soy el puente para llevarte a Él, que te está esperando, al otro lado del arroyo de la absolución penitencial, para conducirte a sus pastos santos, cuyos comienzos están aquí, en la tierra, pero que luego prosiguen, con Belleza eterna que alimenta y embelesa, en los Cielos".

234.10 [10]Éste es el comentario. A vosotras, ovejas fieles al Pastor Bueno, poco os toca. Pero si, para ti, pequeña esposa, significará un aumen-

---

* *como dice la epístola*, se trata de *1 Juan 4, 18.*

to de confianza, para el Padre será aún más luz en su luz de juez, y para muchos actuará, no como un aguijón para ir al Bien, sino como el rocío de que he hablado, que penetra y nutre y da nuevo vigor a las flores lacias.

Levantad la cabeza. El Cielo está arriba.

Ve en paz, María. El Señor está contigo».

## 235. Marta ha recibido de su hermana María la certidumbre de la conversión.

29 de julio de 1945.

[1]Una clara aurora de verano que deshoja rosas en la seda crespa del lago. Jesús está para subir a la barca, cuando he aquí que llega Marta con su sierva: «¡Maestro, escúchame por amor de Dios!». 235.1

Jesús baja de nuevo a la orilla y dice a los apóstoles: «Poneos en movimiento. Esperadme cerca del torrente. Entretanto, preparad todo para la misión hacia Magedán. La Decápolis también espera la Palabra. Marchaos». Y, mientras la barca zarpa y sale a zona abierta, Jesús va andando al lado de Marta, a quien Marcela sigue respetuosamente.

Se van alejando así del pueblo, caminando por la orilla: primero una faja arenosa, aunque ya salpicada de matas silvestres; en seguida, cubierta de vegetación, no ya horizontal sino asumiendo la dirección vertical, acometiendo las pendientes que se reflejan en el lago.

[2]Cuando llegan a un lugar solitario, Jesús dice sonriendo: «¿Qué me querías decir?». 235.2

«Maestro, esta noche, poco después de la segunda vigilia, María ha vuelto a casa.

¡Ah... se me olvidaba decirte que, mientras estábamos comiendo, a la hora sexta, me había dicho: "¿Te importaría prestarme tu vestido y un manto? Serán un poco cortos, pero si dejo suelta la túnica y llevo bajo el manto...". Yo le dije: "Coge lo que quieras, hermana mía". El corazón me latía fuerte, porque antes en el jardín yo había dicho, hablando con Marcela: "Al atarceder tenemos que estar en Cafarnaúm, porque esta noche el Maestro va a hablar a la multitud", y había visto que María se sobresaltaba, que cambiaba de color; no sabía ya estar quieta, iba y venía de un lado para otro, sola, como angustiada, en vilo, como una persona que estuviera para tomar una decisión sin saber todavía qué aceptar y qué rechazar.

Después de la comida ha venido a mi habitación, ha cogido el vestido más obscuro que tenía, el más modesto; se lo ha probado y le ha

pedido a la nodriza que bajase todo el jaletón porque era demasiado corto. Primero lo intentó ella, pero me confesó llorando: "Ya no sé coser. Todo lo útil y bueno lo he olvidado...", y me echó los brazos al cuello diciendo: "Reza por mí". Salió de casa sola, hacia la hora del ocaso... ¡Cuánto oré para que no se encontrase con ninguno que le estorbara venir aquí, para que comprendiera tu palabra, para que lograse definitivamente estrangular al monstruo que la esclaviza!... Mira: me he puesto tu cinturón, bien ceñido debajo de los otros; cuando sentía la opresión del cuero duro en mi cintura, que no está habituada a cinturones tan recios, decía: "Él es más fuerte que todo".

Luego vinimos yo y Marcela. Con el carro es poco tiempo. No sé si nos viste entre la gente... Pero, ¡qué dolor, qué espina en el corazón, al no ver a María! Pensaba: "Ha cambiado de idea. Se ha vuelto a casa. O... o ha huido porque no podía resistir mi imposición sobre ella, la que ella misma me había pedido". Te escuchaba y lloraba bajo mi velo. ¡Tus palabras parecían exactamente para ella... y no las estaba oyendo! Lo pensaba porque no la veía. Volví a casa desconsolada. Es verdad que te he desobedecido, porque me habías dicho: "Si viene, espérala en casa". Pero considera el estado de mi corazón, Maestro. ¡Era mi hermana, que iba a ti! ¿Podía faltar yo y no verla a tu lado? Además... me habías dicho: "Estará quebrantada". Quería estar al lado de ella antes, para apoyarla...

Estaba de rodillas, llorando y orando en mi habitación —hacía mucho que había terminado ya la segunda vigilia—, y ella ha entrado tan suavemente, que no me he dado cuenta de su presencia sino cuando se ha arrojado a mí y me ha abrazado fuertemente diciéndome: "Es verdad todo lo que dices, bendita hermana mía; y supera con mucho lo que tú dices, su misericordia es mucho mayor. ¡Oh, Marta mía, ya no es necesario que me tengas sujeta! Ya no me verás ni cínica ni desesperada. Ya no me oirás decir: '¡Para no pensar!'. Ahora quiero pensar, sé en qué pensar: en la Bondad hecha carne. Tú rezabas, hermana mía, sin duda rezabas por mí. Pues bien, tienes tu victoria ya en tu puño, tu María, que no quiere pecar más y que renace ahora. Aquí está. Mírala bien a la cara. Porque es una María nueva. Su cara ha sido lavada por el llanto de la esperanza y del arrepentimiento. Puedes besarme, hermana mía pura. Ya no hay señales de amores vergonzosos en mi rostro. Él ha dicho que ama mi alma. Porque hablaba a mi alma y de mi alma. La oveja extraviada era yo. Ha dicho... escucha, mira a ver si lo digo bien, tú que conoces el modo de hablar del Salvador...". Y me ha repetido perfectamente tu parábola.

¡María es muy inteligente, mucho más que yo! Y sabe recordar. Así, te he oído dos veces; y, si en tu labio esas palabras eran santas y ado-

rables, en el suyo me eran santas, adorables, encantadoras, porque me las decía un labio de hermana, de mi hermana hallada, que había vuelto al redil familiar. Estábamos abrazadas las dos, sentadas en la estera, como cuando éramos niñas y estábamos así en la habitación de nuestra madre, o junto al telar donde ella tejía o bordaba sus espléndidas telas; estábamos así, desaparecida ya la división del pecado, y me parecía como si nuestra madre estuviera también con su espíritu. Llorábamos sin dolor; es más, con una gran paz. Nos besábamos felices... Luego María, cansada por el camino recorrido a pie, por la emoción y muchas otras cosas, se ha dormido entre mis brazos. Con la ayuda de la nodriza la he echado en mi cama... y la he dejado. Luego he venido corriendo aquí» y Marta besa toda feliz las manos de Jesús.

[3]«Yo también te digo lo mismo que te ha dicho María: "Tienes tu victoria en tu puño". Ve y sé feliz. Ve en paz. Sigue una conducta llena de dulzura y de prudencia para con la renacida. Adiós, Marta. Comunícaselo a Lázaro, que está preocupado allá abajo». 235.3

«Sí, Maestro. Pero María ¿cuándo va a venir con nosotras discípulas?».

Jesús sonríe y dice: «El Creador hizo la creación en seis días y el séptimo descansó».

«Entiendo. Hay que tener paciencia».

«Paciencia, sí. No suspires. Ésta también es una virtud. Paz a vosotras, mujeres. Nos volveremos a ver pronto» y Jesús las deja y se dirige hacia el lugar en que la barca está esperando, en la orilla.

[4]Dice Jesús: «Aquí pondréis la visión de la cena en casa del fariseo Simón, del 21-1-44». 235.4

## 236. La cena en casa de Simón el fariseo y la absolución a María de Magdala.

21 de enero de 1944.

[1]Para consuelo de mi complejo sufrimiento, y para que olvide las maldades de los hombres, mi Jesús me concede esta delicada contemplación. 236.1

Veo una sala riquísima. De su centro pende una valiosa lámpara de muchas boquillas, toda encendida. En las paredes hay tapices bellísimos; hay también sillas taraceadas, revestidas de marfil y ricas láminas; y muebles muy bonitos.

En el centro hay una mesa de grandes dimensiones, formada por cuatro tablas unidas así: □. La mesa está preparada con esta dis-

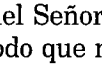
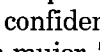
posición a causa de los muchos convidados (todos hombres) y aparejada con bellísimos manteles y rica vajilla. Hay ánforas y copas preciosas. Muchos son los servidores que se mueven en torno a ella, trayendo manjares y escanciando vinos. En el centro del cuadrado no hay nadie; veo el suelo (es muy bonito y refleja la luz de la lámpara, que es de aceite). Por la parte externa, sin embargo, hay muchos lechos-asiento, todos ocupados por los comensales.

Tengo la impresión de estar en el ángulo semioscuro situado en el fondo de la sala, junto a una puerta que está abierta de par en par hacia el exterior, pero, al mismo tiempo, cerrada con una tupida cortina, o tapiz, que cuelga de su dintel.

En el lado más alejado de la puerta, o sea, aquí, donde están los dos signos, está el jefe de la casa con los invitados más importantes. Es un hombre más bien anciano, vestido con una amplia túnica blanca ceñida a la cintura con un cinturón recamado. La túnica tiene también, en el cuello, bocamangas y bajos, las orillas bordadas (aplicadas como cintas bordadas; o galones, si prefiere llamarlos así). Pero la cara de este hombre no me gusta: es una cara maligna, fría, soberbia y ávida.

En el lado opuesto, frente a él, está mi Jesús. Le veo de costado, diría que casi por detrás, a espaldas de Él. Lleva su habitual túnica blanca, las sandalias, los cabellos bipartidos sobre la frente y largos como siempre.

Noto que tanto Él como los demás comensales no se sientan como creía que uno se sentase en esos lechos-asiento, o sea, perperdicularmente respecto a la mesa, sino paralelamente. En la visión de las bodas de Caná no había prestado mucha atención a este detalle; había visto que comían apoyados sobre el codo izquierdo, pero me parecía que estaban menos echados (quizás porque los lechos eran menos lujosos y mucho más cortos). Éstos son verdaderos lechos, asemejan a los modernos divanes de tipo turco.

Jesús tiene a su lado a Juan y, dado que Jesús está apoyado con el codo izquierdo  (como todos), resulta que la posición de los dos es así:  . O sea, que Juan está metido entre la mesa y el cuerpo del Señor; llega con su codo a la altura de la ingle del Maestro, de modo que no le estorba a Jesús para comer y puede, si quiere, apoyarse confidencialmente en su pecho.

No hay ninguna mujer. Todos hablan. El dueño de la casa, de vez en cuando, con afectada condescendencia y evidente ostentación de complacencia, se dirige a Jesús (se ve claramente que quiere demostrarle —y demostrárselo a todos los presentes— que le ha hecho un gran honor invitándole a su rica casa, a Él, un pobre profeta a quien

se le considera, incluso, un poco exaltado)... Veo que Jesús responde con cortesía y sosiego. A quien le pregunta, le sonríe con su leve sonrisa; pero, si quien le habla es Juan —o aunque sólo le mire—, entonces su sonrisa es luminosa.

[2]Veo que alguien descorre la rica cortina que cubre el vano de la puerta. Entra una mujer joven, guapísima, ricamente vestida, peinada con esmero. Su abundantísima cabellera rubia forma sobre su cabeza un verdadero ornamento de mechones artísticamente entrecruzados; tan abundante es y tanto resplandece, que parece como si llevara un yelmo de oro labrado todo en relieve. Su indumento, si lo comparo con el que le he visto siempre a la Virgen María, diría que es muy excéntrico y complicado. Hebillas en los hombros, joyas para sujetar los frunces de la parte superior del pecho, cadenitas de oro para delinear el pecho mismo, cinturón hecho de bullones de oro y gemas. Es un vestido audaz, que hace resaltar las líneas del bellísimo cuerpo de la mujer. En la cabeza lleva un velo, tan fino que... no vela nada; es sólo un detalle añadido a sus gracias, nada más. Calzan sus pies sandalias rojas muy ricas, de piel, con hebillas de oro, sujetas con lazos a la altura del tobillo. 236.2

Todos, menos Jesús, se vuelven a mirarla. Juan la observa un instante y luego se vuelve hacia Jesús. Los demás fijan su mirada en ella con visible y maligno deseo. Pero la mujer no los mira en absoluto, ni se preocupa del murmullo que ha levantado su presencia ni de las señas que hacen todos, excepto Jesús y el discípulo. Jesús se comporta como si no se hubiera dado cuenta de nada; sigue hablando hasta terminar la conversación que había entablado con el dueño de la casa.

La mujer va hacia Jesús, se arrodilla junto a los pies del Maestro. Deja en el suelo un pequeño recipiente de forma de ánfora de panza muy marcada, se quita el velo de la cabeza sacando el alfiler precioso que lo tenía prendido al pelo, se saca de los dedos los anillos, y deposita todo encima del lecho–asiento, junto a los pies de Jesús; luego toma entre sus manos los pies, primero el derecho, luego el izquierdo, desata las sandalias y los posa de nuevo en el suelo; luego, prorrumpiendo en grandes sollozos, besa estos pies, apoya en ellos su frente, se los acaricia para sí, y las lágrimas caen como una lluvia, que brilla bajo la llama de la lámpara y que recorre, formando hilos, la piel de estos pies adorables.

[3]Jesús vuelve —casi nada— lentamente la cabeza, y su mirada azul obscura se deposita un instante sobre la cabeza vencida. Es una mirada absolutoria. Luego vuelve a la posición de mirar hacia el centro, mientras deja a la mujer que se desahogue libremente. 236.3

Los demás, no; ellos se intercambian comentarios mordaces, se-

ñas, sonrisas malignas. El fariseo se pone un momento en posición de sentado, para ver mejor; su mirada es entre ávida, preocupada e irónica: ávida de la mujer (este sentimiento es patente); preocupada por el hecho de que la mujer haya entrado con tanta libertad, lo cual podría hacer pensar a los otros que la recibe frecuentemente en su casa; irónica respecto a Jesús...

Pero la mujer no se percata de nada. Llora a mares, aunque sin gritos; sólo lagrimones y algún que otro singulto. Luego se suelta los cabellos, extrayendo las horquillas de oro que sostenían el complejo peinado. Deposita también estas horquillas al lado de los anillos y del alfiler de cabeza. Las madejas de oro se despliegan recorriendo la espalda de la mujer. Coge sus cabellos con las dos manos, se los lleva al pecho y los pasa por los pies mojados de Jesús, hasta que los ve secos. Luego mete sus dedos en la pequeña vasija y saca una pomada levemente amarillenta y olorosísima. Un perfume entre de azucena y nardo se propaga por toda la sala. La mujer extrae sin escatimar; extiende, unta, besa, acaricia.

Jesús, de tanto en tanto, la mira lleno de amorosa piedad. Juan, que se había vuelto sorprendido al oír el estallido de llanto, no sabe separar la mirada del grupo de Jesús y la mujer y mira alternativamente a uno y otro. La cara del fariseo tiene una expresión cada vez más desabrida.

236.4 [4]Oigo aquí las ya conocidas palabras del Evangelio, las oigo acompañadas *de un tono y una mirada* que le hacen agachar la cabeza al viejo resentido.

Oigo las palabras de absolución a la mujer, que se ha enrollado el velo alrededor de la cabeza, quedando más o menos recogida su cabellera despeinada, y ahora se marcha dejando a los pies de Jesús sus joyas. Jesús, al decirle: «Ve en paz», le pone un instante la mano sobre su cabeza inclinada. Pero lo hace con grandísima dulzura.

236.5 [5]Jesús ahora me dice:

«Lo que le ha hecho bajar la cabeza al fariseo —y también a sus compañeros—, y que no está escrito en el Evangelio, han sido las palabras que mi espíritu, a través de mi mirada, ha lanzado y clavado en esa alma yerma y ávida. He respondido mucho más de lo que está escrito, porque ningún pensamiento de los hombres me estaba celado. Y él ha entendido mi mudo lenguaje, más cargado aún de reproche que cuanto lo estaban mis palabras.

Le he dicho: "No. No hagas insinuaciones malvadas para justificarte ante ti mismo. Yo no tengo tu lujuria. Esta mujer no viene a mí por atracción sensual. Yo no soy tú, ni soy como tus semejantes. Vie-

ne a mí porque mi mirada y mi palabra, oída por pura coincidencia, le han iluminado el alma en que la lujuria había creado tinieblas. Y viene porque quiere vencer sobre la carne y ha comprendido, ¡pobre criatura!, que por sí sola no lo lograría nunca. Ella ama en mí el espíritu, nada más que el espíritu, que siente sobrenaturalmente bueno. Después de tanto mal como ha recibido de todos vosotros, que os habéis aprovechado de su debilidad para vuestros vicios, correspondiéndole luego con los latigazos de vuestro desprecio, viene a mí porque percibe que ha encontrado el Bien, la Alegría, la Paz, que inútilmente ha buscado entre las pompas del mundo. Procúrate la curación de esta lepra tuya de alma, ¡oh, fariseo hipócrita!, y recta visión en las cosas; depón la soberbia de la mente y la lujuria de la carne. Estas son lepras mucho más fétidas que las de vuestro cuerpo. De estas últimas mi toque os puede curar porque por ellas me invocáis, pero de la lepra del espíritu no, porque no queréis liberaros de ella porque os gusta. Esta mujer, sin embargo, sí quiere. Por eso Yo la limpio, por eso la libero de las cadenas de su esclavitud. La pecadora ha muerto, ha quedado allí, en los adornos que ella se avergüenza de ofrecerme para que los santifique usándolos para atender mis necesidades y las de mis discípulos, para los pobres a quienes socorro con lo que a otros les es superfluo; porque se da el caso de que Yo, Dueño del universo, ahora que soy el Salvador del hombre, no poseo nada. Ella está allí, en el perfume con que ha ungido mis pies, disminuido —como sus cabellos— en esa parte del cuerpo que tú no te has dignado refrescar con el agua de tu pozo, después de que he recorrido tanto camino para venir a traerte también a ti luz. La pecadora ha muerto, y ha renacido María, que ahora, por su vivo dolor y recto amor, tiene nuevamente la hermosura de una púdica muchacha. Ella se ha lavado en su llanto. En verdad te digo, fariseo, que entre éste, que me ama con su juventud pura, y ésta, que me ama con la sincera contrición de un corazón renacido a la Gracia, no establezco diferencia, y que al Puro y a la Arrepentida les confío una misión, respectivamente: comprender mi pensamiento como nadie y dar a mi Cuerpo los últimos honores y el primer saludo (no cuento el saludo especial de mi Madre) cuando resucite".

Esto es cuanto quería decir con mi mirada al fariseo. [6]Pero a ti te 236.6
manifiesto otra cosa, para alegría tuya y de muchos.

* En Betania, María repitió este gesto que signó el alba de su redención. Hay gestos personales que se repiten, y que denuncian el estilo propio de una persona. Son gestos inconfundibles. En Betania,

* *En Betania*: en el capítulo 586.

de todas formas —y ello era justo— el gesto fue menos humillante y más confidencial, dentro de su actitud de reverente adoración. Mucho había caminado María desde aquel amanecer de su redención. Mucho. El amor, como viento veloz, la había impulsado consigo hacia arriba y hacia delante; el amor, como una hoguera, la había devorado y había destruido en ella la carne impura, y había proclamado señor en ella a un espíritu purificado. María, distinta por su renacida dignidad de mujer, distinta en su vestido, sencillo como el de mi Madre, y en su peinado; de mirada sencilla, de actitud sencilla, de palabra sencilla y *nueva*, ahora me honraba con el mismo gesto, pero de forma nueva: cogió el último de sus vasos de perfume, que había reservado para mí; me lo esparció sobre los pies, sin llanto, con mirada dichosa, por el amor y la seguridad de haber sido perdonada, y también sobre mi cabeza. Ahora María podía, sí, ungirme y tocarme la cabeza. El arrepentimiento y el amor la habían purificado con el fuego de los serafines, y ella misma era un serafín.

236.7 [7]Dítelo a ti misma, María, mi pequeña "voz", díselo a las almas. Ve, díselo a las almas que no se atreven a venir a mí porque se sienten culpables. Mucho, mucho, mucho se le perdona a quien mucho ama, a quien mucho me ama. ¡No sabéis, pobres almas, cómo os ama el Salvador! No tengáis miedo de mí. Venid. Con confianza. Con coraje. Que Yo os abro el Corazón y los brazos.

Recordad siempre esto: "No establezco diferencia entre aquel que me ama con su pureza íntegra y aquel que me ama en la sincera contrición de un corazón renacido a la Gracia". Soy el Salvador. No lo olvidéis nunca.

Ve en paz. Te bendigo».

22 de enero de 1944.

236.8 [8]Durante todo el día de hoy no he dejado de pensar en el dictado de Jesús de ayer tarde, y en todo lo que veía y comprendía y no había dicho.

Le digo, haciendo una digresión, que los temas de que hablaban los comensales —por lo que respecta a los que yo comprendía, o sea, aquellos que iban más específicamente dirigidos a Jesús— trataban sobre hechos de actualidad: los romanos; la Ley, que encontraba oposición en los romanos; también la misión de Jesús como Maestro de una nueva escuela. Pero, detrás de la aparente benevolencia, se comprendía que eran preguntas viciosas y capciosas, para embrollarle (cosa no fácil, porque Jesús, con pocas palabras, daba una respuesta precisa y concluyente a cada una de las cuestiones).

Por ejemplo, a la pregunta sobre cuál fuera en concreto la escuela

o secta de que se había hecho nuevo maestro, respondió sencillamente: «De la escuela de Dios. Es a Él a quien sigo en su santa Ley; de Dios me preocupo, para hacer que estos pequeñuelos —y miraba con amor a Juan, y en Juan a *todos* los rectos de corazón— la tengan renovada en toda su esencia, tal como era el día en que el Señor la promulgara en el Sinaí. Devuelvo a los hombres a la Luz de Dios».

A otra pregunta, sobre qué pensaba del abuso del César, que se había hecho dominador de Palestina, había respondido: «César es lo que es porque así lo quiere Dios. Recuerda lo que dice el profeta Isaías. ¿No llama, acaso, a Asur, por inspiración divina, "bastón" de su cólera, vara que azota al pueblo de Dios, que se ha separado demasiado de Él y finge externamente y en su espíritu? ¿Y no dice que, después de usarle como castigo, le quebrantará, porque abusará de su misión siendo demasiado soberbio y cruel?».

Éstas son las dos respuestas que más me han impresionado.

[9]Y esta noche mi Jesús me dice sonriendo: 236.9

«Te debería llamar como a Daniel. Eres la mujer de los deseos, te amo porque deseas intensamente a tu Dios. Podría seguir diciéndote lo que mi ángel dijo a Daniel: "No temas, porque desde el primer día en que aplicaste tu corazón a comprender y a afligirte en la presencia de Dios, han sido escuchadas tus oraciones; por ellas he venido". Mas no te está hablando el ángel; soy Yo: Jesús.

María: siempre que una persona "aplica su corazón a comprender", Yo me acerco. No soy un Dios duro y severo. Soy Misericordia viva. Más rápido que el pensamiento me acerco a quien a mí se vuelve. [10]Y me acerqué veloz con mi espíritu también a la pobre María de 236.10 Magdala, tan inmersa en su pecar, en cuanto sentí que surgía en ella el deseo de comprender: comprender la luz de Dios y su estado de tinieblas; y me hice Luz para ella.

Hablaba a muchos aquel día, pero verdad es que hablaba para ella sola. Sólo la veía a ella, que se había acercado movida por un violento repente de su alma, que se rebelaba contra la carne que la tenía sujeta. Sólo la veía a ella, con su rostro atormentado, con su forzada sonrisa, que escondía, bajo apariencia de falsa seguridad y alegría, que no eran sino desafío al mundo y a sí misma, mucho llanto íntimo. Sólo la veía a ella, mucho más enredada en las zarzas que la oveja extraviada de la parábola; a ella, que se anegaba en la náusea de su vida, náusea que emergía como esos embates profundos que sacan consigo el agua del fondo.

No dije grandes palabras, ni toqué un tema referido a ella, pecadora bien conocida, para no humillarla y obligarla a huir, a avergonzarse o a venir. La dejé tranquila. Dejé que mi palabra y mi mirada

descendieran a su interior y que allí fermentasen para hacer de aquel impulso de un momento su glorioso futuro de santa. Hablé con una de las más dulces parábolas, rayo de luz y bondad emanado
236.11 exactamente para ella. [11]Y aquella noche, mientras ponía pie en casa del rico soberbio —en quien mi palabra no podía fermentar para transformarse en futura gloria, pues la mataba la soberbia farisaica—, ya sabía que ella vendría, después de haber llorado mucho en su habitación de vicio, después de haber decidido, a la luz de ese llanto, su futuro.

Los hombres, devorados por la lujuria, al verla entrar, se estremecieron en la carne y acusaron con el pensamiento. Todos la desearon, excepto los dos "puros" del convite: Yo y Juan. Todos pensaron que venía por uno de esos fáciles caprichos que —verdadera posesión diabólica— la arrojaban a repentinas aventuras. *Pero Satanás ya estaba vencido.* Y todos, con envidia, pensaron, viendo que no se dirigía a ellos, que era Yo por quien venía. El hombre, cuando no es sino hombre de carne y sangre, mancha siempre hasta las cosas más puras. Sólo los puros ven bien, porque el pecado no les turba el pensamiento.

236.12 [12]Pero, María, no debe ser motivo de abatimiento el que el hombre no comprenda. Dios comprende, y es suficiente para el Cielo. La gloria que viene de los hombres no aumenta ni en un gramo la gloria que es destino de los elegidos en el Paraíso. Recuérdalo siempre.

La pobre María de Magdala fue siempre mal juzgada en sus actos buenos; no lo había sido en sus malas acciones, porque eran bocados de lujuria ofrecidos a la insaciable hambre de los lascivos. Fue criticada y juzgada mal en Naím, en casa del fariseo; criticada y objeto de reproche en Betania, en su casa. Pero Juan, diciendo una gran palabra, da la clave de esta última crítica: "Judas... *porque era ladrón".* Yo digo: "El fariseo y sus amigos *porque eran lujuriosos".* ¿Ves? La avidez de la carne, la avidez por el dinero, alzan su voz y critican el acto bueno. Los buenos no critican. *Nunca.* Comprenden.

Pero, repito, no importa la crítica del mundo; lo que importa es el juicio de Dios».

## 237. La petición de obreros para la mies, y la parábola del tesoro escondido en el campo. Marta todavía teme por su hermana María.

29 de julio de 1945.

237.1 [1]Jesús se encuentra en el camino que desde el lago Merón va hacia el de Galilea. Con Él están Simón Zelote y Bartolomé. Parece que

esperan a los demás, junto a un torrente que, aunque esté reducido a un hilo de agua, alimenta frondosos árboles; los otros están llegando desde dos partes distintas.

Es un día tórrido. No obstante, mucha gente ha seguido a los tres grupos, que deben haber predicado por los campos, encaminando a los enfermos hacia el grupo de Jesús y reservándose predicar sobre Él a los sanos. Hay muchos que han sido agraciados con milagros y forman ahora un grupo feliz, sentado entre los árboles; su alegría es tal, que no sienten siquiera el cansancio producido por el calor, el polvo, la luz cegadora; mientras que todas estas cosas hacen sufrir, y no poco, a los demás.

Cuando el grupo capitaneado por Judas Tadeo llega —es el primero— adonde Jesús, se manifiesta evidente el cansancio de todos los que lo forman y de los que vienen detrás. El último es el grupo capitaneado por Pedro; vienen en él muchos de Corazín y Betsaida.

«Hemos hecho lo que estaba previsto, Maestro. Pero haría falta ser muchos grupos... Ya ves... andar mucho no se puede, por el calor. ¿Qué hacemos, entonces? El mundo parece ensancharse más cuantas más cosas tenemos que hacer, porque los pueblos se desperdigan más y se alargan las distancias. No me había percatado nunca de que fuera tan grande Galilea. Estamos sólo en un rincón de ella, realmente en un rincón, y no logramos evangelizarla, de tan grande como es y de tantas necesidades y tanto deseo de ti como hay» suspira Pedro.

«No es que el mundo crezca, Simón. Lo que crece es el conocimiento de nuestro Maestro» responde Tadeo.

«Sí, es verdad. Mira cuánta gente. Algunos nos siguen desde esta mañana. Durante las horas de calor, nos hemos refugiado en un bosque. Pero incluso ahora, que se acerca el atardecer, es un sufrimiento el caminar. Y estos pobrecillos están mucho más lejos de casa que nosotros. No sé cómo nos las vamos a arreglar si sigue aumentando todo a este ritmo...» dice Santiago de Zebedeo.

«En octubre vendrán también los pastores» dice Andrés para consolar.

«¡Sí! ¡Ya! Pastores, discípulos... ¡maravilloso! Pero son útiles sólo para decir: "Jesús es el Salvador. Está allí". Nada más» responde Pedro.

«Al menos la gente sabrá dónde encontrarle. Ahora, sin embargo... nosotros venimos aquí y ellos corren aquí; mientras ellos vienen aquí, nosotros vamos allá, y ellos tienen que correr detrás de nosotros... Y con niños y enfermos no es muy cómodo».

[2]Jesús habla: «Tienes razón, Simón-Pedro. También siento Yo 237.2

compasión de estas almas y de estas turbas. Para muchos el no encontrarme en un momento dado puede ser causa irreparable de desventura. Observad qué cansados están y cuán desorientados se sienten los que no poseen aún la certeza de mi Verdad; y cuán hambrientos los que han gustado mi palabra y ya no saben estar sin ella, y ninguna otra palabra los satisface. Asemejan a ovejas sin pastor, que vagan no encontrando a alguien que las guíe y lleve a pastar. Yo les seré próvido. Pero vosotros tenéis que ayudarme, con todas vuestras fuerzas espirituales, morales y físicas. Dejaréis de formar grupos numerosos; debéis saber ir de dos en dos. Mandaremos en parejas a los discípulos mejores. La mies es verdaderamente mucha. En verano os prepararé para esta gran misión. Para Tammuz contaremos con Isaac, que vendrá con los mejores discípulos; y os prepararé. De todas formas, no seréis todavía suficientes, porque la mies es verdaderamente mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la tierra que envíe muchos obreros a su mies».

«Sí, mi Señor, pero ello no modificará mucho la situación de éstos que te buscan» dice Santiago de Alfeo.

«¿Por qué, hermano?».

«Porque buscan no sólo doctrina y palabra de Vida, sino también remedio a sus flaquezas, a sus enfermedades, a toda tara de su parte inferior o superior causada por la vida o por Satanás. Y esto sólo Tú lo puedes hacer, porque en ti está el Poder».

«Los que son una sola cosa conmigo llegarán a hacer lo que Yo hago, y los pobres recibirán ayuda en todas sus miserias. Pero aún no tenéis en vosotros lo necesario para esto. Esforzaos en superaros a vosotros mismos, en aplastar vuestra humanidad para que triunfe el espíritu. No asimiléis sólo mi palabra sino también su espíritu, o sea, santificaos por ella; entonces todo lo podréis. Mas ahora vamos a manifestarles mi palabra, dado que no quieren marcharse sin que Yo les dé la palabra de Dios. Luego volveremos a Cafarnaúm. También allí habrá quien nos esté esperando...».

237.3 [3]«Señor, pero ¿es verdad que María de Magdala te ha pedido perdón en casa del fariseo?».

«Es verdad, Tomás».

«¿Y se lo has dado?» pregunta Felipe.

«Se lo he dado».

«Pero... ¡has hecho mal, ¿no?!» exclama Bartolomé.

«¿Por qué? Era un arrepentimiento sincero y merecía perdón».

«Pero no debías darlo en *esa* casa, públicamente...» dice en tono de reproche Judas Iscariote.

«No veo en qué he errado».

«En esto: Tú sabes quiénes son los fariseos, cuántas argucias tienen en su cabeza, cómo te vigilan, cómo te calumnian, cómo te odian. Tenías uno de ellos, en Cafarnaúm, que era amigo tuyo: Simón. Y llamas a su casa a una prostituta para profanar la casa y escandalizar al amigo Simón».

«No la llamé Yo; vino ella. No era una prostituta; era una mujer arrepentida. Todo esto cambia mucho la cosa. Si antes no sentían asco de estar a su lado, si no han sentido nunca asco de desearla, incluso en mi presencia, tampoco ahora que ella ya no es una carne sino un alma deben sentirlo por verla entrar para arrodillarse a mis pies y llorar acusándose, humillándose con su pública, humilde confesión totalmente presente en su llanto. La casa de Simón fariseo ha recibido santificación por un milagro grande: *la resurrección de un alma.* En la plaza de Cafarnaúm, hace cinco días, me preguntaba: "¿Has hecho sólo ese milagro?", y me respondía por su cuenta: "¡No, claro!", porque había deseado mucho ver uno. Pues se lo he dado. Le he elegido para testigo, paraninfo, de estos esponsales del alma con la Gracia. Debería sentirse orgulloso».

«Pues, sin embargo, está escandalizado. Quizás has perdido un amigo».

«He encontrado un alma. Merece la pena perder la amistad de un hombre, su pobre amistad de hombre, con tal de devolver a un alma la amistad con Dios».

«Es inútil. Contigo no se puede mantener humana reflexión. ¡Estamos en la tierra, Maestro! Recuérdalo. Aquí mandan las leyes y las ideas de la tierra. Tú actúas con el método del Cielo, te mueves en el Cielo que tienes en tu corazón, ves todo a través de luces de Cielo. ¡Pobre Maestro mío! ¡Cuán divinamente inepto eres para vivir entre nosotros los perversos!» Judas Iscariote le abraza —maravillado y desolado— y termina: «Y me duele el que te crees tantos enemigos por demasiada perfección».

«No te duela, Judas. Está escrito que debe ser así. Pero, ¿cómo sabes que Simón se siente ofendido?».

«No ha dicho que se sienta ofendido, pero, a mí y a Tomás, nos ha dado a entender que aquello no se debía haber hecho; no debías haberla invitado a su casa, donde sólo entran personas honestas».

«¡Bueno, sobre la honestidad de los que van a casa de Simón mejor no seguir!» dice Pedro.

Y Mateo: «Yo podría decir que el sudor de las prostitutas ha goteado en repetidas ocasiones en los suelos, en las mesas y... en otros sitios, de la casa de Simón el fariseo».

«Pero no públicamente» rebate Judas Iscariote.

«No. Con hipocresía para esconderlo».

«Pues cambia la cosa».

«Cambia también la entrada de una prostituta que entra para decir: "Dejo mi pecado infame", respecto a la de una que entra para decir: "Aquí me tienes para cumplir el pecado juntos"».

«Mateo tiene razón» dicen todos.

«Sí, tiene razón. Pero ellos no piensan como nosotros, y es necesario llegar a un acuerdo con ellos, adaptarse a ellos para tenerlos como amigos».

«Eso nunca, Judas. En la verdad, en la honestidad, en la conducta moral, no hay ni adaptaciones ni acuerdos» dice imperioso Jesús, para terminar: «Y, además, Yo sé que he actuado bien y para el bien,
237.4 y basta. ¹Vamos a despedir a estas personas cansadas».

Y se acerca a los que, diseminados bajo los árboles, miran en dirección a Él con ansia de oírle.

«Paz a todos vosotros que, salvando estadios y soportando el intenso sol, habéis venido a oír la Buena Nueva.

En verdad os digo que estáis empezando a entender realmente lo que es el Reino de Dios y también cuán valioso es poseerlo y cuán dichoso pertenecer a él. De forma que cualquier tipo de esfuerzo pierde para vosotros ese valor que para otros tiene, porque el espíritu impera en vosotros y dice a la carne: "Regocíjate si te oprimo, porque lo hago por tu bienaventuranza. Cuando te reúnas conmigo, después de la resurrección final, me amarás por todo cuanto te subyugué y verás en mí a tu segundo salvador". ¿No habla así vuestro espíritu? ¡Sí, sí que habla así!

Al presente, basáis vuestro comportamiento en la enseñanza de mis lejanas parábolas, pero ahora os voy a ofrecer otras luces para que os enamoréis, cada vez más, de este Reino de valor inconmensurable que os espera.

Escuchad: Un hombre, que había ido a un campo por casualidad a buscar mantillo para llevarlo a su huerta, al excavar fatigosamente en la tierra dura, debajo de algún estrato, se encuentra un filón de metal precioso. ¿Qué hace entonces aquel hombre? Vuelve a tapar con tierra lo que ha encontrado. No le importa tener que trabajar más, porque el descubrimiento compensa la fatiga. Luego va a su casa, empieza a juntar todos sus bienes en dinero y en objetos, y estos últimos los vende para sacar mucho dinero. Cuando logra juntar todo, se presenta al dueño del campo y le dice: "Me gusta tu campo. ¿Cuánto quieres por vendérmelo?". "No, no lo vendo" responde el otro. Mas el hombre ofrece sumas cada vez más fuertes, exageradas en relación al valor del campo, y termina convenciéndole al dueño,

que piensa: "¡Este hombre es un loco! Bien, pues, dado que está loco, me aprovecho. Tomo la suma que me ofrece. No es mohatra porque es él quien me la quiere dar. Con el dinero me compraré al menos otros tres campos, y de mayor calidad". Y vende, convencido de haber cerrado un espléndido trato. Sin embargo, es el otro el que cierra un espléndido trato, porque se priva de objetos que puede robar el ladrón o que puede perder o que se consumirán, pero se procura un tesoro que, por ser verdadero, natural, es inagotable. Le compensa, por tanto, el haber sacrificado todo lo que tenía por esta compra; se queda durante algo de tiempo sólo con la propiedad del campo, pero en realidad posee para siempre el tesoro que allí se esconde.

Vosotros habéis entendido esto y hacéis como el hombre de la parábola. Dejáis las efímeras riquezas para poseer el Reino de los Cielos. Se las vendéis a los necios del mundo; se las cedéis y aceptáis el escarnio del mundo, que juzga estúpido vuestro modo de actuar. Actuad así, siempre así, y vuestro Padre que está en los Cielos, jubiloso, un día os dará vuestro lugar en el Reino.

Volved a vuestras casas antes de que llegue el sábado. En el día del Señor, pensad en la parábola del tesoro del Reino celeste. La paz sea con vosotros».

237.5 [5]La gente se dispersa, lentamente, por los caminos y senderos de la campiña, mientras Jesús se dirige a Cafarnaúm en la tarde que declina.

Llega ya de noche. Atraviesan en silencio la ciudad silenciosa bajo la luz de la luna, única fuente luminosa existente en las callejuelas oscuras y mal pavimentadas. Entran, también en silencio, en el pequeño huerto de al lado de la casa, creyendo que todos están acostados. Pero una luz arde en la cocina, y tres sombras, móviles por el movimiento de la leve llama, se proyectan sobre la pared blanca del horno cercano.

«Te esperan, Maestro. ¡Así no se puede continuar! Ahora mismo voy a decirles que estás demasiado cansado. Tú, mientras, sube a la terraza».

«No, Simón. Voy a entrar en la cocina. Si Tomás tiene a estas personas esperando, es señal de que hay un serio motivo».

Pero los que estaban dentro ya han oído el bisbiseo, y Tomás, que es el dueño de la casa, se asoma al umbral de la puerta.

«Maestro, está aquí la dama de otras veces. Te está esperando desde ayer a la hora del ocaso. Ha venido con un sirviente» y añade en voz baja: «Está muy inquieta y no para de llorar...».

«Bien. Dile que suba arriba. ¿Dónde ha dormido?».

«No quería dormir, pero, al final, durante unas horas, se retiró,

ya casi al alba, a mi habitación. Al sirviente le he ofrecido una de vuestras camas para dormir».

«Bien. Dormirá también esta noche, y tú dormirás en la mía».

«No, Maestro. En la terraza, sobre unas esteras. Dormiré bien igualmente».

237.6 [6]Jesús sube a la terraza... y Marta también.

«Paz a ti, Marta».

Un sollozo como respuesta.

«¿Todavía llanto? ¿Pero no estás contenta?».

Marta niega con la cabeza.

«¡Y por qué?»...

Larga pausa llena de sollozos. Al final, gimiendo, dice: «Han pasado muchas tardes y María no ha vuelto. No sabemos dónde está. No la hemos encontrado ni yo ni Marcela ni la nodriza... Había pedido el carro y había salido. Iba vestida pomposamente... ¡Oh, no había querido llevar otra vez mi vestido!... No iba semidesnuda —tiene también de esos vestidos—, pero iba muy provocativa... Y tomó consigo joyas y perfumes... Y no ha vuelto. Al llegar a las primeras casas de Cafarnaúm se despidió del sirviente diciéndole: "Volveré con otra compañía". Pero no ha vuelto. ¡Nos ha engañado!... o se ha sentido sola, quizás tentada... o le ha sucedido algo malo... No ha vuelto...». Y Marta cae de rodillas, y llora apoyando la cabeza sobre el antebrazo, apoyado a su vez en un montón de sacos vacíos.

Jesús la mira y dice lentamente y seguro, *dominador*: «No llores. Hace tres noches María fue a donde Yo estaba. Me ungió los pies, depositó a mis pies todas sus joyas. Así se ha consagrado, y para siempre, y ha entrado a formar parte de mis discípulas. No la denigres en tu corazón. Te ha superado».

«¿Pero dónde está mi hermana?» grita María alzando un rostro desencajado. «¿Por qué no ha vuelto a casa? ¿Es que la han agredido? ¿Ha tomado una barca y se ha ahogado? ¿Algún amante repelido la ha raptado? ¡Oh, María, mi María! ¡Acababa de hallarla y ya la he perdido!». Marta está realmente fuera de sí. Ya no piensa siquiera en que los que están abajo la pueden oír; no piensa ya que Jesús le puede decir dónde está su hermana; se desespera sin reflexionar en nada.

237.7 [7]Jesús la sujeta por las muñecas y la obliga a estar quieta, a escucharle, dominándola con su alta estatura y su mirada magnética: «¡Basta! Quiero de ti fe en mis palabras. Quiero de ti generosidad. ¿Comprendido?». No la suelta hasta que Marta se serena un poco. «Tu hermana ha ido a saborear su gozo rodeándose de santa soledad, porque experimenta el supersensible pudor de los redimidos. Ya

te lo había dicho. No puede soportar la mirada, dulce pero escrutadora, de su familia, que observa su nuevo vestido de novia de la Gracia. Y lo que Yo digo es siempre verdad. Debes creerme».

«Sí, Señor, sí. Pero mi María ha pertenecido demasiado al demonio. En seguida la ha atrapado de nuevo, él...».

«Él se venga en ti de la presa que ha perdido para siempre. ¿Voy a tener que presenciar cómo tú, la fuerte, caes víctima suya por un momento de abatimiento demente que no tiene razón de ser? ¿Tendré que presenciar cómo, por ella que ahora cree en mí, pierdes esa hermosa fe que siempre he visto en ti? ¡Marta! ¡Mírame bien! ¡Escúchame a mí, no a Satanás! ¿No sabes que cuando se ve obligado a soltar la presa por una victoria de Dios sobre él, este incansable torturador de los seres, este incansable depredador de los derechos de Dios, se pone inmediatamente manos a la obra para encontrar otras víctimas? ¿No sabes que lo que afianza la curación del espíritu de otro son las torturas que sufre un tercero, que resiste a los asaltos porque es bueno y fiel? ¿No sabes que todo lo que acaece y lo que existe en la Creación está relacionado y sigue una ley eterna de dependencias y consecuencias, de forma que el acto de uno produce vastísimas repercusiones naturales y sobrenaturales? [8]Tú estás llo- 237.8
rando aquí, aquí estás conociendo la duda atroz, y, a pesar de todo, permaneces fiel a tu Cristo en esta hora de tinieblas; allá, en un lugar que desconoces, María está sintiendo disolverse la última duda sobre la infinitud del perdón que ha recibido, y su llanto se transforma en sonrisa, sus sombras en luz. Tu tormento la ha guiado al lugar de la paz, al lugar de regeneración de las almas, al lado de la Generadora sin mancha, junto a aquella que tanto es Vida, que le ha sido otorgado dar al mundo al Cristo, que es la Vida. Tu hermana está con mi Madre. No es la primera que pliega velas en ese puerto de paz habiéndola llamado el rayo de la viva Estrella María a aquel seno de amor, por amor, mudo y activo, de su Hijo. Tu hermana está en Nazaret».

«Pero, ¿cómo ha ido si no conoce a tu Madre, ni tu casa?... Sola... De noche... Sin los medios necesarios... Vestida así... Mucho camino... ¿Cómo?».

«¿Cómo? Como va la golondrina cansada al nido natal, atravesando mares y montes, contra tempestades, nieblas y viento contrario; como van las golondrinas a los lugares donde pasan el invierno: por el instinto que las guía, el suave calor que las invita, el sol que las reclama. Pues también ella ha acudido al rayo que la convocaba... a la Madre universal. Y la veremos regresar a la aurora, feliz... dejadas para siempre las tinieblas, con una madre a su lado, la mía,

y para no volver a ser huérfana nunca más. ¿Puedes creer esto?».

«Sí, mi Señor».

Marta está como embelesada. En efecto, Jesús se ha mostrado verdaderamente dominador: alto, erguido – y, no obstante, un poco curvado hacia Marta, que estaba arrodillada –, ha hablado lenta pero incisivamente, casi como para transfundir su propio ser en la agitada discípula. Pocas veces le he visto con esta potencia para persuadir con la palabra a alguien que le escucha. ¡Pero, al final, qué luz, qué sonrisa en su cara! Marta lo refleja con una sonrisa y una luz más difuminada en su propio rostro.

«Y ahora ve a descansar. Con paz».

Y Marta le besa las manos y baja tranquilizada...

## 238. Llegada de María Stma. con María de Magdala a Cafarnaúm en medio de una tempestad.

30 de julio de 1945.

238.1 [1]«Quizás hay tormenta hoy, Maestro. ¿Ves allí aquellas franjas de plomo de detrás del Hermón cómo vienen hacia aquí? ¿Ves cómo se riza el lago? Mira qué soplos de tramontana alternados con oleadas calientes de siroco. Torbellino de viento: signo cierto de tempestad».

«¿Dentro de cuánto tiempo, Simón?».

«Antes del final de la hora prima. Mira cómo se apresuran a regresar los pescadores. Sienten el rumor del lago, que dentro de poco tendrá aspecto plomizo, luego se pondrá como la pez y luego vendrá la furia».

«¡Pero si parece muy tranquilo!» dice incrédulo Tomás.

«Tú conoces el oro, yo el agua. Sucederá como digo. Además no es una tempestad repentina. Se está preparando con signos claros. El agua está tranquila en la superficie, sólo ese fruncido que parece una nadería. ¡Pero, si fueras en barca! Sentirías como miles de avellanas golpear contra el casco y sacudir extrañamente la barca. El agua hierve ya debajo. Espera la señal del cielo y luego verás... Deja que la tramontana se anude con el siroco. Y luego... ¡Eh, mujeres, retirad lo que habéis tendido y poned al seguro vuestros animales! Dentro de poco van a llover piedras y baldes de agua».

Efectivamente, el cielo se va poniendo cada vez más verdastro, veteado de esquisto por la invasión continua de estratos de nubes que parecen eruptadas por el gran Hermón y que repelen la aurora hacia el lugar de donde ha venido, como si la hora retrocediera hacia la noche en vez de avanzar hacia el mediodía. Sólo una lámina de

sol, que pone una irreal pincelada de un amarillo-verde en la cima de una colina situada al suroeste de Cafarnaúm, se resiste a huir de detrás de la barricada de nubes de pez. El lago ya ha pasado de azul a negro-azul y las primeras espumas, ligeras, quebradas, de las cabrillas, sobre esa agua oscura, parecen de un blanco irreal. Ya no hay ninguna barca en el lago. Los hombres se apresuran a sacar las barcas al guijarral de la orilla, a poner en su sitio redes, cestas, velas y remos; o, si se trata de campesinos, a retirar los productos agrícolas, a asegurar estacas y junturas, a cerrar en los establos a los animales; y las mujeres van de prisa a la fuente, antes de que empiece a llover, o reagrupan a los niños que se habían levantado con el primer sol, y los mueven hacia casa, y cierran las puertas, diligentes como cluecas que perciben próximo el granizo.

[2]«Simón, ven conmigo. Llama también al sirviente de Marta y a Santiago, mi hermano. Coge una tela gruesa, gruesa y grande. Hay dos mujeres en el camino. Hay que salir a su encuentro». 238.2

Pedro le mira con curiosidad, pero obedece sin perder tiempo. Sólo cuando ya están en el camino, atravesando rápidamente el pueblo hacia el Sur, Simón pregunta: «Pero, ¿quiénes son?».

«Mi Madre y María de Magdala».

La sorpresa es tal que Pedro se detiene un momento como clavado en el suelo y dice: «¡¡¿Tú Madre y María de Magdala?!! ¡¡¿Juntas?!!». Luego reprende el camino, corriendo, porque Jesús no se ha parado, ni tampoco Santiago y el sirviente. Pero vuelve a decir: «¡Tú Madre y María de Magdala! ¡Juntas!... Pero, ¿desde cuándo?».

«Desde cuando no es sino María de Jesús. Date prisa Simón, que empiezan a caer las primeras gotas...».

Y Pedro se esfuerza en seguir el paso de sus compañeros, todos más altos y ligeros que él.

El viento alza ahora nubes de polvo del camino reseco; es un viento que por momentos se hace más fuerte, un viento que rompe el lago y lo alza en crestas de olas que ya se estrellan, con un primer estruendo, contra la playa. Cuando es posible ver el lago, se le ve convertido en un enorme caldero en pleno furor de ebullición. Olas de, al menos, un metro de altas lo recorren en todas las direcciones, se entrechocan, crecen fundiéndose, se separan corriendo en direcciones opuestas en busca de otra ola con que chocarse: todo un duelo de espuma, de crestas, de prominencias abultadas, de estruendos, de bramidos, de embates contra las casas más cercanas a la orilla. Cuando las casas impiden la vista, el lago hace constar su presencia con su fragor, que supera al silbido del viento que comba los árboles, arranca hojas y hace caer frutos, y también al retumbo de los true-

nos largos, amenazadores, precedidos de relámpagos cada vez más frecuentes y potentes.

«¡A saber cuánto miedo tendrán esas mujeres!» resopla Pedro jadeando.

«Mi Madre no. No sé la otra. Pero, lo que está claro es que si no nos damos prisa se van a calar».

238.3 [3]Ya han dejado Cafarnaúm a unos cien metros cuando, entre nubes de polvo, en medio del primer estruendo de un aguacero que cae oblicuo y violento rayando el aire oscuro, y que pronto es una verdadera catarata que se transforma en polvo, y ciega, y corta la respiración, se ve correr a una pareja de mujeres buscando amparo bajo algún árbol frondoso.

«¡Ahí están! ¡Corramos!».

Pero Pedro, aunque su amor por María le ponga alas, con sus piernas cortas y ciertamente no de corredor, llega cuando Jesús y Santiago ya tienen recogidas a las mujeres bajo un tupido pedazo de vela.

«Aquí no se puede estar. Hay peligro de rayos y dentro de poco el camino será un torrente. Vamos, Maestro; al menos hasta la primera casa» dice Pedro jadeando.

Y van andando, con las mujeres en el centro, con el telón extendido apoyado sobre sus cabezas y espaldas.

238.4 [4]La primera palabra que Jesús dice a la Magdalena, que lleva todavía el vestido de la noche del convite en casa de Simón —pero con un manto de María echado sobre los hombros— es ésta: «¿Tienes miedo, María?».

Ella, que se ha mantenido siempre con la cabeza inclinada bajo el velo de su cabellera desordenada por la carrera, se ruboriza, agacha aún más la cabeza y susurra: «No, Señor».

También la Virgen ha perdido las horquillas y parece una niña con las trenzas cayéndole sobre los hombros. Sonríe a su Hijo, que está a su lado y le habla con esa sonrisa propia suya.

«Estás muy mojada, María» dice Santiago de Alfeo tocando el velo y el manto de la Virgen.

«No importa. Ahora ya no nos mojamos. ¿Verdad, María? Él nos ha salvado también de la lluvia» dice dulcemente María a la Magdalena (comprende el penoso empacho que siente). Ésta asiente con la cabeza.

«Tu hermana se pondrá contenta al verte otra vez. Está en Cafarnaúm. Te buscaba» dice Jesús.

María alza un momento la cabeza y fija sus espléndidos ojos en el rostro de Jesús —que le habla con la misma naturalidad que usa con las otras discípulas—, pero no dice nada. Siente un nudo en la gar-

ganta por demasiadas emociones.

Jesús termina: «Me alegro de haberla retenido. Podréis marcharos después de que os bendiga».

[5]La palabra se pierde en el estallido seco de un rayo que ha caído cerca. La Magdalena reacciona con un gesto de miedo. Se lleva las manos a la cara, se pliega y rompe a llorar. 238.5

«¡No tengas miedo, que ya ha pasado! Además, con Jesús no se debe tener miedo nunca» conforta Pedro.

También Santiago, que está al lado de la Magdalena, dice: «No llores, que ya están cerca las casas».

«No lloro de miedo... Lloro porque me ha dicho que me va a bendecir... Yo... yo...» y no puede decir nada más.

La Virgen interviene para calmarla diciendo: «Tú, María, ya has pasado tu tempestad. No pienses más en ello. Ahora todo es cielo sereno y paz. ¿No es verdad, Hijo mío?».

«Sí, Madre. Es todo verdad. Dentro de poco saldrá de nuevo el Sol y todo se verá más hermoso, limpio, fresco, que ayer. Pues igual para ti, María».

La Madre interviene de nuevo, apretando la mano de la Magdalena: «Referiré a Marta tus palabras. Me siento feliz de poderla ver en seguida y decirle cuán llena de buena voluntad está su María».

Pedro, chapoteando en el lodo y tomándose con paciencia el diluvio, sale de debajo del toldo para ir hacia una casa a pedir cobijo.

«No, Simón. Preferimos todos volver a nuestra casa. ¿No es verdad?» dice Jesús.

Todos asienten y Pedro regresa al toldo.

[6]Cafarnaúm es un desierto. Se han adueñado de ella viento, lluvia, truenos, relámpagos, y ahora el granizo, que suena y rebota en terrazas y fachadas. El lago está de una terribilidad imponente. Las casas cercanas a él sufren las embestidas de las olas, pues la playita ya no existe. Las barcas, aseguradas cerca de las casas, están tan llenas de agua, que parece hubieran naufragado, y cada nuevo golpe de mar aumenta el agua, haciendo que rebose la que ya tenían. 238.6

Entran corriendo en el huerto, que ahora es un enorme charco en que flotan detritos en el agua fangosa; del huerto van a la cocina, donde están todos reunidos.

El grito de Marta, cuando ve a su hermana de la mano de María, es agudo. Se echa a su cuello —sin sentir cuánto se moja al hacerlo—, la besa, le dice: «¡Mirí, Mirí, tesoro mío!». Quizás es el diminutivo afectuoso que usaban para la Magdalena cuando era pequeñita.

María llora, encorvada, con la cabeza apoyada en el hombro fraterno, revistiendo el indumento oscuro de Marta con un tupido velo

de oro (única cosa que resplandece en la oscura cocina, en que sólo hay un fueguecillo de hornija para romper las tinieblas que no es capaz de vencer por sí sola una lamparita encendida).

Los apóstoles se han quedado de piedra, y también el dueño de la casa, y la dueña, que se han asomado al oír el grito de Marta; mas éstos, pasado el primer momento de curiosidad comprensible, se retiran discretamente.

238.7 [7]Sedada un poco la vehemencia de los abrazos, Marta se acuerda de Jesús, de María, del hecho llamativo de que hayan venido todos juntos, y pregunta a su hermana, a la Virgen, a Jesús (no sabría decir a quién de ellos con más insistencia): «¡Pero cómo es que venís todos juntos?».

«Marta, la tormenta estaba llegando. He salido, con Simón, Santiago y tu sirviente, al encuentro de las dos peregrinas».

Marta está tan atónita que no se para a pensar en el hecho de que Jesús haya salido con tanta seguridad al encuentro de ellas y no pregunta: «¿Pero lo sabías?».

Es Tomás quien se lo pregunta a Jesús. Mas no obtiene respuesta, porque Marta le dice a su hermana: «¿Pero cómo es que estabas con María?». La Magdalena agacha la cabeza.

La socorre la Virgen, tomándola de la mano y diciendo: «Vino a verme como la peregrina que se dirige a donde le pueden indicar el camino que debe recorrer para llegar a la meta; y me dijo: "Enséñame lo que debo hacer para ser de Jesús". Dado que en ella hay voluntad verdadera y total, en seguida ha comprendido y captado esta sabiduría. Y yo la he visto en seguida preparada para tomarla de la mano, así, y traerla a tu presencia, Hijo mío, a tu presencia, Marta buena, a vuestra presencia, hermanos discípulos, y deciros: "He aquí a la discípula y hermana que no dará sino alegrías espirituales a su Señor y a sus hermanos". Os pido a todos que me creáis y que la améis como Jesús y yo la amamos».

238.8 [8]Entonces los apóstoles se acercan y saludan a la nueva hermana. No se puede decir que no haya algo de curiosidad... ¡Pues claro! Todavía queda su humanidad...

Es el buen sentido de Pedro el que dice: «Todo bien, sí. Vosotros le aseguráis ayuda y santa amistad; pero habría que pensar en que esta Madre y esta hermana están caladas... También nosotros, verdaderamente... Pero para ellas es peor. Su pelo chorrea agua como sauces después de un huracán; sus vestidos están mojados y embarrados. Vamos a hacer fuego, pidamos otros vestidos, preparemos comida caliente...».

Todos colaboran. Marta lleva a la habitación a las dos caladas viajeras. Mientras tanto, avivan el fuego, tienden delante de la lla-

ma los mantos, los velos y vestidos empapados. No sé qué preparan allí. Sí sé que Marta, recuperada su energía de magnífica mujer de casa, va y viene solícita, con baldes de agua caliente, tazas de leche humeantes, vestidos prestados por la dueña de la casa... para socorrer a las dos Marías...

## 239. La parábola de los peces, la parábola de la perla, y del tesoro de las enseñanzas viejas y nuevas.

31 de julio de 1945.

[1]Están todos reunidos en la espaciosa habitación de arriba. El 239.1
violento temporal se ha resuelto en una lluvia persistente, ora leve hasta casi desaparecer, ora intensa con repentina furia. El lago, de ninguna manera, está hoy azul: amarillento con estrías de espuma en los momentos de viento y aguacero, gris plúmbico con espumas blancas en las pausas del turbión. Las colinas —todas chorreando agua, con las frondas tan cargadas de lluvia, que todavía están plegadas, algunas ramas colgando quebradas por el viento, muchas hojas arrancadas por el granizo— muestran regatillos por todas partes, aguas amarillentas que llevan al lago hojas, piedras y tierra arrancada a sus pendientes. La luz ha quedado turbia, verdosa.

En la habitación están, sentadas junto a una ventana que mira a las colinas, María con Marta y la Magdalena, y otras dos mujeres que no sé exactamente quiénes son (tengo la impresión de que ya las conocen Jesús, María y los apóstoles, porque se las ve con soltura; sin duda, más que la Magdalena, que está muy quieta, cabizbaja, entre la Virgen y Marta).

Se han vuelto a poner los vestidos que han sido secados al fuego y cepillados para quitarles el barro. No, miento, la Virgen sí se ha puesto su vestido de lana azul marino, pero la Magdalena tiene uno prestado, corto y estrecho para ella, que es alta y bien modelada. Trata de remediar la escasez del vestido envolviéndose en el manto de su hermana. La Magdalena se ha recogido la cabellera en dos gruesas trenzas más o menos anudadas a la altura de la nuca, porque para sostener ese peso no bastan, de ninguna manera, las pocas horquillas que ha podido juntar en ese momento; en efecto, después siempre he visto que ayuda a las horquillas con una cinta fina, que le hace casi de sutil diadema, cuyo color paja se pierde en el oro de sus cabellos.

En el otro lado de la habitación, sentados unos en taburetes y otros en los alféizares de las ventanas, están Jesús con los apóstoles y el dueño de la casa. Falta el sirviente de Marta. Pedro y los otros

pescadores están estudiando el tiempo, haciendo pronósticos para el día siguiente. Jesús escucha, o responde, a unos o a otros.

«Si lo hubiera sabido, le habría dicho a mi madre que viniera. Conviene que esta mujer se sienta en seguida relajada con las compañeras» dice Santiago de Zebedeo mirando un momento hacia las mujeres.

239.2 [2]«¡Ya! ¡Si lo hubiéramos sabido!... Pero, ¿y por qué mamá no ha venido con María?» pregunta Judas Tadeo a su hermano Santiago.

«No lo sé. Eso me pregunto también yo».

«¿No será que se siente mal?».

«María lo habría dicho».

«Yo se lo pregunto» y Judas Tadeo va donde las mujeres.

Se oye la respuesta de la voz límpida de María: «Está bien. He sido yo, que le he ahorrado la paliza de este calor. Nos hemos fugado como dos niñas, ¿no es verdad, María? María llegó ya de noche y al alba hemos salido. Sólo le he dicho a Alfeo: "Aquí está la llave. Volveré pronto. Díselo a María". Y he venido».

239.3 [3]«Volveremos juntos, Madre. Iremos todos juntos por la Galilea, en cuanto el tiempo esté bien y María tenga un vestido. Acompañaremos a las hermanas hasta el camino más seguro. Así las conocerán también Porfiria, Susana y vuestras mujeres e hijas, Felipe y Bartolomé».

Dice: «las conocerán» y ello es exquisito, es por no decir: «conocerán a María». También es fuerte, y abate todas las prevenciones y restricciones mentales de los apóstoles hacia la redimida. *La impone*, venciendo las resistencias de ellos, la vergüenza de ella y todo. A Marta se le ilumina el rostro, María Magdalena se ruboriza y mira suplicante, agradecida, turbada... ¿qué sé yo?... María Stma. sonríe con su delicada sonrisa.

«¿A qué lugar vamos a ir, Maestro?».

«A Betsaida. Luego a Magdala, a Tiberíades, a Caná, a Nazaret. Desde allí, por Jafia y Semerón, iremos a Belén de Galilea, luego a Sicaminón y a Cesarea...».

Un acceso de llanto de la Magdalena interrumpe a Jesús. Levanta la cabeza, la mira y sigue hablando como si no hubiera sucedido nada: «En Cesarea encontraréis vuestro carro. Se *lo he ordenado* al sirviente. Iréis a Betania. Nos volveremos a ver para los Tabernáculos». *

Magdalena recobra la tranquilidad al cabo de poco. No responde a las preguntas de su hermana. Sale de la habitación y se retira, qui-

---

* *para los Tabernáculos* significa para *la fiesta de los Tabernáculos*. Las principales fiestas hebreas, frecuentemente mencionadas en la Obra, son: la *Pascua*, que se celebraba durante el plenilunio de Nisán (marzo-abril) y estaba seguida por la Pascua suplementaria, en el decimocuarto día del mes sucesivo, para aquellos que no hubieran podido celebrarla; *Pentecostés* o fiesta de las Semanas (como en 416.2), cincuenta días después de la

zás a la cocina, durante un tiempo.

«María sufre, Jesús, al oír que debe ir a ciertas ciudades. Hay que comprenderla... Lo digo más por los discípulos que por ti, Maestro» dice Marta, humilde y apurada.

«Es verdad, Marta. *Pero debe suceder.* Si no afronta inmediatamente el mundo, si no ahoga ese horrendo tirano del respeto humano, su heroica conversión quedará paralizada. Inmediatamente y con nosotros».

[4]«Con nosotros nadie le dirá nada. Te lo aseguro por mí y por todos mis compañeros, Marta» promete Pedro. 239.4

«¡Pues claro! La escudaremos como a una hermana. María ha dicho que es hermana, y hermana será para nosotros» confirma Judas Tadeo.

«¡Además... somos todos pecadores y el mundo no nos ha concedido inmunidad tampoco a nosotros! Por tanto comprendemos sus luchas» dice el Zelote.

«Yo la comprendo más que todos. En los lugares donde hemos pecado es muy meritorio vivir. ¡Las personas saben quiénes somos!... Es una tortura. Pero es también justicia y gloria el resistir allí. Precisamente porque la potencia de Dios se manifiesta en nosotros con evidencia, somos medio de conversiones incluso sin hablar» dice Mateo.

«Como ves, Marta, todos son comprensivos con tu hermana, todos la quieren. Y la comprenderán y la querrán cada vez más. Está llamada a ser signo indicador para muchas almas culpables y medrosas, y una gran fuerza también para los buenos. Y es que María, una vez que haya roto las últimas cadenas de su humanidad, será una llama de amor. No ha hecho otra cosa sino cambiar de dirección a la exuberancia de su sentimiento. Ha colocado a nivel sobrenatural esta poderosa facultad de amar que tiene, y en este campo hará prodigios, os lo aseguro. Ahora está todavía turbada, pero cada día que pase la veréis calmarse y fortalecerse en su nueva vida. En casa de Simón dije: "Mucho le es perdonado porque ama mucho". En verdad os digo ahora que todo le será perdonado porque amará a su Dios con toda su fuerza, con toda su alma, con todo su pensamiento, con toda su sangre, con toda su carne, hasta el holocausto».

«¡Dichosa ella que se ha hecho merecedora de estas palabras! Quisiera merecerlas también yo» suspira Andrés.

«¿Tú? ¡Pero si ya las mereces! [5]Ven aquí, pescador mío, que quie- 239.5

---

Pascua; los *Tabernáculos* o fiesta de las Tiendas, al final de las recolecciones de otoño; las *Encenias* o fiesta de las Luces o de la Purificación o de la Dedicación del Templo, el 25 de Kisléu (noviembre-diciembre).

ro narrarte una parábola que parece pensada exactamente para ti».

«Maestro, espera. Voy por María. ¡Tiene mucha sed de conocer tu doctrina!...».

Mientras Marta sale, los demás colocan los asientos en semicírculo en torno al de Jesús. Vuelven las dos hermanas y se sientan al lado de María Stma.

Jesús empieza a hablar:

«Unos pescadores salieron a mar abierto y echaron en el mar su red. Pasado un tiempo la subieron a bordo. Trabajaban fatigosamente por orden de un patrón que les había encargado de la provisión de pescado selecto para su ciudad. Les había dicho: "De los peces malsanos o de poca calidad no os preocupéis siquiera de sacarlos a tierra. Devolvedlos al mar. Otros pescadores los pescarán, pero, al ser pescadores de otro patrón, los llevarán a su ciudad: pues allí se consumen cosas malsanas, cosas que hacen cada vez más hórrida la ciudad de mi enemigo. Pero, en la mía, bella, luminosa, santa, no debe entrar ninguna cosa malsana".

Subida, pues, a bordo la red, los pescadores empezaron su trabajo de discernimiento. Había muchos peces y de distintos aspectos, tamaños y colores. Había peces de buen aspecto, pero llenos de espinas, con mal sabor, con un grueso vientre lleno de lodo, gusanos, hierbas pútridas que hacían peor todavía el sabor, ya de por sí malo, de la carne del pez. Había otros, por el contrario, de aspecto feo, con una cabeza que parecía la fea cara de un delincuente o de un monstruo de pesadilla; pero los pescadores sabían que su carne era exquisita. Otros, por ser insignificantes, pasaban desapercibidos. Los pescadores trabajaban y trabajaban. Ya las cestas estaban repletas de pescado exquisito. En la red quedaban los peces insignificantes. "Bueno, vale, las cestas están repletas. Vamos a tirar todo el resto al mar" dijeron muchos de los pescadores.

Pero uno, que había hablado poco mientras los otros cantaban las magnificencias, o se burlaban, de todo pez que caía en sus manos, se quedó todavía hurgando en la red, y, entre las menudencias insignificantes, descubrió todavía dos o tres peces y los puso encima de todos los otros en las cestas. "¿Pero qué haces?" preguntaron los otros. "Las cestas ya están completas y bien presentadas. Las echas a perder poniendo encima, atravesado, ese pez irrisorio. Da la impresión de que le quieres celebrar como el mejor." "Dejadme, respondió aquél, que conozco este tipo de peces, sus cualidades y su exquisitez".

Ésta es la parábola, que termina con la bendición del patrón al pescador paciente, experto y silencioso, que ha sabido discernir entre la masa los mejores peces.

[6]Escuchad ahora su aplicación. 239.6

El soberano de la ciudad bella, luminosa y santa, es el Señor. La ciudad es el Reino de los Cielos. Los pescadores, mis apóstoles. Los peces del mar, la humanidad, compuesta por todo tipo de personas. Los peces buenos, los santos.

El patrón de la ciudad hórrida es Satanás. La ciudad hórrida, el Infierno. Sus pescadores son el mundo, la carne, las pasiones malas encarnadas en los siervos de Satanás, bien sean espirituales (demonios), o humanos (hombres corruptores de sus semejantes). Los peces malos, la humanidad no digna del Reino de los Cielos: los réprobos.

Entre los pescadores de almas para la Ciudad de Dios habrá siempre unos que emularán la capacidad paciente del pescador que sabe buscar con perseverancia, en los estratos de la humanidad, donde sus otros compañeros, más impacientes, han separado sólo los que aparecían buenos a primera vista. Y, por desgracia, habrá también pescadores que, por ser demasiado distraídos y habladores —mientras que el trabajo de discernimiento exige atención y silencio para oír las voces de las almas y las indicaciones sobrenaturales—, no verán peces buenos, y los perderán. Y habrá otros que, por demasiada intransigencia, rechazarán a almas que si bien no son perfectas en cuanto a su aspecto exterior son excelentes en todo lo demás.

No os debe importar que uno de los peces que capturéis para mí muestre signos de pasadas luchas o presente mutilaciones producidas por muchas causas, si su espíritu no está lesionado. No debe importaros que uno de éstos, por librarse del Enemigo, se haya herido y se presente con estas heridas, si su interior da muestras de una clara voluntad de querer ser de Dios. Almas probadas, almas seguras; más que esas otras, que son como niñitos protegidos por sus pañales, su cuna y su mamá, y que duermen sacios y tranquilos, pero que en el futuro pueden, con la razón y la edad y las vicisitudes de la vida que van viniendo, dar dolorosas sorpresas de desviaciones morales.

[7]Os recuerdo la parábola del hijo pródigo. Oiréis otras parábolas, 239.7
pues seguiré buscando la manera de infundiros recta inteligencia en vuestra manera de distinguir las conciencias y de elegir los modos con que guiar las conciencias, que son singulares, y cada una, por tanto, tiene su modo especial de escuchar y reaccionar respecto a las tentaciones y las enseñanzas.

No creáis que es fácil discernir espíritus. Todo lo contrario. Se necesita ojo espiritual enteramente iluminado de luz divina, intelecto penetrado de divina sabiduría infusa, posesión de las virtudes en forma heroica, en primer lugar la caridad. Se necesita capacidad de concentrarse en la meditación, porque cada alma es un texto obscuro

que hay que leer y meditar. Se necesita una unión continua con Dios, olvidando todos los intereses egoístas; vivir para las almas y para Dios; superar prevenciones, resentimientos, antipatías; ser dulces como padres y férreos como guerreros (dulces para aconsejar y animar, férreos para decir: "Eso no te es lícito y *no lo harás*", o: "Eso se debe hacer y *tú lo harás*". Porque —pensadlo bien— muchas almas serán arrojadas a los estanques infernales. Pero no serán sólo almas de pecadores. También habrá almas de pescadores evangélicos: las de aquellos que hayan faltado a su ministerio, contribuyendo a la pérdida de muchos espíritus.

Llegará el día, el último de la tierra, el primero de la Jerusalén completada y eterna, en que los ángeles, como los pescadores de la parábola, separen a los justos de los malvados, para que, tras el decreto inexorable del Juez, los buenos pasen al Cielo y los malos al fuego eterno. Entonces será manifestada la verdad acerca de los pescadores y los pescados, caerán las hipocresías y aparecerá el pueblo de Dios como es, con sus caudillos y los salvados por los caudillos. Veremos entonces que muchos de entre los más insignificantes en su aspecto exterior, o peor tratados externamente, serán esplendor del Cielo, y que los pescadores calmos y pacientes son los que más han hecho, y emitirán resplandor de gemas por el número de sus salvados.

La parábola queda, así, dicha y explicada».

239.8 [8]«¡¿Y mi hermano?!... ¡Oh! ¡pero!...». Pedro le mira, le mira... luego mira a la Magdalena...

«No, Simón. Respecto a ella no tengo mérito. Lo ha hecho el Maestro solo» dice Andrés con franqueza.

«¿Pero entonces los otros pescadores, los de Satanás, cogen sólo los restos?» pregunta Felipe.

«Tratan de coger los mejores, los espíritus capaces de mayor prodigio de Gracia, y se sirven para ello de los propios hombres y de las tentaciones de éstos. ¡Hay muchos en el mundo que por un plato de * lentejas renuncian a su primogenitura!».

«Maestro, el otro día decías que muchos son los que se dejan seducir por cosas del mundo. ¿Serían también éstos de los que pescan para Satanás?» pregunta Santiago de Alfeo.

«Sí, hermano mío. En aquella parábola, el hombre se dejó seducir por el mucho dinero, que podía proporcionar mucho placer, y perdió así todos los derechos al Tesoro del Reino. En verdad os digo que de cien hombres sólo la tercera parte sabe resistir a la tentación del oro, o a otras seducciones, y de esta tercera parte sólo la mitad sabe ha-

* *por un plato de lentejas...* es una alusión, aquí y en otros lugares (como, por ejemplo, en 402.2 y en 503.8) al episodio referido en *Génesis 25, 29-34.*

cerlo heroicamente. El mundo muere asfixiado porque se carga voluntariamente de las ataduras del pecado. Vale más estar despojado de todo, que tener riquezas irrisorias e ilusorias. Sabed hacer como los joyeros sabios, que, habiendo tenido noticia de que en un lugar ha sido pescada una perla rarísima, no se preocupan de conservar en sus cofres muchas joyas modestas, sino que se liberan de todo para comprar aquella perla maravillosa».

«¿Pero entonces por qué Tú mismo estableces diferencias entre las misiones que das a las personas que te siguen, y dices que debemos considerar las misiones don de Dios? Deberíamos renunciar también a ellas, porque respecto al Reino de los Cielos no son tampoco más que migajas» dice Bartolomé.

«No migajas: *son medios*. Serían migajas, o, más aún, sucias briznas de paja, si vinieran a ser objetivo humano en la vida. Quienes se afanan para conseguir un puesto con miras a una ganancia humana hacen de ese puesto, aunque sea santo, una brizna de paja sucia. Mas si la misión es para vosotros obediente aceptación, gozoso deber, total holocausto, haréis de ella una perla singularísima. *La misión, si se cumple sin reservas, es holocausto, martirio, gloria.* Chorrea lágrimas, sudor, sangre. Pero forma una corona de eterna regalidad».

[9]«¡No hay nada a lo que no sepas responder!». 239.9

«¿Pero, me habéis entendido? ¿Comprendéis lo que digo con comparaciones sacadas de las cosas cotidianas, iluminadas —eso sí— con una luz sobrenatural que las hace ilustrativas de cosas eternas?».

«Sí, Maestro».

«Acordaos, pues, del método para instruir a las turbas; porque éste es uno de los secretos de los escribas y rabíes: recordar. En verdad os digo que cada uno de vosotros, instruido en la sabiduría de poseer el Reino de los Cielos, es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro aquello que necesita su familia, usando cosas viejas y nuevas (pero todas con la única finalidad de procurar el bienestar a sus propios hijos). Ya no llueve. Dejemos tranquilas a las mujeres. Vamos donde el anciano Tobías, que está para abrir sus ojos espirituales en las auroras del más allá. Paz a vosotras, mujeres».

## 240. En Betsaida, en la casa de Simón, con Porfiria y Margziam, el cual enseña a la Magdalena la oración de Jesús.

1 de agosto de 1945.

[1]Ha vuelto el cielo sereno sobre el mar de Galilea. Todo está in- 240.1

cluso más hermoso que antes de la tormenta porque ha quedado limpio de polvo. El aire presenta una nitidez absoluta, y el ojo, mirando al firmamento, recibe la impresión de que haya sido retirado, hecho más ligero... un velo casi transparente extendido entre la tierra y los fulgores del Paraíso. El lago refleja este azul perfecto y ríe sosegado con sus aguas de turquesa.

Está comenzando la aurora. Jesús con María, Marta y Magdalena, sube a la barca de Pedro y Andrés; también Simón Zelote, Felipe y Bartolomé. Mateo, Tomás, los primos de Jesús y Judas Iscariote están, sin embargo, en la barca de Santiago y Juan. Se enfilan hacia Betsaida: un breve trayecto favorecido por el viento. En pocos minutos hacen el recorrido.

Cuando están ya para llegar, Jesús dice a Bartolomé y al inseparable Felipe: «Iréis a avisar a vuestras mujeres e hijas. Hoy visitaré vuestra casa». Y mira fijamente a los dos en manera elocuente.

«Así lo haremos, Maestro. ¿No nos vas a conceder ni a mí ni a Felipe hospedarte?».

«Nos detendremos sólo hasta la puesta del Sol, y no quiero privar a Simón Pedro de la delicia de estar con Margziam».

La barca roza en la orilla y se detiene. Bajan. Felipe y Bartolomé se separan de los compañeros para ir al pueblo.

«¿A dónde van esos dos?» pregunta Pedro al Maestro, que ha sido el primero en bajar y está a su lado.

«A avisar a sus mujeres e hijas».

«Voy yo también entonces a avisar a Porfiria».

«No hace falta. Porfiria es tan buena que no hace falta prepararla para nada. Su corazón sólo sabe dar dulzura».

A Simón Pedro se le ilumina el rostro al oír la alabanza a su esposa y no dice nada más. Entretanto han bajado también las mujeres (para ellas han puesto una tabla como puente). Van a casa de Simón.

240.2 [2]El primero que los ve es Margziam, que en ese momento estaba saliendo con sus ovejas para llevarlas a rustrir a la hierba fresca de las primeras pendientes de Betsaida. El niño da el anuncio de esta visita con un grito de alegría, y corre a refugiarse en el pecho de Jesús, que se agacha para besarle. Luego va a Pedro. Porfiria viene diligentemente, con las manos llenas de harina, y se inclina para saludar.

«Paz a ti, Porfiria. ¿No nos esperabas tan pronto, verdad? Es que te he querido traer a mi Madre y a dos discípulas, además de mi bendición. Mi Madre deseaba ver de nuevo al niño... Ahí está ya entre sus brazos. Y las discípulas querían conocerte... Ésta es la esposa de Simón, la discípula buena y silenciosa, más activa en su obedien-

cia que muchos otros. Éstas son Marta y María de Betania. Dos hermanas. Quereos».

«A las personas que Tú traes las quiero más que a mi propia sangre, Maestro. Ven. Mi casa se embellece cada vez que pones pie en ella».

María se acerca sonriente y abraza a Porfiria diciéndole: «Veo que tienes en ti verdaderamente viva la maternidad. El niño ha prosperado y se le ve feliz. Gracias».

«¡Oh, Mujer más bendita que ninguna otra! Sé que por ti he recibido la alegría de ser llamada mamá. Te digo que no te daré el dolor de no serlo con todo lo mejor que hay en mí. Pasa, pasa con las hermanas...».

[3]Margziam mira con curiosidad a la Magdalena. En su cabeza se 240.3
forma todo un laborío de pensamientos. Al final dice: «Pero... en Betania no estabas...».

«No estaba. Pero ahora estaré siempre» dice la Magdalena ruborizándose y dibujando una sonrisa. Y acaricia al niño mientras le dice: «¿A pesar de que no nos hayamos conocido hasta ahora, me quieres?».

«Sí, porque eres buena. ¿Has llorado, verdad? Por eso eres buena. ¿Te llamas María, verdad? También mi mamá se llamaba así y era buena. Todas las mujeres que se llaman María son buenas. Pero» termina diciendo, para no entristecer a Marta y a Porfiria, «pero también hay mujeres buenas que tienen otro nombre. Tu mamá cómo se llamaba?».

«Euqueria... y era muy buena» dos lagrimones caen de los ojos de María de Magdala.

«¿Lloras porque ha muerto?» pregunta el niño, y le acaricia sus bellísimas manos, cruzadas sobre el vestido oscuro (sin duda es uno de Marta adaptado a ella, porque tiene el jaretón bajado). Y añade: «No debes llorar. ¿Sabes?, no estamos solos. Nuestras mamás están siempre a nuestro lado. Lo dice Jesús. Y son como ángeles custodios. Esto también lo dice Jesús. Y, si somos buenos, vienen a nuestro encuentro cuando morimos y subimos a Dios en brazos de nuestras mamás. Es verdad ¿eh? ¡Lo ha dicho Él!».

María de Magdala abraza fuertemente al pequeño consolador y le besa diciendo: «Reza entonces para que yo sea buena de esa forma».

«¿Pero no lo eres? Con Jesús van sólo los que son buenos... Y si uno no es del todo bueno progresa hasta serlo. Para poder ser los discípulos de Jesús, porque no se puede enseñar si no se sabe. No se puede decir "perdona" si primero no perdonamos nosotros. No se puede decir: "Tienes que amar a tu prójimo", si antes no le amamos

240.4 nosotros. [4]¿Sabes la oración de Jesús?».

«No».

«¡Ah, claro, que hace poco que estás con Él! Es muy bonita, ¿sabes! Dice todo esto. Escucha qué bonita es». Y Margziam dice lentamente el "Pater noster", con sentimiento y fe.

«¡Qué bien la sabes!» dice admirada María de Magdala.

«Me la han enseñado mi mamá por la noche y la Mamá de Jesús durante el día. Si quieres te la enseño. ¿Quieres venir conmigo? Las ovejitas balan. Tienen hambre. Ahora las llevo al pasto. Ven conmigo. Te enseño a rezar y así serás buena del todo» y la toma de la mano.

«Pero, no sé si el Maestro quiere...».

«Ve, ve, María. Tienes a un inocente por amigo, y corderitos... Ve. Serenamente».

María de Magdala sale con el niño y se la ve alejarse precedida de las tres ovejitas. Jesús mira... y también los otros.

«¡Pobre hermana mía!» dice Marta.

«No la compadezcas. Es una flor que está enderezando su tallo después del huracán. ¿Oyes?... Ríe... La inocencia siempre conforta».

## 241. Vocación de la hija de Felipe. Llegada a Magdala y parábola de la dracma perdida.

2 de agosto de 1945.

241.1 [1]La barca costea el trecho que va de Cafarnaúm a Magdala.

María de Magdala está, por primera vez, en su postura habitual de convertida: sentada en el fondo de la barca a los pies de Jesús, el cual está sentado, con porte grave, en uno de los bancos de la barca. El rostro de la Magdalena tiene hoy un aspecto muy distinto del de ayer; no es todavía ese rostro radiante de la Magdalena que sale al encuentro de su Jesús cada vez que Él va a Betania, pero es ya un rostro liberado de temores y tormentos; y su mirada, que antes reflejaba humillación —antes aún, desfachatez—, ahora es seria, pero segura, y en su noble seriedad brilla de vez en cuando una chispa de alegría escuchando a Jesús, que habla con los apóstoles o con su Madre y Marta.

Van hablando de la bondad de Porfiria, tan sencilla y amorosa, y de la afectuosa acogida de Salomé, y de las mujeres e hijas de Bartolomé y Felipe. Éste dice: «Si no fuera porque son todavía muy niñas, y su madre es contraria a que estén por los caminos, también te seguirían, Maestro».

«Me sigue su alma; es igualmente santo amor. [2]Felipe, escúcha- 241.2
me. Tu hija mayor está para prometerse, ¿no?».

«Sí, Maestro. Dignos esponsales y un buen esposo, ¿no es verdad, Bartolomé?».

«Es verdad. Lo puedo garantizar porque conozco a la familia. No he podido aceptar hacer yo la propuesta, pero lo habría hecho si no estuviera ocupado en el seguimiento del Maestro, con plena tranquilidad de crear una santa familia».

«Pero la muchacha me ha rogado que te dijera que no hicieras nada».

«¿No le gusta el novio? Está en un error. De todas formas, la juventud no tiene seso. Espero que se persuada. No hay razón para rechazar a un excelente esposo. A menos que... ¡No, no es posible!» dice Felipe.

«¿A menos que...? Termina, Felipe» incita Jesús.

«A menos que ame a otro. Pero eso no es posible. No sale nunca de casa y en casa vive muy retirada. ¡No es posible!».

«Felipe, hay amadores que penetran hasta en las casas más cerradas y saben hablar a sus amadas a pesar de todas las barreras y vigilancias; derriban cualquier obstáculo (viudez o juventud bien custodiadas... u otros) y las consiguen. Hay amadores que no pueden ser rechazados, porque su anhelo es impositivo, porque vencen seductoramente toda posible resistencia, hasta la del mismo diablo. Pues bien, tu hija ama a uno de éstos, y además al más poderoso».

«¿Y quién es? ¿Uno de la corte de Herodes?».

«¡Eso no es poder!».

«Uno... uno de la casa del Procónsul?, ¿un patricio romano? No lo permitiré de ninguna manera. La sangre pura de Israel no tendrá contacto con la impura. Aunque tuviera que matar a mi hija. [3]¡No 241.3
sonrías, Maestro, que yo sufro!».

«Porque estás como un caballo encabritado. Ves sombras donde sólo hay luz. ¡Tranquilízate, hombre! El Procónsul no es más que un siervo también, como lo son también sus amigos patricios; y siervo es el César».

«¡Estás bromeando, Maestro! Querías meterme miedo. Nadie hay mayor que César, ni con más autoridad que él».

«¿Y Yo, Felipe?».

«¡Tú! ¿Tú quieres casarte con mi hija!».

«No. Con su alma. Soy Yo el amante que penetra en las casas más cerradas y en los corazones —más cerrados aún: con un sinfín de llaves—. Soy Yo el que sabe hablar a pesar de todas las barreras y vigilancias, el que abate todo obstáculo y toma lo que anhela: puros o

pecadores, vírgenes o viudos, de vicios libres o esclavos. Doy a todos ellos una alma única y nueva, regenerada, beatificada, eternamente joven. Son mis esponsales. Y nadie puede negarme mis dulces presas; ni el padre, ni la madre, ni los hijos, ni siquiera Satanás. Sea que hable al alma de una joven como tu hija, sea que se trate de un pecador envuelto en el pecado y encadenado por Satanás con siete cadenas, el alma viene a mí. Y nada ni nadie me las arrebatará. No hay riqueza, ni poder, ni alegría del mundo, que comunique esa leticia perfecta, propia de quienes se desposan con mi pobreza, con mi mortificación: despojados de todo pobre bien; vestidos de todo bien celeste. Jubilosos, con esa beatitud de ser de Dios, sólo de Dios... son los señores de la tierra y del Cielo: de la primera, porque la dominan; del segundo, porque lo conquistan».

«¡Nunca ha sido así en nuestra Ley!» exclama Bartolomé.

«Despójate del hombre viejo, Natanael. La primera vez que te vi te saludé definiéndote perfecto israelita sin engaño. Pero ahora eres de Cristo, no de Israel. Sélo sin engaño y sin ataduras. Revístete de esta nueva mentalidad. Si no, habrá muchas bellezas de la redención que he venido a traer a toda la Humanidad que no podrás entender».

Felipe interviene diciendo: «¿Y dices que has llamado a mi hija? ¿Y ahora qué hará? Yo ciertamente no me voy a oponer, pero quisiera saber, incluso para ayudarla, en qué consiste su llamada...».

«En llevar a las azucenas de amor virginal al jardín de Cristo. ¡Habrá muchas en los siglos futuros!... ¡Muchas! Macizos de incienso para contrapesar las sentinas de vicios; almas orantes para contrapesar a blasfemos y ateos; auxilio en todas las desdichas humanas; alegría de Dios».

241.4 [4]María de Magdala abre los labios para preguntar (lo hace ruborizándose todavía, aunque con más soltura que los otros días): «¿Y nosotros, las ruinas que Tú reconstruyes, qué acabamos siendo?».

«Lo mismo que las hermanas vírgenes...».

«¡Oh, no es posible! Hemos pisado demasiado fango y... y... no puede ser».

«¡María, María! Jesús no perdona nunca a medias. Te ha dicho que te ha perdonado y así es. Tú, y todos los que como tú han pecado y han sido perdonados por mi amor, que con vosotros se desposa, perfumaréis, oraréis, amaréis, consolaréis, siendo conscientes ya del mal y aptos para curarlo donde se encuentra, siendo almas mártires ante los ojos de Dios, y amadas, por tanto, como las vírgenes».

«¿Mártires? ¿En qué, Maestro?».

«Contra vosotras mismas y los recuerdos del pasado, y por sed de

amor y expiación».

«¿Lo debo creer?...». La Magdalena mira a todos los que están en la barca, pidiendo confirmación a la esperanza que se enciende en ella.

«Pregúntaselo a Simón. Una noche estrellada, en tu jardín, hablé de ti y de vosotros pecadores en general. Todos tus hermanos te pueden decir si mi palabra no cantó los prodigios de la misericordia y la conversión respecto a todos los redimidos».

«Me lo ha expresado también el niño, con voz de ángel. He vuelto con el alma confortada después de su lección. Por él te he conocido mejor aún que por mi hermana, tanto que hoy me sentía más fuerte de afrontar el regreso a Magdala. Y, ahora que me dices esto, siento crecer mi fortaleza. He dado escándalo al mundo, pero te juro, mi Señor, que ahora el mundo al mirarme comprenderá tu poder».

Jesús deposita un momento la mano sobre su cabeza, mientras María Stma. le sonríe como ella sabe hacer: paradisíacamente.

[5]Ya se ve Magdala, que se extiende en el borde del lago. De frente, 241.5
el Sol naciente; a sus espaldas, la montaña de Arbela, que la protege del viento, y el estrecho valle peñascoso y agreste (por el que desemboca un pequeño torrente en el lago) que se adentra hacia el occidente con sus paredes rocosas a pico, llenas de una belleza seductora y severa.

«Maestro» grita Juan desde la otra barca «ahí está el valle de nuestro retiro...» y se ilumina su rostro como si se hubiera encendido un sol en su interior.

«Nuestro valle. Sí, lo has reconocido bien».

«No se puede no recordar los lugares en que se ha conocido a Dios» responde Juan.

«Entonces yo recordaré siempre este lago, porque aquí te he conocido. ¿Sabes, Marta, que aquí vi al Maestro una mañana?...».

«Sí, y por poco si no nos vamos todos al fondo, nosotros y vosotros. Mujer, créeme, tus remadores no valían un comino» dice Pedro, que está haciendo la maniobra para tomar tierra.

«No valían nada ni los remadores ni quienes con ellos iban... Pero de todas formas fue el primer encuentro y eso vale mucho. Luego te vi en el monte, luego en Magdala, luego en Cafarnaúm... Muchos encuentros, muchas cadenas rotas... Pero Cafarnaúm ha sido el lugar más hermoso porque allí me has liberado...».

[6]Ponen pie en tierra. Ya han bajado los de la otra barca. Entran 241.6
en la ciudad.

La curiosidad simple o... no simple de los habitantes de Magdala debe ser como una tortura para la Magdalena. Pero ella la soporta

heroicamente, siguiendo al Maestro, que va delante, en medio de todos sus apóstoles, mientras que las tres mujeres van detrás de ellos. El cuchicheo es fuerte; no falta la ironía. Todos los que, aparentemente, por temor a represalias, respetaban a María cuando era la poderosa dominadora de Magdala, ahora, que la ven separada para siempre de sus amigos pudientes, humilde y casta, se permiten manifestaciones de desprecio y epítetos poco lisonjeros.

Marta, que sufre tanto como ella por esto, le pregunta: «¿Quieres retirarte a casa?».

«No. No dejo al Maestro. Y antes de que la casa no haya sido purificada de todo recuerdo del pasado no le invito a entrar».

«¡Pero estás sufriendo, hermana!...».

«Me lo he merecido». Y la verdad es que debe sufrir: el sudor que aljofara su rostro y el rubor que la cubre —incluso en el cuello— no se deben sólo al calor.

Cruzan toda Magdala y van a los barrios pobres, a la casa en que se detuvieron la otra vez. La mujer se queda de piedra cuando alza la cabeza del lavadero para ver quién la saluda y se encuentra de frente a Jesús y a la bien conocida señora de Magdala, y ve que ésta ya no tiene apariencia pomposa, ni va cargada de joyas, sino que tiene la cabeza cubierta con un velo ligero de lino, y lleva un vestido de color brusela, de cuello cerrado, estrecho (se ve claramente que no es suyo, a pesar del trabajo realizado para transformarlo), y va envuelta en un tupido manto que con ese calor debe ser un suplicio.

«¿Me permites estar en tu casa y hablar desde aquí a los que me siguen?». (O sea, a toda Magdala, porque toda la población se ha ido agregando al grupo apostólico).

«¿Me lo preguntas, Señor? ¡Pero si mi casa es tuya!». La mujer se pone en movimiento para traer sillas y bancos para las mujeres y los apóstoles.

Cuando pasa delante de la Magdalena hace una reverencia de esclava. «Paz a ti, hermana» responde ésta. La sorpresa de la mujer es tal que deja caer el pequeño banco que tenía cogido; pero guarda silencio (de todas formas, esta reacción me hace pensar que María trataba a sus súbditos en forma más bien soberbia); y se queda ya completamente pasmada cuando oye que le pregunta cómo están sus hijos, dónde están, y si la pesca ha sido abundante.

«Están bien... en la escuela o con mi madre. Sólo el pequeño está aquí, durmiendo en la cuna. La pesca es buena. Mi marido te llevará el diezmo...».

«Ya no es el caso. Úsalo para tus niños. ¿Me dejas ver al pequeñín?».

«Ven»....

[7]La gente se ha ido aglomerando en la calle. 241.7

Jesús empieza a hablar:

«Una mujer tenía diez dracmas en su bolsa. Pero, con un movimiento, la bolsa cayó de su pecho, se abrió y las monedas rodaron por el suelo. Las recogió con la ayuda de las vecinas que estaban presentes; las contó: eran nueve. La décima no se encontraba. Dado que se acercaba la noche y la luz empezaba a faltar, la mujer encendió una lámpara, la puso en el suelo y, tomando una escoba, se puso a barrer atentamente para ver si había rodado lejos del lugar donde había caído. Pero la dracma no aparecía. Las amigas, cansadas de buscar, se marcharon. La mujer corrió entonces el arquibanco, el vasar, el pesado baúl, movió las ánforas y orzas que estaban en el nicho de la pared. La dracma no aparecía. Entonces se puso a gatas y buscó en el montón de la barredura que estaba puesto contra la puerta de la casa, para ver si la dracma había rodado afuera y se había mezclado con los desperdicios de las verduras. Y por fin encontró la dracma, toda sucia, casi sepultada por los desperdicios que le habían caído encima.

Llena de alegría, la mujer cogió la dracma, la lavó, la secó. Ahora era más bonita que antes. Gritó para llamar a las vecinas de nuevo —que se habían ido después de haberla ayudado en los primeros momentos de la búsqueda— y se la enseñó diciendo: "¡Veis? Me aconsejabais que no me cansara más. Pero he insistido y he encontrado la dracma perdida. Alegraos, pues, conmigo, que no he perdido ninguno de mis bienes".

[8]Pues vuestro Maestro, y con Él sus apóstoles, hace como la mu- 241.8
jer de la parábola. Sabe que un movimiento puede hacer que caiga al suelo un tesoro. Toda alma es un tesoro. Y Satanás, envidioso de Dios, provoca los falsos movimientos para que caigan las pobres almas. Hay quien en la caída se queda junto a la bolsa, o sea, se aleja poco de la Ley de Dios que recoge las almas en la salvaguardia de los mandamientos; hay quien se aleja más, o sea, se aleja más de Dios y de su Ley; en fin, hay quien va rodando hasta caer en la barredura, en la inmundicia, en el barro... y ahí acabaría pereciendo, ardiendo en el fuego eterno, de la misma forma que la basura se quema en los lugares apropiados.

El Maestro lo sabe y busca incansable las monedas perdidas. Las busca por todas partes, con amor. Son sus tesoros. Y no se cansa ni hace ascos de nada; antes al contrario, hurga, hurga, remueve, barre... hasta que encuentra. Una vez que ha encontrado, lava con su perdón al alma hallada, y convoca a los amigos —todo el Paraíso y

todos los buenos de la tierra—, y dice: "Alegraos conmigo porque he encontrado lo que se había perdido, y es más hermoso que antes porque mi perdón lo hace nuevo".

En verdad os digo que hay gran regocijo en el Cielo y exultan los ángeles de Dios y los buenos de la Tierra por un pecador que se convierte. En verdad os digo que no hay cosa más hermosa que las lágrimas del arrepentimiento. En verdad os digo que los únicos que ni saben ni pueden exultar por esta conversión, que es un triunfo de Dios, son los demonios. Y también os digo que el modo en que un hombre acoge la conversión de un pecador es medida de su bondad y unión con Dios.

La paz sea con vosotros».

La gente comprende la lección y mira a la Magdalena, que se había sentado en la puerta con el lactante en sus brazos (quizás para cubrir su azoramiento), y se van marchando lentamente, de forma que quedan sólo la dueña de la casuca y la madre, que había venido con los niños. Falta Benjamín, porque está todavía en la escuela.

## 242. Jesús habla sobre la Verdad al romano Crispo, el único que le escucha de Tiberíades.

3 de agosto de 1945.

242.1 [1]Cuando la barca se detiene en el pequeño puerto de Tiberíades, algunos ociosos que estaban paseando cerca del modesto espigón se acercan enseguida para ver quién ha llegado. Hay personas de todas las condiciones sociales y nacionalidades. Por eso, las largas vestiduras hebreas de los más variados colores, las melenas y las barbas majestuosas de los israelitas se mezclan con los indumentos de lana cándida, más cortos y sin mangas, y con los rostros glabros y cabelleras cortas de los robustos romanos; y también con los vestidos —aún más cortos— que cubren los cuerpos esbeltos y afeminados de los griegos, que parece hubieran asimilado hasta en las poses el arte de su lejana nación: son como estatuas de dioses que hubieran bajado a la tierra en cuerpos de hombres: envueltos en esponjosas túnicas, rostros clásicos bajo melenas ensortijadas y perfumadas, brazos cargados de pulseras que destellan al ejecutar estudiados ademanes.

Entremezcladas con estos dos últimos géneros de personas, hay muchas mujeres públicas, porque ni los romanos ni los helenos vacilan en mostrar a sus amores en las plazas y caminos. Los palestinos, sin embargo, se abstienen de esto, aunque luego, dentro de sus casas, practiquen alegremente el amor libre con mujeres públicas (se

ve claramente porque las cortesanas, a pesar de las miradas amenazadoras de los interpelados, llaman familiarmente por el nombre a no pocos hebreos, entre los que no falta un engalanado fariseo).

[2]Jesús se dirige hacia la ciudad, y precisamente hacia el lugar en 242.2
que la gente más elegante concurre más; la gente elegante, o sea, por lo general, romanos y griegos y algún que otro cortesano de Herodes, y otros, también pocos, que creo que son ricos mercantes de la costa fenicia, hacia la parte de Sidón y Tiro, porque están hablando de esas ciudades y de comercios y barcos. Los pórticos exteriores de las termas están llenos de esta gente elegante y ociosa, que pierde así su tiempo discutiendo de temas muy banales, como el discóbolo favorito o el atleta más ágil y armónico de la lucha greco-romana; o simplemente están de palique, hablando de modas y banquetes, y conciertan citas para alegres excursiones invitando a las más hermosas cortesanas o a las damas que salen perfumadas y enrizadas de las termas o de sus residencias para afluir a este centro de Tiberíades, marmóreo, artístico como un salón.

Naturalmente, el paso del grupo suscita curiosidad intensa, que se hace incluso morbosa cuando hay quien reconoce a Jesús, porque le había visto en Cesarea, y quien reconoce a la Magdalena, a pesar de que camine toda arrebozada en su manto y con el velo blanco muy caído sobre la frente y la cara (de modo que, tan velada y, además, con la cabeza baja, muy poco de su rostro se ve).

«Es el Nazareno que curó a la hija de Valeria» dice un romano.

«Me gustaría ver un milagro» le responde otro romano.

«Yo querría oírle hablar. Dicen que es un gran filósofo. ¿Le decimos que hable?» propone un griego.

«No te entrometas, Teodato. Predica nubes. Le habría gustado al trágico para una sátira» responde otro griego.

«Cálmate, Aristóbulo. Parece que ahora está bajando de las nubes y va a lo concreto. ¿No ves que lleva un séquito de mujeres jóvenes y bonitas?» observa jocosamente un romano.

[3]«¡Pero si ésa es María de Magdala!» grita un griego, y luego lla- 242.3
ma: «¡Lucio! ¡Cornelio! ¡Tito! ¡Oye, mirad a María, está ahí!».

«¡No hombre no, no es ella! ¡María así! ¡Pero estás borracho?».

«Te digo que es ella. No me puedo equivocar, a pesar de que vaya tan cubierta».

Romanos y griegos se dirigen en masa hacia el grupo apostólico, que está atravesando al sesgo la plaza llena de pórticos y fuentes. Hay también mujeres que se unen a estos curiosos. Precisamente es una mujer la que va a ponerse casi debajo de la cara de María para verla mejor y... al ver que es ella y no otra, se queda de piedra.

Pregunta: «¿Qué haces así?» y ríe burlona.

María se para, se endereza, levanta una mano y, echando hacia atrás el velo, se descubre el rostro. Aparece una María de Magdala dominadora poderosa sobre todo lo despreciable, y dueña, dueña ya de sus impresiones. «Soy yo, sí» dice con su espléndida voz y con resplandores en sus preciosos ojos. «Soy yo. Y me quito el velo para que no penséis que me avergüenzo de estar con estos santos».

«¡Oh! ¡María con los santos! ¡Pero mujer, ven, déjalos! ¡No te degrades a ti misma!» dice la mujer.

«Hasta ahora he vivido degradada. Pero ya no más».

«¡Pero estás loca? ¿O es un capricho?» dice.

«Ven conmigo, que soy más guapo y alegre que esa plañidera con bigotes que mortifica la vida y la convierte en un funeral. ¡Bella es la vida! ¡Es un triunfo! ¡Una orgía de júbilo! Ven, que sabré estar por encima de todos en hacerte feliz» dice un joven morenito, de cara vulpina —pero, no obstante, guapo —, y hace ademán de tocarla.

«¡Atrás! ¡No me toques! Bien has dicho: vuestra vida es una orgía, y además de entre las más vergonzosas; y me produce náuseas».

«¡Hasta hace poco era tu vida, eh!» responde el griego.

«¡Ahora... como una virgen!» dice un herodiano con una risita maliciosa.

«¡Tú desacreditas a los santos! Tu Nazareno va a perder la aureola contigo. Ven con nosotros» insiste un romano.

«Venid vosotros a seguirle conmigo. Dejad de ser animales y haceos al menos hombres».

La respuesta es un coro de risotadas y burlas.

Sólo un anciano romano dice: «Respetad a una mujer. Es libre para hacer lo que quiera. Yo la defiendo».

«¡El demagogo! ¡Mira lo que dice! ¿Te ha sentado mal el vino de ayer por la noche?» pregunta un joven.

«No, lo que pasa es que está hipocondríaco porque le duele la espalda» le responde otro.

«Ve donde el Nazareno a que te la rasque».

«Voy a que me rasque el fango que se me ha pegado por estar con vosotros» responde el anciano.

«¡Oh, Crispo se ha pervertido a los sesenta años!» dicen muchos riéndose y haciendo un círculo en torno a él.

242.4 [4]Mas el hombre al que han llamado Crispo no se preocupa de que se burlen de él y se echa a andar detrás de la Magdalena, la cual llega donde el Maestro, que se ha puesto a la sombra de un edificio bellísimo dispuesto en forma de exedra en dos lados de una plaza.

Y Jesús ya está batallando con un escriba que le está recriminan-

do el hecho de su presencia en Tiberíades, y... con esa compañía.

«¿Y tú? ¿por qué estás aquí? Esto respecto al hecho de estar en Tiberíades. Te digo, además, que en Tiberíades también hay almas a las que salvar, y más que en otros lugares» le responde Jesús.

«No se las puede salvar: son gentiles, paganos, pecadores».

«He venido para los pecadores. Para dar a conocer al Dios verdadero. *A todos*. También para ti he venido».

«No necesito maestros ni redentores: soy puro y docto».

«¡Si al menos lo fueras como para conocer tu estado!».

«Y Tú como para saber cuánto te comprometes con la compañía de una meretriz».

«Te perdono. También en su nombre. Ella, humilde, anula su pecado; tú, por tu soberbia, doblas tus culpas».

«No tengo culpas».

«Tienes la culpa capital. No tienes amor».

El escriba dice: «¡Raca!» y se vuelve.

«¡Por mi culpa, Maestro!» dice la Magdalena. Y, al ver la palidez de María Virgen, gime: «Perdóname. Hago que insulten a tu Hijo. Me retiraré...».

«No. *Tú te quedas donde estás. Lo quiero*» dice Jesús con voz incisiva y con un centelleo tal en los ojos, un no sé qué de dominio en toda su persona, que le hace casi irresistible a la mirada. Y luego, más suavemente: «Tu te quedas donde estás, y si alguno no te soporta a su lado será él, sólo él, quien se marchará».

Y Jesús reanuda el paso en dirección a la parte occidental de la ciudad.

[5]«¡Maestro!» llama el romano corpulento y entrado ya en años 242.5
que ha defendido a la Magdalena.

Jesús se vuelve.

«Te llaman Maestro. Yo también te llamo así. Deseaba oírte hablar. Soy medio filósofo, medio hombre de mundo. Quizás puedas hacer de mí un hombre honesto».

Jesús le mira fijamente y dice: «Dejo la ciudad en que reina la bajeza de la animalidad humana, la ciudad de que es soberana la burla». Y reanuda su camino.

El hombre va detrás, sudando y con dificultad porque el paso de Jesús es ligero y él es gordo y ya mayor y gravado también por los vicios. Pedro, que se ha vuelto, advierte a Jesús.

«Déjale que camine. No te preocupes de él».

Después de un poco es Judas Iscariote el que dice: «Pero ese hombre nos viene siguiendo. ¡No está bien!».

«¿Por qué? ¿Por piedad o por otro motivo?».

«¿Piedad de él? No. Porque a más distancia nos sigue el escriba de antes con otros judíos».

«Déjalos. Pero hubiera sido mejor haber tenido piedad de él y no de ti».

«De ti, Maestro».

«No: de ti, Judas. Sé franco en comprender tus sentimientos y en confesarlos».

«Yo la verdad es que siento piedad también por el viejo. Seguir tu paso es fatigoso, ¿sabes?» dice Pedro sudando.

«Ir tras la Perfección siempre es fatigoso, Simón».

El hombre los sigue incansable, tratando de estar cerca de las mujeres, aunque no les dirige nunca la palabra.

242.6 [6]La Magdalena llora silenciosamente bajo su velo.

«No llores, María» la consuela la Virgen tomándole de la mano. «Después el mundo te respetará. Los primeros días son los más penosos».

«¡Oh, no es por mí! ¡Es por Él! Si le procurase algún mal, yo no me lo perdonaría. ¿Has oído lo que ha dicho el escriba? Le comprometo».

«¡Pobre hija! ¿No sabes que estas palabras silban como serpientes alrededor de Jesús desde cuando todavía no pensabas venir a Él? Me ha dicho Simón que ya desde el año pasado le acusaban de esto, porque curó a una leprosa que había sido pecadora, vista en el momento del milagro y nunca más, y más mayor que yo, que soy su Madre. ¿No sabes que tuvo que huir de Agua Especiosa porque una desdichada hermana tuya había ido allí para redimirse? No teniendo pecado, ¿cómo crees que le pueden acusar? Con embustes. ¿Dónde los pueden encontrar? En su misión entre los hombres. Esgrimen la buena acción como prueba de pecado. Cualquier cosa que hiciera mi Hijo para ellos sería siempre pecado. Si se clausurase en una vida eremítica, sería culpable de desatender al pueblo de Dios; desciende a vivir en medio de su pueblo y es culpable de hacerlo. Para ellos siempre es culpable».

«¡Entonces son odiosamente malos!».

«No. Están obstinadamente cerrados a la Luz. Él, mi Jesús, es el eterno Incomprendido; y siempre, y cada vez más, lo será».

«¿Y no padeces por ello? Te veo muy serena».

«Calla. Es como si mi corazón estuviera envuelto en espinas in- *

* *Es como si mi corazón estuviera envuelto en espinas incandescentes.* En una larga nota autógrafa, que ocupa las cuatro caras de un folio doblado e introducido en este lugar de la copia mecanografiada, MV, entre otras cosas, explica que [...] *De la misma forma que es verdad que María, por ser inmaculada, había debido quedar exenta del dolor, así como quedó exenta de la corrupción de la muerte, es también verdad que, como Corredentora,*

candescentes. Cada vez que respiro sufro sus pinchazos. ¡Pero que no lo sepa! Me muestro así para sostenerle con mi serenidad. Si no le conforta su Mamá, ¿dónde podrá hallar alivio mi Jesús? ¿En qué pecho podrá reclinar su cabeza sin que le hieran o calumnien por hacerlo? Bien justo es, pues, que, pasando por encima de las espinas que ya me laceran el corazón y de las lágrimas que bebo en las horas de soledad, deposite un suave manto de amor, ponga una sonrisa, cueste lo que cueste, para tranquilizarle más, tranquilizarle más hasta... hasta cuando la ola del odio sea tal, que ya nada le sirva, ni siquiera el amor de su Mamá...». María tiene dos surcos de llanto en su pálido rostro.

Las dos hermanas la miran conmovidas. «Pero nos tiene a nosotras, que le queremos. Y a los apóstoles...» dice Marta para consolarla.

«Os tiene a vosotras, sí. Tiene a los apóstoles... Todavía muy por debajo de su misión... Y mi dolor es más fuerte aún porque sé que Él no ignora nada...».

«¿Entonces sabrá también que yo le quiero obedecer hasta el holocausto si es necesario?» pregunta la Magdalena.

«Lo sabe. Eres una gran alegría en su duro camino».

«¡Oh, Madre!» y la Magdalena toma la mano de María y la besa con visible afecto.

[7]Tiberíades termina en las huertas del arrabal. Más allá está el 242.7
camino polvoriento que conduce a Caná, entre huertos de árboles frutales por un lado y, por el otro lado, una serie de prados y campos agostados por el verano.

Jesús se adentra en uno de los huertos. Se detiene bajo la sombra de los tupidos árboles. Llegan las mujeres y luego el jadeante romano, que realmente ya no puede más. Se pone un poco separado; no habla, pero mira.

---

*"debió" padecer, en su corazón y espíritu inmaculados, cuanto su Hijo padeció en la carne, en el corazón y espíritu santísimos. Es más, precisamente por la plenitud que había en Ella de todos los dones divinos, comprendió que sus privilegiadas y "únicas" condiciones de Inmaculada y de Madre de Dios le habían sido concedidas en previsión de la Pasión del Redentor, y que, por tanto, esta especialísima condición suya de gloria —segunda sólo respecto a la infinita gloria de Dios— le había sido dada a precio del Sacrificio del Hijo de Dios y suyo, del derramamiento total de esa Sangre divina y de la inmolación de esa Carne divina que se habían formado en su seno virginal, con su sangre virginal, y que habían sido nutridos con su leche virginal. También el conocer esto era causa de dolor. Un dolor que se fundía con el gozo, tan vasto y profundo como el dolor.* [...] *Y no sólo eso, sino que, también por la plenitud que había en Ella de los dones divinos, María conoció anticipadamente o contemporáneamente e intelectivamente todo el complejo sufrimiento de su Hijo. Sobre su alma de Inmaculada, llena de la Luz de Dios, se proyectó siempre la sombra dolorosa de la Cruz y de todas las luchas y obstáculos que precederían a la Pasión y afligirían a su Jesús* [...].

«Mientras descansamos comemos» dice Jesús. «Allí hay un pozo y al lado un campesino. Id a pedirle agua».

Van Juan y Judas Tadeo. Vuelven con una jarra que gotea agua; seguidos del campesino, el cual ofrece unos espléndidos higos.

«Que Dios te lo compense en salud y en cosecha».

«Dios te proteja. ¿Eres el Maestro, verdad?».

«Lo soy».

«¿Vas a hablar aquí?».

«Nadie lo desea».

«Yo, Maestro. Más que el agua, que tan buena es para quien tiene sed» grita el romano.

«¿Tienes sed?».

«Mucha. He venido detrás de ti desde la ciudad».

«No faltan en Tiberíades fuentes de agua fresca».

«No me entiendas mal, Maestro, o no aparentes que me entiendes mal. He venido siguiéndote para oírte hablar».

«¿Y por qué?».

«No sé ni por qué ni cómo. Ha sido viéndola a ella (y señala a la Magdalena). No sé. Algo me ha dicho: "Ese hombre te dirá lo que todavía no sabes". Y he venido».

«Dad a este hombre agua e higos. Que conforte su cuerpo».

«¿Y la mente?».

«La mente encuentra refrigerio en la Verdad».

«Por esto te he seguido. He buscado la Verdad en lo cognoscible. He encontrado la corrupción. Incluso en las mejores doctrinas hay siempre algo que no es bueno. Me he rebajado hasta acabar siendo un hombre nauseado y nauseabundo, sin más futuro que la hora que vivo».

Jesús le mira fijamente mientras come el pan y los higos que le han traído los apóstoles.

Pronto termina la comida.

242.8 [8]Jesús, permaneciendo sentado, empieza a hablar, como si estuviera exponiendo una simple lección a sus apóstoles. El campesino también se queda cerca.

«Muchos son los que se pasan la vida buscando la Verdad sin llegar a encontrarla. Parecen dementes que quieren ver teniendo una coraza de bronce que les tapa los ojos, y buscan con aspavientos espasmódicos, tan convulsamente, que se alejan cada vez más de la Verdad, o la tapan arrojando encima de ella cosas que su propia búsqueda frenética remueve y hace caer. No puede sucederles sino esto, porque buscan donde la Verdad no puede estar.

Para encontrar la Verdad es necesario unir el intelecto con el

amor y mirar las cosas no sólo con ojos sabios sino también con ojos buenos, porque la bondad vale más que la sabiduría. El que ama siempre encuentra una huella que conduce a la Verdad.

Amar no quiere decir gozar de una carne y para la carne. Eso no es amor. Es sensualidad. Amor es el afecto de corazón a corazón, de parte superior a parte superior, por el que en la compañera no se ve la esclava sino la generadora de los hijos, sólo eso, o sea, la mitad que forma con el hombre un todo que es capaz de crear una vida, varias vidas; o sea, la compañera que es madre, hermana, hija del hombre, que es más débil que un recién nacido o más fuerte que un león, según los casos, y que, como madre, hermana, hija, debe ser amada con respeto confidencial y protector. Lo que no es cuanto Yo digo no es amor, es vicio. No conduce hacia arriba sino hacia abajo, no a la Luz sino a las Tinieblas, no a las estrellas sino al fango. Amar a la mujer para saber amar al prójimo, amar al prójimo para saber amar a Dios.

[9]He aquí la vía de la Verdad. La verdad está aquí, hombres que la buscáis. La Verdad es Dios. La clave para comprender lo cognoscible está aquí. Doctrina sin defecto sólo la de Dios. ¿Cómo podrá el hombre dar respuesta a sus porqués, si no tiene a Dios que le responda? ¿Quién podrá descubrir los misterios de la creación —aun sólo y simplemente éstos —sino el Hacedor supremo que la ha hecho? ¿Cómo comprender el prodigio vivo que es el hombre, ser en que se fusiona la perfección animal con aquella perfección inmortal que es el alma? Sí, dioses somos si tenemos viva en nosotros el alma, es decir, libre de aquellas culpas que envilecerían incluso al animal y que, no obstante, el hombre cumple y se gloría de cumplir. 242.9

* A vosotros, buscadores de la Verdad, os digo las palabras de Job: "Pregunta a los jumentos y te instruirán, a las aves y te lo indicarán. Habla a la tierra y ella te responderá, a los peces y te lo darán a conocer".

Sí, la tierra, esta tierra que verdece, esta tierra florida, esta fruta que va creciendo en los árboles, estas aves que procrean, estas corrientes de viento que distribuyen las nubes, este Sol que no yerra su alba desde hace siglos y milenios... todo habla de Dios, todo da explicación de Dios, todo descubre y revela a Dios. *Si la ciencia no se apoya en Dios viene a ser error, y no eleva; antes bien, degrada. El saber no es corrupción si es religión.* Quien sabe en Dios no cae porque siente su dignidad, porque cree en su futuro eterno. Mas es necesario buscar al Dios real, no fantasmas, que no son dioses sino sólo de-

* Las *palabras de Job* que se reseñan aquí están en *Job 12, 7-8*, y las que se reseñan más abajo están en *Job 11, 17-18*.

lirios de hombres envueltos en las vendas de la ignorancia espiritual, por lo cual no hay traza de sabiduría en sus religiones ni de verdad en sus fes.

242.10 [10]Toda edad es buena para venir a la sabiduría. Es más, siguiendo con Job, se lee: "Al atardecer te nacerá como una luz meridiana; cuando te creas acabado, surgirás como la estrella de la mañana. Te verás lleno de confianza por la esperanza a ti reservada".

Basta la buena voluntad de encontrar la Verdad, y antes o después la Verdad se dejará encontrar. Pero, una vez hallada, ¡ay de quien no la siga! imitando a los obstinados de Israel, los cuales, teniendo ya en su mano el hilo conductor para encontrar a Dios —todas las cosas que de mí afirma el Libro —, no quieren someterse a la Verdad, y la odian, acumulando en su intelecto y en su corazón los cúmulos del odio y las fórmulas, y no saben que la tierra, a causa del excesivo peso, se abrirá bajo su paso —que se cree victorioso cuando en realidad no es sino un paso de esclavo de los legalismos, del rencor, de los egoísmos —y se los tragará y caerán al lugar de los culpables conscientes de un paganismo que es más culpable que el que algunos pueblos se han dado a sí mismos para tener una religión con que conducirse.

Yo, de la misma forma que no rechazo al hijo de Israel que se arrepiente, no rechazo tampoco a estos idólatras que creen en aquello que les fue propuesto para que lo creyeran, y que, dentro, en su interior, gimen: "¡Dadnos la Verdad!".

242.11 [11]He dicho. Ahora descansemos en esta hierba, si este hombre lo permite. Al atardecer iremos a Caná».

«Señor, te dejo. Esta misma noche me iré de Tiberíades, pues no quiero profanar la ciencia que me has dado. Dejo esta tierra. Me retiraré con mi siervo a las costas de Lucania. Tengo allá una casa. Mucho es lo que me has dado. Comprendo que más no puedes darle al viejo epicúreo. Pero con lo que me has dado ya tengo como para reconstruir un pensamiento. Y... pide a tu Dios por el viejo Crispo, el único de Tiberíades que te escuchó. Ruega porque antes del desfiladero de Libitina pueda volver a escucharte, y, con la capacidad que espero poder crear en mí sobre la base de tus palabras, comprenderte mejor y comprender mejor la Verdad. Adiós, Maestro». Y hace un saludo a la romana.

Pero luego, al pasar junto a las mujeres, que están sentadas un poco aparte, se inclina ante María de Mágdala y le dice: «Gracias, María. Fue un bien el conocerte. A tu viejo compañero de festines le has dado el tesoro que buscaba. Si llego a donde tú ya estás, será gracias a ti. Adiós». Y se marcha.

La Magdalena se cruza las manos sobre su corazón con expresión asombrada y radiante. Luego, de rodillas, se arrastra hasta donde Jesús. «¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! ¿Entonces es verdad que puedo conducir a otros al Bien? ¡Oh, mi Señor! ¡Esto es demasiada bondad!». Y, curvándose hasta meter su rostro en la hierba, besa los pies de Jesús y los humedece de nuevo con el llanto —ahora de agradecimiento— de la gran enamorada de Magdala.

## 243. En Caná en la casa de Susana. Las expresiones, los gestos y la voz de Jesús. Debate de los apóstoles acerca de las posesiones diabólicas.

4 de agosto de 1945.

[1]En la casa de Caná la fiesta por la venida de Jesús es poco me- 243.1
nor que cuanto lo fue por las bodas del milagro. Faltan los músicos, no están los invitados, la casa no está enguirnaldada de flores y ramos verdes, no están las mesas para los muchos invitados, ni el maestresala junto a los aparadores y las hidrias colmas de vino. Pero todo queda ampliamente compensado por el amor, ofrecido ahora en su forma y medida justas, o sea, no a un simple invitado —quizás también un poco pariente, pero al fin y al cabo un hombre —, sino al Invitado Maestro, cuya verdadera Naturaleza se conoce y reconoce y cuya Palabra se venera como cosa divina. Por ello los corazones de Caná aman con la totalidad de sí mismos al Gran Amigo que se ha asomado vestido de lino a la entrada del huerto, entre el verde de la tierra y el rojo de la puesta de sol, embelleciendo todas las cosas con su presencia, y comunicando su paz: no sólo a los corazones a los que dirige su saludo, sino incluso a las cosas.

Verdaderamente parece —doquiera que se dirijan sus ojos azules —extenderse un velo de paz solemne y beato. Pureza y paz manan de sus pupilas, como la sabiduría fluye de su boca y el amor de su corazón. A los que lean estas páginas quizás les parecerá imposible cuanto digo. Pues bien, el propio lugar, que antes de la llegada de Jesús era un lugar corriente, o un lugar de ajetreo que excluye la paz (que se supone exenta de angustioso trajinar), nada más llegar Él, se ennoblece, y el propio trabajo adquiere un no sé qué de ordenado que no excluye la presencia de un pensamiento sobrenatural fundido con el trabajo manual. No sé si me explico bien.

[2]Jesús no se muestra desabrido nunca, ni siquiera en los momen- 243.2
tos más desagradables por algún hecho que le haya sucedido; se le ve, por el contrario, siempre majestuosamente digno, y comunica es-

ta dignidad sobrenatural al lugar en que se mueve. Jesús no se muestra nunca jocoso, riéndose a mandíbula batiente, ni siquiera en los momentos de mayor alegría; tampoco quejumbroso, con expresión hipocondríaca, ni siquiera en los momentos de mayor desconsuelo.

Su sonrisa es inimitable. Ningún pintor podrá jamás representarla. Parece una luz que emanara de su corazón, luz radiante en las horas de mayor alegría por alguna alma que se redime o alguna otra que se acerca más a la perfección; es una sonrisa que yo diría rósea, cuando aprueba las acciones espontáneas de sus amigos o discípulos y goza de su presencia; una sonrisa —siguiendo en los colores— azul, angélica, cuando se inclina hacia los niños para escucharlos, adoctrinarlos o bendecirlos; modelada de piedad cuando observa alguna miseria de la carne o del espíritu; en fin, divina cuando habla del Padre o de su Madre, o mira y escucha a esta Madre purísima.

No puedo decir que le haya visto hipocondríaco ni siquiera en los momentos más angustiosos. En medio de las torturas de la traición sufrida, en medio de las angustias del sudor de sangre, en medio de los espasmos de la Pasión, aunque la tristeza sumerja el fulgor dulcísimo de su sonrisa, no es suficiente para borrar esa paz que parece diadema de paradisíacas gemas, fúlgida en su frente lisa, y que ilumina con su luz toda la divina persona. De la misma forma, no puedo decir que le haya visto alguna vez entregarse a alegrías desmedidas. No contrario a una franca carcajada si el caso lo requiere, vuelve enseguida a su honorable serenidad. Y cuando ríe rejuvenece prodigiosamente hasta asumir un rostro de joven de veinte años, y el mundo parece también rejuvenecer por su hermosa risa, franca, sonora, entonada.

Igualmente, no puedo decir que le haya visto hacer las cosas apresuradamente. Sea que hable, sea que se mueva, lo hace siempre con sosiego, si bien nunca es lento ni actúa con desgana. Quizás sea porque, siendo alto, puede dar pasos largos sin tener por ello que correr para recorrer mucho camino, de la misma forma que puede alcanzar con facilidad objetos distantes sin tener necesidad para ello de levantarse. Lo cierto es que hasta en su modo de moverse es señorial y majestuoso.

¿Y la voz?... Va a hacer dos años que le oigo hablar, y, no obstante, algunas veces casi pierdo el hilo de lo que dice, de tanto como me abismo en el estudio de su voz. Y el buen Jesús, paciente, repite lo que ha dicho y me mira con su sonrisa de Maestro bueno, para no hacer que en los dictados resulten mutilaciones debidas a mi dicha de escuchar su voz, deleitarme en ella y estudiar su tono y hechizo.

Pero, después de dos años, todavía no sé decir con exactitud qué tono tiene.

Excluyo en términos absolutos el tono de bajo, como también el de tenor ligero. Pero me queda siempre la duda de si se trata de una potente voz de tenor o de la voz de un perfecto barítono de gama vocal amplísima. Yo diría que es esto último, porque su voz adquiere a veces notas broncíneas, casi apagadas de tan profundas como son, especialmente cuando habla de tú a tú con un pecador para restablecerle en la Gracia, o señala las desviaciones humanas a las turbas; mientras que, cuando se trata de analizar y poner en el índice las cosas prohibidas y descubrir las hipocresías, el bronce se hace más claro; y, cuando impone la Verdad y su voluntad, se hace cortante como el impacto de un rayo; adquiere canto de lámina de oro golpeada con martillo de cristal, cuando se eleva para celebrar la Misericordia o para exaltar las obras de Dios; o envuelve de amor este timbre cuando habla con su Madre o de su Madre (verdaderamente esta voz suya entonces queda envuelta en amor, en amor reverencial de hijo, y de Dios cantando las alabanzas de su obra mejor). Este tono, si bien menos marcado, es el que usa para hablar a sus predilectos, a los convertidos o a los niños. Y no cansa nunca, ni siquiera en su más largo discurso, porque es una voz que reviste y completa el pensamiento y la palabra, poniendo de relieve su potencia o su dulzura, según las necesidades.

Y algunas veces me quedo con la pluma en la mano, escuchando, y luego vuelvo al pensamiento cuando va ya demasiado adelantado, imposible de ser aferrado... y ahí me quedo, hasta que el buen Jesús lo repite, como hace cuando me interrumpen, para enseñarme a soportar pacientemente las cosas o personas molestas (y se puede hacer usted una idea de cuán *molestas* me resultan cuando me apartan de la dicha de escuchar a Jesús...).

[3]Ahora, en Caná, está agradeciéndole a Susana la hospitalidad 243.3
prestada a Áglae. Están aparte, bajo una tupida parra cargada de racimos de uva que ya está enverando. Mientras, los demás comen algo en la amplia cocina.

«Esa mujer era muy buena, Maestro. No nos fue, de ninguna manera, gravosa. Quería ayudarme siempre en la colada, en la limpieza de la casa para la Pascua, como si fuera una doméstica; y te puedo decir con conocimiento de causa que trabajó como una esclava para ayudarme a terminar los vestidos pascuales. Era prudente y se retiraba siempre cuando venía alguna persona. Incluso con mi marido trataba de no estar. Hablaba poco en presencia de la familia. Comía poco. Se levantaba antes del alba para estar ya aseada cuando se

despertaran los hombres. Yo encontraba siempre el fuego encendido y barrida la casa. Pero, cuando estábamos solas me preguntaba acerca de ti, y me pedía que le enseñase los salmos de nuestra religión. Decía: "Para saber orar como lo hace el Maestro". ¿Ahora ha terminado de penar? Porque sufrir sufría mucho. De todo tenía miedo y mucho suspiraba y lloraba. ¿Es feliz ahora?».

«Sí. Sobrenaturalmente feliz. Libre de sus miedos. En paz. Te agradezco una vez más el bien que le has hecho».

«¡Oh, mi Señor! ¿Qué bien? No le di sino amor en tu nombre, porque no sé hacer otra cosa. Era una pobre hermana. Yo esto lo comprendía. La amé por gratitud hacia el Altísimo, que me ha tenido en su gracia».

«Has hecho más que si hubieras predicado en el Bel Nidrás. Ahora tienes aquí a otra. ¿La has reconocido?».

«¿Quién no la conoce por esta región!».

«Nadie, es verdad. Pero todavía no conocéis, ni vosotros ni la región, a la segunda María, la que será siempre de su vocación. *Siempre*. Te ruego que lo creas».

«Tú lo dices. Tú sabes. Yo creo».

«Di también: "Yo amo". Sé que es más difícil sentir compasión de uno que ha faltado y perdonarle cuando es de los nuestros, que no si es uno que tiene la disculpa de ser pagano. De todas formas, si el dolor de ver apostasías familiares fue fuerte, sean más fuertes la compasión y el perdón. *Yo he perdonado por todo Israel*» termina Jesús, remarcando las palabras.

«Yo también perdonaré por mi parte, pues creo que un discípulo debe hacer lo que hace su Maestro».

243.4 [4]«Estás en la verdad y Dios exulta por ello. Vamos con los otros. Muere la tarde. Dulce será el descanso en el silencio de la noche».

«¿No nos vas a decir nada, Maestro?».

«No lo sé todavía».

Entran en la cocina, donde ya están preparadas comida y bebida para la cena que pronto tendrá lugar.

Susana entra más y, no sin un ligero rubor en su rostro juvenil, dice: «¿Quieren mis hermanas venir conmigo a la habitación de arriba? Tenemos que preparar pronto las mesas porque luego tenemos que colocar los lechos para los hombres. Podría hacerlo sola, pero emplearía más tiempo».

«Voy también yo, Susana» dice la Virgen.

«No. Somos suficientes nosotras; además servirá para conocernos, porque el trabajo hermana».

Salen juntas mientras Jesús, después de beber agua aderezada

con no sé qué jarabe, va a sentarse con su Madre, con los apóstoles y los hombres de la casa, al fresco de la pérgola, dejando así libres a las domésticas y la señora para ultimar las viandas.

[5]Proveniente de la habitación de arriba, se oye la voz de las tres discípulas que están preparando las mesas. Susana está contando el milagro que tuvo lugar en su boda. María de Magdala responde: «Transformar el agua en vino es grande, pero transformar a una pecadora en discípula es más grande aún; quiera Dios que yo haga como aquel vino: ser del mejor». 243.5

«No lo dudes. Él transforma todo de forma perfecta. Aquí estuvo una, que además era pagana, que había sido convertida por Él en el sentimiento y en la fe. ¿Podrás dudar que suceda esto contigo, que ya eres de Israel?».

«¿Una? ¿Joven?».

«Joven. Guapísima».

«¿Y dónde está ahora?» pregunta Marta.

«Lo sabe sólo el Maestro».

«¡Ah, entonces es aquella de que te hablé. Lázaro había ido en aquel atardecer a ver a Jesús y oyó las palabras que se dijeron por ella. ¡Qué perfume había en la habitación! Lázaro lo llevó en la ropa durante varios días. Pues bien, Jesús dijo que era superior el corazón de la convertida con su perfume de arrepentimiento. ¿Quién sabe a dónde habrá ido? Creo que a vivir en soledad...».

«Ella en soledad, y era extranjera; yo aquí, y me conocen bien. Su expiación en la soledad, la mía viviendo en medio del mundo que me conoce. No envidio su suerte, porque estoy con el Maestro, pero espero poderla imitar un día para no tener nada que me distraiga de Él».

«¿Serías capaz de dejarle?».

«No. Pero Él dice que se marcha. Mi espíritu entonces le seguirá. Con Él puedo desafiar al mundo. Sin Él tendría miedo del mundo. Abriré el desierto entre mí y el mundo».

«¿Y yo y Lázaro? ¿Qué hacemos?».

«Como antes en el tiempo del dolor. Os amaréis y me amaréis. Y sin tener que avergonzaros. Porque entonces estaréis solos, pero sabiendo que estoy con el Señor y que en el Señor os amo».

«Es fuerte y tajante, María, en sus decisiones» comenta Pedro, que lo ha oído.

Y Simón Zelote responde: «Una cuchilla recta como su padre. De su madre tiene las facciones; de su padre, el espíritu indómito».

He aquí que la que tiene el espíritu indómito está bajando rápidamente ahora y viene hacia sus compañeros para comunicar que las mesas están preparadas...

243.6 [6]...El campo se borra en la noche serena aunque por ahora sin luna. Sólo un tenue claror de astros permite distinguir las masas oscuras de los árboles y las blancas de las casas. Nada más. Algunas aves nocturnas revolotean con su vuelo mudo alrededor de la casa de Susana, en busca de moscas, y pasan casi rozando a las personas que están sentadas en la terraza en torno a una luz amarillenta que ilumina levemente los rostros congregados en torno a Jesús. Marta, que debe tener mucho miedo a los murciélagos, lanza un grito cada vez que uno de ellos la roza. Jesús, sin embargo, se preocupa de las mariposas que vienen atraídas por la luz, y con su larga mano trata de alejarlas de la llama.

«Son animales muy tontos, tanto las mariposas como los murciélagos» dice Tomás. «Los primeros nos confunden con moscones, las segundas creen que la llama es un sol y se queman. No tienen ni sombra de cerebro».

«Son animales. ¿Pretendes que razonen?» pregunta Judas Iscariote.

«No. Pretendo que al menos tengan instinto».

«No les da tiempo a tenerlo —me refiero a las mariposas—, porque después de la primera prueba ya están bien muertas. El instinto se despierta y se hace fuerte después de las primeras, penosas sorpresas» comenta Santiago de Alfeo.

«¿Y los murciélagos? Deberían tenerlo, porque viven varios años. Lo que pasa es que son tontos» replica Tomás.

«No, Tomás. No lo son más que los hombres. Los hombres parecen también, muchas veces, murciélagos tontos. Vuelan, o mejor: revolotean, como borrachos, en torno a cosas que lo único que procuran
243.7 es dolor. [7]Mirad: mi hermano, con una buena sacudida del manto, a echado a tierra uno. Dádmelo» dice Jesús.

El murciélago ha caído a los pies de Santiago de Zebedeo, y ahora, atontado, se agita en el suelo con movimientos torpes. Santiago lo coge con dos dedos por una de las alas membranosas y, teniéndole suspendido como si fuera un pingajo sucio, lo deposita en el regazo de Jesús.

«Aquí tenemos al imprudente. Vamos a ver lo que hace. Se recuperará, pero no se corregirá».

«Un rescate singular, Maestro. Yo le mataría del todo» dice Judas Iscariote.

«No. ¿Por qué? También él tiene una vida y la quiere conservar» le responde Jesús.

«No creo. O no sabe que la tiene o no le preocupa conservarla. ¡La pone en peligro!».

«¡Oh, Judas! ¡Judas! ¡Qué severo serías con los pecadores, con los hombres! Es el mismo caso de los hombres, que saben que tienen dos vidas y osan poner en peligro una y otra».

«¿Tenemos dos vidas?».

«La del cuerpo y la del espíritu, como sabes».

«¡Ah! Creía que te referías a reencarnaciones. Hay quien cree en ello».

«No hay reencarnación, pero sí que hay dos vidas. Y, no obstante, el hombre pone en peligro sus dos vidas. Si fueras Dios, ¿cómo juzgarías a los hombres, que están dotados de instinto y, además, de razón?».

«Severamente. A menos que no fuera un hombre tarado mental».

«¿No considerarías las circunstancias que enloquecen moralmente?».

«No las consideraría».

«De forma que, de uno que sabe de Dios y de la Ley y que no obstante peca, no tendrías piedad».

«No tendría piedad, porque el hombre *debe* saberse conducir».

«Debería».

«*Debe*, Maestro. Es una vergüenza imperdonable que un adulto caiga en ciertos pecados; sobre todo, mucho más, si no le impulsa a ello ninguna fuerza».

«¿Cuáles son esos pecados para ti?».

«En primer lugar los carnales. Es un degradarse sin remedio...». María de Magdala inclina la cabeza... Judas prosigue: «... es corromper también a los demás, porque del cuerpo de los impuros brota como un fermento que turba hasta a los más puros y los mueve a imitarlos...».

[8]Mientras la Magdalena inclina cada vez más la cabeza, Pedro dice: «¡Hala! ¡No seas tan severo, hombre! La primera que cometió esta imperdonable vergüenza fue Eva, y no me vas a decir ahora que la corrompió el fermento impuro proveniente de un lujurioso. Y has de saber que, por lo que a mí respecta, aunque me siente al lado de un lujurioso, no siento ninguna turbación en absoluto. Asunto suyo...». 243.8

«La proximidad ensucia siempre; si no la carne, el alma, que es todavía peor».

«¡Me pareces un fariseo! Pero... perdona... entonces, si eso fuera así, tendríamos que encerrarnos en una torre de cristal y quedarnos dentro, precintados».

«Y no te pienses, Simón, que te beneficiaría; en soledad son más temibles las tentaciones» dice el Zelote.

«¡Bueno! Quedarían como sueños. Nada malo» responde Pedro.

«¿Nada malo? ¿No sabes que la tentación lleva a cogitar, lo cual, a su vez, conduce a buscar un arreglo para satisfacer de alguna manera el instinto que grita, y este arreglo allana el camino a un refinamiento pecaminoso en que se unen sentido y pensamiento?» pregunta Judas Iscariote.

«No sé nada de esto, amigo Judas. Quizás porque nunca he sido cogitabundo, como tú dices, respecto a ciertas cosas. Sé, eso sí, que me parece que nos hemos alejado mucho de los murciélagos, y que mejor que tú no seas Dios, porque, si no, en el Paraíso te quedarías
243.9 solo, con toda tu severidad. [9]¿Tú que dices, Maestro?».

«Digo que es bueno no ser demasiado absolutos, porque los ángeles del Señor escuchan las palabras de los hombres y las anotan en los libros eternos, y un día podría resultar desagradable el oírse decir: "Hágase contigo según juzgaste". Digo que si Dios me ha enviado es porque quiere perdonar *todas* las culpas de que un hombre se arrepiente, sabiendo lo débil que es el hombre por causa de Satanás. Judas, respóndeme: admites que Satanás pueda apoderarse de un alma de forma que ejercite sobre ella una coacción que de hecho le aminora el pecado a los ojos de Dios?».

«No lo admito. Satanás sólo puede incidir en la parte inferior».

«¡Blasfemas, Judas de Simón!» dicen casi al unísono Judas Zelote y Bartolomé.

«¿Por qué? ¿En qué?».

«Desmintiendo a Dios y al Libro. En él se lee que Lucifer incidió también en la parte superior, y Dios, por boca de su Verbo, nos lo ha dicho una infinidad de veces» responde Bartolomé.

«También está escrito que el hombre tiene libre albedrío, lo que significa que sobre la libertad humana del pensamiento y del sentimiento Satanás *no puede* ejercer violencia. No lo hace ni siquiera Dios».

«Dios no, porque es Orden y Lealtad. Satanás sí, porque es Desorden y Odio» rebate Judas Zelote.

«El odio no es el sentimiento opuesto a la lealtad. Dices mal».

«Digo bien, porque Dios es Lealtad y, por tanto, no falta a su palabra de dejar al hombre libre de actuar, mientras que el demonio, no habiendo prometido al hombre libertad de arbitrio, no puede traicionar esta palabra. Es verdad, por otra parte, que el demonio es Odio y que, por tanto, arremete contra Dios y el hombre; arremete asaltando su libertad intelectiva, además de su carne, y conduciendo esta libertad de pensamiento a esclavitud, a estados de posesión por los que el hombre hace cosas que no haría si estuviera libre de Sata-

nás» sostiene Simón Zelote.

«No lo admito».

«¿Y entonces los endemoniados? Niegas la evidencia» grita Judas Tadeo.

«Los endemoniados son sordos o mudos o dementes, no lujuriosos».

«¿Tienes presente sólo este vicio?» pregunta con ironía Tomás.

«Porque es el más extendido y además bajo».

«¡Ah, creía que era el que conocías mejor» dice Tomás riendo.

Pero Judas se pone en pie súbitamente, como si quisiera reaccionar. Luego se domina, baja la pequeña escalera y se aleja por los campos.

[10]Silencio... Luego Andrés dice: «Su idea no está equivocada en todo. Se diría que, en efecto, Satanás tiene dominio sólo sobre los sentidos: ojos, oído, habla, y sobre el cerebro. Pero entonces, Maestro, ¿cómo se explican ciertas maldades? ¿No son acaso posesiones? Un Doras, por ejemplo...». 243.10

«Un Doras, como tú dices para no faltar a la caridad a nadie —que Dios te premie por ello—, o una María, como todos, ella la primera, pensamos, después de las claras y anticaritativas alusiones de Judas, son los poseídos más completamente por Satanás, que extiende su poder a los tres grados del hombre. Son las posesiones más tiránicas y sutiles, y de ellas se liberan sólo aquellos que permanecen tan poco degradados en su espíritu, que saben todavía comprender la llamada de la Luz. Doras no fue un lujurioso, y, a pesar de todo, no supo ir al Libertador. En esto está la diferencia: que, mientras que en el caso de los lunáticos, mudos, sordos o ciegos por obra demoniaca son los familiares los que se preocupan de conducirlos a mí, en el caso de éstos, poseídos en su espíritu, sólo es su espíritu el que se ocupa de buscar la libertad. Por este motivo reciben el perdón además de la libertad. Porque su voluntad ha tomado la iniciativa de liberarse de la posesión del Demonio. Y ahora vamos a descansar. María, tú que sabes lo que significa estar uno poseído, ruega por los que se prestan intermitentemente al Enemigo, pecando y produciendo dolor».

«Sí, Maestro mío, y sin rencor».

«La paz a todos. Dejamos aquí la causa de tanta discusión. Tinieblas con tinieblas fuera en la noche. Y volvemos a la casa, a dormir bajo la mirada de los ángeles».

Y encima de un banco deposita el murciélago, el cual hace sus primeros intentos de volar. Luego se retira con los apóstoles a la habitación alta mientras las mujeres con los dueños de la casa van a la planta baja.

## 244. Juan repite un discurso de Jesús sobre la Creación y sobre los pueblos que esperan la Luz.

5 de agosto de 1945.

244.1 [1]Van todos subiendo por frescos atajos que conducen a Nazaret. Las abruptas laderas de las colinas galileas, de tanto como la reciente tormenta las ha lavado y el rocío las mantiene lucientes y frescas, parecen creadas esa misma mañana, frenesí rutilante bajo los primeros rayos del Sol. El ambiente está tan puro, que pone de manifiesto hasta los más mínimos detalles de los montes, más o menos cercanos, produciendo sensación de ligereza y lozanía.

Llegan al picacho de un monte. La vista se deleita en un pedazo de lago, bellísimo en esta luz matutina. Todos, imitando a Jesús, observan con admiración. Pero María de Magdala pronto desvía de ese punto la mirada y busca algo en otra dirección. Sus ojos se posan sobre las crestas montanas situadas al noroeste del lugar donde se encuentra; pero parece que no encuentra lo que busca.

Susana, que está con ellos, le pregunta: «¿Qué buscas?».

«Querría reconocer el monte en que encontré al Maestro».

«Pregúntaselo a Él».

«¡Oh, no es tan importante como para interrumpirle! Está precisamente hablando con Judas de Keriot».

«¡Qué hombre ese Judas!» susurra Susana. No dice nada más, pero se entiende el resto.

«El monte aquel, ciertamente, no está por este camino; pero un día te llevaré, Marta. Había una aurora como ésta, y muchas flores... Y mucha gente... ¡Oh! ¡Marta! Y tuve la desfachatez de mostrarme a todos con aquel vestido de pecado y aquellos amigos... No, no puedes sentirte ofendida por las palabras de Judas. Me las he merecido. Todo me lo he merecido. En este sufrimiento está mi expiación. Todos recuerdan y todos tienen derecho a decirme la verdad. Yo debo guardar silencio. ¡Oh, si se reflexionara antes de pecar! Ahora quien me ofende es mi mayor amigo, porque me ayuda a expiar».

«Lo cual no quita que él haya faltado. Madre, ¿tu Hijo está realmente contento con ese hombre?».

«Hay que orar mucho por él. Eso dice Jesús».

244.2 [2]Juan deja a los apóstoles para venir a ayudar a las mujeres en un paso escabroso donde resbalan las sandalias. (Está sembrado —mucho más que el sendero— de piedras lisas, como esquirlas de pizarra rojiza, y de una hierbecilla brillante y dura, muy traicioneras para el pie que no hace presa.) Simón Zelote hace lo mismo. Apoyándose en ellos, las mujeres pasan el punto peligroso.

«Es un poco fatigoso este camino. Pero no hay polvo y no tiene gente. Y es más corto» dice el Zelote.

«Lo conozco, Simón» dice María. «Vine a aquel pueblecillo de mitad de la pendiente, con los sobrinos, cuando echaron de Nazaret a Jesús» dice María Stma., y suspira.

«Pero desde aquí es bonito el mundo. Allí están el Tabor y el Hermón, y al Norte los montes de Arbela, y allá en el fondo el gran Hermón. ¡Qué pena que no se vea el mar como se ve desde el Tabor!» dice Juan.

«¿Has estado alguna vez?».

«Sí, con el Maestro».

«Juan, con su amor por el infinito, nos atrajo una gran dicha, porque Jesús, allá arriba, habló de Dios con un arrobamiento como nunca habíamos oído. Y luego, después de tanto como habíamos recibido, obtuvimos una gran conversión. Le conocerás tú también María. Y se fortalecerá tu espíritu aún más de lo que ya lo está. Encontramos a un hombre endurecido de odio, afeado por los remordimientos. Y Jesús le transformó en una persona de la que no dudo en decir que será un gran discípulo. Como tú, María. [3]Porque —cree en la 244.3
verdad de lo que te digo— nosotros los pecadores somos más dúctiles a la acción del Bien que nos alcanza, porque sentimos la necesidad de ser perdonados incluso por nosotros mismos» dice Simón Zelote.

«Es verdad. Pero eres muy bueno diciendo "nosotros los pecadores". Tú has sido un desdichado, no un pecador».

«Todos lo somos, quién más, quién menos, y quien cree que lo es menos es el más sujeto a serlo si es que no lo es ya. Todos lo somos. Pero son los pecadores más grandes que se convierten los que saben ser absolutos en el Bien como lo fueron en el mal».

«Tu consolación me conforta. Siempre has sido un padre para con los hijos de Teófilo».

«Y como un padre exulto por teneros a los tres como amigos de Jesús».

«¿Dónde encontrasteis a ese discípulo gran pecador?».

«En Endor, María. Simón quiere atribuir a mi deseo de ver el mar el mérito de tantas cosas hermosas y buenas. Pero si Juan el anciano ha venido a Jesús no ha sido por mérito de Juan el necio, sino por mérito de Judas de Simón» dice sonriendo el hijo de Zebedeo.

«¿Le convirtió él?» pregunta con aire de incertidumbre Marta.

«No. Pero quiso ir a Endor y...».

«Sí, para ver el antro de la maga... Judas de Simón es un hombre muy extraño... Hay que tomarle como es... ¡En fin!... Y Juan de Endor nos guió a la caverna. Luego se quedó con nosotros. Pero, hijo

mío, el mérito es tuyo de todas formas, porque sin tu deseo de infinito no habríamos ido por ese camino y no le habría venido a Judas de Simón el deseo de ir averiguar esa extraña cosa».

244.4 [4]«Me gustaría saber lo que dijo Jesús en el Tabor... y también reconocer el monte en que le vi» suspira María Magdalena.

«El monte es aquel en que ahora parece encenderse un sol, por aquel pequeño estanque, usado por los rebaños, que recoge agua de manantial. Nosotros estábamos más arriba, donde la cima parece abrirse cual largo bidente que quisiera pinchar las nubes para llevarlas a otra parte. Por lo que respecta al discurso de Jesús, creo que Juan te lo puede referir».

«¡Simón! ¿Puede, acaso, un muchacho repetir las palabras de Dios?».

«Un muchacho, no; tú, sí. Inténtalo. Por complacer a tus hermanas y a mí, que te quiero».

244.5 [5]Juan se ruboriza mucho cuando empieza a repetir el discurso de Jesús.

«Dijo:

"He aquí la página infinita en que las corrientes escriben la palabra 'Creo'. Pensad en el caos del Universo antes de que el Creador quisiera ordenar los elementos y constituirlos en maravillosa sociedad que dio a los hombres la Tierra y cuanto contiene, y al firmamento los astros y planetas. Todo era todavía inexistente. No existía ni como caos informe ni como cosa ordenada, que Dios hizo. Hizo, pues, primero los elementos, que son necesarios, a pesar de que alguna vez parezcan nocivos.

Pero —pensadlo siempre— ni la más diminuta gota de rocío existe sin su razón *buena* de ser; no hay insecto, por pequeño y latoso que sea, que no tenga su razón *buena* de ser. Y, lo mismo, no hay monstruosa montaña que escupa fuego e incandescente lapilli de sus entrañas que no tenga su razón *buena* de ser. Y no hay ciclón que exista sin un motivo. Y no hay —pasando de las cosas a las personas— hecho, llanto, alegría, nacimiento, muerte, esterilidad o maternidad prolífica, larga vida matrimonial o rápida viudez, desventura de miseria y de enfermedad, prosperidad de medios y de salud, que no tenga su razón *buena* de ser, aunque no se le presente como tal a la miopía y soberbia humanas, que ve o juzga con todas las cataratas y ofuscaciones propias de las cosas imperfectas. Mas el ojo de Dios ve, el pensamiento ilimitado de Dios sabe. El secreto para vivir exentos de estériles dudas que dan a la jornada terrena nerviosismo, agotamiento, hieles, está en saber creer que Dios todo lo hace por una razón inteligente y buena, que Dios hace lo que hace por amor, y

no por un estúpido intento de mortificar por mortificar.

[6]Dios ya había creado a los ángeles. Parte de ellos, por haber querido no creer que fuera bueno el nivel de gloria en que Dios los había colocado, se habían rebelado y, con su corazón agostado por la falta de fe en su Señor, habían tratado de asaltar el inalcanzable trono de Dios. A las armoniosas razones de los ángeles creyentes habían opuesto su desacorde, injusto y pesimista pensamiento; y el pesimismo, que es falta de fe, los había hecho pasar de espíritus de luz a espíritus entenebrecidos. 244.6

¡Vivan, eternamente, aquellos que, tanto en el Cielo como en la Tierra, saben basar su pensamiento en una premisa de optimismo lleno de luz! Nunca errarán completamente, aunque los hechos los contradigan. ¡No errarán, al menos por lo que se refiere a su espíritu, que continuará creyendo, esperando, amando sobre todo a Dios y al prójimo, permaneciendo, por tanto, en Dios por los siglos de los siglos!

El Paraíso había sido ya liberado de estos orgullosos pesimistas, que veían negrura incluso en las luminosísimas obras de Dios; de la misma forma que en la Tierra los pesimistas ven negrura hasta en las más claras y luminosas acciones del hombre, y, queriendo aislarse dentro de una torre de marfil, pues se creen los únicos perfectos, se autocondenan a una oscura prisión que termina en las tinieblas del reino infernal, el reino de la Negación; porque el pesimismo es también Negación.

[7]Dios hizo, pues, la Creación. Y, de la misma forma que para comprender el misterio glorioso de nuestro Ser uno y trino hay que saber creer y ver que desde el principio el Verbo existía, y estaba con Dios, unidos por el Amor perfectísimo que sólo puede ser espirado por dos que Dioses son siendo Uno; así, igualmente, para ver la creación como realmente es, es necesario mirarla con ojos de fe, porque en su ser —de la misma forma que un hijo lleva el imborrable reflejo de su padre— la creación tiene en sí el indeleble reflejo de su Creador. Veremos entonces que también aquí al principio fueron el cielo y la tierra, luego fue la luz, que puede ser comparada con el amor, porque la luz es leticia como lo es el amor. Y la luz es la atmósfera del Paraíso. Y Dios, incorpóreo Ser, es Luz, y es Padre de toda luz intelectiva, afectiva, material, espiritual, en el Cielo y en la Tierra. 244.7

Al principio fueron el cielo y la tierra, y les fue dada la luz y por la luz todo fue hecho. Y de la misma forma que en el Cielo altísimo habían sido separados los espíritus de luz de los de tinieblas, en la creación fueron separadas las tinieblas de la luz, y se hizo el Día y la Noche: el primer día de la creación se había cumplido, con su maña-

na y su tarde, su mediodía y su media noche. Y, cuando la sonrisa de Dios, la luz, pasada la noche, volvió, la mano de Dios, su poderosa voluntad, se extendió sobre la tierra informe y vacía y sobre el cielo por el que vagaban las aguas —uno de los elementos libres en el caos— y quiso que el firmamento separase el desordenado errar de las aguas entre el cielo y la tierra para que fuera entrecielo que protegiera de los rayos paradisíacos, contención de las aguas superiores para que no cayeran los diluvios sobre la fermentación de metales y átomos y erosionasen y disgregasen lo que Dios estaba reuniendo.

Estaba establecido el orden en el cielo. El imperativo dado por Dios a las aguas que se extendían sobre la tierra puso orden en ésta. Y tuvo origen el mar. Ahí está. En él, como en el firmamento, está escrito: 'Dios existe'. Cualquiera que sea la capacidad intelectual de un hombre y su fe, o su no fe, ante esta página en que brilla una partícula de la infinitud que es Dios y en que está testificado su poder —porque ningún poder humano ni ninguna ordenación natural de elementos pueden repetir, ni siquiera en mínima medida, un prodigio semejante— está obligado a creer. A creer no sólo en el poder, sino también en la bondad del Señor, que a través de ese mar le da al hombre alimento y caminos, sales saludables; y mitiga el sol y da espacio al viento, semillas a las tierras lejanas entre sí; da voces de tempestades para que llamen a la hormiga que es el hombre hacia el Infinito, su Padre; y da la forma de elevarse, contemplando visiones más altas, a más altas esferas.

244.8 [8]En la creación todo es testimonio de Dios, mas tres son las cosas que más hablan de Él: la luz, el firmamento y el mar: el orden astral y meteorológico, reflejo del Orden divino; la luz que sólo un Dios podía hacer; el mar, esa potencia que sólo Dios, tras haberla creado, podía meter en sólidos confines, y darle movimiento y voz, sin que por ello, cual turbulento elemento de desorden, dañase a la tierra, a esta tierra que lo sostiene sobre su superficie.

Penetrad el misterio de la luz que nunca se agota. Alzad la mirada al firmamento en que ríen estrellas y planetas. Bajad vuestra mirada hacia el mar. Ved su verdadera realidad: no es algo que separe, sino puente entre los pueblos (con los que están en las otras orillas, invisibles, incluso desconocidas, pero en cuya existencia es necesario creer, por el simple hecho de que existe este mar). Dios no hace ninguna cosa inútil. Por tanto, no habría hecho esta infinitud si no tuviera como límite, más allá del horizonte que nos impide la visión, otras tierras, pobladas por otros hombres, con origen todos ellos en un único Dios, llevados allá por tempestades y corrientes, por voluntad de Dios, para poblar continentes y regiones. Este mar trae en

sus ondas, en el rumor de sus olas y mareas, invocaciones lejanas; es elemento de unión, no de separación.

Esta ansia que le produce a Juan una dulce angustia es la llamada de los hermanos lejanos. Cuanto más señor de la carne se hace el espíritu más es capaz de oír las voces de los espíritus que están unidos aunque medie separación entre ellos (como están unidas las ramas nacidas de una única raíz, a pesar de que una ya ni siquiera vea a la otra porque un obstáculo se interpone entre ellas).

Mirad el mar con ojos de luz. Veréis tierras y más tierras extendidas sobre sus playas, en sus confines, y, dentro de él, más tierras todavía... Pues bien, de todas ellas llega un grito: '¡Venid! ¡Traednos esa Luz que poseéis, esa Vida que se os da! ¡Decidle a nuestro corazón esa palabra que ignoramos, pero que sabemos que es la base del universo: amor. Enseñadnos a leer la palabra que vemos escrita en las páginas infinitas del firmamento y el mar: Dios. Iluminadnos, porque sentimos que hay una luz aún más verdadera que la que arrebola el cielo y hace de pedrería la superficie del mar. Dad a nuestras tinieblas esa Luz que Dios os ha dado tras haberla engendrado con su amor; que os ha dado a vosotros, pero para todos, de la misma forma que se la dio a los astros para que la dieran a la Tierra. Vosotros sois los astros; nosotros, el polvo. Pero formadnos, de la misma forma que el Creador creó con el polvo la Tierra para que el hombre la poblara y le adorase, ahora y siempre, hasta que llegue la hora en que ya no sea Tierra, sino que venga el Reino, el Reino de la luz, del amor, de la paz, como el Dios vivo os ha dicho que será. Porque también nosotros somos hijos de este Dios y pedimos conocer a nuestro Padre'.

Sabed ir por caminos de infinito, sin temores, sin sentimientos de desdén, hacia aquellos que invocan y lloran, hacia aquellos que os producirán, sí, dolor, porque sienten a Dios pero no saben adorarle, pero que os darán también la gloria, porque seréis grandes en la medida en que, poseyendo el amor, sepáis darlo, conduciendo a la Verdad a los pueblos que esperan".

[9]Jesús habló así. Mucho mejor de como lo he dicho yo. Pero al me- 244.9
nos su concepto es éste».

«Juan, has dado una exacta repetición del Maestro. Sólo has dejado lo que dijo sobre tu poder de comprender a Dios por tu generosidad de donarte. Eres bueno, Juan, ¡el mejor de entre nosotros! Hemos recorrido la distancia sin darnos cuenta. Allí está Nazaret, construida sobre su terreno ondulado. El Maestro nos está mirando y sonríe. ¡Venga, vamos a alcanzarle para entrar en la ciudad juntos!».

«Gracias, Juan, por el gran regalo que has dado a la Mamá» dice

la Virgen.

«Yo también te doy las gracias. También a la pobre María le has abierto horizontes infinitos...».

«¿De qué hablabais tanto?» les pregunta Jesús cuando llegan.

«Juan ha repetido tu discurso del Tabor. Perfectamente. Y hemos gozado de ello».

«Me alegro de que mi Madre, cuyo nombre tiene que ver con el mar y cuya caridad es vasta como él, lo haya oído».

«Hijo mío, Tú la posees como Hombre; y no es nada respecto a tu infinita caridad de Verbo divino. ¡Mi dulce Jesús!».

«Ven, Mamá, a mi lado; como cuando volvíamos de Caná o de Jerusalén cuando era niño, que me llevabas de la mano».

Y se miran con su mirada de amor.

## 245. Una acusación de los nazarenos a Jesús, rechazada con la parábola del leproso curado.

6 de agosto de 1945.

245.1 [1]La primera escala de Jesús en Nazaret es en casa de Alfeo. Estando ya para entrar en el huerto, se encuentra con María de Alfeo, que sale con dos ánforas de cobre para ir a la fuente.

«¡La paz sea contigo, María!» dice Jesús, y abraza a su pariente, la cual, efusiva como siempre, le besa y emite un grito de alegría.

«¡Sin duda será un día de paz y alegría, Jesús mío, porque has venido! ¡Oh, queridísimos hijos míos! ¡Qué felicidad para vuestra mamá el veros!» y besa a sus dos hijotes, que estaban inmediatamente detrás de Jesús. «Estáis conmigo hoy, ¿no es verdad? Tengo precisamente encendido el horno para el pan. Estaba yendo por agua para no tener luego que suspender la cocción».

«Mamá, vamos nosotros» dicen sus hijos mientras se apoderan de las ánforas.

«¡Qué buenos son! ¿No es verdad, Jesús?».

«Muy buenos» confirma Jesús.

«Pero también contigo, ¿no es verdad? Porque si te quisieran menos de lo que me quieren a mí, los querría menos».

«No temas, María. Para mí son sólo motivo de alegría».

«¿Estás solo? María se ha ido tan al improviso... Habría ido también yo. Estaba con una mujer... ¿Una discípula?».

«Sí. La hermana de Marta».

«¡Oh, bendito sea Dios! ¡He orado mucho por esto! ¿Dónde está?».

«Mira, está llegando con mi Madre, Marta y Susana».

En efecto, las mujeres están apareciendo por un recodo del camino, seguidas por los apóstoles. María de Alfeo corre a su encuentro y exclama: «¡Qué feliz me siento de poder llamarte hermana! Debería llamarte hija, porque tú eres joven y yo vieja, pero te llamo con ese nombre que tanto amo desde que se lo doy a mi María. ¡Querida mía! Ven, estarás cansada... aunque, bueno, también contenta» y besa a la Magdalena mientras la tiene cogida de la mano, como queriendo hacerle sentir aún más que la quiere. La belleza fresca de la Magdalena parece todavía más viva al lado de la persona gastada de la buena María de Alfeo.

«Hoy todos en mi casa. No os dejo que os marchéis» y, con un suspiro del alma que le sale involuntariamente, se le escapa la confesión: «¡Estoy siempre muy sola! Cuando no está mi cuñada paso los días bien tristes y solitarios».

«¿No están tus hijos?» pregunta Marta.

María de Alfeo se ruboriza y suspira: «Con el alma sí. Todavía. Ser discípulos une y divide... Pero, de la misma forma que tú, María, has venido, también ellos vendrán» y se seca una lágrima. Mira a Jesús, que la está observando con piedad, y se esfuerza en sonreír para preguntar: «¿Son cosas largas, verdad?».

«Sí, María. Pero tú las verás».

«Tenía esta esperanza... Después de que Simón... Pero después ha sabido otras... cosas, y está otra vez en la indecisión. ¡Ámale igualmente, Jesús!».

«¿Lo pones en duda?».

María, mientras habla, prepara algo de comer y beber para los peregrinos, sorda a las palabras de todos, que le aseguran que no tienen necesidad de nada.

«Vamos a dejar a las discípulas tranquilas» dice Jesús, y añade: «Y vamos por el pueblo».

«¿Te vas? Quizás vienen mis otros hijos».

«Estaré aquí todo el día de mañana. Por tanto, estaremos juntos. Ahora voy a ver a los amigos. Paz a vosotras, mujeres. Adiós, Madre».

[2]Nazaret ya está toda revuelta por la llegada de Jesús (y por añadidura con María de Mágdala). Quién se apresura a ir a casa de María de Alfeo, quién a la de Jesús, para ver; pero, habiendo encontrado esta última cerrada, retornan todos en dirección a Jesús, que está atravesando Nazaret hacia el centro. 245.2

La ciudad sigue cerrada al Maestro. En parte irónica, en parte incrédula, con algún núcleo incluso de clara maldad que se manifiesta en ciertas frases hirientes, sigue, por curiosidad pero sin amor, a es-

te gran Hijo suyo al que no comprende. Incluso en las preguntas que le hacen no hay amor, sino incredulidad e ironía; pero Él no hace ver que lo nota, y dulce y manso responde a quien le habla.

«A todos das. Pero pareces un hijo desvinculado de tu tierra, porque a tu tierra no le das».

«Estoy aquí para daros lo que pedís».

«Pero prefieres no estar aquí. ¿Es que somos más pecadores que los demás?».

«No hay pecador, por grande que sea, al que Yo no quiera convertir. Y vosotros no sois peores que los demás».

«Pero tampoco dices que seamos mejores que los otros. Un buen hijo siempre dice que su madre es mejor que las otras, aunque no lo sea. ¿Acaso Nazaret es sólo madrastra para ti?».

«Yo no digo nada. Callar es regla de caridad hacia los demás y hacia uno mismo, cuando decir que uno es bueno no se puede y no se quiere mentir. Pero diligente brotaría la alabanza a vosotros, con el solo hecho de que vinierais a mi doctrina».

«¿Buscas ser admirado?».

«No. Sólo que me escuchéis y creáis en mí, por el bien de vuestras almas».

«¡Pues habla entonces! ¡Te escuchamos!».

«Decidme sobre qué os debo hablar».

Un hombre de unos cuarenta o cuarenta y cinco años dice: «Yo querría que vinieras y me explicaras un punto».

«Voy enseguida, Leví».

Y se encaminan. La gente se aglomera tras el Maestro y el arquisinagogo. La sinagoga se abarrota enseguida de gente.

245.3 [3]El arquisinagogo toma un rollo y lee: «"Él hizo subir a la hija de Faraón de la ciudad de David a la casa que había construido para ella, porque dijo: 'Mi mujer no debe vivir en la casa de David, rey de Israel, que fue santificada cuando en ella entró el arca del Señor'". Bien, pues querría que dieras tu juicio acerca de si esa medida fue justa o no, y ¿por qué?». *

«Sin duda fue justa, porque el respeto a la casa de David, santificada por haber entrado en ella el arca del Señor, exigía aquello».

«¿Pero, el hecho de ser la mujer de Salomón no hacía a la hija del Faraón digna de vivir en la casa de David? ¿La esposa no viene a ser, según las palabras de Adán, "hueso de los huesos" de su marido y "carne de su carne"? Si es tal, ¿cómo profanará lo que no profana su esposo?».

---

* *toma un rollo y lee*: se trata de *2 Crónicas 8, 11.*

«Está escrito en el primer libro de Esdras: "Habéis pecado al casaros con mujeres extranjeras, y habéis añadido este delito a los muchos de Israel". Y una de las causas de la idolatría de Salomón precisamente se debe a estos connubios con mujeres extranjeras. Dios lo había dicho: "Ellas, las extranjeras, pervertirán vuestros corazones hasta el punto de haceros seguir a dioses extranjeros". Las consecuencias las conocemos».

«Y, sin embargo, no se había pervertido casándose con la hija del Faraón; tanto que llegó a juzgar con sabiduría que su esposa no debía permanecer en la casa santificada».

«No se puede medir la bondad de Dios con la nuestra. El hombre, después de una culpa, no perdona, aunque él mismo sea también culpable. Dios no se muestra implacable a la primera caída, pero no permite que impunemente el hombre se endurezca en el mismo pecado. A la primera caída, por tanto, no castiga, sino que habla al corazón; pero sí castiga cuando su bondad no sirve para convertir y el hombre juzga tal bondad como debilidad. Entonces desciende el castigo, porque nadie se burla de Dios.

Hueso de su hueso y carne de su carne, la hija del Faraón había depositado los primeros gérmenes de corrupción en el corazón del Sabio, y, como sabéis, una enfermedad no se declara realmente por un sólo germen en la sangre, sino cuando la sangre está corrompida por muchos gérmenes originados del primero. El hombre se viene abajo siempre a partir de una ligereza aparentemente inocua. Luego aumenta la condescendencia con el mal. Se forma el hábito de transigir con la conciencia y de descuidar lo que constituye el deber y la obediencia a Dios, y, por grados, se llega al pecado grande (en Salomón incluso de idolatría, y provocó el cisma cuyas consecuencias duran hasta hoy)».

[4]«¿Estás diciendo, entonces, que es necesaria la máxima atención 245.4
y respeto hacia las cosas sagradas?».

«Sin duda».

«Explícame ahora otra cosa. Tú te dices el Verbo de Dios. ¿Es verdad?».

«Lo soy. Él me ha enviado para traer a la tierra la buena nueva para todos los hombres, y para que los redima de todo pecado».

«Si lo eres, eres más que el Arca, pues, no ya en la gloria que está por encima del Arca, sino en ti mismo, estaría Dios».

«Tú lo dices y es verdad».

«¿Y, entonces, por qué te profanas?».

«¿Y me has traído aquí para decirme esto? Me das pena, tú y quien te ha movido a hablar. No debería justificarme, porque toda

justificación queda quebrada por vuestro rencor. Mas os daré una justificación, a los que me acusáis de falta de amor hacia vosotros y
245.5 de profanación de mi persona. [5]Escuchad. Sé a lo que aludís. Pues bien, os respondo: "Estáis en error". Como extiendo los brazos hacia los moribundos para que vivan y llamo a los muertos para devolverlos a la vida, así extiendo los brazos hacia los más verdaderamente moribundos y llamo a los que están más verdaderamente muertos, los pecadores, para que vivan la Vida eterna y, si ya están corrompidos, resucitarlos para que no vuelvan a morir. Pero os voy a poner una parábola. Un hombre, por muchos vicios, enferma de lepra. Los demás le alejan de la comunidad. Este hombre, en medio de una soledad atroz, medita sobre su estado y sobre el pecado que le ha conducido a ese estado mísero. Pasan así largos años, y, cuando menos se lo espera, este leproso se cura. El Señor ha sido misericordioso con él por sus muchas oraciones y lágrimas. ¿Qué hace entonces este hombre? ¿Puede volver a su casa por el hecho de que Dios le haya graciado? No. Debe presentarse al sacerdote, el cual primero le observará durante un tiempo, luego le hará purificarse tras un primer sacrificio de dos gorriones; luego, después de *dos* lavados —no uno— de las vestiduras, el curado vuelve a presentarse al sacerdote, con los corderos sin mancha, la cordera, la harina y el aceite prescritos. El sacerdote le conduce entonces ante la puerta del Tabernáculo. Es entonces cuando este hombre es religiosamente admitido de nuevo en el pueblo de Israel. Pero, decidme: Cuando va por primera vez al sacerdote ¿para qué va?».

«¡Para pasar una primera purificación que le permitirá cumplir la otra purificación, más grande, que le admitirá de nuevo en el pueblo santo!».

«Habéis respondido bien. ¿Pero entonces no está purificado del todo?».

«¡No, no! Le falta todavía mucho para estarlo; respecto a la materia y respecto al espíritu».

«¿Cómo, pues, osa acercarse al sacerdote la primera vez, completamente impuro, y la segunda al Tabernáculo?».

«Porque el sacerdote es el medio necesario para que uno pueda ser readmitido entre los vivos».

«¿Y el Tabernáculo?».

«Porque sólo Dios puede borrar las culpas, y es de fe el creer que tras el santo Velo descansa Dios en su gloria y desde allí otorga su perdón».

«Entonces el leproso curado tiene todavía pecado cuando se acerca al sacerdote y al Tabernáculo».

«¡Sí, ciertamente!».

«¡Hombres de pensamiento retorcido y de turbio corazón! ¿Por qué, entonces, me acusáis si Yo, el Sacerdote y el Tabernáculo, dejo que se acerquen a mí los leprosos del espíritu? ¿Por qué juzgáis con dos medidas? Sí, la mujer que estaba perdida, y Leví el publicano, presente aquí ahora con su nueva alma y su nuevo oficio, y lo mismo otros y otras, que han venido antes que éstos, están ahora a mi lado. Pueden estar a mi lado porque han sido readmitidos en el pueblo del Señor. La voluntad de Dios, que ha depositado en mí el poder de juzgar y absolver, curar y resucitar, me los ha acercado. Sería profanación si perdurase su idolatría, como en el caso de la hija del Faraón; pero no lo es, porque han abrazado la doctrina que he traído a la tierra y por ella han resucitado a la Gracia del Señor. [6]¡Hombres de Na- 245.6
zaret, que me tendéis celadas porque no os parece posible que en mí esté la Sabiduría verdadera y la justicia de Verbo del Padre, Yo os digo: "Imitad a los pecadores"! En verdad os digo que saben mejor venir a la Verdad. Y también os digo: "No recurráis a bajas celadas para poderme resistir". No lo hagáis. Pedid, y os daré, como doy a todos los que vienen a mí, la palabra vital. Acogedme como a un hijo de esta tierra nuestra. No os guardo rencor. Mis manos están llenas de caricias; mi corazón, de deseos de instruiros y de haceros felices; tanto que, si me aceptáis, pasaré con vosotros mi sábado, instruyéndoos en la Nueva Ley».

Hay contraste de ideas en la concurrencia, pero prevalece la curiosidad o el amor, y muchos gritan: «Sí, sí. Mañana aquí. Te escucharemos».

«Haré oración para que caiga esta noche la costra que oprime vuestro corazón; para que caiga todo prejuicio y, libres de ellos, podáis comprender la Voz de Dios que viene a traer a toda la tierra el Evangelio, pero con el deseo de que la primera región capaz de recibirla sea la ciudad en que he crecido. Paz a todos vosotros».

## 246. Un apólogo para los habitantes de Nazaret, los cuales permanecen incrédulos.

7 de agosto de 1945.

[1]Todavía la sinagoga de Nazaret, pero hoy es sábado. 246.1

* Jesús ha leído el apólogo contra Abimélek, y termina con las palabras: «"salga de él fuego y devore los cedros del Líbano"». Luego

* *el apólogo contra Abimélek* está en *Jueces 9, 8-15.*

restituye el rollo al arquisinagogo.

«¿No lees lo demás? Sería conveniente para comprender el apólogo» dice el jefe de la sinagoga.

«No hace falta. El tiempo de Abimélek está ya muy lejano. Yo aplico al momento presente el viejo apólogo.

Escuchad, gentes de Nazaret. Ya sabéis, por la instrucción recibida de vuestro arquisinagogo —el cual, en su momento, fue instruido a su vez por un rabí, y éste a su vez por otro, y así sucesivamente desde hace siglos, siempre con el mismo método y las mismas conclusiones—, ya sabéis las aplicaciones del apólogo contra Abimélek. Yo os voy a hablar de otra aplicación. Y... os ruego que sepáis usar vuestra inteligencia, que no seáis como esas cuerdas que pasan por la polea de un pozo, que hasta que no se gastan van de la polea al agua y del agua a la polea, sin poder jamás cambiar. El hombre no es una soga obligada, ni un instrumento mecánico. El hombre está dotado de cerebro inteligente y debe saber usarlo por sí mismo, según las necesidades y circunstancias. Porque, si bien la letra de la palabra es eterna, las circunstancias cambian. Son raquíticos esos maestros que no saben saber querer el esfuerzo y satisfacción que supone el ir extrayendo gradualmente la enseñanza nueva, es decir, el espíritu que siempre está contenido en las palabras antiguas y sabias. Serán semejantes al eco, que lo único que puede hacer es repetir, incluso hasta el infinito, una sola palabra, sin decir ni siquiera una de su propia cosecha.

246.2 [2]Los árboles, es decir, la humanidad representada en el bosque en que están reunidas todas las especies de árboles, arbustos y hierbas, sienten la necesidad de que los guíe uno que cargue no sólo con todas las glorias, sino también —y es peso mucho mayor— con todas las cargas de la autoridad, y con la responsabilidad de la felicidad o infelicidad de los súbditos, la responsabilidad ante los propios súbditos, ante los pueblos vecinos y, lo que es terrible, ante Dios. Porque los hombres otorgan todo tipo de coronas o preeminencias sociales, es verdad, pero también es verdad que Dios lo permite, y, sin su condescendencia, ninguna fuerza humana puede imponerse. Esto explica los cambios inimaginables e imprevistos de dinastías que parecían eternas, o de poderes que parecían intocables: cuando sobrepasaron la medida, en castigo o prueba para los pueblos, fueron derrocados por los propios súbditos, con el permiso de Dios, y vinieron a ser nada, polvo, o incluso fango de mísera cloaca.

He dicho que los pueblos sienten la necesidad de elegirse a uno que cargue con todas las responsabilidades para con sus súbditos, para con las naciones vecinas y, lo que es más tremendo, para con

Dios. En efecto, si el juicio de la historia es terrible —en vano los intereses de los pueblos tratan de mutarlo, pues hechos y pueblos futuros lo devolverán a su primera, tremenda verdad—, todavía peor es el juicio de Dios, quien no sufre presiones de nadie, ni está sujeto a cambios de humor o de juicio —como demasiadas veces les sucede a los hombres—, ni —todavía mucho menos— a errores de juicio. Por tanto, los elegidos para dirigir pueblos y crear historia tendrían que actuar con la justicia heroica propia de los santos, para no caer en la ignominia en los siglos futuros y recibir el castigo de Dios por los siglos de los siglos.

[3]Mas volvamos al apólogo de Abimélek. Los árboles, pues, que- 246.3
riendo elegir un rey, fueron donde el olivo. Mas éste, árbol sagrado y consagrado para usos sobrenaturales, por el aceite que arde ante el Señor y es parte preponderante en los diezmos y sacrificios; éste, que presta su líquido para elaborar el bálsamo santo con que se ungirán altares, sacerdotes y reyes, líquido que desciende al interior de los cuerpos enfermos, o que se aplica sobre ellos, con propiedades, diría, casi taumatúrgicas, respondió: "¿Cómo puedo desatender mi vocación santa y sobrenatural para rebajarme a cosas de la tierra?".

¡Oh, dulce respuesta del olivo! ¿Por qué será que no la aprenden y practican todos aquellos a quienes Dios elige para santa misión, al menos éstos? En verdad, deberían responder así todos los hombres a las sugestiones del demonio, dado que todo hombre es rey e hijo de Dios, dotado de un alma que le hace tal: regio, filialmente divino, y llamado a sobrenatural destino. Tiene un alma que es altar y casa: el altar de Dios, la casa a donde el Padre de los Cielos desciende a recibir amor y reverencia del hijo y súbdito. Todo hombre tiene un alma, y toda alma, siendo altar, hace del hombre que la contiene un sacerdote, custodio del altar; y está escrito en el Levítico: "El Sacerdote no se contamine". El hombre, pues, tendría el deber de responder a la tentación del demonio, del mundo y la carne: "¿Puedo yo dejar de ser espiritual para ocuparme de cosas materiales y pecaminosas?".

[4]Los árboles fueron entonces donde la higuera, y la invitaron a 246.4
que reinara sobre ellos. Pero la higuera respondió: "¿Cómo puedo renunciar a mi dulzura y a mis suavísimos frutos por reinar sobre vosotros?".

Muchos se dirigen a la persona dulce para tenerla como rey; no tanto por admiración de su dulzura, cuanto porque esperan que, siendo muy dulce, acabe transformándose en un rey de tres al cuarto, del cual podrán obtener todo tipo de consenso y con el cual podrán permitirse todo tipo de licencias. Pero la dulzura no es debili-

dad; es bondad, justa, inteligente, firme. No confundáis nunca la dulzura con la debilidad: la primera es virtud; la segunda, defecto. Y, precisamente por ser virtud, comunica a quien la posee una rectitud de conciencia que le permite resistir a las solicitaciones y seducciones humanas (que pretenden doblegarle a sus intereses, que no son los de Dios) y permanece fiel a su destino, a toda costa. El dulce de espíritu no rebatirá nunca con acritud las recriminaciones de los demás, no rechazará nunca con dureza a quien le solicita; no obstante, perdonando y sonriendo, dirá siempre: "Hermano, déjame a mi dulce suerte. Estoy aquí para consolarte y ayudarte, pero no puedo ser rey como tú lo concibes, porque una sola realeza me interesa y me preocupa, por mi alma y por la tuya: la espiritual".

246.5 [5]Los árboles fueron a la vid y le pidieron que reinara sobre ellos. Pero la vid respondió: "¿Cómo puedo renunciar a ser alegría y fuerza para ir a reinar sobre vosotros?".

Ser rey, tanto por las responsabilidades como por los remordimientos —es más raro que un diamante negro el rey que no peca y no se crea remordimientos—, lleva siempre a estados espirituales sombríos. El poder seduce mientras resplandece como un faro de lejos; una vez que uno lo alcanza, se ve que no es sino resplandor de luciérnaga, no de estrella. Y también: el poder no es sino una fuerza ligada por mil sogas (las de los mil intereses que bullen en torno a un rey). Intereses de los cortesanos, intereses de los aliados, intereses personales y de la parentela. ¿Cuántos reyes se juran a sí mismos, mientras el óleo los consagra: "Seré imparcial", y luego no saben serlo? Cual árbol robusto que no se rebela contra el primer abrazo de la hiedra débil y delgada, sino que dice: "Es tan frágil, que no me puede causar daño", antes al contrario se complace de que la hiedra lo enguirnalde, se complace de ser el protector que la sujeta mientras sube; así, tan frecuentemente —podría decir que siempre—, el rey cede al primer abrazo del interés que a él se dirige, de cortesano o de aliado, personal o de parentela, y se complace en ser su munífico protector. "¡Es tan poca cosa!", dice, aunque la conciencia le grite: "¡Ten cuidado!". Y piensa que no le podrá perjudicar ni en cuanto al poder ni en cuanto al buen nombre.

Lo mismo piensa el árbol. Mas llega el día en que, robusteciéndose y extendiéndose, aumentando su voracidad de succionar linfa del suelo y subir a la conquista de luz y sol, la hiedra abraza, rama tras rama, todo ese árbol fuerte, y prevalece sobre él, le ahoga, le mata. ¡Y era tan frágil; y él, tan fuerte! Sucede igual con los reyes. Un primer compromiso con la propia misión, un primer gesto de encogerse de hombros ante la voz de la conciencia (y ello porque las alabanzas

son dulces y porque agrada ese aire de protector solicitado)... llega un momento en que ya no es el rey el que reina, sino los intereses de los demás. Estos intereses atan al rey, le amordazan, hasta ahogarle; y le matan si, siendo ya más fuertes que él, ven que no se da prisa en morir. También el hombre común, que es lo mismo un rey en el espíritu, se pierde si acepta realezas menores por soberbia o ambición. Y pierde su serenidad espiritual, la que le viene de la unión con Dios. Porque el demonio, el mundo y la carne pueden dar un poder y gozo ilusorios, pero a costa de la alegría espiritual que viene de la unión con Dios.

¡Alegría y fuerza de los pobres de espíritu, bien merecéis que el hombre sepa decir: "¿Cómo podré aceptar la realeza sobre la parte inferior, si aliándome con vosotros, pierdo fuerza y alegría internas y el Cielo y su verdadera realeza?"! Y pueden decir también estos bienaventurados pobres de espíritu —que tienen como único objetivo la posesión del Reino de los Cielos y desprecian todas las demás riquezas que no sean el Reino—, pueden decir: "¿Cómo decaer en nuestra misión, que consiste en producir maduros jugos fortalecedores y de alegría para esta humanidad, hermana nuestra, que vive en el desierto de la animalidad, y que necesita apagar su sed para no morir, y para nutrirse de jugos vitales, cual niño que no tiene a nadie que le alacte? Nosotros somos las nodrizas de esta humanidad que ha perdido el seno de Dios, esta humanidad que vaga estéril y enferma, y que encontraría la muerte desesperada, el negro escepticismo, si no nos encontrase a nosotros, que, con la alegre laboriosidad de quien está libre de todo lazo terreno, los persuadiéramos de que hay una Vida, una Alegría, una Libertad, una Paz. No podemos renunciar a esta Caridad por un interés mezquino".

[6]Los árboles se dirigieron entonces al espino. Éste no los rechazó. 246.6
Pero impuso pactos severos: "Si me queréis como rey, venid aquí *debajo* de mí. Si me elegís y luego no queréis venir, haré de cada espina encendido tormento y os quemaré a todos, incluso a los cedros del Líbano".

¡He aquí cuáles son las realezas que el mundo acepta como verdaderas! La corrupción de la humanidad es causa de que se tomen por verdadera realeza la tiranía y la crueldad; la mansedumbre y bondad, por estupidez y bajos sentimientos. El hombre no se somete al Bien, pero sí se somete al Mal. El Mal lo seduce. La consecuencia es que el Mal le consume con fuego.

Éste es el apólogo de Abimélek. [7]Pues bien, voy a proponeros otro; 246.7
no lejano ni referido a hechos lejanos, sino cercano, presente.

Los animales pensaron en elegir a un rey. Como eran astutos,

pensaron elegir a uno del que no debiera temerse fuerza o ferocidad; descartaron, por tanto, al león y a todos los otros felinos. Dijeron que no querían a las rostradas águilas, ni a ninguna otra ave rapaz. Desconfiaron del caballo, que podía llegarse hasta ellos con rapidez, y ver sus acciones; desconfiaron todavía más del burro, del que conocían la paciencia, sí, pero también los repentinos arranques de furia y las fuertes pezuñas. Se horrorizaron ante la idea de tener por rey al mono, pues era demasiado inteligente y vengativo. Con respecto a la serpiente, con la disculpa de que se había prestado a Satanás para seducir al hombre, dijeron que no la querían como rey, a pesar de sus graciosos colores y la elegancia de sus movimientos; en realidad no la quisieron porque conocían su silencioso paso majestuoso, la fuerza de sus músculos, el terrible efecto de su veneno. ¿Elegir rey a un toro o a otro animal provisto de aguzados cuernos? ¡No hombre, no! "Que el diablo también los tiene" dijeron; pero en realidad pensaban: "Si nos rebelamos, un día nos extermina con sus cuernos".

Eliminando a unos y eliminando a otros, he aquí que vieron a un corderito regordete y blanco que triscaba alegre por un prado verde, hocicando en la rechoncha mama materna. No tenía cuernos; antes al contrario, unos ojos mansos como cielo de abril. Era manso y sencillo. De todo estaba contento: del agua de un pequeño riachuelo donde bebía hundiendo su morrillo rosado; de las florecillas de variados sabores que satisfacían el ojo y el paladar; de la tupida hierba, sobre la cual era bonito estar tumbado después de haber comido bien; y de las nubes, que parecían otros corderitos que correteasen por aquellos prados azules, allá arriba, y le invitaran a jugar, corriendo por el prado como ellas por el cielo; y, sobre todo, de las caricias de su mamá, la cual todavía le consentía alguna sobria chupada, lamiéndole, mientras tanto, la blanca lana con su rosada lengua; y del aprisco, seguro y protegido del viento, y de la cama, bien esponjosa y fragante, en que le era dulce dormir junto a su madre. "Es fácil contentarle. Y no tiene ni armas ni veneno. Es ingenuo. Hagámosle rey". Y le hicieron rey. Y se gloriaban de él, porque era hermoso y bueno y porque le admiraban los pueblos vecinos y le amaban los súbditos por su paciente mansedumbre.

246.8 [8]Pasó un tiempo. El cordero se hizo carnero, y dijo: "Llega el momento de gobernar *realmente*. Ahora tengo pleno conocimiento de mi misión. La voluntad de Dios —que permitió que fuera elegido rey— me ha formado para esta misión y me ha dado capacidad de reinar; justo es, por tanto, que la ejercite en forma plena, incluso porque, si no, sería desperdiciar los dones de Dios".

Viendo, pues, a súbditos hacer cosas contrarias a la honestidad

de las costumbres, o a la caridad, dulzura, lealtad, morigeración, obediencia, respeto, prudencia, etc. alzó su voz para amonestar. Mas he aquí que los súbditos se rieron de su balido sabio y dulce, que no atemorizaba como el rugido de los felinos, ni como el chillido de los buitres cuando se lanzan veloces sobre la presa, ni como el silbido de la serpiente... ni siquiera como los ladridos del perro que infunde temor.

El cordero, ya carnero, no se limitó a balar; fue donde los culpables para conducirlos de nuevo al cumplimiento del deber. Ahora bien, la serpiente se le escurrió por entre las patas; el águila se alzó en vuelo y le dejó plantado; los felinos, con una manotada, le apartaron amenazándole: "¿Ves lo que hay en esta mano afelpada que por ahora se limita a apartarte? Son garras"; los caballos, y todos los animales corredores en general, se pusieron a girar al galope alrededor de él en plan de burla; los robustos elefantes, u otros paquidermos, con un golpe del morro, lo tiraron a un lado o a otro; los monos, desde encima de los árboles, le hicieron blanco de sus proyectiles.

El cordero, ya carnero, acabó por inquietarse, y dijo: "No quería usar ni mis cuernos ni mi fuerza; porque también yo tengo fuerza en este cuello (tanto que será modelo para abatir obstáculos de guerra). No quería usarla porque prefiero usar el amor y la persuasión. Pero, dado que ante estas armas no os doblegáis, haré uso de la fuerza, porque no quiero faltar a mi deber para con Dios y para con vosotros, a pesar de que vosotros faltéis al vuestro para con Dios y para conmigo. He sido establecido aquí por vosotros y Dios para guiaros a la Justicia y al Bien, y aquí quiero que Justicia y Bien (es decir, Orden) reinen". Y castigó con los cuernos —ligeramente, porque era bueno— a un gozquejillo que seguía molestando a los que estaban a su lado; y luego, con su fortísimo cuello, echó abajo la puerta de la guarida donde un cerdo glotón y egoísta había almacenado provisiones en perjuicio de los demás; y tiró abajo también la mata de lianas que dos jóvenes monos habían elegido para sus ilícitos amores.

[9]"Este rey se ha hecho demasiado fuerte. Quiere realmente reinar 246.9
él y que vivamos una vida sabia. Esto no nos agrada. Hay que destronarle" dijeron.

Mas un mono joven y astuto aconsejó: "Hagámoslo de forma que parezca que ha sido por un motivo justo; si no, quedaremos mal ante los otros pueblos y nos atraeremos la enemistad de Dios. Vamos a espiar todo lo que hace el carnero para poderle acusar bajo apariencia de justicia".

"Me encargo de ello yo" dijo la serpiente. "Y yo" dijo el mono. Una arrastrándose por entre la hierba, el otro desde las copas de los árbo-

les, no perdieron ni un momento de vista al cordero. Y todas las noches, cuando él se retiraba para descansar de las fatigas de la misión y meditar en las medidas que debería tomar y en las palabras que tendría que usar, para domar la rebelión y vencer los pecados de los súbditos, entonces éstos, excepto alguno —raro— honesto y fiel, se reunían para escuchar el relato de los dos espías y traidores (pues traidores eran también).

La serpiente decía a su rey: "Te sigo porque te amo, para defenderte en caso de que te agredieran". El mono decía a su rey: "¡Como te admiro! Quiero ayudarte. Mira, desde aquí veo que más allá de este prado se está pecando. ¡Corre!" y luego decía a sus compañeros: "Hoy también ha tomado parte en el banquete de algunos pecadores. Ha simulado que iba allí para convertirlos, pero luego en realidad ha sido cómplice de sus orgías". Y la serpiente refería: "Se ha alejado incluso allende los confines de su pueblo, y ha entablado conversación con mariposas, moscardones y babosas. Es un infiel. Trata con extranjeros impuros".

Así hablaban a espaldas del inocente, creyendo que él lo ignorase. Pero el espíritu del Señor, que le había formado para su misión, le iluminaba también respecto a las conjuras de sus súbditos. Habría podido huir, indignado, maldiciéndolos. Pero el cordero era manso y humilde de corazón. Amaba: éste era su error. Y cometía un error aún mayor: el de perseverar en su misión, amando y perdonando, a costa de la vida, para cumplir la voluntad de Dios. ¡Oh, qué errores éstos ante los hombres! ¡Imperdonables! Tanto que le procuraron la condena.

"Muera. Para liberarnos de su opresión". Y la serpiente se encargó de matarle, porque siempre la traidora es la serpiente...

246.10 [10]Éste es el otro apólogo. ¡Ahora te toca a ti entenderlo, pueblo de Nazaret! Yo, por el amor que me une a ti, te deseo, al menos, que no pases del grado de pueblo hostil. El amor de la tierra a la que vine cuando era niño, en que crecí amándoos y siendo amado, me hace deciros a todos vosotros: "No seáis más que hostiles. No hagáis que la historia diga: 'De Nazaret vinieron su traidor y sus jueces inicuos'".

Adiós. Juzgaz con rectitud y quered con constancia: lo primero, todos vosotros; lo segundo, aquellos de entre vosotros que no vivan disturbados por pensamientos deshonestos. Me marcho... La paz sea con vosotros».

Y Jesús, en medio de un silencio penoso, quebrado sólo por dos o tres voces que le aprueban, sale, triste, cabizbajo, de la sinagoga de Nazaret.

246.11 [11]Le siguen los apóstoles. Al final de todos van los hijos de Alfeo (y

sus ojos no son, ciertamente, ojos de manso cordero)... Miran severamente a la multitud hostil, y Judas Tadeo, sin vacilaciones, se planta erguido ante su hermano Simón y le dice: «Creía que tenía un hermano más honesto y de carácter más fuerte».

Simón agacha la cabeza y calla. Pero el otro hermano, respaldado por otros de Nazaret, dice: «¡Deberías avergonzarte de ofender a tu hermano mayor!».

«No. Me avergüenzo de vosotros. De todos vosotros. Esta Nazaret no es simplemente una madrastra para el Mesías, es una madrastra depravada. Oíd mi profecía: Lloraréis tantas lágrimas como para alimentar una fuente, pero no servirán para lavar de los libros de la historia el verdadero nombre de esta ciudad y de vosotros. ¿Sabéis cuál es? "Estupidez". Adiós».

Santiago añade un saludo más amplio augurando luz de sabiduría. Y salen, junto con Alfeo de Sara y otros dos jóvenes que, si los reconozco bien, son los dos asnerizos que acompañaron a los jumentos usados para ir al encuentro de Juana de Cusa cuando estaba moribunda.

[12]La gente, que ha quedado confundida, murmura: «¿Pero de dón- 246.12
de le viene tanta sabiduría?».

«¿Y de dónde los milagros que hace? Porque hacerlos los hace. Toda Palestina lo dice».

«¿No es el hijo de José el carpintero? Todos le hemos visto hacer mesas y camas en el banco del artesano de Nazaret, y arreglar ruedas y cierres. Ni siquiera fue a la escuela. Su Madre fue su única maestra».

«Eso también fue un escándalo, que nuestro padre criticó» dice José de Alfeo.

«Pero también tus hermanos terminaron la escuela con María de José».

«¡Ya! Mi padre fue débil ante su mujer...» responde José.

«Entonces, ¿también el hermano de tu padre?».

«También».

«¿Pero es realmente el hijo del carpintero?».

«¿Pero es que no lo ves?».

«Hay muchos que se parecen. Creo que es uno que se hace pasar por él pero no lo es».

«¿Y dónde está entonces Jesús de José?».

«¿Pero tú crees que su Madre no le va a conocer!».

«Aquí están sus hermanos y hermanas, y todos ellos le reconocen como pariente. ¿No es verdad, vosotros dos?».

Los dos ancianos hijos de Alfeo asienten.

«Entonces se ha vuelto loco o está endemoniado, porque lo que dice no puede provenir de un obrero».

«Lo que habría que hacer es no escucharle. Su pretendida doctrina es delirio o posesión.»...

246.13 [13]...Jesús está parado en la plaza esperando a Alfeo de Sara, que habla con un hombre. Mientras espera, uno de los arrieros, que se había quedado cerca de la puerta de la sinagoga, le trae las calumnias que allí se han dicho.

«No te apenes por esto. Un profeta, generalmente, no recibe honor ni de su patria ni de su casa. El hombre es tan necio que cree que para ser profetas es necesario casi estar fuera de la vida; y los coterráneos y familiares, más que todos los demás, conocen y recuerdan la humanidad de su paisano y pariente. Pero la verdad triunfa siempre. Adiós. La paz sea contigo».

«Gracias, Maestro, por haber curado a mi madre».

«Lo merecías, porque supiste creer. Mi poder aquí es inoperante, porque aquí no hay fe. Vamos, amigos. Mañana al alba nos marchamos».

## 247. María Stma. instruye a la Magdalena en orden a la oración mental.

8 de agosto de 1945.

247.1 [1]«¿Dónde vamos a detenernos, mi Señor?» pregunta Santiago de Zebedeo mientras van caminando por un paso entre dos colinas enteramente cultivadas y verdes desde la base hasta la cima.

«En Belén de Galilea. Pero durante las horas más calurosas haremos una pausa en el monte que domina Meraba. Así tu hermano se sentirá otra vez dichoso al ver el mar» y Jesús sonríe; luego concluye: «Los hombres habríamos podido caminar más, pero llevamos detrás de nosotros a las discípulas, y, aunque no se quejen nunca, no tenemos que cansarlas excesivamente».

«No se quejan nunca. Es verdad. Nosotros nos quejamos más fácilmente» admite Bartolomé.

«Y eso que están menos acostumbradas que nosotros a esta vida...» dice Pedro.

«Quizás por eso lo hacen con gusto» dice Tomás.

«No, Toma. Lo hacen de buen grado y por amor. Convéncete de que ni mi Madre ni las otras mujeres de casa, como María de Alfeo, Salomé y Susana, dejan... así, con gusto, la casa para ir por los caminos del mundo y con la gente. Ni tampoco Marta y Juana —cuan-

do venga—, que no están acostumbradas a estas fatigas, lo harían con gusto si no las moviera el amor. [2]Respecto a María de Magdala, 247.2
sólo un poderoso amor le puede dar la fuerza para sufrir esta tortura» dice Jesús.

«Y, si sabes que es una tortura, ¿por qué se la has impuesto?» pregunta Judas Iscariote. «No es buena cosa ni para ella ni para nosotros».

«Sólo la demostración evidente, indudable, de su cambio podía persuadir al mundo. María quiere persuadir al mundo de esto. Su separación del pasado ha sido completa. Es completa».

«Eso habrá que verlo. Todavía es pronto para decirlo. Una vez que uno se ha acostumbrado a un tipo de vida, difícilmente se separa del todo. Nos hacen volver a él amistades y nostalgias» dice Judas Iscariote.

«¿Entonces sientes nostalgia por la vida de antes?» pregunta Mateo.

«Yo... no. Hablo en general. Yo soy yo: hombre, amo al Maestro y... Bueno, quiero decir que dispongo de elementos que me sirven para resistir en mi propósito; sin embargo, ella es una mujer, ¡y... qué mujer! Y, además, aunque su actitud fuera bien firme, es siempre poco agradable tenerla con nosotros. Si nos encontrásemos con rabíes, sacerdotes o fariseos importantes, podéis estar seguros de que sus comentarios no serían agradables. Con sólo pensarlo, ya me pongo colorado».

«No te contradigas, Judas. Si realmente has roto los puentes con el pasado, como pretendes decir, ¿por qué te duele tanto el que una pobre alma nos siga para completar su transformación en el Bien?».

«¡Por amor, Maestro! Yo también hago todo por amor, por amor hacia ti».

«Pues entonces perfecciónate en este amor tuyo. Un amor, para serlo verdaderamente, jamás debe ser exclusivismo. Cuando uno sabe amar sólo un objeto y no sabe amar ningún otro, amado por el objeto de su amor, demuestra que no está en el verdadero amor. El amor perfecto ama, con las debidas gradaciones, a todo el género humano, a los animales y plantas, estrellas y agua, porque todo lo ve en Dios. Ama a Dios como conviene y ama todo en Dios. Mira que el exclusivismo en amor es muchas veces egoísmo. Sabe, por tanto, llegar a amar también a los demás por amor».

«Sí, Maestro».

Entretanto, el objeto del contraste de opiniones va con las otras mujeres, al lado de María, sin pensar que es la causa de todo ese debate.

247.3 [3]Llegan a Yafia. La atraviesan. La dejan atrás. Ninguno de sus habitantes ha dado muestras de desear seguir al Maestro, ni de tratar de que se detuviera. Prosiguen: los apóstoles inquietos, por la indiferencia del lugar; Jesús tratando de calmarlos.

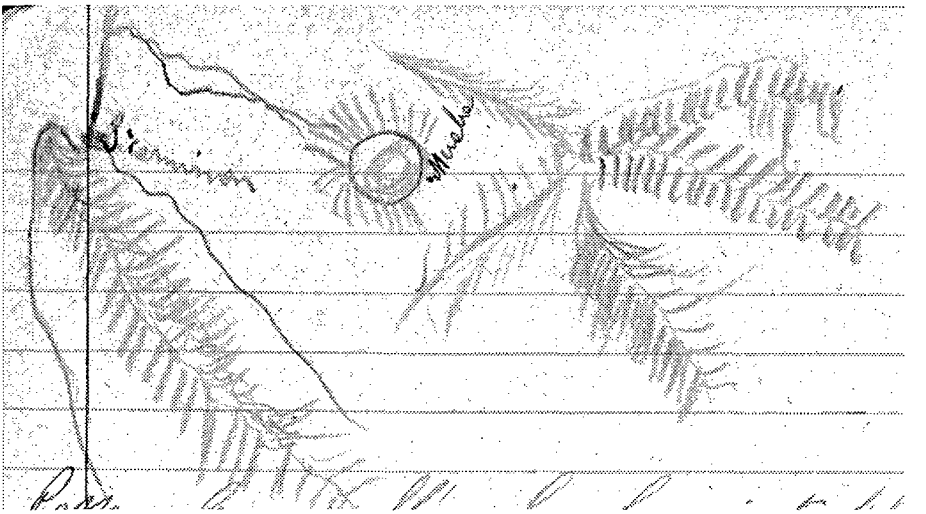
El valle continúa en dirección Oeste. Al fondo se ve otro pueblo dispuesto al pie de otro monte. Y también este pueblo —oigo que le llaman "Meraba"— se muestra indiferente. Los únicos que se acercan a los apóstoles —mientras sacan agua de una fuente clara que está pegada a una casa— son unos niños. Jesús los acaricia y les pregunta cómo se llaman; los niños, por su parte, también le preguntan su nombre, y quién es y a dónde va y qué hace. Se acerca también un mendigo semiciego, viejo, encorvado, y alarga la mano para pedir una limosna... y, efectivamente, la recibe.

Se reanuda la marcha con la subida de un monte, el que cierra el valle, en el que vierte las aguas de sus riachuelos, ahora reducidos a un hilo de agua o sólo a piedras resecas por el sol. Pero el camino es bueno: se abre, primero, entre bosques de olivos, luego bosques de otros árboles, que entrelazan sus ramas formando una galería verde por encima.

Llegan a la cima, coronada por un susurrante bosque de fresnos, si no me equivoco. Se sientan para descansar y alimentarse. Además de reposar y comer, deleitan la vista, porque el panorama es bellísimo, con la cadena del Carmelo a la izquierda de quien mira hacia el Oeste. Y, donde la verdísima cadena del Carmelo, en que pueden verse las más bellas tonalidades del verde, termina, allí brilla el mar, abierto, ilimitado, que se extiende con su velo movido por leves olas hacia el Norte, para bañar las orillas que, desde la punta del promontorio formado por el ramal extremo del Carmelo, suben hasta Tolemaida y las otras ciudades, y se pierde en una ligera niebla hacia la región sirofenicia. Sin embargo, al sur del promontorio del Carmelo, no se ve el mar, porque la cadena, que es más alta que el monte donde están, oculta su visión. *

Pasan las horas en la sombra susurrante del aireado bosque. Quién duerme, quién habla en voz baja, quién mira. Juan se aleja de sus compañeros y va al punto más alto posible, para ver más. Jesús se aparta, adentrándose en una zona frondosa para orar y meditar. Las mujeres, a su vez, se han retirado tras una cortina de ondeante madreselva toda en flor; allí se han refrescado, en un minúsculo manantial que, reducido a un hilo de agua, forma en la tierra un charco que no logra transformarse en arroyo. Luego las más mayores, can-

* *su visión.* En el dibujo de MV, inserto en la página siguiente, se leen los nombres de *Sicaminón* y *Meraba.*



sadas, se han quedado dormidas; mientras tanto, María Stma. con Marta y Susana están hablando de su casa, ya lejana, y María dice que querría tener esa hermosa mata toda en flor como revestimiento de su gruta.

[4]La Magdalena, que se había soltado el pelo porque no podía re- 247.4
sistir su peso, se lo recoge de nuevo y dice: «Voy adonde Juan, ahora que está con Simón, a mirar con ellos el mar».

«Yo también voy» responde María Stma.

Marta y Susana se quedan con las otras compañeras, que están durmiendo.

Para llegar a donde los dos apóstoles, deben pasar cerca de la zarza que Jesús ha elegido para retirarse en oración.

«Mi Hijo descansa con la oración» dice en voz baja María.

La Magdalena le responde: «Pienso que será indispensable para Él retirarse para mantener ese maravilloso dominio que tiene y que el mundo somete a dura prueba. ¿Sabes, Madre? He hecho como me dijiste. Todas las noches me retiro durante un tiempo más o menos largo para poder restablecer en mí misma esa calma que se ve turbada por muchas cosas; después me siento mucho más fuerte».

«Por ahora, fuerte; más adelante te sentirás beata. Créelo, María: tanto en la alegría como en el dolor, en la paz como en la lucha, nuestro espíritu necesita zambullirse enteramente en el océano de la meditación para reconstruir aquello que el mundo y las diversas vicisitudes derriban, y para crear nuevas fuerzas para subir cada vez más. En Israel se hace uso y abuso de la oración vocal. No quiero decir que sea inútil, ni que Dios la deteste; pero sí digo que siempre es mucho

más útil para el espíritu la elevación mental a Dios, la meditación, en que, contemplando su divina perfección y nuestra miseria, o la miseria de tantas pobres almas —no ya para criticarlas, sino para compadecernos de ellas y comprenderlas, y para mostrarnos gratas con el Señor, que nos ha sostenido para que no pecásemos, o nos ha perdonado para no dejarnos caídas—, llegamos realmente a orar, o sea, a amar. Porque la oración, para que sea realmente oración, debe ser amor. Si no, es un farfullar de labios del que el alma está ausente».

247.5 [5]«¿Pero es lícito hablar con Dios teniendo los labios todavía sucios de muchas palabras profanas? Yo, en mis horas de recogimiento, que hago como me has enseñado tú, mi dulcísimo apóstol, hago violencia a mi corazón, que querría decirle a Dios: "Te amo"...».

«¡No! ¡Eso no! ¿Por qué?».

«Porque me parece que sería un ofrecimiento sacrílego por mi parte ofrecerle mi corazón...».

«No hagas eso, hija, no lo hagas. Tu corazón, ante todo, ha sido consagrado de nuevo por el perdón del Hijo, y el Padre no ve sino este perdón. Pero, aunque Jesús no te hubiera perdonado todavía, y tú, en ignorada soledad —que puede ser tanto material como moral—, gritaras a Dios: "Te amo, Padre. Perdona mis miserias, porque me duelen por el pesar que te causan", cree, María, que el Padre Dios por su parte te absolvería, y le sería grato tu grito de amor. Abandónate, abandónate al amor sin oponerle violencia; antes al contrario, deja que el amor adquiera la violencia de un fuego devorador. El fuego consume todo lo material, pero no destruye nada de aire, porque el aire es incorpóreo (al contrario: lo purifica de los detritos minúsculos que en él esparce el viento, lo hace más ligero). Así es el amor para el espíritu: consume antes la materia del hombre, si Dios lo permite, mas no destruye el espíritu, sino que acrecienta su vitalidad y

247.6 le hace puro y ágil para que suba a Dios. [6]¿Ves allí a Juan? Es sólo un muchacho, y, sin embargo, es una águila; es el más fuerte de todos los apóstoles; porque ha comprendido el secreto de la fortaleza, de la formación espiritual: la amorosa meditación».

«Pero él es puro, yo... él es un muchacho, yo...».

«Pues mira entonces al Zelote, que no es un muchacho. Ha vivido, ha luchado, ha odiado; lo confiesa con sinceridad. Pero ha aprendido a meditar. Y créeme que él también está muy arriba. ¿Ves? Se buscan ellos dos. Porque se sienten iguales. Han alcanzado la misma edad perfecta del espíritu, y con el mismo medio: la oración mental: por ella, el muchacho se ha hecho viril en el espíritu; por ella, el otro, ya mayor y cansado, ha vuelto a una fuerte virilidad. Y, ¿sabes otro que, sin ser apóstol, adelantará mucho —es más, ya está muy ade-

lantado— por su tendencia natural a la meditación, que desde que es amigo de Jesús se ha hecho en él una necesidad espiritual? Pues tu hermano».

«¿Mi Lázaro?... [7]¡Oh, Madre, tú que sabes tantas cosas, porque 247.7
Dios te las muestra, dime cómo me tratará Lázaro la primera vez que me vea? Antes guardaba silencio con desdén. Pero lo hacía porque yo no admitía que me hicieran observaciones. He sido muy cruel con mis hermanos... Ahora lo comprendo. Ahora que sabe que puede hablar, ¿qué me dirá? Temo una abierta recriminación suya. Ciertamente me recordará todas las penas que he causado. Quisiera presentarme ante él inmediatamente. Pero tengo miedo. Antes iba, y no me inquietaba siquiera el recuerdo de nuestra madre muerta, ni sus lágrimas, vivas aún sobre los objetos que usó, lágrimas vertidas por mí, por mi culpa. Mi corazón era cínico, altanero, cerrado a cualquier voz que no fuera "mal". Pero ahora yo no tengo ya la malvada fuerza del Mal, y tiemblo... ¿Qué me hará Lázaro?».

«Te abrirá los brazos y te llamará, más con el corazón que con los labios, "hermana amada". Está tan formado en Dios, que no puede usar otros modos. No temas. No te dirá nada que haga referencia al pasado. Está —es como si le estuviera viendo— allí, en Betania, y se le hacen muy largos los días de su espera. Te está esperando a ti, para estrecharte contra su corazón, para saciar su amor de hermano. Si quieres gustar la dulzura de haber nacido del mismo seno, no tienes que hacer nada más que quererle como él te quiere».

«Le querría aunque me reprendiera. Me lo merezco».

«No. Te amará y nada más. Sólo te querrá».

[8]Ya han llegado donde Juan y Simón, que están hablando de los 247.8
futuros viajes. Ambos se ponen en pie, en signo de reverencia, cuando llega la Madre del Señor.

«Venimos también nosotras a glorificar al Señor por las hermosas obras de su creación».

«¿Has visto alguna vez el mar, Madre?».

«Sí, lo he visto. Entonces el mar, a pesar de la tempestad, estaba menos turbado que mi corazón, y sus aguas menos saladas que mi llanto, mientras huía siguiendo el litoral desde Gaza hacia el Mar Rojo, con mi Niño en brazos y el miedo a Herodes detrás. Lo vi también al regreso. Entonces era primavera en la tierra y en mi corazón. La primavera del regreso a la patria. Jesús daba palmadas con sus manitas, contento de ver cosas nuevas... Yo y José también nos sentíamos felices. De todas formas, la bondad del Señor, en mil modos, nos había aligerado el exilio en Matarea».

Su conversación sigue mientras me cesa la capacidad de ver y oír.

## 248. En Belén de Galilea. Juicio ante un homicidio y parábola de los bosques petrificados.

9 de agosto de 1945.

248.1 [1]Declina el día cuando llegan a Belén de Galilea. Se ve que es destino de las ciudades de este nombre el extenderse plácidas sobre onduladas colinas cubiertas de verdor, de bosques, de prados en que pastan rebaños que luego, para la noche, bajan hacia los apriscos. Una música pastoral hecha de esquilas y un leve vibrar de balidos, a los que se unen los gritos alegres de los niños que juegan y de las madres que los llaman, llenan el ambiente arrebolado, vestigio del potente ocaso que acaba de cumplirse.

«Judas de Simón, ve con Simón a buscar alojamiento para nosotros y las mujeres. En el centro del pueblo está la posada; luego iremos nosotros».

Mientras Judas y el Zelote obedecen, Jesús se vuelve a su Madre y le dice: «Esta vez no sucederá como en la otra Belén. Encontrarás dónde descansar, Madre mía. En este tiempo viajan pocos, y no hay ningún edicto».

«En este tiempo sería dulce incluso dormir en los prados, en medio de estos pastores, entre sus corderitos» y María sonríe a su Hijo, y a unos pastorcillos curiosos que la miran fijamente.

248.2 [2]Sonríe de tal forma, que uno de ellos da un codazo al otro y le dice en voz baja: «Seguro que es Ella» y se acerca sin vacilar y dice: «Salve, María llena de gracia. ¿El Señor está contigo?».

María responde con una sonrisa aún más dulce: «Aquí está el Señor» y señala a Jesús, que se ha vuelto para hablar con sus primos, para decirles que den limosnas a los pobres que se acercan pidiendo quejumbrosamente. Y toca levemente a su Hijo, la Madre, y le dice: «Hijo mío, estos pastorcitos te buscan, y me han reconocido; no sé cómo...».

«Está claro que por aquí ha pasado Isaac dejando el perfume de la revelación. Jovencito, ven aquí».

El pastorcillo, un morenito de unos doce o catorce años, fuerte a pesar de ser delgado, de ojos vivos, negrísimos, y cabellos que le caen lacios formando una melena de ébano, envuelto en su piel de oveja —me da la impresión de una copia, muy joven, del Precursor—, se acerca a Jesús, como embelesado, con sonrisa beatífica.

«Paz a ti, niño. ¿Cómo has reconocido a María?».

«Porque sólo la Madre del Salvador podía tener esa sonrisa y ese rostro. Me dijeron: "Una cara de ángel, ojos de estrella, sonrisa más dulce que el beso de una madre, dulce como su nombre, María; una

cara tan santa, que pudo inclinarse hacia el Dios recién nacido". He visto esto en Ella y la he saludado porque te buscaba. Te buscábamos, Señor, y... no me atrevía a saludarte a ti el primero».

«¿Quién te ha hablado de nosotros?».

«Isaac de la otra Belén. Y prometió que nos llevaría a ti en cuanto llegara el otoño».

«¿Ha estado aquí Isaac?».

«Está todavía por estas regiones, con muchos discípulos. A nosotros, los pastores, fue él quien nos habló. Creímos en su palabra. [3]Señor, deja que te adoremos nosotros también, como nuestros compañeros en aquella noche dichosa» y se arrodilla en el polvo del camino y lanza un grito a los otros pastores, que han detenido el rebaño a las puertas de la ciudad (puertas por llamarlas de alguna manera, porque en realidad no es una ciudad ceñida de muros), en el mismo lugar en que Jesús se había parado para esperar a las mujeres y entrar con ellas en el pueblo. 248.3

El pastorcillo grita: «Padre, hermanos, amigos: hemos encontrado al Señor. Venid. Adorémosle».

Y los pastores vienen, se arremolinan con su rebaño en torno a Jesús y le ruegan que no busque alojamiento en otro lugar, sino que acepte su pobre casa, que está a poca distancia, para él y sus amigos. «Es un aprisco grande» explican. «Dios nos protege, y tenemos habitaciones, y cobertizos llenos de heno fragante. Las habitaciones para tu Madre y sus hermanas, porque son mujeres. De todas formas, también hay una habitación para ti. Los otros pueden dormir con nosotros en los cobertizos, sobre el heno».

«Yo también estaré con vosotros. Será para mí un descanso más agradable que si durmiera en la habitación de un rey. Pero vamos antes a avisar a Judas y a Simón».

«Voy yo, Maestro» dice Pedro, y se marcha junto con Santiago de Zebedeo.

Se quedan al borde del camino esperando a que regresen los cuatro apóstoles.

[4]Los pastores miran a Jesús como si fuera ya Dios en su gloria. A los más jóvenes se los ve verdaderamente felices; da la impresión de que quisieran grabarse en la mente hasta los más mínimos detalles de Jesús y María, la cual se ha agachado a acariciar a unos corderos que han venido a empinar su morrito, balando, contra sus rodillas. 248.4

«Había uno, en casa de mi pariente Isabel, que me lamía las trenzas cada vez que me veía. Le llamaba "amigo", porque era verdaderamente amigo mío, como un niño; en cuanto podía, venía a mí corriendo. Éste me le recuerda completamente, con estos dos ojos su-

yos de dos colores. ¡No le matéis! Al otro también se le dejó en vida por el amor que me tenía».

«Es una cordera, Mujer; la queríamos vender porque tiene los ojos de dos colores y creo que por uno ve poco. Pero nos quedaremos con ella si tú lo quieres».

«¡Oh, sí! Ya de por sí quisiera que nunca se matará a ningún corderito... Son tan inocentes... y tienen una voz como la de un niño llamando a su mamá. Matar a uno de éstos me parecería como matar a un niño».

«Pero entonces, Mujer, no habría sitio para nosotros en la tierra, si vivieran todos los corderitos» dice el pastor más anciano.

«Lo sé. Pero pienso en su dolor y en el de las ovejas madres. Lloran mucho cuando les quitan a sus hijos. Parecen realmente madres como nosotras. No puedo ver sufrir a nadie, y ante una madre deshecha de dolor yo también siento un desgarro interior. Es un dolor distinto de todos los otros dolores, porque a nosotras el golpe de la muerte de un hijo nos lacera no sólo el corazón y el cerebro sino las propias vísceras. Nosotras, las madres, permanecemos unidas a nuestro hijo siempre; quitárnoslo significa lacerarnos completamente.»

Ya no sonríe María; tiene un brillo de llanto en sus ojos azules, y mira a su Jesús (que a su vez la está escuchando y mirando) y pone una mano sobre el brazo de Él, como si temiera que fueran a arrebatárselo de su lado de un momento a otro.

248.5 [5]Por el camino polvoriento se acerca una pequeña guarnición de soldados —seis hombres— junto con otras personas que vienen hablando a voces. Los pastores miran y hablan en tono bajo entre sí. Luego miran a María y a Jesús.

El más anciano habla: «Entonces ha sido acertado el que no entraras en Belén esta tarde».

«¿Por qué?».

«Porque aquella gente que ha pasado y ha entrado en la ciudad va para arrebatar un hijo a una madre».

«¡¿Pero, por qué?!».

«Para matarle».

«¡Oh, no! ¿Qué ha hecho?».

Jesús también lo pregunta. Los apóstoles se arremolinan para oír.

«Han encontrado muerto en el camino del monte al rico Joel. Volvía de Sicaminón lleno de dinero. De todas formas, no han sido los ladrones, porque el muerto tenía todavía el dinero. El siervo que le acompañaba dice que su señor le había dicho que se adelantase de-

prisa para avisar de su regreso; pues bien, por el camino, y dirigido hacia el lugar en que se cometió el homicidio, vio solamente al joven que ahora van a matar. Además, dos del pueblo juran que le han visto agredir a Joel. Ahora los parientes de la víctima exigen su muerte. Y si es homicida...».

«¿No lo crees?».

«No lo creo posible. El joven es poco más que un muchacho. Es bueno. Es hijo único y vive siempre con su madre, que es viuda, y además una viuda santa. No pasa necesidad ni piensa en las mujeres ni es un pendenciero, no está desquiciado... ¿Por qué iba a haber matado?».

«¿Tiene enemigos?».

«¿Quién: Joel, el muerto, o Abel, el acusado?».

«El acusado».

«¡Ah! No sabría decirte... Pero... No sé qué decirte».

«Sé franco».

«Señor, es una cosa que pienso; Isaac dice que no se debe pensar mal del prójimo».

«Pero se debe tener la valentía de hablar para salvar a un inocente».

«Si hablo, tenga razón o esté equivocado, me veré obligado a huir de aquí porque Aser y Jacob son poderosos».

«Habla sin miedo. No tendrás que huir».

«Señor, la madre de Abel es joven, guapa y sensata. Aser no es sensato, ni tampoco Jacob; al primero le gusta la viuda y al segundo... bueno, el pueblo sabe que el segundo es un cuco en el tálamo de Joel. Yo pienso que...».

«Comprendo. [6]Vamos, amigos. Vosotras quedaos con los pastores. 248.6
Volveré pronto».

«No, Hijo. Voy contigo».

Jesús ya se ha echado a andar, diligentemente, hacia el interior de la ciudad. Los pastores permanecen indecisos, pero luego dejan el rebaño a los más jóvenes, que se quedan con todas las mujeres (menos la Madre y María de Alfeo, que siguen a Jesús) y se ponen a caminar para alcanzar al grupo apostólico.

En la tercera travesía de la calle central de Belén se encuentran con Judas Iscariote, Simón, Pedro y Santiago, los cuales vienen ya hacia abajo gesticulando y hablando alto.

«¡Ay, lo que está sucediendo, Maestro... lo que está sucediendo! ¡Qué cosa más triste!» dice Pedro todo impresionado.

«Están quitándole el hijo a una madre por la fuerza para matarle, y ella le defiende como una hiena; pero es sólo una mujer contra

soldados» añade Simón Zelote.

«Sangra ya por muchas partes» dice Judas.

«Le han echado abajo la puerta porque se había encerrado en su casa» termina Santiago de Zebedeo.

«Voy donde esa mujer».

«¡Oh! ¡sí! Sólo Tú puedes confortarla».

248.7 [7]Giran hacia la derecha, luego a la izquierda, hacia el centro del pueblo. Ya se ve la tumultuosa aglomeración de gente que se mueve agitada y hace presión ante la casa de Abel, y hasta aquí llegan los gritos desgarradores de una mujer, infrahumanos, feroces y lastimosos al mismo tiempo.

Jesús acelera el paso y llega a una placita diminuta —más que una plaza es una curva del camino, que aquí se ensancha— en la cual el tumulto es máximo.

La mujer, aferrada con una mano (que ahora es verdadera garra de hierro) a lo que queda de la puerta abatida, circundando con el otro brazo la cintura del muchacho, disputa su hijo a los soldados; y, si uno trata de separarla, muerde furiosamente, sin hacer caso de los golpes que recibe ni de los tirones de pelo que le dan (tan bestiales, que le vuelven hacia atrás la cabeza); y, cuando no muerde, grita: «¡Dejadle! ¡Asesinos! ¡Es inocente! ¡La noche del asesinato de Joel dormía a mi lado! ¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Calumniadores! ¡Inmundos! ¡Perjuros!».

Y el muchacho, aferrado de los hombros por los que le capturan, arrastrado por los brazos, se vuelve y, con rostro desencajado, grita: «¡Mamá! ¡Mamá! ¿Por qué tengo que morir si no he hecho nada?». Es un jovencito de buena presencia, alto, grácil, de ojos oscuros y tiernos, pelo negro un poco ondulado. El vestido desgarrado deja ver su cuerpo ágil y juvenil, casi todavía de niño.

Jesús, con la ayuda de los que le acompañan, incide en la multitud, compacta como una roca, y se abre paso hasta el penoso grupo, precisamente en el momento en que logran separar de la puerta a la mujer, derrengada, y se la llevan, arrastrándola, como un saco unido al cuerpo de su hijo, por el camino pedregoso.

Esto dura poco de todas formas, porque, con un tirón más violento, separan la mano materna de la cintura de su hijo, y la mujer cae boca abajo y se golpea fuertemente la cara contra el suelo, con lo cual sangra más todavía. En seguida se alza otra vez, sólo de rodillas, y tiende hacia adelante los brazos, mientras su hijo —se lo llevan rápidamente, en la medida en que lo permite la muchedumbre, que se abre con dificultad— logra liberar el brazo izquierdo, lo agita y, torciéndose hacia atrás, grita: «¡Mamá! ¡Adiós! ¡Recuerda, tú al

menos, que soy inocente!». La mujer le mira con ojos de loca y cae al suelo sin conocimiento.

[8]Jesús se presenta delante del grupo de apresadores. «Deteneos 248.8
un momento. ¡Os lo ordeno!». (Su rostro no admite réplica).

«¿Quién eres?» dice, agresivo, uno de la ciudad que está en el grupo. «No te conocemos. Apártate y déjanos seguir para que muera antes de que se haga de noche».

«Soy un Rabí. El más grande. En nombre de Jeohveh, deteneos, u os fulminará». (Ya parece fulminar Él). «¿Quién testifica contra éste?».

«Yo, él y él» responde el que había hablado antes.

«Vuestro testimonio no es válido porque no es verdadero».

«¿Qué te autoriza a decirlo? Podemos jurarlo».

«Vuestro juramento es pecado».

«¿Pecar nosotros? ¿Nosotros?».

«Vosotros. De la misma forma que albergáis lujuria, nutrís odio, ambicionáis riquezas y sois homicidas, sois también perjuros. Os habéis vendido a la Inmundicia. Podéis cumplir cualquier indecencia».

«¡Ten cuidado con lo que dices! Soy Aser...».

«Y Yo soy Jesús».

«No eres de aquí, no eres ni sacerdote ni juez. No eres nada. Eres un extranjero».

«Sí, soy el Extranjero porque la tierra no es mi Reino. Pero soy Juez y Sacerdote, no sólo de esta pequeña parte de Israel, sino de todo Israel y de todo el mundo».

«¡Vamos, vamos, que éste es un loco!» dice el otro testigo, y da un empujón a Jesús para apartarle.

«Tú no das un solo paso más» dice Jesús con voz de trueno y mirándole con una mirada de milagro, que, de la misma forma que devuelve vida y alegría, también subyuga y paraliza cuando quiere. «Tú no das un solo paso más. [9]¿No crees en lo que digo? Pues bien, 248.9
* entonces mira. Aquí no hay ni tierra ni agua del Templo, ni hay palabras escritas con tinta para hacer amarguísima al agua que es juicio de celos y adulterio. Pero estoy Yo, *y Yo juzgo*». La voz de Jesús es tan penetrante, que suena como toque de trompeta.

La gente se arremolina tratando de ver. Sólo María Stma. y María de Alfeo se han quedado a socorrer a la madre desvanecida.

«Y hago juicio así: dadme un puñado de tierra del camino y un poco de agua en una orza; mientras me lo traen, vosotros, los acusadores, y tú, el acusado, respondedme. Hijo, ¿eres inocente?; dilo con

* ... *tierra... agua... juicio de celos y adulterio*: se trata del juicio de Dios según la prescripción mosaica de *Números 5, 11-31*.

sinceridad a tu Salvador».

«Lo soy, Señor».

«Aser, ¿puedes jurar que no has dicho sino la verdad?».

«Lo juro. No tendría motivo para mentir. Lo juro por el altar. Baje del Cielo un fuego que me queme si no digo la verdad».

«Jacob, ¿puedes jurar que tu acusación es sincera y que no te impulsa a mentir un motivo secreto?».

«Lo juro por Yeohveh. Si hablo es sólo por amor a mi amigo asesinado. No tengo nada personal contra éste».

«Y tú, siervo, puedes jurar que has dicho la verdad?».

«¡Si hace falta lo juro mil veces! ¡Mi amo, mi pobre amo!...» y llora cubriéndose la cabeza con el manto.

«Bien. Aquí están el agua y la tierra. Las palabras son éstas: "Tú, Padre santo y Dios altísimo, cumple juicio verdadero por medio de mí. Para que reciban: el inocente, vida; honor, la madre desolada. Para que reciba digno castigo quien no es inocente. Pero, por la gracia de que gozo ante tus ojos, no les venga a los que han cometido pecado ni llama ni muerte, sí una larga expiación"».

Dice estas palabras mientras mantiene extendidas las manos sobre la orza, como hace el sacerdote en el altar durante la Misa, en el ofertorio. Luego mete la derecha en la orza y, con la mano mojada de agua asperja a los cuatro que sufren el juicio, y les hace beber un sorbo de esa agua; primero al joven, luego a los otros tres. Después cruza los brazos y los mira.

248.10 [10]También la gente mira, pero, pasados unos momentos, lanzan un grito y se arrojan rostro en tierra. Entonces los cuatro, que estaban en fila, se miran unos a otros, y a su vez gritan: el primero, el joven, de estupor; los otros, de horror (en efecto, han visto cubierto su rostro de repentina lepra, una lepra de la que el joven ha quedado inmune).

El siervo se arroja a los pies de Jesús, el cual se aparta como todos, soldados incluidos (y se aparta, además, cogiendo de la mano al jovencito Abel, para que no se contamine con la cercanía de los tres leprosos). El siervo grita: «¡No! ¡No! ¡Perdón! ¡Estoy leproso! Han sido ellos, que me pagaron para que retrasara hasta la noche a mi señor, y así agredirle en el camino desierto. Me hicieron expresamente quitarle las herraduras a la mula. Me enseñaron la mentira de que me había adelantado, cuando la realidad era que estaba con ellos para matarle. Y digo también por qué lo han hecho: porque Joel se había dado cuenta de que Jacob amaba a su joven esposa, y porque Aser deseaba a la madre de éste y ella le rechazaba. Se pusieron de acuerdo para liberarse de Joel y de Abel juntos y gozarse las muje-

res. He dicho. ¡Quítame la lepra, quítamela! ¡Abel, tú que eres bueno ruega por mí!».

«Ve adonde tu madre. Que cuando se recobre vea tu cara y vuelva a la vida serena. Y vosotros... A vosotros os debería decir: "Hágase con vosotros lo que vosotros habéis hecho". Sería humanamente justo. Pero quiero confiaros a una expiación sobrehumana. La lepra de que os horrorizáis os salva de que os prendan y os maten, como merecéis. Pueblo de Belén, apártate, ábrete como las aguas del mar para dejar que éstos partan para su larga condena, ¡Tremenda condena! Más terrible que una muerte rápida. Y es misericordia divina, para darles el modo de enmendarse, si quieren. ¡Idos!».

La gente se retira hacia las paredes de las casas, dejando así libre el centro de la calle; y los tres, cubiertos de lepra como si ya desde años atrás estuviesen enfermos, van, uno tras otro, hacia la montaña. Y en el silencio y el crepúsculo que descienden y han hecho callar toda voz de aves y cuadrúpedos, sólo se oye su llanto.

«Purificad el camino con fuego y abundante agua. Vosotros, soldados, id y referid cómo se ha hecho justicia según la más perfecta ley mosaica». Y Jesús hace ademán de querer volver hacia donde están su Madre y María Cleofás socorriendo todavía a la mujer, que lentamente vuelve en sí mientras su hijo acaricia y besa sus manos heladas; [11]pero la gente de Belén, con un respeto que es casi terror, 248.11
ruega: «Háblanos, Señor. Eres realmente poderoso. Eres, sin duda, aquel de quien habló el hombre que pasó por aquí anunciando al Mesías».

«Hablaré por la noche cerca del aprisco de los pastores. Ahora voy a confortar a la madre de Abel».

Y va hacia la mujer, la cual, sentada en el regazo de María de Alfeo, vuelve cada vez más en sí, y mira al rostro amoroso de María, que le sonríe. Pero no comprende... hasta que baja su mirada y la fija en la cabeza morena de su hijo, que está inclinado hacia sus manos temblorosas, y pregunta: «¿Yo también estoy muerta? ¿Esto es el Limbo?».

«No, mujer, es la Tierra; éste es tu hijo, salvado de la muerte; y éste es Jesús, mi Hijo, el Salvador».

La primera reacción de la mujer es un movimiento lleno de humanidad: reúne sus fuerzas y alarga su cuerpo hacia su hijo, le coge su cabeza agachada, le ve vivo y sano, y le besa frenéticamente, llorando, riendo, recordando todos los nombres de la cuna para expresarle su alegría.

«Sí, mamá, sí; pero ahora no me mires a mí, sino a Él, a Él, que me ha salvado. Bendice al Señor».

La mujer, aún demasiado débil para ponerse en pie o arrodillarse, alarga sus manos, todavía temblorosas y sangrantes, toma la mano de Jesús y la cubre de besos y lágrimas.

Jesús le pone la mano izquierda sobre la cabeza y le dice: «Sé feliz. En paz. Sé siempre buena. Y tú también, Abel».

«No, Señor mío. Mi vida y la de mi hijo son tuyas, porque Tú las has salvado. Deja que él vaya con los discípulos, como ya deseaba desde que estuvieron aquí. Te lo doy con gran alegría, y te ruego que me permitas seguirle para servirle a él y a los siervos de Dios».

«¿Y tu casa?».

«¡Señor, ¿puede acaso uno que ha resucitado de la muerte seguir teniendo los mismos afectos que tenía antes de morir?! Mirta ha resurgido por ti de la muerte y del infierno. Si permanezco en esta ciudad, podría llegar a odiar a los que me han torturado en mi hijo, y Tú sé que predicas el amor. Deja, pues, que la pobre Mirta ame al Único que merece amor, y a su misión y a sus siervos. Ahora me siento todavía agotada, no podría seguirte; pero, en cuanto pueda, permítemelo, Señor. Te seguiré a ti y estaré con mi Abel...».

«Seguirás a tu hijo y a mí con él. Sé feliz. Queda en paz ahora, con mi paz. Adiós».

Y, mientras la mujer con la ayuda de su hijo y de algunos otros compasivos entra en su casa, Jesús, con los pastores, los apóstoles, su Madre y María de Alfeo, sale del pueblo y se dirige hacia el aprisco, sito al extremo de una calle que termina en los campos...

248.12 [12]... Una gran fogata está encendida para iluminar la reunión. Sentados en semicírculos en los campos, muchas personas esperan a que Jesús vaya y les hable. Entretanto ellos conversan de las cosas que han pasado durante el día. Entre ellos está también Abel, con el cual muchos se felicitan diciendo que *todos* creían en su inocencia.

«¡Pero me habríais matado! Incluso tú —no puede contenerse de responder el jovencito—, que me habías saludado delante de la puerta de casa precisamente a la hora en que asesinaron a Joel.» Y añade: «Pero te perdono en nombre de Jesús».

Jesús ya ha salido del aprisco y está yendo hacia ellos. Alto, vestido de blanco, en medio de los apóstoles, seguido por los pastores y las mujeres.

«Paz a todos vosotros.

Si el hecho de haber venido ha valido para instaurar el Reino de Dios entre vosotros, bendito sea el Señor; si haber venido ha valido para hacer brillar la inocencia, bendito sea el Señor; si haber llegado a tiempo de impedir un delito sirve para dar a tres que son culpables el modo de redimirse, bendito sea el Señor. Ahora bien, de entre to-

das las cosas que esta jornada sugiere meditar, y que meditaremos mientras la noche desciende a envolver en tinieblas la alegría de dos corazones y el remordimiento de otros tres —y en sus tinieblas esconde, como bajo un púdico velo, las lágrimas de gozo de los primeros y las lágrimas abrasadoras de los otros; mas Dios las ve—, entre todas estas cosas, está la que indica que nada de lo que Dios ha dado como Ley es inútil.

[13]Israel observa mucho, sólo nominalmente, la Ley que Dios ha 248.13
dado; en realidad no la observa. Ahí está la Ley. La analizan, la escrutan, la descuartizan... hasta que muere torturada con minuciosas sutilezas. Ahí está. Pues bien, de la misma forma que un cadáver momificado no tiene vida ni respiración ni circulación de sangre (a pesar de tener la apariencia de alguien que, inmóvil, duerme), la Ley tampoco tiene vida ni respiración ni sangre en demasiados corazones; demasiados, demasiados. En una momia uno se puede sentar como si fuera una banqueta; en ella se pueden apoyar objetos, vestidos o inmundicias, si se quiere, y no se rebela porque no tiene vida. Así, muchos hacen de la Ley una banqueta, un apoyo, un lugar donde arrojar sus porquerías, seguros como están de que no se rebelará en su conciencia, porque para ellos ha muerto.

Podría comparar a buena parte de Israel con los bosques petrificados que se ven diseminados por el valle del Nilo y en el desierto egipcio. Eran verdaderos bosques, de árboles vivos nutridos de savia, susurrante su follaje bajo el sol, bellos con sus abundantes frondas, flores y frutos. Hacían del lugar en que se alzaban un pequeño paraíso terrenal, grato a hombres y animales, que olvidaban la aridez desolada del desierto, la sed abrasadora que las arenas, penetrando en la garganta con su polvo ardiente, producen en el hombre; olvidaban el despiadado sol que calcifica en poco tiempo los cadáveres, descarnándolos, consumiendo sus carnes y convirtiéndolas en polvo, dejando yacentes, entre las curvas de las arenas, abundantes esqueletos, limpios como por la mano de un atento artesano; olvidaban todo en esta verde sombra, susurrante, rica de frutos y agua que daban nuevas fuerzas, aliviaban, devolvían el coraje para nuevos trayectos.

Luego, por causa desconocida, cual cosas malditas, no sólo se secaron, como los árboles que cuando mueren sirven todavía para encender fuego en los hogares del hombre, o sirven a los peregrinos de países lejanos para hacer hogueras que iluminen la oscuridad, mantengan alejadas a las fieras y disipen la humedad de la noche; no sólo se secaron, sino que no sirvieron tampoco para leña: se hicieron de piedra; piedra. Parecía como si, por un sortilegio, la sílice del suelo hubiera subido de las raíces al tronco, a las ramas, a las hojas; luego,

los vientos quebraron las ramitas más delgadas, que se habían hecho como de alabastro, duro y frágil al mismo tiempo. Pero las ramas más resistentes están allí, unidas a sus fuertes troncos, para engaño de las cansadas caravanas, que con el reflejo cegador del sol o la luz espectral de la luna ven perfilarse las sombras de los troncos que se alzan enhiestos en las llanuras elevadas o en el fondo de esos valles que reciben el agua sólo durante las fecundas crecidas; caravanas que, por el ansia de un refugio, de alivio, de un pozo, de frutos frescos, y por el cansancio de los ojos cegados por el sol en las arenas desprotegidas, se lanzan hacia los bosques fantasmas, ¡verdaderamente fantasmas!: ilusoria apariencia de cuerpos vivos; real presencia de cosas muertas.

Yo los he visto. Me quedaron impresos, a pesar de que fuera poco más de un párvulo, como una de las cosas más tristes de la Tierra; así me parecieron hasta que no toqué, medí, pesé, las cosas *totalmente* tristes de la Tierra, totalmente tristes por estar completamente muertas. Las cosas inmateriales, o sea, las virtudes y almas muertas: las primeras, muertas en las almas; las almas, muertas por haberse matado.

248.14 [14]La Ley está en Israel, pero su presencia es como la de los árboles petrificados en el desierto. Han venido a ser sílice. Muertos. Objeto de engaño. Objeto destinado a disgregarse sin servir; antes al contrario, perjudicando, porque crean espejismos que seducen y, atrayendo hacia su muerte, alejan de los verdaderos oasis, y hacen morir de sed, de hambre, de desolación. Es una muerte que atrae a otros a la muerte, como se lee en algunas fábulas de mitos paganos.

Hoy habéis tenido un ejemplo de lo que es una Ley reducida a piedra en un alma también petrificada: es pecado de todo tipo, creador de desventura. Que os sirva para saber vivir, y saber hacer revivir la Ley en vosotros, con toda su integridad iluminada por mí con luces de misericordia.

La noche está solemne. Las estrellas nos miran y con ellas Dios. Alzad la mirada al cielo estrellado y elevad el espíritu a Dios. Y, sin críticas hacia esos desdichados que ya han recibido el castigo de Dios, y sin orgullos por no tener su pecado, prometed a Dios y prometeos a vosotros mismos no caer en la aridez de los árboles malditos de los desiertos y valles de Egipto.

La paz sea con vosotros».

Los bendice y luego se retira al vasto recinto del aprisco, rodeado de rústicos pórticos, bajo los cuales los pastores han extendido mucho heno para que sirva de lecho a los siervos del Señor.

## 249. María Stma. instruye a Judas Iscariote sobre el deber preeminente de la fidelidad a Dios.

10 de agosto de 1945.

[1]La mañana calma y luminosa favorece la marcha. Van salvando 249.1
colinas orientadas hacia el Oeste, o sea, hacia el mar.

«Hemos hecho bien en llegar a los montes a las primeras horas de la mañana. Con este sol no habríamos podido estar en la llanura. Aquí hay sombra y frescor. Me dan pena los que siguen la vía romana. Buena para el invierno» dice Mateo.

«Después de estas colinas tendremos el viento del mar, que siempre templa el aire» dice Jesús.

«Comeremos allá, en aquella cima. El otro día era muy bonito, y desde aquí debe serlo todavía más porque el Carmelo está más cerca, y también el mar» añade Santiago de Alfeo.

«¡Es verdaderamente bonita nuestra tierra!» exclama Andrés.

«Sí, hay de todo en ella; montes nevados, suaves colinas, lagos, ríos, todo tipo de plantas; y no falta el mar. Realmente es la tierra de delicias celebrada por nuestros salmistas, nuestros profetas, nuestros grandes guerreros y poetas» dice Judas Tadeo.

«Recítanos algún fragmento, tú que sabes tantas cosas» ruega Santiago de Zebedeo.

«"Con la belleza del Paraíso Él ha formado la tierra de Judá.

Con la sonrisa de sus ángeles ha decorado la tierra de Neftalí, con los ríos de miel del cielo ha dado sabor a los frutos de su tierra.

La Creación entera se refleja en ti, gema de Dios, don de Dios a su pueblo santo.

Más dulce que los pingües racimos que maduran en las laderas de tus montes, más suave que la leche que llena las ubres de tus corderas, más embriagadora que la miel que lleva el sabor de las flores que te visten, tierra bienaventurada, es tu belleza para el corazón de tus hijos.

El cielo ha descendido y se ha hecho río para unir dos gemas, se ha hecho colgante y cinturón sobre tu verde vestido.

Tu Jordán canta. Uno de tus mares ríe, el otro recuerda que Dios es terrible, mientras las colinas parecen danzar al atardecer, cual donosas muchachas en un prado; tus montes rezan en las auroras angélicas o cantan el aleluya bajo el ardor del sol, o adoran con las estrellas tu poder, Señor altísimo.

No nos has encerrado entre apretados confines, delante nos has dejado el abierto mar para decirnos que el mundo es nuestro"».

«¡Bonito, ¿eh?! ¡Precioso! Sólo he estado en la parte del lago y en

Jerusalén; durante muchos años no he visto nada más. Ahora conozco sólo Palestina. Pero estoy seguro de que no hay nada más bonito en el mundo» dice Pedro lleno de orgullo nacional.

«María me decía que también es muy bonito el valle del Nilo» dice Juan.

«Y el hombre de Endor habla de Chipre como de un paraíso» añade Simón.

«¡Ya, pero nuestra tierra!...»...

Y los apóstoles —todos menos Judas Iscariote y Tomás, que están con Jesús un poco más adelante— siguen cantando las bellezas de Palestina.

Las mujeres van las últimas. No pueden contenerse de recoger semillas de flores para plantarlas en sus huertos y jardines (porque son bonitas y porque serán un recuerdo de su viaje).

249.2 [2]Hay algunas águilas —creo que marítimas— o buitres, que dibujan amplios círculos por encima de las crestas de las colinas y de vez en cuando descienden en busca de alguna presa. Surge una lucha entre dos buitres. Giran, giran, perdiendo plumas, en un elegante y fiero duelo que termina con la huida del perdedor, que quizás va a morir a lo alto de algún remoto pico; al menos así lo juzgan todos, pues su vuelo es muy cansado, un vuelo de moribundo.

«Le ha hecho daño la avidez» comenta Tomás.

«La avidez y la obstinación siempre hacen daño. ¡También a los tres de ayer!... ¡Misericordia eterna! ¡Qué triste destino!» dice Mateo.

«¿No se curarán jamás?» pregunta Andrés.

«Pregúntaselo al Maestro».

Le preguntan a Jesús, y responde: «Mejor sería preguntar si se van a convertir. Porque en verdad os digo que es preferible morir leproso y santo que no sano y pecador. La lepra queda en la Tierra, en la tumba; el pecado, en la eternidad».

249.3 [3]«A mí me gustó mucho ayer tu discurso de por la noche» dice Simón Zelote.

«Pues a mí no. Era muy duro para demasiados israelitas» dice Judas Iscariote.

«¿Estás tú entre ellos?».

«No, Maestro».

«¿Y entonces? ¿por qué esta susceptibilidad?».

«Porque te puede perjudicar».

«¿Entonces, para evitar perjuicios, debería hacer tratos con los pecadores y hacerme su cómplice?».

«No digo eso. No podrías hacerlo. Pero sí guardar silencio. No

buscarte la enemistad de los grandes...».

«Callar es otorgar. No doy mi visto bueno a los pecados; ni de los pequeños ni de los grandes».

«¿Ves lo que le ha pasado al Bautista?».

«Su gloria».

«¿Su gloria? A mí me parece que es su ruina».

«Persecución y muerte por fidelidad a nuestro deber son gloria para el hombre. El mártir es siempre glorioso».

«Pero con la muerte se impide a sí mismo ser maestro, y aflige a sus discípulos y familiares; él se quita las penas, pero deja a los otros sumergidos en penas mucho mayores. El Bautista no tiene a sus más cercanos familiares, es verdad, pero tiene, de todas formas, deberes para con sus discípulos».

«Aunque tuviera a esos familiares sería igual. La vocación está por encima de la sangre».

«¿Y el cuarto mandamiento?».

«Viene después de los dedicados a Dios».

«Una madre ya has visto ayer cómo sufre por un hijo...».

«¡Madre! Ven».

María va donde Jesús y pregunta: «¿Qué quieres, Hijo mío?».

«Madre, Judas de Keriot está perorando en defensa de tu causa, por amor a ti y a mí».

«¿Mi causa? ¿En qué?».

«Quiere persuadirme de que sea más prudente para no caer como nuestro pariente Juan. Y me está diciendo que hay que tener compasión de las madres y no arriesgar la propia vida, por ellas, porque así lo quiere el cuarto mandamiento. ¿Tú qué piensas de ello? Te cedo la palabra, Madre, para que adoctrines con dulzura a nuestro Judas».

249.4 [4]«Yo digo que dejaría de amar a mi Hijo como Dios, que pensaría que siempre me he equivocado, que he sufrido siempre error acerca de su Naturaleza, si le viera perder su perfección rebajando su pensamiento a consideraciones humanas perdiendo de vista las consideraciones sobrehumanas, o sea: redimir, tratar de redimir a los hombres, por amor a ellos y para gloria de Dios, a costa de crearse penas y rencores. Le seguiría queriendo como a un hijo descarriado por efecto de una fuerza maligna, le seguiría queriendo por piedad, por el hecho de ser hijo mío, porque sería un desdichado, pero no ya con esa plenitud de amor con que le amo ahora viéndole fiel al Señor».

«A sí mismo, quieres decir».

«Al Señor. Ahora Él es el Mesías del Señor, y debe ser fiel al Señor como todos los demás, es más, más que ninguno, porque su misión es mayor que toda otra misión que haya existido, existe y existi-

rá, en la Tierra; ciertamente recibe de Dios la ayuda proporcional a tan alta misión».

«Pero, ¿no llorarías si le sucediera algún mal?».

«Todas mis lágrimas. Pero lloraría lágrimas y sangre, si le viera desleal a Dios».

«Ello disminuirá mucho el pecado de los que le persigan».

«¿Por qué?».

«Porque tanto Él como tú casi los justificáis».

«No lo creas. Los pecados serán siempre iguales a los ojos de Dios, tanto si nosotros juzgamos que ello es inevitable, como si juzgamos que ningún hombre de Israel debería obrar mal respecto al Mesías».

«¿Hombre de Israel? ¿Y si fueran gentiles no sería lo mismo?».

«No. Para los gentiles sólo habría pecado hacia un semejante. Israel sabe quién es Jesús».

«Mucho Israel no lo sabe».

«*No lo quiere saber*. Es incrédulo voluntariamente; a la anticaridad, por tanto, une la incredulidad y niega la esperanza. Pisotear las tres virtudes principales no es un pecado mínimo, Judas; es grave, espiritualmente más grave que el acto material respecto a mi Hijo».

Judas, ya sin argumentos suficientes, se agacha para atarse una sandalia y se queda retrasado.

249.5 [5]Llegan a la cima (o mejor, a un risco que está casi en la cima y que se extiende por entero hacia adelante, como si quisiera correr hacia la sonrisa azul del mar infinito). Un tupido encinar proyecta una luz de color esmeralda claro, en que inciden leves agujas de sol, en este picacho bonito, aireado, abierto a la costa ya cercana, frente a la majestuosa cadena del Carmelo. Hacia abajo, al pie del monte del risco saliente como por anhelo de volar, más abajo de unos pequeños campos a mitad de la pendiente, hay un valle estrecho con un torrente profundo (ciertamente respetable, por la violencia de las aguas, en tiempo de crecida, mas ahora reducido a un espumaje de plata en el centro del lecho). El torrente corre hacia el mar rozando la base del Carmelo. Un camino realzado sigue su orilla derecha, un camino que une una ciudad construida en el centro de la bahía con las del interior (si me oriento bien, de Samaria).

«Aquella ciudad es Sicaminón» dice Jesús. «Llegaremos en la noche. Ahora descansaremos porque el descenso, aunque fresco y corto, es difícil».

Y, sentados en círculo, mientras se asa en una tosca brocheta un cordero —sin duda regalo de los pastores— hablan entre sí y con las mujeres...

## 250. A los discípulos que han venido con Isaac: la parábola del lodo transformado en llama. Juan de Endor es alma víctima.

11 de agosto de 1945.

[1]Precisamente a orillas del profundo torrente, Jesús encuentra a 250.1
Isaac con muchos discípulos, conocidos y desconocidos. Entre los conocidos están: el arquisinagogo de Agua Especiosa, Timoneo; José, el acusado de incesto, de Emaús; el joven que no fue a enterrar a su padre por seguir a Jesús; Esteban; el leproso Abel, curado el año anterior cerca de Corazín, con su amigo Samuel; el barquero de Jericó, Salomón; y otros muchos, que reconozco pero que de ellos no recuerdo en absoluto ni el lugar donde los vi ni el nombre. Son rostros conocidos, ya muchos, todos conocidos como rostros de discípulos. Y hay además otros, conquistas de Isaac o de los mismos discípulos que acabo de nombrar; siguen al núcleo principal con la esperanza de encontrar a Jesús.

El encuentro es afectuoso, alegre, reverente. Isaac está radiante por la alegría de ver al Maestro y de enseñarle su nuevo rebaño, y como premio pide una palabra de Jesús para la turba que tiene consigo.

«¿Conoces un lugar tranquilo donde podernos reunir?».

«En el extremo del golfo hay una playa desierta. Allí hay unas casuchas de pescadores, que en este período están deshabitadas, porque son malsanas y porque, además, la época de la pesca de pescado para salazón ya ha terminado y los pescadores van a la Siro-Fenicia a la pesca de la púrpura. Muchos de ellos ya creen en ti, porque te han oído hablar en las ciudades de mar y por contactos con los discípulos; me han cedido las casitas para descansar nosotros. Después de cada misión volvemos a ellas. Porque en esta costa hay mucho que hacer; está completamente corrompida por muchas cosas. Querría llegar hasta la Siro-Fenicia. Podría hacerlo por mar, porque la costa está demasiado caldeada por el sol como para recorrerla a pie. Pero soy pastor, no marinero; y de éstos no hay ninguno que sepa navegar».

Jesús, que está escuchando atentamente, con una leve sonrisa, un poco agachado —¡tan alto como es Él, teniendo de frente al pequeño pastor, que refiere todo como un soldado a su general!— responde: «Dios te ayuda por tu humildad. Si aquí me conocen es por ti, discípulo, no por los otros. [2]Vamos a preguntar a los del lago si se 250.2
sienten en condiciones de navegar en el mar, y, si podemos, iremos a Siro-Fenicia».

Y se vuelve, buscando a Pedro, Andrés, Santiago y Juan, que conversan animadamente con algunos discípulos. Mientras, Judas Iscariote está detrás congratulándose con Esteban, y Simón Zelote y Bartolomé y Felipe están con las mujeres. Los otros cuatro están con Jesús.

Los cuatro pescadores van enseguida. «¿Seríais capaces de navegar en el mar?» pregunta Jesús.

Los cuatro se miran, perplejos. Pedro se remueve el pelo mientras piensa. Luego pregunta: «Pero, ¿dónde? ¿Muy fuera de la costa? Nosotros somos peces de agua dulce...».

«No, siguiendo la costa hasta Sidón».

«¡Hombre!, pues... creo que se puede. ¿Vosotros qué pensáis?».

«Yo también creo que sí. Sea mar o sea lago, será en todo caso lo mismo: agua» dice Santiago.

«Es más, será más bonito y más fácil» dice Juan.

«La verdad es que no sé de dónde sacas eso» le responde su hermano.

«De su amor por el mar. Quien ama una cosa ve en ella todas las perfecciones. Si amaras así a una mujer, serías un marido perfecto» dice Pedro bromeando y dando unos meneos afectuosos a Juan.

«No. Lo digo porque en Ascalón vi que las maniobras eran iguales y la navegación muy suave» responde Juan.

«¡Pues entonces, vamos!» exclama Pedro.

«De todas formas sería siempre mejor llevar con nosotros a uno del lugar. No conocemos ni este mar ni la profundidad de estas aguas» observa Santiago.

«¡Bah! ¡No me preocupa lo más mínimo! ¡Tenemos a Jesús con nosotros! Antes no me sentía todavía seguro, ¡pero después de que ha calmado el lago!... Vamos, vamos con el Maestro a Sidón, que quizás hay alguna cosa buena que realizar» dice Andrés.

«Pues entonces iremos. Procura las barcas para mañana. Pídele a Judas de Simón la bolsa».

250.3 [3]Y, mezclados juntos apóstoles y discípulos —y no hay ni que decir con qué manifestaciones de alegría muchos lo están (que son los que ya Jesús conoce bien)— vuelven sobre sus pasos y se encaminan hacia la ciudad. La rodean por su periferia hasta que llegan a la punta extrema de la bahía, punta que penetra en el mar como un brazo doblado. Allí, unas pocas casuchas, esparcidas por la costa guijarrosa y breve, representan el lugar más miserable de la ciudad, el más deshabitado y menos continuamente poblado. Las pequeñas casas —cubos de muro desmoronado por la salobridad y los años— están, todas, cerradas. Cuando los discípulos las abren, dejan ver su

humeada miseria y su moblaje reducido verdaderamente a lo mínimo indispensable.

«Aquí están. Son, si no bonitas, por lo menos muy cómodas y limpias» dice Isaac, que se encarga del recibimiento de los huéspedes.

«¡No, bonitas no, pobrecillas! Agua Especiosa era un palacio comparada con éstas. ¡Y había quien se quejaba!...» comenta Pedro con cierto retintín.

«Pero para nosotros son una suerte».

«¡Claro, claro! Lo importante es tener un techo y amarse. ¡Ah... mira, aquí está nuestro Juan! ¿Cómo estás? ¿Dónde estabas?».

Pero Juan de Endor, no sin sonreírle a Pedro, va inmediatamente a venerar a Jesús, que le saluda con palabras muy buenas.

«No he querido que viniera porque no ha estado muy bien... Prefiero que esté aquí. Se desenvuelve muy bien con la gente de la ciudad y con quien le pide noticias acerca del Mesías...» dice Isaac.

En efecto, el hombre de Endor está mucho más delgado que antes. Pero su rostro aparece sereno. La emaciación le ennoblece los rasgos: viéndole, se piensa en uno ya afectado por el dúplice martirio de la carne y del espíritu.

Jesús le observa y le pregunta: «¿Estás enfermo, Juan?».

«No más de cuanto lo estaba antes de verte. Esto respecto al cuerpo, porque, si me juzgo bien, estoy curándome de mis particulares heridas».

Jesús mira todavía un momento sus ojos serenos y sus sienes hundidas, pero no dice nada más; le pone, eso sí, una mano en el hombro y entra con él en una de las casitas, a la que han traído unos cántaros de agua de mar para refrescar los pies cansados, y tinajas de agua fresca para la sed. Fuera, sobre una tosca mesa colocada a la sombra de una... ilusión de pérgola de plantas trepadoras, se preparan las cosas de comer.

Y es bonito, mientras el crepúsculo desciende y el mar musita las oraciones del atardecer con el frufrú de la resaca en la playita guijarrosa, ver la cena de Jesús con las mujeres y los apóstoles, sentados en torno a la tosca mesota, mientras los demás, quién sentado en el suelo, quién en taburetes o cestas puestas al revés, hacen círculo alrededor de la mesa principal.

Pronto termina la cena, y, más rápidamente todavía, quitan la mesa (los utensilios, para los huéspedes más importantes, eran bien pocos). El mar, en la noche aún sin luna, ha tomado un color negro-añil; toda su grandeza se manifiesta en esta hora triste y solemne de las orillas marinas.

[4]Jesús, altura blanca entre las sombras cada vez más oscuras, se 250.4

levanta de la mesa para ir al centro de una pequeña muchedumbre de discípulos, mientras las mujeres se retiran. Isaac y otro encienden sobre la arena unas pequeñas hogueras para que den luz y también para mantener a distancia las nubes de mosquitos que vienen, quizás de aguazales cercanos.

«Paz a todos vosotros.

La misericordia de Dios nos reúne antes del tiempo establecido y alegra recíprocamente nuestros corazones. He escudriñado todos vuestros corazones, moralmente buenos, como lo demuestra el hecho de estar aquí, esperándome, formándoos en mí; espiritualmente todavía imperfectos, como lo demuestran ciertas reacciones vuestras, que manifiestan que perdura en vosotros el hombre viejo de Israel, con todos sus conceptos y prejuicios, y cómo todavía no ha salido de él, cual mariposa de su larva, el hombre nuevo, el hombre del Cristo, el hombre que del Cristo tiene la grande, luminosa, misericordiosa mentalidad y la aún mayor caridad. Pero, no os avergoncéis de que haya escudriñado vuestros corazones y leído todos sus secretos. Un maestro debe conocer a sus discípulos para poderles corregir sus defectos; y, creedme, si es un buen maestro, no siente desagrado por los más defectuosos, sino que es precisamente a éstos a quienes más se dedica para mejorarlos. Y sabéis que Yo soy un buen Maestro. Vamos a examinar ahora juntos estas reacciones y prejuicios, vamos a tratar de considerar juntos el motivo de nuestra presencia aquí; y, por la alegría que nos produce este estar unidos, sepamos bendecir al Señor, que siempre, de un bien particular, obtiene un bien colectivo.

250.5 [5]He oído de vuestros labios la admiración por Juan de Endor; tanto más porque se profesa pecador convertido y apoya su tesis de predicación, en medio de aquellos a quienes quiere conducir a mí, en estas dos características suyas, la vieja y la nueva. Es verdad. Era un pecador. Ahora es un discípulo. Muchos de vosotros si han venido al Mesías ha sido gracias a él. Ved, pues, cómo Dios crea el nuevo pueblo de Dios precisamente con aquellos medios que el hombre viejo de Israel despreciaría.

Ahora os voy a rogar que os abstengáis de juzgar con malsano juicio la presencia de una hermana que el viejo Israel no comprende como discípula. He ordenado a las mujeres que se fueran a descansar. Pues bien, la razón de esta orden mía, que ciertamente ha apenado a las discípulas, no era tanto la preocupación de que descansaran, cuanto la de poderos dar a vosotros una santa valoración de una conversión, y la preocupación de impediros un pecado contra el amor y la justicia.

María de Magdala, la gran pecadora de Israel, aquella que no te-

nía disculpa de su pecado, ha vuelto al Señor. ¿De quién podrá esperar ella fe y misericordia, sino de Dios y de los siervos de Dios? Todo Israel, y con Israel los extranjeros que viven entre nosotros, aquellos que mucho la conocen y severamente la juzgan, ahora que ya no es cómplice de sus excesos, critican y ridiculizan esta resurrección.

Resurrección. Es la palabra más exacta. Resucitar un cuerpo no es el mayor milagro; es un milagro siempre relativo, destinado a quedar un día anulado por la muerte. Yo no doy inmortalidad al resucitado en cuerpo, sí doy eternidad al resucitado en espíritu. Además, mientras que, en el caso de un muerto en el cuerpo, el muerto no une su voluntad de resucitar a la mía —por tanto, no hay mérito por su parte—, en el resucitado en el espíritu está presente su voluntad (es más, es la primera presente); por tanto hay mérito del resucitado.

No os digo esto para justificarme. Sólo a Dios debo rendir cuenta de mis acciones. Pero vosotros sois mis discípulos, y mis discípulos deben ser otros Jesús. No debe haber en ellos ningún desconocimiento, como tampoco ninguna de esas culpas inveteradas que hacen que muchos estén unidos a Dios sólo nominalmente.

[6]Todo es susceptible de buenas acciones, hasta las cosas aparentemente menos apropiadas. Cuando una materia se presenta ante la voluntad de Dios —aunque se trate de la más inerte, helada y repelente—, puede transformarse en movimiento, llama y belleza pura. 250.6

* Os propongo una comparación sacada del libro de los Macabeos.

Cuando el rey de Persia dejó partir a Nehemías para Jerusalén, se quisieron ofrecer sacrificios en el Templo que había sido reconstruido y en el altar purificado. Nehemías recordaba cómo, en el momento de la caída en manos de los persas, los sacerdotes encargados del culto de Dios habían tomado el fuego del altar y lo habían escondido en un lugar secreto, en el fondo de un valle, en un pozo profundo y seco, y que lo hicieron tan bien y tan secretamente, que sólo ellos supieron dónde estaba el fuego sagrado. Esto recordaba Nehemías, y, recordándolo, llamó a los nietos de aquellos sacerdotes para que fueran al lugar indicado por los sacerdotes a sus hijos antes de morir —éstos a su vez se lo habían indicado a sus hijos, transmitiendo de esta forma el secreto de padres a hijos— y trajeran el sagrado fuego para encender el fuego del sacrificio. Pero, cuando bajaron los nietos al pozo secreto, no encontraron fuego sino densa agua, un lodo putrefacto, fétido, pesado, que se había filtrado allí procedente de todas las cloacas obturadas de la devastada Jerusalén. Y se lo dijeron a

* *del libro de los Macabeos*: se trata de *2 Macabeos 1, 18-36*.

Nehemías. Mas éste ordenó que cogieran agua de aquella y que se la trajeran. Habiendo ordenado que se pusiera la leña encima del altar, y encima de la leña los sacrificios, roció abundantemente todo, para que todo quedara asperjado con el agua legamosa. Si el pueblo, asombrado, miraba con respeto, si los sacerdotes, escandalizados, ejecutaron con respeto, fue sólo porque era Nehemías el que lo ordenaba. Pero, ¡cuánta tristeza en sus corazones, cuánta desconfianza! De la misma forma que había nubes en el cielo que ponían triste el día, en los corazones la duda ponía melancólicos a los hombres. Mas he aquí que el sol desgarró las nubes y descendió con sus rayos al altar, y la leña asperjada con el agua legamosa se encendió con una gran llama que en seguida inflamó el sacrificio; mientras los sacerdotes oraban con las oraciones que había compuesto Nehemías y con los más bellos himnos de Israel, hasta que todo el sacrifico quedó consumido. Y, para persuadir a la multitud de que Dios tiene poder para realizar prodigios con las materias menos adecuadas si se usan con recto fin, Nehemías ordenó que con el resto del agua se asperjara una serie de piedras grandes, y las piedras asperjadas prendieron fuego y en él se consumieron en la intensa luz que venía del altar.

250.7 [7]Cada alma es un fuego sagrado, encendido por Dios en el altar del corazón para que consuma el holocausto de la vida con amor al Creador de la vida. Toda vida es holocausto, si se emplea bien; cada día es un holocausto que ha de arder con santidad. Pero llegan los depredadores, los opresores del hombre y de su alma. El fuego cae en el pozo profundo. No por santa necesidad, sino por nefasta necedad. Y allí, sumergido en los desagües de todas las sentinas de los vicios, se transforma en lodo putrefacto y pesado, hasta que no desciende a esa profundidad un sacerdote y devuelve a la luz del sol aquel lodo y lo deposita sobre el holocausto de su propio sacrificio. Porque habéis de saber que no basta el heroísmo de la persona que se convierte; es necesario también el heroísmo de quien convierte (es más, éste debe preceder a aquél, porque las almas se salvan con el sacrificio nuestro). Porque así se logra que el lodo se convierta en llama, y Dios juzgue perfecto y grato a su santidad el holocausto que se consume.

Es entonces cuando, no bastando para persuadir al mundo de que el lodo arrepentido es más abrasador que el fuego común (aunque sea fuego consagrado, que sirve sólo para consumir leña y víctimas, o sea, materias combustibles), este lodo arrepentido adquiere tal potencia que puede encender y devorar hasta las piedras, material incombustible. ¿Y no os preguntáis de qué le viene a este lodo esta propiedad? ¿No lo sabéis? Os lo diré: Es porque en el fuego del arrepentimiento ellos se funden en Dios, llama con llama; llama que sube,

llama que desciende; llama que se ofrece amando, llama que se concede amando; abrazo de dos que se aman, que se encuentran de nuevo, que se unen y forman una cosa sola; y, dado que la llama más fuerte es la de Dios, ésta excede, rebosa, penetra, asume... y la llama del lodo arrepentido deja de ser llama relativa de ser creado para ser llama infinita de Ser increado: del Altísimo, el Potentísimo, el Infinito, de Dios.

Esto son los grandes pecadores verdaderamente convertidos, totalmente convertidos, generosamente entregados a la conversión sin quedarse con nada del pasado, consumiéndose primero ellos mismos, su parte más pesada, con la llama que se alza de su propio barro, que ha acudido a la Gracia y que por ella ha sido tocado. En verdad, en verdad os digo que muchas piedras de Israel recibirán el impacto del fuego de Dios por estos hornos de fuego que arderán cada vez más, hasta la consumición de la criatura humana; y que seguirán devorando con su fuego las piedras, las tibiezas, las incertidumbres, las timidezas de la Tierra, desde su trono del Cielo, verdaderos espejos ustorios sobrenaturales que recogen las Luces Unas y Trinas para hacerlas converger en la humanidad y encenderla de Dios.

[8]Os Repito que no tenía necesidad de justificar mis actos, pero he 250.8
querido que entrarais en mi concepto y lo hicierais vuestro. Para ahora y para otros casos futuros semejantes, cuando Yo ya no esté con vosotros. Que *nunca* un concepto desviado, una sospecha farisaica de contaminar a Dios llevándole un pecador arrepentido, os detenga en esta obra, que es coronación perfecta de la misión a que os destino. Tened siempre presente que no he venido a salvar a los santos, sino a los pecadores. Y haced vosotros lo mismo, porque el discípulo no está por encima del Maestro, y si Yo no aborrezco el tomar de la mano los desechos de la Tierra que sienten necesidad del Cielo —que la sienten por fin— y, jubiloso, los conduzco a Dios (porque ésta es mi misión y cada conquista es una justificación de mi Encarnación humilladora del Infinito), pues no lo aborrezcáis tampoco vosotros, hombres limitados, que en mayor o menor grado habéis conocido, todos, la imperfección; hechos de la misma naturaleza que vuestros hermanos pecadores, hombres que elijo como salvadores para que continúe mi obra por todos los siglos de la Tierra, de forma que sea como si Yo siguiera viviendo en ella con secular existencia.

Y así será porque la unión de mis sacerdotes será como la parte vital en el gran cuerpo de mi Iglesia, de que Yo seré el Espíritu animador; y, hacia esta parte vital, convergerán las infinitas partículas de los creyentes para constituir un único cuerpo que recibirá su nombre de mi Nombre. Mas si faltara la vitalidad en la parte sacer-

dotal, ¿podrían las infinitas partículas tener vida? Verdad es que Yo, estando en el cuerpo, podría impulsar mi Vida hasta las partículas más lejanas, sin hacer caso de las cisternas y canales obturados o inútiles, indóciles a su ministerio. Porque la lluvia penetra hasta donde quiere, y las partículas buenas, capaces por sí mismas de querer la vida, vivirían igualmente mi Vida. Pero, ¿qué sería entonces el Cristianismo? Cercanía de almas; cercanas, pero separadas por canales y cisternas que ya no serían lazos de unión distribuidores de la sangre vital proveniente de un único centro para cada una de las partículas; serían, más bien, muros y precipicios de separación, y las partículas se mirarían, humanamente hostiles, sobrenaturalmente afligidas, de una orilla a otra, diciendo en sus espíritus: "¡Y éramos hermanos, y tales nos sentimos todavía, a pesar de que nos hayan separado!". Cercanía. No fusión. No un organismo. Y por encima de esta ruina resplandecería doliente mi amor...

Y añado: No penséis que esto vale sólo para los cismas religiosos. No. Sirve también para todas las almas que quedan solas porque los sacerdotes no quieren sostenerlas, ocuparse de ellas, amarlas, contraviniendo con ello a su misión, que es la de decir y hacer lo que Yo digo y hago, o sea: "Venid a mí todos vosotros, que os conduciré a Dios".

250.9 [9]Idos en paz ahora, y que Dios esté con vosotros».

Los presentes, en conjunto, lentamente se marchan, cada uno hacia la casa que le hospeda; se levanta también Juan de Endor, el cual ha estado siempre tomando apuntes mientras Jesús hablaba, exponiéndose al calor abrasador del fuego para poder ver lo que escribía. Pero Jesús le para y le dice: «Estáte un poco con tu Maestro». Y le tiene junto a sí hasta que todos terminan de marcharse.

«Vamos hasta aquella peña que está a la orilla del mar. La Luna cada vez está más alta. Se ve el camino».

Juan acepta sin decir palabra.

Se alejan de las casas aproximadamente unos doscientos metros. Se sientan encima de una voluminosa peña (no sé si se trata de un resto de un espigón, o de la extrema punta de un arrecife sumergido en el mar; o, tal vez, pertenece a las ruinas de alguna casucha semisumida por las aguas, que quizás con el paso de los siglos han penetrado tierra adentro). Sí sé que, mientras desde la pequeña playa se puede subir, apoyando el pie en entrantes y salientes de la piedra, que hacen de peldaños, desde la parte del mar la pared desciende casi recta para hundirse en el agua glauca. Es más, ahora, por la marea, está semicircundada por el agua, que borbotea y azota ligeramente este obstáculo, para huir luego con un sonido de enorme aspi-

ración, y luego calla un momento, para volver de nuevo, con movimiento y sonido regulares, hecho de golpes y de aspiraciones y silencios como una música sincopada. Se sientan en el punto más alto de este volumen azotado por el mar. La Luna dibuja sobre las aguas un camino de plata y da un color azul oscurísimo al mar, que antes de que ella saliera no era sino una extensión negruzca en el negro de la noche.

[10]«Juan, ¿no le dices a tu Maestro la razón por la que sufre tu cuerpo?». 250.10

«Ya la conoces, Señor. De todas formas, no digas "sufre", di "se consume"; es más exacto, y Tú lo sabes, como también sabes que se consume con gozo. Gracias, Señor. Me he reconocido yo también en el barro que se hace llama. Pero no voy a tener tiempo de encender las piedras. Mi Señor, moriré pronto. Demasiado he sufrido por el odio del mundo, demasiado exulto de júbilo por el amor de Dios. Pero no añoro la vida. Aquí podría pecar todavía, podría fallar en la misión a que nos destinas. Ya dos veces he fallado en mi vida: en mi misión de maestro, porque en ella habría debido saber encontrar de qué formarme a mí mismo, y, sin embargo, no me formé; en mi misión de marido, porque no supe formar a mi mujer. Lógicamente: no había sabido formarme a mí mismo, no podía saber formarla a ella. Podría fallar también en mi misión como discípulo... y a ti no quiero fallarte. ¡Bendita sea, por tanto, la muerte, si viene a llevarme a donde no se puede ya pecar! Si bien mi destino no será el de discípulo-maestro, tendré el de discípulo-víctima, el que más asemeja al tuyo. Lo has dicho esta misma noche: "Consumiéndose primero ellos mismos"».

«Juan, ¿es un destino que sufres o es un ofrecimiento tuyo?».

«Es un ofrecimiento, si Dios no rechaza el barro hecho fuego».

«Juan, haces muchas penitencias».

«Las hacen los santos, Tú el primero; es justo que las haga quien tanto debe pagar. Pero... quizás es que las mías no las ves gratas a Dios... ¿Me las prohíbes?».

«No pongo jamás obstáculo a las buenas aspiraciones de un alma enamorada. He venido a predicar, con los hechos, que en el sufrimiento hay expiación y en el dolor redención. No puedo contradecirme».

«Gracias, Señor. Será mi misión».

[11]«¿Qué escribías, Juan?». 250.11

«¡Oh, Maestro! A veces el viejo Félix emerge todavía con sus costumbres de maestro. Pienso en Margziam. Tiene toda una vida para predicarte, y, por su edad, no está presente en tus predicaciones. He pensado tomar nota de algunas enseñanzas con que nos has adoctrinado y que el niño no ha oído, o por estar en sus juegos o por estar

lejos con uno de nosotros. ¡Hasta en las más mínimas palabras tuyas hay mucha sabiduría! Tus conversaciones familiares son ya de por sí adoctrinamiento, y precisamente en las cosas de cada día, de cada hombre, en esas cosas mínimas que en el fondo son las más grandes de la vida, porque, acumulándose, forman una gran suma que exige paciencia, constancia, resignación, si se quiere llevar con santidad. Es más fácil realizar un grande pero único acto heroico, que no millares de pequeñas cosas que exijan una constante presencia de virtud. No obstante, no se llega al acto grande, tanto en el mal como en el bien —yo lo sé por lo que se refiere al mal—, si no se va largamente acumulando actos pequeños aparentemente insignificantes. Yo empecé a matar cuando, cansado de la frivolidad de mi mujer, le lancé la primera mirada de desprecio. Para Margziam he anotado tus pequeñas lecciones. Y esta noche he sentido el deseo de anotar tu gran lección. Dejaré este trabajo mío al niño para que se acuerde de mí, el viejo maestro, y para que tenga aquello que de otro modo no tendría. Su espléndido tesoro. Tus palabras. ¿Me das permiso?».

«Sí, Juan. Pero está en paz en todo, como este mar. ¿Ves? Para ti sería demasiado abrasador el caminar bajo el ardor del sol, y la vida apostólica es verdaderamente ardor. Has luchado mucho en tu vida. Ahora Dios te convoca a su presencia en este plácido radiar de luna que todo calma y hace puro. Camina bajo la dulzura de Dios. Te digo que Dios está contento de ti».

Juan de Endor toma la mano de Jesús, la besa y musita: «Pero también habría sido hermoso decirle al mundo: "¡Acércate a Jesús!"».

«Lo dirás desde el Paraíso. Tú serás también un espejo ustorio. Vamos, Juan. Quisiera leer lo que has escrito».

«Aquí está, Señor. Y mañana te doy el otro rollo en que he anotado las otras palabras».

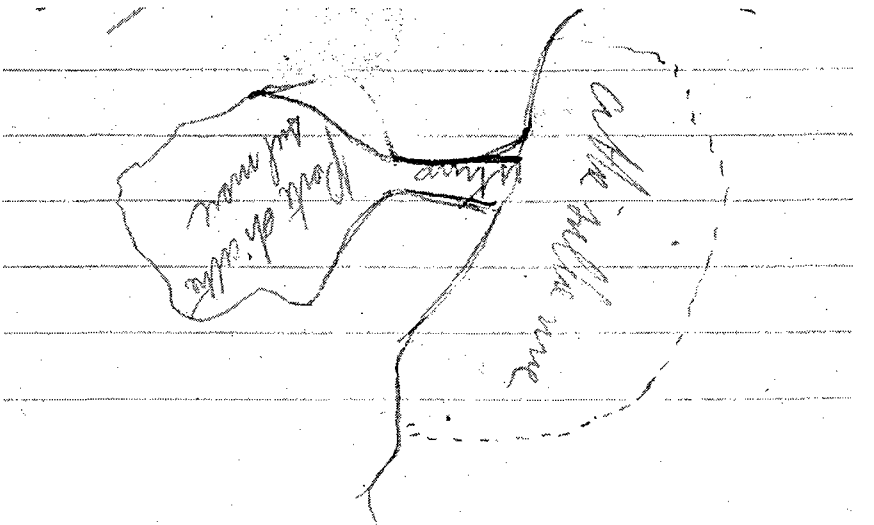
Bajan de su escollo y, en medio de una esplendorosísima, dilatada luz blanca de luna, que ha transformado en plata la grava de la orilla, vuelven a las casas. Se saludan: Juan, arrodillándose; Jesús, bendiciéndole con la mano puesta sobre su cabeza y dándole su paz.

## 251. A los pescadores siro-fenicios: la parábola del minero perseverante. Hermasteo de Ascalón.

12 de agosto de 1945.

251.1 [1]Son las primeras horas de la mañana cuando Jesús llega a una ciudad de mar. Está ante ella. Cuatro barcas siguen a la suya.

La ciudad se adentra en el mar de una forma extraña, como si estuviera construida en un istmo, o, más exactamente, como si un estrecho istmo uniera sus dos partes: la que penetra completamente * en el mar y la que se extiende sobre la orilla.



Vista desde el mar, parece un enorme hongo (acostada su cabeza en las olas, hincada su base en la costa y como pie el istmo). A los lados del istmo, dos puertos: uno, el que mira a septentrión, menos cerrado, está lleno de embarcaciones pequeñas; el otro, situado al Sur, mucho más protegido, está lleno de naves grandes, que llegan o zarpan.

«Hay que ir allá» dice Isaac señalando hacia el puerto de las embarcaciones pequeñas. «Allí están los pescadores».

Costean la isla y veo que el istmo es artificial, una especie de dique ciclópeo que une la islita con tierra firme. ¡En aquellos tiempos se construía sin tacañerías! Deduzco de esta obra y del número de naves que hay en los puertos que la ciudad era muy rica y comercialmente muy activa. Detrás de la ciudad, tras una zona de llanura, hay algunas colinas bajas y de gracioso aspecto. En la lejanía se puede ver el gran Hermón y la cadena libanesa. Deduzco también que ésta es una de las ciudades que veía desde el Líbano.

La barca de Jesús, entretanto, está llegando al puerto septentrional, a la rada del puerto (no atraca, sino que se mueve lentamente, con los remos hacia adelante y hacia atrás, hasta que Isaac ve a los

* *sobre la orilla*. El dibujo que sigue está reproducido en la misma posición en que se presenta en el cuaderno autógrafo. Debe invertirse para poder leer las palabras escritas: *ciudad en la orilla* (città sulla riva), *istmo* (istmo), *Parte de ciudad en el mar* (Parte di città sul mare).

que buscaba y los llama gritando).

251.2 [2]Se acercan dos bonitas barcas de pesca. Los pescadores se inclinan hacia las barcas más pequeñas de los discípulos.

«El Maestro está con nosotros, amigos. Venid, si queréis oír su palabra. Esta misma tarde vuelve a Sicaminón» dice Isaac.

«Enseguida. ¿A dónde vamos?».

«A un lugar tranquilo. El Maestro no baja a Tiro, ni a la ciudad de tierra firme. Hablará desde la barca. Elegid un sitio que esté a la sombra y protegido».

«Venid hacia las rocas, detrás de nosotros. Allí hay ensenadas tranquilas y con sombra. Podréis incluso bajar a tierra».

Y van a una concavidad del arrecife, más al Norte. La pared rocosa, cortada a pico, protege del sol. Es un lugar solitario, sólo poblado de gaviotas y torcazos que salen para hacer sus incursiones en el mar y vuelven emitiendo fuertes gritos a sus nidos de la roca. Pero, en esto, otras pequeñas embarcaciones se han ido uniendo a las que van en cabeza, de manera que forman ya una minúscula flotilla. En el fondo de este pequeñísimo golfo hay una insignificancia de playa, verdaderamente una insignificancia, una pequeña explanada pedregosa; pero un centenar de personas sí que cabe.

Bajan sirviéndose de un escollo ancho y liso que, cual si fuera un espigón natural, sobresale de las aguas profundas, y se colocan en la playita pedregosa y brillante de sal. Son hombres morenos, enjutos, tostados por el sol y el mar. Llevan cortas túnicas que dejan descubiertas las extremidades ágiles y delgadas. Es muy visible la diversidad de la raza respecto a los judíos presentes (diversidad que se ve menos respecto a los galileos). Yo diría que estos siro-fenicios asemejan más a los filisteos —lejanos— que a los pueblos cercanos; al menos estos que veo yo.

251.3 [3]Jesús se pone pegando a la pared rocosa y empieza a hablar.

«Se lee en el libro de los Reyes cómo el Señor mandó a Elías que * fuera a Sarepta de los Sidones durante la sequía y carestía que afligieron a la Tierra durante más de tres años. No es que al Señor le faltaran recursos para dar el necesario sustento a su profeta en todos los lugares. No le envió a Sarepta porque en esta ciudad abundasen los alimentos; es más, allí la gente ya moría de hambre. ¿Por qué, entonces, Dios mandó a Elías tesbita?

Había en Sarepta una mujer de corazón recto, viuda y santa, madre de un niño, pobre y sola, la cual, a pesar de todo, no se rebelaba contra el tremendo castigo, ni se mostraba egoísta padeciendo el

---

* *en el libro de los Reyes*: se trata de *1 Re 17*.

hambre, ni era desobediente. Dios quiso agraciarla con tres milagros: uno por el agua que ofreció al sediento; otro por el panecillo cocido bajo la brasa, cuando ella no tenía sino un puñado de harina; otro por la hospitalidad que ofreció al profeta. Le dio pan y aceite, la vida de su hijo y el conocimiento de la palabra de Dios.

Así podéis ver cómo un acto de caridad no sólo sacia el cuerpo y aleja el dolor de la muerte, sino que también instruye al alma en la sabiduría del Señor. Vosotros habéis ofrecido alojamiento a los siervos del Señor y Él os da la palabra de la Sabiduría. He aquí, entonces, que a este lugar donde no viene la palabra del Señor una buena acción la trae. Os puedo comparar con aquella única mujer de Sarepta que recibió al profeta; vosotros aquí también sois los únicos que recibís al Profeta, porque, si hubiera bajado a la ciudad, los ricos, los poderosos, no me habrían recibido, y los atareados comerciantes y marineros de las naves no me habrían hecho caso, y mi venida aquí habría resultado ineficaz.

Yo ahora os dejaré, y diréis: "Pero, ¿qué somos nosotros? Un puñado de hombres. ¿Qué poseemos? Una gota de sabiduría". Pues bien, no obstante, os digo: "Os dejo con el encargo de anunciar la hora del Redentor". Os dejo, repitiendo las palabras de Elías profeta: "El ánfora de la harina no se agotará, el aceite no disminuirá hasta que venga quien lo distribuya con mayor abundancia".

Ya lo habéis hecho. Porque aquí hay fenicios mezclados con vosotros de allende el Carmelo. Señal es de que habéis hablado como se os habló a vosotros. Como podéis ver el puñado de harina y la gota de aceite no se han agotado, sino que han aumentado cada vez más. Seguid haciendo que aumente. Y si os parece extraño el que Dios os haya elegido para esta obra, porque no os sintáis capaces de llevarla a cabo, pronunciad la palabra de la profunda confianza: "Me fiaré de tu palabra y haré lo que dices"».

[4]«Maestro, ¿cómo tenemos que comportarnos con estos paganos? 251.4
A éstos los conocemos por la pesca. Nos une a ellos el trabajo, que es el mismo. Pero, ¿los otros?» pregunta un pescador de Israel.

«Dices que participáis del mismo trabajo y ello os une. ¿Y no debería uniros un origen común? Dios ha creado tanto a los israelitas como a los fenicios. Los de la llanura de Sarón o los de la Alta Judea no difieren de los de esta costa. El Paraíso fue hecho para todos los hijos del hombre, y el Hijo del hombre viene para llevar al Paraíso a todos los hombres. La finalidad es conquistar el Cielo y alegrar al Padre. Caminad, pues, por el mismo camino y amaos espiritualmente de la misma forma que os amáis por razones de trabajo».

«Isaac nos ha dicho muchas cosas. Pero quisiéramos saber más.

¿Es posible tener a un discípulo para nosotros, tan lejos como estamos?».

«Mándales a Juan de Endor, Maestro. Vale mucho, y además está acostumbrado a vivir entre paganos» sugiere Judas de Keriot.

«No. Juan estará *con nosotros*» responde resueltamente Jesús. Y luego, volviéndose a los pescadores: «¿Cuándo termina la pesca de la púrpura?».

«Con las borrascas de otoño. Después el mar está demasiado agitado aquí».

«¿Volveréis entonces a Sicaminón?».

«Allí y a Cesarea. Abastecemos mucho a los romanos».

«Entonces podréis encontraros con los discípulos. Mientras tanto perseverad».

251.5 [5]«A bordo de mi barca hay uno que yo no quería que viniera pero que se presentó en tu nombre, casi».

«¿Quién es?».

«Un joven pescador de Ascalón».

«Dile que baje y que venga».

El hombre sube a su barca, y vuelve con un jovenzuelo al que se ve más bien azarado por ser objeto de tanta atención.

El apóstol Juan le reconoce. «Es uno de los que nos dieron el pescado, Maestro» y se levanta a saludarle. «¿Entonces has venido, ¡eh! Hermasteo? ¿Tú aquí? ¿Vienes solo?».

«Sí, solo. En Cafarnaúm sentí vergüenza... Me quedé en la orilla, esperando...».

«¿Qué esperabas?».

«Ver a tu Maestro».

«¿No es todavía el tuyo? ¿Por qué, amigo, eludes la decisión todavía? Ve a la Luz, que te está esperando. Mira cómo te observa y sonríe».

«¿Cómo podrá soportarme?».

«Maestro, ven un momento».

Jesús se alza y va donde Juan.

«No se atreve porque es extranjero».

«Para mí no hay extranjeros. ¿Y tus compañeros? ¿No erais muchos?... No te azares. Tú eres el único que ha sabido perseverar. Pero, aunque sea por ti sólo, me siento feliz. Ven conmigo».

Jesús vuelve con su nueva conquista a donde estaba. «A éste sí
251.6 que se lo vamos a dar a Juan de Endor» dice a Judas Iscariote. [6]Y se pone a hablarles a todos.

«Un grupo de excavadores bajaron a una mina en que sabían que había tesoros, que, de todas formas, estaban muy escondidos en las

entrañas del suelo. Y empezaron a excavar. Pero el terreno era duro y el trabajo fatigoso. Muchos se cansaron y, arrojando los picos, se marcharon. Otros se burlaron del responsable del equipo de obreros, casi tratándole como a un estúpido. Otros imprecaron contra el estado en que se encontraban, contra el trabajo, contra la tierra, contra el metal, y, airadamente, golpearon las entrañas de la tierra y fragmentaron el filón en inservibles partículas, y, luego, visto que en vez de obtener ganancias no habían hecho sino daño, se marcharon también.

Se quedó solo el más perseverante. Con delicadeza trató los estratos de la tenaz tierra para perforarla sin hacer daños, hizo una serie de catas, siguió en profundidad, excavó... Al final quedó al descubierto un espléndido filón precioso. La perseverancia del minero fue premiada y con el metal precioso que descubrió pudo obtener muchos trabajos y conquistar mucha gloria y muchos clientes, porque todos querían de ese metal que solamente la perseverancia había sabido encontrar donde los otros holgazanes o iracundos no habían obtenido nada.

Mas el oro hallado, para que sea bonito hasta el punto de que sirva para el orfebre, debe a su vez perseverar en su voluntad de dejarse trabajar. Si el oro, después del primer trabajo de excavación, no quisiera ya volver a sufrir penas, no pasaría de ser un metal en bruto no elaborable. Así pues, podéis ver cómo no basta el primer entusiasmo para tener éxito, ni como apóstoles, ni como discípulos, ni como fieles. Es necesario perseverar.

Eran muchos los campañeros de Hermasteo; por efecto del primer entusiasmo, todos habían prometido venir. Sólo él ha venido. Muchos son mis discípulos, y más lo serán. Pero sólo la tercera parte de la mitad sabrán serlo hasta el final. Perseverar; es la gran palabra; para todas las cosas buenas.

¿Cuando echáis el trasmallo para conseguir las conchas de la púrpura, lo hacéis una sola vez? No. Lo hacéis una y otra vez y otra, durante horas, días, meses, ya incluso con la idea de volver al año siguiente al mismo sitio... porque ello os da pan y bienestar a vosotros y a vuestras familias. Pues bien, siendo esto así, ¿os comportaréis de forma distinta en las cosas más grandes, como son los intereses de Dios y de vuestras almas, si sois fieles; vuestras y de vuestros hermanos, si sois discípulos? En verdad os digo que para conseguir la púrpura de las vestiduras eternas es necesario perseverar hasta el final.

[7]Y ahora estemos aquí como buenos amigos hasta la hora de volver. Así nos conoceremos mejor y nos será fácil reconocernos unos a otros...». 251.7

Y se dispersan por la pequeña ensenada peñascosa. Y cuecen mejillones y cangrejos arrebatados a los escollos, o peces pescados con pequeñas redes. Y duermen en lechos de algas secas, dentro de cavernas abiertas en la costa rocosa por los terremotos o las olas. Y el cielo y el mar son un azul cegador que se besa en el horizonte; las gaviotas, continuo carrusel de vuelos, del mar a los nidos, con gritos y batir de alas, únicas voces que, junto con el chapoteo de las olas, hablan en esta hora de bochorno estivo.

## 252. El regreso de Tiro. Milagros. Parábola de la vid y el olmo.

13 de agosto de 1945.

252.1 [1]La gente de Sicaminón, movida por la curiosidad de ver, en espera del Maestro, ha estado asediando todo el día el lugar en que están asentados los discípulos. Pero las discípulas, mientras tanto, no han perdido el tiempo; se han dedicado a lavar la ropa, polvorienta y sudada. Así pues, en la pequeña playa hay toda una alegre exposición de ropa secándose al viento y al sol. Ahora, que está cercano el atardecer, y con él se percibiría ya la humedad salobreña, se apresuran a recoger la ropa, aunque esté todavía un poco húmeda, y a sacudirla y estirarla en todas las direcciones antes de doblarla, para que los respectivos propietarios la encuentren bien ordenada.

«Vamos a llevarle a María enseguida su ropa» dice María de Alfeo. Y termina: «¡Ha estado muy sacrificada ayer y hoy en ese cuartito sin aire!...».

Por esto me doy cuenta de que la ausencia de Jesús ha sido de más de un día, y de que en ese tiempo María de Magdala, propietaria de un solo vestido, que además es prestado, ha tenido que estar escondida hasta que estuviera seco.

Susana responde: «¡Menos mal que no se queja nunca! No pensaba que fuera tan buena».

«Y tan humilde, debes decir, y reservada. ¡Pobre hija! ¡Verdaderamente era el diablo el que la atormentaba! Una vez que mi Jesús la ha librado, ha vuelto a ser ella como sin duda era de niña».

Y hablando entre ellas vuelven a casa a llevar la ropa lavada.

Entretanto, en la cocina, Marta trabaja en preparar las viandas. La Virgen está limpiando las verduras en un barreño de cobre y poniéndolas a hervir para la cena.

«Aquí está todo ya seco, limpio y doblado. Hacía falta. Ve donde María y dale su ropa» dice Susana mientras da el vestido a Marta.

Pasa un rato y las dos hermanas vuelven juntas.

«Gracias a las dos. El sacrificio del vestido sin cambiar desde hace días me era el más penoso» dice María de Magdala sonriendo. «Ahora me siento toda fresca».

«Sal afuera a sentarte, que hay un buen vientecillo y te vendrá muy bien después de tanto tiempo cerrada» observa Marta, la cual, siendo menos alta y de formas menos esculturales que su hermana, ha podido ponerse un vestido de Susana o de María de Alfeo mientras su ropa se lavaba.

«Esta vez se ha hecho así, pero para el futuro nos haremos nuestro pequeño saco, como las otras, y no tendremos esta incomodidad» dice la Magdalena.

«¿Cómo? ¿Tienes intención de seguirle como nosotras?».

«Por supuesto. A menos que Él me ordene lo contrario. Ahora voy a la orilla del mar a ver si vienen. [2]¿Vuelven esta tarde?». 252.2

«Eso espero» responde María Stma. «Estoy preocupada porque ha ido a Fenicia. Pero pienso que está con los apóstoles, y también que los fenicios quizás son mejores que otros muchos. Pero querría que volviera, incluso por la gente que está esperando. Cuando he ido a la fuente, una mujer me ha parado y me ha dicho: "¿Estás con el Maestro galileo, el que llaman el Mesías? Ven entonces y mira cómo está mi hijo. Hace un año que le atormenta la fiebre". He entrado en una casita. ¡Pobre criatura! ¡Parecía una florecilla agonizante! Se lo diré a Jesús».

«Hay otros también que piden igualmente la curación; más curación que enseñanza» dice Marta.

«El hombre difícilmente es todo espiritual. Siente con mayor fuerza la llamada de la carne y sus necesidades» responde la Virgen.

«Pero muchos, después del milagro, nacen a la vida del espíritu».

«Sí, Marta. Y ese también es un motivo por el que mi Hijo hace tantos milagros. Por bondad hacia el hombre, pero también para atraerle, con ese medio, a este camino suyo que, si no, demasiados no lo seguirían».

[3]En esto, vuelve a casa Juan de Endor (que no había ido con Jesús) y con él muchos discípulos en dirección a sus respectivas casas. 252.3

Casi contemporáneamente, regresa la Magdalena diciendo: «Están llegando. Son las cinco barcas que zarparon al alba de ayer. Las he reconocido muy bien».

«Estarán cansados y sedientos. Voy por más agua. La fuente es muy fresca». María de Alfeo sale con las tinajas.

«Vamos a recibir a Jesús. Venid» dice la Virgen. Y sale con la Magdalena y Juan de Endor, porque Marta y Susana se quedan tra-

bajando en los fuegos, rojas y muy ocupadas de ultimar la cena.

Costeando la orilla, llegan a un pequeño espigón, donde ya otras barcas de pesca que han regresado están detenidas; desde su punta se ve bien todo el golfo, así como la ciudad de que recibe el nombre; y se ven también las cinco barcas que avanzan ligeras, un poco inclinadas por la veloz marcha, la vela bien tirante debido a un ligero viento boreal que favorece a las barcas y alivia a los hombres fatigados por el calor.

«Mira qué bien se manejan Simón y los otros. Siguen que es una maravilla la barca del guía. Fijaos, ya han sobrepasado el rompiente; ahora se internan hacia mar abierto para rodear la corriente, que es fuerte en ese punto. Fijaos... Ahora va todo bien. Dentro de poco están aquí» dice Juan de Endor.

En efecto, las barcas se van acercando cada vez más y ya se puede ver a los que vienen en ellas.

252.4 [4]Jesús viene en la primera, junto con Isaac. Se ha puesto en pie y su alta estatura se manifiesta en toda su majestuosidad, hasta que la vela, al arriarla, le esconde durante unos minutos. Dado que la barca, virando, pasa de proa a costado para entrar y ponerse al amparo del muelle, pasando así frente a las mujeres, que están encima del espigón, Jesús las saluda con una sonrisa y ellas se echan a andar deprisa para llegar al punto de arribo cuando la barca.

«¡Dios te bendiga, Hijo!» dice María como saludo a Jesús, el cual pone pie en el andén.

«Dios te bendiga, Mamá. ¿Has estado preocupada? En Sidón no hemos encontrado a quien buscábamos, así que hemos ido hasta Tiro. Allí hemos encontrado. Ven, Hermasteo... Mira, Juan, este joven quiere ser adoctrinado. Te le confío».

«Le adoctrinaré sobre tu palabra, no te defraudaré. ¡Gracias, Maestro! Hay muchos que te están esperando» responde Juan de Endor.

«Hay también un pobre niño enfermo, Hijo mío. La madre te espera ansiosa».

«Voy enseguida a verla».

«Sé quién es, Maestro. Te acompaño. Ven, Hermasteo; así empezarás a conocer la bondad infinita de nuestro Señor» dice el hombre de Endor.

Bajan: de la segunda barca, Pedro; de la tercera, Santiago; de la cuarta, Andrés; de la quinta, Juan: los cuatro pilotos, seguidos luego por los otros apóstoles o discípulos que venían con ellos. Ahora se agolpan alrededor de Jesús y María.

«Id a casa. Vuelvo enseguida. Preparad, entretanto, lo necesario para la cena y decid a las personas que están esperando que al ano-

checer hablaré».

«¿Y si hay enfermos?».

«Primero los curaré. Incluso antes de la cena, para que puedan regresar a sus casas felices».

Se separan: Jesús va con el hombre de Endor y Hermasteo hacia la ciudad; los otros vuelven por el camino de la playa guijarrosa, narrando todo lo que han visto y oído, contentos como niños que regresaran con sus mamás.

[5]También Judas de Keriot está contento. Enseña todas las limos- 252.5
nas que le han dado los pescadores de púrpura; sobre todo, un buen taleguillo de la preciosa materia. «Esto para el Maestro. Si no la lleva Él, ¿quién la podría llevar? Me llamaron aparte y me dijeron: "Tenemos madréporas de valor en la barca, y —¡fíjate!— una perla también. Un tesoro. No sé cómo hemos tenido tanta suerte. Te las regalamos con mucho gusto para el Maestro. Ven a verlas". Fui, dado que me lo habían pedido, mientras el Maestro estaba retirado en una gruta orando. Eran corales bellísimos, y una perla... no grande pero sí bonita. Les dije: "No os privéis de estas cosas. El Maestro no lleva ninguna joya. Más bien, dadme un poco de esa púrpura, para embellecer su túnica". Tenían este montoncito. Se empeñaron en dármela toda. Ten, Madre, haz con ella un bonito trabajo, como tú sabes hacer, para nuestro Señor. ¡Pero hazlo! Si se da cuenta querrá que se venda para los pobres, y queremos verle vestido como merece; ¿no es verdad?».

«¡Sí, sí, cierto! Yo sufro cuando le veo vestido con esa simplicidad en medio de otros; Él, que es Rey, mientras que ellos son peor que esclavos, y todo emperifollados y acicalados. ¡Y le miran como a un pobre, indigno de ellos!» dice Pedro.

«¡¿Te diste cuenta de cómo se reían esos... señores de Tiro cuando nos estábamos despidiendo de los pescadores?!» le dice su hermano.

«Les dije: "¡Os debería dar vergüenza, perros, que es lo que sois! Vale más un hilo de su túnica blanca que no todos vuestros perifollos"» dice Santiago de Zebedeo.

«Yo quisiera — dado que le han dado esto a Judas — que lo preparases para los Tabernáculos» dice el otro Judas, el Tadeo.

«Nunca he hilado con la púrpura. Pero lo intentaré, a ver si soy capaz» dice María Stma. mientras toca las séricas hebras, esponjosas, de espléndido color.

«La que fue mi nodriza es experta en esto. La encontraremos en Cesarea. Te enseñará. Aprenderás enseguida porque tú sabes hacer todo bien. Yo haría una cenefa para el cuello, para las bocamangas y para la parte baja de la túnica: púrpura sobre lino o lana blanquísi-

mos, con palmas y rosetones, como los de los mármoles del Santo, y con el nudo de David en el centro. Estaría muy bien» dice la Magdalena, experta de cosas bonitas en general.

Marta dice: «Nuestra madre hizo ese dibujo, por lo bonito que era, en la túnica destinada a Lázaro para el viaje de toma de posesión de sus tierras de Siria. Lo he conservado porque fue la última labor de nuestra madre. Te lo mandaré».

«Lo haré orando por vuestra madre».

252.6 [6]En esto, han llegado ya a las casas. Los apóstoles se reparten para reunir a los que esperan al Maestro, especialmente a los enfermos...

Y vuelve Jesús con Juan de Endor y Hermasteo. Pasa saludando a la gente que está apiñada delante de las pequeñas casas. Su sonrisa es una bendición.

No podía faltar el enfermo de los ojos, casi ciego por las oftalmías ulcerosas. Se lo presentan y Él le cura. Luego es el turno de uno que está sin duda palúdico, consumido y amarillo como un chino, y le cura.

Luego es una mujer, que le pide un milagro singular: leche para su pecho, que no la tiene; y muestra un niño de pocos días, desnutrido y todo colorado, inflamado, como por un trastorno interno. Llora: «Fíjate. Se nos manda obedecer al hombre y procrear. Pero ¿para qué sirve, si luego vemos apagarse a nuestros hijos? Es el tercero que doy a luz. A dos ya los he recostado en el sepulcro, por este pecho ciego. Éste ya se está muriendo porque ha nacido en la época de mayor calor. Los otros vivieron: uno diez lunas y el otro seis; para, al final, hacerme llorar más todavía, porque murieron por enfermedad de la tripa. Si tuviera mi leche esto no pasaría...».

Jesús la mira y dice: «Tu hijo vivirá. Ten fe. Ve a tu casa. En cuanto llegues dale el pecho al niño. Ten fe».

La mujer, obediente, se marcha, estrechando contra su corazón al menesteroso, que refunfuña como un gatito.

«Pero, ¿le va a venir la leche?».

«Claro que le vendrá».

«Yo digo que le va a vivir el niño, pero que la leche no le viene, y ya si vive será un milagro... Está casi muerto de penuria».

«Pues yo digo que le viene la leche».

«Sí».

«No».

Las opiniones son múltiples como las personas.

252.7 [7]Mientras tanto, Jesús se retira a cenar. Cuando sale para predicar de nuevo, hay todavía más gente, porque la noticia del milagro

del niño enfermo de fiebres, realizado por Jesús al poco de desembarcar, se ha extendido por la ciudad.

«Os doy mi paz para que prepare vuestro espíritu a comprender. En la tempestad no se puede oír la voz del Señor. Cualquier tipo de desasosiego es nocivo a la Sabiduría, porque la Sabiduría, siendo así que viene de Dios, es pacífica; el desasosiego, por el contrario, no viene de Dios, porque los agobios, las ansias, las dudas, son obras del Maligno para inquietar a los hijos del hombre y separarlos de Dios.

Os propongo esta parábola para que entendáis mejor la enseñanza.

Un agricultor tenía en sus campos muchos árboles y vides que daban mucho fruto; entre éstas, una, de la que se sentía muy orgulloso, de calidad selecta. Un año esta vid dio muchas hojas, pero pocos racimos. Un amigo le dijo al agricultor: "Es porque la has podado demasiado poco". Al año siguiente el hombre la podó mucho: la vid dio pocos sarmientos y de racimos todavía menos. Otro amigo dijo: "Es porque la has podado demasiado". El tercer año el hombre no la tocó: la vid no dio ni un solo racimo, y muy pocas hojas, delgadas, acartonadas, orinientas. Un tercer amigo sentenció: "Muere porque la tierra no es buena. Quémala". "Pero ¿por qué, si es la misma tierra de las otras y la cuido como a las demás? ¡Antes iba bien!". El amigo se encogió de hombros y se fue.

Pasó un desconocido viandante y se detuvo a observar al agricultor que estaba apoyado con tristeza en el tronco de la pobre vid. "¿Qué te pasa?" le preguntó. "¿Algún difunto en tu casa?".

"No. Pero se me está muriendo esta vid. La apreciaba mucho. Se ha quedado sin savia para dar fruto. Un año, poco; al otro, menos; éste, nada. He hecho lo que me han aconsejado, pero no ha servido de nada".

El desconocido entró en el campo y se acercó a la vid. Tocó las hojas, cogió un terrón del suelo, lo olió, lo desmenuzó con sus dedos, alzó su mirada hacia el tronco del árbol que servía de apoyo a la vid... "Tienes que contarlo. Esta vid está consumida por causa del tronco".

"¡Pero si es su apoyo desde hace años!".

"Respóndeme, hombre: cuando plantaste esta vid, ¿cómo era ella y cómo era el tronco?".

"¡Oh, era un hermoso majuelo de tres años! Lo saqué de otra cepa mía. Para traerle aquí hice un agujero profundo, para no dañar las raíces al sacarle del terruño natal. También aquí había hecho un agujero igual; más grande todavía, para que estuviera enseguida a

sus anchas. Antes había excavado bien con la azada toda la tierra de alrededor para que estuviera esponjosa, de forma que las raíces pudieran extenderse enseguida sin esfuerzo. Metí en el fondo grato abono y coloqué el majuelo con todo cuidado —como sabes, las raíces se fortifican si encuentran inmediatamente algo que las nutra—. Del olmo me ocupé menos. Era un arbolito cuya única función era la de servir de apoyo al majuelo. Por eso, le puse, casi superficialmente, al lado del majuelo, lo afiancé y me fui. Arraigaron los dos, porque la tierra es buena. De todas formas, mientras que la vid crecía de un año para otro —estimada, podada, rejacada—, el olmo crecía con dificultad (¡para lo que servía!...)... Pero luego se ha hecho recio. ¿Ves qué hermoso está ahora! Cuando vuelvo de lejos veo destacar alta su copa como una torre, y me parece la enseña de mi pequeño reino. Al principio la vid le tapaba y no se veían sus hermosas frondas. ¡Ahora, mira qué hermosa su copa allá arriba bajo el sol! ¡Y qué tronco! Derecho, fuerte. Podía sujetar esta vid durante años y años, aunque hubiera crecido como aquellas que cogieron los exploradores de Israel en el torrente del Racimo. Sin embargo...".

"Sin embargo... te la ha matado. La ha rendido. Todo favorecía su vida: el terreno, la posición, la luz, el sol, tu forma de cuidarla. Pero éste la ha matado. Se ha hecho demasiado fuerte. Ha atenazado sus raíces y las ha ahogado. Le ha quitado todo jugo proveniente del suelo, ha estrangulado su respiración, le ha vedado la luz que necesitaba. Tala inmediatamente este inútil y recio árbol, y tu vid renacerá. Y renacerá mejor aún si, con paciencia, excavas la tierra para poner al desnudo las raíces del olmo y las siegas, para asegurarte que no echen rebrotes. Se pudrirán en el suelo con sus últimas ramificaciones: de muerte se transformarán en vida, porque se transformarán en substancia fertilizante: digno castigo a su egoísmo. El tronco lo echarás al fuego, y así te será útil. Una planta inútil y nociva sólo sirve para el fuego, y debe ser arrancada, para que todo el bien lo reciba la planta buena y útil. Ten fe en lo que te digo y te sentirás feliz".

"Pero... ¿quién eres tú? Dímelo, para que pueda tener fe".

"Yo soy el Sapiente. Quien cree en mí estará seguro". Y se marchó.

252.8 [8]El hombre tuvo un momento de indecisión. Luego se decidió y echó mano a la sierra; es más, llamó a sus amigos para que le ayudaran.

"¡Qué sandez!". "Perderás vid y olmo". "Yo me limitaría a podarle la copa para dar aire a la vid. No más". "En todo caso deberá tener un soporte. Es un trabajo inútil". "¡Quién sabe quién era! Quizás uno

que te odia y tú no lo sabes". "O quizás es un loco"... y así sucesivamente.

"Haré lo que me ha dicho. Tengo fe en él". Y segó el olmo por la base; y, no contento con ello, en un amplio radio puso al desnudo las raíces de las dos plantas, y segó con paciencia las del olmo, poniendo cuidado en no dañar las de la vid. Luego volvió a tapar el vasto agujero que había hecho. A la vid, que se había quedado sin soporte, le puso al lado una fuerte barra de hierro; luego escribió en una tabla la palabra "Fe" y la ató en la parte alta de la barra.

Los otros se marcharon meneando la cabeza.

Pasó el otoño y el invierno. Vino la primavera. Los sarmientos, enroscados en el apoyo se adornaron de abundantes gemas (primero apiñadas como en un estuche de terciopelo plateado; luego entreabiertas, sobre la esmeralda de las nacientes hojitas; luego abiertas del todo). Y nuevos sarmientos fuertes a partir del tronco (todos ellos un verdadero floreteo de florecillas... y luego todo un fructificar de granos de uva). Más racimos que hojas. Y éstas, grandes, verdes, fuertes, tan fuertes como los conjuntos de dos, tres o más racimos. Cada racimo, una densa concentración de granos carnosos, jugosos, espléndidos.

"¿Y ahora qué decís? ¿Era o no el árbol la razón por la cual mi vid moría? ¿Era acertado o no lo que dijo el Sapiente? ¿Tuve o no razón cuando escribí en esa tabla la palabra 'Fe'?" dijo el hombre a sus amigos incrédulos.

"Has tenido razón. ¡Dichoso tú que has sabido tener fe y has sido capaz de destruir el pasado y lo que de nocivo se te dijo".

Ésta es la parábola.

[9]Y, por lo que respecta a la mujer del pecho seco, ahí tenéis la res- 252.9
puesta. Mirad hacia la ciudad».

Todos se vuelven hacia la ciudad y ven que viene corriendo la mujer de antes, la cual, a pesar de que venga corriendo no separa a su hijito del pecho, de su pecho lleno, bien lleno, de leche, del que el pequeño hambriento mama con tal voracidad, que casi se ahoga. Y la mujer no se detiene sino a los pies de Jesús; sólo entonces separa un momento del pezón al niño y grita: «¡Tu bendición, tu bendición, para que viva para ti!».

Pasado este momento, Jesús continúa:

«Habéis recibido la respuesta a vuestras hipótesis acerca del mi-
lagro. [10]De todas formas, la parábola tiene un sentido más amplio del 252.10
pequeño episodio de una fe premiada. El sentido es éste:

Dios había plantado su vid, su pueblo, en un lugar apropiado, y le había procurado todo lo que necesitaba para crecer y dar frutos cada

vez mayores; y había apoyado a su pueblo en los maestros, para que pudiera comprender más fácilmente la Ley y para que fueran su fuerza. Pero los maestros quisieron ser más que el Legislador; crecieron, crecieron, crecieron... hasta hacerse valer por encima de la eterna palabra. Y así Israel ha quedado estéril. El Señor ha enviado entonces al Sapiente, para que los israelitas que, con recto corazón, sienten el dolor de esta infecundidad y prueban los remedios que les vienen de los dictámenes o consejos de los maestros —doctos humanamente, indoctos sobrenaturalmente, y, por tanto, lejanos del conocimiento de lo que se debe hacer para devolver la vida al espíritu de Israel— puedan disponer de un consejo verdaderamente beneficioso.

Ahora bien, ¿qué sucede? ¿Por qué no recupera las fuerzas Israel y vuelve a ser vigoroso como en los tiempos áureos de su fidelidad al Señor? Porque el consejo es: eliminar todas las cosas parasitarias que han crecido en detrimento de la Cosa santa —la Ley del Decálogo— tal y como fue dada; eliminarlas para dejar aire, espacio, alimento a la Vid, al Pueblo de Dios, y darle un apoyo recio, derecho, que no pueda ser plegado, soporte único, de nombre luminoso: la Fe. Pues bien, este consejo no se acepta. Por eso os digo que Israel caerá, siendo así que podría renacer y ganar el Reino de Dios, si supiera creer y generosamente corregirse y modificarse substancialmente.

Podéis marcharos en paz. Que el Señor esté con vosotros».

## 253. María Stma. devela a María de Alfeo el sentido de la maternidad espiritualizada. La Magdalena debe forjarse sufriendo.

14 de agosto de 1945.

253.1 [1]Todavía es de noche (una preciosa noche de Luna menguante) cuando, silenciosamente, Jesús con los apóstoles y las mujeres, Juan de Endor y Hermasteo, se despiden de Isaac, que es el único que está despierto, para emprender el camino siguiendo la orilla del mar. El rumor de los pasos es sólo un leve crujido de grava comprimida por las sandalias. Ninguno habla hasta que no dejan unos metros atrás la última de las casitas. Quien en ella duerme, o en las otras anteriores, ciertamente no ha advertido la silenciosa partida del Señor y sus amigos. El silencio es profundo. Sólo el mar habla: a la Luna, que ya se encamina hacia el poniente, empezando a declinar; a las arenas, y les cuenta las historias de las profundidades, con su larga ola de marea alta incipiente que va dejando cada vez menos margen

seco al litoral.

Esta vez las mujeres van adelante, con Juan, Simón Zelote, Judas Tadeo y Santiago de Alfeo, los cuales ayudan a las discípulas a pasar pequeños escollos que aparecen acá o allá, húmedos de agua salubre y resbaladizos. El Zelote va con la Magdalena, Juan con Marta, mientras que Santiago de Alfeo se ocupa de su madre y de Susana y Judas Tadeo no cede a ninguno el honor de tomar en su recia y larga mano —otra parte en que asemeja a Jesús— la mano menuda de María, para sostenerla en los pasos difíciles. Cada uno de ellos habla en voz baja con su compañera. Parece como si todos quisieran respetar el sueño de la Tierra.

El Zelote habla muy animadamente con María de Magdala, y veo que más de una vez Simón abre los brazos con el gesto de quien dijera: «Así es y no hay otra posibilidad». Pero, dado que son los que van más adelantados, no oigo lo que dicen.

Juan habla sólo de vez en cuando con su compañera, señalándole el mar y el Carmelo, cuya ladera occidental está todavía blanca de luna. Quizás está hablando del camino que recorrieron la otra vez bordeando el Carmelo por la otra parte.

[2]También Santiago, entre María de Alfeo y Susana, habla del 253.2
Carmelo. Dice a su madre: «Jesús me ha prometido que subiríamos allá arriba los dos solos, y que me diría una cosa sólo a mí».

«¿Qué querrá decirte, hijo? ¿Me lo participas luego?».

«Mamá, si es un secreto, no te lo puedo decir» responde sonriendo, con esa sonrisa suya tan afectuosa, Santiago, cuya semejanza con José, el esposo de María, es muy sensible en las facciones y, más aún, en la serena dulzura.

«Para la madre no hay secretos».

«No los tengo, la verdad. Pero si Jesús me quiere allá arriba solo, y sólo para hablarme, es señal de que no quiere que sepa nadie lo que quiere decirme. Tú, mamá, eres mi querida mamá a la que quiero mucho, pero Jesús está por encima de ti y su voluntad también. De todas formas, le preguntaré, cuando llegue el momento, si te puedo decir a ti sus palabras. ¿Estás contenta ahora?».

«Te olvidarás de preguntarlo...».

«No, mamá; no te olvido nunca, aunque estés lejos de mí. Siempre que oigo o veo algo bonito pienso: "¡Si estuviera aquí mi madre!"».

«¡Amor! Dame un beso, hijo mío». María de Alfeo está emocionada. Pero la emoción no mata la curiosidad. Vuelve al asalto después de unos momentos de silencio. «Has dicho: su voluntad. Entonces es que has comprendido que te quiere manifestar algún designio suyo.

¡Venga, hombre, al menos esto lo puedes decir! ¡Esto te lo habrá dicho estando presentes los demás!».

«La verdad es que iba delante sólo con Él» dice sonriendo Santiago.

«Pero los otros podían oír».

«No me dijo mucho, mamá. Me recordó las palabras y la oración de Elías en el Carmelo: "De los profetas del Señor he quedado yo sólo"; "sé propicio a mi oración, para que este pueblo reconozca que Tú eres el Señor Dios"».

«¿Y qué quería decir?».

«¡Cuántas cosas quieres saber, mamá! Ve donde Jesús, entonces; que te las diga» se defiende Santiago.

«Habrá querido decir que, dado que el Bautista ha sido apresado, queda sólo Él como profeta en Israel, y que Dios deberá conservarle mucho tiempo para que el pueblo sea adoctrinado» dice Susana.

«¡Mmm! Dudo que Jesús pida ser conservado mucho tiempo. Para sí mismo no pide nada... ¡Venga, Santiago mío, díselo a tu madre!».

«La curiosidad es un defecto, mamá; es cosa inútil, peligrosa y a veces dolorosa. Haz un buen acto de mortificación...».

«¡Ay, pobre de mí! ¡¿No habrá querido decir que me van a encarcelar a tu hermano, o... quizás... matarle?!» pregunta toda agitada María de Alfeo.

«Judas no es "todos los profetas", mamá, aunque, por tu amor, cada uno de tus hijos representa al mundo...».

«Pienso también en los demás, porque... porque entre los profetas futuros estáis ciertamente vosotros. Entonces... entonces, si sólo quedas tú... Si sólo quedas tú es señal de que los otros, mi Judas... ¡oh!...».

253.3 [3]María de Alfeo deja al improviso donde están a Santiago y a Susana y, ligera como una jovencilla, vuelve hacia atrás corriendo, sin hacer caso a la pregunta que le dirige Judas Tadeo. Llega, como si alguien la estuviera persiguiendo, al grupo de Jesús.

«Jesús mío, ...estaba hablando con mi hijo... de lo que le dijiste... del Carmelo... de Elías... de los profetas... Dijiste... que Santiago se quedará solo... ¿Qué será de Judas, entonces? ¡Es mi hijo, sabes!» dice toda jadeante por la congoja y por la carrera realizada.

«Lo sé, María; como también sé que te sientes feliz de que sea *mi* apóstol. Date cuenta de que tú tienes todos los derechos como madre y Yo los tengo como Maestro y Señor».

«¡Es verdad... es verdad... pero Judas es mi hijito!...» y María, vislumbrando un momento futuro, se echa a llorar con ganas.

«¡Oh, son lágrimas muy mal empleadas! Pero todo se le comprende a un corazón de madre. Ven aquí, María. No llores. Ya te consolé otra vez. En aquel momento te prometí que aquel dolor te alcanzaría de Dios grandes gracias, para ti, para tu Alfeo, para tus hijos...». (Jesús ha pasado su brazo por encima de los hombros de su tía y la ha juntado estrechamente a sí... Ahora ordena a los que iban con Él: «Vosotros id adelante...». Luego, ya sólo con María Cleofás, sigue diciendo: «Y no mentí. Alfeo murió invocándome. Por tanto, toda deuda suya hacia Dios quedó cancelada. María, tu dolor obtuvo esta conversión hacia el pariente que antes Alfeo no había comprendido, hacia el Mesías que no había querido reconocer; ahora, este dolor tuyo obtendrá que el vacilante Simón y el reacio José imiten a tu Alfeo».

«Sí, pero... ¿Qué vas a hacer con Judas, con mi Judas?».

«Le amaré más aún de cuanto le amo ahora».

«No, no. Hay un presagio amenazador en esas palabras. ¡Oh, Jesús! ¡Oh, Jesús!...».

[4]María Virgen vuelve hacia atrás porque, ante ese dolor cuya naturaleza todavía desconoce, quiere consolar también a su cuñada. En cuanto sabe de qué dolor se trata —porque su cuñada, al verla a su lado, llora aún más fuerte y se lo dice— se pone más pálida que la misma Luna. 253.4

María de Alfeo gime: «Dile tú que no, que no... la muerte para mi Judas...».

María Virgen, aún más pálida, le dice: «¿Podría pedir esto para ti, si ni siquiera para mi Hijo pido que sea salvado de la muerte? María, di conmigo: "Hágase tu voluntad, Padre, en el Cielo, en la Tierra y en el corazón de las madres". Hacer la voluntad de Dios a través del destino de nuestros hijos es el martirio redentor de nosotras las madres... Además... nadie ha confirmado que vayan a matarle a Judas, o matarle antes de que tú mueras. ¡Tu oración de ahora por que alcance la mayor longevidad cómo te pesaría entonces, cuando, en un Reino de Verdad y Amor, veas todas las cosas a través de las luces de Dios y a través de tu maternidad espiritualizada! Entonces —estoy seguro de ello—, como bienaventurada y como madre, querrías que Judas fuera semejante a mi Jesús en su destino de redentor, y anhelarías vivamente tenerle pronto contigo, de nuevo, para siempre. Porque el tormento de las madres es verse separadas de sus hijos: un tormento tan grande, que creo que perdurará, como ansia amorosa, incluso en el Cielo que nos acogerá».

[5]El llanto de María —tan fuerte y en medio del silencio de un primer barrunto de alba— ha hecho que todos vuelvan atrás para saber lo que pasa, con lo cual han oído las palabras de María Virgen y la 253.5

emoción se extiende: llora María de Magdala susurrando: «Y yo le he procurado ese tormento a mi madre ya desde esta Tierra»; llora Marta diciendo: «La separación de los hijos y la madre significa dolor recíproco»; brillan también los ojos de Pedro. Por su parte el Zelote dice a Bartolomé: «¡Qué palabras de sabiduría para explicar lo que será la maternidad de una bienaventurada!»; «¡Y cómo — le responde Natanael — valorará las cosas una madre bienaventurada: a través de las luces de Dios y de la maternidad espiritualizada...! Se queda uno sin respiración, como ante un luminoso misterio». Judas Iscariote dice a Andrés: «La maternidad, expresada en esos términos, se despoja de todo sentido de peso para ser pura ala. Da la impresión de estar viendo ya a nuestras madres transformadas en una inimaginable belleza»; «Es verdad. La nuestra, Santiago, nos amará así. ¿Te imaginas lo perfecto que será entonces su amor?» dice Juan a su hermano, y es el único en que se dibuja una luz de sonrisa (¡tanto le emociona gozosamente la idea de que su madre llegue a amar en modo perfecto!).

253.6 [6]«Siento haber causado tanto dolor» dice Santiago de Alfeo en tono de pedir disculpas. «Ha intuido más de lo que he dicho... Créeme, Jesús».

«Lo sé. Lo sé. María se está labrando a sí misma, y éste ha sido un golpe más fuerte de cincel; pero le quita mucho peso muerto» dice Jesús.

«¡Venga, madre! ¡Deja ya de llorar! Esto me duele. Que sufras como una pobre mujercita que no conoce las certezas del Reino de Dios. No te pareces en nada a la madre de los niños Macabeos» recrimina a su madre Judas Tadeo, severo, aunque abrazándola... Y, besándola en la cabeza, en sus cabellos entrecanos, añade: «Pareces una niña con miedo a las sombras y a las fábulas que le cuentan para asustarla. Pero tú sabes dónde encontrarme: en Jesús. ¡Qué mamá! ¡Qué mamá! Deberías llorar si se te hubiera dicho que, en un futuro, fuera a traicionar a Jesús, a abandonarle, o fuera a ser un réprobo. Entonces sí, entonces deberías llorar incluso sangre. Pero, si Dios me ayuda, no te daré nunca ese dolor, madre mía. Quiero estar contigo por toda la eternidad...».

El reproche, primero; las caricias, después... terminan por enjugar el llanto de María de Alfeo, que ahora se siente —y se la ve— toda avergonzada de su debilidad.

253.7 [7]En el tránsito de la noche al día —habiéndose ocultado la Luna sin haber empezado todavía a amanecer— la luz ha disminuido. Pero es sólo un breve intermedio incierto. Inmediatamente después, la luz —primero plomiza, luego levemente gris, luego verdastra, luego

láctea con transparencias de azul, finalmente clara, casi incorpórea plata— se afirma, cada vez más, facilitando el camino por el guijarral húmedo que las olas han dejado descubierto; mientras, los ojos se alegran con la vista del mar, ya de un azul más claro, pronto a encenderse de visos de gema. Y luego el aire embebe su plata de un rosa cada vez más seguro, hasta que este rosa-oro de la aurora se hace lluvia rosa-roja que cae en el mar, en los rostros, en los campos, formando contrastes de tonalidades cada vez más vivos, los cuales alcanzan el punto perfecto —para mí siempre el más bonito del día— cuando el Sol, saltando los confines del oriente, lanza su primer rayo hacia montes y laderas, bosques, prados y vastas llanuras marinas y celestes, y acentúa todos los colores: la blancura de las nieves o de las lejanías montañosas, con un color añil entreverado de verde diaspro; o el cobalto del cielo, que palidece para acoger el rosa; o el zafiro veteado de jaspe y orlado de perlas del mar. Y hoy el mar es un verdadero milagro de belleza: no muerto en la calmaría pesada ni agitado bajo la lucha de los vientos, sino majestuosamente vivo con su reír de leves olas, apenas señaladas con una ondulación coronada por una crestita de espuma.

«Llegaremos a Dora antes de que el Sol queme. Reanudaremos la marcha al declinar del Sol. Mañana, en Cesarea, terminará vuestro esfuerzo, hermanas. También nosotros descansaremos. Allí estará ciertamente vuestro carro. Nos separaremos... [8]¿Por qué lloras, María? ¿Voy a tener que ver hoy llorar a todas las Marías?» dice Jesús a la Magdalena. 253.8

«Le apena dejarte» dice su hermana para disculparla.

«No quiere decir que no nos vayamos a volver a ver, y además pronto».

María hace gesto de negación con la cabeza. No llora por eso.

El Zelote explica: «Teme no saber ser buena sin tenerte a su lado. Teme... ser tentada demasiado fuertemente una vez que Tú ya no estés cerca manteniendo alejado al demonio. Me hablaba de esto hace poco».

«No tengas este temor. Yo no retiro nunca una gracia que he concedido. ¿Quieres pecar? ¿No? Pues estáte tranquila. Vigila, eso sí, pero no tengas miedo».

«Señor... lloro también porque en Cesarea... Cesarea está llena de mis pecados. Ahora los veo todos... Me espera mucho que sufrir en mi humanidad...».

«Me alegro; cuanto más sufras mejor será, porque después ya no tendrás que sufrir con estas inútiles penas. María de Teófilo, te recuerdo que eres hija de un padre fuerte, y que eres un alma fuerte y

que Yo te quiero hacer fortísima. En las otras compadezco las debilidades, porque han sido siempre mujeres mansas y tímidas, incluso tu hermana. En ti no lo soporto. Te labraré con fuego y yunque. Porque eres temple que debe labrarse así, para no deteriorar el milagro de tu voluntad y la mía. Esto debéis saberlo tú y los que —de entre los presentes o los ausentes— pensasen que podría ser débil contigo por lo mucho que te he amado. Te concedo que llores por arrepentimiento y por amor; no por ninguna otra cosa. ¿Comprendes?» Jesús se muestra sugestivo y severo.

María de Magdala se esfuerza en tragar lágrimas y sollozos y cae de rodillas, besa los pies de Jesús; e intentando hablar con voz firme, dice: «Sí, mi Señor. Haré como Tú quieres».

«Álzate, pues, y está serena».

## 254. El encuentro con Síntica, esclava griega y la llegada a Cesarea Marítima.

15 de agosto de 1945.

254.1 [1]No veo la ciudad de Dora. Declina el Sol. Los peregrinos se dirigen a Cesarea. La permanencia en Dora no la he visto. Quizás ha sido sólo un alto en el camino sin nada especial que señalar. El mar parece al rojo vivo, de tanto como refleja, en su calma, el rojo del cielo; un rojo, éste, tan violento, que aparece casi irreal: es como si hubieran vertido sangre en la bóveda del firmamento. Hace todavía calor, pero el aire del mar lo hace soportable. Caminan siguiendo la orilla para evitar el ardor del terreno seco; bastantes, incluso, se han quitado las sandalias y se han remangado los vestidos para entrar en el agua.

Pedro declara: «Si no hubieran estado las discípulas, me habría desnudado y me habría metido dentro del agua hasta el cuello».

Pero... hasta de donde está debe salir, porque la Magdalena, que iba adelante con las otras, vuelve y dice: «Maestro, conozco bien esta zona. ¿Ves allí ese hilo amarillo en el azul del mar? Allí descarga un río, perenne, incluso en este tiempo de verano. Y hay que saberle atravesar...».

«¡Hemos atravesado muchos ríos! ¡No será el Nilo! Atravesaremos también éste» dice Pedro.

«No es el Nilo. Pero en sus aguas y sus orillas hay animales de agua peligrosos. No se puede pasar a la ligera y descalzos, porque entonces te hieren».

«¡¿Pero bueno, qué son, leviatanes?!».

«Bien has dicho, Simón, son verdaderamente cocodrilos; pequeños, pero suficiente como para que no puedas caminar un buen trecho».

«¡Y qué hacen allí?».

«Los trajeron por motivos de culto, creo, desde cuando aquí reinaban los fenicios. Y aquí se han quedado. Cada vez más pequeños, pero no por ello menos agresivos. Pasaron de los templos al limo del río. Ahora son lagartones grandes, ¡pero con unos dientes! Los romanos vienen para celebrar partidas de caza y para otra serie de diversiones... Yo también he venido con ellos. Todo sirve para... llenar el tiempo. Además las pieles son bonitas y se usan para muchas cosas. Por la experiencia que tengo, dejad que os guíe».

«Bien. Me gustaría verlos...» dice Pedro.

«Quizás vemos alguno, aunque de hecho los han cazado tanto que están casi exterminados».

[2]Dejan la orilla y se dirigen hacia el interior. Encuentran un ca- 254.2
mino de primer orden entre medias de las colinas y el mar. Llegan pronto a un puente muy arqueado, tendido sobre un río pequeño, aunque de cauce más bien grande, ahora pobre de aguas, reducidas al centro del lecho. Donde no hay agua se ven juncales y cañizares (ahora semiagostados por el verano, aunque en otras estaciones del año, sin duda, forman minúsculas islas en medio de las aguas). En las orillas hay matorrales y árboles frondosos.

A pesar de escrutar mucho con la mirada, no ven ningún animal, y muchos sufren un desencanto. Pero, estando ya para terminar el paso del puente (una recia construcción, tal vez romana, con un único arco muy alto; quizás para que no lo invadan las aguas en tiempo de crecida), Marta da un grito agudísimo y se hace atrás aterrorizada: un enorme lagartón —es lo que parece, no más, pero con la clásica cabeza de los cocodrilos— está atravesado en el camino haciéndose el dormido.

«¡No tengas miedo, mujer!» grita la Magdalena. «Cuando están ahí no son peligrosos. Lo malo es cuando están escondidos y se mete el pie sin verlos».

Pero Marta se mantiene prudentemente atrás. También Susana se lo toma muy en serio... María de Alfeo es más valiente, no sin prudencia: al lado de sus hijos, sigue adelante mientras mira. Los apóstoles no tienen ningún miedo; miran y hacen comentarios sobre el feo animal, el cual se digna girar lentamente la cabeza para que le vean también de frente, y luego hace ademán de moverse, como si quisiera ir en dirección a estos importunos viandantes. Otro grito de Marta, que se hace atrás más todavía, imitada esta vez por Susana y

María Cleofás. Pero María de Magdala coge un canto, se lo tira al animal y le da en un costado, y éste huye hacia abajo por el guijarral para encenagarse en el agua.

«Ven, acércate, miedosa. Ya no está» dice a su hermana. Las mujeres se juntan de nuevo.

«Pero es feo con ganas, ¡eh!» comenta Pedro.

254.3 [3]«Maestro, ¿es verdad que en el pasado les daban de comer víctimas humanas?» pregunta Judas Iscariote.

«Se le consideraba animal sagrado. Representaba a un dios, y, de la misma forma que nosotros ofrecemos el sacrificio a nuestro Dios, ellos, los pobres idólatras, lo hacían con las formas y errores que su condición comportaba».

«¿Pero todavía se hace ahora?» pregunta Susana.

«Creo que no hay que descartar que todavía se haga en lugares idólatras» dice Juan de Endor.

«¡Dios mío! ¡Pero se los darán muertos, ¿no?!».

«No. Si se los dan es vivos. Jovencitas, niños, en general: las primicias del pueblo. Al menos eso es lo que he leído» responde Juan de Endor a las mujeres, las cuales miran a su alrededor todo asustadas.

«Yo, si tuviera que acercarme a él, me moriría de miedo» dice Marta.

«¡Sí? Pues ése no es nada, mujer, respecto al verdadero cocodrilo: es, al menos, tres veces más largo y ancho».

«Y además hambriento. Ése ciertamente estaba ya lleno de culebras o conejos montaraces».

«¡Misericordia! ¡También culebras! ¡Pero, ¿a dónde nos has traído, Señor?!» dice quejumbrosa Marta, tan asustada que la risa se apodera irresistiblemente de todos.

Hermasteo, que hasta ahora ha guardado siempre silencio, dice: «No tengas ningún miedo. Basta hacer mucho ruido y todos huyen. Tengo experiencia. He estado en repetidas ocasiones en el bajo Egipto».

Reanudan la marcha dando palmadas o golpeando en los troncos... La parte peligrosa queda atrás.

Marta se ha juntado a Jesús y pregunta frecuentemente: «¿Es seguro que ya no habrá más?».

Jesús la mira y menea la cabeza sonriendo, pero la tranquiliza: «Estamos ya muy cerca de la llanura de Sarón, que no es sino belleza. ¡De todas formas, sí que me teníais reservadas hoy sorpresas las discípulas! No sé verdaderamente por qué eres tan asustadiza».

«Yo tampoco lo sé. Pero todo lo que repta me aterroriza. Tengo la impresión como de sentir el frío de esos cuerpos —fríos y legamo-

sos— sobre mí. Y me pregunto por qué existen. ¿Son, acaso, necesarios?».

«Esto habría que preguntárselo a Aquel que los hizo. Tú cree que si los ha hecho es señal de que son útiles... aunque sólo fuera para hacer brillar el heroísmo de Marta» dice Jesús con un brillo perspicaz en sus ojos.

«¡Oh, Señor! Tienes razón en bromear, pero yo tengo miedo y no me venceré jamás».

«Eso lo veremos... [4]¿Qué se mueve allí entre aquellos matorrales?» dice Jesús levantando la cabeza y dirigiendo su mirada adelante, hacia una maraña de zarzas y otras plantas de largas ramas lanzadas al asalto de una voluminosa barrera de chumberas, situada más atrás, con sus palas tan duras cuanto flexibles son las ramas agresoras. 254.4

«¡¿Otro cocodrilo, Señor?!...» gime Marta aterrorizada.

Pero el crujir de frondas aumenta y tras ellas aparece un rostro humano, de mujer. Mira. Ve a todos estos hombres. Duda entre huir por el campo o introducirse en la agreste galería. Vence lo primero y, dando un grito, huye.

«¿Leprosa?», «¿Loca?», «¿Endemoniada?» se preguntan, sin salir de su asombro.

Pero la mujer vuelve sobre sus pasos, porque de Cesarea —ya cercana— está viniendo un carro romano. La mujer se ve como un ratón sin escapatoria. No sabe a dónde ir, porque Jesús con los suyos están ahora junto al matorral que le servía de refugio y no puede volver, y hacia el carro no quiere ir... Entre las primeras calígines del anochecer —la noche se acerca de prisa tras el intenso ocaso— se ve que es joven y donosa, a pesar de estar harapienta y despeinada.

«¡Mujer! ¡Ven aquí!» ordena Jesús imperiosamente.

La mujer tiende los brazos hacia Él suplicando: «¡No me hagas daño!».

«¡Ven aquí. ¿Quién eres? No te voy a hacer ningún daño» lo dice tan dulcemente, que logra persuadirla.

La mujer se acerca encorvada y se arroja al suelo diciendo: «Quienquiera que seas, ten piedad. Mátame, pero no me devuelvas a mi amo. Soy una esclava que ha huido...».

«¿Quién era tu amo? ¿De dónde eres? Se ve que no eres hebrea, por tu modo de hablar y tu vestido».

«Soy griega. La esclava griega de... ¡Piedad! ¡Escondedme! ¡El carro está llegando...».

Todos forman grupo en torno a la infeliz, que se acurruca en el suelo. El vestido desgarrado por los espinos deja ver los hombros

surcados de golpes y ornados de arañazos. El carro pasa sin que ninguno de sus ocupantes muestre interés por este grupo parado junto al matorral.

«Han pasado de largo, habla. Si podemos, te ayudamos» dice Jesús tocando con la punta de los dedos su cabellera despeinada.

254.5 [5]«Soy Síntica, la esclava griega de un noble romano del séquito del Procónsul».

«¡Entonces eres la esclava de Valeriano!» exclama María de Magdala.

«¡Piedad, piedad! No me denuncies a él» suplica la infeliz.

«No temas. No volveré a hablar nunca más con Valeriano» responde la Magdalena, y explica a Jesús: «Es uno de los más ricos y sucios romanos que tenemos aquí. Y, lo mismo que es sucio, es cruel».

«¿Por qué has huido?» pregunta Jesús.

«Porque tengo un alma. No soy una mercancía...» la mujer siente seguridad al ver que ha encontrado a personas compasivas. «No soy una mercancía. Mi amo me compró, es verdad, pero podrá haber comprado mi persona para embellecer su casa, para que le alegre las horas con la lectura, para que le sirva, sí, pero nada más. ¡El alma es mía! No es una cosa que se compre. Y quería también mi alma».

«¿Cómo tienes conocimiento del alma?».

«No soy iletrada, Señor; botín de guerra desde la más tierna edad, pero no plebeya. Éste es mi tercer amo, un indecente fauno. Pero conservo las palabras de nuestros filósofos, y sé que en nosotros hay algo más que carne. Dentro de nosotros hay algo que es inmortal, algo que no tiene exacto nombre para nosotros... Pero hace poco he sabido su nombre. Un día ha pasado por Cesarea un hombre, que hacía prodigios y hablaba mejor que Sócrates y Platón. Fue objeto de muchos comentarios, en termas y triclinios, o en los dorados peristilos. Ensuciaron su augusto nombre pronunciándolo en las salas de sus inmundas orgías. Y mi amo me mandó leer otra vez —precisamente a mí, que ya sentía en mí algo inmortal que sólo le corresponde a Dios y no se compra como mercancía en un mercado de esclavos— las obras de los filósofos, para cotejar y buscar si esta cosa ignorada, que el hombre que había venido a Cesarea había llamado "alma", estaba ahí descrita. ¡A mí me lo hizo leer, a mí a quien quería someter a su carnalidad! Así he venido a saber que esta cosa inmortal es el alma. Y, mientras Valeriano con los otros como él escuchaba mi voz, y, entre un eructo y un bostezo, trataba de entender, comparar y discutir, yo unía lo que decían, refiriendo las palabras del Desconocido, a las palabras de los filósofos, y me las metía aquí, y con ellas me cons-

truía una dignidad cada vez más fuerte, para rechazar su libídine... Hace unos días, una noche, me pegó salvajemente, porque le rechacé a dentelladas... Al día siguiente me escapé... Hace cinco días que vivo en esa espesura, cogiendo de noche moras e higos chumbos. Pero al final dará conmigo. Ciertamente me está buscando. Cuesto mucho dinero, y gusto demasiado a su carnalidad, como para que se desentienda de mí... ¡Ten piedad! [6]Te pido —eres hebreo y, sin duda, sabes 254.6
dónde está—, te pido que me conduzcas a ese Desconocido que habla a los esclavos y que habla del alma. Me han dicho que es pobre. Pasaré hambre, pero quiero estar a su lado para que me instruya y me eleve: vivir con los brutos embrutece, aunque se les oponga resistencia. Quiero volver a poseer la dignidad moral mía».

«Ese hombre, el Desconocido al que buscas, está frente a ti».

«¿Tú? ¡Oh, ignoto Dios de la Acrópolis! ¡Ave!» y se postra hasta tocar con la frente el suelo.

«Aquí no puedes estar. Pero Yo voy a Cesarea...».

«¡No me dejes, Señor!».

«No te dejo... Estoy pensando...».

«Maestro, nuestro carro está, sin duda, en el lugar convenido, esperándonos. Manda a avisar. En el carro estará segura como en nuestra casa» aconseja María de Magdala.

«¡Sí, confíanosla a nosotras, Señor! Ocupará el lugar del anciano Ismael. La instruiremos sobre ti. Será una mujer arrebatada al paganismo» suplica Marta.

«¿Quieres venir con nosotros?» pregunta Jesús.

«Con cualquiera de los tuyos, con tal de no volver con aquel hombre. ¡Pero... pero aquí una mujer ha dicho que le conoce! ¿No me traicionará? ¿No irán romanos a su casa? ¿No...?».

«No tengas miedo. A Betania *no* van romanos; sobre todo, de esa clase» dice la Magdalena para tranquilizar.

«Simón y Simón Pedro, id a buscar el carro. Os esperamos aquí. Entraremos en la ciudad después» ordena Jesús.

[7]...Cuando el pesado carro cubierto anuncia su presencia con el 254.7
ruido de los cascos y las ruedas y con el farol oscilante colgado de su techo, los que esperaban se levantan del ribazo donde han cenado y bajan al camino.

El carro se para, bamboleándose, en la orilla del camino deformado. Bajan Pedro y Simón; inmediatamente después, baja una mujer anciana, que corre a abrazar a la Magdalena diciendo: «Ni siquiera un momento, no quiero dejar pasar ni un momento sin decirte que soy feliz, que tu madre exulta conmigo, que eres de nuevo la rubia rosa de nuestra casa, como cuando dormías en la cuna después de

haber mamado de mi pecho» y la besa una y otra vez.

María llora entre sus brazos.

«Mujer, te confío a esta joven y te pido el sacrificio de esperar aquí toda la noche. Mañana podrás ir al primer pueblo de la vía consular y esperar allí. Nosotros iremos antes del final de la tercia» dice Jesús a la nodriza.

«Todo sea como Tú quieras. ¡Bendito seas! Déjame sólo darle a María los vestidos que le he traído». Y vuelve a subir al carro, con María Stma. y María y Marta.

Cuando vuelven a salir, la Magdalena aparece como la veremos en lo sucesivo siempre: con una túnica sencilla, un lienzo fino y grande de lino como velo y un manto sin adornos.

«Ve tranquila, Síntica. Mañana vendremos nosotros. Adiós». Es el saludo de Jesús, que reanuda su camino hacia Cesarea...

254.8 [8]Mucha gente, a la luz de antorchas o faroles llevados por esclavos, pasea por la orilla del mar, respirando el aire marino: gran alivio para los pulmones cansados del bochorno del estío. Los que pasean son precisamente la clase de los ricos romanos. Los hebreos están dentro de sus casas y gozan del fresco en la parte alta de éstas. La orilla del mar parece un larguísimo salón en hora de visitas. Pasar por ahí significa literalmente ser sometido a detallado análisis. Pues bien, a pesar de ello, Jesús pasa precisamente por ahí, todo a lo largo de la orilla, sin hacer caso de miradas, comentarios o ironías.

«Maestro, ¿Tú por aquí? ¿A esta hora?» pregunta Lidia (que está sentada en una especie de sillón o triclinio que le han llevado los esclavos al margen de la vía), y se pone en pie.

«Vengo de Dora y se me ha hecho tarde. Estoy buscando un lugar de alojamiento».

«Te diría: ahí está mi casa» y señala un bonito edificio a espaldas suyas. «Pero no sé si...».

«No. Te lo agradezco, pero no acepto. Traigo a muchos conmigo y ya dos de ellos se han adelantado para avisar a personas que conozco. Creo que me darán hospedaje».

254.9 [9]Los ojos de Lidia se fijan también en las mujeres a las que ha señalado Jesús junto con los discípulos. Enseguida reconoce a la Magdalena.

«¡María! ¿Tú? ¿Entonces es verdad!».

La mirada de María es como la de una gacela acorralada: denota suplicio. No sin motivo, porque no es Lidia la única a quien afrontar; hay muchos otros que se están fijando en ella... Pero mira a Jesús y se siente segura de nuevo.

«Es verdad».

«¡Entonces te hemos perdido!».

«No. Me habéis encontrado. Al menos espero hallaros un día, y con una amistad mejor, en este camino que por fin he encontrado. Díselo esto, te lo ruego, a todos los que me conocen. Adiós, Lidia. Olvida todo el mal que me viste hacer. Te pido perdón por ello...».

«¡Pero María! ¿Por qué te humillas? Hemos vivido la misma vida, de ricos y ociosos, y no hay...».

«No. Yo he vivido una vida peor. Pero la he dejado. *Y además para siempre*».

«Adiós, Lidia» abrevia el Señor, y se mueve hacia su primo Judas, que, con Tomás, está viniendo hacia Él.

Lidia retiene un momento más a la Magdalena. «Ahora que estamos entre nosotras, dime la verdad: ¿estás realmente convencida?».

«No convencida: *dichosa de ser la discípula*. Sólo lloro una cosa: no haber conocido antes la Luz y haber comido el lodo en vez de nutrirme de Ella. Adiós, Lidia».

La respuesta resuena límpida en el silencio que se ha hecho en torno a las dos mujeres. Ninguno de los muchos presentes dice ya nada más... María se vuelve y, rápida, trata de alcanzar al Maestro.

Un joven se le pone delante: «¿Es tu última locura?» dice, y hace ademán de abrazarla, pero, estando medio borracho, no lo logra y María le evita mientras le grita: «No, es mi único acto de cordura». Y se llega hasta donde sus compañeras, que sienten tanta repulsa de las miradas de esos viciosos, que van veladas como mahometanas.

«María» dice temblorosa Marta «¿has sufrido mucho?».

«No. Y, tiene razón, y ahora ya no volveré a sufrir por esto, tiene razón Él...».

Tuercen todos hacia una callejuela oscura, para entrar luego en una casa grande —se ve que es una posada— donde pasar la noche.

## 255. Despedida de las hermanas Marta y María, que parten con Síntica. Una lección a Judas Iscariote.

17 de agosto de 1945.

[1]Y de nuevo en camino, volviendo hacia el Este, en dirección a los campos. 255.1

Ahora los apóstoles y los dos discípulos están con María Cleofás y Susana, algunos metros detrás de Jesús, que va con su Madre y las dos hermanas de Lázaro. Jesús va hablando locuazmente. Los apóstoles, por el contrario, no hablan: parecen cansados o deprimidos. No les llama la atención ni siquiera la belleza de los campos, verdadera-

mente espléndida: con sus leves ondulaciones arrojadas a la llanura como cojines verdes a los pies de un rey gigante; con sus collados de poca altura, esparcidos acá o allá, anunciadores de las cadenas del Carmelo y de Samaria. Tanto en la llanura, la reina del lugar, como en el decorado de sus pequeñas colinas y ondulaciones, se ve todo un florecer de hierba y madurar de fruta. Debe abundar en agua este sitio, a pesar de la región y el período del año, porque está demasiado pujante como para no tener copiosidad de agua. Comprendo ahora por qué la Sagrada Escritura menciona tantas veces con entusiasmo la llanura de Sarón. Pero los apóstoles no comparten de ninguna manera este entusiasmo, y caminan como un poco malhumorados: son los únicos de malhumor en este día sereno y en esta comarca riente.

Muy bien conservada, la vía consular, con su cinta blanca, corta esta campiña fertilísima, y, dado que es temprano, todavía es fácil encontrarse con campesinos cargados de productos del campo, o viajeros que van a Cesarea. Uno, que alcanza con una recua de asnos cargados de sacos a los apóstoles y los obliga a apartarse para dejar paso a la caravana asnal, pregunta con arrogancia: «¿El Kisón está aquí?».

«Más atrás» responde secamente Tomás, y barbota entre dientes: «¡Cacho patán!».

«¡Es un samaritano, ya está dicho todo!» responde Felipe.

255.2 [2]Vuelven a sumergirse en el silencio. Después de algunos metros, así, como terminando una conversación interna, Pedro dice: «¡Para lo que ha servido! ¡Pues sí que valía la pena recorrer tanto camino!...».

«¡Sí, eso! ¿Para qué hemos ido a Cesarea si luego no ha dicho una palabra? Yo pensaba que es que quería hacer algún milagro sorprendente para convencer a los romanos. Sin embargo...» dice Santiago de Zebedeo.

«Nos ha expuesto en la picota y nada más» comenta Tomás.

Y Judas Iscariote echa leña al fuego: «Y nos ha hecho sufrir. A Él le gustan las ofensas y piensa que nos gustan también a nosotros».

«La verdad es que quien ha sufrido en este caso ha sido María de Teófilo» observa mesuradamente el Zelote.

«¡María! ¡María! ¿Es que ahora es el centro del universo, María? Sólo sufre ella, sólo ella es heroica, sólo se la debe formar a ella. De haberlo sabido hubiera sido ladrón y homicida, para ser luego objeto de tantas atenciones» responde repentinamente Judas Iscariote.

«Verdaderamente la otra vez que vinimos a Cesarea, que hizo un milagro y evangelizó, le torturamos con nuestros descontentos por haberlo hecho» observa el primo del Señor.

«Es que no sabemos lo que queremos... Hace una cosa y rezongamos; hace lo contrario y rezongamos. Somos imperfectos» dice serio Juan.

«¡Ya habló el otro sabio! Una cosa es cierta: hace tiempo que no se hace nada provechoso».

«¿Nada, Judas? ¿Y esa griega y Hermasteo y Abel y María y...?».

«No será con estas nulidades con los que Él fundará su Reino» replica Judas Iscariote, obsesionado por la idea de un triunfo terreno.

«Judas, te ruego que no juzgues las obras de mi Hermano. Es una ridícula pretensión. Un niño que quiere juzgar a su maestro, por no decir: una nulidad que quiere ponerse en alto» dice Judas Tadeo, el cual, si tiene en común el nombre, tiene también una indomable antipatía hacia su homónimo.

«Te agradezco que te hayas limitado a llamarme niño. Verdaderamente, después de haber vivido en el Templo, creía que se me consideraba al menos mayor de edad» responde sarcástico Judas Iscariote.

[3]«¡Qué gravosas se hacen estas discusiones!» suspira Andrés. 255.3

«¡Verdaderamente! En vez de unirnos a medida que vamos viviendo más tiempo juntos, nos separamos. ¡Y pensar que en Sicaminón dijo que teníamos que estar unidos al rebaño!... ¿Cómo lo vamos a estar, si ya entre pastores no lo estamos?» observa Mateo.

«¿Entonces no se debe hablar? ¿Jamás expresar nuestro pensamiento? ¡No creo que seamos esclavos!...».

«No, Judas, no somos esclavos; pero sí somos indignos de seguirle, porque no le comprendemos» dice sereno el Zelote.

«Yo le comprendo maravillosamente».

«No. No le comprendes. Y contigo no le comprenden en mayor o menor grado todos los que le critican. Comprender es obedecer sin discutir, por estar persuadidos de la santidad de quien va a la cabeza» dice el Zelote.

«¡Ah, te refieres a comprender su santidad... yo decía sus palabras! Su santidad no se pone en duda, ni se podría poner» se apresura a decir Judas Iscariote.

«¿Y puedes separar ésta de aquéllas? Un santo será siempre posesor de la Sabiduría y sus palabras serán sabias».

«Eso es verdad. Pero algunos actos suyos son perjudiciales. Admito que por exceso de santidad, claro. Pero el mundo no es santo, y Él se busca complicaciones. [4]Ahora, por ejemplo, este filisteo y esta griega. ¿Crees que nos van a beneficiar?». 255.4

«Si voy a causar algún perjuicio, me marcho» dice compungido

Hermasteo. «Había venido con la idea de darle honor y de hacer algo correcto».

«Si te marcharas por este motivo, le causarías un dolor» le responde Santiago de Alfeo.

«Daré a entender que he cambiado de idea. Voy a saludarle y... me marcho».

Pedro reacciona inmediatamente: «¡No, no! Tú no te marchas. No es justo que, por nerviosismos ajenos, el Maestro pierda un discípulo bueno».

«Pues si se quiere ir por tan poca cosa es señal de que no está seguro de lo que quiere; por tanto, déjale que se marche» responde Judas Iscariote.

Pedro pierde la paciencia: «Le prometí, cuando me dio a Margziam, que sería paterno con todos, y siento faltar a la promesa. Pero es que me obligas. Hermasteo está aquí y aquí se quedará. ¿Sabes lo que tengo que decirte? Que eres tú quien perturba las voluntades de los demás y las hace vacilar. Divides y creas desorden, eso es lo que haces; y deberías avergonzarte».

«¿Qué eres? ¿El protector de los...?».

«¡Sí, señor! Tú lo has dicho. Sé a lo que te refieres. Protector de la Velada, protector de Juan de Endor, protector de Hermasteo, protector de aquella esclava, protector de todos los que encuentra Jesús, aunque no sean los espléndidos ejemplares paviles del Templo, los elementos construidos con la sagrada argamasa y las telarañas del Templo, los pabilos con olor a morga de las lámparas del Templo, los... como tú, en definitiva, para hacer más clara la parábola; porque, si el Templo es mucho —a menos que yo me haya vuelto imbécil— el Maestro es más que el Templo y tú le faltas...».

255.5 [5]Grita tanto que Jesús se detiene y se vuelve, y hace ademán de dejar a las mujeres y tornar atrás.

«¡Lo ha oído! ¡Ahora se va a entristecer!» dice el apóstol Juan.

«No, Maestro. No vengas. Discutíamos... para matar el aburrimiento del camino» dice Tomás sin dilación.

Pero Jesús se para y espera a que lleguen donde Él.

«¿De qué discutíais? ¿Os voy a tener que decir otra vez que las mujeres os preceden?».

La dulce corrección toca el corazón de todos. Callan y agachan la cabeza.

«¡Amigos, amigos! ¡No seáis objeto de escándalo para los que están naciendo ahora a la Luz! ¿No sabéis que una imperfección vuestra perjudica a la redención de un pagano o de un pecador más que todos los errores del paganismo?».

Ninguno responde, porque no saben qué decir para justificarse o para no acusar.

[6]Junto a un puente de un torrente seco está parado el carro de las 255.6
hermanas de Lázaro. Los dos caballos pastan la abundante hierba de las márgenes del torrente (quizás seco desde hace poco; por tanto, con orillas bien nutridas de hierba). El sirviente de Marta y otro hombre — quizás el conductor del carro — están en el margen guijarroso, y las mujeres dentro del carro, completamente cubierto por un tupido toldo hecho con pieles curtidas, que caen, a manera de gruesas cortinas, hasta el suelo del carro.

Las mujeres discípulas aceleran el paso en dirección a él. El sirviente, que es el primero que las ve, avisa a la nodriza; el otro se apresura a llevar los caballos a las varas. Entretanto, el sirviente va corriendo hacia sus señoras y, en llegando, hace una reverencia muy pronunciada.

La anciana nodriza (una mujer de buen tipo y tez aceitunada, de aspecto agradable) baja presurosa y se dirige hacia sus amas. Pero María de Magdala le dice algo y ella va inmediatamente donde la Virgen diciendo: «Perdona... pero es que siento una alegría tan grande de verla, que sólo la veo a ella. Ven, bendita. El sol quema. Dentro del carro hay sombra».

Y suben todas en espera de los hombres, que vienen muy retrasados. Mientras esperan y mientras Síntica, que lleva el vestido que ayer tenía la Magdalena, besa los pies de sus amas —como se obstina en llamarlas, a pesar de que ellas le digan que no es ni su sierva ni su esclava, sino sólo su huésped en nombre de Jesús—, la Virgen muestra el precioso taleguillo de la púrpura, y pregunta cómo se puede hilar ese mechón cuyos cortísimos filamentos no admiten ni humedad ni torsión.

«No se usa así, Mujer. Se pulveriza y se usa como cualquier otra tintura. Esto es la bava de la concha, no es una hebra ni un pelo. ¿Ves qué quebradiza es ahora que está seca? La tienes que reducir a polvo fino, luego la pasas por un tamiz para que no quede ningún fragmento largo, que mancharía el hilado o el paño. Es mejor si tiñes el hilado en madejas. Una vez segura de que esté completamente pulverizada, la deslíes como se hace con la cochinilla o el azafrán o el polvo de añil o con otros polvos de otras cortezas o raíces o frutos, y luego la usas. Fija el color con vinagre fuerte para el último aclarado».

«Gracias, Noemí. Seguiré tus indicaciones. He bordado con hilos teñidos de púrpura, pero me los habían dado ya preparados... [7]Ya es- 255.7
tá ahí Jesús. Llega la hora de despedirnos. Os bendigo a todas en el

nombre del Señor. Id en paz y llevad la paz y la alegría a Lázaro. Adiós, María. Recuerda que lloraste sobre mi pecho tu primer llanto dichoso. Por eso soy para ti madre, porque una pequeñuela llora su primer llanto sobre el pecho de su mamá. Soy para ti madre, y lo seré siempre. Lo que te resulte duro de manifestar incluso a la más dulce hermana o a la más amorosa nodriza, ven a decírmelo a mí; te comprenderé siempre. Si hay algo que, por estar impregnado de una humanidad que en ti Jesús no quiere, no te atreves a decírselo a Él, ven a decírmelo a mí; me mostraré siempre compasiva contigo. Y si quieres hablarme también de tus victorias —aunque prefiero que se las presentes a Él, cual fragantes flores, porque Él, no yo, es tu Salvador— exultaré contigo. Adiós, Marta. Ahora te marchas feliz y te mantendrás en esta felicidad sobrenatural. Por tanto, sólo necesitas progresar en la justicia, en medio de esa paz por nada en ti ya pertubada. Hazlo por amor a Jesús, que te ha amado incluso queriendo a ésta que quieres sin reservas. Adiós, Noemí. Ve con tu tesoro recuperado. Tú dabas a María tu leche en alimento. Nútrete ahora con las palabras que ella y Marta te digan. Ve en mi Hijo mucho más que un exorcista que libera a los corazones del Mal. Adiós, Síntica, flor de Grecia, que has sabido por ti misma sentir que hay algo más que la carne; florece ahora en Dios y sé la primera de las nuevas flores de la Grecia de Cristo. Me siento muy dichosa de despedirme de vosotras viéndoos unidas así. Os bendigo con amor».

Ya se oye cercano el rumor de los pasos. Levantan el tupido toldo y ven a Jesús a dos metros del carro. Bajan, en medio del sol ardiente que invade el camino.

María de Magdala se arrodilla a los pies de Jesús y dice: «Te doy gracias por todo. Muchas gracias por haberme permitido realizar este peregrinaje. Sólo Tú eres sabio. Parto despojada de las reliquias de la María del pasado. Bendíceme, Señor, para fortalecerme más».

«Sí, te bendigo. Goza de la compañía de tus hermanos; con tus hermanos, fórmate cada vez más en mí. Adiós, María. Adiós, Marta. Dile a Lázaro que le bendigo. Os confío esta mujer. No os la doy. Es discípula mía. Quiero que le deis un mínimo de capacidad de entender mi doctrina. Luego iré Yo. Noemí, te bendigo, y también a vosotras dos».

A Marta y María se les humedecen los ojos. El Zelote las saluda personalmente y les da un escrito para su sirviente; los demás las saludan conjuntamente. Y el carro se pone en movimiento.

255.8 [8]«Vamos a buscar algo de sombra. Que Dios las acompañe... ¿Tanto te entristece, María, el que se hayan marchado?» pregunta a María de Alfeo, que llora toda en silencio.

«Sí. Eran muy buenas...».

«Las volveremos a ver pronto. Y, numéricamente, más. Tendrás muchas hermanas... o hijas, si lo prefieres. Amor es tanto el materno como el fraterno» la consuela Jesús.

«Con tal de que no cree conflictos...» murmura Judas Iscariote.

«¿Conflictos amarse?».

«No. Conflictos el tener a personas de otra raza y de otra proveniencia».

«¿Síntica, quieres decir?».

«Sí, Maestro. A fin de cuentas, era propiedad del romano, y no es lícito apoderarse de ella. Ello le incitará contra nosotros y nos atraeremos el rigor de Poncio Pilatos».

«¡Pero, ¿qué le va a importar a Pilatos el que uno de sus subordinados pierda una esclava?! ¡Sabrá cómo es! Si es un poco honesto, como se piensa, al menos en familia, dirá que esta mujer ha hecho bien en escaparse. Y si es un deshonesto dirá: "Te está bien empleado. Así quizás la encuentro yo". Los deshonestos no son sensibles a las penas ajenas. ¡Y además... pobre Poncio... con la lata que le damos, fíjate tú si no va a tener otra cosa que hacer que perder el tiempo con la pataleta de uno que deja que se le escape una esclava!» dice Pedro, y muchos de los presentes le dan la razón mientras ridiculizan las rabietas del lúbrico romano.

[9]Pero Jesús lleva la cuestión a un nivel más alto. «Judas, ¿conoces el Deuteronomio?». 255.9

«Seguro, Maestro, y además —lo digo convencido— como pocos».

«¿Cómo lo juzgas?».

«Vehículo de la voz de Dios».

«¿Vehículo? Entonces repetidor de la palabra de Dios, ¿no?».

«Exactamente».

«Has juzgado bien. Entonces, ¿por qué no juzgas que se debe hacer lo que ordena?».

«No he dicho nunca eso. Es más, me parece que precisamente nosotros, siguiendo la nueva Ley, lo desatendemos demasiado».

«La nueva Ley es el fruto de la antigua, o sea, es la perfección alcanzada por el árbol de la Fe. Pero ninguno de nosotros lo desatiende, que Yo sepa. Soy el primero que lo respeta y que impide que otros lo desatiendan».

Jesús es muy incisivo al decir estas palabras. Y añade:

«El Deuteronomio es intocable. Incluso cuando triunfe mi Reino, y con mi Reino la nueva Ley, con sus nuevos códigos y disposiciones, seguirá aplicándose en los nuevos dictámenes, de la misma forma que los sillares de las antiguas construcciones se usan para las nue-

vas porque son piedras perfectas con que se hacen fuertes murallas. Pero todavía no ha llegado mi Reino, y Yo, como fiel israelita, no ofendo al libro mosaico ni lo desatiendo, que base es de mi modo de actuar y de mi enseñanza; sobre la base del Hombre y del Maestro, el Hijo del Padre edifica la celeste construcción de su Naturaleza y Sabiduría.

En el Deuteronomio está escrito: "No entregarás a su amo el esclavo que ha buscado refugio en ti. Vivirá contigo donde él quiera, estará tranquilo en una de tus ciudades, no le molestarás". Esto en el caso de que uno se vea obligado a huir de una esclavitud inhumana. En mi caso, en el de Síntica, la fuga no persigue una libertad limitada, sino la libertad *ilimitada* del Hijo de Dios. ¿Y pretendes que a esta alondra que ha huido del lazo de los cazadores le meta de nuevo el cordel y la devuelva a su prisión para quitarle no sólo la libertad sino también la esperanza? ¡No! ¡Jamás! Bendigo a Dios, porque, como el viaje a Endor llevó a este hijo al Padre, el viaje a Cesarea ha traído a esta criatura a mí para que la lleve al Padre.

En Sicaminón os hablé del poder de la Fe; hoy os voy a hablar de la luz de la Esperanza. Mas ahora, a la sombra de este tupido pomar, detengámonos a comer y descansar. Porque el sol arde como si el infierno estuviera abierto».

## 256. Parábola sobre la virtud de la esperanza, que sujeta la fe y la caridad.

18 de agosto de 1945.

256.1 [1]Algunos viñadores que pasan por el huerto cargados de cestas de uva, dorada como si fuera de ámbar, ven a los apóstoles y les preguntan:

«¿Sois peregrinos o forasteros?».

«Galileos y peregrinos hacia el Carmelo» responde por todos Santiago de Zebedeo, el cual —como sus compañeros pescadores— se está desentumeciendo las piernas para terminar de eliminar un resto de somnolencia.

Judas Iscariote y Mateo se están despertando, tendidos sobre la hierba. Los ancianos, sin embargo, cansados, todavía duermen. Jesús habla con Juan de Endor y Hermasteo; María y María Cleofás están al lado, pero guardan silencio.

Los viñadores dicen: «¿Venís de lejos?».

«La última etapa que hemos hecho ha sido Cesarea. Antes hemos estado en Sicaminón, y más allá incluso. Venimos de Cafarnaúm».

«¡Que camino más largo en esta estación del año! ¿Por qué no habéis venido a nuestra casa? Está allí, ¿la veis? Os habríamos dado agua fresca para reponeros, y comida, de aquí de la tierra pero buena. Venid ahora».

«Vamos a reanudar la marcha. Que Dios os lo pague igual».

«El Carmelo no huye en un carro de fuego como su profeta» dice un campesino con tono semiserio.

«Ya no viene ningún carro del Cielo a llevarse a los profetas. Ya no hay profetas en Israel. Se dice que Juan ha muerto ya» dice el otro campesino.

«¿Muerto? ¿Cuándo?».

«Eso han dicho algunos que venían del otro lado del Jordán. ¿Le venerabais?».

«Éramos discípulos suyos».

«¿Por qué le dejasteis?».

«Para seguir al Cordero de Dios, al Mesías que Juan anunció. Israel todavía tiene a este profeta, ¡y para llevársele al Cielo con el honor que requiere haría falta mucho más que un carro de fuego! [2]¿No creéis en el Mesías?». 256.2

«¡Que si creemos? Hemos decidido que una vez que hayamos terminado la recolección iremos en su busca. Se dice que obedece con celo la Ley y va al Templo en las solemnidades prescritas. Iremos pronto para los Tabernáculos. Estaremos todos los días en el Templo para verle. Y, si no le encontramos, iremos a buscarle hasta que le encontremos. Vosotros que le conocéis, decidnos: ¿es verdad que está en Cafarnaúm casi siempre?, ¿es verdad que es alto, joven, de tez clara, rubio, y que tiene una voz distinta de todos los demás hombres, con la cual toca los corazones, y hasta los animales y las plantas la oyen?».

«Todos los corazones menos los de los fariseos, Gamala; ésos se han endurecido más».

«No son ni siquiera animales. Son demonios, incluido el que se llama como yo. Pero, decidnos: ¿es verdad que es así y que es tan bueno que habla con todos, consuela a todos, cura las enfermedades y convierte a los pecadores?».

«¿Esto creéis?».

«Sí, pero querríamos saberlo de vosotros que le seguís. ¡Si nos llevarais a Él!».

«¿Pero no tenéis que ocuparos de las viñas?».

«Tenemos que cuidar también el alma, que es más que las viñas. ¿Está en Cafarnaúm? Forzando el camino, en diez días podríamos ir y volver...».

256.3 [3]«El que buscáis está ahí. Ha descansado en vuestro huerto y ahora está hablando con aquel anciano y aquel joven. A su lado tiene a su Madre y a la hermana de su Madre».

«¡Aquél?... ¡Oh!... ¿Qué se hace?».

Se quedan petrificados del estupor. Son todo ojos para mirar. Su vitalidad está enteramente concentrada en sus pupilas.

Pedro los pincha: «¿Entonces? ¡Tanto deseo como teníais de verle y ahora no os movéis? ¿Os habéis convertido en sal?».

«No... es que... ¿Pero es tan sencillo el Mesías?».

«¿Cómo queríais que fuera? ¿Queríais que estuviera sentado en un trono fulgurante y envuelto en regio manto? ¿Pensabais que fuera un nuevo Asuero?».

«No... pero... ¡tan sencillo... siendo tan santo!».

«Es muy sencillo porque es santo, hombre. Bien, vamos a hacerlo de otra forma... ¡Maestro! Perdona, ven aquí a hacer un milagro. Aquí hay unos hombres que te buscan y que se han quedado petrificados al verte. Ven a restituirles el movimiento y la palabra».

Jesús, que al oír que le llamaban se ha vuelto, se levanta, sonriendo, y viene hacia los viñadores, que le miran tan estupefactos que parecen asustados.

«Paz a vosotros. ¿Me buscabais? Aquí estoy» y hace el gesto habitual de abrir los brazos tendiéndolos hacia ellos un poco como para ofrecerse.

Los viñadores caen a sus pies, de rodillas, y guardan silencio.

«No temáis. Decidme qué queréis».

Le ofrecen las cestas llenas de uvas, sin decirle nada.

Jesús admira la espléndida fruta y, diciendo «gracias», alarga una mano para coger un racimo, y empieza a comer las uvas.

«¡Dios altísimo! ¡Come como nosotros!» suspira el que se llamaba Gamala.

Es imposible no echarse a reír por esta salida. También Jesús sonríe más marcadamente, y, casi como si quisiera pedir disculpa dice: «¡Soy el Hijo del hombre!».

256.4 [4]El gesto de Jesús ha vencido el entorpecimiento extático, y Gamala dice: «¿Por qué no entras en nuestra casa, al menos hasta que empiece a atardecer? Somos muchos, porque somos siete hermanos, con las respectivas esposas e hijos, y luego los ancianos, que esperan en paz la muerte».

«Vamos. Vosotros llamad a los compañeros y venid detrás. Madre, ven con María».

Jesús se pone en marcha, detrás de los campesinos, que ya se han levantado y ahora caminan un poco al bies para verle caminar. El

sendero, entre los troncos de los árboles unidos con las vides, es estrecho.

Llegan pronto a la casa, o más exactamente a las casas, porque se trata de un pequeño cuadrado de viviendas. En el centro hay un patio común, amplio, con un pozo. Se accede al patio a través de un largo pasillo que hace de vestíbulo y que durante la noche se cierra con una pesada puerta.

«Paz a esta casa y a los que en ella viven» dice Jesús al entrar, alzando la mano para bendecir. Luego la baja para acariciar a un niño pequeño medio desnudo que le mira extático y que está guapísimo con su camisita sin mangas, medio caída y que deja al descubierto uno de los hombros regordetes, erguido sobre sus piececitos desnudos, con un dedito en la boca y una corteza de pan untado en aceite en la otra mano.

«Es David, el hijo de mi hermano menor» explica Gamala, mientras otro de los viñadores entra en la vivienda más cercana para advertir; luego sale y entra en otra, y así todas; de forma que se asoman rostros de todas las edades y luego se retiran... para volver después de un rápido aseo.

[5]Sentado a la sombra de una techumbre en saledizo protegida por una higuera gigantesca, está un viejo con su bastoncito entre las manos. Ni siquiera alza la cabeza, como si no tuviera interés por nada. 256.5

«Es nuestro padre» explica Gamala. «Uno de los ancianos de la casa, porque también la mujer de Jacob ha traído aquí a su padre, que está solo, y luego está también la anciana madre de Lía, la más joven de las esposas. Nuestro padre es ciego. Le ha venido el velo a las pupilas. ¡Mucho sol en los campos! ¡Mucho calor de la tierra! ¡Pobre padre! Está muy triste, pero es muy bueno. Está esperando a los nietos, que son su única alegría».

Jesús va donde el anciano. «Dios te bendiga, padre».

«Quienquiera que seas, que Dios te pague tu bendición» responde el anciano alzando la cabeza en dirección a la voz.

«Dura condición la tuya, ¿verdad?» pregunta Jesús con dulzura, y hace ademán de no decir quién es el que habla.

«Viene de Dios, después de tantos bienes como me ha dado durante mi larga vida. De la misma forma que he tomado de Dios el bien, debo recibir la desventura de la vista. A fin de cuentas, no es eterna. Sobre el seno de Abraham concluirá».

«Es como dices. Peor sería si estuviera ciega el alma».

«Siempre he tratado de tenerla con vista».

«¿Cómo lo has hecho?».

«Eres joven, tú que me estás hablando; tu voz lo dice. ¡No serás

como esos jóvenes de ahora, que están todos ciegos porque viven sin religión, ¿no?! Considera que no creer y no cumplir lo que Dios ha dicho es una gran desventura. Te lo dice un viejo, muchacho. Si abandonas la Ley, serás un ciego aquí y en la otra vida. No verás jamás a Dios. Porque llegará un día en que el Mesías Redentor nos abrirá las puertas de Dios. Yo soy demasiado viejo para poder ver este día en este mundo. Pero lo veré desde el seno de Abraham. Por eso no me quejo de nada, porque espero con estas sombras expiar lo que de ingrato a Dios puedo haber cometido, y merecerle en la vida eterna. Pero tú eres joven. Sé fiel, hijo, de forma que puedas ver al Mesías. Porque el tiempo está próximo. El Bautista lo ha dicho. Tú le verás. Pero si tienes el alma ciega, serás como aquellos de que habla Isaías: tendrás ojos pero no verás».

«¿Querrías verle, padre?» pregunta Jesús mientras le pone una mano en la blanca cabeza.

«Querría verle. Sí. Pero prefiero irme de este mundo sin verle, antes que verle yo y que mis hijos no le reconozcan. Yo poseo todavía la antigua fe y me basta. Ellos... ¡el mundo de ahora!...».

«Padre, ve pues al Mesías. La marcha hacia tu ocaso se vea coronada de júbilo» y Jesús desliza su mano desde los blancos cabellos, por la frente, hasta el barbado mentón del anciano, como si fuera una caricia; y se agacha para ponerse a la altura del rostro senil.

«¡Oh, Altísimo Señor! ¡Veo!... Veo... ¿Quién eres, con ese rostro desconocido y, no obstante, familiar, como si te hubiera visto antes?... Pero... ¡qué estúpido soy! ¡Tú, que me has devuelto la vista, eres el Mesías bendito! ¡Oh!».

El anciano llora sobre las manos de Jesús —las ha cogido con las suyas— y las llena de besos y lágrimas. Toda la parentela está revolucionada.

Jesús libera una mano y acaricia otra vez al anciano mientras dice: «Sí, soy Yo. Ven, para que además de mi cara conozcas mi palabra».

Y se dirige hacia una escalera que conduce a una terraza umbría, cubierta toda de sombra de una tupida parra. Todos le siguen.

256.6 [6]«Había prometido a mis discípulos que hablaría de la esperanza y que la explicaría con una parábola. Pues bien, aquí tenéis la parábola: este anciano israelita. El Padre de los Cielos me proporciona el objeto de nuestro tema, para enseñaros a todos la gran virtud que, como los brazos de un yugo, sujeta la fe y la caridad.

Suave yugo. Patíbulo de la humanidad como el brazo transversal de la cruz, trono de la salvación como el apoyo de la serpiente salvífica alzada en el desierto. Patíbulo de la humanidad. Puente del alma

para alzar el vuelo y desplegarlo en la Luz. Si está colocada entre la indispensable fe y la perfectísima caridad, es porque sin la esperanza no puede haber fe y sin esperanza muere la caridad.

Fe presupone esperanza segura. ¿Cómo se puede creer que se llegará a Dios si no se espera en su bondad? ¿Cómo mantenerse a flote en la vida si no se espera en una eternidad? ¿Cómo se podrá perseverar en la justicia si no nos anima la esperanza de que Dios ve todas nuestras buenas acciones y nos premiará por ellas? De la misma forma, ¿cómo hacer vivir la caridad si no hay esperanza en nosotros? La esperanza precede a la caridad y la prepara. Porque un hombre necesita esperar para poder amar. Los desesperados ya no aman. Ésta es la escalera, hecha de peldaños y barandilla: la fe, los peldaños; la esperanza, la barandilla; arriba está la caridad y a ella se sube mediante las otras dos. El hombre espera para creer, cree para amar.

256.7 'Este hombre ha sabido esperar. Nació. Era un niño de Israel como todos los demás. Fue creciendo con las mismas enseñanzas que los demás. Llegó a hijo de la Ley, como todos los demás. Se hizo un hombre. Se casó. Fue padre. Envejeció. Siempre esperando en las promesas hechas a los patriarcas y repetidas por los profetas. En la ancianidad las sombras han velado sus pupilas, mas no su corazón, donde la esperanza ha estado siempre encendida; la esperanza de ver a Dios. Ver a Dios en la otra vida. Y, dentro de la esperanza de la visión eterna, otra esperanza, más íntima y entrañable: "ver al Mesías". Y me ha dicho, no sabiendo quién era el joven que le hablaba: "Si abandonas la Ley, serás un ciego en la tierra y en el Cielo. Ni verás a Dios ni reconocerás al Mesías". Ha hablado sabiamente.

Al presente, en Israel, hay muchos ciegos. Ya no tienen esperanza porque la rebelión a la Ley la ha matado en su interior; *rebelión es*, en efecto, aunque esté encubierta por paramentos sagrados, *siempre que no hay aceptación íntegra de la palabra de Dios*. Digo "de Dios"; no se trata de una aceptación de los aditamentos puestos por el hombre, que, por ser demasiados, y todos humanos, sufren la desatención de los mismos que los pusieron, mientras que las demás personas los cumplen de forma mecánica, de mala gana, con fatiga y sin fruto alguno. Ya no tienen esperanza; antes bien, se muestran sarcásticos con las verdades eternas. No tienen ya, por tanto, ni fe ni caridad. El divino yugo, que Dios ha dado al hombre para que haga de él obediencia y mérito, la celeste cruz que Dios ha dado al hombre como exorcismo contra las serpientes del Mal, para obtener salvación de ella, han perdido su brazo transversal, el que sujetaba la cándida llama y la llama roja: la fe y la caridad; y las tinieblas han bajado a los corazones.

Este anciano me ha dicho: "Gran desventura es no creer y no hacer lo que Dios ha indicado". Es verdad. Os lo confirmo. Es peor que la ceguera material, la cual incluso puede ser curada para dar al justo la alegría de ver de nuevo el Sol, los prados y los frutos de la tierra, el rostro de los hijos y nietos, y, sobre todo, lo que era la esperanza de su esperanza: "Ver al Mesías del Señor". Quisiera que una virtud semejante latiera en el corazón de todo Israel, especialmente en el de los más instruidos en la Ley. No basta haber vivido en el Templo o haber pertenecido a él, no basta saber de memoria las palabras del Libro; es necesario saber hacerlas vida de nuestra vida mediante las tres virtudes divinas. Tenéis un ejemplo: donde éstas virtudes viven todo es suave, incluso la desventura; porque el yugo de Dios es siempre ligero, pesa sobre el cuerpo, pero no debilita el espíritu.

256.8 [8]Id en paz, vosotros que os quedáis aquí, en esta casa de buenos israelitas; ve en paz, anciano padre; del amor de Dios a ti tienes certeza; termina tu justa jornada depositando tu sabiduría en el corazón de los pequeñuelos que llevan tu misma sangre. No puedo quedarme aquí más tiempo, pero queda mi bendición entre estas paredes copiosas en gracias como los racimos de esta vid».

Jesús querría marcharse ya, pero se ve obligado a detenerse al menos para poder conocer a esta tribu de todas las edades y para recibir cuanto le quieren dar... tanto que los talegos de viaje acaban panzudos como odres. Luego puede reanudar el camino, por un atajo que va entre plantas de vid, indicado por los viñadores, los cuales no le dejan sino cuando llegan a la vía de primer orden, visible ya un pueblecillo, donde Jesús con los suyos podrán pasar la noche.

## 257. Retiro de Jesús y Santiago de Alfeo en el monte Carmelo.

19 de agosto de 1945.

257.1 [1]«Evangelizad por la llanura de Esdrelón hasta que vuelva» ordena Jesús a sus apóstoles en una serena mañana, mientras en los márgenes del Kisón consumen un poco de comida: pan y fruta.

Los apóstoles no parecen muy entusiastas, pero Jesús los conforta dando una línea que seguir en su modo de proceder; y termina: «Por lo demás, tenéis con vosotros a mi Madre. Será una buena consejera. Dirigíos a los campesinos de Jocanán, y tratad de hablar el sábado con los otros de Doras. Llevadles socorros y consolad al anciano padre de Margziam con las noticias del niño; decidle que para los Tabernáculos se le llevaremos. Dad mucho, todo lo que tengáis, a

esos infelices: todo lo que sepáis, todo el afecto de que seáis capaces, todo el dinero que tenemos. No temáis. Como sale entra. De hambre no moriremos nunca, aunque vivamos sólo de pan y fruta. Y, si veis desnudez, dad los vestidos, incluso los míos; es más, los primeros los míos. No nos quedaremos nunca desnudos. Y, sobre todo, si encontráis desdichados que me buscan, no los rechacéis: no tenéis derecho a hacerlo. Adiós, Madre. Que Dios, por mi boca, os bendiga a todos. Id y sentíos seguros. Ven, Santiago».

«¿No tomas ni siquiera tu talega?» pregunta Tomás al ver que el Señor se pone en camino y no la toma.

«No es necesaria. Caminaré más libre».

Santiago también deja la suya, a pesar de que su madre, solícita, la hubiera atiborrado de pan, pequeños quesos y fruta.

Se ponen en camino. Durante un poco de tiempo siguen el ribazo del Kisón; luego, acometiendo las primeras pendientes que llevan al Carmelo, desaparecen de la vista de los que se han quedado.

«Madre, estamos en tus manos. Guíanos, porque... no somos capaces de nada» confiesa humildemente Pedro.

María regala una sonrisa tranquilizadora y dice: «Es muy simple. Lo único es obedecer sus indicaciones, y haréis todo bien. Vamos».

Pero yo no voy con ellos. [...] sigo a Jesús [...].

[2]Jesús sube sin hablar con su primo Santiago, que tampoco habla; 257.2
está concentrado en sus pensamientos. Santiago, que se siente ante las puertas de una revelación, va penetrado todo de un amor reverencial, invadido de un temblor espiritual, y mira de tanto en tanto a Jesús, el cual, en medio de su estado de concentración, de vez en cuando, muestra una luminosa sonrisa en su rostro solemne. Mira a Jesús como miraría a Dios antes de encarnarse y con todo el resplandor de su inmensa majestad, y su cara, tan parecida a la de San José, de un moreno que no impide el rojo en lo alto de los pómulos, se pone pálida de emoción. Pero respeta el silencio de Jesús.

Van subiendo por empinados atajos, casi sin ver a los pastores que han sacado a pastar a sus rebaños a los verdes pastos de los bosques de acebos, robles, fresnos y otros árboles agrestes. Van subiendo, rozando con sus mantos las matas glaucas de los enebros, las matas de oro de las ginestas, o los matorrales de esmeralda salpicada de perlas de los mirtos, o las cortinas semovientes de las madreselvas y las clemátides en flor.

Van subiendo, dejando atrás a leñadores y pastores, hasta llegar, tras incansable camino, a la cresta del monte, más exactamente un pequeño rellano adosado a una cresta coronada por robles gigantes-

cos: limitado por una balaustrada de troncos que tienen por base las copas de los otros árboles de la pronunciada pendiente, de modo que es como si el pequeño prado estuviera apoyado sobre este susurrante soporte; aislado del resto del monte, que no se puede ver por las frondas de más abajo; a sus espaldas el pico, que lanza sus árboles hacia el cielo; encima, el cielo abierto; de frente, el abierto horizonte, arrebolado a esta hora del ocaso, y que se derrama en el mar enteramente encendido.

Una grieta (de amplitud apenas suficiente para que quepa un hombre no corpulento) de la tierra —si no hay desprendimiento es porque las raíces de los robles gigantes mantienen el terreno en una red de tenazas— se abre en este rellano que un matorral de ramajes enredados parece prolongar extendiéndose horizontalmente desde su borde.

Jesús abre la boca para decir: «Santiago, hermano mío, pasaremos esta noche aquí. A pesar de que sea mucho el cansancio de la carne, te pido pasar la noche en oración, la noche y todo el día de mañana hasta esta hora. Una jornada completa no es demasiado para recibir lo que quiero darte».

«Jesús, Señor y Maestro mío, haré siempre lo que quieras» responde Santiago, que había palidecido aún más cuando Jesús había empezado a hablar.

257.3 «Lo sé. [3]Vamos ahora a coger moras y mirtilos para nuestro estómago y a refrescarnos a una fuente que he oído aquí abajo. Deja, si quieres, el manto en esa oquedad. Nadie lo cogerá».

Y junto con su primo da la vuelta al rellano, cogiendo frutos silvestres de las zarzas del matorral; luego, unos metros más abajo, en la parte opuesta a la que han seguido para subir, llenan las cantimploras —única cosa que llevaban consigo— en una cantarina fuente que surge de detrás de una maraña de gruesas raíces, y se lavan para refrescarse del calor que, a pesar de la altura, es todavía fuerte. Luego vuelven a subir a su rellano, y, mientras el aire aparece todo arrebolado sobre la pingorota herida por el Sol —que está para desaparecer por el occidente—, comen lo que han recogido, y beben de nuevo, sonriéndose como dos niños felices, o como dos ángeles. Pocas palabras: un recuerdo de los que han dejado en la llanura, una exclamación de embeleso por la extrema belleza del día, el nombre de las dos madres... nada más.

Luego Jesús acerca hacia sí a su primo, que toma la postura habitual de Juan: la cabeza apoyada en la parte más alta del pecho de Jesús, una mano relajada sobre el regazo, la otra en la mano de su Primo; y están así, mientras la tarde declina en medio de un intenso

trinar de pájaros que se van retirando a la espesura, en medio de un resonar de esquilas que se aleja y se hace cada vez más confuso, en medio del rumor leve del viento, que acaricia las cimas, las refresca y vivifica, tras el calor inmóvil del día, y anuncia ya el rocío.

Están así largo tiempo. Creo que es silencio sólo de labios, y que los espíritus, más activos que nunca, están entrelazando sobrenaturales conversaciones.

## 258. Jesús revela a Santiago de Alfeo cuál será su misión de apóstol.

20 de agosto de 1945.

[1]Es la misma hora, pero del día siguiente. 258.1

Santiago está todavía retirado dentro de la grieta del monte, sentado, todo acurrucado, con la cabeza inclinada hasta tocar casi las rodillas, elevadas y ceñidas con los brazos; o está en profunda meditación o duerme, no distingo bien. Se ve claramente que no percibe lo que sucede a su alrededor, concretamente una pelea entre dos aves grandes, que, por algún motivo suyo particular combaten ferozmente en el pequeño prado. Diría que son gallos de montaña o urogallos o faisanes, porque tienen el volumen de un gallo pequeño y plumas irisadas, pero no tienen cresta (sólo un pequeño yelmo de carne roja como un coral en la parte alta de la cabeza y en las mejillas); y le aseguro que, si la cabeza es pequeña, el pico debe ser un punzón de acero. Plumas que vuelan por el aire, sangre que cae al suelo; en medio de un guirigay muy sensible, que ha hecho callar silbos, trinos y gorjeos, en la espesura. Quizás los pajarillos observan el feroz carrusel... Santiago no oye nada.

Jesús, sin embargo, sí que oye; baja de la cima adonde había subido y, dando unas palmadas, separa a los contendientes, los cuales huyen sangrando, uno hacia la ladera del monte, el otro a la copa de un roble, y allí se pone en orden las plumas, que tiene todo erizadas y alborotadas.

Santiago no alza la cabeza tampoco por el ruido que ha hecho Jesús, quien, sonriendo, camina un poco más y se para en el centro del prado. Su túnica blanca parece teñirse de rojo en la parte derecha por la intensidad del arrebol del ocaso. Parece verdaderamente como si el cielo hubiera prendido fuego. Pues bien, a pesar de todo, Santiago no debía estar dormido, porque cuando Jesús susurra —verdaderamente sólo susurra—: «Santiago, ven», levanta la cabeza de las rodillas, abre el cerco de sus brazos, se pone en pie y va hacia Jesús.

Se para frente a Él, a unos dos pasos de distancia, y le mira.

Jesús también le mira, con expresión seria aunque alentadora por una sonrisa que es visible aun no siendo ni de labios ni de miradas. Le mira fijamente, como queriendo leer hasta las más imperceptibles reacciones y emociones de su primo y apóstol, el cual, como ayer, sintiéndose a las puertas de una revelación, palidece; y su palidez es mayor todavía, hasta parecer un continuo con su túnica de lino, cuando Jesús alza los brazos, le apoya las manos en los hombros y mantiene esta postura: Santiago asemeja entonces verdaderamente a una hostia: solamente los mansos ojos castaño oscuros y la barba castaña ponen algo de color en ese rostro atento.

258.2 [2]«Santiago, hermano mío, ¿sabes por qué he querido que vinieras aquí, y estar a solas para hablarte, tras horas de oración y meditación?».

Da la impresión de que a Santiago le cueste responder, debido a la fuerte emoción; al fin, abre los labios para responder en voz baja: «Para darme una lección especial, o para el futuro o porque soy el menos dotado de todos; te doy las gracias de antemano, aunque se trate de una corrección. Créeme, Maestro y Señor, que si soy tardo e incapaz es por deficiencia, no por mala voluntad».

«No se trata de una corrección, sino de una lección para cuando no esté con vosotros. Durante estos meses has pensado mucho en tu corazón lo que te dije un día, al pie de este monte, cuando te prometí que vendría aquí contigo, no sólo para hablar del profeta Elías y contemplar el mar que desde allí resplandecía, infinito, sino para hablarte de otro mar, aún mayor, más mudable, más engañoso que éste, que hoy parece el más plácido de los embalses pero que, quizás, dentro de pocas horas se tragará, con hambre voraz, barcas y hombres. Nunca has separado el pensamiento de lo que te dije entonces, ni del hecho de que la venida aquí tuviera que ver con tu destino futuro. Tanto es así, que te estás poniendo cada vez más pálido, al intuir que se trata de un grave destino, de una herencia llena de tal responsabilidad, que haría temblar incluso a un héroe. Son una responsabilidad y una misión que deben ser actuadas con toda la santidad que es posible en un hombre para no defraudar el deseo de Dios.

No tengas miedo, Santiago; no quiero tu mal. Por tanto, si te destino a ella, es señal de que sé que no te dañará, sino que te dará gloria sobrenatural. Escúchame, Santiago, pon paz en ti con un vivo acto de abandono en mí, para poder oír y recordar mis palabras. Nunca volveremos a estar tan solos, ni con el espíritu tan predispuesto a comprendernos.

[3]Yo un día me iré, como todos los hombres, que tienen un tiempo 258.3
de permanencia en la tierra. Mi permanencia cesará de una forma distinta de la de los hombres, pero cesará; entonces no me tendréis a vuestro lado sino con mi Espíritu, el cual —te lo aseguro— no os abandonará jamás. Me iré después de daros lo necesario para hacer progresar mi Doctrina en el mundo, después de cumplir el Sacrificio y obteneros la Gracia; con ésta y con el Fuego sapiencial y heptamorfo podréis hacer lo que ahora sólo con imaginarlo os parecería locura y presunción. Yo me iré y vosotros os quedaréis. El mundo que no ha comprendido a Cristo no comprenderá a los apóstoles de Cristo. Por eso os perseguirán, os dispersarán, como si fuerais los más peligrosos para el bienestar de Israel. Pero, puesto que sois mis discípulos, debéis sentiros contentos de sufrir los mismos dolores que vuestro Maestro.

Un día de Nisán te dije: "Tú serás el que quede, de los profetas del Señor". Tu madre, por ministerio espiritual, ha intuido de alguna forma el significado de estas palabras. Pues bien, antes de que se cumplan para mis apóstoles, a ti, y para ti, se te habrán cumplido ya. Santiago, todos serán dispersados excepto tú, hasta la llamada de Dios a su Cielo. Permanecerás en el lugar para el que te eligirá Dios por boca de tus hermanos —tú, descendiente de la estirpe real, en la ciudad real— y alzarás mi cetro y hablarás del verdadero Rey. Rey de Israel y del mundo, según una realeza sublime que sólo comprenden aquellos a quienes es revelada.

Entonces necesitarás fortaleza, constancia, paciencia y sagacidad sin límites. Tendrás que ser justo con caridad, con una fe simple y pura como la de un niño, y al mismo tiempo erudita, propia de un verdadero maestro, para sostener la fe, agredida en muchos corazones y por muchas cosas contrarias, y para refutar los errores de los falsos cristianos y las sutilezas doctrinales del viejo Israel, el cual, ciego ya desde ahora, estará más ciego que nunca cuando haya matado la Luz, y forzará las palabras proféticas e incluso los mandamientos del Padre, de quien procedo, para persuadirse a sí mismo, y así darse paz, y persuadir al mundo, de que los patriarcas y los profetas no hablaban de mí, sino que Yo era solamente un pobre hombre, un iluso, un desquiciado —esto para los mejores— o —para los menos buenos del viejo Israel— un hereje endemoniado.

Te ruego que entonces seas otro Yo. ¡No, que no es imposible! Es posible. Deberás tener presente a tu Jesús, sus actos, su palabra, sus obras; deberás vaciarte en mí como si te depositaras suavemente en el molde de arcilla que usan los fundidores de metales para darles una impronta. Yo estaré siempre presente. Tan presente y vivo

con vosotros, mis fieles, que podréis uniros a mí, ser vosotros otro Yo, con sólo desearlo. Y tú, que has vivido conmigo desde la más tierna edad, que recibiste el alimento de la Sabiduría de manos de María antes que de mis propias manos, tú que eres sobrino del hombre más justo que tuvo Israel, tú debes ser un perfecto Cristo...».

258.4 [4]«¡No puedo, no puedo, Señor! Da esta misión a mi hermano, a Juan, a Simón Pedro, al otro Simón; a mí no, Señor. ¿Por qué a mí? ¿Qué he hecho para merecerlo? ¿No ves que soy un pobre, bien pobre, hombre que tiene sólo una capacidad: quererte mucho y creer firmemente en todo lo que dices?».

«Judas tiene un temperamento muy fuerte. Irá muy bien donde haya que abatir el paganismo. No aquí, donde lo que habrá que hacer será convencer del cristianismo a aquellos que, por ser ya pueblo de Dios, creen a pies juntillas que están en lo cierto; no aquí, donde lo que hay que hacer es convencer a todos aquellos que, a pesar de creer en mí, se sentirán defraudados por el desarrollo de los acontecimientos. Convencerlos de que mi Reino no es de este mundo, sino que es el Reino enteramente espiritual de los Cielos, cuyo preludio es una vida cristiana, o sea, una vida en que los valores preponderantes sean los del espíritu.

El convencimiento se obtiene con una firme dulzura. ¡Ay de aquel que echa las manos al cuello para persuadir! La víctima dirá "sí" en ese momento, para librarse del estrangulamiento, pero luego huirá, y —si no es un malvado, sino solamente una persona extraviada— no volverá hacia atrás ni querrá aceptar ya confrontaciones; o —si es un malvado o simplemente un fanático— huirá para ir a armarse y dar muerte a este que, atropellando a los demás, proclama doctrinas distintas de las suyas.

Pues bien, tú estarás rodeado de fanáticos, fanáticos cristianos y fanáticos israelitas. Los primeros querrán de ti acciones de fuerza, o al menos el permiso para llevarlas a cabo (porque el viejo Israel, con sus intransigencias y restricciones, estará todavía presente en ellos, agitando su venenosa cola). Los segundos marcharán contra ti y los otros, como si fuera una guerra santa en defensa de la vieja Fe y de sus símbolos y ceremonias. Y tú estarás en el centro de este mar tempestuoso. Tal es el sino de los líderes. Tú serás la cabeza de los cristianos de la Jerusalén cristianizada por tu Jesús.

258.5 [5]Habrás de *saber amar con perfección para poder ser líder santamente*. A las armas y anatemas de los judíos no opondrás armas y anatemas, sino tu propio corazón. No te permitas nunca imitar a los fariseos considerando a los gentiles estiércol; que también para ellos he venido. En verdad, si hubiera sido sólo para Israel, el anonada-

miento de Dios tomando una carne susceptible de muerte hubiera sido desproporcionado. Pues, si bien es verdad que mi Amor me habría movido a encarnarme con alegría por la salvación de una sola alma, la Justicia, que es también parte de Dios, impone que el anonadamiento del Infinito sea por una infinidad: el género humano.

Serás dulce con ellos, con esa dulzura que no rechaza, limitándote a ser inquebrantable sólo en el dogma; serás condescendiente para con otras formas materiales de vida que no menoscaban el espíritu y son distintas de las nuestras. Mucho tendrás que combatir con los hermanos por esto, porque Israel está cargado de prácticas, externas e inútiles porque no cambian el espíritu. Tú, por el contrario, preocúpate *únicamente* del espíritu, y así enséñalo a otros. No pretendas que los gentiles muden de repente sus usanzas; tú tampoco cambiarás de golpe las tuyas. No estés amarrado a tu escollo, porque para recoger en el mar los restos de embarcaciones y llevarlos al arsenal para reconstruirlos es necesario navegar, no estar parado; y debes ir en busca de estos restos (los hay en la gentilidad y en Israel). En el confín del mar inmenso está Dios abriendo los brazos a *todos* los que ha creado, sean ricos de origen santo, como los israelitas, o pobres como los paganos.

He dicho: "Amad a vuestro prójimo". Prójimo no es sólo el miembro de la familia o el compatriota, sino también el hombre hiperbóreo cuyo aspecto no conocéis, y aquel que en este momento contempla una aurora en regiones desconocidas, o recorre los neveros de las cadenas fabulosas de Asia, o está bebiendo en un río que abre su lecho entre las selvas ignotas del centro africano. Aunque te viniera un adorador del Sol, o uno que tiene por dios al voraz cocodrilo; o uno que se cree la reencarnación del Sabio y que ha sabido intuir la Verdad, pero que no ha sabido aferrar su Perfección y dársela a sus fieles como Salvación; o un asqueado ciudadano de Roma o de Atenas que te suplicara: "Dame a conocer a Dios"... no puedes, no debes, decirles: "Alejaos de mí porque llevaros a Dios sería una profanación".

Ten presente que éstos no conocen, mientras que Israel sí que conoce. Pues bien, en verdad muchos en Israel son y serán más idólatras y crueles que el más bárbaro de los idólatras del mundo; y sacrificarán víctimas humanas no a este ídolo o a aquél, sino a sí mismos, a su orgullo, ávidos de sangre una vez que se haya encendido en ellos una sed inextinguible que durará hasta el final de los siglos; sólo el beber de nuevo, y con fe, aquello que había provocado la sed atroz podría calmarla. Pero entonces será también el fin del mundo, porque el último en decir: "Creemos que eres Dios y Mesías" será Israel, a pesar de todas las pruebas que de mi Divinidad he dado y daré.

258.6 [6]Velarás y cuidarás porque la fe de los cristianos no sea vana. Vana sería si fuera sólo una fe de palabras y de prácticas hipócritas. Lo que da vida es el espíritu. El espíritu falta en el ejercicio mecánico o farisaico, que no es otra cosa sino simulacro de fe, no verdadera fe. ¿De qué le valdría al hombre cantar alabanzas a Dios en la asamblea de los fieles, si luego cada acto suyo es una imprecación contra Él? Dios, en efecto, no se hace juguete del fiel, sino que, dentro de su paternidad, conserva siempre las prerrogativas de Dios y Rey.

Vela y cuida porque nadie usurpe un lugar que no le corresponde. Dios dará la Luz en la medida de vuestros grados. Dios no os dejará sin la Luz, a menos que no quede apagada en vosotros la Gracia * por el pecado.

A muchos les placerá oír que los llaman "maestro". Sólo uno es el Maestro: quien te está hablando; sólo una es Maestra: la Iglesia que le perpetúa. En la Iglesia, serán maestros aquellos que sean consagrados con encargo especial para la enseñanza. Pero entre los fieles habrá quienes por voluntad de Dios y por su propia santidad, o sea, por su buena voluntad, serán absorbidos por el remolino de la Sabiduría y hablarán. Otros habrá —de por sí no sabios, pero sí dóciles cual instrumentos en manos del artífice— que hablarán en nombre del Artífice, repitiendo como niños buenos aquello que su Padre les dice que digan, aun sin comprender toda la amplitud de lo que dicen. En fin, habrá quienes hablen como si fueran maestros, con un esplendor que seducirá a los ingenuos, pero serán soberbios, duros de corazón, celosos, iracundos, embusteros, lujuriosos.

De la misma forma que te digo que recojas las palabras de los sabios en el Señor y de los sublimes pequeñuelos del Espíritu Santo, y que incluso los ayudes a comprender la profundidad de las divinas palabras —en efecto, si bien ellos son los portadores de la divina Voz, vosotros, mis apóstoles, seréis siempre los responsables de la enseñanza en mi Iglesia, y debéis socorrer a éstos, sobrenaturalmente cansados de la extasiante y grave riqueza que Dios ha depositado en ellos para que la transmitan a sus hermanos—, de la misma forma te digo: rechaza las palabras falaces de los falsos profetas, cuya vida no responde a mi doctrina. La bondad de vida, la mansedumbre, la pureza, la caridad y humildad no faltarán nunca en los sabios y en las pequeñas voces de Dios; *siempre* en los otros.

Vela y cuida porque no haya celos ni calumnias en la asamblea de los fieles, como tampoco resentimientos ni espíritu de venganza. Ve-

---

* ... *a menos que no quede apagada en vosotros la Gracia*: relacionarlo con la nota de la pág. 146 del volumen tercero.

la y cuida porque la carne no pase a dominar sobre el espíritu. No podría soportar las persecuciones aquel cuyo espíritu no fuera soberano de la carne.

[7]Santiago, sé que lo harás, pero da a tu Hermano la promesa de 258.7
que no le defraudarás».

«¡Pero, Señor, Señor! Sólo una cosa me da miedo: no ser capaz. Señor mío, te ruego que le des a otro este encargo».

«No. No puedo...».

«Simón de Jonás te ama, y Tú le amas...».

«Simón de Jonás no es Santiago de David».

«¡Juan! Juan, el ángel docto... hazle a él tu siervo aquí».

«No. No puedo. Ni Simón ni Juan poseen esa nada que, a pesar de no ser nada, es mucho ante los hombres: el parentazgo. Tú eres pariente mío. Después de haberme... después de haberme negado el debido reconocimiento, la parte mejor de Israel buscará el perdón de Dios y de sí misma, tratando de reconocer al Señor que habrán maldecido en la hora de Satanás, y les parecerá obtener el perdón —y, por tanto, fuerza para caminar por mi vía— si ven en mi lugar a uno de mi misma sangre. Santiago, en este monte se han producido cosas muy grandes. Aquí el fuego de Dios consumió no sólo el holocausto, la leña, las piedras, sino incluso la tierra y hasta el agua que había en el hoyo. Santiago, ¿crees que Dios no puede volver a hacer algo semejante, encendiendo y consumiendo toda la materialidad del hombre-Santiago para hacer un Santiago-fuego de Dios? Hemos estado hablando mientras el ocaso ha hecho de fuego incluso nuestros indumentos. Así, ¿cómo crees que fue el fulgor del carro que raptó a Elías, no menos intenso o más intenso?».

«Mucho más refulgente, porque su fuego era celeste».

«Pues piensa entonces lo que será un corazón que se haya transformado en fuego por tener en sí a Dios, porque Dios quiere que perpetúe a su Verbo en la predicación de la Nueva de Salvación».

[8]«Pero, ¿por qué no continúas Tú, Verbo de Dios, eterno Verbo?». 258.8

«Porque soy Verbo y Carne. Con el Verbo debo instruir, con la Carne redimir».

«¡Jesús mío! ¿Cómo vas a redimir? ¿Qué te espera?».

«Santiago, recuerda lo que dijeron los profetas».

«¿Pero no hablan alegóricamente? ¿Podrás ser maltratado por los hombres, Tú que eres el Verbo de Dios? ¿No quieren decir, quizás, que darán tormento a tu divinidad, a tu perfección, pero nada más, nada más que eso? Mi madre se preocupa por mí y Judas, yo por ti y María, y... por nosotros, que somos muy débiles. Jesús, Jesús, si el hombre cometiera atropello contigo, ¿no crees que muchos de noso-

tros te considerarían reo y se alejarían de ti desilusionados?».

«Estoy seguro de ello. Serán zarandeados *todos* los estratos de mis discípulos. Pero luego tornará la paz; es más, se producirá una aglutinación de las partes mejores, y sobre ellas, después de mi sacrificio y triunfo, descenderá el Espíritu fortalecedor y sapiente: el divino Espíritu».

«Jesús, para que yo no me desvíe ni me escandalice en esa hora tremenda, dime: ¿qué te van a hacer?».

«Grande es lo que me preguntas».

«Dímelo, Señor».

«Saberlo exactamente te significará tormento».

«No importa. Por el amor que nos ha unido...».

«No se debe saber».

«Dímelo y luego borra mi memoria hasta la hora en que haya de cumplirse; entonces, ponla de nuevo en mi memoria junto con esta hora. Así no me escandalizaré de nada y no pasaré a la parte de tus adversarios en el fondo de mi corazón».

«No servirá de nada, porque también tú cederás en la tempestad».

«¡Dímelo, Señor!».

«Seré acusado, traicionado, apresado, torturado, crucificado».

«¡Nooo!». Santiago grita y se encorva como si le hubieran herido de muerte. «¡No!» repite. «Si te hacen esto a ti, ¿qué nos harán a nosotros? ¿Cómo vamos a poder continuar tu obra? No puedo, no puedo aceptar el puesto que me asignas... ¡No puedo!... ¡No puedo! Si Tú mueres, seré yo también un muerto, sin energía alguna. ¡Jesús! ¡Jesús! Escúchame. No me dejes sin ti. ¡Prométemelo, prométeme esto al menos!».

«Te prometo que vendré a guiarte con mi Espíritu, una vez que la gloriosa Resurrección me libre de las ataduras de la materia. Seremos una cosa sola como ahora que estás entre mis brazos». En efecto, Santiago se ha entregado al llanto apoyado en el pecho de Jesús.

258.9 [9]«No llores más. Salgamos de esta hora de éxtasis, luminosa y penosa, como quien sale de las sombras de la muerte y recuerda todo excepto el acto-muerte, minuto de espanto helador que como hecho-muerte dura siglos. Ven, te beso así, para ayudarte a olvidar el horror de mi destino de Hombre. Tendrás el recuerdo en su debido momento, como has pedido. Ten, te beso en la boca, que deberá repetir mis palabras a las gentes de Israel; en el corazón, que deberá amar como Yo he dicho; en la sien, donde cesará la vida junto con la última palabra de amorosa fe en mí. ¡Cómo vendré, hermano amado, a tu lado, en las asambleas de los fieles, en las horas de meditación, en

las horas de peligro y en la hora de la muerte! Nadie, ni siquiera tu ángel, recogerá tu espíritu; seré Yo, con un beso, así...».

Permanecen largo tiempo abrazados, y Santiago parece casi como adormilarse en la alegría de los besos de Dios, que le hacen olvidar su sufrimiento. Cuando levanta la cabeza, es de nuevo el Santiago de Alfeo, sereno y bueno, tan parecido a José, esposo de María. Sonríe a Jesús: es una sonrisa más madura, un poco triste, pero tan dulce como siempre.

«Vamos a comer, Santiago. Luego dormiremos bajo las estrellas. Con las primeras luces bajaremos al valle... volveremos donde los hombres...». Jesús suspira... pero termina, con una sonrisa: «... y con María».

«¿Qué voy a decirle a mi madre, Jesús? ¿Y a los compañeros? Me harán preguntas...».

«Podrás referirles todo lo que te he dicho: lo que te he hecho considerar sobre las respuestas de Elías a Ajab, al pueblo en el monte; y sobre el poder de que goza una persona a la que Dios ama, en cuanto a conseguir de pueblos y elementos enteros lo que se quiere; sobre su celo, que le devora, por el Señor; y cómo he ofrecido a tu consideración que con la paz se entiende a Dios y en la paz se le sirve. Les dirás que, de la misma forma que Yo os he llamado, vosotros —como Elías con su manto respecto a Eliseo— con el manto de la caridad podréis conquistar a nuevos siervos de Dios para el Señor. Y a los que siempre tienen preocupaciones refiéreles cómo te he hecho notar la alegre libertad que muestra Eliseo respecto a las cosas del pasado, liberándose de bueyes y arado. Diles cómo te he recordado que a quien quiere milagros mediante Belcebú le viene el mal, no el bien, como le sucedió a Ocozías, según la palabra de Elías. Diles, finalmente, cómo te he prometido que el que permanezca fiel hasta la muerte recibirá el fuego purificador del Amor para consumir las imperfecciones y llevarle directamente al Cielo. Lo demás es sólo para ti».

## 259. Lección sobre la Iglesia y los Sacramentos a Santiago de Alfeo, que obra un milagro.

21 de agosto de 1945.

[1]Jesús deja el rellano de la cima del Carmelo. Desciende por los 259.1
senderos impregnados de rocío, cruzando los bosques, que se animan cada vez más de trinos y voces, bajo el primer sol que ya dora la ladera oriental del monte. Cuando la leve neblina del calor se disuelve

bajo la acción del sol, toda la llanura de Esdrelón se manifiesta en su belleza de huertos de árboles frutales y majuelos en torno a las casas. Parece una alfombra —en su mayor parte verde, con escasas islas amarillentas salpicadas de remolinos rojos: los campos de trigo, ya segado, en que llamean las amapolas— una alfombra ceñida por el engaste triangular de los montes Carmelo, Tabor, Hermón (el pequeño Hermón) y por los más lejanos, cuyo nombre desconozco, que ocultan el Jordán y se unen hacia el sudeste con los montes de Samaria.

Jesús se para a observar, pensativo, toda esa parte de Palestina.

Santiago le mira y dice: «¿Observas la belleza de esta zona?».

«Sí; pero, más que nada, pienso en las peregrinaciones futuras y en la necesidad de enviaros a vosotros y, sin dilación, a los discípulos, no a la limitada labor de ahora, sino a una verdadera labor misionera. Tenemos muchas zonas donde todavía no me conocen. No quiero dejar lugares sin mí. Es mi continua preocupación: moverme, hacer mientras pueda, y hacer todo...».

«De vez en cuando intervienen cosas que te hacen aminorar la marcha».

«Más que hacerme aminorar la marcha, imponen variaciones en el itinerario; porque nunca son inútiles los viajes que realizamos. Pero todavía hay mucho que hacer, mucho... Y es que, además, cuando me ausento un tiempo de un lugar, me encuentro con muchos corazones que han vuelto al punto de partida, y debo comenzar desde cero».

«Sí, esta apatía de los espíritus, esta volubilidad y preferencia del mal son desalentadoras y fastidiosas».

«Desalentador. No digas fastidioso. *El trabajo de Dios no es nunca fastidioso*. Las pobres almas deben producirnos compasión, no fastidio. Tenemos que tener siempre un corazón de padre, de padre bueno. Un padre bueno nunca siente fastidio por las enfermedades de sus hijos. Y no tenemos que sentirlo nosotros por ninguno».

259.2 [2]«Jesús, ¿me permites hacerte algunas preguntas? No he dormido esta noche tampoco, pero he pensado mucho y te miraba mientras dormías. ¡Cuando duermes pareces muy joven, Hermano! Sonreías, con la cabeza apoyada en un brazo doblado. Verdaderamente una postura de niño. Te veía bien porque esta noche había una Luna muy luminosa. Pensaba. Y me han sobrevenido muchas preguntas del corazón...».

«Dilas».

«Decía: tengo que preguntar a Jesús cómo vamos a conseguir llegar con nuestra insuficiencia a este organismo que has llamado Igle-

sia (en el cual, si no he entendido mal, habrá jerarquías). ¿Nos vas a decir todo lo que tenemos que hacer, o lo tendremos que hacer por nuestra cuenta?».

«Cuando llegue la hora, os indicaré quién será la cabeza. No más. Durante mi presencia entre vosotros, os estoy indicando las distintas clases, con las diferencias entre apóstoles, discípulos y discípulas. Porque son inevitables. Pero mi voluntad es que, de la misma forma que en los discípulos debe haber respeto y obediencia hacia los apóstoles, los apóstoles tengan amor y paciencia para con los discípulos».

«¿Y qué tenemos que hacer? ¿Predicarte continuamente? ¿Sólo predicarte?».

«Eso es lo esencial. [3]Luego tendréis que absolver y bendecir en mi 259.3
nombre, admitir de nuevo a la Gracia, administrar los sacramentos que instituiré...».

«¿Qué son?».

«Medios sobrenaturales y espirituales aplicados no sin medios materiales, usados para persuadir a los hombres de que el sacerdote hace realmente algo. Como puedes observar, el hombre, si no ve, no cree; siempre necesita algo que le diga *que hay algo*. Por este motivo, cuando realizo milagros impongo las manos o mojo con saliva u ofrezco un bocado de pan untado en algo. Podría hacer milagros sólo con mi pensamiento. Pero ¿crees que, en ese caso, la gente diría: "Dios ha hecho un milagro"? Dirían: "Se ha curado porque era la hora de curarse". Y atribuirían el mérito al médico, a las medicinas, a la resistencia física del enfermo. Lo mismo será para los sacramentos: formas del culto para administrar la Gracia, o devolverla, o fortalecerla en los fieles. Juan, por ejemplo, usaba la inmersión en agua para dar una figura de la purificación de los pecados. En realidad, la mortificación de confesar la propia impureza por los pecados cometidos era más útil que el agua que lavaba los miembros. Yo también tendré el bautismo, *mi* bautismo, que no será simplemente una figura, sino realmente eliminación en el alma de la mancha original y restitución al alma del estado espiritual (aumentado por conferirlo los méritos del Hombre-Dios) que poseían Adán y Eva antes de su pecado».

«¡Pero... el agua no desciende al alma! El alma es espiritual. ¿Quién podrá cogerla en el recién nacido, en el adulto o en el anciano! Nadie».

«¿Ves que tú mismo admites que el agua es un medio material nulo en lo espiritual? Por tanto, no será el agua, sino la palabra del sacerdote, miembro de la Iglesia de Cristo, consagrado a su servicio, o de otro verdadero creyente que en casos excepcionales le substitu-

ya, la que obrará el milagro de la redención del bautizado de la culpa original».

259.4 [4]«De acuerdo. Pero el hombre es pecador también por sí mismo... ¿Quién quitará los otros pecados?».

«El sacerdote lo mismo, Santiago. Si un adulto se bautiza, junto con la culpa de origen quedarán canceladas las otras culpas; si este hombre está ya bautizado y vuelve a pecar, el sacerdote le absolverá en nombre del Dios uno y trino y por el mérito del Verbo encarnado, como hago Yo con los pecadores».

«¡Pero Tú eres santo! Nosotros...».

«Debéis ser santos, porque tocáis cosas santas y administráis cosas de Dios».

«¿Vamos a bautizar varias veces al mismo hombre, como hace Juan, que concede la inmersión en el agua todas las veces que uno se acerca a él?».

«Juan, con su bautismo, solamente lleva a cabo una purificación a través de la humildad de la persona que entra en el agua. Ya te lo he dicho. No bautizaréis por segunda vez a quien ya haya sido bautizado, excepto en el caso de que haya sido bautizado con una fórmula no apostólica sino cismática: en este caso se puede administrar un segundo bautismo, previa expresa petición del interesado, si es adulto, y expresa declaración de querer formar parte de la verdadera Iglesia. En las otras ocasiones, para devolver la amistad y la paz con Dios, usaréis la palabra del perdón unida a los méritos del Cristo, y el alma que se haya acercado a vosotros con verdadero arrepentimiento y humilde acusación será absuelta».

259.5 [5]«¿Y si una persona no puede venir por estar tan efermo que no se le puede mover de su sitio? ¿Morirá, entonces, en pecado? ¿Al sufrimiento de la agonía añadirá el del miedo al juicio de Dios?».

«No. El sacerdote irá donde el moribundo y le absolverá; es más, le dará una forma más amplia de absolución, no global sino para cada uno de los órganos de los sentidos, a través de los cuales el hombre generalmente comete el pecado. Tenemos en Israel el óleo santo, preparado según la regla dada por el Altísimo; con él se consagra el altar, se consagra al pontífice, a los sacerdotes y al rey. El hombre es realmente altar, recibe la realeza por su elección para un solio del Cielo. Por tanto, puede ser consagrado con el óleo de la unción. El óleo santo, con otras partes del culto israelita, pasará a mi Iglesia, si bien con otros usos. Porque no todo en Israel está mal y hay que rechazarlo; antes al contrario, en mi Iglesia habrá muchos recuerdos de la cepa antigua. Uno de ellos será el óleo de la unción, que será usado también en la Iglesia para consagrar el altar y a los pontífices

y jerarquías eclesiásticas, a todas, y para consagrar a los reyes, y a los fieles (cuando sean constituidos principes-herederos del Reino o en el momento de la mayor necesidad del máximo auxilio para comparecer ante Dios con miembros y sentidos purificados de toda culpa: la gracia del Señor socorrerá alma y cuerpo, si esto place a Dios para bien del enfermo). Muchas veces, contribuyen a que el cuerpo no reaccione contra la enfermedad los remordimientos que turban la paz, y la acción de Satanás, que, con esa muerte, espera ganar un alma para su reino y hacer que se desesperen los que todavía viven. El enfermo pasa de la opresión satánica y turbación interior a la paz mediante la certeza del perdón de Dios, que le confiere al mismo tiempo el que Satanás se aleje. Pues bien, si tenemos en cuenta que, en Adán y Eva, el don de la inmunidad de enfermedades y de cualquier forma de dolor acompañaba al don de la Gracia, pues entonces el enfermo, devuelto a la Gracia, grande como la de un recién nacido que haya recibido mi bautismo, puede obtener también la victoria sobre la enfermedad. En esto debe ser ayudado por la oración de los hermanos en la fe, que tienen la obligación de la piedad hacia el enfermo (piedad no sólo corporal sino, sobre todo, espiritual) orientada a obtener que el hermano se salve física y espiritualmente. La oración, de por sí, ya es una forma de milagro, Santiago; como has visto en el caso de Elías, la oración de un justo puede hacer mucho».

[6]«Te comprendo poco, pero lo que comprendo me llena de reverencia hacia el carácter sacerdotal de tus sacerdotes. Si no he entendido mal, tendremos contigo muchos puntos en común: predicación, absolución, milagro; o sea, tres sacramentos». 259.6

«No, Santiago, la predicación y el milagro no son sacramentos. Los sacramentos serán más, siete, como el sacro candelabro del Templo y los dones del Espíritu de Amor. En verdad, dones y llamas son los sacramentos, otorgados para que el hombre arda ante el Señor por los siglos de los siglos. Habrá también un sacramento para el desposorio humano: se alude a él en el símbolo de las nupcias santas de Sara de Ragüel, liberada del demonio. Este sacramento proporcionará a los esposos todos los auxilios para convivir santamente según las leyes y deseos de Dios. El marido y la mujer también serán ministros de un rito: el rito procreador; y sacerdotes de una pequeña iglesia: la familia. Deberán, por tanto, ser consagrados para procrear con la bendición de Dios, y para educar a una prole en cuyo seno se bendiga el Nombre Santísimo de Dios».

«¿Y a nosotros, los sacerdotes, quién nos va a consagrar?».

«Yo, antes de dejaros. Luego vosotros consagraréis a los suceso-

res y a cuantos agreguéis para propagar la fe cristiana».

«¿Nos vas a enseñar Tú, verdad?».

«Yo y Aquel que os he de enviar. Su venida será también un sacramento. Voluntario por parte de Dios Stmo. en su primera epifanía; otorgado, luego, por los que hayan recibido la plenitud del sacerdocio. Será fuerza e inteligencia, afirmación en la fe, piedad santa y santo temor, consejo auxiliador y sabiduría sobrenatural, posesión de una justicia que por su naturaleza y poder hará adulto al niño que la reciba. Pero, todavía no puedes comprender esto. Él mismo te lo hará comprender; Él, el divino Paráclito, el Amor eterno, cuando lleguéis al momento de recibirle en vosotros. Y así, por ahora, no podéis comprender otro sacramento. Es tan sublime que es casi incomprensible para los ángeles, y, no obstante, vosotros, simples hombres, lo comprenderéis por virtud de fe y de amor. En verdad te digo que quien lo ame y lo haga alimento de su espíritu podrá pisotear al demonio sin sufrir daño. Porque Yo estaré entonces con él. Trata de recordar estas cosas, hermano. A ti te tocará decírselas a tus compañeros y a los fieles, muchas, muchísimas veces. Para ese entonces, sabréis ya por ministerio divino; pero tú podrás decir: "Me lo dijo un día, bajando del Carmelo. Me dijo todo porque desde entonces estaba destinado a ser la cabeza de la Iglesia de Israel"».

259.7 [7]«Debo hacerte otra pregunta. La he pensado esta noche. ¿Tengo que ser yo quien diga a los compañeros: "Seré la cabeza aquí"? No me gusta. Lo haré si lo ordenas, pero no me gusta».

«No temas. El Espíritu Paráclito descenderá sobre todos y os dará pensamientos santos. Todos tendréis los mismos pensamientos para la gloria de Dios en su Iglesia».

«¿Y no volverán a darse nunca estas discusiones tan... tan desagradables que hay ahora? ¿Y Judas de Simón no será ya un elemento que produzca malestar?».

«No. Tranquilo. No lo será ya. De todas formas habrá todavía divergencias. Por eso precisamente te he dicho: vela y cuida incansablemente, cumpliendo tu deber con totalidad».

«Otra pregunta, mi Señor. En tiempo de persecución, ¿cómo me debo comportar? Parece, según lo que dices, que de los doce el único que vaya a quedarse sea yo. O sea, los otros se irán huyendo de la persecución. ¿Y yo?».

«Tú te quedarás en tu lugar, porque, si bien es necesario que no seáis exterminados hasta que no esté bien consolidada la Iglesia —lo cual justifica la dispersión de muchos discípulos y de casi todos los apóstoles—, nada justificaría tu deserción y el abandono por parte tuya de la Iglesia de Jerusalén; es más, cuanto más esté en peligro,

más tendrás que velar por ella como si fuese tu hijo más amado y estuviera a las puertas de la muerte. Tu ejemplo fortalecerá el espíritu de los fieles. Tendrán necesidad de ello para superar la prueba. Cuanto más débiles los veas, más los deberás sostener, con compasión y sabiduría. No seas inmisericorde con los débiles aunque tú seas fuerte; antes bien, sosténlos, pensando: "Para alcanzar esta fortaleza que tengo, he recibido todo de Dios; humildemente debo decirlo y ser caritativo con los que han recibido menos dones de Dios", y entrega, entrega tu fuerza, con la palabra, la ayuda, la calma, el ejemplo».

«¿Qué debo hacer si hay fieles malos, causa de escándalo y de peligro para los demás?».

«Prudencia al aceptarlos, porque es mejor ser pocos buenos que muchos no buenos. Ya conoces el viejo apólogo de las manzanas sanas y deterioradas. Haz que no se dé esto en tu iglesia. Pero si encuentras tú también tus traidores, trata por todos los medios de hacerles cambiar, reservando las medidas severas como último recurso. Si se trata sólo de pequeñas culpas, individuales, no manifiestes una severidad apabullante. Perdona, perdona... Para redimir a un corazón, es más eficaz el perdón sazonado de lágrimas y palabras de amor que no un anatema. Si la culpa es grave, pero resultado de un repentino asalto de Satanás, una cosa tan grave que el culpable siente la necesidad de huir de tu presencia, ve tú en busca del pecador, porque él es el cordero descarriado y tú el pastor. No temas rebajarte por descender por los caminos embarrados, hurgando en las aguas estancadas, buscando en los abismos. No temas; tu frente entonces será coronada con la corona de los mártires del amor, la primera de las tres coronas... Y, si te traicionan, como traicionaron al Bautista, y a tantos otros, porque todo santo tiene su traidor, pues perdona; perdona a éste más que a ningún otro. Perdona como Dios ha perdonado y perdonará a los hombres. Sigue llamando "hijo" a quien te cause dolor, porque así os llama el Padre a través de mi boca, y, en verdad, no hay ningún hombre que no haya causado dolor al Padre de los Cielos...».

[8]Un largo silencio mientras atraviesan pastos tachonados de ove- 259.8
jas que pacen.

Al final, Jesús dice: «¿No tienes otras preguntas que hacerme?».

«No, Jesús. Y esta mañana he comprendido mejor mi tremenda misión...».

«Porque estás menos turbado que ayer. Cuando llegue tu hora, te sentirás aún más en paz y comprenderás mejor todavía».

«Recordaré todas estas cosas... todas... menos...».

«¿Qué, Santiago?».

«Lo que esta noche no me dejaba mirarte sin llorar. Eso que no sé si verdaderamente me lo has dicho Tú —y, como dicho por ti, tendría que creerlo— o si ha sido una turbación demoníaca. Pero, ¿cómo podrías estar tan sereno si... si eso te fuera a suceder verdaderamente?».

«¿Estarías sereno si te dijera: "Allá hay un pastor que renquea porque está impedido de una pierna. Trata de curarle en nombre de Dios"?».

«No, mi Señor. Me sentiría como fuera de mí pensando en la tentación de usurpar tu puesto».

«¿Y si te lo mandara?».

«Lo haría por obediencia. No me turbaría en absoluto, porque sabría que sería voluntad tuya. No tendría miedo a no ser capaz, porque está claro que Tú, al mandarme, me darías la fuerza de cumplir tu voluntad».

«Tú lo has dicho. Es así. Piensa entonces que Yo, obedeciendo al Padre, estoy siempre en paz».

Santiago llora con la cabeza baja.

«¿Quieres verdaderamente olvidar?».

«Lo que quieras Tú, Señor...».

«Puedes elegir entre dos cosas: olvidar o recordar. Olvidar te liberará del dolor y del silencio absoluto ante tus compañeros, pero te dejará sin preparación. Recordar te preparará para tu misión, porque basta recordar lo que sufre en su vida terrena el Hijo del hombre para no quejarse nunca y vigorizarse espiritualmente viendo toda la realidad de Cristo en su más luminosa luz. Elige».

«Creer, recordar, amar. Esto es lo que querría. Y morir, lo antes posible, Señor...» y Santiago sigue llorando en silencio. Si no fuera por las gotas de llanto que brillan en su barba castaña, no se sabría que está llorando.

Jesús le deja llorar...

Al final Santiago dice: «¿Y si más adelante vuelves a aludir a... a tu martirio, debo decir que lo sé?».

«No. Guarda silencio. José supo callar respecto a su dolor de esposo que se creía traicionado, así como respecto al misterio de la concepción virginal y de mi Naturaleza. Imítale. Aquello era también un secreto tremendo, un secreto que había que custodiar, porque el no custodiarlo, por orgullo o ligereza, habría significado poner en peligro toda la Redención. Satanás es constante en la vigilancia y en la acción. Recuérdalo. Si hablases ahora, perjudicarías a demasiados, y por demasiadas cosas. Guarda silencio».

«Guardaré silencio... aunque significará doble peso...».

Jesús no responde. Deja que Santiago, al amparo de la prenda que cubre su cabeza, llore libremente.

[9]Se encuentran con un hombre que lleva atado a sus espaldas a un pobre niño. 259.9

«¿Es tu hijo?» pregunta Jesús.

«Sí. Me ha nacido, matando a su madre, así. Ahora, que ha muerto también mi madre, cuando voy a trabajar me le llevo conmigo para poder tener cuidado de él. Soy leñador. Le recuesto en la hierba, encima del manto, y, mientras talo los árboles, se divierte con las flores. ¡Pobre hijo mío!».

«Gran desdicha la tuya».

«¡Pues sí! Pero la voluntad de Dios debe recibirse con paz».

«Adiós, hombre. La paz sea contigo».

El hombre sube el monte. Jesús y Santiago siguen bajando.

«¡Cuántas desgracias! Esperaba que le curases» suspira Santiago.

Jesús no da muestras de haber oído.

«Maestro, si ese hombre hubiera sabido que eres el Mesías, quizás te hubiera pedido el milagro...».

Jesús no responde.

«Jesús, ¿me dejas volver para decírselo a aquel hombre? Siento compasión de aquel niño. Mi corazón está ya muy lleno de dolor; dame al menos la alegría de ver curado a aquel niño».

«Ve si quieres. Te espero aquí».

[10]Santiago echa a correr, alcanza al hombre, le llama: «¡Hombre, deténte, escucha! Aquel que estaba conmigo es el Mesías. Dame tu niño para que se lo lleve. Ven también tú, si quieres, para ver si el Maestro te le cura». 259.10

«Ve tú, hombre. Tengo que segar toda esta leña. Ya se me ha hecho tarde por causa del niño. Si no trabajo, no como. Soy pobre y él me cuesta mucho. Creo en el Mesías, pero es mejor que le hables tú por mí».

Santiago se agacha para recoger al niño, que está recostado en la hierba.

«Con cuidado» advierte el leñador «es un puro dolor».

En efecto: apenas Santiago trata de alzarle, el niño llora quejumbrosamente.

«¡Qué pena!» suspira Santiago.

«Una gran pena» dice el leñador mientras se aplica con la sierra a un tronco duro, y añade: «¿No podrías curarle tú?».

«Yo no soy el Mesías. Soy sólo un discípulo suyo...».

«¿Y qué quieres decir con eso! Los médicos aprenden de otros médicos; los discípulos, del Maestro. ¡Venga hombre! ¡Sé bueno, no dejes que siga sufriendo! Inténtalo tú. Si el Maestro hubiera querido venir, lo habría hecho. Te ha mandado a ti o porque no le quiere curar o porque quiere que le cures tú».

Santiago duda un momento. Luego se decide. Se endereza y ora como ve hacer a su Jesús, y ordena: «En nombre de Jesucristo, Mesías de Israel e Hijo de Dios, queda curado». Acto seguido, se arrodilla y dice: «¡Señor mío, perdón! ¡He actuado sin tu permiso! Ha sido compasión por esta criatura de Israel! ¡Piedad, Dios mío! ¡Piedad para él y para mí, que soy un pecador!» y rompe a llorar, inclinado hacia el cuerpo extendido del niño. Las lágrimas caen encima de las piernecitas torcidas e inertes.

259.11 [11]Aparece Jesús por el sendero. Ninguno le ve, porque el leñador está trabajando, Santiago llora y el niño mira a este último con curiosidad, y, meloso, pregunta: «¿Por qué lloras?» y alarga una manita para acariciarle, y, sin darse cuenta, se sienta por sus propias fuerzas, se levanta y abraza a Santiago para consolarle.

Es el grito de Santiago lo que hace que el leñador se vuelva, y entonces ve a su hijo bien derecho con sus propias piernas, que ya no están ni muertas ni torcidas. Al volverse, ve a Jesús. «¡Ahí está!» grita mientras señala a las espaldas de Santiago, que también se vuelve y ve a Jesús, mirándole con un rostro radiante de alegría.

«¡Maestro! ¡Maestro! No sé cómo se ha producido... La compasión... Este hombre... este niño... ¡Perdón!».

«Álzate. Los discípulos no son más que el Maestro, pero pueden realizar lo que el Maestro, cuando lo hacen con santo motivo. Levántate y ven conmigo. Os bendigo. Recordad que los siervos hacen las obras del Hijo de Dios» y se marcha llevándose consigo a Santiago, que sigue diciendo: «¿Cómo lo he hecho? No entiendo. ¿Con qué he hecho un milagro en tu nombre?».

«Con tu piedad, Santiago; con tu deseo de que ese inocente y ese hombre, que creía y dudaba, me amasen. Juan hizo un milagro por amor en Jabnia: curó a un moribundo ungiéndole mientras oraba. Tú aquí has curado con tu llanto y piedad, y con tu confianza en mi Nombre. ¿Ves qué paz produce el servir al Señor cuando hay recta intención en el discípulo? Ahora vamos a andar ligero porque aquel hombre nos sigue y no conviene todavía que los otros sepan esto. Pronto os enviaré en mi Nombre... (un fuerte suspiro de Jesús), como Judas de Simón desea ardientemente hacer (otro fuerte suspiro). Y llevaréis a cabo obras... Pero no para todos significará un bien. ¡Rápido, Santiago! Simón Pedro, tu hermano y los otros, si supieran

esto, sufrirían, como si fuera parcialidad, aunque de hecho no lo es: es preparar a alguno de entre vosotros doce que sepa guiar a los demás. Vamos a bajar al guijarral cubierto de hojarasca de este torrente para que se pierdan nuestras huellas... ¿Lo sientes por el niño?... Volveremos a encontrarle».

## 260. Dos parábolas de Pedro para los campesinos de la llanura de Esdrelón.

22 de agosto de 1945.

[1]«¿Qué hacéis, amigos, junto a este fuego?» pregunta Jesús cuando encuentra a sus discípulos en torno a una hoguera bien alimentada que resplandece en las primeras sombras del anochecer, en un cruce de caminos de la llanura de Esdrelón. 260.1

Los apóstoles, que no le habían visto llegar, se sobresaltan, y se olvidan del fuego para recibir con aclamaciones al Maestro, como si hiciera un siglo que no le vieran. Luego explican: «¡Calla! Hemos resuelto una cuestión entre dos hermanos de Yizreel, y de tan contentos como se han puesto nos han regalado cada uno un cordero. Hemos decidido asarlos y dárselos a los de Doras. Miqueas de Jocanán los ha degollado y preparado. Ahora los vamos a poner a que se asen. Tu Madre con María y Susana han ido a advertir a los de Doras para que vengan cuando se haga de noche, cuando ya a esas horas el administrador está en su casa dado a la bebida. Las mujeres llaman menos la atención... Hemos tratado de verlos pasando como viandantes por los campos, pero poco se ha hecho. Habíamos decidido reunirnos esta noche aquí y decir... algo más, para el alma, y poner los medios para que se sintieran bien también en lo corporal, como has hecho Tú las otras veces. Pero, ahora que estás Tú, será más interesante».

«¿Quién iba a hablar?».

«¡Hombre, pues, un poco todos! Así, una cosa espontánea, familiar. No somos capaces de más, y mucho más si se tiene en cuenta que Juan, el Zelote y tu hermano no quieren hablar, y tampoco Judas de Simón; también Bartolomé trata de no hablar... Incluso hemos discutido por este motivo...» dice Pedro.

«¿Y por qué no quieren hablar estos cinco?».

«Juan y Simón porque dicen que no está bien que siempre sean ellos... Tu hermano porque quiere que hable yo, porque dice que no empiezo nunca... Bartolomé porque... porque tiene miedo a hablar demasiado como maestro y a no saberlos convencer. Como ves son

disculpas...».

«¿Y tú, Judas de Simón, por qué no quieres hablar?».

«¡Por las mismas razones que los demás! Por todas al mismo tiempo, porque todas son justas...».

260.2 «Muchas razones, y una no ha sido dicha. [2]Ahora juzgo Yo, y con juicio inapelable. Tú, Simón de Jonás, hablarás, como dice Judas Tadeo, que dice sabiamente. Y tú, Judas de Simón, también hablarás. Así una de las razones, la que sabe Dios y también tú, dejará de existir».

«Maestro, créeme que no hay más...» dice Judas tratando de rebatir.

Pero la voz de Pedro le sobrepuja: «¡Oh, Señor! ¿Yo hablar estando Tú? ¡No soy capaz! Temo que te rías...».

«No quieres estar solo, no quieres estar conmigo... ¿qué quieres entonces?».

«Tienes razón, pero es que... ¿qué digo?».

«Mira tu hermano, está viniendo con los corderos. Ayúdale, y mientras los asas piensas en ello. Todo sirve para encontrar temas».

«¿Incluso un cordero en el fuego?» pregunta incrédulo Pedro.

«Incluso. Obedece».

Pedro emite un fuerte suspiro, verdaderamente conmovedor, pero no replica más. Se llega donde Andrés, le ayuda a ensartar a los animales en una estaca puntiaguda que hace de asador, y se pone a cuidar del asado con una concentración en el rostro que le hace asemejarse a un juez en el momento de la sentencia.

«Vamos a recibir a las mujeres, Judas de Simón» ordena Jesús, y se pone en camino, en dirección a los campos sin vida de Doras. «Un buen discípulo no desprecia lo que su Maestro no desprecia, Judas» dice, un rato después, sin preámbulos.

«Maestro, no es que desprecie, lo que pasa es que, como Bartolomé, siento que no me entenderían, y prefiero no hablar».

«Natanael lo hace por miedo a no cumplir mi deseo, o sea, iluminar y levantar los corazones. Hace mal también, porque le falta confianza en el Señor. Pero tu caso es mucho peor, porque no es que tengas miedo a no ser comprendido, es que desprecias el hacerte comprender de unos pobres campesinos, ignorantes en todo excepto en la virtud. En ésta verdaderamente superan a muchos de vosotros. Todavía no has entendido nada, Judas. El Evangelio es realmente la Buena Nueva comunicada a los pobres, enfermos, esclavos, afligidos. Luego será también de los demás, pero se da precisamente para que los infelices, de todo tipo de infelicidad, reciban ayuda y consuelo».

Judas agacha la cabeza y no responde.

[3]María, María Cleofás y Susana salen de entre una espesura. 260.3

«¡Hola, Madre! ¡Paz a vosotras, mujeres!».

«¡Hijo mío! He ido a ver a esos... torturados. Pero he recibido una noticia que sirve para que mi sufrimiento no exceda los límites. Doras se ha liberado de estas tierras y han pasado a Jocanán. No es que sea un paraíso, pero ya no es aquel infierno. Hoy se lo ha dicho a los campesinos el administrador. Él ya se ha marchado, llevándose en los carros hasta el último grano de trigo, de forma que ha dejado a todos sin comer. Y como, además, el vigilante de Jocanán hoy tiene comida solamente para los suyos, pues los de Doras se habrían tenido que quedar sin comer. ¡Ha sido verdaderamente providencia esos corderos!».

«También es providencia el que no sean ya de Doras. Hemos visto sus casas... Son unos cuchitriles...» dice escandalizada Susana.

«¡Están contentos todos esos pobrecillos!» termina María Cleofás.

«También Yo estoy contento. En todo caso, estarán mejor que antes» responde Jesús, y vuelve hacia donde están los apóstoles.

Juan de Endor le alcanza, con unas ánforas de agua que lleva junto con Hermasteo. «Nos las han dado los de Jocanán» explica tras haber venerado a Jesús.

Vuelven todos al lugar en que están siendo asados los dos corderos entre densas nubes de humo untuoso. Pedro sigue dando vueltas a su asado, mientras rumia sus pensamientos. Sin embargo, Judas Tadeo, teniendo abrazado por la cintura a su hermano, va y viene caminando mientras habla muy animadamente. Los otros... quién trae más leña, quién prepara la mesa(!), trayendo voluminosas piedras para que hagan de asiento o de mesa, no sé.

[4]En esto, llegan los campesinos de Doras. Más delgados y hara- 260.4
pientos que la última vez. ¡Y, sin embargo, qué felices! Son unos veinte. No hay ni siquiera un niño ni una mujer: hombres pobres y solos...

«Paz a todos vosotros. Bendigamos juntos al Señor por haberos dado un amo mejor. Bendigámoslo orando por la conversión del que tanto os ha hecho sufrir. ¿No es verdad? ¿Te sientes feliz, anciano padre? Yo también. Podré venir más a menudo con el niño. ¿Ya te han puesto al corriente? ¿Lloras de alegría, verdad? Ven, ven, sin miedo...» dice al abuelo de Margziam, el cual le besa las manos inclinándose mucho, y llora, y susurra: «No pido nada más al Altísimo. Me ha dado más de cuanto esperaba. Ahora quisiera morir, por miedo a vivir todavía el tiempo para volver a mi sufrimiento».

Un poco azarados al principio por estar con el Maestro, los cam-

pesinos se sienten pronto serenos y seguros. De forma que cuando traen los corderos y los ponen sobre unas hojas grandes colocadas encima de las piedras que habían traído antes —luego los dividen y ponen cada una de las partes encima de unas tortas de pan, poco gruesas pero grandes, que sirven de plato— están ya tranquilos, dentro de su simplicidad, y se ponen a comer con ganas para saciar toda el hambre acumulada; mientras tanto, cuentan los últimos acontecimientos.

Uno dice: «Siempre he maldecido langostas, topos y hormigas, pero desde ahora los voy a ver como mensajeros del Señor, porque por ellos dejamos este infierno». Y, a pesar de que comparar hormigas y langostas con los ejércitos angélicos sea un poco fuerte, ninguno ríe porque todos sienten el drama que se esconde bajo esas palabras.

La llama ilumina este grupo de personas, pero las caras no miran a la llama, y pocos miran a lo que tienen delante. Todos los ojos convergen hacia el rostro de Jesús. Sólo se distraen, unos momentos, cuando María de Alfeo, que se ocupa de dividir los corderos, pone más carne en los panes de los hambrientos campesinos y termina su obra envolviendo dos muslos asados en otras hojas grandes y le dice al anciano padre de Margziam: «Ten. Así tendréis también un bocado para cada uno mañana. Entretanto, el vigilante de Jocanán proveerá».

«Pero vosotros...».

«Iremos más ligeros. Toma, toma, hombre».

De los dos corderos no quedan más que los huesos descarnados y un persistente olor de grasa que ha goteado y todavía arde en la leña que ya se apaga, sucedáneo iluminar de la claridad de la luna.

260.5 [5]También se unen a los otros los campesinos de Jocanán. Es la hora de hablar.

Los ojos azules de Jesús se alzan buscando a Judas Iscariote, que se ha puesto al lado de un árbol, un poco en la zona de sombra. Viendo que muestra no entender esa mirada, Jesús llama fuerte: «¡Judas!». Es inevitable el levantarse y acercarse. «No te apartes. Te ruego que evangelices por mí. Estoy muy cansado. ¡Si no hubiera llegado esta tarde, por supuesto que tendríais que haber hablado vosotros!».

«Maestro... no sé qué decir... Al menos, hazme preguntas».

«No te las tengo que hacer Yo. A vosotros: ¿qué deseáis oír?, ¿qué deseáis que se os explique?» pregunta a los campesinos.

Los hombres se miran unos a otros... dudan... Por fin un campesino pregunta: «Hemos conocido la potencia del Señor y su bondad. Pero bien poco conocemos de su doctrina. Ahora quizás, estando con

Jocanán, podremos saber más cosas. Tenemos vivo deseo de saber cuáles son las cosas indispensables que hay que hacer para obtener el Reino que el Mesías promete. ¿Con la nada que podemos hacer podremos obtenerlo?».

Judas responde: «La verdad es que estáis en condiciones muy penosas. Todo, en vosotros y a vuestro alrededor, conjura para alejaros del Reino. La falta de libertad para venir adonde el Maestro cuando quisierais; la condición de siervos de un amo que, si bien no es una hiena como Doras, es, por las noticias que tenemos, un moloso que tiene bien prisioneros a sus siervos; los sufrimientos y el estado de degradación en que os encontráis... son condiciones desfavorables para vuestra elección para el Reino. Porque difícilmente en vosotros no habrá resentimientos y sentimientos de rencor, crítica y venganza contra quien duramente os trata; y lo mínimo necesario es amar a Dios y al prójimo; sin esto no hay salvación. Deberéis vigilar para contener vuestro corazón dentro de una sumisión pasiva a la voluntad de Dios, que se manifiesta en vuestro destino; y, aguantando pacientemente al amo, sin permitir a vuestro pensamiento siquiera la libertad de un juicio, que está claro que no podría ser benévolo respecto al amo, ni de gratitud por vuestra... por vuestro... En pocas palabras, deberéis no reflexionar, para no tener sentimientos de rebeldía que matarían el amor: quien no tiene amor no tiene salvación, porque contraviene el primer precepto. Yo, de todas formas, estoy casi seguro de que podréis salvaros, porque veo en vosotros buena voluntad unida a mansedumbre de ánimo, lo cual hace esperar que sabréis mantener lejos de vosotros el odio y el espíritu de venganza. Por lo demás, la misericordia de Dios es tan grande, que os condonará toda la perfección que todavía os falta».

[6]Un momento de silencio. Jesús tiene muy baja la cabeza, no se 260.6
ve la expresión de su rostro. A los demás se les ve la cara, y no se puede decir que sean caras dichosas: las de los campesinos expresan más abatimiento que al principio; las de los apóstoles y las de las mujeres, estupor (diría que casi miedo).

«Trataremos de no dejar que surja en nosotros ningún pensamiento que no sea de paciencia y perdón» responde humildemente el anciano.

Otro de los campesinos suspira: «La verdad es que será difícil llegar a la perfección del amor; para nosotros, ¡que ya es mucho si no hemos acabado asesinos de nuestros verdugos! El corazón sufre, sufre, sufre, y, aunque no odie, encuentra mucha dificultad en amar, como esos niños macilentos que tienen dificultad en crecer...».

«No, no, hombre. Yo, por el contrario, creo que precisamente por

haber sufrido tanto sin haceros unos asesinos o personas vengativas vuestro corazón es más fuerte que el nuestro en el amor. Amáis sin
260.7 percibirlo siquiera» dice Pedro para consolarlos. [7]Y se da cuenta de que ha hablado y se interrumpe para decir: «¡Oh! ¡Maestro!... Pero... me has dicho que debía hablar... que encontrase el tema incluso en el cordero que iba a asar. He estado mirando, para buscar palabras buenas que decir a estos hermanos nuestros, para su caso particular. Pero, la verdad es que —sin duda alguna, porque soy un necio— no he encontrado nada apropiado, y, sin saber cómo, me he visto muy lejos, en pensamientos que no sé si llamar extravagantes —en ese caso serían míos— o santos —entonces provendrían del Cielo—; yo los manifiesto, tal y como me han venido, y Tú, Maestro, me los explicarás o me reprenderás por ellos, y todos vosotros sabréis ser comprensivos. Así pues, estaba mirando lo primero la llama, y me ha venido este pensamiento: "¿De qué está hecha la llama? Viene de la leña. Pero la leña por sí sola no arde; es más, si no está bien seca, no arde de ninguna manera, porque el agua la carga e impide que la yesca la encienda. La leña, cuando está muerta, acaba incluso pudriéndose, desmenuzándose, por la carcoma; pero, por sí sola, no se enciende. Ahora bien, si una persona la prepara adecuadamente, y le acerca la yesca y el eslabón, y hace saltar la chispa, y favorece que la chispa prenda soplando en las ramas delgadas para aumentar la llamita inicial —porque se empieza siempre por las cosas más menudas—, entonces la llama brota, prende fuerte, se hace útil, arremete contra todo, hasta los troncos más gruesos". Y me decía a mí mismo: "Nosotros somos la leña. Por nosotros mismos no nos encendemos. Pero, eso sí, es necesario en nosotros el cuidado de no estar demasiado cargados de la pesada agua de la carne y la sangre para permitir que la yesca se encienda con su chispa. Y debemos desear arder, porque, si nos quedamos inertes, podemos ser destruidos por la intemperie y la carcoma, es decir, por la humanidad y el demonio. Sin embargo, si nos abandonamos al fuego del amor, éste empezará a quemar las ramitas más finas y las destruirá —las ramitas, para mí, eran las imperfecciones—; luego aumentará y arremeterá contra la leña más gorda, o sea, las pasiones más fuertes. Nosotros, que somos leña, cosa material, dura, opaca, incluso fea, vendremos a ser esa cosa hermosa, incorpórea, ágil, espléndida, que es la llama. Todo esto por habernos prestado al amor, que es el eslabón y la yesca, que de nuestro mísero ser de hombres pecadores hacen ángeles del tiempo futuro, ciudadanos del Reino de los Cielos". Éste ha sido un pensamiento».

260.8 [8]Jesús ha alzado un poco la cabeza y está escuchando con los ojos cerrados y un asomo de sonrisa en sus labios. Los demás miran a Pe-

dro, todavía con estupor, pero ya sin temor.

Él sigue hablando tranquilo: «Mirando a los animales que se estaban asando, me ha venido otro pensamiento. No digáis que soy pueril en mis pensamientos. El Maestro me había dicho que los buscara en lo que veía... He obedecido. Bien, pues estaba mirando a los corderos, y decía: "Son dos seres inocentes y mansos. Nuestra Escritura está llena de dulces alusiones al cordero, tanto para recordar al Mesías prometido y Salvador (ya desde la alusión a Él en el cordero mosaico), como para decir que Dios tendrá compasión de nosotros. Lo dicen los profetas. Viene a congregar a sus ovejas, a socorrer a las heridas, a cargar sobre sí a las que tienen algún miembro fracturado. ¡Cuánta bondad!" decía. "¿¡Cómo tener miedo de un Dios que promete tener tanta compasión con nosotros, miserables!? Pero" decía también "tenemos que ser mansos, al menos mansos, dado que no somos inocentes; mansos, y estar deseosos de que el amor nos consuma. Porque, hasta el más bonito y puro de los corderitos, una vez matado, ¿en qué acaba, si el fuego no le asa? Pues en carroña podrida. Mientras que, si le envuelve el fuego, viene a ser alimento sano y bendito". Y concluía: "En definitiva, todo el bien lo hace el amor, que nos aligera de los lastres de nuestra humanidad, nos hace resplandecientes y útiles, nos hace buenos ante los hermanos y gratos a Dios; sublima nuestras buenas cualidades, hasta un nivel que recibe su nombre de virtudes sobrenaturales. Y quien es virtuoso es santo, quien es santo posee el Cielo. Por tanto, lo que nos abre los caminos de la perfección no es ni la ciencia ni el miedo, sino el amor, el cual, mucho más que el temor al castigo, nos mantiene alejados del mal por el deseo de no entristecer al Señor, nos hace sentir compasión de nuestros hermanos y amarlos, porque vienen de Dios. Por tanto, el amor es la salvación y santificación del hombre". En estas cosas pensaba mientras miraba a mi asado, obedeciendo a mi Jesús. Perdonad si son sólo éstas, pero a mí me han hecho bien; os las entrego con la esperanza de que también a vosotros os hagan bien».

[9]Jesús abre los ojos. Ahora están radiantes. Alarga un brazo y po- 260.9
ne la mano en el hombro de Pedro: «Verdaderamente has encontrado las palabras que debías. La obediencia y el amor han hecho que las encontraras; la humildad y el deseo de consolar a tus hermanos harán de ellas estrellas en su cielo oscuro. ¡Dios te bendiga, Simón de Jonás!».

«¡Que Dios te bendiga a ti, Maestro mío! ¿No vas a hablar?».

«Mañana los campesinos entrarán en su nueva condición de dependencia. Bendeciré su entrada con mi palabra.

Podéis marcharos en paz. Que Dios esté con vosotros».

## 261. Exhortación a los campesinos de Doras, que ahora lo son de Jocanán.

23 de agosto de 1945.

261.1 [1]Todavía no ha surgido del todo la aurora. Jesús está erguido en medio del devastado huerto de Doras: una serie de árboles muertos, o próximos a la muerte, muchos de ellos ya abatidos o arrancados. Alrededor de Jesús están los campesinos de Doras y de Jocanán y los apóstoles, parte en pie, parte sentados en los troncos abatidos.

Jesús empieza a hablar:

«Un nuevo día, una nueva despedida. No soy Yo el único que se marcha, también vosotros partís (si no materialmente, sí moralmente), porque pasáis a otro patrón. Viviréis unidos a otros campesinos buenos y píos. Formaréis una familia en que podréis hablar de Dios y de su Verbo sin tener que recurrir a subterfugios para hacerlo. Sosteneos en la fe unos a otros, ayudaos mutuamente, sed indulgentes unos con otros en los defectos personales de cada uno, edificaos recíprocamente.

Esto es amor. Ayer noche, si bien de forma distinta, habéis oído por boca de mis apóstoles cómo el amor contiene la salvación. Simón Pedro, con palabras sencillas y buenas, os ha hecho reflexionar sobre cómo el amor transforma la naturaleza pesada en naturaleza sobrenatural. Y os ha hablado de cómo el amor, de una persona que sin él puede acabar corrompida o siendo un corruptor (cual animal matado que no se asa), o, cuanto menos, un inútil (cual leña que empieza a pudrirse en el agua y no sirve para hacer fuego), de esa persona, dijo, puede hacer un hombre que viva en el ambiente de Dios (por tanto, un ser que deja la corrupción y se hace útil para el prójimo).

Porque, creedlo, hijos, la gran fuerza del universo es el amor. Nunca me cansaré de decirlo. Todas las catástrofes de la Tierra provienen de la falta de amor, empezando por la muerte y las enfermedades, que nacieron de la falta de amor de Adán y Eva hacia el Señor altísimo. *Porque el amor es obediencia.* El que no obedece es un rebelde. El rebelde no ama a aquel contra el cual se rebela. Pero, no sólo esto, sino que ¿de dónde provienen también las otras catástrofes generales como las guerras, o individuales como la destrucción de una o dos familias rivales? Del egoísmo, que es falta de amor. Y, con la destrucción de las familias, vienen también ruinas materiales por castigo de Dios. Porque Dios, antes o después, castiga a quien vive sin amor.

261.2 [2]Sé que por aquí circula la leyenda —y por ella algunos me odian, otros me miran con corazón temeroso, o me invocan cual nue-

vo castigo, o me soportan por miedo a una punición— sé que circula la leyenda de que fue mi mirada la que acarreó la maldición a estos campos. No, no fue mi mirada, sino el castigo del egoísmo de un hombre injusto y cruel. ¡Si mis miradas tuvieran que agostar las tierras de todos los que me odian, en verdad poco verde quedaría en Palestina!

Nunca vengo las ofensas contra mí; pero, eso sí, paso al Padre a aquellos que obstinadamente persisten en su pecado de egoísmo para con el prójimo y que, sacrílegamente, se burlan del precepto, y que, cuantas más palabras se les dice para persuadirlos, cuantas más obras, junto a las palabras, se hacen para convencerlos en orden al amor, más crueles son. Siempre estoy dispuesto a levantar mi mano para decir a quien se arrepiente: "Yo te absuelvo. Ve en paz". Pero no ofendo al Amor condescendiendo con la dureza inconvertible. Tened siempre presente esto, para ver las cosas en su luz exacta e impugnar las leyendas, las cuales, provengan de veneración o de miedo iracundo, son siempre distintas de la verdad.

261.3 [3]Ahora pasáis a otro patrón, pero no dejáis estas tierras que, en el estado en que se encuentran, parece locura cuidar. Pues bien, no obstante, os digo: cumplid en estas tierras vuestro deber. Hasta ahora lo habéis cumplido por miedo a los castigos humanos. Seguid haciéndolo, aun sabiendo que no seréis tratados como antes. Es más, os digo: cuanta más humanidad se use con vosotros, mayor habrá de ser la alegre diligencia con que trabajéis, para devolver, con el trabajo, humanidad a quien humanidad os dé. Porque, si bien es verdad que los jefes deben ser humanos para con sus subordinados —recordando que todos somos de un mismo linaje y que, verdaderamente, todo hombre nace desnudo de una manera y muere y se convierte en podredumbre de una manera, tanto el pobre como el rico; recordando que las riquezas son obra no de quien las posee sino de los que para ellos las han atesorado, con honradez o sin ella; recordando que no hay que gloriarse de ellas ni avasallar por ellas, sino, más bien, usándolas con amor, discreción y justicia, hacer de las riquezas algo bueno también para los demás, para que nos mire sin severidad el verdadero Dueño, que es Dios, y que no se compra con talentos de oro ni se seduce con joyas, sino que antes al contrario su amistad se conquista con las buenas acciones, nuestras buenas acciones—, si bien es cierto esto, no es menos cierto que los siervos tienen el deber de ser buenos con sus jefes.

261.4 [4]Haced con sencillez y buena voluntad la voluntad de Dios, que quiere para vosotros esta humilde condición. Ya sabéis la parábola del rico Epulón. Como veis, en el Cielo, no recibe premio el oro sino

la virtud. La virtud y la sumisión a la voluntad divina hacen a Dios amigo del hombre. Sé que es muy difícil ser siempre capaces de ver a Dios a través de las obras de los hombres. En lo bueno es fácil. En lo malo es difícil, porque puede inducir al ánimo a pensar que Dios no es bueno. Vosotros superad el mal que sufrís de manos del hombre tentado por Satanás; al otro lado de esta barrera que cuesta lágrimas, ved la verdad del dolor y su belleza. El dolor viene del Mal. Pero, Dios, no pudiendo abolirlo porque la fuerza del Mal existe, y siendo ensaye del oro espiritual de los hijos de Dios, le obliga a extraer de su veneno el jugo de una medicina que da vida eterna: porque el dolor, con su mordiente, inocula en los buenos reacciones tales, que los espiritualizan cada vez más y los hacen santos.

261.5 [5]Sed, pues, buenos, respetuosos, dóciles. No juzguéis a vuestros jefes. Ya tienen quien los juzga. Querría que quien manda sobre vosotros se hiciera justo, para que os hiciera más fácil el camino y para darle a él vida eterna. Mas debéis tener presente que cuanto más penoso es el cumplimiento del deber, mayor es el mérito a los ojos de Dios. No tratéis de robarle al amo. El dinero robado no enriquece; el fruto de la tierra arrebatado con fraude no quita el hambre. Tened puros las manos, los labios y el corazón. Entonces celebraréis vuestros sábados y vuestras fiestas de precepto con gracia a los ojos del Señor, aunque estéis sujetos a la gleba. Verdaderamente vuestro esfuerzo tendrá más valor que no la hipócrita oración de los que van a cumplir el precepto para ser alabados por la gente, contraviniendo en realidad el precepto al desobedecer a la Ley, que dice que debes cumplir tú y cuantos viven en tu casa el precepto del sábado y de las solemnidades de Israel. *Porque la oración no está en la acción sino en el sentimiento*. Y, si vuestro corazón ama a Dios con santidad, en toda contingencia, cumplirá los ritos del sábado y las fiestas, mejor que los que os lo impiden.

Os bendigo y os dejo, porque el sol ya se alza y quiero llegar a las colinas antes de que sea demasiado fuerte el calor. Nos volveremos a ver pronto, porque ya no está muy lejos el otoño. La paz quede con todos vosotros, nuevos y antiguos siervos de Jocanán, y dé serenidad a vuestro corazón».

Y Jesús se encamina, pasando por entre los campesinos y bendiciéndolos uno a uno.

261.6 [6]Detrás de un manzano seco de gran tamaño hay un hombre medio escondido. Cuando Jesús va a pasar por delante de él, fingiendo no verle, al improviso, se pone delante y dice: «Soy el administrador de Jocanán, que me ha dicho: "Si viene el Rabí de Israel déjale estar en mis tierras y hablar a los siervos. Trabajarán más porque sólo en-

seña cosas buenas". Y ayer, al saber la noticia de que desde hoy ellos (y señala a los de Doras) están conmigo, y estas tierras son de él, me ha escrito: "Si viene el Rabí, escucha lo que te diga, y actúa en consecuencia. No sea que nos vaya a suceder alguna desgracia. Cúbrele de honores. Pero mira a ver si logras levantar la maldición que pesa sobre las tierras". Porque has de saber que Jocanán las adquirió por puntillo. Pero que se ha arrepentido de ello. No será poco si podemos dedicarlas a pastos...».

«¿Me has estado oyendo mientras hablaba?».

«Sí, Maestro».

«Entonces sabréis cómo actuar, tú y tu patrón, para obtener de Dios la bendición. Transmite esto a tu patrón. Y, por lo que a ti respecta, dulcifica sus órdenes, tú que ves lo que es en la práctica el trabajo del hombre de campo, y que gozas de la estima del patrón. Más te vale, de todas formas, perder la estima y el puesto, que tu alma. Adiós».

«Yo... tengo que rendir honor».

«No soy un ídolo. No necesito honores interesados para otorgar gracias. Hónrame con tu espíritu, poniendo en práctica cuanto has oído, y habrás servido a Dios y al patrón juntos».

Y Jesús, seguido por sus discípulos y las mujeres y por todos los campesinos, atraviesa los campos y toma el camino de las colinas, saludado de nuevo por todos.

## 262. Una hija no querida y el papel de la mujer redimida. El Iscariote solicita la ayuda de María.

24 de agosto de 1945.

[1]Por un terreno ondulante de colinas en que serpentea el camino 262.1
que conduce a Nazaret, aprovechando las sombras de las matas de olivos y de distintos árboles frutales diseminadas por esta región cultivada y fértil, Jesús regresa hacia su ciudad.

Cuando llega al cruce con el camino de Tolemaida, se detiene y dice: «Detengámonos aquí, en esta casa, donde ya he estado otras veces. Vamos a reponer fuerzas. Así, mientras el Sol recorre su camino, estaremos juntos antes de separarnos de nuevo: nosotros iremos hacia Tolemaida; mi Madre y María, a Nazaret; Juan con Hermasteo, a Sicaminón».

Van, atravesando un olivar, en dirección a una casa de campesinos, ancha y baja, adornada con la indefectible higuera, enguirnaldada con los festones de una parra que extiende sus ramas escalera

arriba y luego por la terraza.

«Paz a vosotros. Aquí estoy nuevamente».

«Ven, Maestro. Tu presencia siempre es bien recibida. Dios te dé esa misma paz, a ti y a los tuyos» responde un hombre anciano que en ese momento estaba cruzando el patio con una brazada de haces de leña. Luego llama: «¡Sara! ¡Sara! Está aquí el Maestro con sus discípulos. ¡Añade harina a tu pan!».

Sale de una habitación una mujer, toda blanca de harina (la estaba cribando, porque tiene en la mano todavía la criba con el moyuelo), y se arrodilla, sonriendo, delante de Jesús.

«Paz a ti, mujer. He traído conmigo a mi Madre, como te había prometido. Es ésta. Y ésta es su cuñada, madre de Santiago y Judas. ¿Dónde están Dina y Felipe?».

La mujer saluda a las dos Marías y luego responde: «Dina ha tenido ayer a su tercera hija. Estamos un poco tristes porque no se nos concede un nieto. De todas formas, contentos, ¿no es verdad, Matatías?».

«Sí, porque es una niña muy guapa, y en todo caso lleva nuestra misma sangre. Te la daremos a conocer. Felipe ha ido a buscar a Ana y a Noemí a casa de sus padres. Volverá pronto».

La mujer vuelve a su pan mientras el hombre, después de colocar en el horno los haces de leña, se preocupa de los recién llegados: les procura sillas; leche acabada de ordeñar para los que la desean; o, para el que lo prefiere, fruta y aceitunas.

262.2 [2]La habitación de la planta baja —muy espaciosa, abierta por el frente y la trasera de la casa, con sus dos puertas situadas a la sombra de la grande higuera y de un alto seto cubierto de flores estrelladas, especie de girasoles por la forma, pero de corola no tan gigantesca— es fresca y umbría. Una luz esmeraldina entra en la espaciosa estancia: gran alivio de los ojos fatigados a causa del exceso de sol. Hay bancos y mesas en esta espaciosa habitación, que es quizás donde las mujeres hilan y tejen y los hombres arreglan los aperos de labranza o guardan las reservas de harina y fruta, a juzgar por las viguetas llenas de ganchos y, a lo largo de las paredes, las tablas apoyadas en gruesas repisas, además de los largos arquibancos. Colgados en las paredes encaladas, esponjosos copos de lino o cáñamo parecen trenzas despeinadas, y un trozo de tela rojo fuego, extendido encima de un telar que ha quedado destapado, parece alegrar toda la habitación con su color alegre y pomposo.

Vuelve la dueña de la casa, que ha terminado de elaborar el pan, y pregunta a los peregrinos si quieren ver a la recién nacida.

Jesús responde: «La voy a bendecir, ciertamente».

María, por su parte, se levanta y dice: «Voy. A saludar a la madre».

Salen todas las mujeres.

«Se está bien aquí» dice Bartolomé (se le ve muy cansado).

«Sí. Hay sombra y silencio. Al final nos dormiremos» confirma Pedro, ya medio adormilado.

«Dentro de tres días estaremos, y bastante tiempo, en nuestras casas. Descansaréis, porque evangelizaréis en los aledaños» dice Jesús.

«¿Y Tú?».

«En general no me moveré de Cafarnaúm, salvo algunas veces que estaré en Betania. Evangelizaré a los que vengan. Luego, para la luna de Tisrí, de nuevo a caminar. Y todos los días, acabada la jornada, seguiré mejorándoos...».

Jesús calla, porque ve que el sueño hace inútiles sus palabras. Sonríe meneando la cabeza mientras observa a este grupo de personas vencidas por el cansancio, que en posturas más o menos cómodas duermen con verdaderas ganas. El silencio de la casa y la solana son completos. Parece un lugar encantado. Jesús sale a la puerta cercana al seto de las flores, y mira, a través de sus ramas, las suaves colinas galileas, grises todas por los olivos inmóviles.

[3]Un ligero rumor de pasos y un gritito débil de recién nacido sue- 262.3
nan por encima de su cabeza. Jesús alza la cara y sonríe a su Madre, que está bajando y trae en sus brazos un bulto blanco del que sobresalen tres cositas rosáceas: una cabecita y dos manitas gesticulantes.

«¡Mira, Jesús, qué niña tan bonita! Se asemeja un poco a ti cuando tenías un día. Eras tan rubio, que se hubiera dicho que no tenías pelo, a no ser porque ya destacaba formando leves rizos, como un copo de nube; respecto al color, eras también así, como una rosa. Y... mira, mira, está abriendo los ojitos y busca el pecho; mira, con esta sombra, tiene tus ojos azul oscuros... ¡Tesoro! ¡No tengo leche, pequeñita, rosita, tortolita mía!» y la niña, acunada por la Virgen, calma su vagido, hace arrullos, como una tortolita, y se duerme.

«Mamá, ¿hacías lo mismo conmigo?» pregunta Jesús al ver a su Madre acunando a la niña con la cara apoyada en la cabecita rubia.

«Sí, Hijo. Te decía "corderito mío". ¿Es bonita, verdad?».

«Muy bonita, y robusta. ¡Bien contenta puede estar la madre!» confirma Jesús, que está también encorvado observando el sueño de la inocente.

«Pues no está contenta... El marido está enfadado porque todos los hijos son niñas. Es verdad que con las tierras que tenemos son mejores los niños. Pero nuestra hija no tiene la culpa...» suspira la

dueña de la casa, que acaba de llegar.

«Son jóvenes. Que se amen, y tendrán también niños» dice con seguridad el Señor.

262.4 [4]«Ahí está Felipe... Pondrá ceño...» murmura turbada la mujer. Y, más fuerte, dice: «Felipe, está aquí el Rabí de Nazaret».

«Me alegro mucho de verle. La paz sea contigo, Maestro».

«Y contigo, Felipe. He visto a tu bonita niña. Es más, todavía la estoy mirando porque verdaderamente despierta admiración. Dios te bendice con hijos guapos, sanos y buenos. Debes sentirte muy agradecido a Él... ¿No respondes? Pareces preocupado...».

«¡Esperaba un niño!».

«¡No querrás decirme ya que eres injusto, acusando a esta inocente de ser niña, no? ¡Y, menos aún, que eres duro con tu mujer, no?» pregunta Jesús en tono severo.

«¡Yo quería un niño, por el Señor y por mí!» exclama, resentido, Felipe.

«¿Y piensas obtenerlo siendo injusto y rebelde? ¿Has leído, acaso, el pensamiento de Dios? ¿Eres más que Él, como para decirle: "Haz esto, que es lo justo"? Esta mujer, por ejemplo, discípula mía, no tiene hijos. Y, a pesar de todo, me dice: "Bendigo esta esterilidad que me pone alas para seguirte". Y ésta, madre de cuatro varones, desea que dejen de ser suyos los cuatro. ¿Verdad, Susana y María? ¿Las oyes? ¿Y tú, casado desde hace pocos años con una mujer fecunda, bendecido con tres capullos de rosa que piden tu amor, estás enfadado? ¿Con quién? ¿Por qué? ¿No quieres decirlo? Pues lo digo Yo: porque eres un egoísta. Corta enseguida tu resentimiento. Abre tus brazos a esta criatura nacida de ti y ámala. ¡Venga! ¡Tómala en tus brazos!» y Jesús coge el pequeño amasijo de ropa y se lo pone al joven padre en los brazos. Jesús añade: «Ve donde tu mujer, que está llorando. Dile que la quieres. Si no, Dios verdaderamente no te dará jamás un varón. Te lo aseguro. ¡Ve!...».

El hombre sube a la habitación donde está su esposa.

«¡Gracias, Maestro!» susurra la suegra. «Se le veía muy cruel desde ayer...».

Pasan unos minutos y el hombre vuelve. Dice: «Lo he hecho, Señor. La mujer te da las gracias. Dice que te pregunte el nombre de la pequeñuela, porque... porque le había destinado un nombre demasiado feo por mi injusto odio...».

«Llámala María. Ha bebido el llanto amargo junto con su primera gota de leche, también amarga por tu dureza. Puede llamarse María. Y María la amará, ¿verdad, Madre?».

«Sí, pobre criatura. ¡Tan bonita como es! Será, sin duda, buena.

Será una estrellita del Cielo».

[5]Vuelven a la habitación de antes. Los apóstoles todavía duermen 262.5
profundamente, menos Judas Iscariote, que parece muy preocupado.

«¿Me querías para algo, Judas?» pregunta Jesús.

«No, Maestro; pero no logro dormir. Quisiera salir un poco».

«¿Quién te lo prohíbe? Yo también salgo. Voy a subir a aquella loma llena de sombra... Voy a descansar haciendo oración. ¿Quieres venir conmigo?».

«No, Maestro. Te molestaría, porque no estoy en condiciones de orar. Quizás... quizás no me siento bien y por eso estoy inquieto...».

«Quédate entonces. No obligo a nadie. Adiós. Adiós, mujeres. Madre, cuando se despierte Juan de Endor, dile que vaya a verme, que vaya solo».

«Sí, Hijo. La paz sea contigo».

Jesús sale. María y Susana se detienen a mirar la tela que está encima del telar. María se sienta y pone las manos en su regazo, con la cabeza un poco baja; quizás está orando también. María de Alfeo pronto se cansa de mirar el trabajo del telar, se sienta en el rincón más oscuro y se queda pronto dormida. Susana juzga conveniente hacer lo mismo.

Quedan despiertos María y Judas. Ella, toda recogida en sí misma; él, mirándola con los ojos bien abiertos, sin apartar de ella su mirada. Finalmente se levanta y se acerca sin hacer ruido. No sé por qué, pero, a pesar de su indiscutible belleza, me hace pensar en un felino o en una serpiente acercándose a su víctima. Quizás es la antipatía que siento por él lo que me hace ver artero y cruel hasta su paso... Llama en voz baja: «¡María!».

«¿Qué quieres de mí, Judas?» pregunta dulcemente María, mientras le mira con sus ojos dulcísimos.

«Quisiera hablar contigo...».

«Habla. Te escucho».

«Aquí no... No quisiera que me oyeran... ¿Te importa salir un poco? También afuera hay sombra...».

«Bien, vamos. De todas formas, como ves, aquí están todos dormidos... podías hablar también aquí» dice la Virgen. Pero se levanta y sale antes que Judas, y se pone junto al alto seto de flores.

«¿Qué quieres de mí, Judas?» vuelve a preguntar mientras fija agudamente su mirada en el apóstol, el cual se turba un poco y muestra dificultad en encontrar las palabras. «¿Te sientes mal? ¿Has hecho algo malo y no sabes cómo decirlo? ¿Te ves a las puertas de hacer algo malo y te pesa confesar que te sientes tentado? Habla, hijo. De la misma forma que cuidé tu carne, cuidaré tu alma. Dime

lo que te turba y, si puedo, te tranquilizaré. Si no puedo sola, se lo diré a Jesús. Aunque hubieras pecado mucho, te perdonará si pido perdón para ti. La verdad es que también Él te perdonaría enseguida... Pero, quizás, ante Él, que es el Maestro, te avergüenzas. Yo soy una madre... No infundo sentimiento de vergüenza...».

«Sí, no haces sentir vergüenza porque eres madre y además muy
262.6 buena. Eres verdaderamente la paz entre nosotros. [6]Yo... yo me siento muy turbado. Tengo un pésimo carácter, María. No sé lo que tengo en la sangre y en el corazón... De vez en cuando no sé dominarlos... en esos momentos, haría las cosas más extrañas... y las peores cosas».

«¿No logras resistir al que te tienta ni siquiera al lado de Jesús?».

«No. Créeme que sufro por ello. Pero es así. Soy un desdichado».

«Oraré por ti, Judas».

«No es suficiente».

«Pondré a orar —sin decir por quién es la oración que solicito— a los justos».

«No es suficiente».

«Pondré a orar a los niños. A mi casa vienen muchos. Vienen a mi huerto, como pajarillos en busca de trigo. El trigo son las caricias y las palabras que les doy. Hablo de Dios... Y ellos, inocentes, prefieren esto antes que los juegos y las fábulas. La oración de los niños es grata al Señor».

«Nunca tanto como la tuya. Pero... no, no es suficiente».

«Le diré a Jesús que pida por ti al Padre».

«Tampoco es suficiente».

«¡Pero, si más ya no hay! La oración de Jesús vence incluso a los demonios...».

«Sí. Pero Jesús no oraría siempre, y yo volvería a ser yo... Jesús —lo dice siempre— un día se irá. Tengo que preocuparme de cuando me falte Él. Jesús ahora nos quiere enviar a evangelizar. Me da miedo ir a sembrar la palabra de Dios acompañado por este enemigo mío que soy yo mismo. Quisiera estar ya formado para este momento».

«Pero, hijo mío, si ni siquiera puede hacerlo Jesús, ¿quién va a poder?».

«¡Tú, Madre! Déjame estar un poco de tiempo contigo. Si han estado contigo paganos y meretrices, yo también puedo. Si no quieres que esté en tu casa por la noche, iré a dormir a casa de Alfeo o María de Cleofás, pero pasaré el día contigo y los niños. Las veces pasadas he tratado de actuar solo y he empeorado las cosas. Si voy a Jerusalén, tengo demasiados amigos malos, y, en las condiciones en que me

encuentro cuando se apodera de mí esto, soy un juguete en sus manos... Si voy a otra ciudad, es igual. La tentación del camino se enciende en mí además de la que ya tengo. Si voy a Keriot a casa de mi madre, me esclaviza la soberbia. Si voy a un lugar solitario, el silencio me tortura con las voces de Satanás. Pero... en tu casa... ¡oh!... ¡contigo presiento que será distinto!... ¡Déjame que vaya! ¡Dile a Jesús que me lo conceda! ¿Quieres que me pierda? ¿Tienes miedo de mí? Me miras con la mirada de una gacela herida sin fuerzas para seguir huyendo de sus perseguidores. No, no te causaré ningún daño. Yo también tengo una madre, y... y te quiero más que a ella. ¡María, ten piedad de un pecador! Mira, lloro a tus pies... Si me rechazas, puede significar mi muerte espiritual...» y Judas se echa realmente a llorar a los pies de María, que le mira con una mirada de piedad y angustia, y de miedo; está palidísima.

No obstante, da un paso hacia delante, porque estaba casi hundida en el seto, para alejarse de Judas que se le estaba acercando demasiado, y pone una mano en el pelo moreno del Iscariote. «¡Calla! ¡Que no te oigan! Hablaré con Jesús. Si Él acepta, vendrás a mi casa. No me preocupo del juicio del mundo. No lesiona mi alma. Sólo me puede causar horror ser culpable *yo* ante Dios. La calumnia me deja indiferente. De todas formas, no me calumniarán, porque Nazaret sabe que su hija no es escándalo de su ciudad. Además... ¡que pase lo que pase!... lo que me preocupa es que te salves en tu espíritu. Voy donde Jesús. Queda en paz». Se emboza en su velo, blanco como el vestido, y se echa a andar, ligera, por el sendero que conduce a una loma poblada de olivos.

[7]Busca a su Jesús y le encuentra absorto en profunda meditación. 262.7

«Hijo, soy yo... Escucha».

«¡Oh, Mamá! ¿Vienes a orar conmigo? ¡Qué alegría, qué consuelo me das!».

«¿Qué, Hijo mío? ¿Sientes tu espíritu cansado? ¿Estás triste? ¡Díselo a tu Madre!».

«Sí, cansado, tú lo has dicho, y afligido. No tanto por el cansancio y las miserias que veo en los corazones, cuanto porque veo que mis amigos no cambian. Pero no quiero ser injusto con ellos. Uno sólo me produce cansancio, Judas de Simón...».

«Hijo, venía a hablarte de él...».

«¿Ha hecho algo malo? ¿Te ha adolorado?».

«No. Pero me ha causado la pena que me causaría el ver a una persona muy corrompida... ¡Pobre hijo! ¡Qué enfermo está en su espíritu!».

«¿Sientes compasión de él? ¿Ya no te da miedo? Antes sí...».

«Hijo mío, mi compasión supera a mi miedo. Quisiera ayudaros a ti y a él a salvar su espíritu. Tú lo puedes todo, no tienes necesidad de mí; pero dices que todos deben cooperar con el Cristo en la redención... ¡Y este hijo está tan necesitado de redención!...».

«¿Qué más debo hacer de lo que ya hago por él?».

«Tú no puedes hacer más. Pero podrías dejarme intentarlo a mí. Me ha rogado que le permita estar en nuestra casa porque le parece que así podrá liberarse de su monstruo... ¿Meneas la cabeza? ¿No quieres? Bien, se lo diré...».

«No, Mamá. No es que no quiera. Meneo la cabeza porque sé que es inútil. Judas es como uno que se está ahogando y que, a pesar de ver que se está ahogando, rechaza por orgullo la soga que le echan para sacarle a la orilla. No tiene la voluntad de venir a la orilla. De vez en cuando, sintiendo el terror de ahogarse, busca y pide ayuda, se agarra a la soga... pero luego, por el orgullo, suelta la ayuda, la rechaza, quiere salir él solo... y se hace cada vez más pesado a causa del agua fangosa que traga. Pero, para que no se diga que he dejado una posibilidad sin intentar, hágase esto también, pobre Mamá mía... Sí, pobre Mamá, que te sometes, por amor a un alma, al sufrimiento de tener a tu lado a una persona... que te da miedo».

«No, Jesús, no digas eso. Soy una pobre mujer, porque todavía estoy sujeta a antipatías. Regáñame. Lo merezco. No debería sentir repulsión por ninguna persona, por tu amor. Pero ésa es mi pobreza, sólo ésa. ¡Ah, si pudiera devolverte a Judas espiritualmente curado! Darte un alma es darte un tesoro, y quien da un tesoro no es pobre. ¡Hijo!... ¿Voy y le digo a Judas que das tu consentimiento? Dijiste: "Día llegará en que dirás: '¡Qué difícil es ser la Madre del Redentor!'". Ya lo he dicho una vez... por Áglae... Pero, ¿qué es una vez! ¡La humanidad son muchos!... Y Tú eres Redentor de todos. ¡Hijo!... ¡Hijo!... De la misma forma que te llevé a la pequeñuela en mis brazos para que la bendijeras, deja que te traiga en mis brazos a Judas para que le bendigas...».

«Mamá... Mamá... Judas no te merece».

«Jesús mío, cuando no te decidías a entregar a Margziam a Pedro, te dije que sería un bien para él. No puedes decir que Pedro no se haya renovado desde ese momento... Déjame ocuparme de Judas».

«De acuerdo. Hágase como deseas. ¡Bendita seas, por tu intención amorosa por mí y por Judas! Ahora vamos a orar juntos, Mamá. ¡Es tan dulce orar contigo!...»...

262.8 [8]... Acaba de empezar el alba cuando veo que salen de la casa en que se habían alojado.

Juan de Endor y Hermasteo se despiden de Jesús nada más llegar al camino. María, por su parte, con las mujeres, prosigue junto con su Hijo por un camino que se abre paso entre los olivares de las colinas. Van hablando, naturalmente, también de los hechos de ese día.

Pedro dice: «¡Qué loco ese Felipe! ¡A punto de repudiar a su mujer y a su hija, si no te hubieras metido a hacerle razonar!».

«Esperemos que le dure el arrepentimiento de ahora y que no le dé en seguida de nuevo la locada de la aversión hacia las mujeres. En el fondo, si el mundo va adelante, es por las mujeres» dice Tomás, y muchos se echan a reír por la ocurrencia.

«Cierto. Es verdad. Pero su condición impura es mayor que la nuestra y...» responde Bartolomé.

«¡Venga ya, hombre! ¡Si nos referimos a impureza!... Nosotros tampoco somos ángeles. Lo que quisiera saber es si después de la Redención seguirá siendo así para la mujer. Nos enseñan a honrar a nuestra madre, a tener el máximo respeto para con nuestras hermanas, o las hijas, o las tías, las nueras, las cuñadas... y luego... ¡anatemas a diestro y siniestro! En el Templo, no; estar con ellas muchas veces, no... ¿Que pecó Eva? De acuerdo. También pecó Adán. Dios dio a Eva su castigo, y bien severo; ¿no es suficiente?».

«¡Pero, hombre, Toma, si hasta Moisés la considera impura».

«Moisés, que si no hubiera sido por las mujeres se hubiera ahogado... Mira, escúchame un momento por favor, Bartolmái, mira, te recuerdo, a pesar de no ser docto como tú sino sólo un batihoja, que Moisés cita las impurezas físicas de la mujer para que la respetemos, no para condenarla».

[9]La discusión se incrementa. 262.9

Jesús, que iba delante, precisamente con las mujeres y con Juan y Judas Iscariote, se para, se vuelve e interviene: «Dios tenía ante sí un pueblo moral y espiritualmente deforme, contaminado por sus contactos con idólatras. Quería convertirlo en un pueblo fuerte en lo físico y espiritual. Dio como preceptos las normas saludables para la fortaleza física y para la honestidad de costumbres. No podía hacer otra cosa para frenar la concupiscencia del varón, para que los pecados por que fue sumergida la tierra y fueron quemadas Sodoma y Gomorra no se repitieran. En el futuro, la mujer redimida no vivirá esta opresión que vive ahora. Seguirán existiendo las prohibiciones dictadas por la prudencia física, pero los obstáculos que encuentra para acercarse al Señor quedarán eliminados. Yo ya los elimino, para preparar a las primeras sacerdotisas del tiempo futuro».

«¿¡Pero habrá mujeres sacerdotes!?» pregunta, atónito, Felipe.

«No me entendáis mal. No serán sacerdotisas como los hombres, no consagrarán, no administrarán los dones de Dios (los que por ahora no podéis conocer); pero sí pertenecerán lo mismo a la clase sacerdotal, cooperando con los sacerdotes de muchas maneras para el bien de las almas».

«¿Van a predicar?» pregunta, incrédulo, Bartolomé.

«Como ya predica mi Madre».

«¿Van a hacer peregrinajes apostólicos?» pregunta Mateo.

«Sí, y llevarán la Fe muy lejos, y —tengo que decirlo— con más heroísmo que los hombres».

«¿Van a hacer milagros?» pregunta, riendo, el Iscariote.

«Alguna hará también milagros. De todas formas, no os baséis en los milagros como si fuera lo esencial. Las mujeres santas harán también muchos milagros de conversiones con la oración».

«¡Mmm... las mujeres rezar hasta el punto de hacer milagros!» comenta Natanael.

«No seas cerrado, como un escriba, Bartolomé. ¿Qué concepto tienes de la oración?».

«Dirigirse a Dios con las fórmulas que sabemos».

«Es eso y más. La oración es la conversación del corazón con Dios, y debería ser el estado habitual del hombre. La mujer, por su vida más retirada que la nuestra, y porque tiene una facultad afectiva más fuerte que la nuestra, tiene más predisposición que nosotros para esta conversación con Dios. En ella encuentra consuelo de sus dolores, alivio de sus fatigas —que no son sólo las de la casa y las de engendrar, sino también el soportarnos a nosotros los hombres—, encuentra aquello que enjuga sus lágrimas y devuelve la sonrisa a su corazón. Porque la mujer *sabe* hablar con Dios, y sabrá hacerlo todavía mejor en el futuro. Los hombres serán los gigantes de la doctrina; las mujeres serán siempre las que con su oración sostengan a los gigantes y al mundo, porque, efectivamente, por sus oraciones se evitarán muchas desventuras y muchos castigos quedarán suspendidos. Así pues, harán milagros, por lo general invisibles, conocidos sólo por Dios, mas no por ello irreales».

262.10 [10]«También Tú hoy has hecho un milagro invisible, pero real, ¿no es verdad, Maestro?» pregunta Judas Tadeo.

«Sí, hermano».

«Mejor hubiera sido hacerle visible» observa Felipe.

«¿Querías que transformara a la pequeña en un niño? El milagro en realidad es una alteración del destino de las cosas, por tanto es un benéfico desorden, que Dios concede para complacer la oración del hombre y mostrarle así que le ama, o para persuadir de que Él es

el que es. Pero, dado que Dios es orden, no viola de forma exagerada el orden. La niña ha nacido mujer y mujer seguirá siendo».

«¡Me sentía muy apenada esta mañana!» suspira la Virgen.

«¿Por qué? La niña despreciada no era tuya» dice Susana. Y añade: «Yo, cuando veo alguna desgracia en un niño, digo: "¡Menos mal que no tengo niños!"».

«No digas eso, Susana. Eso no es caridad. También yo podría decirlo, porque mi única Maternidad ha trascendido las leyes naturales. Pero no lo digo, porque siempre pienso: "Si Dios no hubiera querido que fuera virgen, quizás esa semilla habría caído en mí y sería la madre de ese infeliz", y así tengo compasión de todos... Porque digo: "Podría haber sido hijo mío", y, como madre, querría que todos fueran buenos, que estuvieran sanos, que fueran amados y merecedores de amor, porque eso es lo que desean las madres para sus hijos» responde dulcemente María. Y Jesús la mira con unos ojos tan radiantes, que parece vestirla de luz.

«Por eso tienes compasión de mí...» dice el Iscariote en voz baja.

«De todos. Aunque se tratara del asesino de mi Hijo, porque pienso que sería el más necesitado de perdón... y de amor, porque, sin duda, todos le odiarían».

«Mujer, tendrías que empeñarte mucho en defenderle para darle tiempo de convertirse... Yo sería el primero en quitarle de en medio...» dice Pedro.

[11]«Hemos llegado al lugar de la despedida. Madre, Dios sea contigo. Y contigo, María. También contigo, Judas». Se besan. Jesús añade: «Recuerda que te he concedido una cosa muy grande, Judas. Haz que sea un bien para ti, no un mal. Adiós». 262.11

Y Jesús, los once restantes y Susana, van, ligeros, hacia oriente, mientras María, la cuñada de María y el Iscariote siguen recto.

## 263. Curación del hombre del brazo atrofiado.

26 de agosto de 1945.

[1]Jesús entra en la sinagoga de Cafarnaúm, que lentamente se va llenando de fieles porque es sábado. Muy grande es el estupor al verle. Unos a otros se lo señalan musitando comentarios. Alguno tira de la túnica a éste o a aquel otro apóstol para preguntar que cuándo han vuelto a la ciudad, porque nadie sabía que habían llegado. 263.1

«Hemos desembarcado ahora en el "pozo de la higuera" viniendo de Betsaida, para no dar ni un paso más de lo prescrito, amigo» responde Pedro a Urías el fariseo, el cual, ofendido por ver que un pes-

cador le llama "amigo", se marcha con aire de desdén a donde están los suyos, en primera fila.

«¡No los pinches, Simón!» advierte Andrés.

«¿Pincharlos? Me ha preguntado y he respondido, diciendo incluso que hemos evitado caminar por respeto al sábado».

«Dirán que hemos trabajado con la barca...».

«¡Al final dirán que hemos trabajado porque hemos respirado! ¡No seas ignorante! Es la barca la que trabaja, el viento y las olas, no nosotros yendo en barca».

Andrés se queda con la regañina y guarda silencio.

263.2 [2]Después de las oraciones preliminares, llega el momento de la lectura de un texto y su explicación. El jefe de la sinagoga le pide a Jesús que sea Él quien lo haga, pero Jesús señala a los fariseos y dice: «Que lo hagan ellos». No obstante, dado que ellos no lo quieren hacer, debe hablar Él.

Jesús lee el trozo del primer Libro de los Reyes en que se narra cómo David, traicionado por los zifitas, fue señalado a Saúl, que estaba en Guibeá. Devuelve el rollo y empieza a hablar. *

«Violar el precepto de la caridad, de la hospitalidad, de la honradez, siempre es cosa reprobable. Sin embargo, el hombre no vacila en hacerlo con total indiferencia. Aquí tenemos un episodio compuesto de dos partes: esta violación y el consiguiente castigo de Dios. La conducta de los zifitas era ratera; la de Saúl no lo era menos: los primeros, viles intentando ganarse al más fuerte y sacar beneficio de él; el segundo, vil intentando eliminar al ungido del Señor: el egoísmo, por tanto, los aunaba. Y, ante la indigna propuesta, el rey falso y pecador de Israel osa dar una respuesta en que aparece nombrado el Señor: "Que el Señor os bendiga".

¡Hacer burla de la justicia de Dios!... ¡Hacerlo habitualmente!... Demasiadas veces se invoca el Nombre del Señor y su bendición como premio o garantía de las maldades del hombre. Está escrito: "No tomarás el Nombre de Dios en vano". ¿Podrá haber algo más vano —peor: más malo— que nombrarle para cumplir un delito contra el prójimo? Pues bien, a pesar de todo, es éste un pecado más común que ningún otro, cometido con indiferencia incluso por aquellos que ocupan siempre los primeros puestos en las asambleas del Señor, en las ceremonias y en la enseñanza. Recordad que es pecaminoso indagar, observar, prepararlo todo con la finalidad de perjudicar al prójimo; como también es pecaminoso el hacer que otros indaguen, observen y preparen todo para perjudicar al prójimo: es inducir a los de-

* Después de *Guibeá*, MV añade en el manuscrito original la referencia *23, 19-28*, que en la actual versión de la Biblia corresponde a *1S 23, 19-28*.

más al pecado tentándolos con recompensas o amenazándolos con represalias.

Os advierto de que es pecado; de que una conducta semejante es egoísmo y odio. Sabéis que el odio y el egoísmo son los enemigos del amor. Os lo advierto porque me preocupo de vuestras almas; porque os amo; porque no quiero que estéis en pecado; porque no quiero que Dios os castigue, como le sucedió a Saúl, el cual, mientras perseguía a David para atraparle y matarle, vio su tierra hollada por los filisteos. En verdad, esto le sucederá siempre a aquel que perjudica a su prójimo. Su victoria durará cuanto la hierba del prado: crecerá pronto, y pronto se secará y será triturada por el pie indiferente de los que pasan. Sin embargo, la buena conducta, la vida honrada, parece como si tuviera dificultad en nacer y consolidarse, pero, una vez formada como hábito de vida, se hace árbol robusto y frondoso que no será descuajado por el torbellino ni abrasado por la canícula; en verdad, quien es fiel a la Ley, verdaderamente fiel, se hace árbol poderoso que no será combado por las pasiones ni quemado por el fuego de Satanás.

He dicho. [3]Si alguien quiere decir algo más, que lo diga». 263.3

«Lo que te preguntamos es si has hablado para nosotros los fariseos».

«¿Acaso está llena de fariseos la sinagoga? Sois cuatro, la gente son muchas personas. La palabra es para todos».

«La alusión, de todas formas, es muy clara».

«¡Verdaderamente no se ha visto nunca que un indiciado —denunciado sólo por un parangón— se acuse a sí mismo! Y, sin embargo, vosotros lo hacéis. ¿Por qué os acusáis si Yo no os acuso? ¿Tenéis conciencia de actuar como he dicho? Yo no lo sé. De todas formas, si fuera así, cambiad. Porque el hombre es débil y puede pecar, pero Dios le perdona si surge en él el arrepentimiento sincero y el deseo de no volver a pecar. Ahora bien, persistir en el mal es doble pecado, y sin perdón».

«No tenemos este pecado».

«Pues entonces no os aflijáis por mis palabras».

El incidente queda zanjado. Los himnos llenan la sinagoga. Luego parece que está para disolverse la asamblea sin más incidentes.

[4]Pero, he aquí que el fariseo Joaquín detecta la presencia de un 263.4
hombre entre la masa de la gente y, con la mirada y con gestos, le obliga a pasar a la primera fila. Es un hombre de unos cincuenta años, tiene un brazo atrofiado, mucho más pequeño que el otro —también la mano— porque la atrofia ha destruido los músculos.

Jesús le ve, y ve también todo el montaje que han hecho para que

le viera. En su rostro se dibuja un gesto de disgusto y compasión; es una expresión casi instantánea, pero muy clara. No obstante, no desvía el golpe, sino que afronta con firmeza la situación.

«Ven aquí al medio» ordena al hombre. Una vez que le tiene delante, se vuelve a los fariseos y dice: «¿Por qué me tentáis? ¿No acabo de hablar contra la insidia y el odio? ¿No acabáis de decir: "No tenemos este pecado"? ¿No respondéis? Responded al menos a esto: ¿Es lícito hacer el bien o el mal en día de sábado? ¿Es lícito salvar o quitar la vida? ¿No respondéis? Responderé por vosotros, en presencia de todos los ciudadanos, los cuales juzgarán mejor que vosotros porque son sencillos y no tienen ni odio ni soberbia. No es lícito hacer ningún trabajo en día de sábado. Pero, de la misma forma que es lícito orar, también es lícito hacer el bien, porque el bien es oración, mayor que los himnos y salmos que hemos cantado. Sin embargo, ni en día de sábado ni los otros días es lícito hacer el mal. Y vosotros habéis hecho el mal, trajinando para poder tener hoy aquí a este hombre, que ni siquiera es de Cafarnaúm, que le habéis hecho venir desde hace dos días porque sabíais que Yo estaba en Betsaida e intuíais que vendría a mi ciudad. Lo habéis hecho para ver cómo acusarme. Actuando así, cometéis también otro pecado, el de matar vuestra alma en vez de salvarla. Por mi parte, os perdono. Respecto a este hombre, no defraudaré su fe. Le habéis hecho venir diciéndole que le iba a curar, mientras que lo que queríais era ponerme una trampa. A él no se le puede culpar, porque ha venido aquí con la única intención de quedar curado. Pues bien, así sea. Hombre: extiende tu mano y ve en paz».

El hombre obedece y su mano queda sana, igual que la otra. La usa en seguida para coger la orla del manto de Jesús y besarla, y decir: «Tú sabes que desconocía la verdadera intención de éstos. Si la hubiera conocido, no habría venido; hubiera preferido quedarme con la mano seca, antes que servir contra ti. Por tanto, no te enojes conmigo».

«Ve en paz, hombre. Yo sé la verdad. Respecto a ti, no siento sino benevolencia».

La gente sale comentando estas cosas. El último en salir es Jesús con los once apóstoles.

## 264. Una jornada de Judas Iscariote en Nazaret.

27 de agosto de 1945.

264.1 [1]La casa de Nazaret sería la más indicada para vuelos del espíri-

tu: en ella, paz, silencio, orden. Sus piedras parecen rezumar santidad; santidad parecen exhalar los árboles del huerto; santidad parece llover del cielo sereno, su cerúlea cúpula: en realidad, emana de la mujer que en ella habita, y que se mueve ágil y silenciosa con la donosura de sus movimientos juveniles, intactos, con el paso leve que tenía cuando entró en ella después de los esponsales, y la misma sonrisa mansa que calma y acaricia.

El Sol, en esta hora de la mañana, hiere el lado derecho de la casa (el que se apoya en la primera ondulación de la colina). Sólo las copas de los árboles se benefician. Primero, los olivos plantados para sujetar con sus raíces la tierra del ribazo; los olivos que quedan, retorcidos, robustos, los de ramas más gruesas, alzadas todas al cielo como si invocaran su bendición, o como si rezasen —también ellos— desde este lugar de paz; los olivos que quedan del olivar de Joaquín, en aquel entonces bien poblado de árboles que proseguían su paseo de peregrinos orantes hasta la campiña lejana en que el olivar y los campos terminaban en pastos, y ahora reducido a pocos árboles supervivientes en la linde de la mutilada propiedad. Luego, se benefician el almendro y los manzanos, altos y robustos, que abren el paraguas de sus ramas para amparo del huerto. El tercero en beber los rayos del Sol es el granado. La última, la higuera que da contra la casa, cuando ya el Sol acaricia las bien cuidadas flores y verduras en los cuadros rectangulares y a lo largo de los setos dispuestos bajo la pérgola cargada de racimos.

Zumban las abejas, gotas de oro voladoras sobre todo lo que puede procurarles jugos dulces y perfumados. Se lanzan al asalto de una pequeña rama de madreselva, y lo mismo hacen con un seto de flores —cuyo nombre ignoro— en forma de campanillas que forman una panoja y que se están cerrando —deben ser flores nocturnas—, con un perfume intensísimo. Las abejas se apresuran a succionar en estas flores antes de que plieguen los pétalos en el sueño de la corola.

[2]María va, ágil, de los nidos de las palomas a la fuentecilla que 264.2
gotea junto a la pequeña gruta; de ésta a la casa, ocupada en sus labores. Pero, a pesar de su trabajo, encuentra la forma de admirar las flores o las palomas que danzan minués por los senderos o forman un corro de vuelos por encima de la casa y del huerto.

Vuelve a casa Judas Iscariote, cargado de plantas y esquejes. «¡Hola, Madre! Me han dado todo lo que quería. He venido corriendo para que no padecieran. Creo que echarán raíces como la madreselva. Para el año que viene tendrás el jardín como un banasto lleno de flores. Así te acordarás del pobre Judas y de su estancia aquí» dice mientras extrae con cuidado de una bolsa unas plantas con las raí-

ces envueltas en tierra y en hojas húmedas, y de otra bolsa unos esquejes.

«Gracias, Judas, muchísimas gracias. No puedes hacerte una idea de lo feliz que me siento por esa madreselva de la gruta. Cuando era pequeña, allí, al final de aquellos campos, que entonces eran nuestros, había una gruta todavía más bonita. Hiedras y madreselvas la vestían de ramas y flores: cortina de la gruta, protección de las minúsculas azucenas que crecían incluso dentro de ella, toda verde por el fino recamo de los adiantos. Porque allí había un manantial... En el Templo pensaba siempre en esa gruta, y te digo que cuando oraba, yo virgen del Templo, ante el Velo del Santo, no sentía a Dios más que allí; es más, tengo que decir que allí evocaba el sueño de los dulces coloquios de mi espíritu con mi Señor... Mi José hizo que pudiera tener esta gruta, con un útil hilo de agua; pero, sobre todo, para darme la alegría de una gruta copiada de aquélla... José era bueno, hasta en las más pequeñas cosas... Y había plantado una madreselva, y la hiedra que vive todavía. La madreselva murió durante los años del exilio... luego la volvió a plantar, pero murió también, hace tres años. Ahora tú la has puesto de nuevo. Ha agarrado, ¿ves? Eres un jardinero excelente».

«Sí. Cuando era niño me gustaban mucho las plantas. Mi madre me enseñaba a cuidarlas... Ahora, a tu lado, Madre, me siento niño de nuevo y recupero esta capacidad del pasado... por darte estas satisfacciones. ¡Eres muy buena conmigo!...» responde Judas mientras trabaja, como un experto, en colocar sus plantas en los lugares más adecuados. Va junto al seto de las flores nocturnas, a poner unas marañas de raíces, que no sé si son de muguetes o de otras flores. «Aquí están bien» dice mientras da unos golpes con una azadilla en la parte donde ha enterrado las raíces. «No requieren mucho sol. No me las quería dar el siervo de Eleazar, pero he insistido tanto que me las ha dado».

«Tampoco le querían dar a José esas gardenias, pero trabajó sin cobrar para procurármelas. Siempre han prosperado».

«Ya está, Madre. Ahora las riego y todo irá bien». Riega, y luego se lava las manos en la fuente.

264.3 [3]María le mira — tan distinto de su Hijo como es, y tan distinto del Judas de ciertas horas de agitación —, le escudriña, piensa, se acerca a él, y, poniendo una mano en su brazo, le pregunta dulcemente: «¿Estás mejor, Judas? Quiero decir, en tu espíritu».

«¡Oh! ¡Madre! ¡Mucho mejor! Estoy en paz. Tú misma lo puedes ver. Encuentro gusto y salvación en las cosas humildes y en estar contigo. No debería dejar jamás esta paz ni este recogimiento. Aquí...

¡qué lejos de esta casa está el mundo!...». Judas mira al huerto, a los árboles, a la casita... y termina: «Pero, si estuviera aquí, no sería nunca apóstol, y quiero serlo...».

«Aunque —créeme— sería mejor para ti ser un alma honesta que no un apóstol deshonesto. Si comprendes que el contacto con el mundo te turba, si comprendes que las alabanzas y honores del apóstol te perjudican, renuncia a ello, Judas: es mejor para ti ser un simple fiel de mi Jesús, pero un fiel santo, que no un apóstol pecador».

Judas agacha la cabeza pensativo. María le deja con sus meditaciones y entra en la casa, a seguir sus labores.

Judas está parado un rato, luego se pone a pasear de un lado para otro bajo la pérgola. Tiene los brazos cruzados; la cabeza, baja. Piensa, piensa... y pasa a monologar y a gesticular solo... Un monólogo incomprensible; los gestos son los propios de una persona en gran contraste de ideas: parece suplicar y rechazar, o compadecerse, o maldecir algo; y pasa de una expresión interrogante a una expresión de miedo, de angustia... hasta adquirir su rostro la expresión de sus peores momentos, y, así, de repente, se para a mitad de recorrido del sendero, y se queda así un rato, con una expresión de verdadero demonio... Luego se lleva las manos a la cara y huye al ribazo de los olivos, lejos de la vista de María, y llora con la cara escondida entre las manos, hasta que se calma; y se queda sentado con la espalda apoyada en un olivo, como aturdido...

[4]...Ya no es por la mañana. Toca a su fin un intenso ocaso. Nazaret abre las puertas de sus casas, que habían permanecido continuamente cerradas al despiadado calor estival del día, ¡día de oriente además! Mujeres, hombres, niños salen a los huertos o a las calles —todavía calientes pero ya no llenas de sol— en busca de aire, o a la fuente, a jugar, a conversar... en espera de la cena. Calurosos saludos, charloteo, risas y gritos, respectivamente entre hombres, mujeres y niños. 264.4

También Judas sale y se encamina hacia la fuente con los cántaros de cobre. Los nazarenos le ven y le señalan con el sobrenombre de "el discípulo del Templo" (cosa que llegando a los oídos de Judas suena como una música). Pasa saludando con afabilidad, pero también con un no se qué de actitud reservada que, si no llega a ser gravedad soberbia, es pariente muy cercana de ésta.

«Eres muy bueno con María, Judas» dice un nazareno muy barbado.

«Se merece esto y más. Es verdaderamente una gran mujer de Israel. Dichosos vosotros que es paisana vuestra».

La alabanza a la mujer de Nazaret seduce mucho a los nazare-

nos, los cuales se repiten unos a otros lo que Judas ha dicho.

Éste, entretanto, ha llegado a la fuente, y ahora espera su turno, y extiende su cortesía hasta el punto de llevarle los cántaros a una viejecita, que no acaba nunca de bendecirle, y también hasta el punto de tomar el agua para dos mujeres que encuentran dificultad para hacerlo porque tienen en brazos a un lactante. Levantando un poco su velo, susurran: «Que Dios te lo pague».

«El amor al prójimo es el primer deber de un amigo de Jesús» responde Judas acompañando su palabra con una inclinación de cabeza. Luego llena sus cántaros y vuelve hacia la casa.

264.5 [5]En el camino de regreso, le paran el arquisinagogo de Nazaret y otros y le invitan a que el sábado siguiente hable. «Hace más de dos semanas que estás con nosotros y tu única lección ha sido la de una gran cortesía con todos nosotros» se queja el jefe de la sinagoga, que está con otros ancianos del pueblo.

«Pero, si no os resulta agradable la palabra de vuestro mayor hijo, ¿os puede complacer, acaso, la de su discípulo —la mía—, que además soy judío?» responde Judas.

«Tu desconfianza es injusta y nos entristece. Nuestra invitación es franca. Tú eres discípulo y judío, esto es verdad, pero eres del Templo; por tanto, puedes hablar, porque en el Templo hay doctrina. El hijo de José es sólo un carpintero...».

«¡Pero es el Mesías!».

«Lo dice Él... ¿Será verdad... o será un delirio?».

«¿¡Y su santidad, nazarenos!? ¡¿Su santidad!?». Judas se muestra escandalizado de la incredulidad de los nazarenos.

«Es grande. Es verdad. ¡Pero de eso a ser el Mesías!... Y además... ¿por qué habla con esa dureza?».

«¿Dureza? ¡No! No me parece dureza. Más bien... sí, eso sí, es demasiado sincero e intransigente. No deja cubierta ninguna culpa, no duda en denunciar un abuso... y ello no gusta. Mete el dedo exactamente en el centro de las llagas, y eso hace daño. Pero es por santidad. ¡Sí, sin duda, sólo por santidad actúa así! Yo se lo he dicho en repetidas ocasiones: "Jesús, te perjudicas a ti mismo". ¡Pero no me quiere hacer caso!...».

«Tú le amas mucho, y además eres docto... Podrías guiarle».

«¡Oh, no, docto no!... Práctico... sí. ¡Eso... del Templo! Conozco los mecanismos. Tengo amigos. El hijo de Anás es como un hermano para mí. Es más, si queréis algo del Sanedrín, pues decídmelo... Pero ahora dejadme llevar el agua a María, que me espera para la cena».

«Vuelve después. En mi terraza hace fresco. Estaremos entre

amigos y hablaremos...».

«Sí. Adiós».

[6]Judas va a casa, donde se disculpa ante María por haber tardado 264.6
a causa de que le han entretenido el arquisinagogo y los ancianos del pueblo. Y termina: «Quisieran que hablase el sábado... El Maestro no me lo ha mandado. ¿Qué opinas, Madre? Aconséjame».

«Hablar con el jefe de la sinagoga... o hablar en la sinagoga?».

«Las dos cosas. No quisiera hablar con ninguno, ni a ninguno, porque sé que son contrarios a Jesús, y también porque me parece sacrílego hablar donde sólo Él tiene derecho a ser Maestro. ¡Pero, han insistido tanto!... Quieren que vaya después de cenar... Casi he dado mi palabra. Si crees que, hablando, voy a poder quitarles ese espíritu tan penoso de resistencia al Maestro, yo, aunque me resulte cosa pesada, iré y hablaré; así, como sé hacer, como pueda, tratando de ser muy longánime con sus obcecaciones. Porque he comprendido que si uno es duro es peor. ¡No volveré a incurrir en el error de Esdrelón! ¡El Maestro se sintió muy disgustado! No me dijo nada, pero yo lo entendí. No lo volveré a hacer. Pero querría dejar Nazaret después de haberla persuadido de que el Maestro es el Mesías y que debemos creer en Él y amarle».

Judas está hablando mientras, sentado a la mesa en el sitio de Jesús, come lo que María ha preparado. Y me duele ver a Judas sentado en ese sitio, frente a María escuchándole y sirviéndole como una madre.

Ahora ella responde: «Estaría bien, efectivamente, que Nazaret comprendiera la verdad y la aceptara. Yo no te pongo trabas. Ve si quieres. Nadie mejor que tú puede decir si Jesús merece amor. Piensa cuánto te ama y cómo te lo demuestra disculpándote siempre y dándote gusto siempre que puede... Que esta reflexión te dé palabras y acciones santas».

La cena termina pronto. Judas va a regar las flores del huerto antes de que la luz se nuble demasiado, y luego sale, dejando a María en la terraza ocupada en doblar la ropa que había puesto a secar.

[7]Judas, tras saludar a Alfeo de Sara y a María Cleofás, que están 264.7
hablando en la puerta de la casa del primero, se dirige hacia la casa del arquisinagogo. Además de seis ancianos, están presentes los dos primos del Señor.

Después de los ampulosos saludos, se sientan todos ceremoniosamente en asientos adornados con almohadones; toman el fresco mientras beben agua anisada o de menta, que deben estar bien frescas porque la jarra metálica suda en la separación entre el líquido gélido y el aire, todavía caliente a pesar de la brisa que procede de

las colinas situadas al norte de Nazaret y que mueve la cima de los árboles.

«Me alegro de que hayas aceptado venir. Eres joven. Un poco de solaz es cosa sana» dice el arquisinagogo, que se muestra lleno de atenciones para con Judas.

«No he venido antes porque temía ser inoportuno. Sé de vuestro desdén hacia Jesús y sus seguidores...».

«¿Desdén! No. Estamos escépticos... y heridos por sus... admitámoslo, ¿por qué no?... sus verdades demasiado crudas. Si no te invitábamos a venir es porque pensábamos que nos despreciabas».

«¿Despreciaros yo! ¡No! ¡Todo lo contrario! Os comprendo muy bien... ¡Cómo no? ¡Claro! Pero estoy convencido de que acabará habiendo paz entre vosotros y Él. Os trae cuenta siempre, tanto a Él como a vosotros: a Él, porque tiene necesidad de todos; a vosotros, porque no os conviene cargaros con el nombre de enemigos del Mesías».

«¿Para ti lo es verdaderamente?» pregunta José de Alfeo. «No tiene nada de esa figura regia que nos ha sido profetizada. Quizás es porque nosotros le recordamos como carpintero... Pero... ¿Dónde se ve en Él al rey liberador?».

«David parecía también simplemente un zagal, y, sin embargo, como sabéis, no hubo rey más grande que David. Ni siquiera Salomón, en toda su gloria, le igualó. Porque, en fin, Salomón siguió a David, nada más, y jamás tuvo la inspiración suya. ¡Sin embargo, David! ¡Pensad en la figura de David! Es gigantesca, de una realeza que casi toca el Cielo. David, rey y pastor, o, mejor, pastor y luego rey; Jesús, rey y carpintero, o, mejor, carpintero y luego rey».

264.8 [8]«Hablas como un rabí. Se ve que has sido educado en el Templo» dice el arquisinagogo. «¿Podrías hacer saber al Sanedrín que yo, el arquisinagogo, necesito ayuda del Templo para una cuestión privada?».

«¡Pues claro! ¡Sin duda! ¡Con Eleazar! ¡Fíjate tú! ¡Y luego José el Anciano, ¿sabes?, el rico de Arimatea! ¡Y el escriba Sadoq!... Y... ¡bueno, no tienes sino que hablar y basta!».

«Entonces te invito mañana a mi casa. Hablaremos».

«¿A tu casa? No. No dejo sola a esa santa y afligida mujer que es María. He venido precisamente a hacerle compañía...».

«¿Qué le pasa a nuestra pariente? Sabemos que está sana y que, dentro de su pobreza, vive feliz» dice Simón de Alfeo.

«Sí. No la abandonamos. Mi madre está siempre atenta a ella. También yo y mi mujer, a pesar... a pesar de que yo, particularmente, no le puedo perdonar su debilidad para con su Hijo; ni el dolor de

mi padre, que por causa de Jesús murió teniendo sólo a dos de sus hijos al pie de su cama. ¡Y luego! ¡Y luego!... Bueno, las penas de familia no se pregonan desde los tejados...» suspira José de Alfeo.

«Tienes razón. Se susurran en el rincón más apartado, vertiéndolas en un corazón amigo. ¡Pero esto sucede con muchas otras penas! Yo también tengo las mías, de discípulo... ¡Pero, es mejor que no hablemos!».

«¡No, no, hablemos! ¿Qué sucede? ¿Complicaciones respecto a Jesús? No aprobamos su conducta, pero seguimos siendo parientes suyos, dispuestos a ponernos de su parte contra sus enemigos. ¡Habla!» dice José.

«¿Complicaciones? ¡No, hombre, no! Era una forma de expresarme... Además, las penas de un discípulo son muchas. No es sólo dolor por el modo como el Maestro trata con amigos y enemigos, perjudicándose a sí mismo, sino también el ver que no le aman. Quisiera que todos vosotros le amarais...».

«¿Y cómo! ¡Tú mismo lo dices! ¡Tiene un modo de hacer las cosas!... No era así cuando estaba con su Madre» dice, justificándose, el arquisinagogo. «¿No es verdad, todos vosotros?».

Todos asienten con gravedad y hacen comentarios muy positivos del Jesús silencioso, manso, apartado, de antes.

«¿Quién podía imaginarse que de aquel Jesús pudiera salir uno como es ahora? Todo casa y familia. ¿Y ahora?» dice un nazareno muy anciano.

Judas suspira: «¡Pobre mujer!».

«Bueno, ¿pero qué es lo que sabes? Habla» grita José.

«Nada que tú no sepas. ¿Crees que le guste sentirse abandonada?».

«Si José hubiera vivido el tiempo que vivió vuestro padre, no habría sucedido eso» sentencia un nazareno también muy anciano.

«No lo creas, hombre. Habría sido lo mismo. ¡Cuando cuajan ciertas... ideas!» dice Judas.

[9]Un siervo trae unas lámparas y las pone encima de la mesa, porque es una noche sin Luna, aunque el cielo sea todo un titilar de estrellas. Junto con la luz traen otras bebidas y el arquisinagogo quiere ofrecérselas en seguida a Judas. 264.9

«Gracias. No me entretengo más. Tengo obligaciones hacia María» dice mientras se levanta.

También los dos hijos de Alfeo se levantan y dicen: «Vamos contigo. Es el mismo camino...» y con exuberantes saludos el grupo se divide; se quedan con el arquisinagogo los seis ancianos.

Las calles están ya desiertas y silenciosas. De arriba de las casas

baja un continuo hablar quedo de voces graves. Los niños duermen ya en sus camitas: faltan, por tanto, sus gorjeos de pajarillos alegres. Con las voces, desde lo alto de las casas más ricas, descienden leves resplandores de lámparas de aceite.

Los dos hijos de Alfeo y Judas andan unos metros en silencio, luego José se para, coge de un brazo a Judas y dice: «Mira. He comprendido que sabes algo, pero que no quieres hablar en presencia de extraños. Ahora conmigo tienes que hablar. Soy el mayor de la casa y tengo el derecho y el deber de saber todo».

«Y yo he venido con intención de decíroslo y de tutelar al Maestro, a María, a vuestros hermanos y vuestro nombre. Es una cosa muy penosa de decir y de oír; penosísimo hacerlo. Porque parece una delación. Mirad, os ruego que me comprendáis rectamente. No es una delación. Es amor y cordura, nada más. Yo sé muchas cosas, que vosotros... bueno, la verdad es que no las ignoráis. Las sé por mis amigos del Templo. Y sé que son un peligro para Jesús y para el buen nombre de la familia. He tratado de hacérselo entender al Maestro, pero no lo he conseguido. Es más, cuanto más le aconsejo, Él actúa peor, y se busca cada vez más críticas y odios. Ello porque es tan santo, que no es capaz de comprender lo que es el mundo. En fin, es triste ver sucumbir una cosa santa por la imprudencia de su fundador».

«Pero bueno, ¿qué es? Di todo. Buscaremos el remedio. ¿Verdad, Simón?».

«Ciertamente. Pero me parece imposible esto de que Jesús haga cosas imprudentes y que vayan contra su misión...».

«¡¿Pero si este buen muchacho, que además ama a Jesús, lo dice?!... ¿Ves cómo eres? ¡Siempre así! Inseguro. Vacilante. Siempre me dejas solo en el momento decisivo. Yo contra toda la parentela. ¡Es que no tienes compasión ni siquiera de nuestro nombre y de nuestro pobre hermano, que se está destruyendo!».

«¡No! ¡Destruirse, no! Pero se perjudica».

«¡Habla, habla!» insiste José, mientras Simón, perplejo, guarda silencio.

«Hablaría... pero quisiera estar seguro de que no me mencionaréis ante Jesús... Juradlo».

«Lo juramos por el santo Velo. Habla».

«No debéis hablar de lo que os voy a decir ni siquiera a vuestra madre, y mucho menos con vuestros hermanos».

«Puedes estar seguro de nuestro silencio».

«¿Guardaréis silencio también ante María? Para no causarle dolor. Es un deber también el preocuparse de la paz de esta pobre ma-

dre, como yo hago, en silencio...».

«Guardaremos silencio con todos. Te lo juramos».

[10]«Pues bien, escuchad. Jesús no se limita ya a tratar con gentiles, publicanos y meretrices, a ofender a los fariseos y a las otras personas importantes; es que ahora hace cosas verdaderamente absurdas. Fijaos que fue a tierra de filisteos y nos hizo peregrinar con un macho cabrío todo negro que le seguía. Ahora ha metido a un filisteo entre los discípulos. ¿Y antes, con aquel niño que recogió? ¿No sabéis los comentarios que hubo? Y ahora, hace pocos días, una griega, esclava y que había huido de su amo romano. Y... discursos que chocan con los conocimientos ya bien sabidos. En definitiva, parece como si hubiera perdido el juicio. Y se perjudica. En Filistea se metió en una ceremonia de brujos y se puso a competir con ellos de tú a tú. Los venció, sí, pero... Ya hay escribas y fariseos que le odian, así que si llegan estas cosas a sus oídos, ¿qué va a suceder? Tenéis el deber de intervenir, de impedir...». 264.10

«Esto es grave, muy grave. ¿Cómo podíamos saberlo! Nosotros estamos aquí... Y ahora lo mismo, ¿cómo podremos estar al corriente!».

«Y a pesar de todo tenéis que intervenir y poner freno. Su Madre es madre, y es demasiado buena. No debéis abandonarle así. Ni por Él ni por el mundo. También eso de que sigue arrojando demonios... Circula la voz de que Belcebú está a su servicio. Juzgad vosotros si esto le puede beneficiar a no. ¡Y además... pero bueno ¿qué rey va a poder ser, si las turbas ya desde ahora se lo toman a risa o están escandalizadas?!».

«¿Hace realmente estas cosas?» pregunta, incrédulo, Simón.

«Preguntádselo a Él. Os dirá que sí, porque además lo considera una gloria».

«Deberías avisarnos...».

«¡Lo haré, sí! Cuando vea algo nuevo, os mandaré un aviso. ¡Pero, cuidado, eh!, ¡silencio ahora y siempre con todos!».

«Lo hemos jurado. ¿Cuándo te marchas?».

«Después del sábado. Ya no tiene sentido seguir aquí. He hecho lo que debía».

«Te quedamos agradecidos. ¡Ya decía yo que estaba cambiado! Tú, hermano, no querías creerme... ¿Ves como tengo razón?» dice José de Alfeo.

«Me cuesta creerlo todavía. En fin, Judas y Santiago no son unos estúpidos. ¿Por qué no nos han dicho nada? ¿Por qué no toman medidas, si estas cosas suceden realmente?» dice Simón de Alfeo.

«¡No me vas a hacer ahora la afrenta de no creer en mis pala-

bras, ¿no?!» replica Judas inmediatamente y resentido.

«¡No!... pero... Basta. Perdona si te digo que creeré cuando vea».

«De acuerdo, pues pronto verás y tendrás que decirme: "Tenías
264.11 razón". [11]Bien, pues hemos llegado a vuestra casa. Os dejo. Dios sea con vosotros».

«Dios sea contigo, Judas. Y... oye, no hables tú tampoco con otros de esto. Por nuestro honor...».

«No se lo diré ni al aire. Adiós».

Y se marcha caminando ligero. Entra tranquilo en casa y sube a la terraza, donde María, apoyadas las manos sobre su regazo, contempla el cielo repleto de astros; y con la leve luz de la lamparita, que Judas ha encendido para subir la escalera, se ven dos hilos de llanto brillando en las mejillas de María.

«¿Por qué lloras, Madre?» pregunta Judas con ansiosa premura.

«Porque tengo la impresión de que el mundo está más repleto de insidias que el cielo de estrellas. Insidias contra mi Jesús...».

Judas se queda mirándola, atento y turbado.

Mas ella termina, dulcemente: «Pero me anima el amor de los discípulos... Amad mucho a mi Jesús... amadle... ¿Quieres estar aquí, Judas? Yo bajo a mi habitación. María Cleofás ya se ha ido a dormir, después de preparar la levadura para mañana».

«Sí. Me quedo. Se está bien aquí».

«La paz sea contigo, Judas».

«La paz sea contigo, María».

## 265. Instrucciones a los doce apóstoles al comienzo de su ministerio.

28 de agosto de 1945.

265.1 [1]Jesús y los apóstoles —están todos: señal de que Judas Iscariote, cumplida su obra, se ha unido de nuevo a sus compañeros— están sentados a la mesa en la casa de Cafarnaúm. Atardece. La luz del día que declina entra por la puerta y las ventanas abiertas de par en par. A través de éstas, se puede ver cómo la púrpura del ocaso se va transformando en un rojo violáceo irreal, que en los bordes se desfleca formando abarquillamientos de un color turquí que termina en gris. Me recuerda a una hoja de papel arrojada al fuego: se enciende como el carbón en que cae, pero, en los bordes, después de la llamarada, se abarquilla y se apaga tomando un color plomo azulado que termina en un gris perlino casi blanco.

«Calor» sentencia Pedro, señalando hacia la voluminosa nube

que viste el occidente de esos colores. «Calor. No agua. Eso es niebla, no nube. Esta noche duermo en la barca para estar más fresco».

«No. Esta noche vamos a los olivares. Necesito hablaros. Judas ya ha vuelto. Es tiempo de hablar. Conozco un lugar ventilado donde estaremos bien. Levantaos. Vamos».

«¿Está lejos?» preguntan mientras cogen los mantos.

«No. Muy cerca. A un tiro de honda de la última casa. Podéis dejar los mantos. Coged, eso sí, yesca y eslabón para vernos al volver».

Salen de la habitación alta y bajan la escalera tras haber saludado al dueño de la casa y a su mujer, que están tomando el fresco en la terraza.

Jesús vuelve resueltamente la espalda al lago, y, atravesada la ciudad, recorre unos doscientos o trescientos metros por entre los olivos de una primera loma de detrás de la ciudad. Se detiene cuando llega al borde de un ribazo, que, por su posición saliente y libre de obstáculos, goza de todo el aire de que es posible gozar en esta noche de bochorno.

265.2 [2]«Vamos a sentarnos. Prestadme atención. Ha llegado la hora de vuestra labor evangelizadora. He llegado aproximadamente a la mitad de mi vida pública para preparar los corazones para mi Reino. Ahora es tiempo de que también mis apóstoles tengan parte en la preparación de este Reino. Los reyes actúan así cuando deciden conquistar un país. Primero investigan y toman contacto con personas para oír las reacciones y formarlas en la idea que persiguen. Luego extienden la obra de preparación enviando personas de confianza al reino que quieren conquistar. Envían cada vez más personas, hasta que todas las particularidades geográficas y morales del país son manifiestas. Una vez hecho esto, el rey cumple cabalmente la obra y se proclama rey de ese lugar y se corona rey. Para llevarlo a cabo corre la sangre. Porque las victorias cuestan siempre sangre...».

«Estamos resueltos a luchar por ti y a derramar nuestra sangre» prometen unánimemente los apóstoles.

«Sólo derramaré la sangre del Santo y de los santos».

«¿Quieres empezar la conquista por el Templo, irrumpiendo durante la hora de los sacrificios?...».

«No divagemos, amigos. Sabréis el futuro a su debido tiempo. No os estremezcáis de horror de todas formas. Os aseguro que no voy a trastocar las ceremonias con la violencia de una irrupción. Y, no obstante, serán desbaratadas; llegará un día, una tarde, en que el terror, el terror de los pecadores, impedirá la oración ritual. Mas Yo, esa tarde, estaré en paz, en paz con mi espíritu y mi cuerpo, una paz total, beatífica...».

Jesús mira, uno a uno, a sus doce; es como si mirase la misma página doce veces y en ella leyera doce veces la misma palabra escrita: no comprenden. Sonríe y prosigue.

265.3 [3]«Pues bien, he decidido enviaros, para penetrar más y más ampliamente de cuanto Yo solo podría hacer. Pero pondré prudenciales diferencias entre mi modo de evangelizar y el vuestro, para no crearos dificultades demasiado fuertes ni meteros en peligros demasiado serios para vuestra alma y vuestro cuerpo y para no causar perjuicio a mi obra.

Todavía no estáis formados hasta el punto de poder relacionaros con cualquier persona, quienquiera que sea, sin que os perjudique o la perjudiquéis, ni —mucho menos aún— tenéis el heroísmo suficiente como para desafiar al mundo por causa de la Idea adelantándoos a hacer frente a las venganzas del mundo. Por tanto, no vayáis a los gentiles cuando vayáis a predicarme, ni entréis en las ciudades de los samaritanos; id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel: hay mucha labor que hacer con éstas; en verdad os digo que estas multitudes, que os parecen muchas, en torno a mí, son la centésima parte de las que en Israel todavía esperan al Mesías y no le conocen ni saben que vive. Llevadles a éstas la fe y el conocimiento de mí.

Por el camino predicad: "El Reino de los Cielos está cerca". Éste debe ser el anuncio basilar, apoyad en él toda vuestra predicación. ¡Mucho me habéis oído hablar del Reino! No tenéis sino que repetir mis palabras. Ahora bien, el hombre, para sentirse atraído por las verdades espirituales, para sentirse convencido de ellas, necesita estímulos de carácter material, como si fuera un eterno niño, que no estudia una lección, no aprende un oficio, si no tiene el estímulo de un dulce de su madre o de un premio del maestro de la escuela o del maestro del oficio. Pues bien, para que dispongáis del medio para que crean en vosotros y os busquen, os concedo el don de milagros...».

Los apóstoles se levantan de improviso —excepto Santiago de Alfeo y Juan— y, según el temperameto de cada uno, gritan, protestan, se exaltan... Verdaderamente el único que se pavonea de la idea de hacer milagros es Judas Iscariote, el cual, a pesar de la gran deuda que tiene en su alma de haber hecho una acusación falsa e interesada, exclama: «¡Ya era hora de que también nosotros hiciéramos esto, para gozar de un mínimo de autoridad sobre las multitudes!».

Jesús le mira, pero no dice nada. Pedro y el Zelote —que están diciendo: «¡No, Señor! ¡No somos dignos de tanto! Eso es para los santos»— rebaten enérgicamente a Judas: el Zelote dice: «¿Cómo te

atreves, hombre necio y orgulloso, a censurar al Maestro?»; y Pedro: «¿Un mínimo? ¿Pero, qué quieres hacer más que milagros? ¿Ser Dios tú también? ¿Sientes, acaso, la misma comezón que Lucifer?».

«¡Silencio!» dice Jesús con tono autoritario. Y prosigue:

«Hay una cosa que supera al milagro y que convence igualmente a las multitudes, y con mayor profundidad y duración: una vida santa. Pero vosotros estáis todavía lejos de esta vida, y tú, Judas, más lejos que los demás. Mas dejadme hablar porque es una larga instrucción.

[4]Id, pues, y curad a los enfermos, limpiad a los leprosos, resucitad 265.4
a los muertos del cuerpo y del espíritu (porque cuerpo y espíritu pueden estar igualmente enfermos, leprosos, muertos). Ya sabéis cómo se obra un milagro: con vida de penitencia, ferviente oración, sincero deseo de hacer brillar el poder de Dios, humildad profunda, viva caridad, encendida fe, esperanza imperturbable ante cualquier tipo de dificultad. En verdad os digo que todo es posible para quien dispone de estos elementos. Y los demonios huirán ante el Nombre del Señor pronunciado por vosotros, si tenéis cuanto he dicho. Este poder os viene de mí y de nuestro Padre. No se compra con moneda alguna. Sólo nuestra voluntad lo concede, sólo la vida justa lo mantiene. De la misma forma que se os da gratis, gratuitamente habéis de darlo a los demás, a los que tengan necesidad de él. ¡Ay de vosotros si rebajáis el don de Dios sirviéndoos de él para engrosar vuestra bolsa! No es vuestro poder, es poder de Dios. Usadlo, mas no os apropiéis de él diciendo: "Es mío". De la misma forma que se os da, se os puede quitar.

Simón de Jonás poco antes ha dicho a Judas de Simón: "¿Tienes la misma comezón que Lucifer?". Ha expresado una justa definición. Decir: "Hago lo que hace Dios porque soy como Dios" es imitar a Lucifer. Su castigo lo conocemos. También sabemos lo que les sucedió a los dos que comieron el fruto prohibido en el paraíso terrenal, por instigación del Envidioso —que quería llevar a otros desdichados a su Infierno, además de los rebeldes angélicos que ya había—, y también por el propio prurito de soberbia perfecta.

El único fruto que os es lícito coger de lo que hacéis son las almas que con el milagro conquistaréis para el Señor y que deben entregársele al Señor. Ésas son vuestras monedas, no otras; en la otra vida gozaréis de su tesoro.

[5]Id sin riquezas. No llevéis con vosotros ni oro, ni plata, ni mone- 265.5
das en vuestros cinturones; ni saca de viaje con dos o más indumentos y calzado de repuesto, ni bastón de peregrino, ni armas humanas. En efecto, por ahora, vuestras visitas apostólicas serán cortas y

todas las vigilias de los sábados nos veremos, y podréis dejar vuestros vestidos sudados sin tener necesidad de llevar con vosotros uno para cambiaros. No hace falta el bastón, porque el camino es aquí suave; bien distinto es lo que se necesita en los desiertos y montañas altas de lo que se necesita en colinas y llanuras. No hacen falta armas; éstas son útiles para el hombre que no conoce la santa pobreza e ignora el divino perdón. Mas vosotros no tenéis tesoros que cuidar y defender de los ladrones. El único al que debéis temer, el único ladrón para vosotros es Satanás, y Satanás se vence con la constancia y la oración, no con espadas y puñales.

Perdonad al que os ofenda. Si os despojasen del manto, dad también la túnica. Aunque os quedarais completamente desnudos por mansedumbre y desapego de las riquezas, no escandalizaríais a los ángeles del Señor ni a la infinita Castidad de Dios, porque vuestra caridad vestiría de oro vuestro cuerpo desnudo, la mansedumbre os sería compuesto cinturón, el perdón hacia el ladrón os pondría manto y corona regia; estaríais, por tanto, mejor vestidos que un rey, no de tela corruptible, sino de materia incorruptible.

No os preocupéis por qué habréis de comer. Dispondréis siempre de lo apropiado para vuestra condición y ministerio, porque el obrero es digno del alimento que le ofrecen. Siempre. Dios proveería de lo necesario a su obrero, si los hombres no lo hicieran. Ya os he mostrado que para vivir y predicar no es necesario atiborrarse de comida. Eso va bien para los animales impuros, cuya misión es la de engordar para ser entregados a la muerte y engordar a los hombres. Vosotros sólo debéis nutrir bien vuestro espíritu y el de los demás con alimentos sapienciales. Mas la Sabiduría se hace presente con su luz a una mente no embotada por la crápula, a un corazón que se nutre de cosas espirituales. Jamás habéis sido tan elocuentes como después del retiro en el monte, y en aquel entonces comisteis sólo lo indispensable para no morir; pues bien, a pesar de ello, al final del retiro estabais fuertes y joviales como nunca. ¿No es, acaso, verdad?

265.6 [6]En cualquier ciudad que entréis, informaos de que haya quien merezca recibiros. No porque seáis Simón, Judas, Bartolomé, Santiago, Juan, etc., sino porque sois los mensajeros del Señor. Aunque hubierais sido escoria, asesinos, ladrones, publicanos, ahora, arrepentidos y a mi servicio, merecéis respeto porque sois mis mensajeros. Digo más. Digo: ¡ay de vosotros si, teniendo la apariencia de mensajeros míos, por dentro sois viles y diabólicos!, ¡ay de vosotros!; el infierno es poco para lo que merecéis por vuestro engaño. Mas, aunque fuerais contemporáneamente mensajeros de Dios en la apariencia y, por dentro, escoria, publicanos, ladrones, asesinos; aunque

los corazones tuvieran sospechas respecto a vosotros, o casi certeza... se os debe honrar y respetar porque sois mis mensajeros. El ojo del hombre debe ir más allá del medio, debe ver al mensajero y debe ver el fin, ver a Dios y su obra más allá del medio, que demasiado frecuentemente es deficiente. Sólo en casos de culpas graves que dañen la fe de los corazones, Yo por ahora, luego quien me suceda, tomaremos medidas para amputar el miembro corrompido. Porque no es lícito que por un sacerdote demonio se pierdan almas de fieles. Nunca será lícito, por esconder las llagas abiertas en el cuerpo apostólico, permitir que en él pervivan cuerpos gangrenados que con su aspecto repugnante obliguen a alejarse y con su hedor demoniaco envenenen.

Os informaréis, por tanto, de cuál es la familia de vida más recta, donde las mujeres saben estar retiradas y se disciplinan las costumbres. Entraréis en esa casa y en ella os alojaréis hasta el momento de vuestra partida. No imitéis a los zánganos, que después de succionar una flor pasan a otra más nutritiva. Tanto si os veis entre personas de buena cama y rica mesa, como si os toca una familia humilde, rica sólo en virtudes, quedaos donde estéis. No busquéis nunca "lo mejor" para el cuerpo mortal. Antes bien, dadle siempre lo peor y reservad todos los derechos al espíritu. Si podéis —os digo esto porque conviene que lo hagáis—, con toda diligencia, dad la preferencia a los pobres para vuestra estancia en el lugar: para no humillarlos, y en memoria mía, que soy y permanezco pobre y me glorío de serlo, y también porque los pobres frecuentemente son mejores que los ricos. Encontraréis siempre pobres justos, mientras que será raro encontrar un rico exento de injusticia. No tenéis, por tanto, la disculpa de decir: "Sólo he encontrado bondad en los ricos", para justificar vuestra sed de bienestar.

Al entrar en la casa saludad con mi saludo, que es el más dulce de los saludos. Decid: "La paz sea con vosotros. Paz a esta casa" o "la paz descienda sobre esta casa". En efecto, vosotros, mensajeros de Jesús y de la Buena Nueva, lleváis con vosotros la paz, y vuestra llegada a un lugar significa hacer llegar a ese lugar la paz. Si la casa es digna de la paz, la paz descenderá sobre ella y permanecerá en ella; si no lo es, la paz volverá a vosotros. Mas estad atentos a ser vosotros pacíficos, para tener por Padre a Dios. Un padre siempre ayuda; vosotros, ayudados por Dios, haréis todo, y lo haréis bien.

Puede suceder, es más, sucederá, que una ciudad o una casa no os reciban; no querrán escuchar vuestras palabras, os expulsarán, os tomarán a risa, os perseguirán a pedradas cual profetas molestos. Entonces tendréis más necesidad que nunca de ser pacíficos, humil-

des, mansos, como hábito de vida. Si no, la ira se impondrá y pecaréis: escandalizaréis y aumentaréis la incredulidad de los que se han de convertir. Sin embargo, si recibís con paz la ofensa que supone el ser expulsados, escarnecidos, perseguidos, convertiréis con el más bello de los discursos: la silenciosa predicación de la virtud verdadera. Un día volveréis a encontrar a los enemigos de hoy en vuestro camino, y os dirán: "Os hemos buscado porque vuestro modo de actuar nos ha persuadido de la Verdad que anunciáis. Os pedimos vuestro perdón y que nos acojáis como discípulos. Porque no os conocíamos. Pero ahora sabemos que sois santos. Por tanto, si sois santos, debéis ser mensajeros de un santo. Ahora creemos en Él". De todas formas, al salir de la ciudad o casa que no os hayan recibido, sacudíos hasta el polvo de las sandalias, para que la soberbia y la dureza de aquel lugar no se pegue ni siquiera a vuestras suelas. En verdad os digo que el día del Juicio Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos dureza que esa ciudad.

265.7 [7]Mirad, os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas. Porque ya sabéis cómo el mundo —que, en verdad, es más de lobos que de ovejas— me trata a mí, que soy el Cristo. Yo puedo defenderme con mi poder, y lo haré mientras no llegue la hora del triunfo temporal del mundo. Pero vosotros no tenéis este poder y necesitáis mayor prudencia y sencillez. Mayor sagacidad, por tanto, para evitar, por ahora, cárceles y flagelaciones.

Verdaderamente, a pesar de vuestras abiertas declaraciones de querer dar vuestra sangre por mí, por el momento no soportáis ni siquiera una mirada irónica o iracunda. Llegará un tiempo en que seréis fuertes como héroes contra todas las persecuciones; más fuertes que héroes, con un heroísmo inconcebible para los criterios del mundo, inexplicable, que será llamado "locura". ¡No, no será locura! Será la identificación, en virtud del amor, del hombre con el Hombre-Dios, y sabréis hacer lo que Yo haga. Para comprender este heroísmo hará falta verle, estudiarle y juzgarle, desde niveles ultraterrenos, porque es una cosa sobrenatural que se escapa a todas las restricciones de la naturaleza humana. Los reyes, los reyes del espíritu serán mis héroes, eternamente reyes y héroes...

En aquella hora os arrestarán, os pondrán las manos encima, os llevarán ante los tribunales, los jefes y los reyes, para que os juzguen y condenen por ese gran pecado ante los ojos del mundo que es el ser los siervos de Dios, los ministros y tutores del Bien, los maestros de las virtudes. Por ser estas cosas os flagelarán y os castigarán de mil modos, hasta acabar con vuestra vida. Y daréis testimonio de

mí a los reyes, a los jefes, a las naciones, confesando con la sangre que amáis a Cristo, el Hijo verdadero del Dios verdadero.

Cuando caigáis en sus manos, no os aflijáis por lo que tendréis que responder ni de lo que habréis de decir. En aquella hora no debéis tener ninguna pena aparte de la de la aflicción por vuestros jueces y acusadores, que Satanás desvía hasta el punto de hacerlos ciegos para la Verdad. Las palabras que habrá que decir se os darán en ese momento. Vuestro Padre las pondrá en vuestros labios, porque en aquella hora no seréis vosotros los que habléis para convertir a la Fe y para profesar la Verdad, sino que será el Espíritu del Padre vuestro el que hablará en vosotros.

[8]En aquella hora el hermano dará muerte al hermano, el padre al hijo, los hijos se levantarán contra sus padres y los matarán. ¡No desfallezcáis ni os escandalicéis! Respondedme: ¿para vosotros es mayor delito matar a un padre, a un hermano, a un hijo, o a Dios mismo?». 265.8

«A Dios no se le puede matar» dice secamente Judas Iscariote.

«Es verdad. Es Espíritu inaprensible» confirma Bartolomé. Y los demás, aunque callen, son de la misma opinión.

«Yo soy Dios, y Carne soy» dice serenamente Jesús.

«Nadie pretende matarte» replica Judas Iscariote.

«Os ruego que respondáis a mi pregunta».

«¡Es más grave matar a Dios! ¡Se entiende!».

«Pues bien, el hombre dará muerte a Dios, en la Carne del Hombre Dios y en el alma de los asesinos del Hombre Dios. Por tanto, de la misma forma que se llegará a cumplir este delito, sin el horror de sus autores, se llegará al delito de los padres, hermanos, hijos, contra hijos, hermanos, padres.

[9]Seréis odiados por todos a causa de mi Nombre. Mas quien persevere hasta el final se salvará. Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra (no por vileza, sino para darle tiempo a la recién nacida Iglesia de Cristo de alcanzar la edad adulta —superando la edad del lactante débil e inexperto— en que sea capaz de afrontar la vida y la muerte sin temer a la Muerte). Aquellos a quienes el Espíritu les aconseje huir huyan, como huí Yo cuando era pequeño. Verdaderamente en la vida de mi Iglesia se repetirán *todas* las vicisitudes de mi vida de hombre. Todas. Desde el misterio de su formación en la humildad en los primeros tiempos, a las turbaciones e insidias que le vendrán de los hombres violentos, o a la necesidad de huir para seguir existiendo; desde la pobreza y el trabajo infatigable, hasta muchas otras cosas que vivo actualmente, o que sufriré mañana, hasta llegar al triunfo eterno. Aquellos a quienes, por el contrario, el Espí- 265.9

ritu les aconseja quedarse quédense: sí, aunque caigan asesinados, vivirán y serán útiles a la Iglesia; sí, siempre está bien lo que el Espíritu de Dios aconseja.

265.10 [10]En verdad os digo que no acabaréis, ni vosotros ni los que os sucedan, de recorrer los caminos y ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del Hombre. Porque Israel, por un tremendo pecado suyo, será dispersado, como cascarilla embestida por un torbellino, y diseminado por toda la Tierra; habrán de sucederse siglos y milenios, uno y otro y otro..., antes de que sea recogido de nuevo en la era de * Arauná el Jebuseo. Cada vez que lo intente, antes de la hora señalada, será nuevamente embestido por el torbellino y dispersado, porque Israel tendrá que llorar su pecado durante tantos siglos cuantas serán las gotas que lloverán de las venas del Cordero de Dios inmolado por los pecados del mundo. Mi Iglesia —agredida por Israel en mí y en mis apóstoles y discípulos— deberá abrir sus brazos maternos, para tratar también de recoger a Israel bajo su manto, como hace una gallina con los polluelos que se dispersan. Cuando todo Israel esté bajo el manto de la Iglesia de Cristo, vendré.

265.11 [11]Mas éstas son cosas futuras, hablemos de los inmediatas.

Tened siempre presente que el discípulo no es más que su Maestro, ni el siervo más que su Señor; bástele, pues, al discípulo ser como su Maestro (ya de por sí inmerecido honor), y al siervo como su señor (la concesión de lo cual, ya de por sí, es bondad sobrenatural). Si han llamado Belcebú al Señor de la casa, ¿qué llamarán a sus siervos? ¿Podrán, acaso, rebelarse los siervos cuando no se rebela su Señor, ni odia ni maldice, sino que, sereno en su justicia, continúa su obra, posponiendo el juicio para otro momento, una vez que, habiendo intentado todo para persuadirlos, haya visto su obstinación en el Mal? No. Los siervos no podrán hacer lo que no hace su Señor; antes bien, deberán imitarle, pensando que ellos también son pecadores, mientras que Él no tenía pecado. No temáis, por tanto, a los que os llamen "demonios". Día llegará en que la verdad será sabida; entonces se verá quiénes eran los "demonios", si vosotros o ellos.

No hay nada escondido que quede sin revelar; nada secreto que no se venga a saber. Lo que ahora os digo en la sombra y en secreto, porque el mundo no es digno de conocer todas las palabras del Verbo —no es digno el mundo todavía, ni es hora de hacer extensiva la manifestación de estas cosas a los indignos—, cuando llegue la hora de que todo deba ser conocido, decidlo a la luz, gritad desde los tejados

---

* *la era de Arauná el Jebuseo* recuerda el final de un flagelo querido por el Señor, en *2 Samuel 24, 16-25* y en *1 Crónicas 21, 15-30.*

lo que Yo ahora os susurro más al alma que al oído. Entonces, en efecto, el mundo ya habrá sido bautizado por la Sangre. Satanás encontrará ante sí un estandarte por el que el mundo, si quiere, podrá comprender los secretos de Dios; él, sin embargo, no podrá dañar sino a quien desea su mordisco y lo prefiere a mi beso. Mas ocho partes de diez del mundo no querrán comprender. Sólo las minorías tendrán voluntad de saber todo para seguir todo lo que es mi Doctrina. No importa. Dado que no se puede separar estas dos partes santas de la masa injusta, predicad desde los tejados mi Doctrina, predicadla desde lo alto de los montes, por los mares sin confines, en las entrañas de la tierra; aunque los hombres no la escuchen, recogerán las divinas palabras los pájaros y los vientos, los peces y las olas, conservarán su eco las entrañas del suelo para decírselo a los manantiales internos, a los minerales, a los metales, y exultarán todos ellos, porque también ellos han sido creados por Dios para ser escabel de mis pies y alegría de mi corazón.

No temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma; temed sólo a quien puede mandar vuestra alma a la perdición y reunirla en el Ultimo Juicio con el cuerpo resucitado, para arrojarlos al fuego del Infierno. No temáis. ¿No se venden dos pájaros por un as? Y, sin embargo, si el Padre no lo permite, ni uno de ellos caerá a pesar de todas las asechanzas del hombre. No temáis, pues. El Padre os conoce. Como también conoce el número de vuestros cabellos. ¡Vosotros valéis más que muchos pájaros! Os digo que a quien me confiese ante los hombres Yo también le confesaré ante mi Padre, que está en los Cielos; mas a quien me niegue ante los hombres, también Yo le negaré ante mi Padre. Confesar, aquí, significa seguir y practicar; negar significa abandonar mi camino por vileza, por ternaria concupiscencia, por mezquino cálculo, por afecto humano hacia un allegado vuestro contrario a mí. Porque estas cosas sucederán.

[12]No creáis que he venido a instaurar la concordia en la tierra y 265.12
para la tierra. Mi paz es más alta que las paces premeditadas que tienen la finalidad de poderse uno manejar diariamente en la vida. No he venido a traer la paz, sino la espada; la espada afilada para cortar las lianas que impiden salir del fango, abriendo así los caminos a los vuelos en el mundo sobrenatural. Así pues, he venido a separar al hijo del padre, a la hija de la madre, a la nuera de la suegra. Porque Yo soy el que reina y tiene todos los derechos sobre sus súbditos. Porque ninguno es más grande que Yo en derechos sobre los afectos. Porque en mí se centran todos los amores y se subliman; soy Padre, Madre, Esposo, Hermano, Amigo: así os amo y así debo ser amado. Cuando digo: "Quiero", ningún vínculo puede resistir y la

criatura es mía. Yo con mi Padre la he creado, Yo por mí mismo la salvo, Yo tengo derecho a poseerla.

Verdaderamente los enemigos del hombre, además de los demonios, son los propios hombres; enemigos del hombre nuevo, del cristiano, serán los de su propia casa, con sus quejas, amenazas o súplicas. Pues bien, quien, de ahora en adelante, ame a su padre y a su madre más que a mí no es digno de mí; quien ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí; el que no toma su cruz de cada día, compleja, formada de resignación, renuncias, obediencia, heroísmos, dolores, enfermedades, lutos, de todo aquello que es manifestación de la voluntad de Dios o de una prueba del hombre... el que no la toma y con ella me sigue no es digno de mí. Quien estima más su vida terrena que la vida espiritual perderá la Vida verdadera. Quien pierda su vida terrena por amor mío la volverá a encontrar, eterna y beata.

265.13 [13]Quien a vosotros os recibe a mí me recibe, quien me recibe a mí recibe a Aquel que me ha enviado; quien reciba a un profeta como profeta recibirá premio proporcional a la caridad ejercida con el profeta; quien reciba a un justo como justo recibirá un premio proporcional al justo. Esto es así porque el que reconoce al profeta en el profeta es señal de que también él es profeta, es decir, muy santo porque el Espíritu de Dios le tiene en sus brazos; y quien reconoce a un justo como justo demuestra que él mismo es justo, porque las almas semejantes se reconocen. A cada uno, pues, se le dará según justicia.

Quien dé aunque sólo sea un vaso de agua pura a uno de mis siervos, aunque fuera al más pequeño —y son siervos de Jesús todos los que le predican con una vida santa, y pueden serlo tanto los reyes como los mendigos, tanto los que saben mucho como los que no saben nada, los ancianos o los niños, porque a todas las edades y en todas las clases se puede ser discípulo mío—, quien dé a un discípulo mío aunque sólo sea un vaso de agua en mi nombre y por ser discípulo mío, en verdad os digo que no perderá su recompensa.

265.14 [14]He dicho. Ahora vamos a orar y luego volvemos a la casa. Al alba partiréis; así: Simón de Jonás con Juan, Simón Zelote con Judas Iscariote, Andrés con Mateo, Santiago de Alfeo con Tomás, Felipe con Santiago de Zebedeo, Judas mi hermano con Bartolomé. Esta semana será así. Luego daré nuevas indicaciones. Vamos a orar».

Y oran en voz alta...

## 266. Los discípulos del Bautista quieren verificar que Jesús es el Mesías. Testimonio sobre el Precursor e invectiva contra las ciudades impenitentes.

29 de agosto de 1945.

[1]Jesús está sólo con Mateo, que no ha podido ir con los demás a predicar por tener herido un pie. De todas formas, enfermos y otras personas deseosas de la Buena Nueva llenan la terraza y el espacio libre del huerto para oírle y solicitarle ayuda. 266.1

Jesús termina de hablar diciendo: «Habiendo contemplado juntos la gran frase de Salomón: "En la abundancia de la justicia está la suma fortaleza", os exhorto a poseer esta abundancia, pues es moneda para entrar en el Reino de los Cielos. Tened con vosotros mi paz y Dios sea con vosotros». Luego se acerca a los pobres y enfermos —en muchos casos son una y otra cosa juntamente— y escucha con bondad lo que cuentan, ayuda con dinero, aconseja con palabras, sana con la imposición de las manos y con la palabra. Mateo, a su lado, se encarga de dar las monedas.

[2]Jesús está escuchando con atención a una pobre viuda que, entre lágrimas, le narra la muerte repentina de su marido carpintero, en el banco de trabajo, acaecida pocos días antes: «Vine corriendo a buscarte aquí. Todo el parentesco del difunto me acusó de falta de compostura y de ser dura de corazón. Ahora me maldicen. Pero había venido porque sabía que resucitabas y sabía que si te encontraba mi marido resucitaría. No estabas... Ahora él está en el sepulcro desde hace dos semanas... y yo estoy aquí con cinco hijos... Los parientes me odian y me niegan su ayuda. Tengo olivos y vides. Pocos, pero me darían pan para el invierno si pudiera tenerlos hasta la recolección. Pero no tengo dinero, porque mi marido desde hacía tiempo estaba poco sano y trabajaba poco, y, para mantenerse, comía y bebía, yo digo que demasiado. Decía que el vino le sentaba bien... la verdad es que hizo el doble mal de matarle a él y de consumir los ya escasos ahorros por su poco trabajo. Estaba terminando un carro y un baúl; le habían encargado dos camas, unas mesas, y también unas repisas. Pero ahora... no están terminados, y mi hijo varón no llega a ocho años. Perderé el dinero... Tendré que vender los útiles y la madera. El carro y el baúl ni siquiera los puedo vender como tales, aunque estén casi ultimados, así que los voy a tener que dar como leña para el fuego. No va a ser suficiente el dinero, porque yo, mi madre anciana y enferma y cinco hijos somos siete personas... Venderé el majuelo y los olivos... Pero ya sabes cómo es el mundo... Donde hay necesidad, ahoga. Dime, ¿qué debo hacer? Quería guardar el 266.2

banco y las herramientas para mi hijo, que ya sabe algo de la madera... quería conservar la tierra para vivir, y también como dote para mis hijas...».

Está escuchando todo esto cuando una agitación de la gente le advierte de que hay alguna novedad. Se vuelve para ver lo que sucede y ve a tres hombres que se están abriendo paso entre la multitud. Se vuelve otra vez hacia la viuda para decirle: «¿Dónde vives?».

«En Corazín, junto al camino que va a la Fuente caliente. Una casa baja entre dos higueras».

«Bien. Iré a ultimar el carro y el baúl, de modo que podrás vendérselos a quien los había encargado. Espérame mañana a la aurora».

«¡Tú? ¡Tú trabajar para mí?». La mujer se siente ahogar del estupor.

«Volveré a mi trabajo y te daré paz a ti. Al mismo tiempo, a esos de Corazín sin corazón les daré la lección de la caridad».

«¡Oh, sí! ¡Sin corazón! ¡Si viviera todavía el viejo Isaac! ¡No me dejaría morir de hambre! Pero ha vuelto a Abraham...».

«No llores. Vuelve a casa serena. Con esto tendrás para hoy. Mañana iré Yo. Ve en paz».

La mujer se arrodilla a besarle la túnica y se marcha más consolada.

266.3 [3]«Maestro tres veces santo, ¿te puedo saludar?» pregunta uno de los tres que habían llegado y que estaban parados respetuosamente detrás de Jesús, esperando a que despidiera a la mujer, y que, por tanto, han oído la promesa de Jesús. El hombre que ha saludado es Manaén.

Jesús se vuelve y, sonriendo, dice: «¡Paz a ti, Manaén! ¡Entonces, te has acordado de mí!...».

«Eso siempre, Maestro. Había decidido ir a verte a casa de Lázaro y al huerto de los Olivos para estar contigo. Pero antes de la Pascua apresaron a Juan el Bautista. Le prendieron —con traición— otra vez; yo temía que, en ausencia de Herodes, que había ido a Jerusalén para la Pascua, Herodías ordenara la muerte del santo. No quiso ir para las fiestas a Sión, porque decía que estaba enferma. Enferma, sí: de odio y lujuria... Estuve en Maqueronte para vigilar y... refrenar a esa pérfida mujer, que sería capaz de matar con su propia mano... Si no lo hace, es porque tiene miedo a perder el favor de Herodes, que... por miedo o convicción, defiende a Juan y se limita a tenerle prisionero. Ahora Herodías se ha ido a un castillo de su propiedad, huyendo del calor agobiante de Maqueronte. Yo he venido con estos amigos míos y discípulos de Juan. Los enviaba él con una

pregunta para ti. Me he unido a ellos».

[4]La gente, al oír hablar de Herodes y comprendiendo quién es el 266.4
que habla de él, se arremolina, curiosa, en torno al pequeño grupo de Jesús y de los tres hombres.

«¿Qué pregunta queríais hacerme?» dice Jesús, tras recíprocos saludos con los dos austeros personajes.

«Habla tú, Manaén, que sabes todo y eres más amigo» dice uno de los dos.

«Escucha, Maestro. Sé comprensivo, si ves que, por exceso de amor, en los discípulos nace un recelo hacia Aquel al que creen antagonista o suplantador de su maestro. Lo hacen los tuyos, lo hacen igual los de Juan. Son celos comprensibles, que demuestran todo el amor de los discípulos hacia sus maestros. Yo... soy imparcial, y lo pueden decir éstos que están conmigo, porque os conozco a ti y a Juan y os amo con equidad. Tanto es así que, aunque te ame a ti por lo que eres, preferí hacer el sacrificio de estar con Juan, porque le venero también a él por lo que es, y, actualmente, porque está en mayor peligro que Tú. Ahora, por este amor —no sin el soplo rencoroso de los fariseos— han llegado a poner en duda que Tú eres el Mesías. Y así se lo han confesado a Juan, creyendo que le daban una alegría diciéndole: "Para nosotros el Mesías eres tú, no puede haber uno más santo que tú". Pero primero Juan los ha reprendido llamándolos blasfemos; luego, después de la reprensión, con más dulzura, ha ilustrado todas las cosas que te señalan como verdadero Mesías; en fin, viendo que todavía no estaban convencidos, ha tomado a dos de ellos, éstos, y les ha dicho: "Id donde Él y decidle en mi nombre: '¿Eres Tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?'". No ha enviado a los discípulos que antes habían sido pastores, porque creen y no habría aportado nada el enviarlos. Los ha tomado de entre los que dudan, para acercártelos y para que su palabra disipara las dudas de otros como ellos. He venido con ellos para verte. Esto es todo. Ahora Tú acalla sus dudas».

[5]«¡No nos creas hostiles a ti, Maestro! Las palabras de Manaén te 266.5
lo podrían hacer pensar. Nosotros... nosotros... Conocemos desde hace años al Bautista, siempre le hemos visto santo, penitente, inspirado. A ti... no te conocemos sino por boca de terceros, y ya sabes lo que es la palabra de los hombres... Crea y destruye fama y honra, por el contraste entre quien exalta y quien humilla, de la misma forma que dos vientos contrarios forman y dispersan una nube».

«Lo sé, lo sé. Leo en vuestro corazón y vuestros ojos leen la verdad en lo que os rodea, como también vuestros oídos han escuchado la conversación con la viuda. Sería suficiente para convencer. Mas Yo

os digo: observad qué personas me rodean: aquí no hay ricos, ni gente que se dé la gran vida, aquí no hay personas de vida escandalosa; sólo hay pobres, enfermos, honrados israelitas que quieren conocer la Palabra de Dios. Éste, éste, esta mujer... también esa niñita, y aquel anciano, han venido aquí enfermos y ahora están sanos. Preguntadles y os dirán qué tenían y cómo los he curado, y cómo están ahora. Preguntad, preguntad; yo, mientras, hablo con Manaén» y hace ademán de separarse.

«No, Maestro. No dudamos de tus palabras. Danos sólo una respuesta que llevar a Juan, para que vea que hemos venido y para que pueda, sobre la base de esa respuesta, persuadir a nuestros compañeros».

«Id y referid esto a Juan: "Los sordos oyen; esta niña era sorda y muda. Los mudos hablan; aquel hombre era mudo de nacimiento.
266.6 Los ciegos ven". [6]Hombre, ven aquí. Di a éstos lo que tenías» dice Jesús mientras coge de un brazo a uno que ha sido curado milagrosamente.

Éste dice: «Soy albañil. Me cayó en la cara un cubo lleno de cal viva. Me quemó los ojos. Desde hace cuatro años vivía en la oscuridad. El Mesías me ha mojado los ojos secos con su saliva y ahora están de nuevo más frescos que cuando tenía veinte años. ¡Bendito sea!».

Jesús prosigue: «Y no sólo ciegos, sordos o mudos, curados, sino también cojos que corren, tullidos que se enderezan. Mirad ese anciano: hace un rato estaba anquilosado, encorvado, y ahora está derecho como una palma del desierto y ágil como una gacela. Quedan curadas las más graves enfermedades. Tú, mujer, ¿qué tenías?».

«Una enfermedad del pecho, por haber dado demasiada leche a bocas voraces; la enfermedad, además del pecho, me comía la vida. Ahora mirad» y se destapa el vestido y muestra, intactos, los pechos, y añade: «Lo tenía que era todo una llaga. Lo demuestra la túnica, todavía mojada de pus. Ahora voy a casa para ponerme un vestido limpio; estoy fuerte y contenta. Ayer, no más, estaba muriéndome. Me han traído aquí unas personas compasivas. Me sentía muy infeliz... por los niños, que se iban a quedar pronto sin madre. ¡Eterna alabanza al Salvador!».

«¿Habéis oído? Podéis preguntarle también al arquisinagogo de esta ciudad sobre la resurrección de su hija. Y, volviendo en dirección a Jericó, pasad por Naím e informaos sobre el joven que fue resucitado en presencia de toda la ciudad, cuando ya estaba para ser introducido en la tumba; así, podréis referir que los muertos resucitan. El hecho de que muchos leprosos hayan sido curados lo podréis saber

en muchos lugares de Israel; pero, si queréis ir a Sicaminón, buscad entre los discípulos y encontraréis muchos ex leprosos. Decid, pues, a Juan que los leprosos quedan limpios. Decid, además, que se anuncia la Buena Nueva a los pobres, porque lo estáis viendo. Y bienaventurado quien no se escandalice de mí. [7]Decid esto a Juan. Y también que le bendigo con todo mi amor». 266.7

«Gracias, Maestro. Bendícenos también a nosotros antes de marcharnos».

«No podéis iros a esta hora, con este calor... Quedaos en casa como invitados míos hasta el atardecer; así viviréis por un día la vida de este Maestro que no es Juan, pero que es amado por Juan, porque Juan sabe quién es. Venid a casa. Está fresca. Os daré la posibilidad de reponer fuerzas. Adiós a vosotros que me escucháis. La paz sea con vosotros». Despide a la muchedumbre y entra en la casa con sus tres invitados...

[8]...No sé de lo que hablan durante esas horas de fuego. Ahora veo 266.8
la preparación de la partida de los dos discípulos hacia Jericó. Manaén parece que se queda (su caballo no ha sido traído junto con los dos fuertes asnos enfrente de la abertura de la tapia del patio). Los dos enviados de Juan, después de muchas reverencias al Maestro y a Manaén, suben a las monturas... y todavía se vuelven para mirar y saludar, hasta que un recodo del camino los esconde a la vista.

Muchos de Cafarnaúm se han congregado para ver esta despedida, porque la noticia de la venida de los discípulos de Juan y la respuesta que Jesús les ha dado se han propagado por el pueblo y creo que también por otros pueblos cercanos. Veo personas de Betsaida y Corazín, quizás ex discípulos del Bautista, que antes se han presentado a los enviados de Juan, les han preguntado por él y le han mandado saludos a través de ellos, y que ahora se quedan hablando en grupo con los de Cafarnaúm. Jesús, con Manaén a su lado, hace ademán de volver a la casa mientras habla. Pero la gente se apiña alrededor de él, curiosa de observar al hermano de leche de Herodes y su trato lleno de deferencia hacia Jesús; deseosos también de hablar con el Maestro.

[9]Está también Jairo, el arquisinagogo. Por gracia de Dios, no hay 266.9
fariseos. Precisamente Jairo dice: «¡Estará contento Juan! No sólo le has enviado una respuesta exhaustiva, sino que, invitándolos a quedarse, has podido adoctrinarlos y mostrarles un milagro».

«¡Y no de poco relieve!» dice un hombre.

«Había traído expresamente a mi hija hoy para que la vieran. Nunca se ha sentido tan bien como ahora, y para ella es un motivo de alegría el venir a estar con el Maestro. ¿Habéis oído su respuesta,

no?: "No recuerdo lo que es la muerte. Recuerdo, eso sí, que un ángel me llamó y me llevó a través de una luz que aumentaba cada vez más y al final de esa luz estaba Jesús. Como le vi entonces, con mi espíritu volviendo a mí, no le veo ni siquiera ahora; vosotros y yo, ahora, vemos al Hombre, pero mi espíritu vio a ese Dios que está dentro del Hombre". ¡Qué buena se ha hecho desde entonces! Era ya buena, pero ahora es un verdadero ángel. ¡Ah, que digan lo que quieran todos!, ¡para mí el único santo que hay eres Tú!».

«De todas formas, también Juan es santo» dice uno de Betsaida.

«Sí, pero es demasiado severo».

«No lo es más con los demás que consigo mismo».

«Pero no hace milagros y se dice que ayuna porque es como un mago».

«Pues de todas formas es santo».

266.10 La disputa de la gente se hace mayor. [10]Jesús alza la mano y la extiende con el gesto habitual que hace cuando pide silencio y atención porque quiere hablar; en seguida se hace el silencio.

Jesús dice:

«Juan es santo y grande. No miréis su manera de actuar ni la ausencia de milagros. En verdad os digo que es grande en el Reino de los Cielos. Allí se manifestará con toda su grandeza.

Muchos se quejan porque era y es severo hasta el punto de parecer rudo. En verdad os digo que ha hecho un trabajo de gigante para preparar los caminos del Señor. Quien trabaja de ese modo no tiene tiempo que perder en blanduras. ¿No decía, cuando estaba en el Jordán, las palabras de Isaías que le profetizan a él y profetizan al Mesías: "Todo valle será colmado, todo monte será rebajado, los caminos tortuosos serán enderezados y las breñas allanadas", y ello para preparar los caminos al Señor y Rey? ¡Verdaderamente ha hecho él más que todo Israel, para prepararme el camino! Quien debe rebajar montes, colmar valles, enderezar caminos o transformar cuestas penosas en subidas suaves, tiene que trabajar rudamente. En efecto, era el Precursor y sólo le anticipaba a mí una breve serie de lunas; todo debía estar ultimado antes de que el Sol se alzara en el día de la Redención. El tiempo ha llegado, el Sol sube para resplandecer sobre Sión y, desde Sión, extender su luz al mundo entero. Juan ha preparado el camino, como debía.

¿Qué habéis ido a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento en distintas direcciones? ¿Qué es lo que habéis ido a ver? ¿A un hombre refinadamente vestido? ¡No!... Esas personas viven en las casas de los reyes; ataviados con delicadas vestiduras, agasajados por mil siervos y cortesanos (cortesanos que lo son de un pobre hom-

bre como ellos). Aquí tenemos un ejemplo. Preguntadle, a ver si no experimenta desazón por la vida de Corte y admiración por el risco solitario y escabroso, en vano embestido por el rayo y el pedrisco, en vano circundado por los necios vientos que quieren arrancarle y él se mantiene, no obstante, firme, elevándose entero hacia el cielo, con su punta tan enhiesta —puntiaguda cual llama que asciende—, que predica la alegría de lo alto. Éste es Juan. Así le ve Manaén, porque ha comprendido la verdad de la vida y la muerte y ve la grandeza donde está, aunque esté celada bajo apariencias agrestes.

Y vosotros, ¿qué habéis visto en Juan cuando habéis ido a verle? ¿Un profeta?, ¿un santo? Os digo que es más que un profeta; es más que muchos santos, más que los santos porque es aquel de quien está escrito: "Mando ante vosotros a mi ángel para preparar tu camino delante de ti".

[11]*Angel*. Pensad. Sabéis que los ángeles son espíritus puros creados por Dios según su semejanza espiritual, colocados como nexo entre el hombre (perfección de lo creado visible y material) y Dios (Perfección del Cielo y de la Tierra, Creador del reino espiritual y del reino animal). Aún en el hombre más santo subsisten la carne y la sangre que abren un abismo entre él y Dios (abismo que se ahonda profundamente con el pecado, que hace pesado incluso lo espiritual del hombre). Así pues, Dios crea a los ángeles, criaturas que tocan el vértice de la escala creadora de la misma forma que los minerales señalan su base (los minerales, el polvo que compone la tierra, las materias inorgánicas en general). Espejos tersos del Pensamiento de Dios, voluntariosas llamas que obran por amor, resueltos para comprender, diligentes para obrar, de voluntad libre como la nuestra, aunque enteramente santa, ajena a rebeliones y a estímulos de pecado. Esto son los ángeles adoradores de Dios, mensajeros suyos ante los hombres, protectores nuestros; ellos nos dan la Luz de que están investidos y el Fuego que, adorando, recogen. 266.11

La palabra profética llama "ángel" a Juan. Pues bien, Yo os digo: "Entre los nacidos de mujer no ha habido nunca uno mayor que Juan Bautista". No obstante, el menor del Reino de los Cielos será mayor que él-hombre. Porque quien es del Reino de los Cielos es hijo de Dios y no hijo de mujer. Tended, pues, todos, a ser ciudadanos del Reino.

[12]¿Qué os estáis preguntando entre vosotros dos?». 266.12

«Decíamos: "¿Juan estará en el Reino?" y "¿cómo estará en el Reino?"».

«En su espíritu está ya en el Reino. Cuando muera, estará en el Reino como uno de los soles más resplandecientes de la eterna Jeru-

salén. Es así por la Gracia sin resquebrajaduras que hay en él y por su propia voluntad. En efecto, ha sido, y es, violento también consigo mismo, con fin santo. A partir de Juan el Bautista, el Reino de los Cielos es de los que saben conquistárselo con la fuerza opuesta al Mal, y son los violentos los que lo conquistan. Sí, ahora ya se sabe lo que hay que hacer y todo ha sido dado para llevar a cabo esta conquista. El tiempo en que hablaban sólo la Ley y los Profetas ha pasado. Los Profetas han hablado hasta Juan. Ahora habla la Palabra de Dios, y no esconde ni una iota de cuanto ha de saberse para esta conquista. Si creéis en mí, debéis ver en Juan a ese Elías que debe venir. Quien tenga oídos para oír que oiga. ¿Con quién compararé a esta generación? Es semejante a la que describen esos muchachos, que, sentados en la plaza gritan a sus compañeros: "Hemos tocado y no habéis bailado; hemos entonado lamentos y no habéis llorado". En efecto, ha venido Juan, que no come ni bebe, y esta generación dice: "Puede hacerlo porque tiene al demonio, que le ayuda"; ha venido el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: "Ahí tenemos a un comilón y bebedor, amigo de publicanos y pecadores". ¡Así la Sabiduría
266.13 ha sido acreditada por sus hijos! [13]En verdad os digo que sólo los niños saben reconocer la verdad, porque en ellos no hay malicia».

«Bien has dicho, Maestro» dice el arquisinagogo. «Por eso mi hija, que no conoce aún la malicia, te ve como nosotros no alcanzamos a verte. Pero esta ciudad y las otras cercanas rebosan de tu poder, sabiduría y bondad, y, debo confesarlo, no te responden sino con maldad. No se convierten. El bien que de ti reciben se transforma en odio contra ti».

«¿Qué estás diciendo, Jairo! ¡Nos estás calumniando! Si estamos aquí es por fidelidad al Cristo» dice uno de Betsaida.

«Sí. Nosotros. ¿Pero cuántos somos? Menos de cien en tres ciudades que deberían estar a los pies de Jesús. De los que faltan —me refiero a los hombres— la mitad son enemigos; la cuarta parte, indiferentes; la otra cuarta parte... quiero pensar que no puede venir. ¿No es esto ya pecado ante los ojos de Dios? ¿No será castigada toda esta aversión y obcecación en el mal? Habla, Maestro, Tú que no ignoras, Tú que si guardas silencio es por tu bondad, no porque no sepas. Eres longánime, y confunden tu longanimidad con ignorancia y debilidad. Habla, pues; que tu palabra remueva al menos a los indiferentes, ya que los malos no se convierten, sino que se hacen cada vez peores».

«Sí. Es culpa y será castigada. *Porque no se debe despreciar nunca el don de Dios, ni usarlo para hacer el mal.* ¡Ay de ti, Corazín, ay de ti, Betsaida, que hacéis mal uso de los dones de Dios! Si en Tiro y

Sidón se hubieran cumplido los milagros que se han producido entre vosotros, ya haría mucho tiempo que, vestidos de cilicio y espolvoreados de ceniza, habrían hecho penitencia y habrían venido a mí. Por esto os digo que Tiro y Sidón serán tratadas con mayor clemencia que vosotras en el día del Juicio. ¿Y tú, Cafarnaúm, crees que por haberme dado alojamiento serás elevada hasta el Cielo? Hasta el infierno bajarás. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que Yo te he dado, estaría todavía floreciente, porque habría creído en mí y se habría convertido. Por tanto, Sodoma, en el último Juicio, será tratada con mayor clemencia que tú, que has conocido al Mesías y has oído su palabra y no te has convertido, porque Sodoma no conoció al Salvador y su Palabra, por lo cual su culpa es menor. No obstante, como Dios es justo, los de Cafarnaúm, Betsaida y Corazín que han creído y se santifican prestando obediencia a mi palabra, serán tratados con mucha misericordia; no es justo, en efecto, que los justos se vean implicados en el descalabro de los pecadores. [14]Respecto a tu hija, Jairo, y a la tuya, Simón, y a tu hijo, Zacarías, y a tus nietos, Benjamín, os digo que, no conociendo malicia, ven ya a Dios. Ya veis que su fe es pura y activa, unida a sabiduría celestial, y también a deseos de caridad como no tienen los adultos». 266.14

Y Jesús, alzando los ojos al cielo que se va oscureciendo con la noche, exclama: «Te doy gracias, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los doctos y se las has revelado a los pequeños. Así, Padre, porque así te plugo. Todo me ha sido confiado por mi Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquellos a los que el Hijo quiera revelárselo. Y Yo se lo he revelado a los pequeños, a los humildes, a los puros, porque Dios se comunica con ellos, y la verdad desciende como semilla a las tierras libres, y sobre la verdad hace llover el Padre sus luces para que eche raíces y dé un árbol. Es más, verdaderamente el Padre prepara a estos espíritus de los pequeños de edad o de corazón, para que conozcan la Verdad y Yo exulte por su fe»...

## 267. Jesús, carpintero en Corazín.

31 de agosto de 1945.

[1]Jesús está trabajando con empeño en un taller de carpintero. Está terminando una rueda. Un niño, menudo y triste, le ayuda acercándole esto o aquello. Junto a la pared hay un banco en que Manaén, testigo inútil pero maravillado, está sentado. 2667.1

Jesús no tiene su bonita túnica de lino, sino que se ha puesto una

obscura. Como no es suya, le llega hasta las espinillas: es un indumento de trabajo, limpio pero remendado; quizás es del carpintero muerto.

Jesús da ánimos con sonrisas y buenas palabras al niño, y le enseña lo que debe hacer para conseguir que la cola adquiera el punto exacto o que queden bien lustrosas las paredes del baúl.

«Lo has terminado pronto, Maestro» dice Manaén mientras se levanta del banco y va a pasar un dedo por las molduras del baúl, que ya está terminado (ahora el niño le está dando lustre con un líquido).

«¡Estaba casi terminado!...».

«Quisiera adquirir esta obra tuya, pero ya ha venido el comprador y parece que tiene sus derechos... Le has chafado: esperaba poder quedarse con todo en cambio de los pocos cuartos prestados; sin embargo, se lleva sus cosas y basta. ¡Si fuera al menos uno que creyera que Tú... tendrían para él valor infinito! Pero, ¿has oído?...».

267.2 «Déjale. [2]Además, aquí hay madera, y la mujer se pondrá muy contenta de emplearla para sacar una ganancia. Si me encargas un baúl, te le hago...».

«¿Sí, Maestro! ¿Pero tienes intención de trabajar más?».

«Hasta que se acabe le madera. Soy un obrero responsable» dice sonriendo más abiertamente.

«¡Un baúl hecho por ti! ¡Qué reliquia! ¿Y qué voy a meter dentro?».

«Lo que quieras, Manaén. No será más que un baúl».

«¡Sí, pero hecho por ti!».

«¿Y qué quieres decir con eso?... También el Padre ha hecho al hombre, a todos los hombres, y ¿qué ha metido el hombre dentro de sí?, ¿qué meten en el hombre los hombres?».

Jesús habla, y mientras habla trabaja: va acá y allá por las herramientas necesarias, aprieta las prensas, taladra, cepilla, usa el torno, según se requiera.

«Hemos metido el pecado, es verdad».

«¡Pues ya lo ves! Debes creer también que el hombre, creado por Dios, es mucho más que un baúl hecho por mí. No confundas nunca el objeto con la acción. De un objeto hecho por mí hazte una reliquia para el espíritu, nada más».

«¿Qué quieres decir?».

«Quiero decir que des a tu espíritu la enseñanza derivada de lo que hago».

«Entonces, tu caridad, tu humildad, tu laboriosidad... Estas virtudes, ¿no es verdad?».

«Sí. Y en lo sucesivo haz tú lo mismo».

«Sí, Maestro; pero, ¿me haces el baúl?».

«Te lo hago. Ahora bien, dado que le ves como una reliquia, te le haré pagar como tal. Al menos se podrá decir que al menos una vez fui codicioso de dinero... Pero tú sabes para quién es ese dinero... Para estos huerfanitos...».

«Pídeme lo que quieras. Te lo daré. Al menos estará justificado mi ocio mientras Tú, Hijo de Dios, trabajas».

[3]«Está escrito: "Comerás tu pan mojado con el sudor de tu frente"». 267.3

«¡Pero eso fue dicho para el hombre culpable, no para ti!».

«¡Un día seré el Culpable y cargaré sobre mí todos los pecados del mundo! Me los llevaré conmigo en mi primera partida».

«¿Y crees que el mundo ya no pecará más?».

«Debería... Pero siempre seguirá pecando. Por este motivo, el peso que cargaré sobre mí será tal, que me quebrará el corazón, porque cargaré con los pecados cometidos desde Adán hasta aquella hora, y los cometidos desde aquella hora hasta el final de los siglos; pagaré todo por el hombre».

«Y el hombre seguirá sin comprenderte ni amarte... ¿Piensas que Corazín se va a convertir por esta lección silenciosa y santa que estás dando con el trabajo que haces para socorrer a una familia?».

«No lo hará. Dirá: "Ha preferido trabajar para engañar al tiempo y para ganarse un dinero". Pero Yo ya no tenía más dinero. Había dado todo. Siempre doy todo lo que tengo, hasta la última perra, y he trabajado para dar dinero».

«¿Y para la comida para ti y Mateo?».

«Dios habría proveído».

«Pues nos has dado de comer a nosotros».

«Sí».

«¿Cómo?».

«Pregúntaselo al dueño de la casa».

«Se lo preguntaré, no lo dudes, en cuanto volvamos a Cafarnaúm».

Jesús ríe serenamente tras su rubia barba.

[4]Silencio: solamente se oye el chirriído de la prensa apretando dos pedazos de rueda. 267.4

Luego Manaén pregunta: «¿Qué piensas hacer antes del sábado?».

«Iré a Cafarnaúm en espera de los apóstoles. Ha sido convenido que nos reuniríamos todas las tardes de los viernes y que estaríamos juntos todo el sábado. Luego daré las órdenes, y, si Mateo está curado, serán seis las parejas que irán evangelizando. Si no... ¿Quieres ir con ellos?».

«Prefiero estar contigo, Maestro... ¿Me dejas, de todas formas, darte un consejo?».

«Dile. Si es justo, le aceptaré».

«No te quedes nunca completamente solo. Tienes muchos enemigos, Maestro».

«Lo sé. ¿Pero crees que los apóstoles harían mucho en caso de peligro?».

«Te aman, creo».

«Sin duda. Pero no sería efectivo. Los enemigos, si tuvieran la idea de capturarme, vendrían con fuerzas muy superiores a las de los apóstoles».

«No importa. No estés solo».

«Dentro de dos semanas vendrán muchos discípulos. Los voy a preparar para que vayan también a evangelizar. Tranquilo, que no estaré solo».

Mientras están hablando, mucha gente curiosa de Corazín viene a observar; miran de soslayo y se marchan sin decir nada.

«Les asombra ver que estás trabajando».

«Sí. Pero no saben ser humildes hasta el punto de decir: "Obrando así, nos enseña". Los mejores que tenía aquí están con los discípulos, menos un anciano que ha muerto. No importa. La lección es siempre lección».

«¿Qué van a decir los apóstoles cuando sepan que trabajas como obrero?».

«Son once, porque Mateo ya se ha pronunciado. Serán once opiniones distintas, y por lo general contrarias; pero me servirá para adoctrinarlos».

«¿Me dejas asistir a la lección?».

«Si quieres estar...».

«¡Pero yo soy un discípulo y ellos los apóstoles!».

«Todo lo que sea positivo para los apóstoles lo será para el discípulo».

«Tomarán a mal el que se les llame al orden en presencia mía».

«Les servirá para su humildad. Asiste, asiste, Manaén; te tendré con gusto».

«Y yo con gusto asistiré».

267.5 [5]Se asoma la viuda y dice: «La comida está preparada, Maestro. Pero, trabajas demasiado...».

«Gano mi pan, mujer. Además... mira, aquí hay otro cliente; quiere también un baúl. Paga bien. El sitio de la madera se te va a quedar vacío» dice Jesús, y se quita un mandil roto que tenía puesto, y va afuera de la habitación para lavarse en una palangana que la

mujer le ha puesto en el huerto.

Y ella, con una de esas sonrisas vacilantes que afloran de nuevo tras mucho tiempo de llanto, dice: «Vacío el sitio de la madera, llena la casa de tu presencia y el corazón de paz. No me da miedo el mañana, Maestro; y Tú no temas jamás que te podamos olvidar».

Entran en la cocina y todo termina.

## 268. Lección sobre la caridad con la parábola de los titos. El yugo de Jesús es ligero.

1 de septiembre de 1945.

[1]Jesús —a su lado, Manaén— sale de la casa de la viuda mientras 268.1
dice: «Paz a ti y a los tuyos. Después del sábado volveré. Adiós, pequeño José. Mañana descansa y juega. Luego me seguirás ayudando. ¿Por qué lloras?».

«A lo mejor no vuelves...».

«Yo digo siempre la verdad. Pero, ¿te entristece tanto el que me vaya?».

El niño hace un gesto afirmativo con la cabeza.

Jesús le acaricia y dice: «Un día pasa en seguida. Mañana estás con tu mamá y tus hermanos; Yo estoy con mis discípulos y les hablo. Estos días he hablado contigo para enseñarte a trabajar; ahora voy con ellos para enseñarles a predicar y a ser buenos. No te divertirías conmigo siendo un niño solo entre tantos hombres».

«¡Me divertiría porque estaría contigo!».

«¡Comprendo, mujer! Tu hijo hace como muchos otros, que son los mejores: no quiere dejarme. ¿Tendrías la confianza de confiármele hasta pasado mañana?».

«¡Señor, te dejaría a todos! Contigo están tan seguros como en el Cielo... Este niño, que de todos era el que más estaba con su padre, ha sufrido demasiado. Estaba él en el momento... ¿Ves?... Está siempre llorando y murrioso. No llores, hijo mío. Pregúntale al Señor si no es verdad lo que digo. Maestro, le consuelo diciéndole siempre que no hemos perdido a su padre, sino que sólo se ha alejado momentáneamente de nosotros».

«Es verdad. Es exactamente como dice tu madre, pequeño José».

«Pero hasta que no me muera no le vuelvo a ver, y soy pequeño; si me hago viejo como Isaac, ¿cuánto voy a tener que esperar?».

«¡Pobre niño! El tiempo pasa rápido».

«¡No, Señor, que hace sólo tres semanas que no tengo a mi padre y me parece muchísimo tiempo!... No puedo vivir sin él...» y llora en

silencio, pero con profunda pena.

«¿Lo ves? Siempre así, especialmente cuando no está ocupado en cosas que le absorban. El sábado es un tormento. Tengo miedo de que se me muera...».

«No. Tengo otro niño sin padre ni madre. Estaba demacrado y triste. Ahora, que vive con una buena mujer de Betsaida, y con la certeza de no estar separado de sus padres, ha renacido en el cuerpo y en el espíritu. Pues lo mismo el tuyo, tanto por lo que le diga Yo, como por el hecho de que el tiempo es un gran médico; y también porque, cuando te vea más tranquila por el pan cotidiano, estará a
268.2 su vez más tranquilo. [2]Adiós, mujer. El Sol declina y tengo que marcharme. Ven, José. Saluda a tu mamá, a tus hermanitos y a tu abuela, y luego vienes corriendo».

Y Jesús se marcha.

«¿Qué les vas a decir ahora a los apóstoles?».

«Que tengo un discípulo ya de antes y uno nuevo».

Siguen caminando por Corazín, que se anima de gente.

Un grupo de hombres para a Jesús: «¿Te marchas? ¿No te quedas el sábado?».

«No. Voy a Cafarnaúm».

«Sin decir ni una palabra toda la semana. ¿No somos dignos de tu palabra?».

«¿No os he ofrecido durante seis días la mejor palabra?».

«¿Cuándo? ¿A quién?».

«A todos. Detrás del banco de carpintero. Durante varios días he predicado que se debe amar al prójimo y que se le debe ayudar en todos los modos, especialmente cuando el prójimo son personas débiles, como las viudas y los huérfanos. Adiós, vosotros de Corazín. Meditad durante el sábado esta lección mía». Y Jesús reanuda su camino, dejando desorientados a los de Corazín.

Pero el niño, que se acerca a Él corriendo, hace que la curiosidad se reavive: vuelven donde Jesús, le cortan de nuevo el paso, y le dicen: «¿Te llevas al hijo varón de la viuda? ¿Para qué?».

«Para enseñarle a creer que Dios es Padre y que en Dios encontrará también a su padre perdido; y también para que haya uno que cree, aquí, en lugar del anciano Isaac».

«Con tus discípulos hay tres de Corazín».

«Con los míos. *No aquí*. Éste estará aquí. Adiós».

Y, llevando al niño en medio entre Él y Manaén, reanuda su camino, y va ligero por la campiña hacia Cafarnaúm hablando con Manaén.

268.3 [3]Llegan a Cafarnaúm. Los apóstoles ya han llegado. Están sen-

tados en la terraza, a la sombra de la pérgola, en torno a Mateo, y narran sus gestas a su compañero, que no está todavía curado. Al oír el leve roce de las sandalias contra la pequeña escalera, se vuelven, y ven que la cabeza rubia de Jesús sobresale cada vez más por el antepecho de la terraza. Corren hacia Él, que viene sonriente... y se quedan de piedra cuando ven que detrás de Jesús hay un pobre niño. La presencia de Manaén, que sube suntuoso con su túnica de lino blanco —más bella de lo que ya de por sí es, por el valioso cinturón, el manto rojo llama de lino teñido (tan brillante que parece seda, y que apenas si descansa sobre los hombros, para casi formarle cola detrás) y la prenda que cubre su cabeza (de lino cendalí, sujeta con una diadema sutil de oro, lámina burilada que divide su amplia frente a la mitad y le da casi un aire de rey egipcio)—, contiene una avalancha de preguntas, expresadas, de todas formas, muy claramente con los ojos. Así que, después de los saludos recíprocos, una vez sentados ya al lado de Jesús, los apóstoles, señalando al niño, preguntan: «¿Y éste?».

«Éste es mi última conquista. Un pequeño José, carpintero, como el que fue mi padre, el gran José; por tanto, amadísimo mío, como Yo amadísimo suyo. ¿No es verdad, niño? Ven aquí, que te presento a mis amigos: éstos de que tanto has oído hablar. Éste es Simón Pedro, el hombre más bueno del mundo con los niños; éste es Juan, un gran niño, que te hablará de Dios incluso jugando; éste es Santiago, su hermano, serio y bueno como un hermano mayor; y éste es Andrés, hermano de Simón Pedro: harás inmediatamente buenas migas con él, porque es manso como un cordero. Luego, éste es Simón el Zelote: éste ama tanto a los niños que no tienen padre, que creo que daría la vuelta al mundo, si no estuviera conmigo, para buscarlos. Luego, éste es Judas de Simón, y éste Felipe de Betsaida y éste Natanael. ¿Ves cómo te miran? Ellos también tienen niños y quieren a los niños. Y éstos son mis hermanos Santiago y Judas. Aman todo lo que Yo amo, por eso te querrán. Ahora vamos a acercarnos a Mateo, que tiene muchos dolores en el pie, y, a pesar de todo, no guarda rencor a los niños, que, jugando alocadamente, le han pegado con una piedra puntiaguda. ¿Verdad Mateo?».

«¡Oh, no, Maestro! ¿Es hijo de la viuda?».

«Sí. Es un niño estupendo, pero ahora está muy triste».

«¡Pobre niño! Voy a decir que llamen a Santiaguito para que juegues con él» y Mateo le acaricia y le acerca a sí con una mano.

Jesús termina la presentación con Tomás, el cual, práctico como es, la completa ofreciéndole al niño un racimo de uvas arrancadas de la pérgola.

«Ahora sois amigos» concluye Jesús, y se sienta; mientras tanto, el niño saca jugo a sus uvas y responde a Mateo, que le tiene bien pegado a su lado.

268.4 [4]«¿Dónde has estado tan solo toda la semana?».

«En Corazín, Simón de Jonás».

«Sí, lo sé. ¿Pero qué has hecho? ¿Has estado con Isaac?».

«Isaac el Adulto ha muerto».

«¿Y entonces?».

«¿No te lo ha dicho Mateo?».

«No. Ha dicho sólo que te habías quedado en Corazín desde el día siguiente de nuestra partida».

«Mateo tiene más tino que tú; sabe guardar silencio, tú no sabes frenar tu curiosidad».

«No mi curiosidad, la de todos».

«Bien, pues he ido a Corazín para predicar la caridad en la práctica».

«¿La caridad en la práctica? ¿Qué quieres decir?» preguntan bastantes de los presentes.

«En Corazín hay una viuda con cinco hijos y una anciana enferma. El marido murió de repente estando trabajando en el banco de carpintero, y ha dejado tras sí miseria y unos trabajos inacabados. Corazín no ha sabido encontrar una migaja de piedad para con esta familia desdichada. He ido a terminar los trabajos y...».

Se produce un pandemónium: quién pregunta, quién protesta, quién regaña a Mateo por haberlo consentido, quién manifiesta admiración, quién critica; y, por desgracia, quienes protestan o critican son la mayoría.

Jesús deja que la borrasca se calme de la misma forma que se ha formado y, por toda respuesta, dice:

«Voy a volver pasado mañana, y así hasta que termine. Mi espe-
268.5 ranza es que al menos vosotros comprendáis. [5]Corazín es un tito compacto y sin semilla. Sed al menos vosotros huesos con semilla.

Niño, dame esa nuez que te ha dado Simón; escucha tú también.

¿Veis esta nuez? Cojo esta nuez porque no tengo a mano otros frutos. Pero, para entender la parábola, pensad en los núcleos de piñones o palmas, pensad en los más duros, por ejemplo, en los de las aceitunas. Son envolturas clausuradas, sin fisuras, durísimas, de una madera compacta. Parecen mágicos cofres que sólo con violencia se pueden abrir. Pues bien, a pesar de todo, si se echa uno de estos titos al suelo, simplemente arrojado, y una persona, pasando por encima, lo incrusta en la tierra, aunque sea mínimamente, de forma que quede recogido en el suelo, ¿qué sucede? Pues que el cofre se

abre y echa raíces y hojas. ¿Cómo se produce esto por sí solo? Nosotros, para conseguir abrirlos, tenemos que golpear mucho con el martillo; sin embargo, sin golpes, el tito se abre por sí solo. ¿Será que es una semilla mágica? No. Tiene dentro la pulpa, ¡cosa bien débil respecto a la sólida envoltura! Pues bien, todavía más: la pulpa nutre una cosa aún más pequeña: el germen. Éste es la palanca que fuerza, abre, y produce árbol con frondas y raíces. Haced la prueba de enterrar unos titos y luego esperad. Veréis como algunos nacen y otros no. Extraed de la tierra los que no han nacido. Abridlos con el martillo. Veréis como son semillas vacías. No es, pues, la humedad del suelo ni el calor los que hacen abrir el hueso, sino la pulpa; y más: el alma de la pulpa, el germen, que, hinchándose, hace palanca y abre.

[6]Ésta es la parábola. Mas apliquémosla a nosotros. 268.6

¿Qué he hecho que no se debiera hacer? ¿Nos hemos entendido todavía tan poco, que no se comprende que la hipocresía es pecado y que la palabra, si no está corroborada por la acción, es viento? ¿Qué os he dicho siempre?: "Amaos los unos a los otros. El amor es el precepto y secreto de la gloria". ¿Y Yo, que predico, no iba a tener caridad; iba a daros el ejemplo de un maestro falaz? ¡No, jamás!

¡Amigos míos! Nuestro cuerpo es el hueso duro; en el hueso duro está cerrada la pulpa, el alma; dentro de ella, el germen que Yo he depositado y que está formado de muchos elementos, el principal de los cuales es la caridad. Es la caridad la que hace de palanca para abrir el hueso y librar al espíritu de las constricciones de la materia y restablece su unión con Dios, que es Caridad.

La caridad no se hace sólo de palabras o de dinero. La caridad se hace sólo con la caridad. Y no os parezca un juego de palabras. Yo no tenía dinero. Las palabras, para este caso, no eran suficientes. Aquí había siete personas al borde del hambre y la angustia. La desesperación ya lanzaba sus negras garras para hacer presa y asfixiar. El mundo se apartaba, duro y egoísta, ante esta desventura; daba muestras de no haber comprendido las palabras del Maestro. El Maestro ha evangelizado con las obras. Yo tenía la capacidad y libertad para hacerlo, y tenía el deber de amar por el mundo entero a estos míseros a quienes el mundo desprecia. He hecho todo esto.

¿Podéis todavía criticarme? ¿O debo ser Yo quien os critique, en presencia de un discípulo que no ha juzgado indecoroso el personarse entre el serrín y las virutas por no abandonar al Maestro, y que —estoy persuadido— se habrá convencido más de mí viéndome trabajar la madera que si me hubiera visto sentado en un trono; y en presencia de un niño que ha tenido experiencia de mí por lo que Yo

soy, a pesar de su ignorancia, a pesar del infortunio que obnubila su mente, a pesar de su absoluta virginidad de conocimiento del Mesías cual en realidad es? ¿No decís nada? No os limitéis a sentiros humillados ahora que alzo la voz para enderezar ideas erróneas. Lo hago por amor. Debéis, además, meter dentro de vosotros ese germen que santifica y abre el hueso. Si no, siempre seréis unos seres inútiles.

Debéis estar dispuestos a hacer lo que Yo he hecho. Por amor al prójimo, por llevar a Dios un alma, ningún trabajo os debe pesar. El trabajo, sea cual fuere, no es nunca humillante; humillantes son las acciones bajas, las falsedades, las denuncias mentirosas, la crueldad, los abusos, la usura, las calumnias, la lujuria. Estas cosas son las que envilecen al hombre, aunque, a pesar de ello, se lleven a cabo sin sentir vergüenza (me refiero también a quienes quieren considerarse perfectos pero que se han escandalizado al verme trabajar con la sierra y el martillo).

¡Oh, el martillo!: ¡Cuán noble será si se usa para meter clavos en una madera y hacer un objeto que sirva para dar de comer a unos huerfanitos!, ¡cuán distinta será la condición del martillo, modesta herramienta, si lo usan mis manos, y además con fin santo; cuánto querrán tenerlo todos aquellos que ahora manifestarían a gritos su escándalo por causa de él! ¡Oh, hombre, criatura que deberías ser luz y verdad, cuánto eres tinieblas y mentira!

¡Vosotros, al menos vosotros, entended lo que es el bien, lo que es la caridad, lo que es la obediencia! En verdad os digo que grande es el número de los fariseos, y que no faltan entre los que me circundan».

«¡No, Maestro, no digas eso! ¡Si no queremos ciertas cosas es porque te amamos!...».

268.7 «Es porque aún no habéis comprendido nada. [7]Os he hablado de * la fe y la esperanza; creía que no harían falta nuevas palabras para hablaros de la caridad, pues tanto la espiro que deberíais estar saturados de ella. Pero veo que la conocéis sólo de nombre. Desconocéis su naturaleza y su forma. La conocéis como a la Luna.

¿Os acordáis de cuando os dije que la esperanza es como el brazo transversal del dulce yugo que sujeta la fe y la caridad, y que era patíbulo de la humanidad y trono de la salvación? ¿Sí? Pero no comprendisteis el significado de mis palabras. ¿Por qué, entonces, no me habéis pedido aclaración? Bien, ahora os la doy. Es yugo porque obliga al hombre a tener baja su necia soberbia bajo el peso de las verdades eternas. Es patíbulo de esta soberbia. El hombre que espera en

---

* *Os he hablado de la fe y la esperanza*: respectivamente en 252.7/8 y en 256.6.

Dios, su Señor, se ve obligado a humillar su orgullo, que querría proclamarse "dios", y a reconocer que él no es nada y Dios todo; que él no puede nada y Dios todo; que él-hombre es polvo que pasa, mientras que Dios es eternidad que eleva el polvo a un grado superior y le da un premio de eternidad. El hombre se clava en su cruz santa para alcanzar la Vida. Le clavan a la cruz las llamas de la fe y la caridad, mas al Cielo le eleva la esperanza, que entre ambas está. Recordad esta lección: si falta la caridad, le falta la luz al trono; el cuerpo, desclavado de un lado, pende hacia el fango y deja de ver el Cielo; anula así los efectos salvíficos de la esperanza, y acaba haciendo estéril incluso a la fe, porque si uno se separa de dos de las tres virtudes teologales languidece y cae en mortal hielo.

No rechacéis a Dios, ni siquiera en las cosas más pequeñas; negar ayuda al prójimo por pagano orgullo es rechazar a Dios.

[8]Mi doctrina es un yugo que pliega a la humanidad culpable; ma- 268.8
zo es, que rompe la dura corteza para rescatar de ella al espíritu. Es yugo y es mazo, sí; pero, a pesar de ello, el que la acepta no siente el cansancio que producen todas las otras doctrinas humanas y las otras cosas humanas; el que se deja golpear por este mazo no siente el dolor de ser quebrado en su *yo* humano, sino que experimenta un sentido de liberación. ¿Por qué tratáis de liberaros de ella para substituirla por el plomo y el dolor?

Todos vosotros tenéis vuestros dolores y vuestros trabajos; todos los hombres padecen dolores y trabajos, algunas veces superiores a las fuerzas humanas, desde el niño (como éste, que ya lleva sobre sus pequeños hombros un gran peso, que le hace plegarse, que borra la sonrisa de sus labios e impide a su mente vivir despreocupada, la cual —estoy hablando humanamente—, por esto, ya nunca más habrá sido una mente niña) hasta el anciano, que se pliega hacia la tumba con todos sus desengaños y trabajos y sus cargas y las heridas de su larga vida. Mi doctrina y mi fe, por el contrario, son el alivio de estas cargas agobiantes. Por eso se dice "La Buena Nueva". Quien la acepta y obedece, ya desde este mundo será beato, porque Dios será su alivio, y porque las virtudes harán fácil y luminoso su camino, asemejando a hermanas buenas que, llevándole de la mano, con las lámparas encendidas, iluminarán su camino y su vida y le cantarán las eternas promesas de Dios, hasta que, plegando en paz el cansado cuerpo hacia la tierra, se despierte en el Paraíso.

¿Por qué, hombres, pudiendo vivir consuelo y aliento, queréis peso, desaliento, cansancio, desazón, desesperación? Vosotros también, apóstoles míos, ¿por qué queréis sentir el cansancio de la misión, su dificultad, su severidad, siendo así que, teniendo la confianza de un

niño, podéis experimentar exclusivamente gozosa diligencia, luminosa facilidad para cumplirla; podéis comprender y sentir que la misión es severa exclusivamente para los impenitentes que no conocen a Dios, mientras que para sus fieles es como una mamá que ayuda en el camino, señalando a los inseguros pies del niño piedras y espinos, nidos de serpientes y zanjas, para que los advierta y no peligre en ellos?

268.9 [9]Ahora os sentís desalentados. ¡Vuestro desaliento ha tenido un comienzo harto miserable! Os sentís desalentados: antes por mi humildad, como si hubiera sido un delito contra mí mismo; ahora, porque habéis comprendido que me habéis entristecido, y también lo lejos que estáis todavía de la perfección. En pocos este segundo estado de desaliento está exento de soberbia (de la soberbia herida por la constatación de que todavía no sois nada, mientras que, por orgullo, querríais ser perfectos). Tened exclusivamente esa voluntariosa humildad de aceptar la reprensión y de confesar que habéis errado, prometiendo en vuestro corazón que queréis la perfección por un fin sobrehumano. Y luego venid a mí. Os corrijo, mas os comprendo y os trato con indulgencia.

Venid a mí, vosotros apóstoles; venid a mí, todos vosotros, hombres que sufrís por dolores materiales, por dolores morales, por dolores espirituales (estos últimos producidos por el dolor de no saberos santificar como querríais por amor a Dios y con diligencia y sin retornos al Mal). El camino de la santificación es largo y misterioso, y algunas veces se cumple con desconocimiento por parte del que camina, el cual avanza entre tinieblas, con el amargor de un bebedizo en la boca, y cree que ni avanza ni bebe líquido celestial, y no sabe que esta ceguera espiritual es también un elemento de perfección.

Bienaventurados aquellos, tres veces bienaventurados aquellos que siguen andando sin goces de luz ni de dulzuras y que no se rinden por no ver ni sentir nada, y no se paran diciendo: "Mientras Dios no me dé deleites no continúo". Os digo que el más obscuro de los caminos, al improviso, se hará luminosísimo y se abrirá a paisajes celestiales; el bebedizo, después de haber quitado todo gusto por las cosas humanas, se transformará en dulzura de Paraíso para estos valientes, los cuales, asombrados, dirán: "¿Cómo es esto? ¿Por qué a mí tanta dulzura y júbilo?". Porque han perseverado y Dios les hará gozar desde la tierra lo que el Cielo es.

Pero, entre tanto, para resistir, venid a mí todos los que os sintáis sobrecargados y cansados; vosotros, apóstoles, y con vosotros todos los hombres que buscan a Dios, que lloran por causa del dolor de la tierra, que se agotan solos, y Yo os confortaré. Echad sobre vosotros

mi yugo, que no es un peso sino un apoyo. Abrazad mi doctrina cual si fuere una amada esposa. Imitad a vuestro Maestro, que no se limita a predicarla sino que pone en práctica lo que enseña. Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Encontraréis el descanso de vuestras almas, porque la mansedumbre y la humildad conceden el reino, en la tierra y en los Cielos. Ya os he dicho que los verdaderos triunfadores sobre los hombres son aquellos que los conquistan con el amor, y el amor es siempre manso y humilde. Nunca os propondría cosas superiores a vuestras fuerzas, porque os amo y quiero que estéis conmigo en mi Reino. Tomad, pues, mi enseña y mi distintivo y esforzaos por ser semejantes a mí y como mi doctrina enseña. No temáis, porque mi yugo es suave y su carga es ligera, mientras que la gloria de que gozaréis si me sois fieles es infinitamente potente. Infinita y eterna...

[10]Os dejo por un rato. Voy con el niño al lago. Encontrará amigos... Luego partiremos el pan juntos. Ven, José; voy a llevarte a que conozcas a los pequeñuelos que me aman». 268.10

## 269. La disputa con escribas y fariseos en Cafarnaúm. Llegada de la Madre y de los hermanos.

2 de septiembre de 1945.

[1]La misma escena de la pasada visión. Jesús se está despidiendo de la viuda. Tiene ya de la mano al pequeño José y dice a la mujer: «No vendrá nadie antes de mi regreso, a menos que no sea un gentil. De todas formas, quienquiera que venga que espere hasta pasado mañana; dile que vendré sin falta». 269.1

«Lo diré, Maestro. Si hay enfermos, les daré hospedaje, como me has enseñado».

«Adiós, entonces. La paz sea con vosotros. Ven, Manaén».

Por esta breve mención comprendo que ha venido a ver a Jesús a Corazín gente enferma y desgraciada, y que a la evangelización del trabajo ha añadido la del milagro. Si Corazín sigue indiferente, es verdaderamente señal de que es terreno agreste e incultivable. No obstante, Jesús la atraviesa, saludando a los que le saludan, como si tal cosa, para seguir hablando con Manaén, que está en duda sobre si volver a Maqueronte o quedarse una semana más...

[2]...En la casa de Cafarnaúm, entretanto, se preparan para el sábado. Mateo, cojeando todavía un poco, recibe a sus compañeros, los asiste ofreciéndoles agua y fruta frescas, mientras se interesa por sus respectivas misiones. 269.2

Pedro frunce la nariz al ver que ya hay unos fariseos zanganeando cerca de la casa: «Tienen ganas de envenenarnos el sábado. Sería casi de la opinión de adelantarnos antes de que llegue el Maestro y decirle que vaya a Betsaida y les deje a éstos esperando en vano».

«¿Crees que el Maestro lo haría?» dice su hermano.

«Además, en la habitación de abajo está ese pobre infeliz esperando» observa Mateo.

«Se le podría llevar en la barca a Betsaida, y yo u otro adelantarnos hacia el Maestro» dice Pedro.

«Casi, casi...» dice Felipe, el cual, teniendo familia en Betsaida, de buena gana iría.

«¡Y mucho más que... ¿Veis, veis?! Hoy la guardia está reforzada con escribas. Vamos, no perdamos tiempo. Vosotros con el enfermo pasáis por el huerto y os vais por detrás de la casa. Yo llevo la barca al "pozo de la higuera" y Santiago lo mismo. Simón Zelote y los hermanos de Jesús van al encuentro del Maestro».

«Yo no me marcho de aquí con el endemoniado» proclama Judas Iscariote.

«¿Por qué? ¿Tienes miedo a que se te pegue el demonio?».

«No me hagas irritarme, Simón de Jonás. He dicho que no voy y no voy».

«Ve a buscar a Jesús con los primos».

«No».

«¡Narices! ¡Ven en la barca!».

«No».

«Pero bueno, ¿qué quieres? Eres siempre el de las dificultades...».

«Quiero quedarme donde estoy: aquí. No tengo miedo a ninguno. No huyo. Además, el Maestro no os agradecería esta ocurrencia. Otra vez otro discurso para llamarnos la atención, y no tengo ganas de sufrirlo por vuestra culpa. Marchaos vosotros. Yo me quedo aquí para informar...».

«¡De ninguna manera! O todos o ninguno» grita Pedro.

«Pues ninguno, porque el Maestro ya está aquí. Mira allí viene» dice serio el Zelote, que estaba mirando al camino.

Pedro, de malhumor, dice algo refunfuñando entre dientes. Pero
269.3 se dirige con los demás hacia Jesús. [3]Tras los primeros saludos, le hablan de un endemoniado, ciego y mudo, que está esperando con sus padres su venida desde hace muchas horas.

Mateo explica: «Está como inerte. Se ha echado encima de unos sacos vacíos y no se ha vuelto a mover. Sus padres esperan en ti. Ven a reponer fuerzas y luego le socorres».

«No. Voy enseguida donde él. ¿Dónde está?».

«En la habitación de abajo que está junto al horno. Le he metido allí, con sus padres, porque hay muchos fariseos — y escribas — que parecen al acecho...».

«Sí, y sería mejor no contentarlos» dice Pedro disgustado.

«¿Judas de Simón no está?» pregunta Jesús.

«Se ha quedado en casa. Él debe hacer lo que no hacen los demás» dice otra vez Pedro con malhumor.

Jesús le mira, pero no le regaña. Acelera el paso hacia la casa. Confía el niño precisamente a Pedro, el cual le acaricia y saca en seguida del grueso cinturón un silbato y dice: «Uno para ti y otro para mi hijo. Mañana te llevo a que le conozcas. Le he pedido que me los hiciera a un pastor al que he hablado de Jesús».

Jesús entra en casa, saluda a Judas, que parece todo ocupado en ordenar la loza y luego va derecho hasta una especie de despensa baja y obscura que está pegando al horno.

«Que salga el enfermo» ordena Jesús.

Un fariseo, que no es de Cafarnaúm, pero que tiene una cara de perro peor todavía que la de los fariseos del lugar, dice: «No es un enfermo. Es un endemoniado».

«Bien, pues una enfermedad del espíritu...».

«Pero tiene impedidos los ojos y el habla...».

«La posesión es una enfermedad del espíritu que se extiende a miembros y órganos. Si me hubieras dejado terminar, habrías sabido que quería decir esto. También la fiebre, cuando uno está enfermo, está en la sangre, pero desde la sangre ataca luego a una u otra parte del cuerpo».

El fariseo no sabe qué replicar y guarda silencio.

[4]Han traído al endemoniado y le han puesto frente a Jesús. Inerte. Era como había dicho Mateo. Muy impedido por el demonio. 269.4

La gente entretanto se va concentrando. Es increíble, especialmente en las horas de recreo —voy a llamarlas así—, lo pronto que, en aquel tiempo, acudía la gente a los lugares en que había algo que ver. Ahora están las personas importantes de Cafarnaúm (entre los cuales los cuatro fariseos); están también Jairo, y, en un ángulo, con la disculpa de estar cuidando el orden, el centurión romano y con él gente de otras ciudades.

«¡En nombre de Dios, suelta las pupilas y la lengua de éste! ¡Lo quiero! ¡Libra de ti a esa criatura! ¡Ya no te es lícito poseerla! ¡Fuera!» grita Jesús, extendiendo las manos mientras da la orden.

El milagro empieza con un grito de rabia del demonio y termina con una voz de alegría del liberado, que grita: «¡Hijo de David! ¡Hijo

de David! ¡Santo y Rey!».

269.5 [5]«¿Cómo puede saber éste quién es el que le ha curado?» pregunta un escriba.

«¡Todo esto es una comedia, hombre! ¡Esta gente está pagada por hacer esto!» dice un fariseo encogiéndose de hombros.

«Pero, ¿y quién paga? Si es lícito preguntároslo» dice Jairo.

«Tú también».

«¿Con qué finalidad?».

«Para hacer famosa a Cafarnaúm».

«No rebajes tu inteligencia diciendo estupideces, ni tu lengua ensuciándola con embustes. Sabes que eso no es verdad y deberías comprender que estás diciendo una estupidez. Lo que aquí ocurre ya ha ocurrido en muchas otras partes de Israel. ¿Entonces en todos los lugares habrá quien pague? ¡La verdad es que no sabía que en Israel la plebe fuera muy rica! Porque vosotros —y con vosotros todos los otros importantes— está claro que no pagáis por esto. Entonces paga la plebe que es la única que ama al Maestro».

«Tú eres arquisinagogo y le amas. Ahí está Manaén. En Betania está Lázaro de Teófilo. Éstos no son plebe».

«Pero son ellos, y soy yo, personas honradas, que no timamos a nadie en nada y mucho menos en las cosas relativas a la fe. *Nosotros no nos permitimos eso* porque tememos a Dios y hemos comprendido lo que le agrada a Dios: la honestidad».

Los fariseos dan la espalda a Jairo y lanzan su ataque contra los padres del curado: «¿Quién os ha dicho que vinierais aquí?».

«¿Quién? Muchos. Personas que han sido curadas o parientes de personas curadas».

«Pero ¿qué os han dado?».

«¿Dado? La garantía de que nos le curaría».

«¿Pero estaba realmente enfermo?».

«¡Oh, mentes engañosas! ¿Pensáis que se ha fingido todo esto? Id a Gadara e informaos, si es que no creéis, de la desgracia de la familia de Ana de Ismael».

La gente de Cafarnaúm, indignada, se alborota, mientras unos galileos, venidos de cerca de Nazaret, dicen: «¡Pues este es hijo de José el carpintero!».

Los de Cafarnaúm, fieles a Jesús, gritan: «No. Es lo que Él dice y lo que el curado ha dicho: "Hijo de Dios" e "Hijo de David"».

«¡No aumentéis la exaltación del pueblo con vuestras afirmaciones!» dice despreciativo un escriba.

«¿Y entonces qué es según vosotros?».

«¡Un Belcebú!».

«¡Mmm..., lenguas de víbora! ¡Blasfemos! ¡Vosotros sois los poseídos! ¡Ciegos de corazón! Perdición nuestra. Queréis quitarnos incluso la alegría del Mesías, ¿eh? ¡Sanguijuelas! ¡Piedras secas!». ¡Un buen jaleo!

Jesús, que se había retirado a la cocina para beber un poco de agua, se asoma a la puerta a tiempo de oír la trillada y necia acusación farisaica: «Éste no es más que un Belcebú, porque los demonios le obedecen. El gran Belcebú, su padre, le ayuda, y arroja los demonios con la acción de Belcebú, príncipe de los demonios, no con otra cosa».

[6]Jesús baja los dos pequeños escalones de la puerta y avanza 269.6
unos pasos, erguido, severo, sereno, para detenerse justo frente al grupo escribo-farisaico; fija en ellos, penetrante, su mirada y les dice:

«Vemos que incluso en este mundo un reino dividido en facciones contrarias se hace internamente débil, fácil presa de la agresión y acción devastadora de los estados vecinos, y éstos le esclavizan. Ya en este mundo vemos que una ciudad dividida en partes contrarias pierde el bienestar (lo mismo se diga de una familia cuyos miembros estén divididos por el odio): se desmorona, se convierte en una fragmentación que a nadie sirve, irrisión para los ciudadanos. La concordia, además de deber, es astucia, porque mantiene la independencia, la fuerza, el afecto. Esto es lo que deberían meditar los patriotas, los ciudadanos, los miembros de una familia, cuando, por el capricho de un determinado beneficio, se ven tentados a las siempre peligrosas opresiones y separaciones, peligrosas porque se alternan con los partidos y destruyen los afectos. Y es ésta, en efecto, la astucia que ejercitan los dueños del mundo. Observad a Roma, observad su innegable poder, tan penoso para nosotros. Domina el mundo. Pero está unida en un único parecer, en una sola voluntad: "dominar". Entre ellos habrá también, sin duda, contrastes, antipatías, rebeliones. Pero estas cosas están en el fondo. En la superficie hay un único bloque, sin fisuras, sin agitaciones. Todos quieren lo mismo y obtienen resultados por este querer, y los obtendrán mientras sigan queriendo lo mismo.

Mirad este ejemplo humano de astucia cohesiva, y pensad: si estos hijos del siglo son así, ¿qué no será Satanás? Para nosotros ellos son diablos, y, sin embargo, su satanismo pagano no es nada respecto al perfecto satanismo de Satanás y sus demonios. En aquel reino eterno, sin siglo, sin final, sin límite de astucia y maldad; en ese lugar en que es gozo el hacer el mal a Dios y a los hombres —hacer el mal es el aire que respiran, es su doloroso gozo, único, atroz— se ha

alcanzado con perfección maldita la fusión de los espíritus, unidos en una sola voluntad: "hacer el mal". Ahora bien, si —como pretendéis sostener para insinuar dudas acerca de mi poder— me ayuda Satanás porque Yo soy un belcebú menor, ¿no entra Satanás en conflicto consigo mismo y con sus demonios al arrojarlos de sus poseídos? ¿Y estando en conflicto consigo mismo, podrá perdurar su reino? No, no es así. Satanás es astutísimo y no se perjudica a sí mismo. Su intención es extender su reino en los corazones, no reducirlo. Su vida consiste en "robar - hacer el mal - mentir - agredir - turbar". Robar almas a Dios y paz a los hombres. Hacer el mal a los criaturas del Padre, dándole así dolor. Mentir para descarriar. Agredir para gozar. Turbar porque es el Desorden. No puede cambiar: es eterno en su ser y en sus métodos.

269.7 [7]Mas, responded a esta pregunta: si Yo arrojo los demonios en nombre de Belcebú, ¿en nombre de quién los arrojan vuestros hijos? ¿Querríais confesar que también ellos son belcebúes? Si lo decís, os juzgarán calumniadores; y, aunque su santidad llegue hasta el punto de no reaccionar ante esta acusación, habréis emitido veredicto sobre vosotros mismos al confesar que creéis tener muchos demonios en Israel, y os juzgará Dios en nombre de los hijos de Israel acusados de ser demonios. Por tanto, venga de quien venga el juicio, en el fondo serán ellos vuestros jueces donde el juicio no sufre soborno de presiones humanas.

Y si, como es verdad, arrojo los demonios por el Espíritu de Dios, prueba es de que ha llegado a vosotros el Reino de Dios y el Rey de este Reino, Rey que tiene un poder tal, que ninguna fuerza contraria a su Reino le puede oponer resistencia. Así que ato y obligo a los usurpadores de los hijos de mi Reino a salir de los lugares ocupados y a devolverme la presa para que Yo tome posesión de ella. ¿No es así como hace uno que quiere entrar en la casa de un hombre fuerte para arrebatarle los bienes, bien o mal conseguidos? Eso hace. Entra y le ata. Una vez que le ha atado, puede desvalijar la casa. Yo ato al ángel tenebroso, que me ha arrebatado lo que me pertenece, y le quito el bien que me robó. Sólo Yo puedo hacerlo, porque sólo Yo soy el Fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la Paz».

269.8 [8]«Explícanos lo que quieres decir con "Padre del siglo futuro". ¿Es que piensas vivir hasta el próximo siglo, y, mayor necedad aún, piensas crear el tiempo, Tú, que no eres más que un pobre hombre? El tiempo es de Dios» pregunta un escriba.

«¿Y me lo preguntas tú, escriba? ¿Es que no sabes que habrá un siglo que tendrá principio pero no tendrá fin, y que será el mío? En él, triunfaré congregando en torno a mí a aquellos que son sus hijos,

y vivirán eternos como el siglo que crearé, que ya estoy creando estableciendo al espíritu por encima de la carne, del mundo y de los seres infernales, porque todo lo puedo. Por esto os digo que quien no está conmigo está contra mí, y que quien conmigo no recoge desparrama. Porque Yo soy el que soy. Y quien no cree esto, que ya ha sido profetizado, peca contra el Espíritu Santo, cuya palabra fue pronunciada por los Profetas sin mentira ni error y debe ser creída sin resistencia.

Porque os digo que todo les será perdonado a los hombres, todo pecado, toda blasfemia suyos; porque Dios sabe que el hombre no es sólo espíritu, sino también carne, y carne tentada sometida a imprevistas debilidades. Pero la blasfemia contra el Espíritu *no será perdonada*. Uno hablará contra el Hijo del hombre y será todavía perdonado, porque el peso de la carne que envuelve a mi Persona y que envuelve al hombre que contra mí habla puede también inducir a error. Pero quien hable contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en ésta ni en la vida futura, porque la Verdad es eso que es: es neta, santa, innegable, y es manifestada al espíritu de una manera que no induce a error. Otra cosa es que yerren aquellos que, queriéndolo, *quieren el error*. Negar la Verdad dicha por el Espíritu Santo es negar la Palabra de Dios y el Amor, que ha dado esa Palabra por amor hacia los hombres. Y el pecado contra el Amor no se perdona.

[9]Pero cada uno da los frutos de su árbol. Vosotros dais los vues- 269.9
tros, que no son buenos. Si dais un árbol bueno para que lo planten en el huerto, dará buenos frutos; sin embargo, si dais un árbol malo, malo será el fruto que de él se recogerá, y todos dirán: "Este árbol no es bueno". Porque el árbol se conoce por el fruto. ¿Cómo creéis que podéis hablar bien vosotros, que sois malos? Porque la boca habla de lo que llena el corazón del hombre. Sacamos nuestros actos y palabras de la sobreabundancia de lo que tenemos en nosotros. El hombre bueno saca de su tesoro bueno cosas buenas; el malo, de su tesoro malo, saca las cosas malas. Y habla y actúa según su interior.

En verdad os digo que ociar es pecado, pero mejor es ociar que hacer obras malas. Y os digo también que es mejor callar que hablar ociosamente y con maldad. Aunque vuestro silencio fuera ocio, guardad silencio antes que pecar con la lengua. Os aseguro que de toda palabra dicha vanamente se pedirá a los hombres justificación en el día del Juicio, y que por sus palabras serán justificados los hombres, y también por sus palabras serán condenados. ¡Cuidado, por tanto, vosotros, que tantas decís más que ociosas!, pues que son no sólo ociosas sino activas en el mal y con la finalidad de alejar a los corazones de la Verdad que os habla».

269.10 [10]Los fariseos consultan a los escribas y luego, todos juntos, fingiendo cortesía, solicitan: «Maestro, se cree mejor en lo que se ve. Danos, pues, una señal para que podamos creer que eres lo que dices».

«¿Veis como en vosotros está el pecado contra el Espíritu Santo, que repetidas veces me ha señalado como Verbo encarnado? Verbo y Salvador, venido en el tiempo establecido, precedido y seguido por los signos profetizados; obrador de lo que el Espíritu dice».

Ellos responden: «Creemos en el Espíritu, pero ¿cómo podemos creer en ti, si no vemos un signo con nuestros ojos?».

«¿Cómo podéis entonces creer en el Espíritu, cuyas acciones son espirituales, si no creéis en las mías, que son sensibles a vuestros ojos? Mi vida está llena de ellas. ¿No es suficiente todavía? No. Yo mismo respondo que no. No es suficiente todavía. A esta generación adúltera y malvada, que busca un signo, se le dará sólo uno: el del profeta Jonás. Efectivamente, de la misma forma que Jonás estuvo durante tres días en el vientre de la ballena, el Hijo del hombre estará tres días en las entrañas de la tierra. En verdad os digo que los Ninivitas resucitarán en el día del Juicio, como todos los hombres, y se alzarán contra esta generación y la condenarán, porque les predicó Jonás e hicieron penitencia, y vosotros no; y aquí hay Uno mayor que Jonás. Así también, resucitará y se alzará contra vosotros la Reina del Mediodía, y os condenará, porque ella vino desde los últimos confines de la Tierra para oír la sabiduría de Salomón; y aquí hay Uno mayor que Salomón».

269.11 [11]«¿Por qué dices que esta generación es adúltera y malvada? No lo será más que las otras. Hay los mismos santos que había en las otras. El todo israelita no ha cambiado. Nos ofendes».

«Os ofendéis vosotros mismos al dañar vuestras almas; porque las alejáis de la Verdad, y por tanto de la Salvación. Os respondo lo mismo. Esta generación no es santa sino en las vestiduras y en lo externo; por dentro no es santa. En Israel existen los mismos nombres para significar las mismas cosas, pero no existe la realidad de las cosas; existen los mismos usos, vestiduras y ritos, pero falta el espíritu de estas cosas. Sois adúlteros porque habéis rechazado el sobrenatural desposorio con la Ley divina y os habéis desposado, con una segunda adúltera unión, con la ley de Satanás. Sois circuncisos sólo en un miembro efímero, el corazón ya no es circunciso. Y sois malos, porque os habéis vendido al Maligno. He dicho».

«Nos ofendes demasiado. Pero, ¿por qué, si es así, no liberas a Israel del demonio para que sea santo?».

«¿Tiene Israel esta voluntad? No. La tienen esos pobrecillos que

vienen para ser liberados del demonio porque le sienten dentro de sí como peso y vergüenza. Vosotros esto no lo sentís. Liberaros a vosotros sería inútil, porque, no teniendo la voluntad de ser liberados, en seguida seríais de nuevo atrapados y con mayor fuerza. Porque cuando un espíritu inmundo sale de un hombre vaga por lugares áridos en busca de descanso y no lo encuentra. Observad que no son lugares áridos materialmente; áridos porque, no recibiéndole, le son hostiles, de la misma forma que la tierra árida es hostil a la semilla. Entonces dice: "Volveré a mi casa, de donde he sido arrojado con la fuerza y contra su voluntad. Estoy seguro de que me recibirá y me dará descanso". En efecto, vuelve donde aquel que era suyo, y muchas veces le encuentra dispuesto a recibirle, porque, en verdad os digo que el hombre tiene más nostalgia de Satanás que de Dios, y, si Satanás no le somete sus miembros, por ninguna otra posesión se queja. Vuelve, pues, y encuentra la casa vacía, barrida, aviada, con olor a pureza. Entonces va por otros siete demonios, porque no quiere volverla a perder, y, con estos siete espíritus peores que él, entra en ella y ahí se instalan todos. Así, este segundo estado, de uno convertido una vez y pervertido una segunda vez, es peor que el primero. Porque el demonio tiene la medida de lo amante de Satanás e ingrato a Dios que es ese hombre, y también porque Dios no vuelve a donde se pisotean sus gracias y, habiendo experimentado ya una posesión, se abren los brazos otra vez a una mayor. La recaída en el satanismo es peor que la recaída en una tisis mortal ya curada una vez. Ya no es susceptible de mejoramiento ni de curación. Esto le sucederá a esta generación, la cual, convertida por el Bautista, ha querido de nuevo ser pecadora, porque es amante del Malvado, no de mí».

[12]Un murmullo, ni de aprobación ni de protesta, recorre la muche- 269.12
dumbre, que se va apiñando y que ya es muy numerosa (además del huerto y la terraza, está llenísima de gente incluso la calle). Hay gente sentada a caballo en el pretil, y subida a la higuera del huerto y a los árboles de los huertos vecinos; porque todos quieren oír la disputa entre Jesús y sus enemigos. El murmullo, cual ola que del mar abierto arriba a la playa, llega, de boca en boca, hasta los apóstoles más cercanos a Jesús, o sea, Pedro, Juan, el Zelote y los hijos de Alfeo (porque los otros están parte en la terraza y parte en la cocina, menos Judas Iscariote, que está en la calle entre la muchedumbre).

Pedro, Juan, el Zelote, los hijos de Alfeo recogen este murmullo, y dicen a Jesús: «Maestro, están tu Madre y tus hermanos. Están allí afuera, en la calle. Te buscan porque quieren hablar contigo. Ordena que la muchedumbre se aleje para que puedan venir a ti, porque sin duda un motivo importante los ha traído hasta aquí a buscarte».

Jesús alza la cabeza y ve al final de la gente el rostro angustiado de su Madre, que está luchando por no llorar, mientras José de Alfeo le habla con vehemencia; y ve los gestos de negación de Ella, repetidos, enérgicos, a pesar de la insistencia de José. Ve también la cara de apuro de Simón, visiblemente apenado, molesto... Pero no sonríe, no ordena nada. Deja a la Afligida con su dolor y a los primos donde están.

Baja los ojos hacia la muchedumbre y, respondiendo a los apóstoles, que están cerca, responde también a los que están lejos y tratan de hacer valer la sangre más que el deber. «¿Quién es mi Madre? ¿Quiénes son mis hermanos?». Despliega su mirada —severa en el marco de un rostro que palidece por esta violencia que debe hacerse para poner el deber por encima del afecto y la sangre, y para suspender el reconocimiento del vínculo con su Madre por servir al Padre— y dice, señalando con un amplio gesto a la muchedumbre que se apiña en torno a Él, a la roja luz de las antorchas, bajo la luz de plata de la Luna casi llena: «He aquí a mi madre, he aquí a mis hermanos. Los que hacen la voluntad de Dios son mis hermanos y hermanas, son mi madre. No tengo otros. Y los míos serán tales si, antes que los demás y con mayor perfección que ningún otro, hacen la voluntad de Dios hasta el sacrificio total de toda otra voluntad o voz de la sangre y del afecto».

Nace entre la muchedumbre un murmullo más fuerte, como un mar agitado por un viento repentino.

Los escribas comienzan la fuga diciendo: «¡Es un demonio! ¡Reniega incluso su sangre!».

Los parientes avanzan diciendo: «¡Es un loco! ¡Hasta tortura a su Madre!».

Los apóstoles dicen: «¡Verdaderamente en estas palabras está todo el heroísmo!».

La muchedumbre dice: «¡Cómo nos ama!».

269.13 [13]No sin esfuerzo, María con José y Simón abren la aglomeración de gente: Ella, todo dulzura; José, todo furia; Simón, todo apuro. Y llegan a Jesús.

José arremete en seguida: «¡Estás loco! Ofendes a todos. No respetas ni siquiera a tu Madre. Pero ahora estoy yo aquí y te lo voy a impedir. ¿Es verdad que vas por ahí haciendo trabajos de obrero? Pues si eso es verdad, ¿por qué no trabajas en tu taller para procurar el pan a tu Madre? ¿Por qué mientes diciendo que tu trabajo es la predicación, ocioso e ingrato, que es lo que eres, si luego vas a realizar trabajo pagado a casa ajena? Verdaderamente me pareces como si estuvieras en manos de un demonio que te indujera al camino

errado. ¡Responde!».

Jesús se vuelve y toma de la mano al niño José, le acerca a sí y le alza sujetándole por las axilas, y dice: «Mi trabajo ha consistido en procurar el pan a este inocente y a su familia, y en convencerlos de que Dios es bueno; ha sido predicar en Corazín la humildad y la caridad. Y no sólo en Corazín, sino también contigo, José, hermano injusto. Pero te perdono porque sé que te muerden dientes de serpiente. Y te perdono también a ti, Simón inconstante. Nada tengo que perdonar, de nada debo pedir perdón, a mi Madre, porque Ella juzga con justicia. Que el mundo haga lo que quiera, Yo hago lo que Dios quiere. Con la bendición del Padre y de mi Madre soy más feliz que si todo el mundo me aclamara rey según el mundo. Ven, Madre, no llores; no saben lo que hacen. Perdónalos».

«¡Hijo mío! Yo sé. Tú sabes. Nada más hay que decir...».

«Nada más, aparte de decirle a la gente: "Idos en paz"».

Jesús bendice a la muchedumbre y luego, llevando con la derecha a María y con la izquierda al niño, se dirige hacia la pequeña escalera. Y es el primero en subirla.

## 270. Jesús recibe la noticia de que han matado a Juan el Bautista.

4 de septiembre de 1945.

[1]Jesús está curando a unos enfermos. Le asiste sólo Manaén. Están en la casa de Cafarnaúm, en el huerto umbrío en esta hora matutina. Manaén ya no lleva ni el precioso cinturón ni la lámina de oro en la frente: sujeta su túnica un cordón de lana; una cinta de tela, la prenda que cubre su cabeza. Jesús tiene descubierta la cabeza, como siempre cuando está en casa. 270.1

Una vez que ha terminado de curar y de consolar a los enfermos, Jesús sube con Manaén a la habitación alta. Se sientan los dos en el alféizar de la ventana que mira al monte (porque la parte del lago cae toda bajo el sol, que todavía calienta bien, a pesar de que la canícula ha debido pasar ya hace algo de tiempo).

«Dentro de poco empezará la vendimia» dice Manaén.

«Sí. Y luego vendrán los Tabernáculos... y pronto llegará el invierno. ¿Cuándo piensas partir?».

«¡Mmm!... No me iría nunca... Pero pienso en el Bautista. Herodes es una persona débil. Si se le sabe influir positivamente, aunque no se vuelva bueno, al menos... no se hace sanguinario. Pero son pocos los que le aconsejan bien. ¡Y esa mujer!... ¡Esa mujer!... De todas

formas, quisiera quedarme hasta que vuelvan tus apóstoles. No es que yo presuma mucho de mí... pero todavía valgo algo... si bien mi auge ha sufrido un duro golpe desde que han comprendido que sigo
270.2 los caminos del Bien. Pero no me importa. [2]Quisiera tener la verdadera valentía de saber abandonar todo para seguirte completamente, como los discípulos a los que esperas. Pero, ¿algún día lo lograré? Nosotros que no somos del pueblo presentamos más dura resistencia a seguirte. ¿Por qué?».

«Porque los tentáculos de las míseras riquezas os retienen».

«La verdad es que sé también de algunos que no son lo que se dice ricos, sino que son doctos, o están en camino de serlo, y tampoco vienen».

«También están retenidos por los tentáculos de las míseras riquezas. No se es rico sólo de dinero. Existe también la riqueza del saber. Pocos llegan a la confesión de Salomón: "Vanidad de vanidades, todo es vanidad", considerada de nuevo y ampliada —no tanto materialmente cuanto en profundidad— en Qohélet. ¿Lo recuerdas? * La ciencia humana es vanidad, porque aumentar sólo el humano saber "es afán y aflicción de espíritu, y quien multiplica la ciencia multiplica los afanes". En verdad te digo que es así. Como también digo que no sería así si la ciencia humana estuviera sostenida y refrenada por la sabiduría sobrenatural y el santo amor a Dios. El placer es vanidad, porque no dura; arde y rápido se desvanece dejando tras sí ceniza y vacío. Los bienes acumulados con distintas habilidades son vanidad para el hombre que muere, porque con los bienes no puede evitar la muerte, y los deja a otros. La mujer, contemplada como hembra y como tal apetecida, es vanidad. De lo cual se concluye que lo único que no es vanidad es el santo temor de Dios y la obediencia a sus mandamientos, o sea, la sabiduría del hombre, que no es sólo carne sino que posee la segunda naturaleza: la espiritual. Quien así sabe concluir y querer, sabe liberarse de todo tentáculo de mísero tesoro y sabe ir libre al encuentro con el Sol».

«Quiero recordar estas palabras. ¡Cuánto me has dado en estos días! Ahora puedo ir a la suciedad de la Corte —que parece luminosa sólo a los necios, poderosa y libre; y no es sino miseria, cárcel y tinieblas—, e ir con un tesoro que me permitirá vivir mejor en espera de lo mejor. ¿Pero llegaré algún día a esta cosa mejor que es ser tuyo, totalmente?».

«Llegarás».

«¿Cuándo? ¿El año que viene? ¿Más adelante todavía? ¿Cuando

---

* *en Qohélet*: se trata de *Qohélet 1-2*.

la vejez me haga sabio?».

«Llegarás... alcanzando madurez de espíritu y perfección de voluntad en el transcurso de pocas horas».

Manaén le mira pensativo y escrutador... Pero no pregunta nada más.

Un rato de silencio. Luego Jesús dice: «¿Has tenido contacto alguna vez con Lázaro de Betania?».

«No, Maestro. Puedo decir que no; que si hubo algún encuentro, no puede llamarse amistad. Ya sabes... Yo con Herodes, Herodes contra él... Por tanto...».

«Lázaro ahora te vería por encima de las cosas, en Dios. Debes tratar de conocerle como condiscípulo».

«Lo haré si Tú lo quieres...».

[3]Se oyen voces inquietas en el huerto. Preguntan con angustia: 270.3
«¡El Maestro! ¡El Maestro! ¿Está aquí?».

Responde la voz cantarina de la dueña de la casa: «Está en la habitación de arriba. ¿Quiénes sois? ¿Enfermos?».

«No. Discípulos de Juan y queremos ver a Jesús de Nazaret».

Jesús se asoma por la ventana y dice: «Paz a vosotros... ¡Oh! ¿Sois vosotros? ¡Venid! ¡Venid!».

Son los tres pastores Juan, Matías y Simeón. «¡Oh! ¡Maestro!» dicen, y levantan la cabeza y dejan ver un rostro apenado. Ni siquiera viendo a Jesús se sosiegan.

Jesús deja la habitación y va a su encuentro a la terraza. Manaén le sigue. Se encuentran justamente en el punto en que la escalera termina en la soleada terraza.

Los tres se arrodillan y besan el suelo. Luego Juan, por todos, dice: «Ahora recíbenos, Señor, pues somos tu herencia» y unas lágrimas se deslizan por la cara del discípulo y de sus compañeros.

Jesús y Manaén, al unísono, gritan: «¡¿Juan?!».

«Le han dado muerte...».

La palabra cae cual enorme fragor que cubre todos los ruidos del mundo, a pesar de que haya sido pronunciada muy bajo. Petrifica a quien la dice y a quien la oye. Y se produce un rato de silencio tan profundo y de tan profunda inmovilidad en los animales, frondas y aire, que parece como si la tierra, para recoger esta palabra y sentir todo su horror, suspendiera todo ruido proprio. Queda suspendido el zureo de las palomas, truncada la flauta de un mirlo, enmudecido el coro de los pardales, y, como si de golpe se le hubiera roto el artilugio, una cigarra detiene su chirrido al improviso, mientras se para el viento que, haciendo frufrú de seda y crujido de palos, acariciaba las pámpanas y las hojas.

270.4 [4]Jesús se pone pálido como el marfil mientras sus ojos se dilatan y se vidrian de llanto. Abre los brazos y, con voz profunda por el esfuerzo de hacerla firme, dice: «Paz al mártir de la justicia, paz a mi Precursor». Luego recoge sus brazos y su espíritu y, claramente, ora, entrando en contacto con el Espíritu de Dios y el de Juan Bautista.

Manaén no se atreve a hacer ni un gesto. Al contrario de Jesús, se ha puesto intensamente rojo y ha sentido un impulso de ira. Luego se ha quedado paralizado; toda su turbación se manifiesta en el movimiento mecánico de la mano derecha, que zalea el cordón de la túnica, y de la izquierda, que involuntariamente busca el puñal... y mueve la cabeza compadeciéndose de su fragilidad de mente, pues no se acordaba de que se había desarmado para ser «el discípulo del Manso», para estar «junto al Manso».

Jesús abre de nuevo su boca y sus ojos. Su rostro, su mirada, su voz han recuperado la majestad divina que habitualmente tienen en Él. Sólo queda una tristeza grave temperada de paz.

«Venid. Decidme cómo ha sucedido. Desde hoy sois míos». Y los conduce a la habitación. Cierra la puerta, corre las cortinas —no del todo— para suavizar la luz, para crear un ambiente de recogimiento en torno al dolor y la belleza de la muerte del Bautista, para separar esta perfección de vida y el mundo corrompido.

«Hablad» ordena.

Manaén todavía parece petrificado. Está con el grupo, pero no dice una palabra.

270.5 [5]«Era la noche de la fiesta... No se podía prever esto... Sólo dos horas antes, Herodes había solicitado consejo de Juan, y se había despedido de él con benignidad... Y poco, poco antes de que se produjera... el homicidio, el martirio, el delito, la glorificación, había mandado a un siervo con frutas gélidas y vinos raros para el prisionero. Juan nos había distribuido esas cosas... Nunca mudó su austeridad... Estábamos sólo nosotros, porque por mérito de Manaén estábamos en el palacio como siervos en las cocinas y en las caballerizas. Esta concesión nos permitía ver siempre a nuestro Juan... Estábamos en las cocinas yo y Juan. Simeón no; él vigilaba a los caballerizos para que tratasen con cuidado las caballerías de los invitados... El palacio estaba lleno de gente importante, jefes militares, personalidades de Galilea. Herodías se había encerrado en sus habitaciones tras una escena violenta que se había producido por la mañana entre ella y Herodes...».

Manaén interrumpe: «¿Pero cuándo había llegado la hiena?».

«Dos días antes. No la esperaban... Dijo al monarca que no podía vivir lejos de él y estar ausente el día de su fiesta. Víbora y maga co-

mo siempre, había hecho de él un juguete... Pero Herodes, por la mañana de este día, se había negado —a pesar de que ya estuviera embriagado de vino y lujuria— a concederle a la mujer lo que con fuertes gritos pedía... ¡Y nadie pensaba que se tratase de la vida de Juan!... Estaba en sus habitaciones, desdeñosa. Había rechazado los alimentos reales, enviados por Herodes en preciosas fuentes. Sólo había aceptado una fuente preciosa colmada de fruta y había recompensado el presente con una ánfora de vino drogado para Herodes... Drogado... ¡Ah, era suficiente su naturaleza ebria y viciosa para alucinarle para el delito! Por los que servían a las mesas, supimos que después de la danza de las mujeres mimos de la Corte, es más, a la mitad de la danza, había irrumpido en la sala del banquete Salomé, bailando. Los mimos, ante la joven real, se habían retirado hacia las paredes. La danza era perfecta, nos han dicho. Lúbrica y perfecta. Digna de los invitados... Herodes... ¡Oh!, ¡quizás fermentaba dentro de él un nuevo deseo de incesto!... Herodes, al final de este baile, entusiasta, dijo a Salomé: "¡Has bailado bien! Juro que mereces un premio. Juro que te lo daré. Juro que te daré cualquier cosa que me pidas. Lo juro en presencia de todos. Y la palabra de un rey es fiel incluso sin juramento. Di, pues, qué quieres". Y Salomé, fingiendo perplejidad, inocencia y modestia, recogiéndose en sus velos con gesto púdico después de tanta desvergüenza, dijo: "Permíteme, gran señor, que reflexione un momento. Me retiro y luego vuelvo, porque tu gracia me ha turbado"... y se retiró para ir donde su madre. Selma me ha dicho que entró riendo, diciendo: "¡Madre, has vencido! Dame la bandeja". Y Herodías, con un grito de triunfo, ordenó a la esclava que diera a la joven la bandeja no devuelta antes, y dijo: "Ve. Vuelve con la odiada cabeza, y te vestiré de perlas y oro". Selma, horrorizada, obedeció... Salomé volvió a entrar en la sala bailando, y, bailando, fue a postrarse a los pies del rey, y dijo: "En esta bandeja que has mandado a mi madre, en señal de que la amas y de que me amas, quiero la cabeza de Juan. Y luego seguiré bailando, si tanto te gusto. Bailaré la danza de la victoria. ¡Porque he vencido! ¡Te he vencido a ti, oh rey! ¡He vencido a la vida, y soy feliz!". Esto es lo que dijo. A nosotros nos lo repitió un amigo copero. Herodes se turbó ante estas dos solicitaciones: ser fiel a la palabra, ser justo. Pero no supo ser justo porque es hombre injusto. Hizo una señal al verdugo que estaba detrás del asiento real, y éste, habiendo cogido de las manos alzadas de Salomé la bandeja, salió de la sala del banquete para ir a las habitaciones bajas. Yo y Juan le vimos atravesar el patio... Luego oímos el grito de Simeón: "¡Asesinos!"... y le vimos que volvía a pasar con la cabeza sobre la bandeja... Juan, tu Precursor, había muerto...».

270.6 [6]«Simeón, ¿puedes decirme como ha muerto?» pregunta Jesús, pasado un momento.

«Sí. Estaba en oración... Me había dicho antes: "Dentro de poco volverán los dos que envié, y quien aún no cree creerá. De todas formas, recuerda que, si a su regreso ya no viviera, yo, como quien está cercano a la muerte, todavía te digo, para que tú por tu parte se lo digas a ellos: 'Jesús de Nazaret es el verdadero Mesías'". Pensaba siempre en ti... Entró el verdugo. Yo grité fuerte. Juan alzó la cabeza y le vio. Se puso en pie. Dijo: "Sólo puedes quitarme la vida. Pero la verdad que permanece es que no es lícito hacer el mal". Estaba para decirme algo cuando el verdugo volteó la pesada espada, mientras Juan estaba todavía de pie, y la cabeza cayó del busto, con un gran flujo de sangre que puso roja la piel caprina, de cera el rostro enjuto en que quedaron vivos, abiertos, acusadores, los ojos. Rodó a mis pies... Yo caí junto con su cuerpo, vencido por el dolor... Después... después... La cabeza, después de lacerarla Herodías, fue arrojada a los perros. Pero nosotros la recogimos diligentemente y la envolvimos junto con el tronco en un precioso lienzo; durante la noche recompusimos el cuerpo y lo transportamos fuera de Maqueronte. Le embalsamamos en una espesura de acacias allí cerca con los primeros rayos del Sol y la ayuda de otros discípulos... Pero de nuevo nos la arrebataron para nuevas laceraciones. Porque ella no puede ni destruirle ni perdonarle... Y sus esclavos, temiendo la muerte, nos
270.7 quitaron esa cabeza con ferocidad mayor que la de los chacales. [7]¡Si hubieras estado tú, Manaén!...».

«Si hubiera estado yo... Pero esa cabeza es su maldición... Aunque el cuerpo esté incompleto, nada se resta a la gloria del Precursor. ¿No es verdad, Maestro?».

«Es verdad. Aunque los perros le hubieran destruido, su gloria no habría sufrido mutación».

«Tampoco ha cambiado su palabra, Maestro. Sus ojos, a pesar de haber quedado lacerados bajo una gran herida, todavía dicen: "No te es lícito". ¡Pero nosotros le hemos perdido!» dice Matías.

«Y ahora somos tuyos, porque así lo dijo él; y dijo también que Tú ya lo sabías».

«Sí, desde hace meses sois míos. ¿Cómo habéis venido?».

«A pie, por etapas. Largo, penoso camino entre quemazón de arenas y sol, y aún más quemazón de dolor. Hace casi veinte días que caminamos...».

«Ahora descansaréis».

Manaén pregunta: «Decid: ¿Herodes no se extrañó de mi ausencia?».

«Sí. Primero estuvo inquieto, luego se puso furioso; pero, pasado el furor, dijo: "Un juez menos". Así nos refirió el amigo copero».

Jesús dice: «¡Un juez menos! Tiene a Dios por juez, que ya es suficiente. Venid a donde dormimos. Estáis cansados y llenos de polvo del camino. Encontraréis vestidos y sandalias de vuestros compañeros. Tomadlos. Descansad y reponed fuerzas. Lo que es de uno es de todos. Tú, Matías, que eres alto, puedes coger una túnica mía. Luego ya veremos. Esta noche, dado que es la vigilia del sábado, vienen mis apóstoles. La próxima semana vendrá Isaac con los discípulos, luego Benjamín y Daniel; después de los Tabernáculos, vendrán también Elías, José y Leví. Es tiempo de que a los doce se unan otros. Id ahora a descansar».

Manaén los acompaña y luego vuelve. [8]Jesús se queda solo con 270.8
Manaén. Se sienta, pensativo, visiblemente triste, con la cabeza reclinada sobre la mano y el codo apoyado en la rodilla como soporte. Manaén está sentado junto a la mesa. No se mueve. Pero está taciturno. Su rostro es toda una borrasca.

Después de mucho, Jesús alza la cabeza, le mira y pregunta: «¿Y tú? ¿Qué vas a hacer ahora?».

«Todavía no lo sé... La idea de quedarme en Maqueronte ya no existe. Pero quisiera quedarme todavía en la Corte, para estar al corriente... para protegerte a ti estando al corriente de las cosas».

«Sería mejor para ti seguirme sin dilación. Pero no te fuerzo. Vendrás una vez que el viejo Manaén, molécula por molécula, haya quedado deshecho».

«También quisiera arrebatarle esa cabeza a esa mujer. No es digna de tenerla...».

Jesús expresa un leve gesto de sonrisa, y, con franqueza, dice: «Además no has muerto todavía a las riquezas humanas. Pero te quiero lo mismo. Sé que no te perderé aunque espere. Sé esperar...».

«Maestro, quisiera darte mi generosidad para consolarte... Porque sufres. Lo veo».

«Es verdad. Sufro. ¡Mucho! ¡Mucho!...».

«¿Sólo por Juan? No creo. Sabes que está en paz».

«Sé que está en paz, y no le siento lejano».

«¿Y entonces?».

«¡Y entonces!... Manaén, ¿a qué precede el alba?».

«Al día, Maestro. ¿Por qué lo preguntas?».

«Porque la muerte de Juan precede al día en que seré el Redentor. Y la parte humana de mí se estremece frente a esta idea... Manaén, voy al monte. Tú quédate aquí para recibir a los que vengan y socorrer a los que ya han llegado. Quédate aquí hasta que vuelva.

Luego... harás lo que quieras. Adiós».

Y Jesús sale de la habitación. Baja despacio la escalera, atraviesa el huerto y, por la parte posterior del huerto, se introduce por un senderillo entre huertos desarreglados y matas de olivos, manzanos, vides e higueras. Toma la pendiente de un suave collado donde desaparece a mi vista.

## 271. Salida para Tariquea con los apóstoles, que han regresado a Cafarnaúm.

5 de septiembre de 1945.

271.1 [1]Es ya plena noche cuando Jesús vuelve a casa. Entra en el huerto sin hacer ruido. Se asoma un momento a la oscura cocina; la ve vacía. Se asoma a las dos habitaciones donde están las esteras y las camas: también están vacías. El único indicio de que los apóstoles hayan regresado es la ropa cambiada amontonada en el suelo. La casa está tan silenciosa, que parece deshabitada.

Jesús, haciendo menos ruido que una sombra, sube la pequeña escalera —candor en el candor de la Luna llena— y llega a la terraza. La atraviesa. Parece un espectro moviéndose sin hacer ruido, un luminoso espectro. En la incandescencia blanca de la Luna parece estilizarse, alzarse aún más. Levanta con la mano la cortina que cubre la puerta de la habitación de arriba (estaba corrida desde cuando los discípulos de Juan habían entrado en la habitación con Jesús). Dentro, sentados acá o allá, en grupos, están los apóstoles con los discípulos de Juan y con Manaén, y también Margziam, dormido, reclinada su cabeza en las rodillas de Pedro. La Luna se encarga de iluminar la habitación entrando con sus flujos fosfóricos por las ventanas abiertas. Ninguno habla. Y ninguno duerme; aparte del niño, sentado en el suelo sobre una estera.

271.2 [2]Jesús entra despacio. El primero que le ve es Tomás. «¡Oh, Maestro!» dice sobresaltándose.

Todos los demás también reaccionan. Pedro, en su ímpetu, hace ademán de levantarse repentinamente, pero se acuerda del niño y se levanta suavemente, apoyando la morena cabeza de Margziam donde estaba sentado, de forma que es el último en acercarse al Maestro, mientras está respondiendo, con voz cansada como de quien ha sufrido mucho, a Juan, Santiago y Andrés, que le están expresando su dolor: «Lo comprendo. Pero solamente el que no cree debe sentirse desolado por una muerte. No nosotros, que sabemos y creemos. Juan ya no está separado de nosotros; antes lo estaba. Es más, antes

nos separaba: o conmigo o con él. Ahora ya no es así; donde está él estoy Yo, junto a mí está él».

Pedro introduce su cabeza entrecana entre las cabezas juveniles. Jesús le ve: «¿También has llorado tú, Simón de Jonás?» y Pedro, con voz más ronca de lo habitual: «Sí, Señor. Porque yo también había sido de Juan... Y además... y además... ¡Y pensar que el viernes pasado lamentaba el que la presencia de los fariseos nos fuera a amargar el sábado! ¡Éste sí que es un sábado de amargura! Había traído al niño... para gozar de un sábado más bonito... Sin embargo...».

«No desfallezcas, Simón de Jonás. No hemos perdido a Juan. Te lo digo también a ti. Y en cambio tenemos tres discípulos bien formados. ¿Dónde está el niño?».

«Está allí, Maestro, durmiendo».

«Déjale dormir» dice Jesús agachándose hacia la cabecita morena que duerme tranquila. Y pregunta: «¿Habéis cenado?».

«No, Maestro. Te esperábamos a ti, y ya estábamos preocupados por la tardanza. No sabíamos dónde buscarte... Nos parecía que te habíamos perdido también a ti».

«Tenemos todavía tiempo para estar juntos. ¡Hala, preparad la cena, que luego nos marchamos a otro lugar! Necesito aislarme, entre amigos; si nos quedáramos aquí, mañana estaríamos siempre rodeados de personas».

«Y te juro que no los soportaría, especialmente a esas reptilas de las almas fariseas. ¡Y sería grave que se les escapase una sonrisa —aunque fuera una sola— referida a nosotros, en la sinagoga!».

«¡Tranquilo, Simón!... Pero he calculado también esto. Por eso he vuelto para tomaros conmigo».

A la luz de las lamparillas encendidas a ambos lados de la mesa, se ven mejor las alteraciones de los rostros. Sólo Jesús se muestra con majestad solemne. Margziam sonríe en el sueño.

«El niño ha comido antes» explica Simón.

«Entonces es mejor dejarle dormir» dice Jesús.

Y en medio de los suyos ofrece y distribuye la parca comida. Y se la comen sin ganas. Pronto termina la cena.

[3]«Contadme ahora qué habéis hecho...» dice Jesús animándolos. 271.3

«Yo he estado con Felipe por los campos de Betsaida y hemos evangelizado y curado a un niño enfermo» dice Pedro.

«Verdaderamente ha sido Simón el que le ha curado» dice Felipe, no queriendo tomarse una gloria no suya.

«¡Oh, Señor! No sé cómo. Sé que he orado mucho, con todo mi corazón, porque me daba pena el enfermito. Luego le he ungido con el

aceite y le he restregado ligeramente con mis rudas manos... y se ha curado. Cuando le he visto que tomaba color su cara y que abría los ojos, en pocas palabras que revivía, he sentido casi miedo».

Jesús le pone la mano en la cabeza sin decir nada.

«Juan ha causado gran asombro al arrojar un demonio. Pero hablar me ha tocado a mí» dice Tomás.

«También tu hermano Judas lo ha hecho» dice Mateo.

«Entonces también Andrés» dice Santiago de Alfeo.

«Simón el Zelote ha curado a un leproso. ¡No ha tenido miedo de tocarle! Y luego me ha dicho: "Pero no tengas miedo. A nosotros no se nos pega ningún mal físico por voluntad de Dios"» dice Bartolomé.

«Bien dices, Simón. ¿Y vosotros dos?» pregunta Jesús a Santiago de Zebedeo y al Iscariote, que están un poco retirados; el primero hablando con los tres discípulos de Juan, el segundo solo y amostazado.

«Yo no he hecho nada» dice Santiago. «Pero Judas ha hecho tres milagros potentes: un ciego, un paralítico, un endemoniado. A mí me parecía lunático. Pero la gente decía eso...».

«¿Y estás ahí con esa cara habiéndote ayudado Dios tanto?» pregunta Pedro.

«Yo también sé ser humilde» responde el Iscariote.

«Luego nos ha alojado en su casa un fariseo. Yo no me sentía a gusto, pero Judas, que es más hábil, le bajó bien los humos. El primer día era altivo, pero luego... ¿Verdad, Judas?».

Judas asiente sin decir nada.

«Muy bien. Y cada vez lo haréis mejor. La próxima semana estaremos juntos. Entretanto, Simón, ve a preparar las barcas. También tú, Santiago».

«¿Para todos, Maestro? No cabremos».

«¿No puedes conseguir otra?».

«Si se la pido a mi cuñado, sí. Voy».

«Ve, y en cuanto hayas terminado vuelve. Y no des muchas explicaciones».

Los cuatro pescadores se marchan. Los demás bajan a coger sa-
271.4 cos y unos mantos. [4]Se queda Manaén con Jesús. El niño sigue durmiendo.

«¿Maestro, vas lejos?».

«Todavía no lo sé... Ellos están cansados y apenados. Yo también. Mi propósito es ir a Tariquea, a la campiña, para aislarnos en paz...».

«Yo tengo el caballo, Maestro. Pero, si me lo permites, voy siguiendo el lago. ¿Vas a estar allí mucho?».

«Quizás toda la semana. No más».

«Entonces iré. Maestro, bendíceme en esta primera despedida. Y quítame un peso del corazón».

«¿Cuál, Manaén?».

«Tengo el remordimiento de haber dejado a Juan. Quizás, si hubiera estado...».

«No. Era su hora. Además él ciertamente se ha alegrado al verte venir donde mí. No tengas este peso. Es más, trata de liberarte pronto y bien del único peso que tienes: el gusto de ser hombre. Hazte espíritu, Manaén. Puedes hacerlo. Está en ti la capacidad de serlo. Adiós, Manaén. Mi paz sea contigo. Pronto nos veremos de nuevo en Judea».

Manaén se arrodilla y Jesús le bendice; luego le levanta y le besa. Vuelven los otros y se saludan recíprocamente, tanto los apóstoles como los discípulos de Juan. Los últimos en llegar son los pescadores.

«Ya está, Maestro; podemos marcharnos».

«Bien. Saludad a Manaén, que se queda aquí hasta la puesta del Sol de mañana. Recoged las provisiones, tomad el agua y vámonos. Haced poco ruido».

Pedro se agacha para despertar a Margziam.

«No, deja. Podría echarse a llorar. Le cojo en brazos yo» dice Jesús, y delicadamente levanta al niño, que refunfuña entre sueños un poco, pero luego se acomoda instintivamente en los brazos de Jesús.

[5]Apagan las lámparas. Salen. Cierran la puerta. Bajan. En el lin- 271.5
de del huerto saludan nuevamente a Manaén, y luego, en fila, por el camino lleno de luna van al lago: enorme espejo de plata bajo la Luna en su zenit. Tres gotas rojas sobre el espejo calmo parecen los tres farolillos de las proas ya metidas en el agua. Suben y se distribuyen por las barcas. Los últimos en subir son los pescadores: Pedro y un mozo ayudante, donde Jesús; Juan y Andrés en la otra; Santiago y otro ayudante en la tercera.

«¿A dónde, Maestro?» pregunta Pedro.

«A Tariquea. Donde desembarcamos después del milagro de los gerasenos. Ahora no habrá pantano. Y habrá calma».

Pedro se adentra en el lago, y también los otros, detrás, con las barcas: tres estelas en una. Ninguno habla. Sólo cuando están ya en zona abierta y Cafarnaúm se difumina entre el claror de la luna, que uniforma todo con su diminuto polvillo de plata, Pedro, como si le hablara a la caña del timón, dice: «Pues me da gusto. Mañana nos buscarán, vieja mía, y gracias a ti no nos encontrarán».

«¿Con quién hablas, Simón?» pregunta Bartolomé.

«Con la barca. ¿No sabes que para los pescadores es como una esposa? ¡Cuánto he hablado con ella! ¡Más que con Porfiria, Maestro!...

¿Está bien tapado el niño? De noche hay relente en el lago...».

«Sí. Mira, Simón, ven aquí, que tengo que decirte una cosa...».

Pedro pasa la caña del timón al ayudante y va donde Jesús.

«He dicho Tariquea. Pero será suficiente estar allí pasado el sábado para saludar de nuevo a Manaén. ¿No podrías encontrar un sitio cerca de allí donde estar en paz?».

«Maestro, ¿en paz nosotros o también las barcas? Para las barcas hace falta Tariquea, o los puertos de la otra orilla; pero, si es para nosotros, basta con que te adentres en los bosques del otro lado del Jordán, y sólo los animales te descubrirán... y quizás algún que otro pescador que esté vigilando las nasas de los peces. Podemos dejar las barcas en Tariquea, cuando lleguemos al alba; luego nos echamos a caminar veloces hasta el otro lado del vado. Se pasa bien en este período».

«Bien. Así lo haremos...».

«Te da asco también a ti el mundo, ¿eh? Prefieres los peces y los mosquitos, ¿eh? Tienes razón».

«No tengo asco. No hay que tenerlo. Lo que pasa es que quiero evitar que arméis escándalos y quiero consolarme en vosotros en estas horas del sábado».

«¡Maestro mío...». Pedro le besa en la frente y se retira secándose un lagrimón que se empeña en rodar afuera y bajar hacia la barba.

Vuelve a su timón y apunta al Sur, con firmeza, mientras la luz lunar decrece al ponerse el planeta, que desciende por debajo de la línea de un collado, escondiendo su carota a la vista de los hombres, pero dejando todavía el cielo blanco de su luz, y de plata la orilla oriental del lago; lo demás, es añil obscuro que apenas si se distingue a la luz del farol de proa.

## 272. Reencarnación y vida eterna en el diálogo con un escriba.

6 de septiembre de 1945.

272.1 [1]Cuando Jesús pone pie en la orilla derecha del Jordán —a una buena milla, quizás más, de la pequeña península de Tariquea, en esa zona en que todo es campo bien verde, porque el terreno, ahora seco pero húmedo en lo profundo, mantiene vivas todas las plantas, hasta las más gráciles—, encuentra a mucha gente esperándole.

Vienen a su encuentro sus primos y Simón Zelote: «Maestro, las barcas nos han delatado... Quizás también Manaén ha sido índice...».

Manaén se disculpa: «Maestro, me puse en camino de noche para no ser visto, y no he hablado con nadie. Créeme. Muchos me han preguntado dónde estabas, pero a todos les he dicho solamente: "Se ha marchado". Creo que el daño lo ha hecho un pescador, diciendo que te había dejado la barca...».

«¡El imbécil de mi cuñado!» exclama con vehemencia Pedro. «¡Mira que le había dicho que guardara silencio! ¡Y le había dicho que íbamos a Betsaida! ¡Y le había dicho que si hablaba le arrancaba la barba! ¡Y lo voy a hacer! ¡Vaya que si lo hago! ¡¿Y ahora?! ¡Adiós paz, aislamiento, descanso!».

«Tranquilo, tranquilo, Simón. Hemos tenido ya nuestros días de paz. Además ya he conseguido parte del objetivo que perseguía: adoctrinaros, consolaros y tranquilizaros, para impedir ofensas y choques entre vosotros y los fariseos de Cafarnaúm. Ahora vamos con estos que nos están esperando. Para premiar su fe y amor. ¿No alivia también este amor? Sufrimos por odio, aquí hay amor: por tanto, dicha».

Pedro se calma como viento que se para de golpe. Jesús se dirige hacia la muchedumbre de los enfermos que le esperan con el deseo grabado en su rostro. Los cura, uno tras otro, benévolo, paciente (incluso con un escriba que le presenta a su hijito enfermo).

[2]Es este escriba el que le dice: «¿Ves como huyes? Pero es inútil, 272.2
tanto el odio como el amor son sagaces para encontrar. Aquí te ha encontrado el amor, como está escrito en el Cantar. Para demasiados eres ya como el Esposo de los Cantares. Se viene a ti como la Sulamita a su esposo, desafiando a la ronda y las cuadrigas de Aminadab».

«¿Por qué dices esto? ¿Por qué?».

«Porque es verdad. Venir a ti es un peligro, porque eres odiado. ¿No sabes que te acecha Roma y te odia el Templo?».

«¡Oh, hombre!, ¿por qué me tientas? Pones insidia en tus palabras para llevar al Templo y a Roma mis respuestas. Yo no he curado a tu hijo con insidia...».

El escriba, ante esta dulce reprensión, agacha la cabeza confundido, y confiesa: «Me doy cuenta de que realmente ves los corazones de los hombres. Perdona. Me doy cuenta de que realmente eres santo. Perdona. He venido, sí, incubando dentro de mí el fermento que otro me había metido...».

«Y que había encontrado en ti el calor apropiado para fermentar».

«Sí, es verdad... Pero ahora me marcho sin fermento, o sea, con fermento nuevo».

«Lo sé. Y no siento rencor. Muchos incurren en falta por propia

voluntad, muchos por voluntad ajena. Los juzgará con distinta medida el justo Dios. Tú, escriba, sé justo y en el futuro no corrompas como fuiste corrompido. Cuando te hostiguen las presiones del mundo, mira a esta gracia viva que es tu hijo, salvado de la muerte, y muéstrate agradecido con Dios».

«Contigo».

«Con Dios. A Él toda gloria y alabanza. Yo soy su Mesías y soy el primero en alabarle y glorificarle, el primero en obedecerle. Porque *el hombre no se rebaja honrando y sirviendo a Dios en verdad; como se rebaja es sirviendo al pecado*».

«Dices bien. ¿Siempre hablas así? ¿Para todos?».

«Para todos. Ya hablase a Anás o a Gamaliel, ya hablase al mendigo leproso del camino, las palabras son las mismas porque una es la Verdad».

«Habla, entonces, pues todos estamos aquí porque somos mendigos de una palabra o de una gracia tuyas».

«Hablaré. Para que no se diga que tengo prejuicios contra quien es honesto en sus convicciones».

«Han muerto las que tenía. Pero es verdad, en ellas era honesto; creía servir a Dios yendo contra ti».

«Eres sincero. Por eso mereces comprender a Dios, que nunca es mentira. Pero tus convicciones no han muerto todavía. Yo te lo digo. Son como malas hierbas quemadas. Superficialmente parecen muertas. En verdad han sufrido un duro ataque que las ha arrasado, pero las raíces están vivas, el terreno las nutre, el rocío las invita a echar nuevos rizomas, y éstos nuevas hojas. Hay que vigilar para que ello no suceda; si no, quedarás de nuevo invadido por las malas
272.3 hierbas. [3]¡Israel ofrece mucha resistencia a morir!».

«¿Entonces tiene que morir Israel? ¿Es árbol malo?».

«Tiene que morir para resucitar».

«¿Una reencarnación espiritual?».

«Una evolución espiritual. No hay ningún género de reencarnaciones».

«Hay quien cree en ella».

«Están en error».

«El helenismo ha introducido en nosotros también estas creencias. Y los doctos —como si fuera un nobilísimo alimento— se alimentan de ellas y en ellas se glorían».

«Contradicción absurda en quienes lanzan anatemas por el descuido de uno de los seiscientos trece preceptos menores».

«Es verdad. Pero... es así. Agrada imitar aquello que, contrariamente, se aborrece».

«Pues entonces imitadme a mí, dado que me odiáis. Y será mejor para vosotros».

El escriba debe sonreír finamente, por fuerza, por esta salida de Jesús. La gente está escuchando boquiabierta, y los que están lejos piden a los que están cerca que les repitan las palabras de los dos.

«Pero Tú, en confidencia, ¿qué piensas de la reencarnación?».

«Que es un error. Ya lo he dicho».

«Hay quien sostiene que los vivos se generan de los muertos y los muertos de los vivos, porque lo que es no se destruye».

«Lo eterno, en efecto, no se destruye. Pero, dime, según tu opinión el Creador tiene limites para sí mismo?».

«No, Maestro. Pensarlo sería una mengua».

«Tú lo has dicho. ¿Puede entonces pensarse que permita que un espíritu se reencarne porque llegado a un cierto número de espíritus ya no puede haber más?».

«No se debería pensar. Pero hay quien lo piensa».

«Y, lo que es peor, hay quien lo piensa en Israel. Este pensamiento de una inmortalidad del espíritu —grande de por sí en un pagano, aunque unido al error de una inexacta valoración acerca de cómo se produce esta inmortalidad— debería ser perfecto en un israelita. Sin embargo, en el israelita que lo admite en los términos de la tesis pagana, se transforma en pensamiento disminuido, rebajado, culpable. No es, como en el pagano, gloria de un pensamiento que muestra ser digno de admiración por haber tocado casi, por sí mismo, la Verdad, y que, por tanto, da testimonio de la naturaleza compuesta del hombre, por esta intuición suya de la vida perenne de esa cosa misteriosa que se llama alma y que nos distingue de los animales. Mas es mengua del pensamiento que, conociendo la divina Sabiduría y al Dios verdadero, viene a ser materialista incluso en una cosa tan altamente espiritual. [4]El espíritu no transmigra sino del Creador al 272.4
ser y del ser al Creador, ante el cual se presenta después de la vida para recibir juicio de vida o de muerte. Esto es una verdad. Y eternamente permanece en el lugar a que es enviado».

* «¿No admites el Purgatorio?».

«Sí. ¿Por qué lo preguntas?».

«Porque dices: "Permanece en el lugar a que es enviado". El Purgatorio es temporal».

«Precisamente por eso, en mi pensamiento lo asimilo a la Vida

---

* El *Purgatorio*, desconocido en aquel tiempo como vocablo, era conocido como concepto, ya insinuado en *2 Maccabei 12, 45*. Por tanto, la expresión *Purgatorio*, aquí y en otros lugares (por ejemplo en 550.4), puede entenderse como la traducción de ese concepto en el lenguaje de la Obra valtortiana.

eterna. El Purgatorio es ya "vida"; mortecina, trabada, pero de todas formas vital. Una vez terminada la estancia temporal en el Purgatorio, el espíritu conquista la perfecta Vida, la alcanza ya sin límites ni ataduras. Quedarán dos cosas: el Cielo, el Abismo; el Paraíso, el Infierno. Dos categorías: los bienaventurados, los réprobos. Pero, de los tres reinos que actualmente existen, ningún espíritu volverá a vestirse jamás de carne hasta la resurrección final, que clausurará para siempre la encarnación de los espíritus en los cuerpos, de lo inmortal en lo mortal».

«¿De lo eterno, no?».

«Eterno es Dios. La eternidad es no tener ni comienzo ni final. Ello es Dios. La inmortalidad es seguir viviendo desde que se empieza a vivir: así para el espíritu del hombre. He aquí la diferencia».

«Dices: "vida eterna"».

«Sí. Desde que uno es creado a la vida, puede, por el espíritu, por la gracia y por la voluntad, conseguir la vida eterna. No la eternidad. Vida supone comienzo. No se dice "vida de Dios", porque Dios no ha tenido comienzo».

«¿Y Tú?».

«Yo viviré porque soy también carne, y al espíritu divino he unido el alma del Cristo en carne de hombre».

«Dios es llamado "el que vive"».

«Efectivamente, no conoce muerte. Él es Vida, la Vida inagotable. No vida de Dios, sino Vida; sólo esto. Son matices, escriba. Pero la Sabiduría y la Verdad se visten de matices».

272.5 [5]«¿Hablas así a los gentiles?». *

«No, así no; no entenderían. A ellos les muestro el Sol. Pero se lo muestro de la misma forma como se lo mostraría a un niño que hubiera sido ciego e ignorante hasta ese momento y que milagrosamente hubiera recuperado vista e inteligencia. Así: como astro; sin adentrarme a explicar su composición. Pero vosotros, los de Israel, ni estáis ciegos ni sois ignorantes; desde hace siglos el dedo de Dios os ha abierto los ojos, os ha despejado la mente...».

«Es verdad, Maestro. Pero a pesar de todo estamos ciegos y somos ignorantes».

«Tales os habéis hecho. Y no queréis el milagro de quien os ama».

«Maestro...».

---

* *¿Hablas así a los gentiles?* La respuesta de Jesús a esta pregunta puede ayudar a comprender el motivo de ciertas adaptaciones que las verdades sufren, en la presente Obra, cuando se enseñan a romanos y romanas.

«Es verdad, escriba».

El escriba agacha la cabeza y guarda silencio. Jesús le deja, y va adelante. Al pasar acaricia a Margziam y al hijito del escriba, los cuales se han puesto a jugar con unas piedrecitas multicolores.

Más que una predicación, lo suyo es una conversación con éste o aquel grupo. Pero es una continua predicación porque va resolviendo todas las dudas, aclarando todas las ideas, resumiendo o ampliando cosas ya dichas o conceptos aprehendidos sólo en parte por alguno. Y las horas pasan así...

## 273. La primera multiplicación de los panes.

7 de septiembre de 1945.

[1]Sigue siendo el mismo lugar. Sólo que el Sol ya no viene de oriente, filtrándose por entre el boscaje que bordea el Jordán en este lugar agreste situado junto al desagüe del lago en el lecho del río; viene, igualmente oblicuo, pero de occidente, y va declinando en medio de una gloria de rojo, rasgando el cielo con el sable de sus últimos rayos. Bajo el tupido follaje, ya la luz está muy atenuada y tiende a las equilibradas tonalidades del atardecer. Los pájaros, embriagados del sol habido durante todo el día, del alimento arrebatado a los limítrofes campos, se abandonan a una algazara de gorjeos y cantos en las copas de los árboles. La tarde se pone con las pompas finales del día. 273.1

Los apóstoles se lo hacen notar a Jesús, que siempre adoctrina según los temas que le exponen. «Maestro, la noche se acerca. Este lugar es un desierto, lejos de casas y pueblos, umbrío y húmedo. Dentro de poco aquí ya no será posible vernos, ni andar. La Luna se alza tarde. Despide a la gente para que vaya a Tariquea o a los pueblos del Jordán para comprarse comida y buscar alojamiento».

«No es necesario que se vayan. Dadles vosotros de comer. Pueden dormir aquí, como durmieron mientras me esperaban».

«No nos han quedado más que cinco panes y dos peces, Maestro, ya lo sabes».

«Traédmelos».

«Andrés ve a buscar al niño, que está vigilando la bolsa. Poco antes estaba con el hijo del escriba y otros dos más, fabricándose unas coronitas de flores jugando a los reyes».

[2]Andrés va con diligencia. También Juan y Felipe se ponen a buscar a Margziam entre la muchedumbre, que continuamente se mueve. Le encuentran casi al mismo tiempo, con su bolsa de las provisiones en bandolera, un sarmiento de clemátide arrollado en torno a la 273.2

cabeza y un cinturón, también de clemátide, en que pende, haciendo de espada, un nudo: la empuñadura es el nudo propiamente dicho; la hoja, el tallo de caña de éste. Con él están otros siete, igualmente ataviados, y hácen de cortejo al hijo del escriba, un gracilísimo niño de mirada muy seria, como de quien ha sufrido mucho, el cual, más adornado que los otros, hace de rey.

«Ven, Margziam. ¡El Maestro te requiere!».

Margziam deja plantados a los amigos y va rápidamente, sin quitarse siquiera sus... distintivos florales. Pero le siguen también los otros. Pronto Jesús se ve circundado de una coronita de niños enguirnaldados de flores. Los acaricia mientras Felipe saca de la bolsa un envoltorio con pan dentro y en cuyo centro hay, a su vez envueltos, dos peces grandes: dos quilos de pescado, poco más. Insuficientes incluso para los diecisiete —es más, dieciocho con Manaén— de
273.3 la comitiva de Jesús. [3]Llevan estos alimentos al Maestro.

«Bien. Ahora traedme unos cestos. Diecisiete, como cuantos sois vosotros. Margziam dará la comida a los niños...». Jesús mira fijamente al escriba, que ha estado siempre a su lado, y le pregunta: «¿Quieres dar también tú la comida a quienes tienen hambre?».

«Me gustaría. Pero yo también estoy sin comida».

«Te concedo que des de lo mío».

«Pero... ¿pretendes dar de comer a unos cinco mil hombres, además de las mujeres y los niños, con esos dos peces y esos cinco panes?».

«Sin duda. No seas incrédulo. Quien cree habrá de ver el cumplimiento del milagro».

«¡Oh, entonces sí que quiero repartir el alimento también yo!».

«Que te den un canasto a ti también».

Vuelven los apóstoles con canastos y cestas (anchas y bajas u hondas y estrechas). Y vuelve el escriba con un cesto más bien pequeño. Se comprende que su fe o su incredulidad le han hecho elegir ése como el máximo.

«Está bien. Poned todo aquí delante. Disponed que se siente con orden la muchedumbre; en lo posible, regladamente».

Mientras esto se lleva a cabo, Jesús alza el pan —encima del pan, los peces—. Ofrece, ora, bendice. El escriba no quita ni un instante de Él sus ojos. Luego Jesús divide los cinco panes en dieciocho partes, y los dos peces en dieciocho partes, y pone un trozo de pez —un trocito bien mísero— en cada uno de los canastos. Trocea los dieciocho pedazos de pan: cada pedazo en muchos trozos (muchos relativamente: no más de unos veinte). Cada pedazo troceado en un canasto, con el trozo de pez.

«Y ahora tomad y ofreced hasta la saciedad. Empezad. [4]Ve, Marg- 273.4
ziam, a dárselo a tus compañeros».

«¡Huy, cuánto pesa!» dice Margziam al levantar su canasto, y se dirige en seguida hacia sus pequeños amigos, caminando como quien lleva un peso.

Los apóstoles, los discípulos, Manaén, el escriba, le ven alejarse, perplejos... Luego cogen los canastos y, meneando la cabeza, se dicen unos a otros: «¡El niño está de broma! No pesan más que antes». El escriba mira incluso dentro y, dado que ya allí, en la espesura en que está Jesús, no hay mucha luz —no así más allá, en el calvero, donde todavía hay buena luz—, mete la mano para palpar el fondo.

No obstante, a pesar de la constatación, se encaminan hacia la gente y empiezan a repartir. Dan, dan, dan... De vez en cuando vuelven la cabeza asombrados, cada vez más lejanos, hacia Jesús, el cual, con los brazos cruzados, apoyado en un árbol, sonríe finamente por el estupor de ellos.

La repartición es larga y abundante... El único que no muestra estupor es Margziam, que ríe feliz de poder llenar de pan y pescado el regazo de tantos niños pobres. Es también el primero que vuelve donde Jesús, y dice: «¡He dado mucho, mucho, mucho!... porque sé lo que es el hambre...», y levanta esa carita suya, que ya no se ve demacrada pero que, al recordar, palidece y abre los ojos como platos... Pero Jesús, su Maestro y Protector, le acaricia, y vuelve a sonreír luminosamente ese rostro niño que, confiado, se apoya sobre Él.

Poco a poco van volviendo los apóstoles y los discípulos, enmudecidos de estupor. El último en volver es el escriba, que no dice nada; pero hace un gesto que es más que un discurso: se arrodilla y besa el borde de la túnica de Jesús.

«Tomad vuestra porción y dadme un poco a mí. Comamos el alimento de Dios».

Comen, efectivamente, pan y pescado, cada uno según su necesidad...

[5]Entretanto la gente, sacia, intercambia sus impresiones. Tam- 273.5
bién los que están en torno a Jesús rompen a hablar observando a Margziam que, terminando su pescado, juega con otros niños.

«Maestro» pregunta el escriba «¿por qué el niño ha sentido inmediatamente el peso y nosotros no? Yo incluso he palpado dentro del canasto: seguían siendo los mismos pocos trozos de pan y el único trozo de pescado. He empezado a sentir el peso yendo hacia la muchedumbre. Pero, si hubiera pesado en proporción a cuanto he repartido, habría hecho falta una pareja de mulos para llevarlo, y no el canasto sino un carro, lleno, henchido de comida. Al principio daba es-

caso... luego me he puesto a dar y a dar, y, para no ser injusto, he vuelto a pasar por donde los primeros, y les he vuelto a dar, porque a los primeros les había dado poco. ¡Ha habido suficiente!».

«Yo también he sentido que se hacia pesado el canasto mientras me encaminaba; en seguida he dado mucho, porque he comprendido que habías hecho un milagro» dice Juan.

«Yo, por el contrario, me he parado y me he sentado para volcar en mi regazo el peso y ver... Y he visto muchos panes. Entonces he ido» dice Manaén.

«Yo los he contado incluso, porque no quería quedar en situación ridícula. Eran cincuenta panes pequeños. He dicho: "Se los doy a cincuenta personas y luego regreso". Y he llevado la cuenta. Pero, llegado a cincuenta, el peso seguía igual. He mirado dentro. Había todavía los mismos. He seguido adelante y he repartido cientos de panes. Pero no disminuían nunca» dice Bartolomé.

«Yo, lo confieso, no creía. He cogido los trozos de pan y esa miaja de pescado y los miraba diciendo: "¿Y a quién le sirve esto? ¡Es una broma de Jesús!...". Y estaba mirándolos, mirándolos, escondido detrás de un árbol, esperando y desesperando porque crecieran. Pero eran siempre iguales. Estaba para volverme, cuando ha pasado Mateo diciendo: "¡¿Has visto qué hermosos?!". "¿Qué?" he dicho yo. "¡Pues los panes y los peces!...". "¿Estás loco? Yo sigo viendo trozos de pan". "Ve a repartirlos con fe y verás". He echado dentro del canasto esos pocos trozos de pan y he ido a disgusto... Y luego... ¡Perdóname, Jesús, porque soy un pecador!» dice Tomás.

«No. Eres un espíritu del mundo. Razonas como el mundo».

«Entonces también yo, Señor. Tanto que quería dar una moneda junto con el pan pensando: "Comerán en otro sitio"» dice el Iscariote. «Esperaba ayudarte a salir mejor parado. ¿Qué soy entonces? ¿Cómo Tomás o más todavía?».

«Eres "mundo" mucho más que Tomás».

«¡Y, sin embargo, pensaba dar limosna para ser Cielo! Eran denarios míos particulares...».

«Limosna a ti mismo, a tu orgullo. Y limosna a Dios. Dios no la necesita y la limosna a tu orgullo es culpa, no mérito».

Judas baja la cabeza y calla.

«Yo pensaba que tendría que desmenuzar ese trozo de pez y esos trozos de pan para que llegaran. Pero no dudaba que serían suficientes como número y como alimento. Una gota de agua que das Tú puede alimentar más que un banquete» dice Simón Zelote.

«¿Y vosotros qué pensabais?» pregunta Pedro a los primos de Jesús.

«Nos acordábamos de Caná... y no dudábamos» dice serio Judas.

«¿Y tú, Santiago, hermano mío, pensabas sólo esto?».

«No. Pensaba que fuera un sacramento, como me dijiste... ¿Es así o me equivoco?».

Jesús sonríe: «Es y no es. A la verdad que ha dicho Simón, del poder de nutrición en una gota de agua, debe unirse tu pensamiento en orden a una figura lejana. Pero todavía no es un sacramento».

[6]El escriba conserva entre sus dedos un pedazo de corteza. 273.6

«¿Qué vas a hacer con ello?».

«Un... recuerdo».

«Yo también la conservo. Se la voy a colgar al cuello a Margziam en una pequeña bolsita» dice Pedro.

«Yo se la llevo a nuestra madre» dice Juan.

«¿Y nosotros? Hemos comido todo...» dicen apenados los otros.

«Levantaos. Pasad otra vez con los canastos y recoged lo que ha sobrado. Separad de entre la gente a los más pobres y traédmelos aquí junto con los canastos, y luego id todos, discípulos míos, a las barcas, haceos a la mar e id a la llanura de Genesaret. Yo despido a la gente después de favorecer a los más pobres. Luego os alcanzaré».

Los apóstoles obedecen... y vuelven con doce canastos colmos de restos; los siguen unos treinta mendigos, o personas muy míseras.

«Bien. Podéis marcharos».

Los apóstoles y los de Juan saludan a Manaén y se marchan; obedecen a pesar de estar poco contentos de dejar a Jesús. Manaén espera a despedirse de Jesús cuando ya la muchedumbre, con las últimas luces del día, o se encamina hacia los poblados o busca un sitio para dormir entre los altos y secos juncos. Luego se despide. Antes de él se ha marchado el escriba; es más, uno de los primeros, porque, junto con su hijito, se ha puesto en camino cerrando la fila de los apóstoles.

[7]Una vez que todos se han marchado, o que han caído en el sueño, 273.7
Jesús se levanta, bendice a los que duermen, y a paso lento se dirige hacia el lago, hacia la península de Tariquea, elevada unos metros por encima del lago, cual si fuese un recorte de colina introducido en el lago. Y, llegado a su base, no entrando en la ciudad sino bordeándola, sube el montecillo y se pone en un risco, en oración, frente al azul del lago y al blancor de la noche serena y lunar.

[8]Dice Jesús: «Aquí pondréis la visión del 4 de marzo de 1944: Je- 273.8
sús caminando sobre las aguas».

## 274. Jesús camina sobre las aguas. Su prontitud en socorrer a quien le invoca.

4 de marzo de 1944.

274.1 [1]La tarde está ya avanzada; es casi de noche, porque apenas si se ve por el sendero que trepa hacia la cima de un cerro en que hay, diseminados, árboles de olivo, según me parecen. De todas formas, dada la luz, no puedo asegurarlo. Bueno, son árboles no demasiado altos, frondosos y retorcidos, como generalmente son los olivos.

Jesús está solo. Vestido de blanco y con su manto azul oscuro. Sube y se interna entre los árboles. Camina con paso largo y seguro. No va rápido, pero, debido a lo largo que da los pasos, recorre mucho camino aun yendo sin prisa. Anda hasta llegar a una especie de balcón natural, desde el que uno se asoma al lago; un lago todo calmo bajo la luz de las estrellas que ya abarrotan el cielo con sus ojos de luz. El silencio envuelve a Jesús con su abrazo relajador; le aleja y distrae su memoria de las muchedumbres y de la tierra, y le une al cielo, que parece descender más para adorar al Verbo de Dios y acariciarle con la luz de sus astros.

Jesús ora en su postura habitual, en pie y con los brazos abiertos en cruz. Tiene detrás de su espalda un olivo; parece ya crucificado en este tronco oscuro. Puesto que es alto, el follaje sobresale poco por encima de Él, y substituye con una palabra conforme al Cristo el cartel de la cruz: allí, *Rey de los judíos*; aquí, *Príncipe de la paz*. (El pacífico olivo habla cabalmente a quien sabe oír).

Ora largo tiempo. Luego se sienta en la prominencia que sirve de base al olivo, encima de una gruesa raíz que sobresale, y toma su postura habitual, con las manos entrecruzadas y los codos apoyados sobre las rodillas. Medita. ¡Quién sabrá qué divina conversación entabla con el Padre y el Espíritu en esta hora en que está solo y puede ser todo de Dios! ¡Dios con Dios!

Creo que pasan muchas horas así, porque veo que las estrellas cambian de zona y muchas se han ocultado ya por el occidente.

274.2 [2]En el preciso momento en que un asomo de luz —es más, de luminosidad, porque todavía no se puede llamar luz— se dibuja en el extremo horizonte del Este, una vibración de viento menea el olivo. Luego, calma. Luego vuelve, más fuerte. Con pausas sincopadas cada vez más violentas. La luz del alba, que apenas si acaba de nacer, encuentra dificultad para abrirse camino a través de una acumulación de nubes oscuras que vienen a ocupar el cielo, empujadas por ráfagas de un viento cada vez más fuerte. El lago tampoco está ya sereno; antes al contrario, creo que está formando una borrasca co-

mo la de la visión de la tempestad. El ruido de las frondas y el ronquido de las aguas llenan ahora este espacio, poco antes tan sosegado.

Jesús sale del ensimismamiento de su meditación. Se pone en pie. Mira al lago. Busca en él, a la luz de las estrellas que aún quedan y de la pobre aurora enferma, y ve a la barca de Pedro avanzando fatigosamente hacia la orilla opuesta, pero sin llegar. Jesús se envuelve estrechamente en su manto y se echa a la cabeza, como si fuera una capucha, los bajos (que penden y le dificultarían el descenso); y baja corriendo, no por el camino ya hecho, sino por un senderillo rápido que va directamente al lago. Va tan deprisa, que parece volar.

Llegado a la orilla, sacudida por las aguas, que forman en el guijarral toda una orla de espuma rumorosa y bofa, prosigue su veloz camino como si no andara sobre un elemento líquido y todo en movimiento, sino sobre el más liso y sólido pavimento de la tierra. Ahora Él se hace luz. Parece como si toda la poca luz, que todavía llega de las raras y moribundas estrellas y de la borrascosa aurora, convergiera en Él; parece como si fuera recogida como fosforescencia en torno a su cuerpo esbelto. Vuela en las olas, en las crestas espumosas, en los pliegues oscuros entre ola y ola, con los brazos extendidos hacia adelante, hinchándosele el manto en torno a la cara y flotando al viento —relativamente, porque está muy ceñido al cuerpo— con pulsación de ala.

[3]Los apóstoles le ven y lanzan un grito de miedo que el viento lleva hacia Jesús. 274.3

«No temáis. Soy Yo». La voz de Jesús, a pesar de tener el viento en contra, se expande sin dificultad por el lago.

«¿Eres Tú verdaderamente, Maestro?» pregunta Pedro. «Si eres Tú, dime que vaya a ti caminando como Tú sobre las aguas».

Jesús sonríe: «Ven» dice sencillamente, como si caminar por el agua fuera la cosa más natural del mundo.

Y Pedro, semidesnudo como está, o sea, con una túnica ligera, corta y sin mangas, salta por encima de la borda y va hacia Jesús.

Pero, cuando se encuentra a unos cincuenta metros de la barca y casi a otros tantos de Jesús, se apodera de él el miedo. Hasta ahí le ha mantenido su impulso de amor. Ahora la humanidad le sobrepuja y... tiembla, temiendo por su propia vida. Como quien estuviera sobre un suelo resbaladizo —o mejor, sobre arena movediza—, empieza a bambolearse, a hacer movimientos bruscos, a hundirse. Y cuanto más acciona sus miembros y más miedo tiene, más se hunde.

[4]Jesús se ha detenido y le está mirando, serio. Espera. Pero ni si- 274.4

quiera extiende una mano; es más, tiene ambas manos entrecruzadas sobre el pecho. Ya no da un paso, no dice una palabra.

Pedro se hunde. Desaparecen los tobillos, las espinillas, las rodillas. El agua le llega casi a las ingles, las superan, suben hacia la cintura. Y el terror se lee en su rostro. Un terror que paraliza incluso su pensamiento. No es más que una carne con miedo a ahogarse. No piensa ni siquiera en echarse a nadar. Nada. Está alelado de miedo.

Por fin se decide a mirar a Jesús. Le basta mirarle para que su mente empiece a razonar, a comprender dónde hay salvación. «Maestro, Señor, sálvame».

Jesús abre los brazos y, casi como llevado por el viento y la ola, se apresura hacia el apóstol, le tiende la mano y le dice: «¡Oh, qué hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado de mí? ¿Por qué has querido actuar por ti mismo?».

Pedro, que se ha agarrado convulsamente a la mano de Jesús, no responde. Se limita a mirarle, para ver si está airado, le mira con mezcla de restante miedo y naciente arrepentimiento.

Pero Jesús sonríe y le mantiene bien sujeto por la muñeca, hasta que, habiendo llegado a la barca, superan la borda y suben a bordo. Y Jesús ordena: «Id a la orilla. Éste está empapado». Y sonríe mientras mira al humillado apóstol.

Las olas se allanan para facilitar el arribo. La ciudad, vista otra vez desde lo alto de una colina, ahora se delinea allende la orilla.

La visión me termina aquí.

274.5 [5]Dice Jesús:

«Muchas veces no espero siquiera a ser llamado, cuando veo a hijos míos en peligro. Y muchas veces acudo también en favor del hijo ingrato conmigo.

Vosotros dormís o estáis embebidos en los cuidados de esta vida, en los afanes de esta vida. Yo velo y oro por vosotros. Ángel de *todos* los hombres, velo sobre vosotros, y para mí no hay nada más doloroso que el no poder intervenir por rechazar vosotros mi intervención, prefiriendo actuar por vosotros mismos, o, peor aún, solicitando la ayuda del Mal. Como un padre al que su hijo le da a entender: "No te amo. No te quiero conmigo. Sal de mi casa", quedo humillado y dolorido como no lo estuve por las heridas. Pero si lo que pasa es que estáis distraídos por esta vida y mínimamente no me instáis a que me vaya, entonces soy el eterno Velador dispuesto a acudir antes incluso de ser llamado. Y si espero a que apenas me digáis una palabra —alguna vez lo espero — es para oír vuestra llamada.

¡Qué caricia, qué dulzura oír que me llaman los hombres; percibir que se acuerdan de que soy "Salvador"! Y no te digo qué infinita alegría me penetra y exalta cuando hay alguien que me ama y me llama incluso sin esperar el momento de la necesidad; que me llama porque me quiere más que a nadie en el mundo y se siente llenar de una alegría semejante a la mía por el simple hecho de llamarme: "¡Jesús, Jesús!", como hacen los niños cuando llaman a sus madres: "¡Mamá, mamá!" y les parece como si fluyera miel de entre sus labios, pues el simple hecho de pronunciar la palabra "mamá" conlleva el sabor de los besos maternos.

[6]Los apóstoles bogaban, obedeciendo a mi orden de que fueran a esperarme a Cafarnaúm. Yo, tras el milagro de los panes, me había alejado de la gente, no por desdén hacia ella o por cansancio. 274.6

Nunca sentía desdén hacia los hombres, ni siquiera si conmigo eran malos. Sólo me indignaba cuando veía pisoteada la Ley y profanada la casa de Dios. No estaba entonces en juego Yo, sino los intereses del Padre; y Yo era en la tierra el primero de los siervos de Dios al servicio del Padre de los Cielos. Nunca estaba cansado de dedicarme a las muchedumbres, a pesar de verlas tan obtusas, tardas, humanas, como para hacer perder el ánimo a los más optimistas en su misión. Es más, precisamente por estas grandes deficiencias, multiplicaba hasta el infinito mis lecciones, los consideraba verdaderamente como escolares retrasados y guiaba su espíritu hacia los más rudimentales descubrimientos y pasos primeros, de la misma forma que un paciente maestro guía las manitas inexpertas de los escolares para que tracen los primeros signos, para irlos haciendo cada vez más capaces de comprender y hacer. ¡Cuánto amor di a las gentes! Los cogía de la carne para llevarlos al espíritu. Sí, Yo también empezaba por la carne; pero, mientras que Satanás coge de la carne para meter en el Infierno, Yo cogía de la carne para llevar al Cielo.

Me había aislado para dar gracias al Padre por el milagro de los panes. Habían comido muchos millares de personas. Yo había exhortado a decir al Señor "gracias". Mas el hombre, una vez conseguida la ayuda, no sabe decir "gracias". Di Yo las gracias por ellos.

[7]Y después... y después me había fundido con mi Padre, del cual sentía una nostalgia de amor infinita. Vivía en la tierra, pero como un cadáver inerte. Mi espíritu se había lanzado al encuentro de mi Padre —le sentía inclinado hacia su Verbo— para decirle: "¡Te amo, Padre Santo!". Decirle "te amo" era mi dicha. Decírselo como Hombre además de como Dios. Prosternar ante Él el sentimiento del hombre, de la misma forma que le ofrecía mi palpitar de Dios. Me veía como un imán que atraía hacia sí todos los amores del hombre, 274.7

del hombre capaz de amar un poco a Dios; y me parecía acumularlos y ofrecerlos en la cavidad de mi Corazón. Me veía Yo solo el Hombre, o sea, la raza humana, que volvía —como en los tiempos inocentes— a conversar con Dios con el fresco del atardecer.

Pero no me abstraía de las necesidades de los hombres, a pesar de que la beatitud fuera completa, pues era beatitud de caridad. Y advertí el peligro que corrían mis hijos en el lago. Entonces dejé al Amor por el amor. *La caridad debe ser diligente.*

Me tomaron por un fantasma. ¡Oh, cuántas veces, pobres hijos míos, me tomáis por un fantasma, un objeto que infunde miedo! Si pensarais continuamente en mí, me reconoceríais al momento. Pero tenéis muchos otros espectros en vuestro corazón y ello os aturde. Yo me doy a conocer. ¡Ah, si supierais oírme!

274.8 [8]¿Por qué se hunde Pedro después de haber andado muchos metros? Tú lo has dicho: *porque la humanidad sobrepuja su espíritu.*

Pedro era muy "hombre". Si hubiera sido Juan, ni habría tenido esa violenta osadía ni habría cambiado volublemente de pensamiento. *La pureza da prudencia y firmeza.* Mas Pedro era "hombre" en toda la extensión del término. Deseaba sobresalir, hacer ver que "ninguno" como él amaba al Maestro; quería imponerse y, sólo por el hecho de ser uno de los míos, se creía ya desarraigado de las debilidades de la carne. Sin embargo, ¡pobre Simón!, en las pruebas daba muestras contrarias no sublimes. Ello era necesario, para que luego fuera el que perpetuase la misericordia del Maestro entre la naciente Iglesia.

Pedro no sólo deja la delantera al miedo por el peligro de perder la vida, sino que queda reducido, como has dicho, a "carne que tiembla". Ya no reflexiona, ni me mira. También vosotros hacéis lo mismo. Y, cuanto más inminente es el peligro, más queréis valeros por vosotros mismos. ¡Como si pudierais hacer algo! Nunca como en los momentos en que tendríais que esperar en mí, y llamarme, os alejáis y me clausuráis vuestro corazón, y hasta me maldecís. Pedro no me maldice, pero sí me olvida, con lo cual tengo que manifestar una voluntad imperiosa para llamar hacia mí a su espíritu y que éste le haga levantar los ojos hacia su Maestro y Salvador.

Le absuelvo con antelación de su pecado de duda porque le amo, porque amo a este hombre impulsivo que, una vez confirmado en gracia sabrá caminar ya sin turbaciones ni cansancios hasta el martirio, echando incansablemente, hasta la muerte, su mística red, para llevar almas a su Maestro.

Y cuando me invoca, no sólo ando, sino que vuelo para ayudarle y le agarro bien fuerte para ponerle a salvo. Mi reprensión es delicada

porque comprendo todos los atenuantes de Pedro. Yo soy el defensor y juez más bueno que hay y que jamás habrá. Para todos.

[9]¡Os comprendo, pobres hijos míos! Y aun cuando os digo una pa- 274.9
labra de reprensión, mi sonrisa os la dulcifica. Os amo y nada más. Quiero que tengáis fe. Si la tenéis, llego y os saco del peligro. ¡Ah, si la Tierra supiera decir: "¡Maestro, Señor, sálvame!"! Sería suficiente un grito —habría de ser de toda la Tierra— para que instantáneamente Satanás y sus colaboradores cayeran vencidos. Pero no sabéis tener fe. Voy multiplicando los medios para conduciros a la fe, pero éstos caen en vuestro lodo, como piedra en la fanguilla de un pantano, y quedan ahí sepultados.

No queréis purificar las aguas de vuestro espíritu. Os place ser pútrido fango. No importa. Yo cumplo *mi* deber de Salvador eterno. Aunque no pueda salvar al mundo, porque el mundo no quiere ser salvado, salvaré del mundo a aquellos que, por amarme como debo ser amado, no son ya del mundo».

## 275. Cuatro nuevos discípulos. Jesús habla sobre las obras de misericordia corporal y espiritual.

8 de septiembre de 1945.

[1]Jesús está en las llanuras de Corazín, extendidas a la largo del 275.1
valle del alto Jordán, entre el lago de Genesaret y el de Merón: una campiña llena de viñas en que ya se empieza a vendimiar.

Debe estar aquí desde hace algunos días, porque esta mañana se han unido a Él los discípulos que estaban en Sicaminón —entre éstos, de nuevo Esteban y Hermas—, e Isaac justifica el no haber podido llegar antes porque dice que los que han llegado nuevos y las consideraciones acerca de si era conveniente o no traerlos lo han retrasado. «Pero» sigue diciendo «he pensado que el camino del Cielo está abierto para todos los que tienen buena voluntad, y a mí me parece que éstos, a pesar de ser discípulos de Gamaliel, la tienen».

«Has hablado y obrado bien. Tráemelos aquí».

Isaac se marcha, y regresa con los dos.

«La paz a vosotros. ¿Tan verdadera habéis juzgado la palabra apostólica, que habéis querido uniros a ella?».

«Sí. Y más la tuya. No nos rechaces, Maestro».

«¿Por qué habría de hacerlo?».

«Porque somos de Gamaliel».

«¡¿Y qué?! Yo honro al gran Gamaliel y quisiera tenerle conmigo porque es digno de ello. Sólo le falta esto para que su sabiduría se

convierta en perfección. ¿Qué os ha dicho cuando os habéis despedido de él? Porque os habréis despedido de él, ¿no?».

«Sí. Nos ha dicho: "Dichosos vosotros que podéis creer. Orad porque yo olvide para poder recordar"».

Los apóstoles, que, curiosos, se han apiñado en torno a Jesús, se miran unos a otros y se preguntan en voz baja: «¿Qué ha querido decir? ¿Qué quiere? ¿Olvidar para recordar?».

Jesús oye este cuchicheo y explica: «Quiere olvidar *su* sabiduría para asumir la mía. Quiere olvidar que es el rabí Gamaliel para acordarse de que es un hijo de Israel que espera al Cristo. Quiere olvidarse de sí mismo para acordarse de la Verdad».

«Gamaliel no miente, Maestro» interviene Hermas disculpándole.

«No. Lo engañoso es la maraña de pobres palabras humanas, las palabras que ocupan el puesto de la Palabra; hay que olvidarlas, despojarse de ellas, acercarse desnudo y virgen a la Verdad, para ser vestido y fecundado. Esto requiere humildad. El escollo...».

«¿Entonces nosotros también tenemos que olvidar?».

«Sin duda. Olvidar todo lo que es cosa de hombre. Recordar todo lo que es cosa de Dios. Venid. Vosotros podéis hacerlo».

«*Queremos* hacerlo» asegura Hermas.

«¿Habéis vivido ya la vida de los discípulos?».

«Sí. Desde el día en que supimos que habían matado al Bautista. La noticia llegó muy rápida a Jerusalén, por boca de los cortesanos y principales de Herodes. Su muerte nos sacó del entorpecimiento» responde Esteban.

«La sangre de los mártires siempre significa vida para los pusilánimes, Esteban; no lo olvides».

275.2 «Sí, Maestro. [2]¿Vas a hablar hoy? Siento hambre de tu palabra».

«Ya he hablado. Pero hablaré más, mucho, a vosotros discípulos. Los compañeros vuestros, los apóstoles, han empezado ya su misión tras una activa preparación. Pero no son suficientes para las necesidades del mundo. Y es preciso tener todo hecho dentro de los márgenes de tiempo. Yo soy como quien tiene un plazo y antes de que termine ese tiempo tiene que tener todo hecho. Os pido, a todos, ayuda, y ayuda os prometo y un futuro de gloria en nombre de Dios».

La penetrante mirada de Jesús detecta a un hombre todo arropado en un manto de lino: «¿No eres el sacerdote Juan?».

«Sí, Maestro. El corazón de los judíos es áspero como la quebrada maldita. He huido para buscarte».

«¿Y el sacerdocio?».

«La lepra fue la primera que me expulsó del sacerdocio; luego

fueron los hombres, porque te amo. Tu Gracia me aspira hacia sí: hacia ti; ella también me arroja de un lugar profanado para conducirme a lugar puro. Tú me has purificado, Maestro, en el cuerpo y en el espíritu. Una cosa pura no puede acercarse a una cosa impura; sería una ofensa para quien ha purificado».

«Tu juicio es severo, pero no injusto».

«Maestro, las fealdades de la familia son patentes sólo a quienes viven en ella, y no deben manifestarse sino a la persona de recto corazón. Tú lo eres. Y además Tú sabes las cosas. A otros no se lo diría. Aquí estamos Tú, tus apóstoles, y otros dos que también saben como Tú y como yo. Por tanto...».

«Bien. Pero... ¡¿Tú también?! ¡Paz a ti! ¿Has venido para ofrecer más comida?».

«No. He venido por tu alimento».

«¿Se te ha malogrado la cosecha?».

«¡No! ¡Nunca tan rica! Maestro mío, busco otro pan y otra cosecha: los tuyos. Tengo conmigo al leproso que curaste en mis tierras. Ha vuelto a su patrón. Pero tanto él como yo tenemos ahora un patrón al que seguir y servir: Tú».

«Venid. Uno, dos, tres, cuatro... ¡Buena recolección! Pero, ¿habéis reflexionado sobre vuestra posición en el Templo? Vosotros ya sabéis, Yo también... y no digo más...».

«Soy hombre libre y voy con quien quiero» dice el sacerdote Juan.

«Yo también» dice el último que ha llegado, el escriba Juan, que es el que el sábado dio comida al pie del monte de las Bienaventuranzas.

«Y nosotros también» dicen Hermas y Esteban. Y Esteban añade: «Háblanos, Señor. No sabemos en qué consiste exactamente nuestra misión. Danos lo mínimo para poderte servir inmediatamente. El resto vendrá mientras te seguimos».

«Sí. En el monte hablaste de las bienaventuranzas. Ello era lección para nosotros. Pero, respecto a los demás, en el segundo amor, el del prójimo, ¿qué debemos hacer?» pregunta el escriba Juan.

[3]«¿Dónde está Juan de Endor?» pregunta, por toda respuesta, 275.3
Jesús.

«Allí, Maestro, con aquellos curados».

«Que venga aquí».

Acude Juan de Endor. Jesús le pone la mano en el hombro, con especial saludo, y dice: «Pues bien, voy a hablar ahora. Quiero teneros delante de mí a vosotros que lleváis nombre santo: tú, mi apóstol; tú, sacerdote; tú, escriba; tú, Juan del Bautista; y tú, por último,

cerrando la corona de gracias concedidas por Dios. Y, aunque te nombre el último, sabes que no eres el último en mi corazón. Un día te prometí estas palabras que voy a decir. Recíbelas».

Y Jesús, como hace habitualmente, sube a un pequeño ribazo, para que todos puedan verle. Tiene en frente, en primera fila, a los cinco Juanes. Detrás de éstos, el nutrido grupo de los discípulos mezclado con la multitud de los que, de todas las partes de Palestina, han venido por necesidad de salud o de palabra.

275.4 [4]«Paz a todos vosotros. La sabiduría descienda sobre vosotros.

Escuchad. Un día ya lejano uno me preguntó si Dios es misericordioso con los pecadores y hasta qué punto lo es. Quien lo preguntaba era un pecador que había sido perdonado y que no lograba convencerse del absoluto perdón de Dios. Yo por medio de parábolas le calmé, le conforté y prometí que para él hablaría siempre de misericordia, para que su corazón arrepentido —que, cual niño extraviado, lloraba dentro de él— se sintiera seguro de ser ya propiedad de su Padre del Cielo.

Dios es Misericordia porque es Amor. El siervo de Dios debe ser misericordioso para imitar a Dios.

Dios se sirve de la misericordia como de un medio para atraer hacia sí a los hijos descarriados. El siervo de Dios debe servirse de la misericordia como de un medio para llevar a Dios a los hijos descarriados.

El precepto del amor es obligatorio para todos. Pero debe ser triplemente obligatorio en los siervos de Dios. No se conquista el Cielo si no se ama. Decir esto es suficiente para los creyentes. A los siervos de Dios les digo: "No se hace conquistar el Cielo a los creyentes si no se los ama con perfección".

¿Y vosotros, quiénes sois, vosotros que os ceñís aquí alrededor de mí? Por lo general sois criaturas que tendéis a la vida perfecta, a la vida bendita, fatigosa, luminosa, del siervo de Dios, del ministro de Cristo. ¿Cuáles son vuestros deberes en esta vida de siervo y ministro? Un amor total a Dios, un amor total al prójimo. Vuestra finalidad: servir. ¿Cómo? Restituyendo a Dios a aquellos que el mundo, la carne, el demonio le han arrebatado. ¿En qué modo? Con el amor: el amor que tiene mil formas para desarrollarse, y un único fin: hacer amar.

275.5 [5]Pensemos en nuestro hermoso Jordán. ¡Qué imponente, a su paso por Jericó! Pero, ¿era así en su nacimiento? No. Era un hilo de agua, y lo hubiera seguido siendo si hubiera estado siempre solo. Mas he aquí que de los montes y collados, de una y otra ribera de su valle, desciende un sinfín de afluentes, unos solos, otros ya formados

de cien regatos; y todos desaguan en el lecho que va creciendo y creciendo hasta convertirse, del delicado riachuelo de plata azul que reía y jugaba en su niñez de río, en el amplio, solemne, pacífico río que inserta una cinta de azul celeste entre las feraces riberas de esmeralda.

Así es el amor. Un hilo inicial en los párvulos del camino de la Vida, que apenas si saben salvarse del pecado grave por temor al castigo; luego, prosiguiendo en el camino de la perfección, he aquí que de las montañas de lo humano, agrestes, áridas, soberbias, duras, se exprimen, por voluntad de amor, multitud de riachuelos de esta principal virtud; y todo sirve para que ésta mane y brote: los dolores, las alegrías, de la misma forma que sobre los montes sirven para formar riachuelo las nieves heladas y el sol que las derrite. Todo sirve para abrir a éstas el camino: la humildad como el arrepentimiento; todo sirve para llevarlas al río principal. Porque el alma, impulsada por ese Camino, se complace en bajar al anonadamiento del *yo*, aspirando a subir de nuevo, atraída por el Sol-Dios, una vez transformada en río caudaloso, hermoso, benefactor.

Los regatos que nutren el arroyo embrional del amor de temor son, además de las virtudes, las obras que las virtudes enseñan a cumplir; las obras que, precisamente por ser regatos de amor, son de misericordia. Examinémoslas juntos. Algunas ya eran conocidas por Israel, otras os las doy a conocer Yo, porque mi ley es perfección de amor.

[6]*Dar de comer a los hambrientos.* 275.6

Es deber de gratitud y amor. Deber de imitación. Los hijos se sienten agradecidos a su padre por el pan que les procura, y, cuando se hacen hombres, le imitan procurando pan a sus hijos; y también procuran con su propio trabajo el pan a su padre, ya incapacitado para el trabajo por la edad: es ésta una amorosa restitución, obligada restitución de un bien recibido. Lo dice el cuarto precepto: "Honra a tu padre y a tu madre". También es honrar su canicie no reducirlos a mendigar el pan de otros.

Pero antes del cuarto está el primer precepto: "Ama a Dios con todo tu ser" y el segundo: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". Amar a Dios por sí mismo y amarle en el prójimo es perfección. Se le ama dando pan a quien tiene hambre, en recuerdo de cuantas veces Él sació el hambre del hombre con milagros.

Mas no nos fijemos sólo en el maná y las codornices, fijémonos también en el milagro continuo del trigo que germina por bondad de Dios, que ha dado la tierra capaz de ser cultivada, y que regula los vientos, lluvias, estaciones, para que la semilla se haga espiga y la

espiga pan. ¿No ha sido, acaso, milagro de su misericordia el haber enseñado con luz sobrenatural al hijo culpable que esos tallitos altos y finos, terminados en granazón de semillas de oro con caliente fragancia de sol, encerradas dentro de la dura capa de escamas espinosas, eran alimento que había que recolectar, y quitarle la cáscara, molerlo, amasarlo, cocerlo? Dios ha enseñado todo esto; cómo recolectarlo, limpiarlo, molerlo, amasarlo y cocerlo. Puso las piedras junto a las espigas, puso el agua junto a las piedras; encendió, con tornasoles de agua y sol, el primer fuego sobre la tierra, y el viento trajo granos y los colocó encima del fuego, y ardieron emanando agradable fragancia, para que el hombre entendiera que mejor que cuando se saca de la espiga, como es uso de las aves, o como glutinoso amasijo de harina empapada de agua, es cuando el fuego le tuesta.

¿No pensáis, vosotros que ahora coméis el buen pan cocido en el horno familiar, en cuánta misericordia significa el hecho de haber llegado a este acabado de la cocción?, ¿cuánto camino se ha hecho recorrer al conocimiento humano desde la primera espiga masticada como hace el caballo hasta el pan actual? ¿Y quién lo ha hecho? El que da el pan. Y lo mismo para todos los otros alimentos que el hombre, por benéfica luz, ha sabido detectar entre las plantas y los animales con que el Creador ha cubierto la faz de la tierra, lugar de castigo paterno para el hijo culpable.

Dar, pues, de comer a los hambrientos es oración de gratitud al Señor y Padre que nos da de comer, y es imitar al Padre, de quien tenemos semejanza dada gratis, y que es necesario aumentar cada vez más imitando sus acciones.

275.7 *Dar de beber a los sedientos.*

¿Habéis pensado alguna vez que sucedería si el Padre no hiciera llover las aguas? Pues bien, si dijera: "Por vuestra dureza para con quien tiene sed, impediré a las nubes que desciendan a la tierra", ¿podríamos protestar y maldecir? El agua, más incluso que el trigo, es de Dios; porque el trigo es cultivado por el hombre, mas sólo Dios cultiva los campos de las nubes que descienden en forma de lluvias o rocíos, de nieblas o nieves, y nutren campos y aljibes, y colman ríos y lagos, recibiendo así a los peces que, junto con otros animales, sacian al hombre. ¿Podéis, pues, responder a quien os dice: "Dame de beber": "No. Esta agua es mía y no te la doy"? ¡Mentirosos! ¿Quién de vosotros ha hecho un solo copo de nieve o una sola gota de lluvia?, ¿quién ha evaporado un solo diamante de rocío con *su* calor astral? Ninguno. Es Dios quien lo hace. Y si las aguas descienden del cielo y vuelven a subir es sólo porque Dios regula esta parte de creación, como regula el resto.

Dad pues la buena agua fresca de las venas del suelo, o la pura de vuestro pozo, o la que ha llenado vuestras cisternas, a quien tiene sed. Son aguas de Dios. Y son para todos. Dadlas a quien tiene sed. Por una obra tan pequeña, que no os cuesta dinero, que no requiere más trabajo que el de acercar una taza o una jarra, os digo que seréis recompensados en el Cielo. Porque no ya el agua sino la obra de caridad es grande ante los ojos y el juicio de Dios.

[8]*Vestir a los desnudos.* 275.8

Pasan por los caminos de la tierra personas necesitadas desnudas, avergonzadas, en condiciones que da pena. Son ancianos abandonados, inválidos por enfermedades o desgracias, leprosos que por la bondad del Señor regresan a la vida, viudas cargadas de hijos, personas a quienes un infortunio ha privado de todo lo que significa comodidad, o huerfanitos inocentes. Si tiendo mi mirada por la vasta tierra, por todas partes veo personas desnudas o cubiertas de andrajos que apenas si resguardan la decencia y no amparan del frío; y estas personas miran con ojos descorazonados a los ricos que pasan envueltos en esponjosas vestiduras, cubiertos sus pies con suave calzado: descorazonados con bondad, los buenos; con odio, los menos buenos. ¿Por qué no aligeráis su desaliento, y los hacéis mejores si ya son buenos o destruís el odio si son menos buenos, con vuestro amor?

No digáis: "Sólo me alcanza para mí". Como para el pan, siempre hay algo más de lo necesario en la mesa y en los armarios de quien no es un completo desvalido. Entre los que me estáis escuchando hay más de uno que ha sabido, de un vestido que ya no se usaba por estar deteriorado, sacar un vestidito para un huérfano o para un niño pobre, y de una sábana vieja hacer pañales para un inocente que no los tenía; y hay uno que, siendo él un pordiosero, supo compartir durante años el pan mendigado trabajosamente con quien, por la lepra, no podía ir extendiendo la mano por las puertas de los ricos. Pues bien, en verdad os digo que estos misericordiosos no han de buscarse entre los poseedores de bienes, sino entre las humildes huestes de los pobres, que, por serlo, saben lo penosa que es la pobreza.

También en este caso, como para el agua y el pan, pensad que la lana y el lino con que os vestís provienen de animales y plantas creadas por el Padre no sólo para los hombres ricos, sino para todos los hombres. Porque Dios ha dado una sola riqueza al hombre, la suya, que es la riqueza de la Gracia, de la salud, de la inteligencia. No la contaminada riqueza del oro, que habéis elevado —de metal no más bonito que los demás, y mucho menos útil que el hierro, con el cual se hacen layas y arados, gradas y hoces, cinceles, martillos, sierras,

cepillos para los carpinteros, las santas herramientas del santo trabajo— a metal noble; lo habéis elevado a una nobleza inútil, engañosa, por instigación de Satanás, que, de hijos de Dios, os ha reducido a seres salvajes como fieras. ¡La riqueza de lo santo os había puesto en condiciones de santificaros cada vez más! ¡No esta riqueza que tanta sangre y lágrimas hace brotar!

Dad como se os ha dado. Dad en nombre del Señor, sin temor a quedaros desnudos. Mejor sería morir de frío por haberse desnudado en favor del mendigo, que congelar el corazón, aun estando cubierto por esponjosas vestiduras, por falta de caridad. El suave calor del bien cumplido es más dulce que el de un manto de purísima lana, y la carne vestida del pobre habla a Dios y dice: "Bendice a quien nos ha cubierto".

275.9 [9]Si dar de comer, dar de beber, vestir, privándose uno a sí mismo para dar a los demás, une la santa templanza a la santísima caridad, y también la bienaventurada justicia, por la cual se modifica con santidad la suerte de los hermanos infelices, dando de lo que no sin el permiso de Dios abundantemente tenemos, en pro de quien, o por la maldad de los hombres o por enfermedad, carece de ello, *hospedar a los peregrinos* une la caridad a la confianza y al recto pensamiento sobre el prójimo. Sabed que éstas son también virtudes. Virtudes que denotan, en quien las posee, además de caridad, honestidad. Porque el que es honesto obra bien, y, dado que se piensa que los demás actúan como habitualmente actuamos, sucede que la confianza, la sencillez, que creen que las palabras de los demás son verdaderas, denotan que el que escucha estas palabras dice la verdad en las cosas grandes y pequeñas, por lo que no desconfía de lo que los demás manifiestan.

¿Por qué pensar, frente al peregrino que os pide hospedaje: "¿Y si luego es un ladrón o un homicida?"? ¿Tanta estima tenéis de vuestras riquezas, que os echáis a temblar por ellas ante cada extraño que llega? ¿Tanta estima tenéis de vuestra vida, que os acurrucáis de horror al pensar que os podáis quedar sin ella? ¿Acaso creéis que Dios no puede defenderos de los ladrones? ¿Acaso teméis que en el viandante se cele un ladrón y no tenéis miedo del tenebroso huésped que os despoja de aquello que es insustituible? ¡Cuántos hospedan en su corazón al demonio! Podría decir: Todos alojan el pecado capital, y ninguno tiembla por ello. ¿Entonces sólo es precioso el bien de la riqueza y la existencia? ¿No será más valiosa la eternidad, que os dejáis arrebatar y matar por el pecado? ¡Pobres almas, pobres almas despojadas de su tesoro, entregadas a las manos de los asesinos —así, sin más, como si tuviera poca importancia—, mientras que se

abaluartan las casas, se meten cerrojos, perros, cajas de seguridad, para defender las cosas que no nos llevamos a la otra vida!

¿Por qué querer ver en cada peregrino un ladrón? Somos hermanos. La casa se abre para los hermanos que van de paso. ¿No es de nuestra misma sangre el peregrino? ¡Sí! Es sangre de Adán y Eva! ¿No es nuestro hermano? ¡Claro que sí! El Padre es uno sólo: Dios, que nos ha dado un alma igual, de la misma forma que a los hijos de un mismo lecho un solo padre da una misma sangre. ¿Es pobre? Haced que vuestro espíritu, privado de la amistad del Señor, no sea más pobre que él. ¿Lleva un vestido roto? Haced que no esté más rota vuestra alma por el pecado. ¿Su pie está lleno de barro o polvoriento? Haced que vuestro *yo* no esté más deteriorado por los vicios, que sucias sus sandalias por tanto camino hecho, rotas por haber andado mucho. ¿Su aspecto es desagradable? Haced que no lo sea más el vuestro ante los ojos de Dios. ¿Habla una lengua extranjera? Haced que el lenguaje de vuestro corazón no sea incomprensible en la ciudad de Dios.

Ved en el peregrino a un hermano. Todos somos peregrinos en camino hacia el Cielo, todos llamamos a las puertas que hay a lo largo del camino que va al Cielo; las puertas son los patriarcas y los justos, los ángeles y los arcángeles, a los cuales nos encomendamos para recibir ayuda y protección y así llegar a la meta sin caer exhaustos en la obscuridad de la noche, en medio de la crudeza del hielo, víctimas de las asechanzas de los lobos y chacales de las malas pasiones, y de los demonios. De la misma forma que queremos que los ángeles y los santos nos abran su amor para recibirnos e infundirnos nuevo aliento para proseguir el camino, hagamos lo mismo nosotros con los peregrinos de la tierra. Por cada vez que abramos la casa y los brazos, saludando con el dulce nombre de hermano a un desconocido, pensando en Dios que le conoce, os digo que habrán quedado recorridas muchas millas del camino que va al Cielo.

[10]*Visitar a los enfermos.* 275.10

¡Oh, verdaderamente todos los hombres, de la misma forma que son peregrinos, están enfermos! ¡Verdaderamente las enfermedades más graves son las del espíritu; las invisibles y mayormente letales! Y, a pesar de ello, de éstas no se siente asco; no repugna la llaga moral, no produce náuseas el hedor del vicio, no da miedo la locura demoniaca, no horroriza la gangrena de un leproso del espíritu, no pone en fuga el sepulcro lleno de podredumbre de un hombre de corazón corrompido y putrefacto, no implica anatema acercarse a una de estas impurezas vivientes. ¡Oh, cuán pobre y pequeño es el pensamiento del hombre!

Decidme: ¿qué vale más, la carne y la sangre o el espíritu?, ¿puede lo material corromper, por proximidad, a lo incorpóreo? No, os digo que no. El espíritu tiene infinito valor respecto a la carne y la sangre; esto sí. Pero, que tenga más poder la carne que el espíritu, no. Y el espíritu puede ser corrompido por cosas espirituales, no por cosas materiales. No porque uno cuide a un leproso queda contaminado de lepra en su espíritu; antes al contrario, por la caridad ejercitada hasta el punto de aislarse en valles de muerte por piedad hacia el hermano, cae de él toda mancha de pecado. Porque la caridad es absolución del pecado y la primera de las purificaciones.

Que vuestro pensamiento inicial sea siempre: "¿Qué querría que hicieran conmigo, si estuviera como éste?". Y obrad como quisierais que se obrase con vosotros.

Ahora todavía Israel tiene sus antiguas leyes. Mas llegará un día, cuya aurora no está muy lejana, en que se venerará como símbolo de absoluta belleza la imagen de Uno en quien quedará reproducido materialmente el Varón de dolores de Isaías y el Torturado del salmo davídico; Aquel que, por haberse hecho semejante a un leproso, vendrá a ser el Redentor del género humano; a sus llagas acudirán —como los ciervos a los manantiales— todos los sedientos, los enfermos, los exhaustos, los que sobre la faz de la tierra lloran, y Él calmará su sed, los curará, los reanimará, consolará su espíritu y su carne; será aspiración de los mejores hacerse como Él, cubiertos de llagas, exangües, maltratados, coronados de espinas, crucificados, por amor de los hombres necesitados de redención, continuando la obra del Rey de los reyes y Redentor del mundo. Vosotros, que todavía sois Israel, pero que ya estáis echando las alas para volar al Reino de los Cielos, tened desde ahora esta concepción y valoración nueva de las enfermedades, y, bendiciendo a Dios que os mantiene sanos, avecinaos a los que sufren y mueren.

Un apóstol mío dijo un día a su hermano: "No temas tocar a los leprosos. No se nos pega ninguna enfermedad por voluntad de Dios". Bien dijo. Dios tutela a sus siervos. Pero, en el caso de que fuerais contagiados cuidando a los enfermos, cual mártires del amor seréis introducidos en la otra vida.

275.11 [11]*Visitar a los presos.*

¿Creéis que en las cárceles están sólo los delincuentes? La justicia humana tiene un ojo ciego y el otro alterado por perturbaciones visuales, y es así que ve camellos donde hay nubes o confunde una serpiente con una rama florecida. Juzga mal. Y peor todavía porque es frecuente que el que la dirige cree nubes de humo para que la justicia vea peor aún. Pero, aunque todos los presos fueran ladrones y

homicidas, no es justo que nosotros nos hagamos ladrones y homicidas quitándoles la esperanza del perdón con nuestro desprecio.

¡Pobres presos! Sintiéndose bajo el peso de su delito, no se atreven a alzar los ojos a Dios. En verdad, cargan sus cadenas más el espíritu que los pies. Pero, ¡ay si desesperan de Dios!: unen entonces a su delito hacia el prójimo el de la desesperación de obtener perdón. La cárcel, como la muerte en el patíbulo, es expiación. Pero no basta con pagar la parte debida a la sociedad humana por el delito cometido; hay que pagar también, y principalmente, la parte debida a Dios, para expiar, para obtener la vida eterna. Y el que es rebelde y está desesperado sólo expía respecto a la sociedad. Al condenado o al prisionero vaya el amor de los hermanos. Será una luz entre las tinieblas. Será una voz. Será una mano que señala hacia lo alto, mientras la voz dice: "Que mi amor te exprese que también Dios te ama, Él, que me ha puesto en el corazón este amor hacia ti, hermano desventurado", y la luz permite vislumbrar a Dios, Padre compasivo.

Con mayor razón aún, vaya vuestra caridad para consuelo de los mártires de la injusticia humana, de los que no son culpables de ninguna manera, o de aquellos que han sido conducidos a matar por una fuerza cruel. No añadáis vuestro juicio donde ya se ha juzgado. No sabéis la razón de por qué un hombre pudo matar. No sabéis tampoco que muchas veces el que mata no es sino un muerto, un autómata carente de razón porque un incruento asesino se la ha quitado con la mezquindad de una cruel traición. Dios sabe las cosas. Basta. En la otra vida se verán muchos de las cárceles, muchos que mataron y robaron, en el Cielo, y se verán muchos, que parecieron sufrir robo y muerte homicida, en el Infierno, porque, en realidad, los verdaderos ladrones de la paz, honradez, confianza ajenas, los verdaderos asesinos de un corazón, fueron ellos: las pseudo-víctimas: víctimas sólo en cuanto que recibieron en el extremo momento el golpe, pero después de que durante años, en el silencio, lo habían descargado ellos. El homicidio y el hurto son pecados. Pero, entre quien mata y roba arrastrado por otros a estas acciones y luego se arrepiente, y quien induce a otros al pecado y no se arrepiente de ello, recibirá mayor castigo el que induce al pecado sin sentir remordimiento.

Por tanto, no juzgando nunca, sed compasivos con los presos. Pensad siempre que, si fueran castigados todos los homicidios y robos del hombre, pocos hombres y mujeres no morirían en las cárceles o en los patíbulos.

¿Esas madres que conciben y luego no quieren traer a la luz el propio fruto, cómo habrán de llamarse? ¡No hagamos juegos de palabras! Digámosles sinceramente su nombre: "Asesinas". ¿Los hombres

que roban reputaciones y puestos, cómo los llamaremos? Pues sencillamente como lo que son: "Ladrones". ¿Esos hombres y mujeres que, por ser adúlteros o por ser atormentadores familiares para con los suyos, impulsan a éstos al homicidio o al suicidio —y lo mismo los grandes de la tierra que llevan a la desesperación a sus subordinados, y con la desesperación a la violencia—, qué nombre tienen? Éste: "Homicidas". ¿Y entonces? ¿No huye ninguno? Ya veis que se vive sin darle mayor importancia a la cosa en medio de estos presidiarios escapados a la justicia, que llenan las casas y las ciudades, que nos pasan rozando por las calles y duermen en las posadas con nosotros y con nosotros comparten la mesa. ¿Y quién está libre de pecado?

Si el dedo de Dios escribiera en la pared de la sala en que celebran su festín los pensamientos de los hombres —en la frente— las acusadoras palabras de lo que fuisteis, sois o seréis, pocas frentes llevarían escrita, con letras de luz, la palabra "inocente". Las otras frentes, con letras verdes como la envidia, o negras como la traición, o rojas como el delito, llevarían las palabras "adúlteros", "asesinas", "ladrones", "homicidas".

Sed pues, sin soberbia, misericordiosos para con los hermanos menos afortunados, humanamente, que están en las cárceles expiando lo que vosotros no expiáis por la misma culpa: saldrá beneficiada vuestra humildad.

275.12 [12]*Enterrar a los muertos.*

La contemplación de la muerte es escuela de la vida. Quisiera poder conduciros a todos ante la muerte y decir: "Sabed vivir como los santos para sufrir sólo *esta* muerte: pasajera separación del cuerpo del espíritu, para luego resucitar en triunfo eternamente, reintegrados, dichosos".

Todos nacemos desnudos. Todos morimos y venimos a ser restos destinados a corromperse. Reyes o pordioseros, así se nace, así se muere. Y aunque el fasto del rey permita una más duradera conservación del cadáver, sigue siendo la desintegración el destino de la carne muerta. Las mismas momias, ¿qué son? ¿Carne? No. Materia fosilizada por las resinas, lignificada. No será víctima de los gusanos, por haber sido vaciada y quemada por los extractos, mas sí de la carcoma, como una madera vieja.

Pero el polvo se convierte de nuevo en polvo, porque así lo ha dicho Dios. Y a pesar de todo, por el solo hecho de que este polvo haya envuelto al espíritu y por éste haya sido vivificado, hay que pensar que, cual cosa que ha tocado una gloria de Dios —tal es el alma del hombre—, hay que pensar que es polvo santificado de forma no distinta de los objetos que han estado en contacto con el Tabernáculo.

Al menos hubo un momento en que el alma fue perfecta: mientras el Creador la creaba. Si después la Mancha la desfiguró, quitándole perfección, no obstante, por el solo hecho de su Origen ya comunica belleza a la materia, y por esa belleza que viene de Dios el cuerpo se embellece y merece respeto. Somos templos y, como tales, merecemos honor, de la misma forma que siempre reciben honor los lugares en que estuvo el Tabernáculo.

Dad, pues, a los muertos la caridad de un descanso venerado en espera de la resurrección, viendo en la admirable armonía del cuerpo humano la mente divina que lo ideó y el divino pulgar que lo modeló con perfección, y venerando incluso en el cadáver la obra del Señor.

[13]Pero el hombre no es solamente carne y sangre. Es también alma y pensamiento. También éstos sufren y deben ser socorridos misericordiosamente. 275.13

Hay *ignorantes* que hacen el mal sólo porque no conocen el bien. ¡Cuántos, que no saben, o saben mal, las cosas de Dios y las leyes morales! Cual hambrientos flaquean porque nadie les da de comer, caen en el marasmo por falta de verdades que los nutran. Id e instruidlos, pues para esto os reúno y envío. Dad el pan del espíritu para el hambre de los espíritus.

*Instruir a los que no saben* corresponde, en lo espiritual, *a dar de comer a los hambrientos*; y, si ofrecer un pan al cuerpo que flaquea, de forma que ese día no muera, será premiado, ¿qué premio recibirá aquel que dé de comer a un espíritu hambriento de verdades eternas y le dé así eterna vida? No seáis avaros de lo que sabéis. Os ha sido dado gratis y sin medida. Dadlo sin avaricia, porque es cosa de Dios como el agua del cielo y ha de darse como se nos da a nosotros. No seáis avaros, y tampoco soberbios, de lo que sabéis. Antes bien, dad con humilde generosidad.

[14]Y dad el alivio límpido y benéfico de la *oración a los vivos y a los muertos* que tienen sed de gracias. No se debe negar el agua a las gargantas sedientas. ¿Y qué se deberá dar a los corazones de los vivos angustiados; qué, a los espíritus en pena de los muertos? Oraciones, oraciones activas, de amor y espíritu de sacrificio; por tanto, fecundas. 275.14

La oración debe ser verdadera, no mecánica como sonido de rueda en el camino. ¿Qué hace avanzar al carro, el sonido o la rueda? La rueda, que se consume para hacerle avanzar. Lo mismo para la oración vocal y mecánica y la oración activa. La primera es sonido, nada más; la segunda es obra en que se desgastan las fuerzas y crece el sufrimiento: pero se obtiene la finalidad. Orad más con el sacrificio que con los labios, y proporcionaréis alivio a los vivos y a los muer-

tos, haciendo la segunda obra de misericordia espiritual. Las oraciones de los que *saben* orar salvarán más al mundo que las fragorosas, inútiles, mortíferas batallas.

275.15 [15]Hay muchas personas con saber en el mundo, pero que no saben creer con firmeza. Titubean, titubean, como aferrados por dos sogas opuestas, y no caminan ni un solo paso; se cansan las fuerzas y no se logra nada. Son *los vacilantes*. Son los de los "pero", los de los "si", los de los "¿y luego?"; los de las preguntas: "¿Será así?", "¿Y si no fuera así?", "¿Voy a poder?", "¿Y si no lo logro?", etc. Son esos convólvulos que si no encuentran dónde agarrarse no suben; y, aunque lo encuentren, se bambolean para un lado o para otro, y no sólo hay que procurarles el soporte, sino que hay que colocarlos en él a cada cambio de la jornada. ¡Verdaderamente hacen practicar la paciencia y la caridad más que un párvulo retrasado!

¡Pero, en nombre del Señor, no los abandonéis! Dad toda la fe luminosa, la fortaleza ardiente, a estos prisioneros de sí mismos, de su enfermedad neblinosa. Guiadlos hacia el sol y hacia lo alto. Sed maestros y padres para con estas personas inseguras. Sin cansancios ni impaciencias. ¿Que le hacen caérsele el alma a los pies a uno? Muy bien. También vosotros muchas veces me la hacéis caer a mí, y más todavía al Padre que está en el Cielo, que debe pensar muchas veces que parece inútil el que la Palabra se haya hecho Carne, ya que el hombre, aun oyendo hablar ahora al Verbo de Dios, sigue dudando. ¡No querréis ya presumir de estar por encima de Dios y de mí!

Abrid, pues, las cárceles a estos prisioneros de los "pero" y de los "si". Romped las cadenas de los "¿voy a poder?", "¿si no lo logro?". Persuadidlos de que basta con hacer lo mejor posible todo; Dios está contento así. Y, si los veis deslizarse y caer de su soporte, no paséis de largo; levantadlos otra vez; como hacen las madres, que no siguen su camino si su pequeñuelo se cae, sino que se paran, le levantan, le limpian, le consuelan, le sujetan, hasta que se le pasa el miedo de caerse otra vez; y esto lo hacen durante meses y años si el niño es débil de piernas.

275.16 [16]*Vestid a los desnudos del espíritu* perdonando a quien os ofende. La ofensa es anticaridad. La anticaridad desnuda de Dios. Por tanto, quien ofende se queda desnudo, y sólo el perdón del ofendido devuelve los vestidos a la desnudez, porque los lleva de nuevo Dios. Dios espera a que el ofendido haya perdonado para perdonar. Perdonar tanto al que ha sido ofendido por el hombre como al ofensor del hombre y de Dios. Porque, ¡digámoslo claramente!, ninguno está libre de ofensas a su Señor. Pero Dios nos concede el perdón si nosotros se lo concedemos al prójimo, y se lo concede a este prójimo si el

ofendido por éste perdona. Seréis tratados de la misma forma como os comportéis con los demás.

Perdonad, pues, si queréis perdón, y exultaréis en el Cielo por la caridad que habéis dado, como por un manto de estrellas colocado sobre vuestros santos hombros.

[17]*Sed misericordiosos con los que lloran.* Son los heridos de esta vida, los enfermos del corazón, de los sentimientos de su corazón. 275.17

No os cerréis dentro de vuestra serenidad como en una fortaleza. Sabed llorar con el que llora, consolar al afligido, llenar el vacío de quien ha quedado privado, por la muerte, de un familiar; sed padres para los huérfanos, hijos para los padres, hermanos recíprocamente los unos de los otros.

Amad. ¿Por qué amar solamente a los que son felices? Ellos tienen ya su parte de sol. Amad a los que lloran. Para el mundo, son los que menos suscitan amor. Pero el mundo no conoce el valor de las lágrimas. Vosotros lo conocéis. Amad, pues, a los que lloran. Amadlos si lloran con resignación; amadlos más todavía si sufren con rebeldía: no los reprendáis, sino sed dulces con ellos para persuadirlos de la verdad del dolor y de la verdad sobre el dolor. Pueden, tras el velo del llanto, ver deformado el rostro de Dios, reducido a una expresión de un excesivo, vindicativo poder. No. ¡No os escandalicéis! No es sino alucinación producida por la fiebre del dolor. Socorredlos para que la fiebre desaparezca. Sea vuestra fresca fe hielo que ofrecéis al que delira.

Y, cuando desaparezca la fiebre aguda, para dejar paso a la postración y al atontamiento extrañado del que sale de un trauma, entonces, como a niños cuya formación ha sido retardada por una enfermedad, reanudad vuestras palabras sobre Dios, como si se tratara de algo nuevo, hablando dulcemente, pacientemente... ¡Ah, una bonita fábula con intención de distraer a ese eterno niño que es el hombre! Luego callad. No impongáis... El alma trabaja por sí sola: "¿Entonces no era Dios?", decid: "No. Él no quería hacerte daño, porque te quiere; incluso por aquellos que ya no te quieren, o por haber muerto o por otros motivos". Y cuando el alma dice: "Pero le he acusado", decid: "Lo ha olvidado porque era fiebre". Y cuando dice: "Entonces... le anhelo", decid: "¡Está ahí!, a la puerta de tu corazón, esperando a que le abras".

[18]*Soportad a las personas pesadas.* Entran en la pequeña casa de nuestro *yo* y crean molestias, de la misma forma que los peregrinos respecto a la casa en que vivimos. Pues bien, de la misma forma que os he dicho que acojáis a éstos, os digo también que acojáis a aquéllos. 275.18

¿Os resultan pesadas? Vosotros no las amáis, debido a la molestia

que os causan; sin embargo, ellas, mejor o peor, os aman. Acogedlas por este amor. Y aunque vinieran indagando, odiando, insultando, ejercitad la paciencia y la caridad. Podéis mejorar a estas personas con vuestra paciencia, podéis escandalizarlas con vuestra anticaridad. Os debe doler el que pequen, por ellas; pero más os debe doler el hacerles pecar, y pecar vosotros mismos. Recibidlas en nombre mío, si no podéis recibirlas por amor vuestro. Dios os recompensará yendo Él mismo, después, a devolveros la visita, y a borrar, con sus sobrenaturales caricias, el desagradable recuerdo.

275.19 [19]En fin, haced por *sepultar a los pecadores para preparar su retorno a la Vida de la Gracia.*

¿Sabéis cuándo hacéis esto? Cuando los amonestáis con paterna, paciente, amorosa insistencia. Es como si fuerais enterrando poco a poco las fealdades del cuerpo, antes de deponer éste en el sepulcro en espera de la orden de Dios: "Levántate y ven a mí".

¿No purificamos, nosotros hebreos, a los muertos por respeto al cuerpo que habrá de resucitar? *Reprender a los pecadores* es como purificar sus miembros, que es la primera operación de la sepultura. La Gracia del Señor hará el resto. Purificadlos con caridad, lágrimas y sacrificios. Sed heroicos para arrebatar a un espíritu de la corrupción. ¡Sed heroicos!

No quedará sin premio, porque, si se premia el ofrecimiento de un vaso de agua a un sediento del cuerpo, ¿qué habrá de recibir el que aleje de la sed infernal a un espíritu?

He dicho. Éstas son las obras de misericordia del cuerpo y del espíritu, que aumentan el amor. Id y ponedlo en práctica. Y que la paz de Dios y mía sea con vosotros ahora y siempre».

## 276. El hombre avaro y la parábola del rico necio. Las inquietudes y la vigilancia en los siervos de Dios.

10 de septiembre de 1945.

276.1 [1]Jesús está en una de las colinas de la ribera occidental del lago. Ante sus ojos se muestran las ciudades o los pueblos diseminados por las riberas de una u otra orilla; pero, exactamente debajo de la colina, están Magdala y Tiberíades: la primera, con su barrio de lujo, lleno de jardines, separado netamente de las pobres casas de los pescadores, campesinos y gente humilde, por un pequeño torrente que ahora está completamente seco; la otra, espléndida en todas sus partes, es una ciudad que ignora todo lo que sea miseria y decadencia, y ríe, bonita y nueva, bajo el sol, frente al lago. Entre ambas ciudades,

las huertas, pocas pero bien cuidadas, de la breve llanura, y luego la ascensión de los olivos a la conquista de las colinas. A espaldas de Jesús, desde esta cima, se ve el paso de forma de silla de montar del monte de las Bienaventuranzas, por cuya base discurre el camino de primer orden que va desde el Mediterráneo hasta Tiberíades.

Quizás por esta cercanía de un camino principal muy transitado, Jesús ha elegido esta localidad a la que las personas pueden llegar desde muchas ciudades del lago o de la zona interna de Galilea, y desde la cual, cuando anochece, es fácil volver a las propias casas o hallar alojamiento en muchos pueblos. Y la temperatura es moderada, debido a la altura y a los árboles agrestes que en la cima han substituido a los olivos. Efectivamente, hay mucha gente además de los apóstoles y discípulos. Gente que tiene necesidad de Jesús para la salud, o para pedir consejos; gente que ha venido por curiosidad; gente traída por amigos o que ha venido por espíritu de imitación. En fin, mucha gente. Las jornadas, que ya no son caniculares sino que tienden a las enervadas gracias del otoño, invitan más que nunca a peregrinar en busca del Maestro.

[2]Jesús ha curado ya a los enfermos y ha dirigido su palabra a la 276.2
gente. Ha hablado ciertamente sobre el tema de las riquezas adquiridas con injusticia, sobre el desapego de la riqueza, requerido en todos para ganarse el Cielo, indispensable en quien quiere ser discípulo suyo. Ahora está respondiendo a las preguntas de algunos discípulos ricos, que están un poco turbados por estas cosas.

El escriba Juan dice: «¿Entonces debo destruir lo que tengo, despojando a los míos de lo suyo?».

«No. Dios te ha dado unos bienes. Haz que sirvan a la Justicia y sírvete de ellos con justicia. O sea, socorre con esos bienes a tu familia: es un deber; trata con humanidad a los siervos: es caridad; favorece a los pobres; ofrece tu ayuda para aliviar las necesidades de los discípulos pobres. Obrando así, tus riquezas no te serán motivo de tropiezo; antes bien, te servirán de ayuda».

Luego, dirigiéndose a todos, dice: «En verdad os digo que puede correr el mismo riesgo de perder el Cielo por amor a las riquezas hasta el más pobre de mis discípulos, sacerdote mío, si falta a la justicia haciendo pactos con el rico. El rico y malvado intentará muchas veces seduciros con donativos para teneros de su parte y para que consintáis su modo de vivir y su pecado. Y habrá ministros míos que cedan a la tentación de los donativos. No debe ser así. Aprended del Bautista. Poseía, sin ser ni juez ni magistrado, la perfección de ambos indicada por el Deuteronomio: "No harás acepción de personas, no aceptarás donativos, que ciegan los ojos de los prudentes y alte-

ran las palabras de los justos". Demasiadas veces el hombre deja embotar el filo de la espada de la justicia con el oro que un pecador extiende encima. No, no debe ser así. Sabed ser pobres, sabed saber morir, pero no pactéis nunca con el pecado; ni siquiera con la disculpa de usar el oro en pro de los pobres. Es oro maldito, no les acarrearía ningún bien; es oro de pacto infame. Sois constituidos discípulos para ser maestros, médicos y redentores. ¿Qué seríais si os hicierais aprobadores del mal por interés? Maestros de mala ciencia, médicos que quitan la vida al enfermo, cooperadores en la ruina de los corazones, en vez de redentores».

276.3 [3]Uno de entre la multitud se abre paso y dice: «No soy discípulo, pero te admiro. Responde, pues, a esta pregunta: ¿puede uno retener el dinero de otro?».

«No, hombre; es hurto, igual que quitarle la bolsa a un viandante».

«¿También cuando es dinero de la familia?».

«También. No es justo que una persona se apropie del dinero de la comunidad».

«Entonces, Maestro, ven a Abelmaín, en el camino de Damasco, y manda a mi hermano que reparta conmigo la herencia de nuestro padre, muerto sin haber dejado escrita palabra alguna. Se ha quedado con toda. Considera, además, que somos gemelos, nacidos de un primer y único parto. Tengo, pues, los mismos derechos que él».

Jesús le mira y dice: «Es una triste situación. Está claro que tu hermano no se está comportando bien. De todas formas, lo único que puedo hacer es orar por ti, y, más aún, por él, para que se convierta; y puedo ir a tu ciudad a evangelizar y así tocar su corazón. No me pesa el camino, si puedo poner paz entre vosotros».

El hombre salta encolerizado: «¿Y para qué me sirven tus palabras? ¡Mucho más que palabras hace falta en este caso!».

«Pero no me has dicho que le ordene a tu hermano que...».

«Mandar no es evangelizar. La orden siempre va unida a una amenaza. Amenázale con hacerle algún mal a su físico, si no me da lo mío. Puedes hacerlo. De la misma forma que devuelves la salud, puedes inducir la enfermedad».

«Hombre, he venido a convertir, no a herir. Si tienes fe en mis palabras hallarás paz».

«¿Qué palabras?».

«Te he dicho que oraré por ti y por tu hermano, para consuelo tuyo y conversión suya».

«¡Cuentos! ¡Cuentos! No soy tan simplón como para creer en ellos. Ven y ordena».

[4]Jesús, cuya actitud era mansa y paciente, adquiere un aspecto 276.4
majestuoso y severo. Se yergue —antes estaba un poco curvado hacia este hombre bajo y corpulento y encendido de ira— y dice: «Hombre, ¿quién me ha constituido juez y árbitro entre vosotros? Ninguno. De todas formas, para zanjar una división entre dos hermanos, había aceptado ir para ejercer mi misión de pacificador y redentor. Si hubieras creído en mis palabras, al regreso a Abelmaín habrías encontrado ya convertido a tu hermano. No sabes creer, y no se te dará el milagro. Si hubieras podido ser el primero en hacerte con el tesoro, te habrías quedado con él y le habrías dejado sin nada a tu hermano; porque, en verdad, de la misma forma que habéis nacido gemelos, tenéis gemelas las pasiones, y tanto tú como tu hermano tenéis un solo amor: el oro, una sola fe: el oro. Quédate, pues, con tu fe. Adiós».

El hombre se marcha maldiciendo a Jesús, con escándalo de todos, que querrían darle un escarmiento.

Pero Él se opone. Dice: «Dejad que se marche. ¿Por qué queréis mancharos las manos pegando a un hombre brutal? Yo perdono porque está poseído por el demonio del oro que le pervierte. Perdonad también vosotros. Oremos, más bien, por este infeliz, para que vuelva a ser un hombre de alma adornada de libertad».

«Es cierto. Su avaricia le ha puesto incluso una cara horrenda. ¿Has visto?» se preguntan unos a otros los discípulos y la gente que estaba cerca del avaro.

«¡Es verdad! ¡Es verdad! No parecía el mismo de antes».

«Sí. Y luego, cuando ha rechazado al Maestro —y que casi le ha pegado mientras le maldecía—, su cara era de demonio».

«Un demonio tentador. Estaba tentando al Maestro a la maldad...».

[5]«Escuchad» dice Jesús. «Verdaderamente las alteraciones del 276.5
alma se reflejan en la cara. Es como si el demonio aflorase a la superficie de la persona poseída. Pocos son los que son demonios y no dejan ver eso que en realidad son, o con hechos o con el aspecto. Y estos pocos son los perfectos en el mal, los perfectamente poseídos. Por el contrario, el rostro del justo es siempre hermoso, aunque físicamente sea deforme, por una belleza sobrenatural que se expande de dentro afuera; siendo así que —y no es una forma de hablar, sino cosas reales— observamos en quien está incontaminado de vicios una frescura incluso en su carne. El alma está en nosotros y nos abraza por completo. Y el hedor de un alma corrompida corrompe también el cuerpo, mientras que el perfume de un alma pura preserva. El alma corrompida impulsa a la carne a pecados obscenos, y és-

tos aviejan y deforman; el alma pura impulsa a la carne a una vida pura, y ello conserva la lozanía y comunica majestuosidad.

Haced que en vosotros permanezca la juventud pura del espíritu, o que resucite si la perdisteis, y estad atentos a guardaros de todo apetito desenfrenado, tanto de sensualidad como de poder. La vida del hombre no depende de la abundancia de los bienes que posee; ni ésta ni mucho menos la otra, la eterna. Depende de su forma de vivir. Y, con la vida, la felicidad en esta tierra y en el Cielo. Porque el vicioso no se siente nunca feliz, realmente feliz; pero el virtuoso siempre, con una felicidad celeste, aunque sea pobre y esté solo. Ni siquiera la muerte impresiona al virtuoso, porque no siente culpas ni remordimientos que le hagan temer el encuentro con Dios, ni añoranzas de lo que deja en esta tierra. Él sabe que en el Cielo está su tesoro, de forma que, como quien va a recibir la herencia que le corresponde —herencia santa además—, se encamina dichoso y diligente al encuentro de la muerte, que le abre las puertas de aquel Reino en que está su tesoro.

Empezad inmediatamente a acumular vuestro tesoro. Ya desde la juventud los que sois jóvenes. Trabajad incansablemente, vosotros ancianos, que por la edad tenéis más cercana la muerte; y, puesto que la muerte es plazo ignorado, y frecuentemente sucede que fallece antes el niño que el anciano, no aplacéis el trabajo de haceros un tesoro de virtudes y buenas obras en la otra vida, para que no os llegue la muerte sin que hayáis acumulado un tesoro de méritos en el Cielo. Hay muchos que dicen: "¡Soy joven y fuerte! Por ahora gozaré en la tierra. Más adelante me convertiré". ¡Gran error!

276.6 [6]Escuchad esta parábola. Un hombre rico había obtenido mucho fruto de sus campos. Verdaderamente una cosecha portentosa. Entonces se puso a contemplar, dichoso, toda esta exuberancia que se acumulaba en sus campos y en sus eras y que no cabía en los graneros; tanto que ocupaba improvisados cobertizos y hasta habitaciones de la casa. Y dijo: "He trabajado como un esclavo, pero la tierra no me ha defraudado. He trabajado por diez cosechas. Ahora quiero descansar otros tantos años. ¿Cómo haré para dejar bien acondicionada toda esta recolección? No quiero vender una parte, porque me autoobligaría a trabajar para cosechar otra vez el año que viene. Ya sé: voy a derruir mis graneros y voy a hacer otros más grandes, de forma que quepa todo lo cosechado y todos mis bienes; luego diré a mi alma: '¡Oh, alma mía, tienes acumulados bienes para muchos años. Descansa, pues. Come, bebe, goza'". Éste, como muchos, confundía el cuerpo con el alma, mezclaba lo sagrado con lo profano; porque la verdad es que en las comilonas y el ocio el alma no goza,

antes bien, languidece. Éste también, como muchos tras la primera buena cosecha en los campos del bien, se paraba, pareciéndole que había hecho todo.

¿No sabéis que cuando se pone la mano en el arado es necesario perseverar, uno, diez, cien años, todo lo que dure la vida, porque detenerse es delito hacia uno mismo? Efectivamente, uno se niega una gloria mayor. ¿Y no sabéis que es retroceder? En efecto, quien se para, generalmente, no sólo no sigue adelante, sino que se vuelve para atrás. El tesoro del Cielo tiene que aumentar año tras año para ser bueno; porque, si es cierto que la Misericordia será benigna con quien tuvo pocos años para atesorar, cierto es también que no será cómplice de los perezosos que, disponiendo de larga vida, hacen poco. Es un tesoro en continuo aumento. Si no, deja de ser fructífero para hacerse pasivo, y ello va en detrimento de una inmediata paz del Cielo.

Dios dijo al necio: "Hombre necio, que confundes el cuerpo y los bienes de la tierra con lo que es espíritu y de una gracia de Dios te procuras un daño: has de saber que esta misma noche se te pedirá el alma y te será arrebatada, y el cuerpo yacerá inerte. ¿De quién va a ser cuanto has preparado? ¿Podrás llevártelo contigo? No. Dejarás la tierra y vendrás a mi presencia desnudo de terrenas recolecciones y de obras espirituales, y serás pobre en la otra vida. Mejor hubiera sido para ti hacer con tus cosechas obras de misericordia para el prójimo y para ti mismo, pues siendo misericordioso con los demás lo hubieras sido también con tu alma; y, en vez de nutrir pensamientos ociosos, cultivar actividades que te hubieran acarreado un honesto provecho para tu cuerpo y grandes méritos para tu alma, hasta que Yo te hubiera llamado". Y el hombre murió durante la noche y fue severamente juzgado. En verdad os digo que esto es lo que le sucede a quien atesora para sí y no se enriquece ante los ojos de Dios.

Ahora marchaos, y haced tesoro con la doctrina que se os da. La paz sea con vosotros».

Jesús bendice y se retira con apóstoles y discípulos a una espesura del bosque para comer y descansar. 7Mientras comen, continúa la 276.7
lección de antes, repitiendo un tema del que ya ha hablado en varias ocasiones a los apóstoles, y que creo que nunca se habrá expresado suficientemente, porque el hombre está demasiado absorbido por miedos estúpidos.

«Creed» dice «que sólo hay que preocuparse de este enriquecimiento en virtud. Estad atentos, además, a que vuestra preocupación no sea nunca ansiosa, inquieta. El bien es enemigo de las inquietudes, de los miedos, de las prisas; todas estas cosas denotan demasiado todavía la avaricia, la rivalidad, la humana desconfianza.

Que vuestro trabajo sea constante, esperanzado, pacífico; sin arranques bruscos ni bruscas detenciones, como hacen los onagros silvestres (que ninguno que esté en su sano juicio los usa para recorrer seguro camino). Pacíficos en las victorias, pacíficos en las derrotas. El dolor por un error cometido, que os entristece porque con él habéis contrariado a Dios, debe ser también pacífico, debe sentir el alivio de la humildad y la confianza. El abatimiento, el odio hacia uno mismo, es siempre síntoma de soberbia y de falta de confianza. El humilde sabe que es un pobre hombre sujeto a las miserias de la carne, que algunas veces triunfa; el humilde tiene confianza no tanto en sí mismo cuanto en Dios, y mantiene la calma incluso en las graves derrotas, diciendo: "Perdóname, Padre. Sé que conoces mi debilidad que a veces me domina. Sientes compasión de mí, lo creo. Confío firmemente en que me vas a ayudar, incluso más que antes, en el futuro, a pesar de que te satisfaga tan poco". No os mostréis apáticos ni avaros respecto a los bienes de Dios. Dad la sabiduría y virtud que tengáis. Sed laboriosos en el espíritu, como los hombres lo son para las cosas de la carne.

276.8 [8]Y, respecto a la carne, no imitéis a los del mundo que siempre tiemblan por su futuro, por el miedo de que les falte lo superfluo, de que les venga una enfermedad o la muerte, de que los enemigos los puedan perjudicar, etc. Dios sabe de qué tenéis necesidad. No temáis, por tanto, por vuestro mañana. Vivid libres de los miedos, que pesan más que las cadenas de los galeotes. No os afanéis por vuestra vida, ni por la comida, la bebida o el vestido. La vida del espíritu vale más que la del cuerpo, y el cuerpo más que el vestido, porque vivís con el cuerpo, no con el vestido; y con la mortificación del cuerpo ayudáis al espíritu a conseguir la vida eterna. Dios sabe hasta cuándo dejaros el alma en el cuerpo; hasta esa hora os dará lo necesario. Si se lo da a los cuervos, animales impuros que se alimentan de cadáveres y que tienen su razón de existir precisamente en esta función suya de eliminar substancias en putrefacción, ¿no os lo va a dar a vosotros? Ellos no tienen despensas ni graneros, y Dios los nutre igualmente. Vosotros sois hombres, no cuervos. Además, los presentes sois la flor y nata de los hombres, porque sois los discípulos del Maestro, los evangelizadores del mundo, los siervos de Dios. ¿Vais a pensar que Dios, que cuida el muguete, cuyo único trabajo es el de perfumar, adorando, y le hace crecer y le viste con vestidura tan hermosa como jamás tuviera Salomón, puede descuidaros, incluso en lo relativo a vuestro vestido? Vosotros sí que no podéis añadir ni un diente a las bocas desdentadas, ni alargar una pulgada a una pierna contraída, ni volver aguda la pupila empañada. No siendo capaces

de estas cosas, ¿vais a pensar que podéis repeler miseria y enfermedad, hacer brotar del polvo frutos? No podéis. Mas no seáis gente de poca fe. Tendréis siempre lo necesario. No os entristezcáis como la gente del mundo, que se desvive por conseguir cosas de que gozar. Vosotros tenéis a vuestro Padre, que conoce vuestras necesidades. Debéis sólo buscar el Reino de Dios y su justicia. Sea éste vuestro primer interés. Todo lo demás se os dará por añadidura.

[9]No temáis, vosotros de mi pequeño rebaño. Mi Padre se ha com- 276.9
placido en llamaros al Reino para que poseáis este Reino. Podéis, por tanto, aspirar a él y ayudar al Padre con vuestra buena voluntad y santa laboriosidad. Vended vuestros bienes, distribuidlos en limosna, si estáis solos. Dejad a los vuestros la provisión para el viaje de vuestro abandono de la casa por seguirme a mí, porque justo es no dejar sin pan a los hijos o esposas. Y si no podéis, por este motivo, sacrificar las riquezas pecuniarias, sacrificad las riquezas de afecto, que son también monedas, valoradas por Dios por lo que son: oro más puro que ningún otro, perlas más preciosas que las que se arrebatan a los mares, rubíes más singulares que los de las entrañas de la tierra. Porque renunciar a la familia por mí es caridad más perfecta que oro sin un solo átomo impuro, es perla hecha de llanto, rubí hecho de sangre que rezuma por la herida del corazón, desgarrado por la separación del padre y de la madre, de la esposa y de los hijos. Estas bolsas no merman, este tesoro no se devalúa jamás. Los ladrones no se introducen en el Cielo, la carcoma no come lo que en él se deposita. Tened el Cielo en el corazón y el corazón en el Cielo junto a vuestro tesoro. Porque el corazón, en el bueno y en el malo, está donde lo que consideráis amado tesoro vuestro. Por tanto, de la misma forma que el corazón está donde el tesoro (en el Cielo), el tesoro está donde el corazón (es decir, en vosotros); es más, el tesoro está en el corazón, y, con el tesoro de los santos, está, en el corazón, el Cielo de los santos.

[10]Estad siempre preparados, como quien va a emprender un viaje 276.10
o espera a su amo. Vosotros sois siervos del Amo-Dios. En cualquier momento os puede llamar a su presencia, o venir a vosotros. Estad, pues, siempre preparados para ir, o a rendirle honor, ceñida la cintura con cinturón de viaje y de trabajo, con las lámparas encendidas en vuestras manos. Al salir de una fiesta nupcial con uno que os haya precedido en los Cielos y en la consagración a Dios en la tierra, Él puede recordarse de vosotros, que estáis esperando; y puede decir: "Vamos donde Esteban, o donde Juan, o Santiago y Pedro". Y Dios es rápido para venir, o para decir: "Ven". Por tanto, estad preparados para abrirle la puerta cuando llegue; o para salir, si os llama.

Bienaventurados los siervos a quienes encuentre en vela el Amo cuando llegue. En verdad os digo que, para recompensarlos por la fiel espera, se ceñirá el vestido, los sentará a la mesa y se pondrá a servirlos. Puede llegar a la primera vigilia, o a la segunda, o a la tercera... no lo sabéis. Por tanto, estad siempre vigilantes. ¡Dichosos vosotros, si estáis así y así os encuentra el Amo! No os engañéis diciendo: "¡Hay tiempo! Esta noche no viene". Sería un mal para vosotros. No sabéis. Si uno supiera cuándo viene el ladrón, no dejaría sin guardia la casa para que el malhechor pudiera forzar la puerta y las arcas. Estad preparados también vosotros, porque, cuando menos os lo penséis, vendrá el Hijo del hombre y dirá: "Es la hora"».

276.11 [11]Pedro, que incluso se ha olvidado de terminar su comida por escuchar al Señor, viendo que Jesús calla, pregunta: «¿Esto que dices es para nosotros o para todos?».

«Para vosotros y para todos; pero más para vosotros, porque vosotros sois como administradores puestos por el Amo al frente de los siervos, y tenéis doble obligación de estar preparados: por vosotros como administradores y por vosotros como simples fieles. ¿Cómo debe ser el administrador al que el amo ha colocado al frente de sus domésticos para dar a cada uno, a su tiempo, la debida porción? Debe ser avisado y fiel. Para cumplir *su* propio deber, para hacer cumplir a los subordinados el deber que *ellos* tienen. Si no, saldrían perjudicados los intereses del amo, que paga para que el administrador actúe haciendo las veces de él y vele por sus intereses en su ausencia.

Dichoso el siervo al que el amo, al volver a su casa, encuentre obrando con fidelidad, diligencia y justicia. En verdad os digo que le hará administrador de otras propiedades, de todas sus propiedades, descansando y exultando en su corazón por la seguridad que ese siervo le da. Mas si ese siervo dice: "¡Ah! ¡bien! El amo está muy lejos y me ha escrito que tardará en volver. Por tanto, puedo hacer lo que me parezca, y luego, cuando calcule que esté próximo a regresar, tomaré las medidas oportunas". Y empieza a comer y a beber hasta emborracharse, y a dar órdenes de borracho, y —ante la oposición a cumplirlas, por no perjudicar al amo, por parte de los siervos buenos subordinados a él— empieza a pegar a los siervos y a las siervas hasta hacerlos enfermar y languidecer. Y se siente feliz y dice: "Por fin saboreo lo que significa ser jefe y ser temido por todos". ¿Qué le sucederá? Le sucederá que llegará el amo cuando menos se lo espere, quizás incluso sorprendiéndole en el momento en que está robando dinero o sobornando a alguno de los siervos más débiles; entonces, os digo que el amo le quitará del puesto de administrador, y le cancelará incluso de las filas de sus siervos, porque no es lícito mantener a

los infieles y traidores entre los honestos; y tanto mayor será su castigo cuanto más le quiso y le instruyó su amo.

Porque el que conoce más la voluntad y el pensamiento de su amo más obligado está a cumplirlo con exactitud. Si no hace como su amo le ha dicho (ampliamente, como a ningún otro), recibirá muchos bastonazos. Sin embargo, el que, como siervo menor, sabe poco, y yerra creyendo actuar correctamente, recibirá un castigo menor. A quien mucho se le dio mucho le será pedido. Mucho tendrá que restituir aquel a quien mucho se le confió. Porque hasta del alma de un niño de una hora se pedirá cuenta a mis administradores.

[12]Mi elección no es fresco reposo en un soto florido. He venido a 276.12
traer fuego a la tierra; ¿qué puedo desear, sino que arda? Por eso me fatigo, como quiero que os fatiguéis vosotros hasta la muerte y hasta que la tierra toda sea una hoguera de celeste fuego. Debo ser bautizado con un bautismo. ¡Cuán angustiado viviré hasta que se cumpla! ¿No os preguntáis por qué? Porque por él os podré hacer portadores del Fuego, fermento activo *en todas y contra todas* las capas sociales, para fundirlas en una única cosa: el rebaño de Cristo.

¿Creéis que he venido a poner paz en la tierra?, ¿según los modos de ver de la tierra? No. Todo lo contrario: discordia y separación. Porque, de ahora en adelante, mientras toda la tierra no sea un único rebaño, de cinco que haya en una casa, dos estarán contra tres, y el padre estará contra el hijo y el hijo contra el padre, y la madre contra las hijas, y éstas contra aquélla, y las suegras y nueras tendrán un motivo más para no entenderse, porque habrá labios que hablen un lenguaje nuevo, y será como una Babel; porque una profunda agitación estremecerá el reino de los afectos humanos y sobrehumanos. Mas luego vendrá la hora en que todo se unificará en una lengua nueva que hablarán todos los salvados por el Nazareno, y se depurarán las aguas de los sentimientos, irán al fondo las escorias y brillarán en la superficie las límpidas ondas de los lagos celestes.

Verdaderamente, servirme no es descansar, según el significado que el hombre da a esta palabra; es necesario ser héroes, infatigables. Mas os digo que al final será Jesús, siempre Jesús, el que se ceñirá el vestido para serviros, y luego se sentará con vosotros a un banquete eterno, y todo cansancio y dolor serán olvidados.

[13]Ahora, dado que ninguno nos ha vuelto a buscar, vamos al lago. 276.13
Descansaremos en Magdala. En los jardines de María de Lázaro hay sitio para todos, y ella ha puesto su casa a disposición del Peregrino y de sus amigos. No hace falta que os diga que María de Magdala ha muerto con su pecado y que de su arrepentimiento ha renacido María de Lázaro, discípula de Jesús de Nazaret; ya lo sabéis, porque la

noticia ha corrido como fragor de viento en un bosque. No obstante, os digo una cosa que no sabéis: que todos los bienes personales de María de Lázaro son para los siervos de Dios y para los pobres de Cristo. Vamos...».

## 277. En Magdala, en los jardines de María. El amor y la corrección entre hermanos.

16 de septiembre de 1945.

277.1 [1]Jesús no está ya donde la última visión, sino en un vasto jardín que se prolonga hasta el lago. Pasado el jardín —bueno, en realidad está dentro—, la casa, precedida y flanqueada por él, que por detrás se extiende al menos tres veces más que por los lados y por delante. Hay flores, pero, sobre todo, árboles y bosquetes, y rincones herbosos, unos rodeando pilones de mármol precioso, otros en forma de quioscos con mesas y asientos de piedra. Y debía haber estatuas diseminadas, tanto a lo largo de los senderos como en el centro de los pilones. Ahora quedan sólo los pedestales de las estatuas, para recuerdo de ellas al pie de laureles o bojes, o para reflejarse en los pilones colmados de límpida agua.

La presencia de Jesús con los suyos y la presencia de gente de Magdala, entre los cuales está el pequeño Benjamín que osó llamarle malo al Iscariote, me hace pensar que se trata de los jardines de la casa de la Magdalena... supervisados y modificados para su nuevo uso, quitando aquellas cosas que hubieran podido ser desagradables o escandalizar y recordar el pasado.

El lago es todo un crep gris-azul, reflejando el cielo en que corretean nubes cargadas con las primeras lluvias del otoño. Pero es hermoso también así, con esta luz detenida y leve de un día ni sereno ni todavía del todo lluvioso. Sus riberas ya no tienen muchas flores, pero, en compensación, están pintadas por ese sumo pintor que es el otoño, y muestran pinceladas de ocre y púrpura y extenuada palidez de hojas agonizantes en los árboles y vides que cambian de color antes de entregar a la tierra sus vestiduras vivas. En el jardín de una casa de campo que está a orillas del lago, como ésta, hay un punto lleno, que rojea, como sangre derramada en las aguas, por un seto de ramas flexuosas que el otoño ha teñido de cobre flamígero, mientras los sauces diseminados por la orilla, poco lejos, tiemblan: tiemblan sus hojas glauco-argentinas, finas, más pálidas de lo normal antes de morir.

277.2 [2]Jesús no está mirando a lo mismo que yo. Mira a unos pobres en-

fermos a quienes imparte la curación; a unos ancianos mendigos, y les da dinero; a unos niños presentados a Él por sus madres para que los bendiga. Mira compasivamente a unas mujeres, hermanas, que le están refiriendo la conducta de su único hermano —causa de la muerte de su madre, por congoja, y de la ruina de ellas mismas—; le ruegan estas pobres mujeres que les dé un consejo y que pida por ellas.

«Verdaderamente oraré por vosotras. Le pediré a Dios que os dé paz y que vuestro hermano se convierta y se acuerde de vosotras, con la devolución de lo que es justo y, sobre todo, con renovado amor a vosotras. Porque si hace esto, hará todo lo demás. ¿Pero le queréis, o le guardáis rencor?, ¿le perdonáis de corazón, o lloráis con desdén? Porque él también es infeliz, y más que vosotras; y, a pesar de sus riquezas, es más pobre que vosotras; así que hay que compadecerle. Ya no tiene amor, y carece del amor de Dios. ¿Os dais cuenta de lo desdichado que es? Con la muerte —como primero vuestra madre— cerraréis con júbilo esta vida triste que os ha provocado; él, sin embargo, no: es más, del falso gozo de ahora pasaría a un tormento eterno y atroz. Venid conmigo. Voy a hablar a todos hablándoos a vosotras».

Y Jesús se dirige al medio de un prado salpicado de matas de flores, en cuyo centro antes debía haber una estatua; ahora sólo queda la base, rodeada de un seto bajo de mirto y rositas menudas. [3]Jesús 277.3
se pone junto a ese seto y hace ademán de querer hablar. Todos se agrupan en torno a Él y guardan silencio.

«Paz a vosotros. Escuchad.

Está escrito: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". Pero, ¿en el prójimo quién está contenido? Todo el género humano tomado en general. Luego, más en particular, todos los de la misma nación; luego, más en particular todavía, todos los de la misma ciudad; luego, restringiendo aún más, todos los parientes; en fin, último círculo de esta corona de amor ceñida cual pétalos de rosa en torno al corazón de la flor, el amor a los hermanos de sangre, que son los primeros prójimos. El centro del corazón de la flor de amor es Dios: el amor a Dios es el primero que hay que tener. Alrededor de este centro, el amor a los padres, que es el segundo que hay que tener, porque realmente el padre y la madre son los pequeños "Dios" de la tierra, al crearnos y cooperar con Dios en nuestra creación, además de cuidarnos con amor incansable. Alrededor de este ovario, llameante de pistilos, que exhala los perfumes de los más selectos amores, se disponen estrechamente ceñidos los círculos de los varios amores. El primero de ellos es el del amor a los hermanos nacidos del mismo seno y de la misma sangre de que nacimos nosotros.

Pero, ¿cómo se debe amar al propio hermano? ¿Sólo porque su carne y su sangre sean iguales que las nuestras? Eso lo saben hacer también los pajarillos agrupados en un nido. Ellos, efectivamente, lo único que tienen en común es el haber nacido de una misma nidada y el sentir en común en su lengua el sabor de la saliva materna y paterna. Los hombres valemos más que los pájaros. Tenemos más que carne y sangre. Tenemos al Padre, además de un padre y una madre. Tenemos el alma, y tenemos a Dios, Padre de todos. Así pues, hay que saber amar al hermano como hermano por el padre y la madre que nos han generado, y como hermano por Dios, que es Padre universal.

Hay que amarle, por tanto, además de carnalmente, espiritualmente; amarle no sólo por la carne y la sangre, sino por el espíritu que tenemos en común; amar —como tiene que ser— más el espíritu que la carne de nuestro hermano, porque el espíritu es más que la carne, porque el Padre Dios es más que el padre hombre, porque el valor del espíritu es mayor que el de la carne, porque nuestro hermano sería mucho más infeliz si perdiera al Padre Dios que perdiendo al padre hombre. Ser huérfano de padre hombre es cosa verdaderamente lastimosa, pero es sólo media orfandad. Se resiente de ella sólo lo terreno, nuestra necesidad de ayuda y caricias. El espíritu, si sabe creer, no queda lesionado por la muerte del padre. Es más, el espíritu del hijo, para seguir al justo hasta el lugar en que se encuentra, asciende como atraído por una fuerza de amor. En verdad os digo que ello es amor, amor a Dios y al padre que con su espíritu ha subido a región sabia. Asciende a estos lugares en que Dios está más cercano, y obra con más rectitud, porque no le falta lo que es la verdadera ayuda (las oraciones de su padre, que ahora sabe amar cumplidamente); ni el freno que le viene de la certeza de que el padre ahora *ve* las obras de su hijo mejor que en vida, y también del deseo de poder reunirse con él mediante una vida santa.

Por eso hay que preocuparse más del espíritu que del cuerpo del propio hermano. Bien pobre amor sería un amor que se dirigiera sólo a lo perecedero, descuidando aquello que es imperecedero y que, habiéndolo descuidado, puede perder la alegría eterna. Demasiados son los que trabajan por cosas inútiles, se afanan por cosas de relativo mérito, mientras pierden de vista aquello que es verdaderamente necesario. Las buenas hermanas, los buenos hermanos, no deben preocuparse solamente de tener en orden la ropa, preparada la comida, o de ayudar a sus hermanos con el trabajo; deben poner atención a los espíritus de sus hermanos y oír sus voces, percibir sus defectos, y, con amorosa paciencia, trabajar para darles un espíritu sano y

santo, si en esas voces y defectos ven un peligro para su vida eterna; y deben —si recibieron ofensa de su hermano— empeñarse en perdonar y en que Dios le perdone mediante su retorno al amor, sin el cual Dios no perdona.

[4]Está escrito en el Levítico: "No odies a tu hermano en tu corazón, sino repréndele públicamente, para no cargarte de pecados por su causa". Pero, de no odiar a amar hay todavía un abismo. Quizás os parece que la antipatía, la separación y la indiferencia no son pecado por el hecho de no ser odio. No. Yo vengo a dar nuevas luces al amor, y, por tanto, necesariamente, al odio; pues lo que clarifica en todos sus detalles al primero sabe clarificar en todos sus detalles al segundo; la misma elevación del primero a altas esferas produce como consecuencia un alejamiento mayor del segundo, pues cuanto más se eleva el primero el segundo parece hundirse en un fondo cada vez más profundo. 277.4

Mi doctrina es perfección, finura de sentimiento y de juicio, verdad sin metáforas ni perífrasis; y os digo que la antipatía, la separación y la indiferencia son ya odio; simplemente porque no son amor. Lo contrario del amor es el odio. ¿Vas a dar otro nombre a la antipatía, o al hecho de alejarse de un ser, o a la indiferencia? Quien ama siente simpatía por el amado; así que, si siente antipatía por él, es que ya no le ama. Quien ama sigue cerca del amado con su espíritu, aunque materialmente la vida le haya alejado de él; por lo cual, cuando uno se separa de otro con el espíritu, es porque ya no le ama. Quien ama no siente jamás indiferencia hacia el amado; antes al contrario, todas sus cosas le interesan; así pues, si uno siente indiferencia por una persona, es señal de que ya no le ama. Como veis, estas tres cosas son ramificaciones de un solo árbol: el del odio.

[5]Veamos, ¿qué sucede en cuanto nos sentimos ofendidos por una persona a la que amamos? El noventa por ciento de las veces, si no viene odio, viene antipatía, separación o indiferencia. No. No os comportéis así. No congeléis vuestro propio corazón con estas tres formas del odio. Amad. Os preguntáis: "¿Cómo podremos hacerlo?". Os respondo: "De la misma forma que puede Dios, que ama también a quien le ofende; es un amor doloroso, pero siempre bueno". Decís: "¿Cómo lo hacemos?". Pues bien, os doy la nueva ley sobre las relaciones con el hermano ofensor: "Si tu hermano te ofende, no le humilles públicamente reprendiéndole delante de los demás; antes bien, alarga tu amor hasta cubrir la culpa de tu hermano ante los ojos del mundo"; tendrás gran mérito ante los ojos de Dios si por amor niegas anticipadamente a tu orgullo toda satisfacción. 277.5

¡Cuánto le gusta al hombre que se sepa que fue ofendido y que

sufrió por ello! No va al rey, a pedir una dádiva de oro, sino que, cual mendigo sin juicio, va a donde otros insensatos y pordioseros como él para pedir unos puñados de ceniza y estiércol y sorbos de ardiente bebedizo: esto da el mundo al ofendido que va lamentándose y mendigando consuelos. Dios, el Rey, da oro puro a quien, habiendo sido ofendido, va, sin rencor, sólo a llorar a sus pies su dolor y a pedirle, a pedir al Amor y Sabiduría, consuelo de amor y enseñanza para esa penosa contingencia. Por tanto, si queréis consuelo, id a Dios y obrad con amor.

Corrijo la ley antigua y os digo: "Si tu hermano peca contra ti, ve y corrígele a solas. Si te escucha, habrás ganado de nuevo a tu hermano, y muchas bendiciones de Dios. Pero si tu hermano no te hace caso y, obstinado en su culpa, te rechaza, entonces, porque no se diga que asientes a su pecado o que no te importa el bien del espíritu de tu hermano, toma contigo a dos o tres testigos serios, buenos, dignos de confianza, vuelve con ellos donde tu hermano y repite en su presencia tus observaciones, para que los testigos puedan dar fe de que hiciste todo lo que estaba en tu mano para corregir con santidad a tu hermano. Porque es éste el deber de un buen hermano, dado que ese pecado contra ti, cometido por él, lesiona su alma, y tú te debes preocupar de su alma. Si no da resultado esto tampoco, ponlo en conocimiento de la sinagoga, para que le llame al orden en nombre de Dios. Si ni siquiera con esto se corrige, sino que rechaza a la sinagoga o al Templo de la misma forma que te rechazó a ti, considérale publicano y gentil".

277.6 [6]Haced esto con los hermanos de sangre y con los hermanos de amor, pues hasta con vuestro más lejano prójimo debéis obrar con santidad, y sin codicia ni intransigencia ni odio. Y cuando haya causas por las que sea necesario ir a los jueces y estés yendo ya con tu adversario, Yo te digo, ¡oh, hombre, que muchas veces te ves metido en males mayores por tu culpa!, te digo que hagas todo lo que esté de tu mano, mientras vas de camino, por reconciliarte con él, tengas razón o no; porque la justicia humana es siempre imperfecta, y generalmente el astuto se sale con la suya a costa de la justicia, de forma que podría pasar por inocente el culpable y tú, inocente, podrías pasar por culpable. Entonces te sucedería que no sólo no obtendrías el reconocimiento de tu derecho, sino que incluso perderías la causa, y que pasarías, de inocente, a la situación de culpable de difamación, con lo cual el juez te entregaría al brazo de la justicia, y no te soltarían hasta que hubieras pagado el último centavo.

Sé conciliador. ¿Que tu orgullo se resiente? Muy bien. ¿Que tu bolsa se consume? Mejor todavía. Basta con que tu santidad aumen-

te. No sintáis nostalgia por el oro, no seáis codiciosos de alabanzas. Procuraos la alabanza que viene de Dios, procuraos una rica bolsa en el Cielo. Y orad por los que os ofenden, para que se enmienden; si ello sucede, serán ellos mismos quienes os restituirán honores y bienes; si no lo hacen, Dios proveerá.

Podéis marcharos, ahora que es la hora de la comida. Que se queden sólo los mendigos para sentarse a la mesa apostólica. La paz sea con vosotros».

## 278. El perdón y la parábola del siervo inicuo. La misión confiada a setenta y dos discípulos.

17 de septiembre de 1945.

[1]Transcurrida la comida y después de haber saludado a los pobres, Jesús continúa con los apóstoles y discípulos en el jardín de María de Magdala. Van al límite de éste a sentarse, al lado mismo de las tranquilas aguas del lago, donde unas barcas de vela se mueven en busca de pesca. 278.1

Pedro, que está observando, comenta: «Tendrán buena pesca».

«Tú también tendrás buena pesca, Simón de Jonás».

«¿Yo, Señor? ¿Cuándo? ¿Te refieres a que vaya a pescar para procurarnos comida para mañana? Voy inmediatamente y...».

«No tenemos necesidad de comida en esta casa. La pesca tuya es futura, y en el campo espiritual. Y contigo serán también magníficos pescadores la mayor parte de los presentes».

«¿No todos, Maestro?» pregunta Mateo.

«Los que, perseverando, vengan a ser sacerdotes míos tendrán buena pesca. No todos».

«¿Conversiones, no?» pregunta Santiago de Zebedeo.

«Convertir, perdonar, guiar hacia Dios... ¡muchas cosas!».

[2]«Maestro, antes has dicho que a uno que no preste oídos a su hermano ni siquiera en presencia de testigos se le lleve a que le aconseje la sinagoga. Ahora bien, si he entendido bien lo que nos has dicho desde que nos conocemos, me parece que la sinagoga va a ser substituida por la Iglesia, eso que vas a fundar. Entonces, ¿a dónde vamos a ir para que aconsejen a los hermanos cabezotas?». 278.2

«A vosotros mismos, porque vosotros seréis mi Iglesia. Por tanto, los fieles se dirigirán a vosotros, bien sea para que los aconsejéis en un asunto propio, bien sea para que les deis un consejo para terceros. Os digo más aún: no sólo podréis dar consejos, sino que podréis incluso absolver en mi Nombre. Podréis liberar de las cadenas del

pecado y vincular a dos que se aman haciendo de dos una sola carne. Y cuanto hagáis será válido ante los ojos de Dios como si hubiera sido el mismo Dios quien lo hubiera hecho. En verdad os digo: lo que atéis en la tierra será atado en el Cielo, lo que desatéis en la tierra será desatado en el Cielo. Y os digo también esto —para que comprendáis la potencia de mi Nombre, del amor fraterno y de la oración—: si dos discípulos míos (quiero decir ahora todos aquellos que crean en el Cristo) se reúnen para pedir cualquier cosa justa, en mi Nombre, mi Padre se la concederá. Gran poder tiene, efectivamente, la oración; gran poder, la unión fraterna; grandísimo, infinito poder, mi Nombre y mi presencia entre vosotros. Donde dos o tres se reúnan en mi Nombre, efectivamente, Yo estaré en medio de ellos, y oraré con ellos, y mi Padre no dirá que no a quien conmigo ora. Porque muchos no obtienen porque oran solos, o porque oran por motivos ilícitos, o con orgullo, o con pecado en su corazón. Lavad vuestro corazón, para que pueda estar con vosotros; luego orad, y seréis escuchados».

Pedro está pensativo. Jesús se da cuenta y le pregunta el porqué. Pedro explica: «Estoy pensando en la magnitud de la responsabilidad que se nos asigna. Y siento miedo, miedo de no saber hacerlo bien».

«Efectivamente, Simón de Jonás o Santiago de Alfeo o Felipe, y así los demás, no sabrían hacerlo bien; pero el sacerdote Pedro, el sacerdote Santiago, el sacerdote Felipe o Tomás, sabrán hacerlo bien, porque obrarán junto con la divina Sabiduría».

278.3 [3]«Y... ¿cuántas veces deberemos perdonar a un hermano? ¿Cuántas, si pecan contra los sacerdotes?, ¿cuántas, si pecan contra Dios? Porque, si sucede como ahora, sin duda pecarán contra nosotros, visto que pecan contra ti tantísimas veces. Dime si debo perdonar siempre o sólo un determinado número de veces; por ejemplo, ¿siete veces?, ¿o más?».

«No te digo siete, sino setenta veces siete; un número sin medida, porque el Padre también os perdonará a vosotros (a vosotros, que deberíais ser perfectos) muchas veces, un número grande de veces. Pues bien, debéis ser con los demás como el Padre es con vosotros, porque representáis a Dios en la tierra. Es más, oíd esta parábola que os voy a exponer y que servirá para todos».

Y Jesús, que estaba rodeado solamente por los apóstoles, en un pequeño quiosco de boj, se dirige hacia los discípulos, que, respetuosamente, están en grupo en una plazoleta embellecida con un pilón lleno de agua cristalina. La sonrisa de Jesús es una señal de que va a hablar; así que, mientras Él camina, con su paso lento y largo

—por lo cual, sin apresurarse, recorre mucho espacio en poco tiempo—, los discípulos se llenan de alegría... y, cual niños reunidos en torno a alguien que los hace felices, se cierran en círculo: es una corona de rostros atentos. Jesús, se adosa a un alto árbol y empieza a hablar.

278.4 [4]«Cuanto he dicho antes a la gente debe ser perfeccionado para vosotros, que sois los elegidos de entre la gente.

El apóstol Simón de Jonás me ha dicho: "¿Cuántas veces debo perdonar? ¿A quién? ¿Por qué?". Le he respondido en privado. Ahora voy a repetir para todos mi respuesta en aquello que es justo que sepáis ya desde ahora. Escuchad cuántas veces y cómo y por qué se tiene que perdonar.

Hay que perdonar como perdona Dios, el cual, si uno peca mil veces, pero se arrepiente, mil veces perdona; le basta ver que en el culpable no hay voluntad de pecar, no hay búsqueda de lo que hace pecar, sino que el pecado es sólo fruto de una debilidad del hombre. En el caso de persistencia voluntaria en el pecado, no puede haber perdón por las culpas cometidas contra la Ley. Mas vosotros perdonad el dolor que estas culpas os produzcan individualmente. Perdonad siempre a quien os haga un mal. Perdonad para ser perdonados, porque también vosotros tenéis culpas con Dios y con los hermanos. El perdón abre el Reino de los Cielos tanto al perdonado cuanto al que perdona; asemeja a lo que sucedió entre un rey y sus súbditos:

Un rey quiso hacer cuentas con sus súbditos. Los llamó, pues, uno a uno, empezando por los que estaban más arriba. Vino uno que le debía diez mil talentos. Pero este súbdito no tenía con qué pagar el anticipo que el rey le había prestado para que se construyera la casa y adquiriese todo tipo de cosas que necesitara, porque verdaderamente no había administrado —por muchos motivos, más o menos justos— solícitamente la suma que había recibido para estas cosas. El rey-amo, indignado por la holgazanería de su súbdito y por la falta a su palabra, ordenó que fueran vendidos él, su mujer, sus hijos y cuanto poseía, hasta que quedase saldada la deuda. Pero el súbdito se echó a los pies del rey, y, llorando y suplicando, le rogaba: "Déjame marcharme. Ten un poco de paciencia y te devolveré todo lo que te debo, hasta el último denario". El rey, movido a compasión por tanto dolor —era un rey bueno—, no sólo aceptó esto, sino que, habiendo sabido que entre las causas de la poca diligencia y de no pagar había también enfermedades, llegó incluso a condonarle la deuda.

El súbdito se marchó contento. Pero, saliendo de allí, encontró en el camino a otro súbdito, un pobre súbdito al que había prestado cien denarios tomados de los diez mil talentos que había recibido del rey.

Convencido de gozar del favor regio, creyó todo lícito, así que cogió al infeliz por el cuello y le dijo: "Devuélveme inmediatamente lo que me debes". Inútil fue que el hombre, llorando, se postrase a besarle los pies gimiendo: "Ten piedad de mí, que estoy viviendo muchas desgracias. Ten un poco de paciencia todavía, y te devolveré todo, hasta el último centavo". El súbdito, inmisericorde, llamó a los soldados e hizo que el infeliz fuera encarcelado para que se decidiera a pagar, so pena de perder la libertad o incluso la vida.

La cosa se vino a saber ampliamente entre los amigos del desdichado, los cuales, llenos de tristeza, fueron a referirlo al rey y amo. Éste, conocido el hecho, ordenó que fuera conducido a su presencia el servidor despiadado. Mirándole severamente, dijo: "Siervo inicuo, te había ayudado para que te hicieras misericordioso, para que consiguieras incluso una riqueza; luego te he ayudado condonándote la deuda por la que tanto implorabas que tuviera paciencia. Tú no has tenido piedad de un semejante tuyo, mientras que yo, que soy rey, había tenido mucha piedad de ti. ¿Por qué no has hecho lo que yo hice contigo?". Y lo entregó, indignado, a los carceleros, para que le retuvieran hasta que pagase todo, diciendo: "De la misma forma que no tuvo piedad de uno que le debía muy poco, cuando yo, que soy rey, había tenido mucha piedad de él, de la misma forma no halle piedad en mí".

278.5 [5]Esto hará también mi Padre con vosotros, si sois despiadados con vuestros hermanos; si, habiendo recibido tanto de Dios, os cargáis de culpas más que un fiel. Recordad que tenéis más obligación de evitar el pecado que ningún otro. Recordad que Dios os anticipa un gran tesoro, pero que quiere que le rindáis cuentas de él. Recordad que ninguno como vosotros debe saber practicar amor y perdón.

No seáis siervos que queráis mucho para vosotros y luego no deis nada a quien os pide. El comportamiento que tengáis será el que recibiréis. Y se os pedirá cuenta del comportamiento de los demás que hayan sido impulsados al bien o al mal por vuestro ejemplo. ¡Si sois santificadores, recibiréis verdaderamente una gloria grandísima en el Cielo! Mas, de la misma forma, si sois corruptores, o simplemente holgazanes en santificar, seréis duramente castigados.

Os lo repito: si alguno de vosotros no está dispuesto a ser víctima de su propia misión, que se marche, pero que no falte a su misión. Y digo: que no falte en las cosas verdaderamente nocivas para su propia formación y la de los demás. Y sepa tener a Dios por amigo ofreciendo siempre en su corazón perdón a los débiles. Así, Dios Padre ofrecerá el perdón a todo aquel de vosotros que sepa perdonar.

278.6 [6]La pausa ha terminado. Se acerca el tiempo de los Tabernáculos.

Aquellos a quienes esta mañana he hablado aparte, desde mañana irán precediéndome y anunciándome a la gente de los respectivos lugares; los que no vienen que no se desalienten. Si he reservado a algunos de ellos, ha sido por motivo de prudencia y no por desprecio; estarán conmigo, pero pronto los enviaré como ahora envío a los primeros setenta y dos. La mies es mucha y los obreros serán siempre pocos respecto a las necesidades; habrá, pues, trabajo para todos, y ni siquiera serán suficientes. Por tanto, sin rivalidades, rogad al Dueño de la mies que siga mandando nuevos obreros para su cosecha.

* Entretanto, marchaos. Yo y los apóstoles, en estos días de pausa, hemos completado vuestra instrucción acerca del trabajo que tenéis delante, repitiendo lo que Yo ya dije antes de enviar a los doce.

Uno de vosotros me ha preguntado: "¿Cómo curaré en tu Nombre?". Curad siempre antes el espíritu. Prometedles a los enfermos que obtendrán el Reino de Dios si saben creer en mí, y, vista en ellos la fe, ordenad a la enfermedad que se aleje, y se alejará. Y haced lo mismo con los enfermos del espíritu. Encended, antes que nada, la fe. Comunicad, con la palabra firme, la esperanza. Yo me agregaré depositando en ellos la divina caridad, como la deposité en vuestros corazones después de que creísteis en mí y esperasteis en la misericordia. Y no temáis ni a los hombres ni al demonio. No os harán ningún mal. Lo único que debéis temer es la sensualidad, la soberbia, la avaricia, que pueden ser causa de entregaros a Satanás y a los hombres-demonio, que también existen.

Poneos, pues, en movimiento y precededme por los caminos del Jordán. Cuando lleguéis a Jerusalén, id al valle de Belén a reuniros con los pastores, y, con ellos, volved donde mí, al lugar que sabéis: celebraremos juntos la fiesta santa, para luego regresar más confirmados que nunca a nuestro ministerio.

Idos con paz. Os bendigo en el santo Nombre del Señor».

---

* *Yo y los apóstoles, en estos días de pausa, hemos completado vuestra instrucción... repitiendo lo que Yo ya dije antes de enviar a los doce.* Es la confirmación del aparente paralelismo entre el pasaje evangélico de *Mateo 10, 5-42* y el de *Lucas 10, 2-12*: el primero reseña la larga instrucción de Jesús a los doce apóstoles (como en el capítulo 265 de la Obra valtortiana); el segundo reseña fragmentos de esa misma instrucción repetida a los setenta y dos discípulos (como se explicita en el presente capítulo 278).
Muchos de los episodios considerados en los cuatro Evangelios (sobre todo en los tres sinópticos) paralelos entre sí, por el mismo contenido y la misma colocación histórica, en la Obra valtortiana no son paralelos, al menos por su diferente colocación histórica.

## 279. Encuentro con Lázaro en el campo de los Galileos.

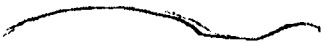
18 de septiembre de 1945.

279.1 [1]El famoso campo de los Galileos —creo que es lo que significa la palabra usada por Jesús para designar el lugar de encuentro con los setenta y dos discípulos enviados delante de Él— no es sino una parte del monte de los Olivos, más apartado hacia el camino de Betania (es más, el camino pasa por ahí). Es también el lugar exacto en que, en una visión ya lejana, vi que acampaban Joaquín y Ana con el entonces pequeño Alfeo, junto a otras chozas de ramas, en los Tabernáculos que precedieron a la concepción de la Virgen.

La cima del monte de los Olivos es suave:

Todo es suave en ese monte: las subidas, los panoramas, la cima. Espira realmente paz, vestido como está de olivos y silencio. Ahora no, porque ahora es un verdadero hormigueo de gente aplicada a hacer las chozas. Pero generalmente es un lugar de gran quietud, de meditación. A su izquierda, respecto a un observador que mire orientándose hacia el Norte, hay una leve depresión, y luego una nueva cima (aún menos cerrada que la del monte de los Olivos):

Aquí, en esta explanada, acampan los galileos. No sé si es por costumbre religiosa ya secular o si es por orden de los romanos, con la finalidad de evitar choques con los judíos o con otros de otras regiones, poco corteses con los galileos. No lo sé. Sí sé que ya veo a muchos galileos, entre los cuales a Alfeo de Sara de Nazaret, a Judas, el anciano hacendado de la zona de Merón, al arquisinagogo Jairo, y a otros cuyo nombre desconozco y venidos de Betsaida, Cafarnaúm y otras ciudades galileas.



Jesús señala el lugar que deberán ocupar para sus cabañas: justo en las lindes orientales del campo de los Galileos. Se ponen a construir las cabañas los apóstoles y algunos discípulos, entre los cuales están el sacerdote Juan y el escriba Juan, el arquisinagogo Timoneo, más Esteban, Hermasteo, José de Emaús, Abel de Belén de Galilea.

279.2 [2]En esto —mientras construyen las cabañas y Jesús habla con unos niños de Cafarnaúm que se han ceñido en torno a Él y le están preguntando un sinfín de cosas y confiándole otras tantas—, por el camino que viene de Betania, aparece Lázaro, junto con el inseparable Maximino. Jesús está vuelto de espaldas y no le ve venir. En cambio el Iscariote sí le ve y avisa al Maestro, el cual deja automáticamente a los niños y, sonriendo, se dirige hacia su amigo. Maximino se para para dejar plena libertad a los dos en el primer momento de su encuentro. Lázaro recorre los últimos metros, caminando con más

dificultad que nunca, rápidamente en la medida de sus posibilidades, con una sonrisa en la que tiemblan el sufrimiento en su boca y las lágrimas en sus ojos. Jesús abre los brazos y Lázaro cae sobre su corazón prorrumpiendo en un fuerte llanto.

«¡Pero hombre, amigo mío, ¿lloras todavía?!...» le pregunta Jesús, y le besa en la sien (es bastante más alto que Lázaro —toda la cabeza—, y parece todavía más alto, porque Lázaro está inclinado en su abrazo de amor y respeto).

Levanta por fin la cabeza Lázaro y dice: «Lloro, sí. El año pasado te di las perlas de mi triste llanto, justo es que recibas las perlas de mi llanto de alegría. ¡Maestro, Maestro mío! Estimo que nada hay más humilde y santo que el llanto bueno... y es lo que te doy, para decirte "gracias" por mi María que ahora es enteramente una niña dichosa, serena, pura, buena... ¡mucho más buena todavía que cuando era pequeña! Yo, que en mi orgullo de israelita fiel a la Ley me sentía muy por encima de ella, ahora me siento muy pequeño, muy nada, respecto a ella, que ya no es una criatura sino una llama de fuego, una llama santificadora. Yo... no llego a entender dónde halla esa sabiduría, esas palabras, esas obras que encuentra y que edifican a toda la casa. La miro como se mira un misterio. ¡¿Cómo, tanto fuego y tantas gemas podían celarse en tranquila convivencia bajo tanta podredumbre?! Ni yo ni Marta subimos hasta donde ella sube. ¿Cómo lo hace, si ha tenido rotas las alas por el vicio? No entiendo...».

«Ni falta que hace que entiendas. Basta con que entienda Yo. Pero te digo que María tiene las energías de su ser orientadas hacia el Bien. Ha encauzado su temperamento hacia la perfección, y, dado que es un temperamento de poderoso absolutismo, se lanza sin reservas por este camino. Utiliza su experiencia del mal para ser potente en el bien como lo fue en el mal; usando los mismos sistemas de darse enteramente, que tenía en el pecado, se da toda a Dios. Ha comprendido la ley del "ama a Dios con todo tu ser, con tu cuerpo y con tu alma, con todas tus fuerzas". Si Israel estuviera hecho de Marías, si el mundo estuviera hecho de Marías, tendríamos en la tierra el Reino de Dios cual será en el altísimo Cielo».

«¡Oh! ¡Maestro, Maestro! ¡Y es María de Magdala la que merece estas palabras!...».

«Es María de Lázaro, la gran amiga hermana del gran amigo mío. [3]¿Cómo habéis sabido que estaba aquí, si todavía mi Madre no 279.3
ha ido a Betania?».

«Ha venido, forzando el camino, el encargado de Agua Especiosa, y me ha dicho que venías. Todos los días he mandado aquí a uno de

la servidumbre. Hace poco ha vuelto diciendo: "Ha llegado. Está en el campo galileo". Me he puesto en marcha inmediatamente...».

«Pero si estás mal...».

«¡Muy mal, Maestro! Estas piernas...».

«¡Y has venido! Habría ido Yo pronto...».

«Mi prisa por manifestarte mi alegría era demasiado angustiosa. Hace meses que lo tengo dentro. ¿Una carta! ¿Qué es una carta para decirte una cosa como ésta! Ya no podía esperar más... ¿Vas a venir a Betania?».

«Ciertamente. En cuanto termine la fiesta».

«Te esperan con gran impaciencia... La griega... ¡Qué mente! Converso mucho con ella, ávida de saber de Dios. Pero es muy culta... y yo, que no sé bien ciertas cosas, debo ceder; haces falta Tú».

«Iré. Ahora vamos con Maximino; luego, te ruego que te consideres mi invitado. Mi Madre se alegrará al verte. Y podrás descansar. Dentro de poco vendrá con el niño».

Y Jesús llega donde Maximino, el cual se arrodilla para saludarle...

## 280. El regreso de los setenta y dos. Profecía sobre los místicos futuros.

19 de septiembre de 1945.

280.1 [1]En el largo crepúsculo de un sereno día de octubre, regresan los setenta y dos discípulos con Elías, José y Leví. Cansados, llenos de polvo... ¡Pero, cuán dichosos! Dichosos los tres pastores por poder ya servir libremente al Maestro; dichosos también de estar —después de tantos años de separación— unidos a sus compañeros de antaño; dichosos los setenta y dos, por haber desarrollado bien su primera misión: los rostros resplandecen más que las lamparillas que iluminan las cabañas construidas para este numeroso grupo de peregrinos.

En el centro está la cabaña de Jesús. Dentro de ella, María con Margziam, que la ayuda a preparar la cena; alrededor, las cabañas de los apóstoles. En la de Santiago y Judas está María de Alfeo; en la de Juan y Santiago, María Salomé con su marido; en la que está pegando a esta última, Susana con su marido, que no es ni apóstol ni discípulo... oficial, pero que debe haber hecho valer su derecho de estar allí, sobre la base de haber concedido a su mujer ser toda de Jesús. Luego, alrededor, las de los discípulos, quién con familia, quién sin ella; los que están solos —los más— se han agregado a uno o más

compañeros. Juan de Endor ha tomado consigo al solitario Hermasteo, pero ha tratado de acercarse lo más posible a la cabaña de Jesús; así es que Margziam va a menudo donde él a llevar esto o aquello o a alegrarle con sus palabras de niño inteligente y feliz de estar con Jesús, María y Pedro, y además en una fiesta.

[2]Terminada la cena, Jesús se encamina hacia las laderas del monte de los Olivos. Los discípulos le siguen en masa. 280.2

Aislados del runrún y la multitud, después de orar en común, informan a Jesús más ampliamente de cuanto no han podido hacerlo antes en medio de unos que iban y otros que venían. Se revelan asombrados y contentos, mientras dicen: «¿Sabes, Maestro, que por la fuerza de tu Nombre hemos dominado no sólo las enfermedades sino incluso a los demonios? ¡Qué cosa, Maestro! ¡Nosotros, nosotros, unos pobres hombres, por el simple hecho de que nos habías enviado Tú, podíamos liberar al hombre del espantoso poder de un demonio!...» y narran muchos casos, sucedidos en uno u otro lugar. Sólo de uno dicen: «Sus familiares, para más exactitud su madre y unos vecinos, le trajeron a la fuerza a nuestra presencia. Pero el demonio se burló de nosotros diciendo: "He vuelto aquí por voluntad suya, después de que Jesús Nazareno me había expulsado, y ya no me vuelvo a marchar de él porque me ama más a mí que a vuestro Maestro y me ha buscado de nuevo". Y, de repente, con una fuerza irresistible, arrancó al hombre de las manos del que le sujetaba y le arrojó por una escarpada. Corrimos a ver si se había espachurrado. ¡Qué va, hombre! Corría como una joven gacela, profiriendo blasfemias y palabras burlescas que ciertamente no eran de este mundo... Sentimos compasión de la madre... ¡Pero él! ¡Pero él! ¿Pero puede hacer eso el demonio?».

«Eso y más todavía» dice afligido Jesús.

«Quizás si hubieras estado Tú...».

«No. A ese hombre le había dicho: "Ve y no quieras volver a caer en tu pecado". Ha querido. Era consciente de querer el Mal y ha querido. Está perdido. El que sufre posesión por su primitiva ignorancia es distinto del que se deja poseer sabiendo que, haciéndolo, se vende de nuevo al demonio. No habléis de él. Es un miembro amputado sin esperanza. Es un voluntario del Mal. Alabemos, más bien, al Señor por las victorias que os ha dado. Yo sé el nombre del culpable y los nombres de los salvados. Veía a Satanás caer del Cielo como un rayo por vuestro mérito unido a mi Nombre. Porque he visto también vuestros sacrificios, vuestras oraciones, el amor con que ibais a los desdichados para cumplir lo que Yo había indicado. Habéis obrado con amor y Dios os ha bendecido. Otros harán lo mismo que hacéis

vosotros, pero sin amor, y no obtendrán conversiones... Mas no os alegréis por haber dominado a los espíritus, alegraos porque vuestros nombres están escritos en el Cielo. No los borréis jamás de allí...».

280.3 [3]«Maestro, ¿cuándo vendrán esos que no van a obtener conversiones? ¿Quizás cuando ya no estés con nosotros?» pregunta un discípulo cuyo nombre desconozco.

«No, Agapo. En todo tiempo».

«Es decir, ¿incluso mientras nos adoctrinas y nos amas?».

«Sí. Amaros os amaré siempre, aunque estéis lejos de mí. Mi amor llegará siempre a vosotros, y le sentiréis».

«¡Es verdad! Yo le sentí una tarde que estaba preocupado por no saber qué responder a las preguntas de uno. Ya estaba para marcharme avergonzado. Pero me acordé de tus palabras: "No temáis. En su momento se os darán las palabras que habréis de decir", y te invoqué con mi espíritu. Dije: "Sin duda Jesús me ama, así que pido el auxilio de su amor" y me vino el amor... como un fuego, una luz... una fuerza... El hombre estaba frente a mí, y me observaba y sonreía maliciosamente con ironía haciendo guiños a sus amigos; se sentía seguro de vencer la disputa. Abrí mi boca y fue como un torrente de palabras que salía con gozo de mi necia boca. Maestro, ¿viniste realmente o fue una ilusión? No lo sé. Sé que, al final, el hombre —y era un escriba— se ha arrojado a mi cuello diciéndome: "Bienaventurado tú y quien te ha conducido a esta sabiduría". Me pareció una persona deseosa de buscarte. ¿Vendrá?».

«La idea del hombre es lábil como palabra escrita en el agua, su voluntad se mueve cual ala de golondrina que revolotea en busca de la última comida del día. De todas formas, ora por él... Y... sí, fui a ti; y, como tú, me tuvieron también Matías y Timoneo, Juan de Endor, Simón, Samuel y Jonás. Quién advirtió mi presencia, quién no la advirtió; pero he estado con vosotros, y estaré con quien me sirva en amor y verdad, hasta el final de los siglos».

280.4 [4]«Maestro, no nos has dicho todavía si entre los presentes habrá personas sin amor...».

«No es necesario saberlo. Sería falta de amor por mi parte indisponeros hacia un compañero que no sabe amar».

«¿Pero hay? Esto sí lo puedes decir...».

«Hay. El amor es la cosa más sencilla, dulce e infrecuente que hay; no siempre arraiga, aunque haya sido sembrado».

«¡Pero, si no te amamos nosotros, ¿quién te puede amar?!».

Casi hay indignación en los apóstoles y discípulos, que se alborotan, descontentos, por la sospecha y el dolor.

Jesús baja los párpados, y con sus ojos cela también su mirada para que no señale a nadie. Eso sí, hace su gesto de resignación, el gesto dulce y triste de sus manos, que se abren con las palmas hacia arriba; su gesto de resignada confesión, de resignada constatación, y dice: «Así debería ser. Pero no es así. Muchos todavía no se conocen. Pero Yo sí los conozco, y siento compasión de ellos».

«¡Oh! ¡Maestro, Maestro! ¿No seré yo, ¿eh?!» pregunta Pedro mientras se pega literalmente a Jesús, aplastando al pobre Margziam entre sí y el Maestro, y echa sus brazos cortos y robustos a los hombros de Jesús, y le agarra y le menea, enloquecido por el terror de ser uno que no ama a Jesús.

Jesús abre sus ojos, luminosos a pesar de estar tristes, y mira el rostro interrogativo y aterrorizado de Pedro, y le dice: «No, Simón de Jonás, tú no eres; tú sabes amar y sabrás amar cada vez más; tú eres mi Piedra, Simón de Jonás, una buena piedra, sobre la cual apoyaré las cosas que más quiero, y estoy seguro de que las sostendrás imperturbable».

«¿Y entonces?», «¿yo?», «¿yo?». Las preguntas se repiten de boca en boca, como el eco.

«¡Calma! ¡Calma! Estad tranquilos y esforzaos en poseer todos el amor».

[5]«Pero, de nosotros, ¿quién sabe amar más?». 280.5

Jesús extiende su mirada (una caricia sonriente) a todos... luego baja su mirada y la posa en Margziam, que sigue apretado entre Él y Pedro, y, apartando un poco a Pedro y poniendo al niño de cara a la pequeña muchedumbre, dice: «Éste es el que más sabe amar de vosotros. El niño. No os acongojéis, de todas formas, los que tenéis ya barba en la cara e hilos canos en los cabellos. Todo el que renace en mí se hace "un niño". ¡Marchaos en paz! Alabad a Dios, que os ha llamado, porque verdaderamente veis con vuestros ojos los prodigios del Señor. Bienaventurados los que vean lo que vosotros veis. Porque os digo que muchos profetas y reyes anhelaron ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y muchos patriarcas habrían querido saber lo que vosotros sabéis y no lo supieron, y muchos justos habrían querido escuchar lo que vosotros oís y no pudieron escucharlo. Mas, de ahora en adelante, los que me amen sabrán todo».

«¿Y después, cuando te vayas, como dices?».

«Después hablaréis vosotros por mí. Y luego... ¡Oh, las grandes formaciones, no por número sino por gracia, de los que verán, sabrán y escucharán lo que vosotros ahora veis, sabéis y oís! ¡Oh, las grandes, amadas formaciones de mis "pequeños-grandes"! ¡Ojos eternos, mentes eternas, oídos eternos! ¿Cómo explicaros a vosotros que es-

táis en torno a mí lo que será este eterno vivir —más que eterno, sin medida— de los que me amarán y por mí serán amados hasta el punto de abolir el tiempo, y serán los "ciudadanos de Israel" —aunque vivan cuando ya Israel no sea sino un recuerdo de nación—, los contemporáneos de Jesús vivo en Israel? Estarán conmigo, en mí, hasta el punto de conocer lo que el tiempo ha borrado y la soberbia ha confundido. ¿Qué nombre les daré? Vosotros apóstoles, vosotros discípulos, los creyentes serán llamados "cristianos". ¿Y éstos? ¿Qué nombre tendrán éstos? Un nombre conocido solamente en el Cielo. ¿Qué premio tendrán ya en la Tierra? Mi beso, mi voz, el calor de mi carne. Todo, todo, todo Yo mismo. Yo, ellos. Ellos, Yo. La comunión total... Podéis iros. Yo me quedo aquí a deleitar mi espíritu en la contemplación de mis futuros conocedores y amantes absolutos. La paz sea con vosotros».

## 281. En el Templo durante la fiesta de los Tabernáculos. Las condiciones para seguir a Jesús. La parábola de los talentos y la parábola del buen samaritano.

20 de septiembre de 1945.

281.1 [1]Jesús se dirige al Templo. Le preceden en grupos los discípulos, le siguen en grupo las discípulas, es decir, su Madre, María Cleofás, María Salomé, Susana, Juana de Cusa, Elisa de Betsur, Analía de Jerusalén, Marta y Marcela. No está la Magdalena. En torno a Jesús, los doce apóstoles y Margziam.

Jerusalén muestra la pompa de las ocasiones solemnes. Gente de todos los lugares en todas sus calles. Cantos, discursos, murmullo de oraciones, imprecaciones de asnerizos, algún llanto de niño. Cubriéndolo todo, un cielo nítido que se deja ver entre las casas, y un sol que desciende alegre a dar vivacidad a los colores de los vestidos, a encender los mortecinos colores de las pérgolas y árboles que acá o allá se vislumbran tras las tapias de los jardines recintados o de los antepechos de las terrazas.

Hay veces que Jesús se cruza con personas conocidas; entonces el saludo es más o menos deferente, según la disposición de éstas. Así, es respetuosísimo, aunque gravedoso, el de Gamaliel, que mira fijamente a Esteban; éste le sonríe desde el grupo de los discípulos (Gamaliel, después de inclinarse ante Jesús, llama aparte a Esteban y le dice unas palabras, y luego Esteban regresa al grupo). De veneración es el saludo del anciano arquisinagogo Cleofás de Emaús, que se dirige con sus paisanos al Templo. Desabrido como una maldición,

el saludo de respuesta de los fariseos de Cafarnaúm.

[2]Los campesinos de Jocanán, capitaneados por el administrador, 281.2
saludan echándose al suelo y besando los pies de Jesús entre el polvo del camino. La gente, extrañada, se detiene a observar a este grupo de hombres que, en un cruce de calles, se arroja con un grito a los pies de un hombre joven, que no es ni un fariseo ni un famoso escriba, que no es ni un sátrapa ni un alto cortesano. Alguno pregunta que quién es. Corre un murmullo: «Es el Rabí de Nazaret, el que se dice que es el Mesías».

Entonces, prosélitos y gentiles se arremolinan, curiosos, de forma que empujan al grupo hacia una pared y crean un atasco en la minúscula placita; hasta que un grupo de arrieros los disgrega gritando imprecaciones contra el obstáculo. Mas la multitud, exigente, brutal en esta manifestación suya que es también de fe, se aglomera de nuevo, separando las mujeres de los hombres. Todos quieren tocar el vestido de Jesús, decirle una palabra, hacerle alguna pregunta... esfuerzo inútil, porque esa misma prisa, esa ansia, ese nerviosismo por pasar adelante rechazándose unos a otros, hace que ninguno pueda llegar. Las preguntas y respuestas se confunden también en un único rumor incomprensible.

El único que se abstrae de la escena es el abuelo de Margziam. Ha respondido con un grito al grito de su nietecito, y, en seguida, tras venerar al Maestro, ha estrechado contra su corazón al nieto, y luego, todavía apoyado sobre los talones, ambas rodillas en tierra, le ha sentado en su regazo, y le admira y acaricia con lágrimas y besos de dicha mientras le pregunta y escucha. El anciano se siente tan feliz que está ya en el Paraíso.

Acuden los soldados romanos, creyendo que hay alguna pelea. Se abren paso. Pero sonríen cuando ven a Jesús, y, limitándose a aconsejar a los presentes que dejen libre ese importante cruce, se retiran tranquilos. Jesús obedece inmediatamente, aprovechando el espacio que crean los romanos, que van unos pasos delante de Él como para abrirle camino, aunque en realidad es para volver a su puesto de piquete, porque la guardia romana ha sido reforzada mucho, como si Pilatos fuera al corriente de un descontento entre la muchedumbre y temiera amotinamientos en estos días en que Jerusalén está colmada de hebreos procedentes de todas partes. Y es bonito verle caminar precedido por este grupo armado romano, como un rey al que se va abriendo paso cuando se dirige a sus posesiones.

Cuando ha empezado a moverse ha dicho al niño y al anciano: «Estad juntos y seguidme» y al administrador de Jocanán: «Te ruego que me dejes a tus hombres. Serán invitados míos hasta la noche».

El administrador responde obsequioso: «Hágase todo lo que quieras» y, tras un respetuoso saludo, se marcha solo.

281.3 [3]El Templo está ya cerca, y el bullicio de la multitud, como movimiento de hormigas junto a la entrada del hormiguero, es aún mayor. En esto, un campesino de Jocanán grita: «¡El amo!» y cae de rodillas para saludar, y le imitan los demás.

Jesús está en pie en medio de un grupo de hombres postrados (porque los campesinos se habían arrimado bien a Él). Vuelve la mirada hacia el lugar señalado y encuentra la mirada de un fariseo pomposamente vestido, que no me resulta nuevo pero que no sé dónde le he visto.

El fariseo Jocanán está con otros de su casta: un montón de preciosos tejidos, de franjas, hebillas, cinturones, filacterias; todo de dimensiones exageradas respecto a lo común. Jocanán fija su atención en Jesús: es una mirada de pura curiosidad, aunque no irreverente. Es más, le saluda: estirado, apenas una inclinación de cabeza... pero al fin y al cabo es un saludo, al cual Jesús responde con deferencia. También le saludan otros dos o tres fariseos, mientras que otros miran despreciativos o fingen mirar a otra parte; sólo uno lanza una ofensa (seguro, porque veo que los que van en torno a Jesús se sobresaltan, y el mismo Jocanán se vuelve de repente para fulminar con la mirada al ofensor, que es un hombre más joven que él, de facciones marcadas y duras).

Una vez rebasados, cuando ya los campesinos se atreven a hablar, uno de ellos dice: «El que te ha maldecido es Doras, Maestro».

«Déjale. Os tengo a vosotros, que me bendecís» dice tranquilo Jesús.

Apoyado en el intradós de un arco, junto con otros, está Manaén, el cual, en cuanto ve a Jesús, alza los brazos acompañando el gesto con una exclamación de alegría: «¡Éste es un día jubiloso, porque te he encontrado!» y viene hacia Jesús, seguido por los que le acompañan. Le venera bajo el umbrío arco que hace retumbar las voces como si fuera una cúpula.

Precisamente mientras le está venerando, pasan, rozando al grupo apostólico, los primos Simón y José con otros nazarenos... y no saludan... Jesús los mira apenado, pero no dice nada.

Judas y Santiago, agitados, cambian recíprocamente unas palabras, y Judas, encendido su rostro de indignación, inútilmente sujetado por su hermano, echa a correr tras ellos. Pero Jesús le llama con un tan imperioso: «¡Judas, ven aquí!», que el inquieto hijo de Alfeo se vuelve para atrás... «Déjalos. Son semillas que todavía no han sentido la primavera. Déjales que estén en la sombra del avariento

terrón. Penetraré igualmente, aunque éste se transformase en jaspe cerrado en torno a la semilla. Lo haré a su tiempo».

Más fuerte que la respuesta de Judas de Alfeo resuena el llanto de María de Alfeo, desolada: un llanto largo, propio de una persona abatida... Pero Jesús no se vuelve para consolarla, a pesar de que se oiga bien nítido ese lamento bajo el arco lleno de ecos.

Sigue hablando con Manaén, el cual le dice: «Éstos que están conmigo son discípulos de Juan. Quieren, como yo, ser tuyos».

«Paz a los buenos discípulos. Allá delante están Matías, Juan y Simeón, conmigo para siempre. Os recibo a vosotros como los recibí a ellos, porque Yo amo todo lo que me viene del santo Precursor».

[4]Llegan a los muros del Templo. 281.4

Jesús da órdenes al Iscariote y a Simón Zelote para las compras y ofrendas de rito. Luego llama al sacerdote Juan y dice: «Tú, que eres de este lugar, te encargarás de invitar a algún levita que sepas que es digno de conocer la Verdad. Porque verdaderamente este año puedo celebrar una fiesta de alegría. Nunca volverá a ser tan dulce el día...».

«¿Por qué, Señor?» pregunta el escriba Juan.

«Porque os tengo a todos en torno a mí, o con la presencia visible o en espíritu».

«¡Siempre estaremos! Y, con nosotros, muchos otros» asegura con vehemencia el apóstol Juan, secundado en coro por todos los demás.

Jesús sonríe y calla mientras el sacerdote Juan, con Esteban, se adelanta, al Templo, para cumplir la orden. Jesús le grita detrás: «Nos encontraréis en el pórtico de los Paganos».

Luego entran, y, casi en seguida, se topan con Nicodemo, el cual hace un gesto respetuoso de saludo; no se acerca a Jesús, pero le dirige una sonrisa de avenencia llena de paz.

Las mujeres, no pudiendo ir más allá, se detienen. Mientras, Jesús con los hombres va a la oración, al lugar de los hebreos, y luego, cumplidos todos los ritos, se vuelve para reunirse con los que le esperan en el pórtico de los Paganos.

Los pórticos, vastísimos y altísimos, están llenos de gente que escucha las lecciones de los rabíes. Jesús se dirige a donde ve que están parados los dos apóstoles y los dos discípulos que había mandado delante. En seguida se forma un círculo alrededor de Él; a los apóstoles y discípulos se unen otras, numerosas personas que estaban, acá o allá, entre la muchedumbre que llena el patio marmóreo. Tanta es la curiosidad, que hasta algunos alumnos de rabíes —no sé si espontáneamente o mandados por sus maestros— se acercan al círculo que se ciñe en torno a Jesús.

281.5 [5]Él, sin rodeo alguno, dice: «¿Por qué os apiñáis alrededor de mí? Responded. Tenéis rabíes conocidos y sabios, bienquistos de todos; Yo soy el Desconocido y el Malquisto. ¿Por qué, pues, venís a mí?».

«Porque te amamos» dicen algunos, y otros: «Porque tienes palabras distintas de los otros», y otros: «Para ver tus milagros», y: «Porque hemos oído hablar de ti», y: «Porque sólo Tú tienes palabras de vida eterna y obras que corresponden a las palabras», y, en fin: «Porque queremos unirnos a tus discípulos».

Jesús mira a cada uno según va hablando, como para trasparsarlos con la mirada y leer los más ocultos sentimientos; alguno, no resistiendo esa mirada, se aleja, o, cuanto menos, se esconde detrás de una columna o de gente más alta.

Jesús continúa:

«¿Pero sabéis qué quiere decir y qué es el hecho de seguirme? Doy respuesta solamente a estas palabras, porque la curiosidad no merece respuesta, y porque quien tiene hambre de mis palabras, como consecuencia, me ama y desea unirse a mí. Por tanto, los que han hablado se clasifican en dos grupos: los curiosos, de los cuales no me ocupo, y los que ponen buena voluntad; a éstos los adoctrino sin engaño acerca de la severidad de esta vocación.

281.6 [6]Venir a mí como discípulo quiere decir renuncia de todos los amores en aras de *un solo* amor: el mío. Amor egoísta a uno mismo; amor culpable a las riquezas, a la sensualidad o el poder; amor justo a la propia esposa; santo, hacia la madre o el padre; amor cariñoso de los hijos y a los hijos o hermanos: todo debe ceder ante *mi* amor, si uno quiere ser mío. En verdad os digo que mis discípulos han de ser más libres que las aves que extienden su vuelo por el cielo, más libres que los vientos que recorren el firmamento sin ser detenidos por nadie ni por nada; libres, sin pesadas cadenas, sin vínculos de amor material, sin siquiera las finas telarañas de las más leves barreras. El espíritu es como una delicada mariposa enclaustrada dentro del capullo pesado de la carne; su vuelo lo puede obstaculizar —o pararlo del todo— simplemente la irisada e impalpable tela de una araña: la araña de la propia sensibilidad, de la falta de generosidad en el sacrificio. Quiero *todo*, sin reservas. El espíritu tiene necesidad de esta libertad de dar, de esta generosidad de dar, para poder estar seguro de no caer en la telaraña de las inclinaciones, costumbres, reflexiones, miedos, tejido todo ello como otros tantos hilos de esa monstruosa araña que es Satanás, ladrón de almas.

Si uno quiere venir a mí y no odia santamente a su padre, a su madre, su mujer y sus hijos, a sus hermanos y hermanas, e incluso la propia vida, no puede ser discípulo mío. He dicho: "odia santamen-

te". En vuestro corazón decís: "El odio —Él lo enseña— no es jamás santo. Por tanto, se contradice". No. No me contradigo. Digo que se odie lo grave del amor, la pasionalidad terrenal del amor al padre y a la madre, a la esposa y a los hijos, a los hermanos y hermanas, a la propia vida; pero ordeno que se ame, con la libertad ingrávida propia de los espíritus, a los padres y la vida. Amadlos en Dios y por Dios, no posponiendo jamás a Dios, no posponiéndole a ellos, ocupándoos y preocupándoos de conducirlos a donde el discípulo ha llegado, o sea, a Dios Verdad. Así amaréis santamente a los padres y a Dios, y conciliaréis los dos amores, y haréis de los vínculos de la sangre no un peso sino alas, no culpa sino justicia.

Debéis estar dispuestos a odiar también vuestra vida para seguirme a mí. Odia su vida aquel que, sin miedo a perderla o a que sea humanamente triste, la pone a mi servicio. Pero es sólo apariencia de odio, un sentimiento erróneamente llamado "odio" por la mente del hombre que no sabe elevarse, del hombre todo terrenal, superior en poco a los animales. En realidad, este aparente odio, que es el negar las satisfacciones sensuales a la existencia para dar cada vez más amplia vida al espíritu, es amor; amor es, y del más alto que existe, del más bendito. Negarse las bajas satisfacciones, prohibirse la sensualidad de los deseos, atraerse reprensiones y comentarios injustos, arriesgarse a sufrir castigos, rechazos, maldiciones, quizás persecuciones, todo esto es una serie continua de penas. Mas es necesario abrazarse a ellas, e imponérselas como una cruz, un patíbulo en que expiar todos los pecados pasados para presentarse uno justificado ante Dios; un patíbulo del cual se obtienen todas las gracias, verdaderas, poderosas, santas gracias de Dios para aquellos a quienes amamos. Quien no carga con su cruz y no me sigue, quien no sabe hacer esto, no puede ser discípulo mío.

[7]Por tanto, los que decís: "Hemos venido porque queremos unir- 281.7
nos a tus discípulos" pensadlo mucho, mucho. No es vergüenza, sino sabiduría, sopesarse, juzgarse y confesar, a sí mismo y a los demás: "No tengo la aptitud del discípulo". Los paganos, como base de una de sus disciplinas, tienen la necesidad de "conocerse uno a sí mismo". ¿Acaso vosotros, israelitas, no vais a saber hacerlo para conquistar el Cielo? Porque —recordad esto siempre— bienaventurados los que vienen a mí. Pero, si venís para luego traicionarme a mí y al que me ha enviado, mejor es no venir para nada y seguir siendo hijos de la Ley como habéis sido hasta ahora. ¡Ay de aquellos que primero dicen: "Voy" y luego, traicionando la idea cristiana, escandalizando a los pequeños y buenos, perjudican al Cristo! ¡Ay de ellos!... ¡Y los habrá, siempre los habrá!

Sed, pues, como aquel hombre que, queriendo edificar una torre, primero calcula atentamente los gastos necesarios y hace balance de su dinero, para ver si tiene los medios para concluirla, y no verse obligado, una vez echados los cimientos, a suspender la obra por falta de dinero. Si esto sucediera, perdería incluso lo que tenía primero y se quedaría sin torre y sin talentos; a cambio atraería hacia sí las burlas del pueblo, que diría: "Éste empezó a edificar, pero no pudo concluir; ahora tendrá que llenar su estómago con los restos de su construcción inacabada".

Sed también —sacando así enseñanza sobrenatural de los pobres hechos de este mundo— como los reyes de la Tierra, que, cuando quieren hacer la guerra a otro rey, examinan todo con calma y atención, los pros y los contras; meditan si lo que van a sacar con la conquista les compensa o no el sacrificio de las vidas de sus súbditos; estudian si es posible conquistar el lugar, estudian la posibilidad de victoria de su ejército (numéricamente la mitad del de su rival pero más combativo); y, si, logicamente, ven que es improbable que diez mil venzan a veinte mil, entonces, antes de que estalle la batalla, mandan al encuentro de su rival —que ya está en guardia a causa de las operaciones militares del otro— una embajada con ricos presentes, y le amansan, le apaciguan con pruebas de amistad, anulan sus sospechas, en fin firman un tratado de paz, que siempre es más ventajoso, humana y espiritualmente, que una guerra.

Eso es lo que debéis hacer vosotros antes de empezar la nueva vida y de tomar partido contra el mundo. Porque ser discípulo mío significa eso: presentar batalla a la vortiginosa y violenta corriente del mundo, de la carne, de Satanás. Si no os sentís con valor de renunciar a todo por amor a mí, no vengáis porque no podéis ser discípulos míos».

281.8 [8]«Bien. Lo que dices es verdad» admite un escriba que se ha mezclado en el grupo. «Pero, si nos despojamos de todo, ¿con qué te servimos? La Ley tiene prescripciones que son como monedas que Dios ha dado al hombre para que, usándolas, se compre la vida eterna. Dices: "Renunciad a todo", y mencionas el padre, la madre, las riquezas, los honores. Dios ha dado también estas cosas, y nos ha dicho, por boca de Moisés, que las usáramos con santidad para aparecer justos ante los ojos de Dios. Si nos quitas todo, ¿qué nos das?».

«He dicho, rabí, que el verdadero amor. Os doy mi doctrina, que no quita ni una iota a la antigua Ley; antes bien, la perfecciona».

«Entonces todos somos discípulos iguales, porque todos tenemos las mismas cosas».

«Todos según la Ley mosaica, no todos según la Ley que perfec-

ciono Yo según el Amor. Mas no todos, en ésta, alcanzan la misma suma de méritos. Entre mis propios discípulos no todos obtendrán una suma de méritos igual; y alguno de ellos, no sólo no alcanzará suma alguna, sino que perderá incluso su única moneda: su alma».

«¿Cómo! A quien más se le da, más le quedará. Tus discípulos, y más tus apóstoles, te siguen en tu misión, y conocen tu forma de actuar; han recibido muchísimo. Mucho han recibido tus discípulos efectivos; menos, los discípulos que lo son sólo de nombre. Nada han recibido los que, como yo, te oyen sólo por una contingencia. Es evidente que en el Cielo los apóstoles tendrán muchísimo; mucho, los discípulos efectivos; menos, los discípulos de nombre; nada, los que son como yo».

«Humanamente es evidente, y humanamente puede ser también un mal. Porque no todos son capaces de hacer producir los bienes recibidos. Escucha esta parábola, y perdona si adoctrino demasiado tiempo aquí; pero es que Yo soy la golondrina que va de paso, y estaré poco tiempo en la Casa del Padre, pues he venido para todo el mundo y, además, este pequeño mundo que es el Templo de Jerusalén no quiere dejarme recoger el vuelo y permanecer donde la gloria del Señor me llama».

«¿Por qué dices eso?».

«Porque es la verdad».

El escriba mira a su alrededor y agacha la cabeza. Ve que lo que ha dicho Jesús es verdad. Lo ve en demasiados rostros de miembros del Sanedrín, rabíes y fariseos, que han ido engrosando cada vez más la aglomeración de gente que hay en torno a Él: rostros verdes de bilis o purpúreos de ira; miradas que equivalen a maldiciones y a esputos de veneno; rencor en fermentación por todas partes; deseos de pegarle a Cristo, que queda en deseo sólo por miedo a los muchos que circundan al Maestro con devoción y que están dispuestos a todo por defenderle, miedo quizás también a represalias por parte de Roma, que mira con benignidad al pacífico Maestro galileo.

[9]Jesús reanuda sereno la exposición de su pensamiento con la parábola: 281.9

«Un hombre, antes de emprender un largo viaje y ausentarse por un largo período, llamó a todos sus siervos y les confió todos sus bienes. A uno le dio cinco talentos de plata; a otro, dos de plata; a uno, uno sólo, de oro. A cada uno según su grado y habilidad. Y luego se marchó.

Entonces, el siervo que había recibido cinco talentos de plata negoció sagazmente sus talentos, y, pasado un tiempo, le produjeron otros cinco. El que había recibido dos talentos de plata hizo lo mis-

mo, y dobló la suma recibida. Pero el que había recibido más de su señor (un talento de oro puro), víctima del miedo a no saber negociar, del miedo a los ladrones, a mil quimeras, víctima, sobre todo, de la holgazanería, cavó un profundo hoyo en el suelo y escondió el dinero de su señor.

Pasaron muchos, muchos meses. Volvió el amo. Llamó en seguida a sus súbditos para que restituyeran el dinero que habían recibido en depósito.

Vino el que había recibido cinco talentos de plata y dijo: "Aquí tienes, mi señor. Me diste cinco talentos. Me parecía mal no hacer producir lo que me habías dado, así que me las he ingeniado para ganar otros cinco. No he podido más...". "Bien, muy bien, siervo bueno y fiel. Has sido fiel en lo poco, te has aplicado con buena voluntad, has sido honesto. Te daré autoridad sobre muchas cosas. Entra en la alegría de tu señor".

Luego vino el otro, el de los dos talentos, y dijo: "Me he permitido emplear tus bienes para beneficio tuyo. Aquí tienes las cuentas para que veas cómo he empleado tu dinero. ¿Ves? Eran dos talentos de plata. Ahora son cuatro. ¿Estás contento, mi señor?". Y el amo dio a este siervo bueno la misma respuesta que había dado al primero.

Vino por último aquel que, por gozar de la máxima confianza del amo, había recibido el talento de oro. Desenrolló el paño en que lo conservaba, lo sacó y dijo: "Me confiaste lo que tenía mayor valor, porque me juzgas prudente y fiel, de la misma forma que yo sé que eres intransigente y exigente y que no toleras pérdidas de tu dinero, sino que si te sobreviene la desgracia te resarces con quien tienes a tu lado, porque, en verdad, cosechas donde no sembraste, recoges donde no esparciste, siendo así que no perdonas un centavo ni al encargado de tus tierras ni a tu banquero, por ninguna razón. Tu dinero debe ser el que tú dices. Ahora bien, yo, temiendo disminuir este tesoro, lo he cogido y lo he escondido. No me he fiado de nadie, ni siquiera de mí mismo. Ahora lo he desenterrado y te lo devuelvo. Aquí tienes tu talento".

"¡Oh, siervo inicuo y holgazán! Verdaderamente no me has amado porque no me has conocido, ni has amado mi bienestar porque has dejado el talento improductivo. Has traicionado la estima que había depositado en ti. Te desautorizas a ti mismo. Por ti mismo te acusas y te condenas. Sabías que cosecho donde no he sembrado y recojo donde no he esparcido. ¿Por qué, entonces, no has obrado de forma que pudiera cosechar y recoger? ¿Así respondes a mi confianza? ¿Así me conoces? ¿Por qué no has llevado el dinero a los banqueros, de forma que a mi regreso lo hubiera retirado con los intereses? Te ha-

bía instruido para ello con especial esmero, mas tú, necio holgazán, no lo has tenido en cuenta. Te sea, pues, arrebatado el talento, y todos los demás bienes, para el que tiene diez talentos".

"Pero tiene ya diez, y éste se queda sin nada..." objetaron.

"Eso es. A quien tiene, y trabaja con eso que tiene, le será dado más, hasta que le sobre. Pero a quien no tiene, porque no quiso tener, le será arrebatado incluso lo que se le dio. Respecto al siervo parásito que ha traicionado mi confianza y ha dejado improductivos los dones recibidos, arrojadlo de mi propiedad, y que se aleje con lágrimas en los ojos y remordimiento en el corazón".

Ésta es la parábola. Ves, rabí, que le quedó menos al que más tenía, porque no supo merecer la conservación del don de Dios. No se puede afirmar que uno de esos que llamas discípulos sólo de nombre (que tienen poco con que negociar), y de los que, como dices, me escuchan sólo por una contingencia, y que tienen la única moneda de su alma, no lleguen a poseer el talento de oro —arrebatado a uno de los más beneficiados— y sus frutos correspondientes. Las sorpresas del Señor son infinitas, porque infinitas son las reacciones del hombre. Veréis a gentiles que alcanzan la Vida eterna, a samaritanos recibiendo el Cielo, y veréis a israelitas puros y seguidores míos perder el Cielo y la eterna Vida».

[10]Jesús calla y, como queriendo truncar toda discusión, se vuelve 281.10
hacia los muros del Templo.

Pero un doctor de la Ley, que estaba sentado escuchando seriamente bajo el pórtico, se alza y se le pone delante para preguntarle: «Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna? Has respondido a los otros, respóndeme también a mí».

«¿Por qué quieres tentarme? ¿Por qué quieres mentir? ¿Esperas que diga algo disconforme con la Ley por el hecho de que añado a la Ley conceptos más luminosos y perfectos? ¿Qué está escrito en la Ley? ¡Responde! ¿Cuál es el mandamiento principal de la Ley?».

«"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con toda tu inteligencia. Amarás a tu prójimo como a ti mismo"».

«Bueno, has respondido bien; haz eso y obtendrás la vida eterna».

«¿Y quién es mi prójimo? El mundo está lleno de gente buena y mala, conocida y desconocida, amiga y enemiga de Israel. ¿Cuál es mi prójimo?».

«Un hombre, bajando de Jerusalén a Jericó, en uno de los pasos estrechos de las montañas, se topó con unos ladrones. Éstos le hirieron cruelmente, le despojaron de todo cuanto llevaba, incluso de sus

vestidos, y le dejaron más muerto que vivo en el borde del camino.

Pasó por ese mismo camino un sacerdote que había terminado su turno en el Templo. ¡Todavía perfumado de los inciensos del Santo! ¡Debería haber tenido también el alma perfumada de bondad sobrenatural y de amor, pues que había estado en la Casa de Dios, casi en contacto con el Altísimo! Este sacerdote tenía prisa de volver a su casa. Miró, pues, hacia el herido y no se detuvo. Pasó ligero de largo y dejó al desdichado en la cuneta.

Luego, un levita. ¡¿Contaminarse, teniendo que servir en el Templo?! ¡De ninguna manera! Recogió su vestido para que no se manchase de sangre, lanzó una mirada huidiza hacia el hombre que gemía en medio de su sangre y aceleró el paso en dirección a Jerusalén, hacia el Templo.

El tercero que pasó, viniendo de Samaria, en dirección al vado, fue un samaritano. Vio la sangre, se detuvo, descubrió la presencia del herido en el crepúsculo que ya se iba espesando; se apeó del burro, se acercó al herido, le confortó con un trago de vino generoso, desgarró su manto para hacerse vendas, le lavó las heridas con vinagre, se las ungió con aceite, se las vendó con amor; luego cargó al herido sobre su jumento, guió con cautela al animal, sujetando al mismo tiempo al herido y confortándole con buenas palabras, sin preocuparse del cansancio, sin enfado por el hecho de que el herido fuera de nacionalidad judía. Cuando llegó a la ciudad, le llevó a una posada y le veló toda la noche. Al alba, viéndole mejorado, le dejó en manos del posadero, a quien pagó con antelación unos denarios y dijo: "Cuídale como si se tratara de mí mismo. A mi regreso te daré lo que hayas gastado de más, y con medida generosa, si haces bien las cosas". Y se marchó.

Doctor de la Ley, respóndeme: ¿Quién de estos tres fue "prójimo" del que se topó con los ladrones? ¿Acaso el sacerdote? ¿Acaso el levita? ¿No lo fue, más bien, el samaritano, que no se preguntó quién era el herido, porque estaba herido, o si hacía mal en socorrerle perdiendo tiempo y dinero y arriesgándose a ser acusado de haberle herido él?».

El doctor de la Ley respondió: «Fue "prójimo" éste, porque tuvo misericordia».

«Haz tú lo mismo, y amarás al prójimo y a Dios en el prójimo y merecerás la vida eterna».

281.11 [11]Ya ninguno se atreve a hablar. Jesús aprovecha para ir donde las mujeres, que estaban esperando al pie de los muros, e ir con ellas de nuevo a la ciudad. Ahora se han añadido al grupo de los discípulos dos sacerdotes, o más exactamente un sacerdote y un levita: jo-

vencísimo éste, patriarcal el otro.

Pero Jesús está ahora hablando con su Madre —entre sí y ella, tiene a Margziam—, y le pregunta: «¿Me has escuchado, Madre?».

«Sí, Hijo mío, y a la tristeza de María Cleofás se ha unido la mía. Ella ha llorado poco antes de entrar en el Templo...».

«Lo sé, Madre; sé el motivo. No debe llorar, sólo orar».

«¡Ora mucho! Las noches pasadas, dentro de su cabaña, entre sus hijos dormidos, oraba y lloraba. La oía llorar a través de la pared delgada de los ramajes adyacentes. ¡Ver a pocos pasos a José y a Simón, cercanos pero tan lejos!... Y no es la única que llora. Juana, que la ves tan serena, ha llorado en mi presencia...».

«¿Por qué, Madre?».

«Porque Cusa... se comporta de una forma... inexplicable. Un poco la complace en todo, un poco la rechaza en todo; si están solos, donde nadie los ve, es el marido ejemplar de siempre, pero si están con él otras personas — naturalmente de la Corte — se vuelve autoritario y despreciativo para con su mansa esposa. Ella no comprende por qué...».

«Te lo digo Yo. Cusa es siervo de Herodes. Entiéndeme, Madre: "Siervo". Esto no se lo digo a Juana para no apenarla. Pero es así. Cuando no teme la reprensión y el escarnio del soberano, es el buen Cusa; cuando tiene motivo para temerlos, deja de serlo».

«Es porque Herodes está muy irritado por Manaén y...».

«Es porque Herodes ha perdido el juicio por el tardío remordimiento de haber cedido a las peticiones de Herodías. Mas Juana tiene ya mucho bien en la vida. Debe, bajo la diadema, llevar su cilicio».

«Analía también llora...».

«¿Por qué?».

«Porque su prometido se está poniendo contra ti».

«Que no llore. Díselo. Se trata de una resolución. Es bondad de Dios. Su sacrificio conducirá de nuevo a Samuel al Bien. Por el momento esto la librará de presiones para la celebración del matrimonio. Le prometí que la tomaría conmigo. Me precederá en la muerte...».

«¡Hijo!...». María, palideciendo, aprieta la mano de Jesús.

«¡Mi querida Mamá! Es por los hombres. Ya lo sabes. Es por amor a los hombres. Bebemos nuestro cáliz con buena voluntad, ¿no es verdad?».

María traga las lágrimas y responde: «Sí». (Un "sí" acongojado, verdaderamente desgarrador).

[12]Margziam alza su carita y dice a Jesús: «¿Por qué dices estas co- 281.12

sas feas que hacen sufrir a Mamá? Yo no te voy a dejar morir. Te voy a defender como defendía a los corderos».

Jesús le acaricia, y, para animar a los dos afligidos, pregunta al niño: «¿Qué harán ahora tus ovejitas? ¿No las echas de menos?».

«¡Pero si estoy contigo! De todas formas pienso en ellas siempre, y me pregunto: "¿Las habrá sacado a pastar Porfiria?, ¿habrá tenido cuidado de que Espuma no se meta en el lago?". Porque Espuma es muy vivaracho, ¿sabes? Su madre le llama una y otra vez, ¡pero nada! Hace lo que quiere. ¿Y Nieve, que es tan glotona que come hasta que se siente mal? Mira, Maestro, yo entiendo lo que es ser sacerdote en tu Nombre, lo comprendo mejor que los otros. Ellos —y señala con la mano a los apóstoles, que vienen detrás— dicen muchas palabras elevadas, hacen muchos proyectos... para el futuro. Yo digo: "Seré pastor. Seré para los hombres como con las ovejitas. Será suficiente". Mamá, nuestra Mamá, me ha contado ayer un pasaje muy bonito de los profetas... y me ha dicho: "Exactamente así es nuestro Jesús". Y yo dentro del corazón dije: "Pues yo también seré exactamente así". Luego le dije a nuestra Mamá: "Por ahora soy cordero, pero luego seré pastor; sin embargo, Jesús ahora es Pastor, y... también Cordero. Pero tú eres siempre la Cordera, sólo nuestra Cordera, blanca, bonita, encantadora, con palabras más dulces que la propia leche. Por eso Jesús es tan Cordero: porque ha nacido de ti, Corderita del Señor"».

Jesús se inclina y le besa, impetuosamente. Luego pregunta: «¿Entonces verdaderamente quieres ser sacerdote?».

«¡Sí, claro, mi Señor! Por eso trato de hacerme bueno y de saber mucho. Voy siempre donde Juan de Endor. Me trata siempre como a un hombre, y con mucha bondad. Quiero ser pastor de las ovejas descarriadas y de las no descarriadas, y médico-pastor de las heridas y de las que tengan algún miembro fracturado, como dice el Profeta. ¡Qué bonito!». Y el niño da un salto y choca las manos.

«¿Por qué está tan contento este curruco?» pregunta Pedro mientras se acerca.

«Ve su camino. Clarísimamente. Hasta el final. Yo con mi "sí" consagro esta visión suya».

281.13 [13]Se paran delante de una casa que, si no me equivoco, está en la zona del barrio de Ofel, pero en un lugar más distinguido.

«¿Nos detenemos aquí?».

«Esta es la casa que Lázaro me ha ofrecido para el banquete de alegría. María ya está aquí».

«¿Por qué no ha venido con nosotros? ¿Por miedo a las burlas?».

«¡No! Ha sido una disposición mía».

«¿Por qué, Señor?».

«Porque el Templo es más susceptible que una esposa encinta. Mientras pueda, no quiero provocar ningún choque, y no es por cobardía».

«No te va a servir de nada, Maestro. Yo en tu lugar no sólo chocaría con él, sino que le echaría abajo del Moria junto con todos los que viven dentro».

«Simón, eres un pecador; se debe orar por los semejantes, no matarlos».

«Yo soy pecador, pero Tú no... y... deberías hacerlo».

«Habrá quien lo haga. Cuando se colme la medida del pecado».

«¿Qué medida?».

«Una medida tan grande, que henchirá el Templo y rebosará hacia Jerusalén. No puedes comprender... ¡Marta, abre, pues, tu casa al Peregrino!».

Marta se hace reconocer y abren. Entran todos en un largo atrio terminado en un patio empedrado que tiene cuatro árboles en sus cuatro ángulos. Una amplia sala se abre en el piso superior; por sus ventanas abiertas, se ve toda la ciudad con sus subidas y bajadas. Deduzco, por tanto, que la casa está en las pendientes meridionales, o sur-orientales de la ciudad. La sala está preparada para recibir a una gran cantidad de invitados. Han colocado gran número de mesas, paralelas las unas a las otras. Un centenar de personas puede cómodamente comer.

María Magdalena, que estaba en otra parte de la casa ocupándose de las despensas, viene en seguida y se postra delante de Jesús. Y viene Lázaro, con una sonrisa feliz en su cara achacosa. Van llegando también los invitados: unos, un poco azorados; más seguros otros: pero la amabilidad de las mujeres hace que pronto todos se sientan a gusto.

[14]El sacerdote Juan lleva a la presencia de Jesús a los dos que ha traído del Templo. «Maestro, mi buen amigo Jonatán y mi joven amigo Zacarías. Son auténticos israelitas, sin malicias ni rencores». 281.14

«Paz a vosotros. Me alegro de que hayáis venido. El rito debe ser observado incluso en estas delicadas costumbres. Es hermoso que la Fe antigua tienda su mano amiga a la nueva Fe nacida de su mismo tronco. Sentaos a mi lado hasta que llegue la hora de ponerse a la mesa».

Habla el patriarcal Jonatán, mientras el joven levita mira a todas las partes, curioso, asombrado y, quizás, también acobardado. Creo que quiere dar la impresión de desenvoltura, aunque en realidad se sienta como un pez fuera del agua. Tiene la suerte de que Es-

teban viene en su ayuda y le trae, uno tras otro, a los apóstoles y discípulos principales.

El viejo sacerdote, acariciándose la barba de nieve, dice: «Cuando Juan vino a mí, precisamente a mí, su maestro, a que viera que estaba curado, sentí ganas de conocerte. Pero, Maestro, ya casi no salgo de mi recinto. Soy viejo... De todas formas, tenía esperanza de verte antes de morir. Yeohveh ha escuchado mi deseo. ¡Loado sea! Hoy te he oído en el Templo. Superas a Hil.lel, el anciano, el sabio. No quiero —es más, no puedo— dudar de que eres lo que mi corazón espera. ¿Sabes lo que significa beber durante ochenta años esta fe de Israel, como es ahora, tras siglos de... elaboración humana? Se ha hecho sangre nuestra. ¡Y soy tan viejo!... Oírte a ti es como oír el agua que brota de manantial fresco. ¡Sí, agua virgen! Y yo... estoy harto de esta agua cansada que viene de *muy* lejos y está cargada de *muchas* cosas. ¿Cómo librarme de esta hartura para saborearte a ti?».

«Creyendo en mí y amándome. No es necesario nada más para el justo Jonatán».

«¡Pero si voy a morir pronto! ¿Me va a dar tiempo a creer en todo lo que dices? Ni siquiera tendré tiempo para seguir todas tus palabras, o para conocerlas por boca de otros. ¿Entonces!».

«Las aprenderás en el Cielo. Sólo el réprobo muere a la Sabiduría. Sin embargo, quien muere en gracia de Dios alcanza la Vida y vive en la Sabiduría. ¿Qué crees que soy Yo?».

«Sólo puedes ser el Esperado, que ha sido precedido por el hijo de mi amigo Zacarías. ¿Le conociste?».

«Era pariente mío».

«¡Oh, ¿eres pariente del Bautista?!».

«Sí, sacerdote».

«Ha muerto... y no puedo decir: "¡Desdichado!". Porque ha muerto fiel a la justicia, tras haber cumplido su misión, y porque... ¡Oh, qué tiempos más atroces vivimos! ¿No sería mejor volver a Abraham?».

«Sí. Pero vendrán tiempos aún más atroces, sacerdote».

«¿Tú crees? ¿Roma, no?».

«No sólo Roma. Israel, con su culpabilidad, será la primera causa».

«Es verdad. Dios nos castiga. Lo merecemos. Pero también Ro-
281.15 ma... [15]Habrás oído lo de los galileos asesinados por Pilatos mientras consumaban un sacrificio. Su sangre se unió a la de la víctima. ¡Hasta el mismo altar! ¡Hasta el mismo altar!».

«Sí, lo he oído».

Todos los galileos se alborotan por este atropello. Gritan: «Es verdad que era un falso Mesías. Pero por qué ha tenido que matar a sus

seguidores después de haber descargado su mano sobre él? ¿Y por qué en ese momento? ¿Es que quizás eran más pecadores?».

Jesús impone paz y dice: «¿Os preguntáis si éstos eran más pecadores que muchos otros galileos, y si ha sido éste el motivo de su muerte? No, no lo eran. En verdad os digo que han pagado; y que muchos otros pagarán, si no os convertís al Señor. Si no hacéis todos penitencia, pereceréis todos igualmente, en Galilea y en otros lugares. Dios está enojado con su pueblo. Os lo digo. No se crea que son siempre los peores los que sufren el daño. Que cada uno se examine a sí mismo, se juzgue a sí mismo, y no a otros. También esos dieciocho sobre los que cayó la torre de Siloé y los mató no eran los más pecadores de Jerusalén. Os lo digo. Haced penitencia, haced penitencia si no queréis morir aplastados como ellos incluso en el espíritu.
[16]Ven, sacerdote de Israel. La mesa está preparada. Te toca a ti 281.16
—porque el sacerdote debe ser siempre enaltecido por la Idea que representa y recuerda—, te toca a ti, patriarca entre todos nosotros más jóvenes, ofrecer y bendecir».

«¡No, Maestro! ¡No! ¡No puedo delante de ti! ¡Tú eres el Hijo de Dios!».

«¡Tú ofreces el incienso ante el altar! ¿No crees que allí está Dios?».

«¡Sí que lo creo! ¡Con todas mis fuerzas!».

«¿Entonces? Si no vacilas en ofrecer dones antes la Gloria santísima del Altísimo, por qué quieres temblar ante la Misericordia, que se ha vestido de carne para traerte —también a ti— la bendición de Dios antes de que te alcance la noche? ¡Oh, no sabéis los de Israel que he corrido sobre mi Divinidad irresistible el velo de la carne precisamente para que el hombre pueda aproximarse a Dios sin morir por ello! Ven y cree, y sé feliz. En ti venero a todos los sacerdotes santos, desde Aarón hasta el último sacerdote justo de Israel; quizás hasta ti, porque, verdaderamente, la santidad sacerdotal languidece entre nosotros como planta sin asistencia».

## 282. La delación al Sanedrín respecto a Hermasteo, Juan de Endor y Síntica.

21 de septiembre de 1945.

[1]Jesús, con los apóstoles y discípulos, va camino de Betania. Está 282.1
precisamente hablando con los discípulos; les está dando la orden de separarse: los judíos irán por Judea, los galileos subirán por la Transjordania, anunciando al Mesías.

Esto último despierta alguna objeción. Me parece que la Transjordania no gozaba de buena fama entre los israelitas. Hablan de ella casi como de regiones paganas. Mas ello ofende a los discípulos de esta zona. Entre ellos están el arquisinagogo de Agua Especiosa —la voz más autorizada— y también un joven cuyo nombre desconozco; y defienden enfervorizadamente a sus ciudades y paisanos.

Timoneo dice: «Ven a Aera, Señor. Verás como allí te respetan. No encontrarás en Judea tanta fe como allí. O, mejor: yo no quiero ir. Tenme contigo. Que vaya un judío con un galileo a mi ciudad. Verán cómo ha sabido creer en ti sólo por mi palabra».

Y el joven dice: «Yo he sabido creer sin haberte visto ni siquiera una vez. Después del perdón de mi madre, te he buscado. De todas formas, me gustaría volver, a pesar de que ello comporte burlas de los malos del lugar, malos como era yo antes, y reproches de los buenos por mi pasada conducta. Pero no me importa. Te predicaré con mi ejemplo».

«Bien dices. Harás como has dicho. Luego subiré Yo. Tú también, Timoneo, has hablado con buen juicio. Irán, pues, Hermas y Abel de Belén de Galilea a anunciarme a Aera, mientras que tú, Timoneo, te quedarás conmigo. Pero no quiero estas discusiones. Ya no sois ni judíos ni galileos; sois los discípulos. Es suficiente. El nombre y la misión os equiparan en región, en grado, en todo. Sólo os podéis diferenciar en una cosa, en la santidad: la santidad será individual y tendrá la medida que cada uno sepa alcanzar. De todas formas, quisiera que tuvierais todos la misma medida, la perfecta. ¿Veis a los apóstoles? Estaban como vosotros, divididos por razas u otras cosas. Ahora, después de más de un año de instrucción, son *únicamente* los apóstoles. Haced vosotros lo mismo, de forma que, como entre vosotros el sacerdote convive con el que fue pecador, el rico con el que fue mendigo, el joven junto al hombre longevo, haced que se anule la separación de pertenecer a esta o aquella región. Tenéis una sola patria: el Cielo. Porque habéis emprendido voluntariamente el camino que lleva al Cielo. No deis nunca a mis enemigos la impresión de ser enemigos entre vosotros. El enemigo es el pecado, y ningún otro».

282.2 [2]Avanzan en silencio un rato. Luego, Esteban se acerca al Maestro y dice: «Tendría que decirte una cosa. He esperado a que me la preguntes, pero no lo has hecho. Ayer me habló Gamaliel...».

«Lo vi».

«¿No me preguntas lo que me dijo?».

«Espero a que me lo digas tú, porque el buen discípulo no tiene secretos para su Maestro».

«Gamaliel... Maestro, ven unos metros delante conmigo...».

«Vamos, sí. Pero podías hablar en presencia de todos...».

Se adelantan unos metros. Esteban, ruborizado, dice: «Debo darte un consejo, Maestro. Perdóname...».

«Si es bueno, lo aceptaré. Habla».

«Maestro, en el Sanedrín todo se sabe antes o después. Es una institución que tiene mil ojos y cien tentáculos. Penetra por todas partes, ve todo, oye todo. Sus informadores superan en número a los ladrillos de los muros del Templo. Muchos viven así...».

«Como espías. Termina, sí. Es verdad. Lo sé. ¿Y entonces? ¿Qué han dicho, más o menos verdadero, en el Sanedrín?».

«Han dicho... todo. No sé cómo se las arreglan para saber ciertas cosas. Ni siquiera sé si son o no verdaderas... Pero te digo que me ha dicho Gamaliel textualmente: "Di al Maestro que haga circuncidar a Hermasteo, o que, si no, que le separe del grupo, para siempre. No hace falta decir nada más"».

«Efectivamente, no hace falta decir nada más. Ante todo, porque si voy a Betania es precisamente para esto; estaré allí hasta que Hermasteo pueda viajar de nuevo. En segundo lugar, porque ninguna justificación podría demoler las prevenciones y... las exageradas reservas de Gamaliel, que está escandalizado por el hecho de que lleve conmigo a un incircunciso de un miembro del cuerpo. ¡Ay, si mirase a su alrededor y dentro de sí!, ¡cuántos incircuncisos en Israel!».

«Pero Gamaliel...».

«Es el perfecto representante del viejo Israel. No es malo, pero... Mira este canto. Podría romperle, pero no le haría maleable. Lo mismo él. Deberá ser triturado para adquirir nueva forma. Y lo haré».

«¿Quieres hacer la guerra a Gamaliel? ¡Atento, porque es poderoso!».

«¿Hacerle la guerra, como si fuese un enemigo? No. Al contrario de presentarle batalla, le amaré, complaciéndole en un deseo para su cerebro momificado, y derramando sobre él un bálsamo que ha de disgregarle para darle forma nueva».

«Pediré yo también para que esto se cumpla, porque le quiero. ¿Hago mal?».

«No. Debes amarle orando por él; y lo harás, ciertamente lo harás. Es más, serás tú precisamente el que me ayude a elaborar el bálsamo... En todo caso, dile a Gamaliel, para que se tranquilice, que ya había pensado en Hermasteo, y que le agradezco el consejo.
[3]Bien, hemos llegado a Betania. Detengámonos. Hemos llegado al lu- 282.3
gar en que nos separemos. Quiero bendeciros a todos».

Y se reúne de nuevo con el espeso y único grupo de los apóstoles y discípulos. Los bendice y se despide de ellos, de todos menos de Her-

masteo, Juan de Endor y Timoneo.

Luego, con los que se han quedado, recorre ligero los pocos pasos que todavía le separan de la cancilla del jardín de Lázaro (ya abierta de par en par para recibirle). Entra alzando la mano para bendecir a la casa hospitalaria. En el vasto parque, distanciados, están los dueños de la casa y las pías mujeres, que ríen de las carreras de Margziam por los senderos ornados con las últimas rosas. Además de los dueños y las mujeres, cuando éstas gritan, aparecen por un sendero José de Arimatea y Nicodemo, que también gozan de la hospitalidad de Lázaro para que así puedan estar tranquilamente con el Maestro. Acuden todos a recibir a Jesús: María, con su dulce sonrisa; María de Magdala, con su grito de amor: «¡Rabbuní!»; Lázaro, cojeando; luego, los dos solemnes miembros del Sanedrín; al final, las pías mujeres de Jerusalén y Galilea, rostros marcados de arrugas y rostros lisos de mujeres jóvenes, y, dulce como la de un ángel, la carita virginal de Analía, que se ruboriza al saludar al Maestro.

«¿No está Síntica?» pregunta Jesús después de los primeros saludos.

«Con Sara, Marcela y Noemí, adornando las mesas. Pero... ahí llegan».

Llegan, en efecto, junto con la anciana Ester de Juana: dos caras marcadas por la edad y por los dolores pasados, en medio de otras dos caras serenas, y —distinto por la raza y por todo un no sé qué que distingue a Síntica— el rostro grave, aunque luminoso de paz, de la griega.

No podría tampoco definirla como una belleza en el verdadero sentido de la palabra. Y, no obstante, si me refiero a sus ojos, de un negro mitigado con tonalidades de añil oscurísimo bajo una frente alta y nobilísima, impresionan más aún que su cuerpo, que, eso sí, es sin duda más hermoso que la cara. Un cuerpo esbelto sin ser delgado, proporcionado, armónico en su caminar y en sus ademanes. Pero lo que impresiona es la mirada, esta mirada inteligente, abierta, profunda, que parece aspirar el mundo, seleccionarlo, retener lo bueno, lo útil, lo santo, y rechazar todo lo malo, esta mirada sincera que se deja hurgar hasta las mayores profundidades y a través de la cual el alma se asoma a escrutar a quien se le acerca. Si es verdad que los ojos permiten conocer al individuo, yo digo que Síntica es mujer de juicio seguro y de firmes y honestos pensamientos.

Ella también se arrodilla con las otras, y espera a alzarse a que el Maestro lo diga.

282.4 [4]Jesús sigue por el verde jardín hasta el pórtico que precede a la casa y entra luego en una sala donde los domésticos están prepara-

dos para ofrecer refrigerio a los recién llegados y ayudarlos en las purificaciones de antes de la comida. Todas las mujeres se retiran. Jesús se queda con los apóstoles en la sala. Juan de Endor con Hermasteo van a la casa de Simón Zelote para dejar los fardos de que se han cargado.

«¿Ese joven que ha salido con Juan el bizco es el filisteo que has aceptado?» pregunta José.

«Sí, José. ¿Cómo lo sabes?».

«Maestro... Yo y Nicodemo llevamos ya algunos días preguntándonos cómo es que lo sabemos, y cómo es que lo saben los otros del Templo, por desgracia. Lo cierto es que lo sabemos. Antes de los Tabernáculos, durante la sesión que precede siempre a las fiestas, algunos fariseos dijeron que sabían con precisión que a tus discípulos se habían unido un filisteo incircunciso y una pagana, además de... —perdona, Lázaro— las pecadoras conocidas y desconocidas, y de los publicanos —perdona, Mateo hijo de Alfeo—, y de los ex presidiarios. Por lo que respecta a la pagana, que es ciertamente Síntica, se comprende que se pueda saber, o por lo menos intuir. El jaleo que preparó el romano fue grande, y ha sido objeto de carcajadas entre los de su ambiente y entre los judíos... incluso porque fue, quejumbroso y amenazador al mismo tiempo, a buscar por todos los rincones a su fugitiva, e importunó incluso a Herodes, porque decía que se había escondido en casa de Juana y que el Tetrarca debía imponer a su oficial que la entregase a su amo. Ahora bien, que, entre tantos hombres como te siguen, se sepa que uno es filisteo e incircunciso, y otro es un ex presidiario... es extraño, muy extraño. ¿No te parece?».

«Sí y no. [5]Tomaré oportunas medidas para Síntica y para el ex presidiario». 282.5

«Sí. Bien harás. Sobre todo, en desprenderte de Juan. No está bien entre tus seguidores».

«José, ¿ahora eres fariseo?» pregunta severo Jesús.

«No... pero...».

«¿Debería, por un estúpido escrúpulo del peor fariseísmo, humillar a un alma regenerada? ¡No lo haré! Me ocuparé de su tranquilidad. De la *suya*, no de la mía. Velaré por *su* formación, como también velo por la del inocente Margziam. ¡En verdad, no hay diferencia entre el desconocimiento espiritual de uno y otro!: uno de ellos está empezando a decir palabras de sabiduría porque Dios le ha perdonado, porque ha renacido en Dios, porque Dios ha abrazado al pecador; el otro las dice porque, pasando de una niñez abandonada a una adolescencia custodiada por el amor del hombre además del de Dios, abre su alma al sol como una corola, y el Sol le ilumina con su propia

Luz; *su* Sol: Dios. Y el primero se aproxima a decir las últimas palabras... ¿No tenéis ojos para ver que se está consumiendo de penitencia y amor? ¡Ya querría tener muchos Juanes de Endor en Israel y entre mis adictos! Querría que tú, José, y tú, Nicodemo, tuvierais un corazón como el suyo, y, sobre todo, que lo tuviera su delator, esa abyecta serpiente que se cela bajo apariencia de amigo, y que espía antes de asesinar; esa serpiente que envidia las alas del pájaro, y que le acosa para arrancárselas y meterle en la prisión. ¡Ah! ¡no! El ave está ya para transformarse en ángel. Aunque la serpiente pudiera —no podrá— arrancarle las alas, éstas se transformarían en su cuerpo glutinoso en alas de demonio. Todo delator es ya un demonio».

282.6 [6]«¿Dónde estará el tal delator? Decídmelo, para que pueda ir inmediatamente a arrancarle la lengua» exclama Pedro.

«Sería mejor que le arrancases los dientes del veneno» dice Judas de Alfeo.

«¡No, hombre, no! ¡Mejor estrangularle! Así no hará ya ningún daño con nada. Son seres que siempre pueden causar daños...» dice resueltamente el Iscariote.

Jesús fija en él sus ojos y termina: «... y mentir. Mas ninguno debe hacer nada contra él. Es quebranto, por ocuparse de la culebra, dejar perecer al ave. Por lo que respecta a Hermasteo, voy a estar aquí un tiempo, en casa de Lázaro precisamente, para su circuncisión; él abraza, por amor a mí y para evitar persecuciones de las restringidas mentes hebreas, la religión santa de nuestro pueblo. No es sino tránsito de las tinieblas a la luz. Y no es necesario para que un corazón reciba la luz. De todas formas, lo concedo para calmar las susceptibilidades de Israel y para poner de manifiesto la *verdadera* voluntad de este filisteo de llegar a Dios. Ahora bien, os digo que en el tiempo del Cristo no es necesario esto para ser de Dios. Basta la voluntad y el amor, basta la rectitud de conciencia. ¿Y dónde vamos a circuncidar a la griega? ¿En qué punto de su espíritu, si por sí sola ha sabido sentir a Dios mejor que muchos en Israel? En verdad, entre los presentes muchos son tinieblas respecto a los que despreciáis como tinieblas. En todo caso, el delator y vosotros, miembros del Sanedrín, podéis informar a quien haya que hacerlo de que el escándalo, desde hoy mismo, está eliminado».

«¿Para quién? ¿Para los tres?».

«No, Judas de Simón. Para Hermasteo. Ya me encargaré de los otros. ¿Tienes algo más que preguntar?».

«Yo no, Maestro».

282.7 «Y Yo tampoco tengo más que decirte. [7]Sin embargo, a vosotros

os pregunto, si lo sabéis, qué es del amo de Síntica».

«Pilatos le mandó a Italia con el primer barco que tuvo a mano, para no tener complicaciones con Herodes y con los hebreos en general. Pilatos está pasando momentos difíciles... y ya le bastan...» dice Nicodemo.

«¿Esta noticia es segura?».

«Si quieres, Maestro, puedo asegurarme» dice Lázaro.

«Sí, hazlo. Y luego dime la verdad».

«Pero en mi casa Síntica está igualmente segura».

«Lo sé. También Israel tutela a una esclava que haya huido de su amo extranjero y cruel. Pero quiero saberlo».

«Y yo quisiera saber quién es el delator, el informador, el gracioso espía de los fariseos... y —esto se puede saber y lo quiero saber— quiénes son los fariseos denunciadores. Que salgan los nombres de los fariseos y de su ciudad. Me refiero a los fariseos que han hecho la bonita obra de informar —previa traición de uno de nosotros, porque sólo nosotros sabemos ciertas cosas, nosotros los discípulos antiguos y nuevos— de informar al Sanedrín sobre las cosas que hace el Maestro, cosas que son todas justas; y es un demonio el que diga y piense lo contrario, y...».

«Y basta, Simón de Jonás. Te lo ordeno».

«Y yo obedezco, aun a costa de que se me revienten las venas del corazón por el esfuerzo. En todo caso, lo bonito de esta jornada ya se ha perdido...».

«No. ¿Por qué? ¿Ha cambiado algo entre nosotros? ¿Entonces? ¡Oh, Simón mío! Ven aquí a mi lado, hablemos de las cosas buenas...».

«Vienen a decirnos que es la hora de la comida, Maestro» dice Lázaro.

«Pues vamos entonces...».

## 283. Síntica habla de su encuentro con la Verdad.

22 de septiembre de 1945.

[1]Jesús está sentado en el patio interior de pórticos de la casa de 283.1
Betania, el patio que vi abarrotado de discípulos la mañana de la Resurrección de Jesús. Sentado en un asiento de mármol cubierto de almohadones, apoyadas sus espaldas contra la pared de la casa, rodeado por los dueños de ésta, por los apóstoles y los discípulos Juan y Timoneo, más José y Nicodemo, y por las pías mujeres, está escuchando a Síntica, la cual, erguida, frente a Él, parece estar respon-

diendo a alguna pregunta suya. Todos, más o menos interesados y en distintas posturas (quién sentado en asientos, quién sentado en el suelo, quién de pie, quién apoyado en las columnas o en la pared), escuchan.

«...era una necesidad. Para no sentir todo el peso de mi condición. Era no convencerme, un no querer convencerme de estar sola, de ser esclava, de estar exiliada de la patria. Pensar que mi madre y mis hermanos, que mi padre e Ismene, tan tierna y dulce, no estaban perdidos para siempre; sino que, a pesar de que todo el mundo insistía con saña en separarnos, como Roma, que nos había dividido siendo libres y nos había vendido como a bestias de carga, un lugar, más allá de esta vida, nos uniría de nuevo. Pensar que no es sólo materia nuestro vivir, materia que se encadena, sino que dentro tiene una fuerza libre que ninguna cadena sujeta excepto la cadena voluntaria del vivir en el desorden moral y en la crápula material.

Vosotros a esto lo llamáis "pecado". Aquel y aquellos que eran mi luz en la oscuridad de mi noche de esclava lo definen de otra manera. Pero ellos también admiten que un alma clavada al cuerpo por las pasiones malas y corporales no alcanza lo que vosotros llamáis Reino de Dios y nosotros convivencia en el Hades con los dioses. Para ello es necesario abstenerse de caer en la materialidad, esforzarse por alcanzar la libertad respecto al cuerpo, dándonos a nosotros mismos un patrimonio de virtud para obtener una feliz inmortalidad y el juntarnos de nuevo con los propios seres queridos.

Pensar que las almas de los muertos no se ven imposibilitadas para ayudar a las almas de los vivos, y sentir, por tanto, junto a una misma el alma materna, encontrar de nuevo su mirada y su voz hablándole al alma de su hija, y poder decir: "Sí, madre. Por ir a ti, sí. Por no turbar tu mirada, sí. Por no poner lágrimas en tu voz, sí. Por no enlutar el Hades en que vives en paz, sí. Por todo esto mantendré mi alma libre: la única propiedad que tengo y que nadie me puede arrebatar, y que quiero conservar pura para poder razonar según virtud".

Pensar así era libertad y alegría. Y así quise pensar. Y obrar. Porque pensar pero luego obrar con incoherencia respecto al pensamiento no es sino demediada y falsa filosofía. Pensar así significaba construirse de nuevo una patria incluso en el exilio. Una íntima patria en el *yo*, con sus altares, su fe, su instrucción, sus afectos... Y una patria grande, misteriosa, y al mismo tiempo no misteriosa, por ese "algo" de misterioso que hay en el alma, que sabe que no desconoce el más allá, a pesar de que al presente lo conozca sólo como un marinero conoce desde plena alta mar en una mañana brumosa los deta-

lles de la costa, es decir, confusamente, en boceto, sólo con algún que otro punto netamente delineado, mas suficiente, suficiente para el cansado navegante mortificado por las borrascas, que puede decir: "Allí está el puerto, la paz". La patria de las almas, el lugar de proveniencia... el lugar de la Vida. Porque la vida se engendra de la muerte...

[2]¡Oh, entendía esto a medias, hasta que vine a saber una cosa que 283.2
Tú habías dicho! Después... después fue como si un rayo de sol hiriera el diamante de mi pensamiento. Todo fue luz, y entendí hasta qué punto acertaban los maestros de Grecia, y cómo después, a falta de un dato, uno sólo, para resolver con equidad el teorema de la Vida y la Muerte, erraban. El dato era: ¡el verdadero Dios, Señor y Creador de todo cuanto existe!

¿Puedo nombrarle con estos labios míos paganos? Sí, sí puedo. Porque de Él vengo, como todos. Porque ha puesto capacidad en las mentes de los hombres todos, y en los más sabios una inteligencia superior, en virtud de la cual verdaderamente muéstranse semidioses de ultrahumana potencia. Sí, porque Él les hizo escribir aquellas verdades que son ya religión, si no divina como la tuya, moral, capaz de mantener "vivas" a las almas no en este espacio de tiempo que dura la estancia aquí en la tierra sino siempre.

Después entendí lo que quería decir: "la vida se genera de la muerte". El que lo dijo estaba no como uno totalmente ebrio, pero sí con la inteligencia cargada. Dijo una frase sublime, pero no la entendió enteramente. Yo —perdona, Señor, mi orgullo— yo entendí más que él, y desde ese momento soy feliz».

«¿Qué comprendiste?».

«Que esta existencia no es sino el principio embrional de la vida, y que la verdadera Vida empieza cuando la muerte nos da a luz... para el Hades, como pagana, para la Vida eterna, como creyente en ti. ¿Me equivoco?».

«Es como dices, mujer» aprueba Jesús.

[3]Nicodemo interrumpe: «Pero, ¿cómo es que tuviste noticia de las 283.3
palabras del Maestro?».

«Quien tiene hambre busca comida, señor. Yo buscaba mi comida. Siendo lectora —porque era culta y tenía una bonita voz y una buena pronunciación—, podía leer mucho en las bibliotecas de mis amos. Pero no me sentía saciada todavía. Sentía que había otra realidad al otro lado de las paredes historiadas de ciencia humana, y, cual prisionera en cárcel de oro, golpeaba con los nudillos, trataba de forzar las puertas para salir, para encontrar... Viniendo a Palestina con el último amo, temía caer en las tinieblas... sin embargo, venía

hacia la Luz. Cada palabra de los siervos de Cesarea era un golpe de pico que iba resquebrajando las paredes y abriendo agujeros cada vez mayores por los que entraba tu Palabra. Yo recogía estas palabras y noticias. Como un niño que ensarta perlas, me las alineaba y me adornaba con ellas, y sacaba fuerzas de ellas para estar cada vez más purificada para recibir la Verdad. En la catarsis sentía que hallaría. Ya desde la tierra. A costa de la vida quise ser pura para el encuentro con la Verdad, con la Sabiduría, con la Divinidad. Señor, estoy diciendo palabras sin juicio. Éstos me miran atónitos. Pero has sido Tú quien me las ha pedido...».

«Habla, habla. Es necesario».

«Con fortaleza y templanza he resistido a las presiones externas. Bastaría que hubiera querido y habría podido ser libre y feliz, según el mundo. Mas no quise trocar el saber por el placer. Porque sin sabiduría no es útil tener las otras virtudes. Él, el filósofo, lo dijo: "Justicia, templanza y fortaleza, separadas del saber, son semejantes a un escenario pintado, virtudes verdaderamente de esclavos sin nada firme y real". Quería tener cosas reales. El amo, necio, hablaba de ti en mi presencia. Entonces fue como si las paredes se transformasen en velos. Bastaba con querer para rasgar el velo y unirse a la Verdad. Y lo hice».

283.4 [4]«No sabías que nos ibas a encontrar» dice el Iscariote.

«Sabía creer que el dios premia la virtud. No quería ni oro, ni honores, ni libertad física, ni siquiera la libertad física; lo que quería era la Verdad. A Dios le pedía esto, o morir. Quería que me fuera evitada la humillación de acabar siendo sólo un "objeto" y, más todavía, de consentir en serlo. Renunciando a todo lo corporal en mi búsqueda de ti, ¡oh, Señor!, porque buscar por medio del sentido es siempre imperfecto —Tú lo viste cuando huí al verte, engañada por mis ojos—, me abandoné al Dios que está sobre nosotros y en nosotros y que de sí informa el alma. Y te encontré porque el alma me condujo a ti».

Habla otra vez el Iscariote y dice: «Tu alma es pagana».

«Pero el alma tiene siempre en sí misma algo de lo divino, especialmente cuando, con esfuerzo, se ha preservado del error... Y, por tanto, tiende a las cosas que tienen su misma naturaleza».

«¿Te estás comparando con Dios?».

«No».

«Entonces, ¿por qué dices eso?».

«¿Cómo? ¿Y me lo preguntas tú, que eres discípulo del Maestro?, ¿a mí, que soy griega y libre desde hace poco? ¿No escuchas cuando habla? ¿O es que en ti el fermento del cuerpo es tal que te obceca? ¿No dice siempre Él que somos hijos de Dios? Pues entonces somos

dioses, si somos hijos del Padre, de ese Padre suyo y nuestro de que habla siempre. Me podrás reprochar falta de humildad, pero no que soy una incrédula y una distraída».

«¿Así que te crees más que yo? ¿Crees haber aprendido todo con tus libros de tu Grecia?».

«No. Ni una cosa ni la otra. De todas formas, los libros de los sabios, de cualquier lugar que sean, me han dado ese mínimo para tenerme en pie. No pongo en duda que un israelita sea más que yo. Pero estoy contenta con esta suerte mía que de Dios me viene. ¿Qué más puedo desear? [5]Encontrando al Maestro he encontrado todo. Y 283.5
pienso que ello era destino, porque verdaderamente veo que hay un Poder que vela sobre mí y que me ha designado un gran destino; yo, sintiéndolo bueno, no he hecho más que secundarle».

«¡Bueno! Has sido esclava, y de amos crueles... Si el último te hubiera atrapado de nuevo, por ejemplo, ¿cómo habrías secundado el destino, tú, que tan sabia eres?».

«¿Te llamas Judas, verdad?».

«Sí... ¿y qué quieres decir?».

«Quiero decir... Nada. Quiero recordar tu nombre además de tu ironía. Mira que la ironía es desaconsejable incluso en los virtuosos... ¿Cómo habría secundado el destino? Quizás me habría matado. Porque, realmente, hay casos en que es mejor morir que vivir, a pesar de que el filósofo diga que ello no es correcto y que es cosa impía el procurarse este bien por propia iniciativa porque los dioses son los únicos que tienen derecho a llamarnos. Esto de esperar una señal de los dioses para hacerlo ha sido lo que siempre me ha refrenado en medio de las cadenas de mi triste suerte. Pero esta vez, si me hubiera capturado mi repulsivo amo, habría visto la señal suprema, y habría preferido morir a vivir. Yo, hombre, también tengo una dignidad».

«¿Y si ahora te atrapara de nuevo? Estarías en las mismas condiciones...».

«Ahora ya no me mataría. Ahora sé que la violencia contra la carne no hiere al espíritu que no consiente. Ahora resistiría hasta que me doblegasen con la fuerza, hasta morir a causa de las violencias. Porque interpretaría también esta violencia como señal con la que Dios me llamaría a su presencia. Ahora moriría tranquila, sabiendo que perdería algo perecedero».

«Bien has respondido, mujer» dice Lázaro, y Nicodemo también aprueba.

«El suicidio nunca está permitido» dice el Iscariote.

«Muchas son las cosas prohibidas, y no se respeta la prohibición.

Tú, Síntica, debes pensar que Dios, de la misma forma que te ha guiado siempre, te habría preservado también de la violencia sobre
283.6 ti misma. [6]Ahora ve. Te agradecería que me buscases al niño y me le trajeses» dice Jesús dulcemente.

La mujer se prosterna hasta tocar el suelo y se marcha. Todos la siguen con la mirada.

Lázaro susurra: «¡Y siempre es así! No logro entender cómo las cosas que en ella han significado "vida", para nosotros de Israel han significado "muerte". Si tienes modo de continuar examinándola, verás que precisamente ese helenismo que nos ha corrompido a nosotros, que ya poseíamos una Sabiduría, a ella la ha salvado. ¿Por qué?».

«Porque los caminos del Señor son admirables, y Él se los abre a quien lo merece. Ahora, amigos, os saludo porque declina la tarde. Estoy contento de que todos vosotros hayáis oído hablar a la griega. De la constatación de que Dios se revela a los mejores, sacad la lección de que excluir de las filas de Dios a todos aquellos que no son de Israel es odioso y peligroso. Que esto os sirva de norma para el futuro... No murmures Judas de Simón. Y tú, José, no tengas escrúpulos que no vienen a cuento. Ninguno de vosotros se ha contaminado en nada por haber estado al lado de una griega. Ocupaos, eso sí, de no estar con el demonio o darle cabida en vosotros. Adiós José, adiós Nicodemo. ¿Os voy a poder ver otra vez mientras estoy aquí? Ahí está Margziam... Ven, niño, saluda a los jefes del Sanedrín. ¿Qué les dices?».

«La paz sea con vosotros, y... digo también: a la hora del incienso pedid por mí».

«No lo necesitas, niño. Pero, ¿por qué precisamente a esa hora?».

«Porque la primera vez que entré en el Templo con Jesús, me habló de la oración del atardecer... ¡Oh, qué bonito!...».

«¿Y tú vas a orar por nosotros? ¿Cuándo?».

«Rezaré... rezaré por la mañana y al atardecer. Para que Dios os preserve del pecado de día y de noche».

«¿Y qué vas a decir, niño?».

«Diré: "Señor Altísimo, haz de José y Nicodemo unos verdaderos amigos de Jesús". Será suficiente, porque quien es amigo verdadero no apena al amigo. Y quien no apena a Jesús está seguro de poseer el Cielo».

«¡Que Dios te conserve así, niño!» dicen los dos miembros del Sanedrín mientras le acarician.

Luego saludan al Maestro, después a la Virgen y a Lázaro en particular, y a todos los demás en grupo, y se marchan.

## 284. La casita donada por Salomón. Cuatro apóstoles se quedarán en Judea.

23 de septiembre de 1945.

[1]Jesús regresa con los apóstoles de una gira apostólica por las 284.1
cercanías de Betania. Debe haber sido una gira breve, porque no traen siquiera los talegos de las provisiones.

Vienen hablando entre ellos. Dicen: «Ha sido un buen regalo el de Salomón el barquero, ¿no es verdad, Maestro?».

«Sí, un buen regalo».

Naturalmente, Judas disiente de los demás: «No veo mucho de bueno en esa cosa. Nos ha dado lo que ya a él, que es discípulo, no le sirve. No hay motivo para ensalzarle...».

«Una casa siempre viene bien» dice serio el Zelote.

«Si fuera como la tuya. Pero, ¿qué es? Una casucha malsana».

«Es todo lo que tiene Salomón» replica el Zelote.

«Y de la misma forma que él allí se ha hecho viejo sin enfermedades, podremos ir de vez en cuando nosotros. ¿Qué quieres? ¿Todas las casas como la de Lázaro?» añade Pedro.

«No quiero nada. No veo la necesidad de este regalo. Cuando se fuera a ese lugar, se podría estar en Jericó. Están sólo a unos pocos estadios de distancia. Para unos como nosotros, que parecemos gente perseguida, obligados a caminar siempre, ¿unos pocos estadios qué es?».

Jesús interviene, antes de que la paciencia de los otros falle, como ya claros signos lo avisan. «Salomón, en proporción a sus bienes, ha dado más que nadie. Porque ha dado *todo*. Lo ha dado por amor. Lo ha dado para ofrecernos un cobijo en caso de que nos coja la lluvia en esa zona poco hospitalaria, o en caso de una crecida del río, y, sobre todo, en caso de que la mala voluntad judía se haga tan fuerte que sea aconsejable interponer entre ella y nosotros el río. Esto por lo que respecta al regalo. Y el que un discípulo, humilde y rudo, pero muy fiel y lleno de buena voluntad, haya sabido llegar a esta generosidad, que denota en él la clara voluntad de ser *para siempre* discípulo mío, me procura una gran alegría. Verdaderamente veo que muchos discípulos con las pocas lecciones que han recibido de mí os han superado a vosotros, que mucho habéis recibido. Vosotros no me sabéis sacrificar, tú especialmente, ni siquiera eso que no cuesta nada: el juicio personal. Tú te lo conservas duro, resistente a cualquier flexión».

«Dices que la lucha contra uno mismo es la más costosa...».

«¿Y con eso quieres decirme que me equivoco al decir que no cuesta nada? ¿Es así? ¡Tú sabes bien lo que quiero decir! Para el

hombre —y verdaderamente eres un auténtico hombre— sólo tiene valor lo que es comerciable. El *yo* no se comercia a precio de moneda. A menos que... a menos que uno se venda a alguien esperando un beneficio. Un tráfico ilícito, semejante al que el alma contrae con Satanás. Es más, mayor, porque además de al alma abraza también al pensamiento, o juicio, o libertad del hombre, llámala como quieras. Existen también estos desdichados... Mas no pensemos en ellos por el momento. He elogiado a Salomón porque veo todo lo bueno que hay en su acto. Y basta así».

284.2 [2]Un momento de silencio. Luego Jesús continúa: «Dentro de algunos días Hermasteo podrá andar sin perjuicio. Yo voy a volver a Galilea. No vendréis todos conmigo. Una parte se quedará en Judea y luego volverá arriba con los discípulos judíos, de forma que estemos todos juntos para la fiesta de las Luces».

«¡¿Tanto tiempo?! ¿Y a quién le va a tocar?» dicen entre sí los apóstoles.

Jesús recoge el cuchicheo y responde: «Les va a tocar a Judas de Simón, a Tomás, a Bartolomé y a Felipe. Pero no he dicho que haya que estar en Judea hasta la fiesta de las Luces. Incluso quiero que recojáis o aviséis a los discípulos para que estén para la fiesta de las Luces. Por tanto, iréis, los buscaréis. Los reunís y los avisáis, y, mientras, les ponéis atención y los ayudáis. Luego seguiréis mis pasos trayendo con vosotros a los que hayáis encontrado; para los otros, dejáis dado el aviso de que vengan. En estos momentos tenemos ya amigos en los principales lugares de Judea. Nos harán este favor de avisar a los discípulos. Después, en el camino de regreso hacia Galilea, por la Transjordania, y sabiendo que Yo iré por Gerasa, Bosra, Arbela, hasta Aera, vais recogiendo a todos los que a mi paso no se hayan atrevido a manifestar su petición de doctrina o milagro y que luego hayan lamentado el no haberlo hecho. Los conduciréis a mí. Estaré en Aera hasta vuestra llegada».

284.3 [3]«Entonces convendría salir en seguida» dice el Iscariote.

«No. Saldréis al caer de la tarde del día antes de mi partida. Iréis donde Jonás, al Getsemaní. Allí estaréis hasta el día siguente. Luego saldréis para Judea. Así podrás ver a tu madre y le servirás de ayuda en este momento de contrataciones agrícolas».

«Ya hace años que ha aprendido a arreglárselas por sí sola».

«¿No te acuerdas de que el año pasado le eras indispensable para la vendimia?» pregunta Pedro no sin una buena dosis de ironía.

Judas se pone más rojo que una amapola, afeado por su ira y vergüenza.

Pero Jesús sale al paso de cualquier posible respuesta hablando

Él: «Un hijo siempre sirve de ayuda y de confortación a su madre. Ya hasta Pascua, e incluso después, no te volverá a ver. Por tanto, ve y haz lo que te digo».

Judas no replica ya a Pedro, pero descarga su rabia contra Jesús: «Maestro, ¿sabes qué tengo que decirte? Que tengo la impresión de que quieres deshacerte de mí, al menos separarme, porque tienes sospechas, porque me crees injustamente culpable de algo, porque me faltas a la caridad, porque...».

«¡Judas! ¡Basta! Podría decirte muchas cosas. Sólo te digo: "Obedece"». Jesús se muestra majestuoso al decir esto. Alto, con mirada centelleante y rostro severo... Hace temblar.

Judas también tiembla. Se pone el último de todos, mientras que Jesús se pone a la cabeza, solo. Entre ambos, el grupo enmudecido de los apóstoles.

## 285. Lázaro ofrece un refugio para Juan de Endor y Síntica. Viaje feliz hacia Jericó sin Judas Iscariote.

24 de septiembre de 1945.

[1]«Lázaro, amigo mío, te pido que vengas conmigo» dice Jesús, 285.1
presentándose en la puerta de la sala en que Lázaro está reclinado en un lecho leyendo un volumen.

«Inmediatamente, Maestro. ¿A dónde vamos?» pregunta Lázaro, y se alza en seguida.

«Por el campo. Necesito estar completamente solo contigo».

Lázaro le mira turbado, y pregunta: «¿Tienes tristes noticias que darme en secreto? ¿O...? No, no quiero pensarlo...».

«Es sólo tratar contigo una cosa, y ni siquiera el aire debe saber lo que hablemos. Manda preparar el carro, porque no te quiero cansar. Cuando estemos en plena campiña te hablaré».

«Entonces guío yo. Así ni siquiera el criado sabrá lo que hayamos hablado».

«Sí. Exactamente así».

«Voy en seguida, Maestro. Dentro de poco estoy preparado» y sale.

Jesús se queda un poco pensativo en medio de la rica estancia. Mientras piensa, mueve mecánicamente dos o tres objetos, recoge el rollo que estaba caído en el suelo, y, en fin, al colocarlo en una estantería por ese innato instinto del orden que es tan fuerte en Jesús, permanece con el brazo levantado observando unos objetos de un ar-

te raro, por lo menos distinto del arte corriente de Palestina, que están alineados en la balda de la estantería: son ánforas y copas antiquísimas —parece— con relieves y dibujos que imitan los frisos de los templos de la antigua Grecia y franjas de urnas funerarias. No sé lo que estará viendo detrás del objeto... Luego sale y va al patio interior, donde están los apóstoles.

«¿A dónde vamos, Maestro?» preguntan, al ver que Jesús se coloca el manto.

«A ninguna parte. Salgo con Lázaro. Esperadme aquí, todos juntos. Regreso pronto».

Los doce se miran unos a otros... Se les ve poco contentos...

Pedro dice: «¿Vas solo? Ten cuidado...».

«No temas nada. Mientras esperáis no estéis ociosos. Seguid instruyendo a Hermasteo para que vaya conociendo más la Ley y haceos mutuamente buena compañía, sin discusiones ni desaires. Sed indulgentes unos con otros, quereos».

Se encamina hacia el jardín. Todos le siguen. Al poco viene un carro ligero, cubierto, con Lázaro ya.

«¿Vas con el carro?».

«Sí, para que no se le cansen las piernas a Lázaro. Adiós, Margziam. Sé bueno. Paz a todos vosotros».

Monta. El carro, haciendo rechinar la fina grava del paseo, sale del jardín para tomar el camino principal.

«¿Vas a Agua Especiosa, Maestro?» grita detrás Tomás.

«No. Una vez más os digo que os comportéis bien».

285.2 [2]El caballo parte con un vigoroso trote. El camino, el que va de Betania a Jericó, pasa por esta campiña que va perdiendo su lozanía; cuanto más se baja hacia la llanura, más se nota este languidecer de la hierba.

Jesús piensa. Lázaro guarda silencio, se ocupa sólo de guiar el caballo. Llegados a la llanura (fértil, ya preparada toda para nutrir la semilla de la futura mies, o durmiente en sus viñas como una mujer que poco antes haya dado a luz su fruto y descansa ahora de su dulce fatiga), Jesús hace señal de pararse. Lázaro, obediente, para, y lleva al caballo a un camino secundario que conduce a unas casas lejanas... y explica: «Aquí estaremos todavía más tranquilos que en el camino grande. Estos árboles nos ocultarán a la vista de muchos». En efecto, un grupo de árboles bajos y tupidos hacen como de mampara contra la curiosidad de los viandantes. Lázaro está erguido frente a Jesús, esperando.

«Lázaro, necesito mandar lejos a Juan de Endor y a Síntica. La prudencia, como ves, lo aconseja, y también la caridad. Tanto para él

como para ella sería una prueba peligrosa, un dolor inútil, el tener noticia de la persecución que se ha desencadenado contra ellos... y que podría —al menos para uno— provocar penosísimas sorpresas».

«En mi casa...».

«No. Ni siquiera en tu casa. No los tocarían materialmente, quizás, pero sí los humillarían moralmente. El mundo es cruel. Destroza a sus víctimas. No quiero que se pierdan así estas dos buenas fuerzas. Por tanto, de la misma forma que un día junté al anciano Ismael con Sara, ahora voy a juntar a mi pobre Juan con Síntica. Quiero que muera en paz, y que no esté solo, y que no lleve consigo la quimera de que se le manda a otro lugar porque es "el ex galeote", sino porque es el discípulo prosélito que puede trasladarse a otro lugar para predicar al Maestro. Y Síntica le ayudará... Síntica es una gran persona, y será una gran fuerza en y para la Iglesia futura. [3]¿Me puedes aconsejar a dónde mandarlos? No a Judea, ni a Galilea, 285.3
ni siquiera a la Decápolis. A los lugares a los que voy Yo, y conmigo los apóstoles y discípulos, no. Al mundo pagano tampoco. ¿Dónde entonces? ¿Dónde, de forma que sean útiles y estén seguros?».

«Maestro... yo... ¡Aconsejarte yo a ti...!».

«No, no. Habla. Tú me amas, no traicionas, amas a quienes amo Yo, no eres restringido de mente como otros».

«Yo... Sí. Te aconsejaría que los mandases a uno de los lugares donde tengo amigos. A Chipre o a Siria. Elige Tú. En Chipre tengo personas de confianza. ¡Y en Siria... bueno!... Tengo todavía alguna pequeña casa, custodiada por un administrador fiel, más fiel que una ovejita. ¡Nuestro viejo Felipe! Por mí hará todo lo que diga. Y, si me lo concedes, ellos, estos a quienes Israel persigue y Tú estimas, podrán considerarse desde ahora huéspedes míos, seguros en la casa... ¡Oh, no es un palacio! En esa casa vive sólo Felipe con un nieto que se ocupa de los jardines de Antigonio, los amados jardines de mi madre; los hemos conservado para recuerdo de ella. Había llevado a esos jardines las plantas de esencias exóticas de sus jardines judíos... ¡La madre mía!... ¡Con ellas, cuánto bien hacía a los pobres!... Eran su secreta propiedad... Mi madre... Maestro, pronto iré a decirle: "Alégrate, madre buena. El Salvador está en la Tierra". Te esperaba...».

Dos hilos de llanto aparecen en el rostro doliente de Lázaro. Jesús le mira y sonríe. [4]Lázaro recobra los ánimos: «Pero, hablemos de 285.4
ti. ¿Te parece un buen lugar?».

«Me parece un buen lugar. Una vez más te doy las gracias, por mí y por ellos. Me quitas un gran peso...».

«¿Cuándo se marchan? Lo pregunto para preparar una carta para Felipe. Diré que son dos amigos míos de aquí, necesitados de paz.

Será suficiente».

«Sí. Será suficiente. Pero, te ruego que ni siquiera el aire sepa nada de esto. ¡Ya lo ves! Me espían...».

«Lo veo. No lo hablaré ni siquiera con mis hermanas. Pero, ¿cómo piensas llevarlos allí? Tienes contigo a los apóstoles...».

«Ahora subo hasta Aera sin Judas de Simón, Tomás, Felipe y Bartolomé. Entretanto, instruiré a fondo a Síntica y a Juan... para que vayan con una buena provisión de Verdad. Luego bajaré al Merón y de allí a Cafarnaúm. Y allí... y allí enviaré otra vez a los cuatro, con otras misiones; entonces haré que partan para Antioquía los dos. A esto me veo obligado...».

«A tener que temer de los tuyos. Tienes razón... Maestro, sufro viéndote afligido...».

«Pero tu buena amistad me conforta mucho... Lázaro, gracias... Pasado mañana me marcho y me llevo a tus hermanas. Necesito muchas discípulas para confundir entre ellas a Síntica. Viene también Juana de Cusa. De Merón irá a Tiberíades, porque va a pasar el invierno allí. Eso quiere el marido, para tenerla más cerca, porque Herodes va a volver a Tiberíades una temporada».

«Se hará como deseas. Mis hermanas son tuyas, como lo soy yo, y mis casas, mis criados, mis bienes. Todo es tuyo, Maestro. Utilízalo para el bien. Te prepararé la carta para Felipe. Es mejor que la tengas Tú directamente».

«Gracias, Lázaro».

«Es todo lo que puedo hacer... Si estuviera sano, iría... Cúrame, Maestro, y voy».

«No, amigo. Tengo necesidad de ti así como estás».

«¿A pesar de que no hago nada?».

«Aun así. ¡Oh, mi Lázaro!» y Jesús le abraza y besa.

285.5 [5]Suben de nuevo al carro y regresan.

Ahora es Lázaro quien está muy silencioso y pensativo. Jesús le pregunta la razón de ello.

«Pienso que pierdo a Síntica. Me atraían su ciencia y su bondad...».

«La gana Jesús...».

«Es verdad. Es verdad. ¿Cuándo te voy a volver a ver, Maestro?».

«Para la primavera».

«¿Hasta la primavera no? El año pasado estabas en mi casa para las Encenias...».

«Este año voy a complacer a los apóstoles. Pero para el otro año estaré mucho contigo. Te lo prometo».

Betania aparece bajo el sol de octubre. Están ya casi llegando,

cuando Lázaro para el caballo para decir: «Maestro, bueno será que te deshagas del hombre de Keriot. Tengo miedo de él. No te ama. No me gusta. Nunca me ha gustado. Es sensual y ambicioso. Por eso puede cometer cualquier pecado. Maestro, es él el que te ha denunciado...».

«¿Tienes pruebas?».

«No».

«Pues entonces no juzgues. No eres muy experto en tus juicios. Acuérdate de que juzgabas inexorablemente perdida a tu María... No digas que es mérito mío. Ella fue la primera en buscarme».

«Eso también es verdad. Pero, en fin, desconfía de Judas».

Poco después entran en el jardín donde están esperando, curiosos, los apóstoles.

[6]La ausencia de cuatro apóstoles, y sobre todo de Judas, hace, por un lado, más íntimo el grupo de los que quedan; por otro, más feliz. Es verdaderamente una familia —con Jesús y María como cabezas— esta que, dando la espalda a Betania en una mañana serena de octubre, se dirige hacia Jericó para pasar a la orilla opuesta del Jordán. Las mujeres marchan agrupadas en torno a María. Sólo falta Analía en el grupo femenino de las discípulas, o sea, en el grupo de las tres Marías, Juana, Susana, Elisa, Marcela, Sara y Síntica. Agrupados en torno a Jesús, Pedro, Andrés, Santiago y Judas de Alfeo, Mateo, Juan y Santiago de Zebedeo, Simón Zelote, Juan de Endor, Hermasteo y Timoneo. Margziam, por su parte, saltando como un cabritillo, va y viene incansable de este grupo a aquél (que caminan a pocos metros uno tras otro). Cargados con pesados talegos, van alegres por el camino dulcemente soleado, por la campiña solemne transida de quietud. 285.6

[7]Juan de Endor anda con esfuerzo, oprimido por el peso que le cuelga de sus espaldas. 285.7

Pedro se da cuenta y dice: «Dámelo, ya que has querido coger de nuevo este lastre. ¿Sentías nostalgia de esto?».

«Me lo ha indicado el Maestro».

«¿Sí? ¡Ésta sí que es buena! ¿Y cómo así?».

«No lo sé. Ayer por la noche me dijo: "Coge otra vez tus libros y sígueme con ellos"».

«¡Hay que ver!... Bueno, pero, si lo ha dicho Él, está claro que es una cosa buena. Quizás lo hace por esa mujer. ¡Cuánto sabe, ¿no?! ¿Tú también sabes tantas cosas?».

«Casi. Es muy docta».

«De todas formas, no vas a seguir viniendo detrás de nosotros

con este peso, ¿no?».

«¡No creo! No lo sé. De todas formas, lo puedo llevar también yo...».

«No, amigo. Me preocupa mucho que no enfermes. ¿No te das cuenta de que estás mal de salud?».

«Sí, lo sé. Me siento morir».

«¡No gastes bromas y déjanos al menos llegar a Cafarnaúm! Se está tan bien ahora, nosotros solos sin ese... ¡Maldita lengua! ¡He
285.8 faltado una vez más a mi promesa al Maestro!... [8]¿Maestro? ¿Maestro?».

«¿Qué quieres, Simón?».

«He murmurado de Judas y te había prometido que no lo volvería a hacer. Perdóname».

«Sí. Trata de no volver a hacerlo».

«Tengo todavía 489 veces de recibir tu perdón...».

«¡Pero, qué dices, hermano?» pregunta Andrés sorprendido.

Y Pedro, lleno de brillo de sagacidad su rostro bueno, torciendo el cuello bajo el peso del saco de Juan de Endor: «¿Y no te acuerdas de que dijo que debíamos perdonar setenta veces siete? Por tanto me quedan todavía 489 perdones. Y llevaré la cuenta escrupulosamente...».

Todos se echan a reír, incluso Jesús tiene que sonreír por fuerza; pero responde: «Mejor sería, niño grande, que es lo que eres, si llevaras la cuenta de todas las veces que sabes ser bueno».

Pedro se junta a Jesús y con el brazo derecho rodea su cintura, diciendo: «¡Querido Maestro mío! ¡Qué feliz me siento de estar contigo sin...! ¡Bah! Tú también estás contento... Y entiendes lo que quiero decir. Estamos nosotros solos. Está tu Madre. Está el niño. Vamos a Cafarnaúm. La estación es hermosa... Cinco razones para sentirnos felices. ¡Verdaderamente es hermoso ir contigo! ¿Dónde vamos a detenernos esta noche?».

«En Jericó».

«El año pasado en Jericó vimos a la Velada. ¿Quién sabe qué habrá sido de ella?... Me gustaría saberlo... Y hemos encontrado también al de las viñas...». La carcajada de Pedro es tan sonora que contagia a los demás. Se echan a reír todos, recordando la escena del encuentro con Judas de Keriot.

«¡Eres incorregible, Simón!» dice Jesús en tono de reprensión.

«No he dicho nada, Maestro. Me han venido ganas de reír al pensar en su cara cuando nos ha encontrado allí... en sus viñas...». Pedro ríe con verdaderas ganas, tanto que debe pararse, mientras los otros siguen caminando y riéndose por fuerza.

285.9 [9]Las mujeres alcanzan a Pedro. María pregunta con dulzura:

«¿Qué te sucede, Simón?».

«No lo puedo decir porque cometería otra falta de caridad. Pero... mira, Madre, tú que eres sabia, quisiera saber tu opinión. Si acuso con un fondo maligno a alguien, o, peor todavía, levanto una calumnia, peco, es natural. Pero, si me río de una cosa que todos saben, de un hecho que todos conocen, una cosa que hace reír, como, por ejemplo, recordar la sorpresa de un embustero, su turbación, sus explicaciones para disculparse, y volver a reírme como entonces nos reímos, ¿está también mal?».

«Es una imperfección respecto a la caridad. No es pecado como lo es la maledicencia o la calumnia, y ni siquiera como una acusación velada, pero es, de todas formas, una falta de caridad. Es como un hilo sacado en una tela. No es un desgarrón, ni que la tela esté consumida, pero es algo que va contra la integridad de la tela y su belleza, y facilita deslavazaduras y agujeros. ¿No te parece?».

Pedro se restriega la frente y dice un poco avergonzado: «Sí. No lo había pensado nunca».

«Piénsalo ahora y no lo vuelvas a hacer. Hay carcajadas que ofenden a la caridad más que un bofetón. ¿Alguno ha cometido un error? ¿Le hemos pillado en una mentira o en otra falta? ¿Y entonces? ¿Por qué recordarlo? ¿Por qué hacérselo recordar a otros? Corramos un velo sobre las faltas de los hermanos, pensando siempre: "Si fuera yo el que hubiera faltado, ¿me gustaría que otro recordase esta falta y que la hiciera recordar a otros?". Hay sonrojos íntimos, Simón, que hacen sufrir mucho. No menees la cabeza. Sé lo que quieres decir... Pero también los culpables los tienen, créelo. Sea siempre tu primer pensamiento: "¿Desearía eso para mí?". Verás como no volverás a pecar contra la caridad. Y sentirás siempre mucha paz dentro de ti. Mira a Margziam allí cómo salta y canta feliz. Es porque no tiene ninguna preocupación en su corazón; no tiene que pensar en itinerarios, ni en compras, ni en las palabras que tendrá que decir. Sabe que otros se preocupan por él de estas cosas. Haz tú igual. Abandona todo en Dios, incluso el juicio sobre las personas. Mientras puedas ser como un niño guiado por el buen Dios, ¿por qué querer cargarte con el peso de decidir y juzgar? Llegará el momento en que tengas que ser juez y árbitro y entonces dirás: "¡Antes era mucho más fácil y menos peligroso!", y te juzgarás necio por haber querido cargarte antes de tiempo con tanta responsabilidad. ¡Juzgar! ¡Qué cosa tan difícil! ¿Has oído lo que ha dicho Síntica hace unos días? "Buscar por medio del sentido es siempre imperfecto". Dijo una cosa muy exacta. Muchas veces juzgamos siguiendo justamente las reacciones de los sentidos, y, por tanto, con suma imperfección. Deja de juzgar...».

285.10 «Sí, María. A ti verdaderamente te lo prometo. [10]¡Pero yo no sé todas esas cosas maravillosas que sabe Síntica!».

«¿Y te apena, hombre? ¿No sabes que yo quiero desembarazarme de ellas para tomar solamente las cosas que tú conoces?».

«¿Lo dices de verdad? ¿Por qué?».

«Porque con la ciencia puedes mantenerte en esta tierra, pero con la sabiduría conquistas el Cielo. Lo mío es ciencia, lo tuyo sabiduría».

«¡Pero con tu ciencia has sabido llegar a Jesús! Por tanto, es una cosa buena».

«Mezclada con muchos errores; por eso querría despojarme de ella para revestirme solamente de sabiduría. ¡Fuera las vestiduras engalanadas y vanas! Sea mi vestido el austero y sin externa vistosidad de la sabiduría, que viste con imperecedero vestido no lo corruptible sino lo inmortal. La luz de la ciencia tiembla y vacila; la de la sabiduría resplandece uniforme y siempre constante como es lo Divino de que se genera».

Jesús ha aminorado el paso para oír. Se vuelve y dice a la griega: «No debes aspirar a despojarte de todo lo que sabes. Lo que debes hacer es entresacar de este saber tuyo aquello que sea un átomo de Inteligencia eterna, conquistado por mentes de innegable valor».

«¿Entonces, esas mentes han encarnado en sí el mito del fuego arrebatado a los dioses?».

«Sí, mujer. En este caso, no es que lo hayan arrebatado, sino que han sabido cogerlo cuando la Divinidad los rozaba con sus fuegos, acariciándolos como ejemplares —diseminados entre una humanidad venida a menos— de lo que es el hombre, un ser dotado de razón».

«Maestro, deberías señalarme lo que tengo que conservar y lo que tengo que dejar. No sería buen juez. Y luego, para llenar los espacios vacíos, meter luces de tu sabiduría».

«Ésa es mi intención. Te indicaré hasta dónde es sabio el pensamiento adquirido por ti y lo continuaré desde ese punto hasta el final de la idea verdadera. Para que sepas. Les vendrá bien también a éstos, destinados a tener muchos futuros contactos con los gentiles».

«No vamos a entender nada» dice con tono de lamento Santiago de Zebedeo.

«Por ahora, poco. Pero llegará el día en que comprendáis, tanto las lecciones de ahora como su necesidad. Tú, Síntica, expónme los puntos que para ti son obscuros. Durante las pausas de nuestro camino te los iré aclarando».

«Sí, mi Señor. El deseo de mi alma se funde con tu deseo. Yo, dis-

cípula de la Verdad; Tú, Maestro. El sueño de toda mi vida: poseer la Verdad».

## 286. En Ramot con el mercader Alejandro Misax. Lección a Síntica sobre el recuerdo de las almas.

25 de septiembre de 1945.

[1]Después de una fértil llanura, seguida por un largo tramo allende el Jordán —y es hermoso caminar en esta estación serena y dulce de un morir de octubre—, y de un alto en un pueblecillo acurrucado a los pies de las primeras pendientes de una respetable cadena montañosa —alguna de sus cimas puede tomar el verdadero nombre de montaña—, Jesús se pone de nuevo en camino, a la zaga de una larga caravana rica de cuadrúpedos y de hombres bien armados, con los que ha hablado antes, mientras daban de beber a sus animales en los pilones de la plaza. Son, en su mayor parte, hombres altos y muy morenos, ya de apariencia asiática. Montado en un fortísimo mulo, está el jefe de la caravana, armado hasta los dientes, más otras armas que penden de la silla. Y, no obstante, se ha mostrado muy deferente con Jesús. 286.1

Los apóstoles preguntan a Jesús: «¿Quién es?».

«Un rico mercader de allende el Eufrates. Le he preguntado a dónde iba, y ha sido amable. Pasa por la ciudad por la que tengo intención de pasar Yo. Es una cosa providencial por estos montes, llevando mujeres con nosotros».

«¿Temes algo?».

«Como robos nada, porque no tenemos nada. Pero sería ya suficiente el miedo para las mujeres. Un puñado de ladrones no asalta jamás a una caravana tan fuerte; y podrá sernos útil también para conocer los pasos mejores y superar los difíciles. Me ha preguntado: "¿Eres el Mesías?", y, habiendo sabido que sí, ha dicho: "Estaba en el patio de los Paganos, hace días, y, más que verte, porque soy pequeño, te he escuchado. Bien, yo te protejo a ti y Tú me proteges a mí. Llevo una cargamento de mucho valor"».

«¿Es prosélito?».

«No creo. Pero quizás procede de nuestro pueblo».

La caravana se mueve despacio, como si no quisiera agotar las fuerzas de los cuadrúpedos marchando mucho. Por eso es fácil seguir su ritmo; es más, a menudo es necesario pararse, porque los acemileros hacen pasar a los animales cargados de uno en uno, llevándolos del cabestro en los puntos difíciles.

A pesar de que sea montaña propiamente dicha, la zona es muy fértil y está bien cultivada. Quizás los montes, los situados al nordeste, que van siendo más altos, protegen de las corrientes frías del Norte o de las perjudiciales del Este, y esto favorece los cultivos. La caravana sigue el curso de un torrente que ciertamente vierte en el Jordán, bien nutrido de aguas que descienden quién sabe de qué cima. La vista es bella, cada vez más bella a medida que se va subiendo: se extiende hacia occidente por la llanura del Jordán, y, más allá de la llanura, presenta los graciosos perfiles de los collados y montes de la Judea del Norte; a oriente y a septentrión es una continua variación de panoramas, ora paisajes abiertos a lejanías, anchurosos, ora paisajes que ofrecen a la mirada un encabalgarse de lomas y picos verdes, o rocosos, que parecen cerrar el camino cual improviso muro laberíntico.

286.2 [2]Acércase el Sol a su ocaso tras los montes de Judea, arrebolando intensamente el cielo y las pendientes, cuando el rico mercader, que se había detenido dejando pasar a la caravana, dice a Jesús: «Hay que llegar al pueblo antes de que anochezca. Pero muchos de los tuyos parecen cansados. Este trayecto es duro. Diles que monten en los mulitos de reserva. Son animales tranquilos. Tendrán toda la noche para descansar, y además no es fatiga llevar el peso de una mujer».

Jesús acepta. El hombre da orden de pararse para que puedan montar en los animales las mujeres. Jesús dispone que también monte a caballo Juan de Endor. Los que van a pie —también Jesús— cogen los ramales para hacer más segura la marcha a las mujeres. Margziam quiere comportarse como un hombre y, aunque esté derrengado, no quiere de ninguna manera subir a la montura con nadie; antes al contrario, coge él también un ramal del mulito de María Santísima, que queda así entre Jesús y el niño, y camina con coraje.

El mercader se ha quedado al lado de Jesús y dice a María: «¿Ves, Mujer, aquel pueblo? Es Ramot. Nos detendremos allí. Me conocen en la posada porque recorro este camino dos veces al año, mientras que otras dos veces voy por la costa, para vender o comprar. Mi vida... dura vida. Pero tengo doce hijos, y muy pequeños. Me he casado tarde. A uno le he dejado con nueve días. Ahora me le encontraré ya con los primeros dientes».

«Una bonita familia...» comenta María, y termina: «Que el Cielo te la conserve».

«Efectivamente, no me quejo de su ayuda, a pesar de que me la merezca muy poco».

286.3 [3]Jesús pregunta: «¿Eres al menos prosélito?».

«Debería serlo... Mis antepasados eran verdaderos israelitas.

Luego... nos aclimatamos allí...».

«El alma se aclimata a un solo ambiente, el del Cielo».

«Tienes razón. Pero, ya sabes... Mi bisabuelo se casó con una que no era de Israel. Sus hijos fueron menos fieles... Los hijos de sus hijos se casaron a su vez con nuevas mujeres que no eran de Israel, y dieron hijos que sólo mantenían el respeto hacia el nombre judío; porque, como origen, somos judíos. Ahora yo, nieto de nietos... ya nada. Estando en contacto con todos, he cogido de todos, para terminar por no ser de ninguno».

«No es buena razón esto que me dices. Te lo voy a demostrar. Si tú, yendo por este camino, que sabes que es bueno, te encontraras con cinco o seis personas, las cuales te dijeran: "¡No, hombre, no, ve por allí!", "Vuelve para atrás", "Párate", "Ve hacia oriente", "Tuerce a occidente", ¿qué dirías?».

«Diría: "Sé que éste es el camino más corto y atinado. No lo dejo"».

«Otro ejemplo: si tuvieras que concluir un trato, y conocieras el método adecuado para llevarlo a cabo, ¿prestarías oídos a quienes, o por mera petulancia o por astucia calculada, te aconsejasen en otra línea?».

«No. Seguiría aquello que mi experiencia me señala como mejor».

«Muy bien. Tú, originario de Israel, tienes a tus espaldas milenios de fe. No eres ni un estúpido ni un inculto. ¿Por qué, entonces, absorbes lo que te viene de los contactos con todos en materia de fe, mientras que sabes rechazarlo en materia de dinero o de seguridad de caminos? ¿No te parece esto deshonroso incluso humanamente? Postergar a Dios al dinero y al camino...».

«No pospongo a Dios. Le he perdido de vista...».

«Porque tienes como dioses el comercio, el dinero, la vida. Y, sin embargo, es Dios, es Él, quien te permite tener estas cosas... [4]¿Por qué entraste, entonces, en el Templo?». 286.4

«Por curiosidad. En la calle, saliendo de una casa en que había contratado unos productos, vi a un grupo de hombres en actitud de venerarte, y me volvió a la mente lo que oí en Ascalón a una fabricante de alfombras. Pregunté quién eras, porque me vino la sospecha de que fueras aquel de que hablaba la mujer. Habiendo sabido que eras Tú, te seguí. Había concluido mis tratos por ese día... Luego te perdí de vista. En Jericó te volví a ver, aunque sólo un momento. Ahora te encuentro otra vez... Mira...».

«Mira, pues, cómo Dios une y cruza nuestros caminos. No tengo regalos que ofrecerte para agradecer tus gestos de bondad. Pero an-

tes de dejarte espero poder darte un regalo, a menos que no me abandones antes».

«¡No, eso no lo haré! ¡Alejandro Misax no se vuelve atrás cuando se ha ofrecido! Mira, pasado ese recodo empieza el pueblo. Me voy a adelantar. Nos veremos en la posada» e hinca las espuelas y se marcha casi al galope por el borde del camino.

«Es un hombre honrado e infeliz, Hijo mío» dice María.

«¿Y querrías verle feliz según la Sabiduría, ¿no?».

Se sonríen dulcemente, envueltos ya por las primeras sombras de la noche.

286.5 [5]...En la larga noche de octubre, reunidos todos en una vasta habitación de la posada, los peregrinos esperan a irse a dormir. En un ángulo, aislado, está el mercader, afanado en sus cuentas. En el ángulo opuesto, Jesús con todos los suyos. No hay más huéspedes. De los establos llegan rebuznos, relinchos y balidos, lo cual hace suponer que en la posada hay otras personas. Pero quizás ya están en la cama.

Margziam se ha quedado dormido en los brazos de la Virgen, olvidándose de golpe de que era "un hombre". Pedro hay momentos que cede al sueño; no es el único, también las mujeres ancianas, que bisbiseaban, se han quedado medio dormidas y ahora callan. Están bien despiertos Jesús, María, las hermanas de Lázaro, Síntica, Simón Zelote, Juan y Judas.

Síntica está hurgando en el saco de Juan de Endor, como buscando algo. Pero luego prefiere juntarse con los demás y escuchar a Judas de Alfeo, que está hablando de las consecuencias del exilio de Babilonia; Judas concluye: «...y quizás ese hombre es todavía una consecuencia de aquello. Cualquier exilio conlleva una destrucción...». Síntica hace un gesto involuntario con la cabeza pero no dice nada, y Judas de Alfeo termina: «De todas formas, es extraño que con tanta facilidad uno se pueda despojar de lo que constituye un tesoro secular para ser totalmente distinto, especialmente en estas cosas de religión, y de una religión como la nuestra...».

Jesús responde: «No deberías asombrarte, cuando dentro de Israel ves a Samaria».

286.6 [6]Un momento de silencio... Los ojos oscuros de Síntica miran fijamente el perfil sereno de Jesús. Mira con intensidad, pero no habla. Jesús siente esa mirada y se vuelve a mirarla.

«¿No has encontrado nada de tu agrado?».

«No, Señor. He llegado al punto de no poder ya conciliar el pasado con el presente, las ideas de antes con las de ahora. Y me parece

casi una defección, porque las ideas de antes me han ayudado muchísimo a tener las de ahora. Tiene razón tu apóstol en lo que dice... Pero la mía es una destrucción dichosa».

«¿Qué se te ha destruido?».

«Toda la fe en el Olimpo pagano, Señor. De todas formas, me siento un poco turbada, porque leyendo vuestra Escritura —me la ha dado Juan, y la leo porque sin conocimiento no se posee— he encontrado que también en vuestra historia... desde los albores, lo llamaré así, hay hechos que no se diferencian mucho de los nuestros. Pues bien, quisiera saber...».

«Ya te he dicho que preguntes, que te responderé».

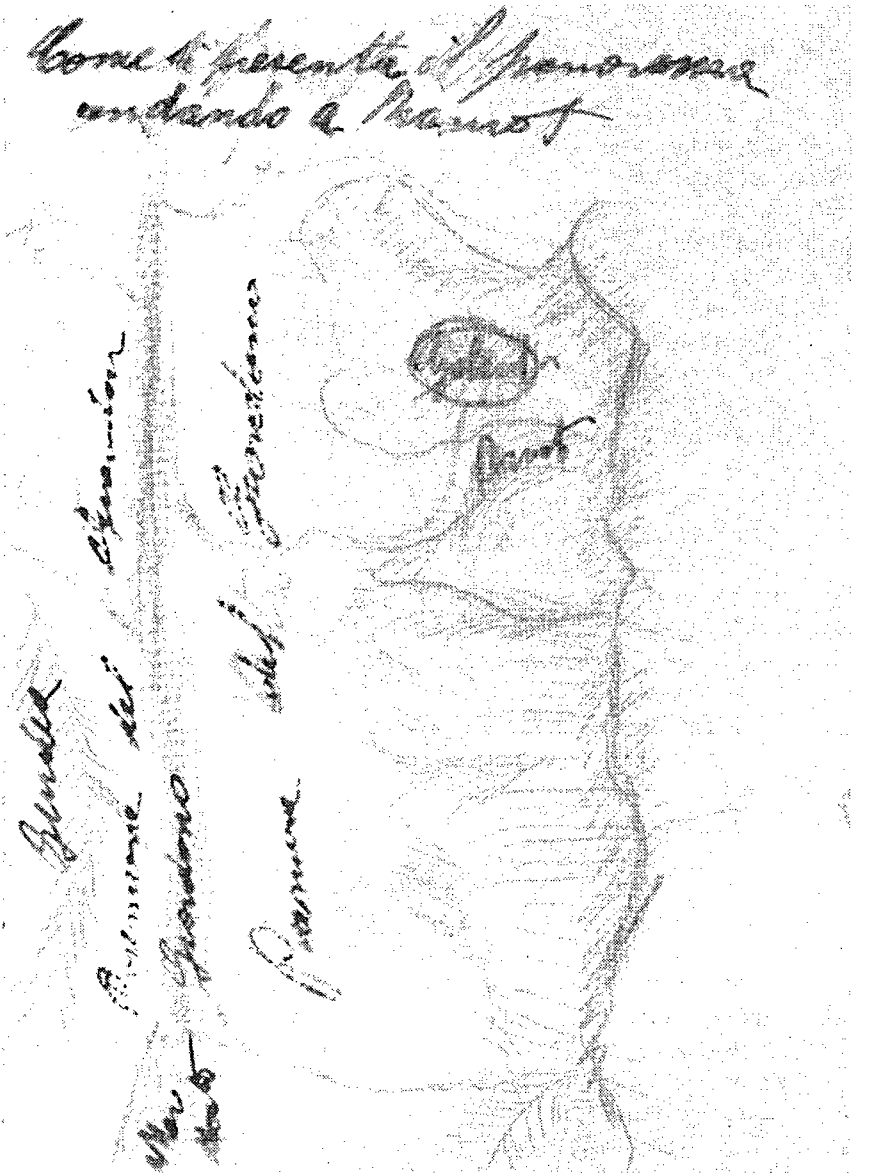
«¿Todo es error en la religión de los dioses?».

«Sí, mujer. Sólo hay un Dios, que no es engendrado por otros, que no subyace a las pasiones y necesidades humanas, un Dios único, eterno, perfecto, creador».

«Yo lo creo. Pero quiero poder responder —no con una forma que no acepta discusión, sino argumentando para convencer— a las preguntas que otros paganos me pudieran hacer. Yo, por virtud de este Dios paterno y benefactor, me he dado por mí misma respuestas carentes de forma, pero suficientes para infundir paz en mi espíritu. Y en mí había voluntad de alcanzar la Verdad. Otros habrá menos ansiosos que yo de la Verdad, a pesar de que todos deberían tener este afán. No tengo intención de quedarme parada y no hacer nada con las almas. Quisiera dar lo que he recibido. Para dar tengo que saber. Concédemelo y te serviré en nombre del amor. Hoy, por el camino, mientras observaba las montañas y algunos aspectos me traían vivas a la memoria las cadenas de Hélade y las historias de la Patria, por asociación de ideas se me ha representado el mito de Prometeo, el de Deucalión... Vosotros tenéis también una cosa semejante en la fulminación de Lucifer, en la infusión de la vida en la arcilla, en el diluvio de Noé. Son concomitancias pequeñas, pero que evocan... Ahora dime: ¿cómo es que las supimos, si no hubo ningún contacto entre nosotros y vosotros, y vosotros las poseíais ciertamente antes que nosotros, y nosotros las recibimos, pero no hay noticia acerca de su origen? Actualmente no nos conocemos en muchas cosas. ¿Cómo es que, hace milenios, ya tuvimos leyendas que recuerdan vuestras verdades?».

«Mujer, eres la que menos me lo debería preguntar, porque has leído obras que podrían, por sí solas, responder a esta pregunta tuya. 7Hoy, por asociación de ideas, del recuerdo de tus montes natales 286.7
has pasado al recuerdo de los mitos natales y a hacer comparaciones. ¿No es verdad? ¿Y, por qué?».

«Porque mi pensamiento, despertado, recordó».



* *Así se presenta el panorama yendo hacia Ramot... Judea* (Giudea); *Llanura del Jordán* (Pianura del Giordano); *Mar Muerto* (Mar Morto); *Jordán* (Giordano); *Llanura de allende el Jordán* (Pianura oltre Giordano); *Galaad* (Galaad); *Ramot* (Ramot).

* *Así, después de pasar los montes... Gerasa* (Gerasa); *Altiplano* (Altipiano).

«Muy bien. Pues las almas de los más antiguos, que dieron una religión a tu tierra, también recordaron. Confusamente, hasta donde puede una persona imperfecta, que está al margen de la religión revelada. Pero se acordaron. En el mundo hay muchas religiones. Ahora bien, si tuviéramos aquí, en un cuadro claro, todos los detalles de ellas, veríamos que hay como un hilo áureo perdido entre abundante fango, un hilo con nudos; y, contenidos en estos nudos, retazos de la Verdad verdadera».

«¿Pero no venimos todos de un tronco común? Eso dices. Entonces por qué los antiguos de entre los antiguos, que descendían del tronco originario, no supieron conservar consigo la Verdad? ¿No es una injusticia haberlos privado de ella?».

«¿Has leído el Génesis, no es verdad? ¿Qué has encontrado en él? En sus comienzos, un pecado complejo, un pecado que abraza los tres estados del hombre: materia, pensamiento y espíritu. Luego un fraticidio. Luego un dúplice homicidio como contrapeso de la obra de Enoc de mantener la luz en los corazones; luego corrupción, uniéndose, por sed carnal, los hijos de Dios con las hijas de la sangre. Y, a pesar de la purificación del Diluvio y la reconstrucción de la raza a partir de buen germen, no de piedras como se dice en vuestros mitos —de la misma forma que la primera arcilla modelada por Dios, a imagen suya y con forma de hombre, no se había animado debido a un robo de fuego vital por parte del hombre, sino por infusión de Fuego vital por parte de Dios—, a pesar de ello, volvió a aparecer el fermento soberbio, el ultraje a Dios: "Vamos a tocar el cielo", y también la maldición divina: "Dispérsense y no se comprendan"... Y el único tronco, como agua que al chocar contra la piedra se disgrega formando regueros y no se vuelve a unir, se dividió: la raza se separó en razas. La Humanidad, puesta en fuga por su pecado y el castigo divino, se dispersó y no se volvió a reunir, llevando consigo la confusión que la soberbia había creado. Pero las almas recuerdan, siempre queda algo en ellas; y las más virtuosas y sabias vislumbran una luz, aunque débil, en las tinieblas de los mitos: la luz de la Verdad. Es este recuerdo de la Luz, vista antes de la vida, lo que remueve en ellas verdades que contienen retazos de la Verdad revelada. ¿Me has comprendido?».

«En parte. Pensaré en ello ahora. La noche es amiga del que piensa y dentro de sí se recoge».

«Entonces vamos a recogernos cada uno en sí mismo. Vamos, amigos. Paz a vosotras, mujeres, paz a vosotros discípulos míos. Paz a ti, Alejandro Misax».

«Adiós, Señor. Dios esté contigo» responde el mercader inclinándose...

## 287. De Ramot a Gerasa con la caravana del mercader.

26 de septiembre de 1945.

[1]Con la luz un poco cruda de una mañana bastante ventosa, la singularidad de este pueblo que yace sobre una plataforma rocosa elevada en medio de una corona de picos, unos más altos, otros más bajos que él, se muestra en toda su peculiar belleza. Parece una gran bandeja de granito que tuviese encima casas de distintos tamaños, puentes y fuentes, para diversión de un niño gigante. 287.1

Las casas parecen labradas en la roca calcárea que constituye la materia base de esta zona. Edificadas a escuadra, a base de superposición de sillares, algunos sin revoque, algunos ni siquiera desbastados, parecen realmente casitas del pueblo de un Nacimiento construido con hexaedros por un gigantesco niño ingenioso.

Y todo alrededor de este pueblecillo se contempla su fértil campiña poblada de árboles y variados cultivos, que hacen que desde arriba parezca una alfombra de cuadrados, trapecios, triángulos: unos, pardos de tierra poco antes arada; otros, verde esmeralda por la hierba renacida con las lluvias de otoño; otros, rojeantes por las últimas hojas de vides y árboles frutales; otros, verdegrises por los chopos y sauces, o de un verde lustroso por las encinas y algarrobos, o verde-bronce por los cipreses y coníferas. ¡Muy bonito, verdaderamente muy bonito!

Y caminos que van, como cintas a partir de un nudo, del pueblo a la lejana llanura, o hacia montes incluso más elevados; y se hunden bajo los bosques; o separan con una marca cenicienta el color verde de los prados, el pardo de los campos arados.

Hay un risueño curso de agua: allende el pueblo en la dirección de su nacimiento, argénteo; de un azul esfumado tendente al color del jaspe, por el lado opuesto, en el descenso hacia el valle entre angosturas y suaves cuestas; que aparece o desaparece, juguetón, cada vez más caudaloso, cada vez más azul a medida que, aumentando sus aguas, va impidiendo a las cañas de su fondo y a las hierbas nacidas en su lecho durante los meses secos, teñirle de verde, para reflejar, antes al contrario, el cielo, sepultados ahora los leves tallos bajo una capa de aguas ya profundas.

El cielo es de un azul irreal: una preciosa lastra de esmalte azul intenso, sin siquiera una veta impura en su estupenda totalidad.

[2]Y la caravana reanuda así su marcha, con las mujeres todavía a caballo, porque, como dice el mercader, el camino es penoso allende el pueblo, y deben recorrerlo pronto para llegar a Gerasa esa noche. Arrebozados, ligeros por haber descansado, van a buen ritmo por el 287.2

camino que sube entre un estupendo boscaje, rozando las pendientes más altas de un monte solitario que se eleva como un enorme bloque por encima de los dorsos de los otros montes más bajos: un verdadero gigante como los que pueden verse en los puntos más altos de nuestros Apeninos.

«Galaad» dice, señalando, el mercader, que se ha quedado al lado de Jesús, conduciendo todavía del ramal al mulito de la Virgen. Y añade: «Después de esto el camino es mejor. ¿Habías estado alguna vez aquí?».

«Nunca. Quería recorrerlo en primavera. Pero en Galgala no me aceptaron».

«¡¿Rechazarte a ti?! ¡Qué error!».

Jesús le mira y calla.

El mercader ha subido a la silla de su caballería a Margziam, que realmente penaba con sus piernecitas cortas para seguir el paso ágil de los caballos. ¡Bien sabe Pedro si es ágil! Camina deprisa y con fatiga, con toda su energía, imitado por los otros, pero aún así bastante distanciado de la caravana. Suda, pero está contento porque oye que Margziam ríe, y ve que la Virgen va descansada y el Señor alegre. Habla, resoplando, con Mateo y su hermano Andrés, que son los que van en la cola como él, y los hace reír diciendo que si en vez de piernas tuviera alas esa mañana se sentiría dichoso. Se ha desembarazado de todos los pesos, como los otros, atando los talegos a las sillas de las mujeres, pero el camino es verdaderamente tremendo, por piedras resbaladizas a causa del rocío. Los dos Santiagos, junto con Juan y el Tadeo se las apañan mejor y logran mantener el paso al lado de las mulas de las mujeres. Simón Zelote habla con Juan de Endor. Timoneo y Hermasteo cooperan en guiar a los mulitos.

287.3 [3]Por fin la parte peor queda atrás. Un escenario completamente distinto se abre ante los ojos asombrados. El valle del Jordán ha dejado de verse definitivamente. Ahora la mirada se extiende hacia el oriente por un altiplano de dimensiones imponentes, en el que sólo una encrespadura de cerros apenas quiere elevarse para interrumpir la monotonía del paisaje. No habría imaginado nunca que pudiera existir en Palestina una cosa como ésta. Parece como si la tempestad rocosa de los montes se hubiera petrificado y calmado en una ingente onda que hubiera quedado suspendida entre el nivel del fondo y el cielo, y en la que el único recuerdo de su furia originaria, al extenderse el agua de la onda por una superficie plana de una magnificencia maravillosa, fueran esas encrespaduras de cerros (la espuma de las crestas solidificada acá o allá). A esta zona de paz se accede a través de la última garganta, bravía como el abismo entre dos golpes

de mar que se embisten, los dos últimos golpes de una marejada; en su fondo hay un nuevo torrente espumeante que corre de Este a Oeste por un atormentado y furioso camino entre rocas y cascadas, tan en contraste con la paz lejana del enorme altiplano.

«A partir de ahora el camino será bueno. Si me lo permites, doy la orden de que se paren» dice el mercader.

«Me dejo guiar por ti, hombre. Tú conoces esto».

Se apean todos y se diseminan por la ladera en busca de leña para asar los alimentos, agua para los pies cansados y para las gargantas sedientas. Los animales, librados de su carga, rozan la abundante hierba y bajan a abrevarse en las cristalinas aguas del torrente. Olor de resinas y carne asada emanan de las pequeñas hogueras, que se yerguen para asar los corderos.

Los apóstoles se han preparado su fueguecillo y están calentando en él pescado salado, previo lavado en el agua fresca del torrente. Pero el mercader lo ve, y viene con un corderito despellejado —quizás es un cabritillo— y obliga a aceptar. Pedro se dispone a asarlo, después de llenarle bien lleno de poleo fresco.

[4]La comida pronto está terminada y pronto consumida. Y bajo el 287.4
sol cenital del mediodía se reanuda la marcha por un camino mejor, que sigue el curso del torrente en dirección nordeste, en una zona de maravillosa fertilidad y muy bien cultivada, rica en ovejas y en manadas de cerdos, los cuales, al encontrarse la caravana, huyen gruñendo.

«Aquella ciudad fortificada es Gerasa, Señor. Una ciudad con un gran porvenir. Ahora se está formando. No creo que me equivoque si digo que pronto competirá con Joppe y Ascalón, con Tiro y muchas otras ciudades, en belleza, comercio y riqueza. Los romanos ven la importancia que tiene, situada en esta vía que desde el mar Rojo, por tanto desde Egipto, pasando por Damasco, va hasta el mar Póntico. Así que ayudan a los gerasenos a construir... Tienen vista y buen olfato. Por ahora sólo tiene mucho comercio, ¡pero más adelante!... ¡Será bonita y rica! Una pequeña Roma, con templos, piscinas, circos y termas. Yo sólo tenía en esta ciudad relaciones comerciales. Pero ahora he comprado ya mucho terreno, para abrir bazares, o venderlo a alto precio dentro de poco, o quizás para construir una casa de verdadero señor y venir a pasar mi vejez cuando Baltasar, Nabor, Félix y Sidmia puedan, respectivamente, tener y llevar adelante los bazares de Sinopo, Tiro, Joppe y Alejandría en la desembocadura del Nilo. Mientras tanto, crecerán mis otros tres hijos varones, y les daré los bazares de Gerasa, Ascalón, y quizás Jerusalén. Las mujeres, ricas y guapas, recibirán propuestas, se casarán bien y me da-

rán muchos nietos...». El mercader sueña con los ojos abiertos el más rosa y áureo futuro.

287.5 [5]Jesús pregunta sereno: «¿Y luego?».

El mercader torna en sí, le mira perplejo y dice: «¿Y luego? Nada más. Luego vendrá la muerte... Es triste, pero es así».

«¿Y dejarás todas las actividades, todos los bazares, todos los sentimientos de afecto?».

«¡Señor, no quisiera, pero de la misma forma que he nacido debo morir, y tengo que dejar todo!» y suelta un suspiro tal, que sería capaz de hacer avanzar sólo con su viento a la caravana...

«¿Pero quién te ha dicho que cuando uno muere deja todo?».

«¿Quién? ¡Los hechos! Una vez que uno está muerto... nada más. Ya no tenemos manos, ni ojos, ni orejas...».

«No eres sólo manos, ojos y orejas».

«Soy un hombre. Eso lo sé. Tengo otras cosas. Pero todas terminan con la muerte. Es como el ocaso del Sol. El ocaso le anula...».

«Pero la aurora le crea otra vez, o, mejor, le hace presente de nuevo. Eres un hombre, eso has dicho; no eres un animal como el que cabalgas. Él, cuando muera, sí acabará realmente. Tú no. Tú tienes el alma. ¿No lo sabes? ¿Ya no sabes ni siquiera esto?».

El mercader percibe la triste reprensión, triste y dulce, e, inclinando la cabeza, susurra: «Eso lo sé todavía...».

«¿Y entonces? ¿No sabes que el alma sigue viviendo?».

«Lo sé».

«¿Y entonces? ¿No sabes que en el más allá tiene siempre una actividad?: santa si es santa, mala si es mala. Tiene sus sentimientos. ¡Claro que los tiene!: de amor, si es santa; de odio, si es réproba. ¿Odio, a quién? a las causas de su condena. En tu caso las actividades, los bazares, los afectos exclusivamente humanos. ¿Amor, a quién? A las mismas cosas. ¡Ah, qué bendiciones para los hijos y para las actividades de los hijos puede dar un alma que vive la paz del Señor!».

El hombre está pensativo. Luego dice: «Es tarde. Soy viejo ya» y detiene al mulo.

Jesús sonríe y responde: «No te obligo, te aconsejo» y luego se vuelve para mirar a los apóstoles, los cuales, en la pausa que precede a la entrada en la ciudad, ayudan a las mujeres a bajar de las cabalgaduras y cogen sus talegos.

287.6 [6]La caravana reprende la marcha y pronto entra en la ciudad —que está muy concurrida— por la puerta que custodian las torres.

El mercader se acerca otra vez a Jesús: «¿Quieres seguir conmigo todavía?».

«Si no me rechazas, ¿por qué no voy a querer?».

«Por lo que te he dicho. Siendo Santo como eres, debo darte asco».

«¡Oh! ¡no! He venido para los que son como tú. Os amo porque sois los más necesitados. No me conoces todavía. Soy el Amor que pasa mendigando amor».

«¿Entonces no me odias?».

«Te amo».

Los ojos profundos del hombre brillan; pero sonríe y dice: «Entonces estaremos juntos. En Gerasa estaré tres días por negocios. Aquí dejo los mulos y tomo los camellos. Tengo la posta de las caravanas en los lugares de las etapas mayores, y uno de mis servidores cuida los animales que dejo en estos lugares. ¿Tú qué vas a hacer?».

«El sábado evangelizaré. Te habría dejado si no te hubieras detenido, porque el sábado está consagrado al Señor».

El hombre frunce la frente, piensa, y, como con dificultad, asiente: «...Sí... Es verdad. Está consagrado al Dios de Israel. Está consagrado. Está consagrado». Mira a Jesús... «Si me lo permites, te lo voy a consagrar».

«A Dios. No a su Siervo».

«A Dios y a ti, escuchándote. Haré los negocios entre hoy y mañana por la mañana. Luego te escucharé. ¿Vienes a la posada ahora?».

«¡Por fuerza! Tengo a las mujeres y aquí soy un desconocido».

«Ahí está. Es la mía. Es mía porque están mis caballerizas de un año para otro. Pero dispongo de vastas salas para las mercancías. Si piensas...».

«Dios te lo pague. Vamos».

## 288. Palabras a los habitantes de Gerasa y alabanza de una mujer a la Madre de Jesús.

27 de septiembre de 1945.

[1]¡Creía Él que no le conocían! Cuando al día siguiente por la ma- 288.1
ñana pone pie fuera del edificio de uso de Alejandro, encuentra ya personas que le están esperando. Jesús sale sólo con los apóstoles. Las mujeres y los discípulos se quedan en casa, descansando. La gente le saluda y le rodea. Le dicen que le conocen por lo que de Él dijo uno que había sido curado de los demonios y que ahora no está porque se había puesto en camino con dos discípulos que habían pasado por la ciudad unos días antes.

Jesús escucha benignamente todas estas cosas mientras anda por esta ciudad, que muestra muchas zonas sobre las que se abate, fe-

bril, un verdadero fragor de talleres: albañiles construyendo; cavadores rebajando o colmando desniveles; canteros desbastando piedras para las murallas; herreros trabajando el hierro para este o aquel uso; carpinteros serrando, cepillando, sacando palos de gruesos troncos. Jesús pasa y mira, cruza un puente construido para salvar un pequeño torrente cantarín que pasa exactamente por el centro de la ciudad (las casas aquí están alineadas a ambos lados con pretensiones de formar una avenida a lo largo del río). Sube luego hacia la parte alta de la ciudad, cuyo plano está un poco en desnivel, siendo así que el lado sudoeste es más alto que el lado nordeste, pero ambos están más altos que el centro de la ciudad, dividido en dos por el pequeño curso de agua.

Hay una vista bonita desde el sitio en que se ha detenido Jesús. Toda la ciudad, bastante grande, se muestra al observador. Detrás, por los lados de oriente, meridión y occidente, hay una herradura de suaves colinas enteramente verdes; hacia el Norte la mirada se extiende por una llanura abierta y vasta que en el horizonte muestra una elevación del terreno, tan ligera que no puede llamarse colina, toda dorada de un sol matutino que pone preciosas las pámpanas amarillentas de las vides que cubren esta ondulación del terreno, como queriendo mitigar la melancolía de las hojas que agonizan con el fasto de una pincelada de oro.

288.2 [2]Jesús observa. La gente de Gerasa le mira. Jesús se los conquista diciendo:

«Esta ciudad es muy bonita. Hacedla bonita también en justicia y santidad. Dios os ha dado las colinas, el arroyo, la verde llanura. Roma os ayuda ahora a haceros casas y edificios bellos. Pero depende solamente de vosotros el dar a vuestra ciudad el nombre de ciudad santa y justa.

La ciudad es como la hacen sus habitantes. Porque la ciudad es una parte de la sociedad recintada dentro de sus murallas, pero quien hace la ciudad son los ciudadanos. La ciudad en sí misma no peca. No puede pecar el arroyo, ni el puente ni las casas ni las torres; son materia, no alma. Pero sí pueden pecar los que están dentro del recinto amurallado de la ciudad, en las casas, en las tiendas, los que pasan por el puente, los que se bañan en el arroyo. Se dice de una ciudad facciosa y cruel: "Es una ciudad pésima". Pero está mal dicho. No es la ciudad, los que son pésimos son los ciudadanos. Los individuos, que forman, uniéndose, *una* cosa múltiple, pero al mismo tiempo *una* cosa individual, que se llama "ciudad". Escuchad. Si en una ciudad diez mil habitantes son buenos y sólo mil no lo son, ¿podría decirse que esa ciudad es mala? No se podría decir. De la misma

forma: si en una ciudad de diez mil habitantes hay muchos partidos y cada uno de ellos tiende a beneficiar al propio, ¿se puede seguir diciendo que esa ciudad está unida? No se puede decir. ¿Y creéis que esa ciudad será próspera? No lo será.

Vosotros, habitantes de Gerasa, estáis ahora todos unidos con el propósito de hacer de vuestra ciudad una cosa grande. Y lo lograréis, porque todos queréis lo mismo y cada uno trata de superar al otro en conseguir este fin. Pero si mañana entre vosotros surgieran partidos distintos y uno dijera: "No, mejor es extenderse hacia el occidente", y otro partido: "De ninguna manera. Nos extenderemos hacia el Norte, que está la llanura", y un tercero: "Ni hacia aquí ni hacia allá. Todos queremos estar concentrados en el centro, cerca del arroyo", ¿qué sucedería? Pues que se pararían los trabajos ya empezados; quienes prestan los capitales los retirarían, quienes tienen intención de establecerse aquí se marcharían a otra ciudad en que los ciudadanos estuviesen más de acuerdo; y lo ya hecho, expuesto a las inclemencias del tiempo sin estar ultimado por causa de las diatribas de los ciudadanos, se derrumbaría. ¿Es así o no? Decís que es así, y es como decís. Por tanto, hace falta concordia entre los ciudadanos para construir el bien de la ciudad, y, como consecuencia, de los propios ciudadanos, porque en la sociedad el bien de ella redunda en bienestar de quienes la componen.

[3]Ahora bien, no sólo existe la sociedad cual vosotros la pensáis, la 288.3
sociedad de los ciudadanos, o de los miembros de la misma patria, o la pequeña y amada sociedad de la familia. Existe una sociedad más grande, infinita: la de los espíritus.

Todos nosotros, que vivimos, tenemos un alma. Esta alma no muere con el cuerpo, sino que a la muerte del cuerpo sigue viviendo, eternamente. Idea del Creador Dios, que ha dado al hombre el alma, era que todas las almas de los hombres se reunieran en un único lugar: el Cielo, constituyendo el Reino de los Cielos, cuyo monarca es Dios y cuyos súbditos bienaventurados serían los hombres tras una vida santa y una plácida dormición. Satanás vino a dividir y a crear desorden, a destruir y a afligir a Dios y a los espíritus. E introdujo el pecado en los corazones, y, con el pecado, acarreó la muerte al cuerpo al final de la existencia, con la esperanza de dar muerte también a los espíritus. La muerte de los espíritus es la condenación, que es un seguir existiendo, sí, pero con una existencia privada de aquello que es verdadera vida y júbilo eterno: de la visión beatífica de Dios y de su eterna posesión en las luces eternas. Y la Humanidad se dividió en sus voluntades, como una ciudad dividida por partidos contrarios. Actuando así, encontró su ruina.

En otro sitio ya lo he dicho a quien me acusaba de expulsar a los demonios con la ayuda de Belcebú: "Todo reino dividido en sí mismo caerá". En efecto, si Satanás se echara a sí mismo de un lugar, caería con su tenebroso reino.

Yo, por el amor que Dios tiene a la Humanidad que ha creado, he venido a recordar que sólo un Reino es santo: el de los Cielos. Y he venido a predicarlo, para que los mejores acudan a él. ¡Oh, quisiera que todos lo hicieran, incluso los peores, convirtiéndose, liberándose del demonio, que los tiene esclavizados, ora de forma evidente en el caso de las posesiones que además de ser espirituales son corporales, ora secretamente en el caso de las posesiones sólo espirituales! Por ello voy curando a los enfermos, arrojando demonios de los cuerpos poseídos, convirtiendo a los pecadores, perdonando en nombre del Señor, instruyendo para el Reino, obrando milagros para persuadiros de mi poder y de que Dios está conmigo. Porque no se pueden obrar milagros sin tener a Dios por amigo. Por tanto, si arrojo a los demonios con el dedo de Dios, si curo a los enfermos, limpio a los leprosos, convierto a los pecadores, si anuncio el Reino y lo propongo como meta en nombre de Dios e instruyo para el Reino; si la condescendencia, clara e indiscutible, de Dios está conmigo —y solamente los enemigos desleales pueden decir lo contrario—, señal es de que el Reino de Dios está ya entre vosotros y debe ser constituido, porque ésta es la hora de su fundación.

288.4 [4]¿Cómo se funda el Reino de Dios en el mundo y en los corazones? Volviendo a la Ley mosaica o, si se ignora, con su conocimiento exacto; y, sobre todo, con la aplicación total de la Ley en uno mismo, en cada uno de los hechos y momentos de la vida. ¿Cuál es esta Ley? ¿Es algo tan severo que no se puede practicar? No. Es una serie de diez preceptos santos y fáciles, cuales incluso el hombre moralmente bueno, verdaderamente bueno, siente que debe darse a sí mismo, aunque sea uno que viva sepultado bajo el intrincado techo vegetal de las más impenetrables selvas de la misteriosa África. Y dice:

"Yo soy el Señor tu Dios, y no hay ningún otro Dios aparte de mí.

No tomes el nombre de Dios inútilmente.

Respeta el sábado según el precepto de Dios y la necesidad de la criatura.

Honra a tu padre y a tu madre si quieres vivir largamente y recibir bienes en la tierra y en el cielo.

No matarás.

No robarás.

No cometerás adulterio.

No dirás falsos testimonios contra el prójimo.

No desearás la mujer de tu prójimo.
No envidiarás las cosas ajenas".

¿Quién es el hombre de buen corazón, aunque sea primitivo, que, al recorrer con su mirada cuanto le rodea, no se diga a sí mismo: "Todo esto no se ha podido formar por sí solo; por tanto, existe Uno, más poderoso que la naturaleza y que el propio hombre, que lo ha hecho"? Y adora a este Ser Poderoso (cuyo Nombre santísimo sabe o no sabe, pero que siente que existe). Y siente tanta reverencia por Él que, al pronunciar el nombre que le ha dado o que le enseñaron a decir para nombrarle, tiembla de reverencia, y siente que ora con el solo hecho de nombrarle con reverencia. Pues, efectivamente, es oración pronunciar el Nombre de Dios queriendo adorarle o darle a conocer a la gente que no le conoce.

Igualmente, por el simple hecho de una prudencia moral, todo hombre siente el deber de conceder descanso a sus miembros, para que resistan mientras dura la vida. Con mayor razón, el hombre que no ignora al Dios de Israel, al Creador y Señor del universo, siente que debe consagrar al Señor este descanso animal, para no ser como el jumento, que, cansado, descansa sobre el estrato de paja triturando el forraje con sus fuertes dientes.

También la sangre grita amor hacia aquellos de que procede. Lo vemos en ese pollino que corre hacia su madre que regresa de los mercados. Estaba jugando en la manada, la ha visto; se acuerda de que ella lo ha amamantado, lo ha lamido con amor, lo ha defendido, le ha dado calor. ¿Veis?: restriega sus blandos ollares contra el cuello de su madre; bota de alegría; roza su joven grupa contra el vientre que le llevó. Amar a los padres es un deber y un placer. No hay animal que no ame a la que le engendró. ¿Y entonces? ¿Será el hombre más bajo que el gusano que vive en el barro de la tierra?

El hombre moralmente bueno no mata. La violencia le produce repulsa. Siente que no es lícito quitar la vida a nadie, que sólo Dios que la dio tiene el derecho de quitarla. Y huye del homicidio.

De la misma forma, el hombre moralmente sano no se aprovecha de las cosas de los demás. Prefiere comer un pedazo de pan con conciencia tranquila junto a la fuente argentina, que no un suculento asado fruto de un robo; prefiere dormir en el suelo con la cabeza sobre una piedra, y sobre su cabeza las estrellas amigas derramando paz y consuelo a la conciencia honesta, que no el sueño agitado en una cama conseguida con latrocinio.

Y, si es moralmente sano, no desea otras mujeres no suyas; no entra, ensuciando y con vileza, en tálamo ajeno. En la mujer de su amigo ve una hermana y no tiene para con ella miradas ni deseos distin-

tos de los que se tienen con una hermana.

El hombre de corazón recto, aunque sólo sea naturalmente recto, sin más conocimiento del Bien sino aquel que le viene de su buena conciencia, no se permite nunca testificar lo que no es verdadero, pareciéndole ello lo mismo que un homicidio o un hurto... y efectivamente es así. Como es honesto su corazón, honestos son sus labios, y, como su corazón y sus labios, honestas son sus miradas, por lo cual no pone su apetito en la mujer de otro. Ni siquiera apetece, porque siente que apetecer es el primer estímulo para pecar. Y no envidia. Porque es bueno. El que es bueno no envidia nunca. Está tranquilo con su suerte.

288.5 [5]¿Os parece esta ley tan exigente que no se pueda practicar? ¡No faltéis contra vosotros mismos! Estoy seguro de que no lo haréis. Y, si no lo hacéis, fundaréis el Reino de Dios en vosotros y en vuestra ciudad. Y un día os reuniréis, felices, con aquellos a quienes amasteis y que, como vosotros, conquistaron el Reino eterno en el júbilo sin fin del Cielo.

Pero en nuestro propio interior están las pasiones cual ciudadanos dentro del recinto de las murallas de la ciudad. Es necesario que todas las pasiones del hombre quieran lo mismo: la santidad. Si no, será inútil que una parte tienda al Cielo, si otra descuida la vigilancia de las puertas y deja que entre el seductor, o si neutraliza las acciones de una parte de los espirituales habitantes con disputas y pereza, haciendo así perecer la ciudad interior, abandonándola al reinado de ortigas, plantas venenosas, malas hierbas, serpientes, escorpiones, ratas y chacales, y búhos, es decir, de las malas pasiones y de los ángeles de Satanás. Hay que velar sin desistir nunca, como centinelas puestos en las murallas, para impedir que el Maligno entre donde queremos construir el Reino de Dios.

En verdad os digo que el fuerte, mientras vigila armado el atrio de su casa, está seguro de todo lo que hay en ella. Pero si viene uno más fuerte que él, o si deja sin guardia la puerta, este más fuerte le vence, le desarma; y él, sin las armas en que confiaba, se desmoraliza y se rinde; y el fuerte, haciéndole prisionero, se apodera de los despojos del vencido. Pero si el hombre vive en Dios, mediante la fidelidad a la Ley y a la justicia santamente practicada, Dios está con él, Yo estoy con él, y nada malo le puede suceder. La unión con Dios es el arma que ningún fuerte puede vencer. La unión conmigo es seguridad de victoria y de botín de virtudes eternas, por las cuales eternamente será ofrecido un lugar en el Reino de Dios. Pero, quien se separa de mí o se hace enemigo mío, rechaza, como consecuencia, las armas y la seguridad de mi palabra. Quien rechaza al Verbo re-

chaza a Dios. Quien rechaza a Dios llama a Satanás. Quien llama a Satanás destruye cuanto tenía para conquistar el Reino.

Por tanto, quien no está conmigo está contra mí, quien no cultiva lo que Yo siembro recoge lo que siembra el Enemigo, quien conmigo no recoge desparrama, y pobre y desnudo se presentará ante el Juez supremo, que le mandará con su amo, con el amo al que se vendió prefiriendo a Belcebú antes que a Cristo.

Habitantes de Gerasa: edificad en vosotros y en vuestra ciudad el Reino de Dios».

[6]Como un gorjeo, una voz de mujer se eleva, límpida cual canto de 288.6
alondra, por encima del rumor de la multitud de gente admirada, cantando la nueva bienaventuranza, o sea, la gloria de María: «Dichoso el vientre que te llevó y los pechos de que mamaste».

Jesús se vuelve hacia la mujer que ha exaltado a la Madre por admiración hacia el Hijo. Sonríe, porque le es dulce la alabanza dirigida a su Madre. Pero luego dice: «Más dichosos aquellos que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica. Hazlo tú, mujer».

Y luego bendice y se encamina hacia la campiña seguido por los apóstoles, que le preguntan: «¿Por qué has dicho esto?».

«Porque en verdad os digo que en el Cielo no se mide con las medidas de la tierra. Mi propia Madre será bienaventurada no tanto por su alma inmaculada cuanto por haber escuchado la palabra de Dios y haberla puesto en práctica con obediencia. El "hágase el alma de María sin mancha" es prodigio del Creador; a Él, pues, la gloria por ello. Pero el "hágase de mí según tu palabra" es prodigio de mi Madre; por esto, pues, grande es su mérito. Tan grande, que sólo por esa capacidad suya de escuchar a Dios, que hablaba por boca de Gabriel, y por su voluntad de poner en práctica la palabra de Dios, sin pararse a sopesar las dificultades y dolores inmediatos y futuros que tal adhesión acarrearían, ha venido el Salvador al mundo. Así pues, podéis ver que Ella es mi bienaventurada Madre no sólo porque me ha generado y amamantado, sino también porque ha escuchado la palabra de Dios y la ha puesto en práctica con la obediencia. Pero volvamos a casa. Mi Madre sabía que iba a estar fuera poco tiempo y, si ve que tardo, se podría preocupar. Estamos en una ciudad semipagana; aunque, en verdad, es mejor que otras. De todas formas, vamos. Vamos a dar la vuelta por detrás de los muros, para huir de la gente, que, si no, me entretendría todavía. Venga, bajemos deprisa, por detrás de estas arboledas espesas...».

## 289. El sábado a Gerasa. Asueto de Margziam. La pregunta de Síntica sobre la salvación de los paganos.

28 de septiembre de 1945.

289.1 [1]Largas son las horas de un día cuando no se sabe qué hacer. Y verdaderamente no saben qué hacer este sábado los que están con Jesús, en una ciudad donde no conocen a nadie, en una casa en que se ven divididos por las diferencias de lengua y costumbres, como si no fueran ya suficientes los prejuicios hebreos para tenerlos divididos de los caravaneros y de los servidores de Alejandro Misax. Por eso muchos están todavía en la cama, o dando cabezadas al sol que calienta el vasto patio cuadrado de la casa. Un patio adecuadísimo para recibir caravanas, con pilas, con argollas clavadas en las paredes o en las columnas de un rústico pórtico dispuesto a lo largo de los cuatro lados, y numerosas caballerizas y henales y pajares en tres de los lados. Las mujeres están retiradas en sus habitaciones; no se ve ni una sola.

Margziam encuentra motivo de distracción incluso en este patio cerrado: observa el trabajo de los estableros, que almohazan a los mulos, cambian las camas, examinan las pezuñas, remachan las herraduras flojas, o —y ello suscita en él aún mayor interés, porque es una cosa nueva— observa encandilado lo que hacen los camelleros, preparando ya desde hoy la carga para cada uno de los animales, distribuyéndolo en proporción al animal, equilibrándolo, y cómo les hacen arrodillarse y levantarse para poderles cargar y descargar, para premiarles después con un puñado de legumbres secas —me parecen habas—; en fin... una distribución de bayas de algarrobo, que también los hombres mastican con gusto.

Margziam está verdaderamente asombrado y mira alrededor de sí para encontrar a alguien con quien compartir su asombro. Pero queda desilusionado porque los adultos no están atentos a los camellos: unos hablan entre sí, otros están adormilados. Se acerca a Pedro, que duerme como un bendito, apoyada la cabeza sobre el blando heno. Le tira de una manga. Pedro abre medio ojo y pregunta: «¿Qué pasa? ¿Quién me requiere?».

«Yo. Ven a ver los camellos».

«Déjame dormir. He visto muchos camellos... Son animales feos».

El niño va donde Mateo, que está haciendo cuentas, pues en este viaje el tesorero es él: «¡He estado viendo los camellos, ¿sabes?! ¡Cómen como las ovejas, ¿sabes?! Y se arrodillan como los hombres y parecen barcas subiendo y bajando cuando andan. ¿Tú los has visto?».

Mateo, que ha perdido la cuenta por la interrupción, responde

con un seco: «Sí» y vuelve a sus monedas. Otra desilusión...

Margziam mira a su alrededor... Allí están Simón y Judas Tadeo hablando...

«¡Qué bonitos son los camellos! ¡Y qué buenos! Los han cargado y descargado, y se han agachado para que los hombres no se fatigaran. Luego han comido algarrobas. También los hombres. A mí me gustaría... pero no sé cómo lograr entenderme. Ven...» y coge de la mano a Simón.

Simón, absorto en el pacífico debate con el Tadeo, responde distraídamente: «Sí, bonito... Ve, ve, pero ten cuidado de no hacerte daño».

Margziam le mira perplejo... Simón ha dado una respuesta fuera de lugar. Casi llora. Se aleja desilusionado y va a apoyarse en una columna...

[2]Jesús sale de una habitación y le ve muy murrioso y solo. Se 289.2
acerca al niño, le pone una mano encima de la cabeza: «¿Qué haces todo solo y triste?».

«Ninguno me hace caso...».

«¿Qué querías de ellos?».

«Nada... Hablaba de los camellos... Son bonitos... me gustan. Estar ahí arriba debe ser como estar en una barca... Y comen algarrobas; también los hombres...».

«Y quieres subir arriba y comer las algarrobas. Ven, vamos donde los camellos» y Jesús le coge de la mano y va al fondo del vasto patio con el niño, que se ha calmado por completo.

Va derecho hacia un camellero y le saluda con una sonrisa. Éste se inclina y sigue observando a su animal (está colocándole la cabezada y regulándole las bridas).

«Hombre, ¿me entiendes?».

«Sí, señor. Hace veinte años que os conozco».

«Este niño tiene un deseo grande: subir a un camello, y un deseo pequeño: comer una algarroba» y Jesús sonríe más vivamente todavía.

«¿Tu hijo?».

«No tengo hijos. No tengo mujer».

«Tú, muy guapo y fuerte, ¿no encontrado mujer?».

«No la he buscado».

«¿No sentido deseo de mujer?».

«No. Nunca».

El hombre le mira estupefacto. Luego dice: «Yo nueve hijos en Isquilo... Voy: hijo. Voy: hijo. Siempre».

«¿Los quieres a tus hijos?».

«¡Sangre mía! Pero trabajo duro. Yo aquí, hijos allí. Lejos... Pero para pan ellos. ¿Entiendes?».

«Entiendo. Entonces puedes comprender a este niño que quisiera montar en el camello y comer unas algarrobas».

«Sí. Ven. ¿Miedo? ¿No? Bien. ¡Bonito el niño! También yo. Uno así. Así moreno. Aquí. Coge aquí. Fuerte» y le pone la mano en el original agarre de la parte delantera de la silla. «Sujetar. Ahora voy yo. Y camello arriba. ¡No miedo, ¿eh?!». Y el hombre trepa hasta la alta silla, se coloca bien e incita al camello, el cual, obediente, con una fuerte arfada, se alza.

Margziam ríe contento; y mucho más contento dado que el camellero le ha puesto en la boca una magnífica algarroba. El hombre pone el camello al paso, a lo largo del patio; luego, al trote; en fin, al ver que Margziam no tiene miedo, grita algo a un compañero y éste abre la grandísima puerta trasera del patio, y el camellero desaparece con su carga hacia el verde de la campiña.

289.3 [3]Jesús vuelve hacia la casa y entra en una habitación grande donde están las mujeres. Sonríe tanto, que María le pregunta: «¿Qué sucede, Hijo mío, que estás tan contento?».

«Es la alegría de Margziam, que está galopando montado en un camello. Salid para que le veamos volver».

Salen todos al patio y se sientan en una paredilla baja cabe los pilones. Los apóstoles que no duermen se acercan; los que estaban asomados a las ventanas de la habitación miran hacia abajo, ven y se acercan también. Sus voces altas y juveniles —son las de Juan y los dos Santiagos— despiertan a Pedro y Andrés y hacen reaccionar a Mateo. Ahora están al completo, pues viene también Juan de Endor con los dos discípulos.

«¿Pero, dónde está Margziam, que no le veo?» pregunta Pedro.

«De paseo en el camello. Ninguno de vosotros le escuchaba... Le he visto triste y he puesto el remedio oportuno».

Pedro, Mateo y Simón recuerdan: «¡Ah! ¡claro! Hablaba de camellos... y de algarrobas. ¡Pero yo tenía sueño!»; «yo tenía cuentas que hacer, para darte la relación de lo que he recibido de los gerasenos y de lo que he dado como limosna»; «¡y yo estaba hablando de cosas de fe con tu hermano!».

«No importa. Me he preocupado Yo. De todas formas, dicho sea de paso, también es amor ocuparse de los juegos de un niño... Pero ahora vamos a hablar de otra cosa. Fuera, toda la ciudad está de fiesta. De nuestro sábado el único recuerdo que hay es una alegría general. Es mejor que ahora nos quedemos aquí dentro, con mucha más razón considerando que si quieren pueden encontrarnos. Saben

dónde estamos. [4]Ahí está Alejandro inspeccionando sus camellos. 289.4
Voy a decirle que falta uno por mi culpa». Y Jesús va raudo hacia el mercader y le habla.

Vuelven juntos. El mercader dice: «Muy bien. Se divertirá, y le sentará bien una carrera bajo el sol. Puedes estar seguro de que el hombre le tratará bien. Calipio es un hombre recto. A cambio de la carrera te pido algunas palabras. Esta noche pensaba en tus palabras... en las de Ramot entre Tú y la mujer, en las de ayer. Ayer tenía la impresión de estar subiendo a un alto monte, como los de la tierra en que habito, que tiene su cima verdaderamente en las nubes. Impulsabas hacia arriba, hacia arriba, hacia arriba. Me sentía como enganchado por un águila: una de esas de nuestro monte mayor, el primero que emergió del Diluvio. Todo lo veía nuevo, cosas en las que nunca había pensado, todas hechas de una luz... Y las comprendía. Luego se me han embrollado. Sigue hablando».

«¿Y de qué tengo que hablar?».

«No sé... Todo era hermoso. Lo que decías de volvernos a encontrar en el Cielo... He comprendido que allí se amará de forma distinta y, no obstante, igual. Por ejemplo: no tendremos las inquietudes de ahora, y, no obstante, seremos todos para uno y uno para todos, como si fuéramos una única familia. ¿Me equivoco?».

«No. Es más, formaremos una sola familia incluso con los que todavía viven. Las almas no quedan separadas por la muerte. Estoy hablando de los justos. Ellos constituyen una sola gran familia. Imagínate un gran templo donde haya unos que adoran y oran y otros que trabajan; los primeros oran por éstos también, y éstos trabajan para los que oran. Lo mismo las almas. Nosotros trabajamos aquí en la tierra. Ellos nos ayudan con sus oraciones. Y nosotros debemos ofrecer nuestros sufrimientos por su paz. Es una cadena que no se rompe. El Amor une a los que vivieron con los que viven. Y los que viven deben ser buenos para volverse a unir con los que vivieron y desean que estén con ellos».

[5]Síntica hace un gesto involuntario que frena inmediatamente. 289.5
Pero Jesús lo ve y la invita a salir de la circunspección que ella siempre observa.

«Pensaba... Ya hace días que lo pienso y, a decir verdad, me turba, porque me parece que creer en tu Paraíso significa perder para siempre a mi madre y a mis hermanas...» un sollozo quiebra la voz de Síntica, y no continúa para no llorar.

«¿Qué pensamiento es este que tanto te turba?».

«Yo ahora creo en ti. A mi madre no sé pensarla sino como pagana. Era buena... ¡Muy buena! ¡Eran muy buenas también mis her-

manas! La pequeña Ismene era la criatura más buena que la Tierra haya tenido. Pero eran paganas... Pero cuando yo era como ellas pensaba en el Hades y decía: "Volveremos a estar juntas". Ahora ya no existe el Hades. Existe tu Paraíso, el Reino de los Cielos para los que han servido con justicia al Dios verdadero. ¿Y esas pobres almas? ¡No tienen culpa de haber nacido griegas! Ninguno de los sacerdotes de Israel vino a decir: "El Dios verdadero es el nuestro". ¿Y entonces? ¿Sus virtudes, nada? ¿Sus sufrimientos, nada? ¿Tinieblas eternas y eterna separación de mí? Te digo: ¡un tormento! Me parece como haberlas renegado. Perdona, Señor... Yo lloro...» y se postra de rodillas y llora desolada.

Alejandro Misax dice: «¡Sí! Yo también pensaba si, haciéndome justo, volvería a ver a mi padre, a mi madre, a mis hermanos, a mis amigos...».

289.6 [6]Jesús posa sus dedos sobre la cabeza morena de Síntica y dice: «Constituye culpa cuando, conociendo la Verdad se persiste en el Error; no cuando uno está convencido de estar en la verdad y ninguna voz se ha acercado nunca a decir: "Traigo la verdad. Abandonad vuestras quimeras por esta Verdad y tendréis el Cielo". Dios es justo. ¿Crees que no va a premiar la virtud por el hecho de que se haya formado aislada entre la corrupción de un mundo pagano? Tranquilízate, hija».

«¿Y el pecado original? ¿Y el culto nefando? Y...».

Más cosas —para amontonarse sobre el alma afligida de Síntica— saldrían de la boca de los israelitas, si Jesús, con un gesto, no impusiera silencio.

Dice: «El pecado original es común a todos, de Israel y no de Israel. No es particularidad de los paganos. El culto pagano constituirá culpa cuando la Ley de Cristo esté difundida en el mundo. La virtud será siempre virtud a los ojos de Dios. Y, por la unión mía con el Padre, digo —y lo digo en su Nombre, traduciendo en palabras el Pensamiento santísimo— que los caminos del poder misericordioso de Dios son tantos y tan totalmente orientados a la dicha de los virtuosos, que serán eliminadas las barreras entre las almas, y los que merecieron paz paz tendrán. No sólo esto, sino que digo que en el futuro los que, convencidos de estar en la Verdad, sigan la religión de sus padres con justicia y santidad, no serán malquistos de Dios ni castigados por Él. Es la malicia, la falta de buena voluntad, el rechazar deliberadamente la Verdad conocida, es, sobre todo, el impugnar la Verdad revelada y luchar contra ella, es el vivir vicioso lo que realmente separará para siempre las almas de los justos de las de los pecadores. Alza el espíritu abatido, Síntica. Estas melancolías son un

asalto infernal por la ira que Satanás siente hacia ti, presa para siempre perdida. El Hades no existe. Existe mi Paraíso. Mas no es causa de dolor, sino de dicha. Nada de la Verdad debe ser causa de abatimiento o duda; antes al contrario, fuerza para creer cada vez más y con gozosa seguridad. Pero tú manifiéstame siempre tus razones. Quiero que tengas luz segura y firme como la del Sol».

Síntica, todavía arrodillada, le toma la mano y la besa...

[7]El *crrr crrr* del camellero da a entender que el camello está para 289.7
volver, al paso, sin hacer ruido en la tupida hierba que hay fuera de la trasera, la cual abre sin demora uno de los hombres de la caravana. Y Margziam vuelve contento, colorado por la carrera: un minúsculo hombrecito subido a la alta grupa. Ríe agitando los brazos mientras el camello se arrodilla, se deja deslizar desde la original silla, acaricia al camellero de piel morena, y luego corre hacia Jesús gritando: «¡Qué bonito! ¿Vinieron en estos animales para adorarte los Sabios de Oriente? ¡Y yo voy a ir con ellos a predicarte por todas partes! El mundo parece más grande visto desde allí arriba, y dice: "¡Venid, venid, vosotros que conocéis la Buena Nueva!". ¡Oh! ¿Sabes?... También ese hombre la necesita... Y también tú, mercader, y todos tus hombres... ¡Cuánta gente espera, y muere sin poderla recibir!... Más gente que la arena del río. ¡Todos sin ti, Jesús! ¡Dísela pronto á todos!» y se le abraza a la cintura levantando la cabeza.

Jesús se agacha para besarle y promete: «Verás el Reino de Dios evangelizado en los confines más lejanos de Roma. ¿Contento?».

«Yo sí. Luego iré a decirte: "Mira: éste, aquél y aquel otro país te conocen". Entonces sabré los nombres de esas tierras lejanas. ¿Y Tú qué me dirás?».

«Te diré: "Ven, pequeño Margziam. Recibe una corona por cada país en que me has predicado, y luego ven aquí, a mi lado, como aquel día en Gerasa; descansa de tus fatigas porque has sido un siervo fiel y ahora es justa tu bienaventuranza en mi Reino"».

## 290. El hombre de los ojos ulcerosos. El alto en la "fuente del Camellero". Más sobre el recuerdo de las almas.

29 de septiembre de 1945.

[1]La caravana sale del vasto patio de Alejandro. Ordenada como 290.1
para un desfile militar. Cierran la marcha Jesús y todos los suyos. Los camellos caminan meciendo con su rítmico paso su pesada carga, y las cabezas, sobre los arqueados cuellos, a cada paso parecen

preguntar: «¿Por qué? ¿Por qué?», con un movimiento mudo pero típico, como el de las palomas, que a cada paso parecen decir: «Sí, sí» a todo lo que ven. Tiene que atravesar la ciudad la caravana; lo hace en un nítido ambiente matutino. Todos van arrebozados, porque hace fresco. Los cascabeles de los camellos, el *crrr crrr* de los camelleros, la voz estridente de un camello que prefiere el inactivo establo, advierten a los gerasenos de la marcha de Jesús.

La noticia se extiende rápida como el relámpago, y unos gerasenos vienen a despedirle y a traerle ofrendas de fruta y otros alimentos. Corre también un hombre con un niñito enfermo. «¡Bendícele para que se cure! ¡Ten piedad!».

Jesús bendice alzando la mano, y añade: «Ve seguro. Ten fe».

El hombre responde un «sí» tan lleno de confianza, que una mujer pregunta: «¿Curarías a mi marido, que está enfermo de úlceras en los ojos?».

«Si sois capaces de creer, sí».

«Entonces voy por él. Espérame, Señor» y, más que echarse a correr, vuela como una golondrina.

¿Esperar! ¡Parece fácil! Los camellos siguen adelante. Alejandro, que va a la cabeza de la columna, no sabe de las exigencias de los que van atrás. La única solución es mandarle un aviso.

«Corre, Margziam. Ve a decir al mercader que se pare antes de salir de las murallas» dice Jesús.

Y Margziam sale corriendo raudo para cumplir su misión. La caravana se detiene. El mercader retrocede hacia Jesús.

«¿Qué pasa?».

«Quédate aquí y verás».

290.2 [2]Pronto regresa la mujer de Gerasa con su marido enfermo de los ojos. ¡Decía úlceras!: son dos huras de podredumbre abiertas en medio de la cara. Los ojos se ven allí en el centro, enturbiados, enrojecidos, semiciegos, en medio de una resudación de repugnantes lágrimas. En cuanto el hombre levanta la venda obscura que protege de la luz, el lagrimeo aumenta porque la luz aumenta el dolor de los ojos enfermos.

El hombre gime: «¡Piedad! ¡Sufro mucho!».

«También has pecado mucho. ¿De eso no te quejas? ¿Sólo te afliges de poder perder la pobre vista del mundo? ¿No sabes nada de Dios? ¿No te da miedo una obscuridad eterna? ¿Por qué has pecado?».

El hombre se echa a llorar y agacha la cabeza, sin decir nada. Su mujer también llora y gime: «Yo he perdonado...».

«También Yo perdonaré si me jura aquí que no volverá a caer en

su pecado».

«¡Sí, sí! Perdón. Ahora sé lo que el pecado trae consigo. Perdón. Como la mujer, perdóname. Tú eres el Bueno».

«Te perdono. Ve a aquel riachuelo, lávate en el agua la cara y quedarás curado».

«El agua fría le empeora, Señor» gime la mujer.

Pero el hombre no piensa sino en ir al riachuelo, y va... a ciegas hasta que el apóstol Juan, compasivo, le toma de la mano y le guía; Juan solo, hasta que la mujer sujeta al hombre de la otra mano, el cual desciende hasta el límite del agua gélida, que borbota entre las piedras, se agacha, toma el agua con los cuencos de las manos unidas y se lava una y otra vez la cara. No da señales de dolor. Es más, da la impresión de que lo que está haciendo le alivia.

Luego, con la cara todavía mojada, remonta el margen del riachuelo y vuelve donde Jesús, que le pregunta: «¿Y bien? ¿Estás curado?».

«No, Señor. Por ahora no. Pero Tú lo has dicho y yo quedaré curado».

«Permanece, entonces, en tu esperanza. Adiós».

La mujer se derrumba llorando... Está desilusionada. Jesús hace una señal al mercader de que se puede continuar; y éste, también desilusionado, hace pasar la voz. Los camellos reanudan la marcha con ese movimiento suyo como de una barca que alzara y bajara la proa y el tajamar contra la ola, salen fuera de las murallas, toman el amplio y polvoriento camino de caravanas que se extiende en dirección sudoeste.

Ya la última pareja del grupo apostólico (o sea, Juan de Endor y Simón Zelote) ha sobrepasado en unos veinte metros los muros, cuando un grito corta el aire silencioso: parece llenar de sí el mundo, se repite, cada vez más alto, jubiloso, laudatorio: «¡Veo! ¡Jesús! ¡Bendito mío! ¡Veo! ¡Veo! ¡He creído! ¡Veo! ¡Jesús, Jesús! ¡Bendito mío!»; y el hombre, cuya cara ha recuperado completamente la salud y cuyos ojos han vuelto a ser bonitos —dos carbunclos llenos de luz y vida—, hiende las filas apostólicas para caer a los pies de Jesús, y acaba casi debajo de las patas del camello del mercader, que apenas si tiene tiempo de apartar al animal del hombre prosternado.

El hombre besa el manto de Jesús mientras repite: «¡He creído! ¡He creído y veo! ¡Bendito mío!».

«Levántate y vive feliz, y, sobre todo, sé bueno. Di a tu mujer que sepa creer completamente. Adiós». Jesús se libera de los brazos del curado y reanuda la marcha.

[3]El mercader se acaricia la barba pensativo... Termina pregun- 290.3

tando: «¿Y si no hubiera sabido seguir creyendo después de la desilusión del lavado?».

«Se hubiera quedado como estaba».

«¿Por qué exiges tanta fe para hacer un milagro?».

«Porque la fe testifica la presencia de esperanza en Dios y amor a Dios».

«¿Y por qué has exigido antes el arrepentimiento?».

«Porque el arrepentimiento hace a Dios amigo».

«Yo, que no tengo enfermedades, ¿qué tendría que hacer para testificar que tengo fe?».

«Allegarte a la Verdad».

«¿Y podría ir a la Verdad sin la amistad de Dios?».

«No podrías hacerlo sin la bondad de Dios. El Señor permite que quien —todavía sin arrepentimiento— le busca, le encuentre; porque el arrepentimiento generalmente llega cuando el hombre, conscientemente o con un mínimo atisbo de conciencia de lo que su alma quiere, conoce a Dios. Antes de esto es como un idiota guiado sólo por el instinto. ¿No has sentido nunca la necesidad de creer?».

«Muchas veces. Lo que pasaba es que no me sentía satisfecho de lo que tenía. Sentía que había otra realidad, más fuerte que el dinero y que los hijos, mi esperanza... Pero a la hora de la verdad no me preocupaba de tratar de saber aquello mismo que buscaba sin saberlo».

«Tu alma buscaba a Dios. La bondad de Dios ha permitido que encontraras a Dios. El arrepentimiento de tu yerto pasado lejos de Dios te dará la amistad con Dios».

«Entonces, para... para obtener el milagro de *ver* con el alma la Verdad, ¿tendría que arrepentirme de mi pasado?».

«Ciertamente. Arrepentirte y decidirte a un completo cambio de vida...».

El hombre vuelve a acariciarse la barba. Tanto fija su mirada, que parece como si estuviera estudiando y contando los pelos del cuello del camello. Sin querer, golpea con el talón al animal, que interpreta el golpe como una incitación a acelerar el paso, de forma que acelera y va adelante con el mercader, hacia la cabeza de la caravana.

290.4 [4]Jesús no le detiene. Al contrario, Él mismo se para, dejándose adelantar por las mujeres y los apóstoles, hasta que llegan Simón Zelote y Juan de Endor. Jesús se une a éstos.

«¿De qué habláis?» pregunta.

«Hablábamos del desconsuelo que debe sentir quien no cree en nada o quien pierde la fe que tenía. Ayer Síntica estaba verdaderamente angustiada, a pesar de haber pasado a una fe perfecta» res-

ponde el Zelote.

«Yo le decía a Simón que, si es penoso pasar del Bien al Mal, también es desconcertante pasar del Mal al Bien. En el primer caso, uno se siente torturado por la recriminación de su conciencia; en el segundo, uno se siente... acongojado... como debe sentirse quien se encuentra transportado a un país extranjero, absolutamente desconocido... O es la zozobra de quien, siendo un mísero y un inculto, se viera puesto en medio de una Corte regia, entre doctos y nobles. Es un sufrimiento... Yo lo conozco... *Mucho* sufrimiento... Uno no es capaz de creer que sea verdad, que pueda durar... que se pueda merecer... especialmente cuando se tiene manchada el alma... como estaba la mía...».

«¿Y ahora, Juan?» pregunta Jesús.

El rostro extenuado de Juan de Endor, extenuado y triste, se ilumina con una sonrisa que lo hace menos macilento. Dice: «Ahora no. Queda la gratitud; es más, aumenta la gratitud hacia el Señor, que ha querido esto. Queda el recuerdo del pasado para mantenerme humilde. Pero hay seguridad. Me siento aclimatado. Ya no me siento extranjero en este dulce mundo tuyo de perdón y de amor. Me he tranquilizado. Estoy sereno, feliz».

«¿Juzgas buena tu experiencia?».

«Sí. Si no fuera porque me duele haber pecado, porque con mi pecado he entristecido a Dios, diría que siento que mi pasado ha estado bien; me puede servir mucho para sostener a almas que son voluntariosas pero se sienten desconcertadas en los primeros momentos de su nueva fe».

«Simón, ve a decir al muchacho que no salte tanto, que esta noche estará agotado».

Simón mira a Jesús, pero comprende la verdad de la orden. Sonríe inteligentemente y se marcha, dejando así solos a los dos.

[5]«Ahora que estamos solos, Juan, escucha este deseo mío. Tú, por 290.5
muchas razones, tienes una amplitud de juicio y pensamiento que ningún otro de mis seguidores tiene, y tienes una cultura más vasta que la común entre los israelitas. Por eso, te ruego que me ayudes...».

«¿Yo ayudarte a ti! ¿En qué?».

«Para Síntica. ¡Tú eres un magnífico pedagogo! Margziam contigo aprende pronto y bien. Tanto es así, que tengo intención de dejaros juntos unos meses, porque quiero en Margziam un conocimiento más amplio que el del pequeño mundo de Israel. Para ti ocuparte de él es motivo de alegría; también a mí me da alegría el veros juntos, tú enseñando, él aprendiendo, tú rejuveneciéndote, él madurando

mientras está ocupado. Pero tendrás que ocuparte también de Síntica, como de una hermana desorientada. Tú lo has dicho: es sentirse desconcertados... Ayúdala a aclimatarse en mi ambiente. ¿Me haces este favor?».

«¡Pero, mi Señor, si para mí es gracia hacerlo! No me acercaba a ella porque tenía la impresión de ser yo una persona superflua. Pero, si Tú lo quieres... Ella lee mis volúmenes: los hay sagrados y solamente cultos: libros de Roma y de Atenas. Veo que consulta y medita. Pero nunca me había entrometido a ayudarla. Si Tú lo quieres...».

«Sí, lo quiero. Quiero veros amigos. Ella también, como Margziam y tú, estará en Nazaret un tiempo. Será bonito. Mi Madre y tú maestros de dos almas que se abren a Dios. Mi Madre: la angélica Maestra de la Ciencia de Dios; tú: el experto maestro del humano saber, que ahora puedes explicar con referencias sobrenaturales. Será bonito y bueno».

«¡Sí, mi bendito Señor! ¡Demasiado bonito para el pobre Juan!...» y el hombre sonríe ante el pensamiento de estos próximos días de paz junto a María, en la casa de Jesús...

290.6 [6]Y el camino serpentea bordeando las pequeñas elevaciones que hay inmediatamente después de Gerasa, bajo un calorcillo de sol que cada vez se siente más, en una lindura de campiña que acaba siendo toda llana. Un camino que está bien conservado y por el que se camina cómodamente. Y se reprende el camino después del alto del mediodía.

Es casi de noche cuando por primera vez oigo reír con ganas a Síntica: Margziam le ha contado no se qué y ha hecho reír a todas las mujeres. Veo que la griega se inclina a acariciar al niño y a rozarle la frente con un beso, tras lo cual el niño empieza otra vez a saltar como si no sintiera cansancio.

Pero todos los demás sí que están cansados, de forma que la decisión de pernoctar en la fuente del Camellero es recibida con alegría. El mercader dice: «Hago noche siempre ahí. La etapa de Gerasa a Bosrá es demasiado larga, para los hombres y para los animales».

«Es humano este mercader» observan entre sí los apóstoles, comparándole con Doras...

La "fuente del Camellero" no es sino un puñado de casas alrededor de numerosos pozos. Una especie de oasis no en la aridez del desierto, porque aquí no hay aridez. Es un oasis en la amplitud deshabitada de los campos y matas de árboles frutales que se intercalan durante millas y que, en esta anochecida de octubre, emanan la misma tristeza que el mar a la hora del crepúsculo. Así que ver casas, oír rumor de voces, llantos de niños, sentir el olor de las chimeneas

humeantes, ver las primeras lamparillas encendidas, es dulce como volver al propio hogar.

Mientras los camelleros se detienen para que los camellos beban una primera vez, los apóstoles y las mujeres siguen a Jesús, y, con el mercader, entran en la... muy prehistórica posada que los hospedará durante la noche...

[7]...En la mísera y fumosa, vasta habitación donde han cenado y 290.7
donde van a dormir los hombres, y mientras los domésticos preparan las yacijas hechas con heno amontonado encima de unos cañizos, se reúnen todos, cerca de un amplio hogar que ocupa toda la pared estrecha de la habitación. El fuego está encendido porque la noche ha traído consigo humedad y frío.

«Mientras no se ponga de agua el tiempo...» suspira Pedro.

El mercader le tranquiliza: «Debe terminar todavía esta luna antes de que venga el mal tiempo. Aquí hace así por la noche, pero mañana tendremos sol».

«¡Es por las mujeres, eh! No por mí. Soy pescador. Vivo en el agua. Y te aseguro que prefiero el agua a las montañas y al polvo».

Jesús habla con las mujeres y con sus dos primos. Le están escuchando también Juan de Endor y el Zelote. Sin embargo, Timoneo, Hermasteo y Mateo están leyendo uno de los volúmenes de Juan; los dos israelitas le explican a Hermasteo los pasajes bíblicos de mayor obscuridad para él.

Margziam los escucha embelesado, pero con una carita que se vela de sueño. Le ve María de Alfeo y dice: «Ese niño está cansado. Ven, amor, que vamos a dormir. Ven, Elisa; ven, Salomé. Ancianos y niños están mejor en la cama. Y haríais bien todos en iros a la cama, que estáis cansados». Pero, aparte de las ancianas, excepto Marcela y Juana de Cusa, ninguno se mueve.

En cuanto, recibida la bendición, se marchan, Mateo susurra: «¿Quién les iba a haber dicho a estas mujeres, hace poco, que iban a tener que dormir en paja, muy lejos de casa?».

«Jamás he dormido tan bien» afirma categóricamente María de Magdala. Y Marta lo confirma.

Pero Pedro da la razón a su compañero: «Mateo tiene razón. Me pregunto, y no lo entiendo, por qué os ha traído a vosotras aquí el Maestro».

«¡Hombre, pues porque somos las discípulas!».

«¿Entonces, si fuera... a tierras de leones, iríais?».

«¡Pues claro, Simón Pedro! ¡Como si fuera mucho caminar unos pasos! ¡Y, además, con Él al lado!...».

«Hablando de pasos, la verdad es que son muchos. Y para muje-

res que no están acostumbradas...».

Pero las mujeres protestan tanto, que Pedro se encoge de hombros y calla.

Santiago de Alfeo, alzando la cabeza, ve una sonrisa tan luminosa en el rostro de Jesús, que le pregunta: «¿Nos quieres decir la verdadera finalidad de este viaje, sólo con nosotros, con las mujeres, y... con poco fruto respecto al esfuerzo?».

«¿Podrías pretender ver ahora el fruto de la semilla enterrada en los campos que hemos atravesado?».

«No. Lo veré en primavera».

«Yo también te digo: "Lo verás a su tiempo"».

Los apóstoles no replican nada.

290.8 [8]Se alza la voz argentina de María: «Hijo mío, hoy veníamos hablando entre nosotras de lo que has dicho en Ramot. Cada una de nosotras tenía impresiones y reflexiones distintas. ¿Querrías manifestarnos tu pensamiento? Yo decía que lo mejor era llamarte en ese momento. Pero ibas hablando con Juan de Endor».

«La verdad es que he sido yo la que ha suscitado la cuestión. Porque soy una pobre pagana y no tengo las espléndidas luces de vuestra fe. Sed indulgentes conmigo».

«¡Quisiera yo tener tu alma, hermana mía!» dice impulsiva la Magdalena. Y, siempre exuberante, la abraza y la mantiene junta a sí con un brazo.

Con su espléndida belleza parece iluminar ella sola la mísera barraca y transferir aquí la opulencia de su casa suntuosa. La griega, estrechada a ella, completamente distinta pero también de un físico singular, coloca una nota de pensamiento junto al grito de amor que parece emanar siempre de la pasional María; mientras que, sentada, su dulce rostro alzado hacia su Hijo, las manos entrecruzadas casi como si estuviera orando, recortado en el fondo de la negra pared su perfil purísimo, la Virgen es la perpetua Adoradora. Susana está en la penumbra del rincón, adormilada. Marta, activa a pesar del cansancio y de las insistencias de los demás, aprovecha la luz del hogar para asegurar unas hebillas en el vestidito de Margziam.

Jesús dice a Síntica: «Pero no era un pensamiento penoso porque te he oído reír».

«Sí, por el niño, que resolvía la cuestión con soltura diciendo: "Yo sólo quiero volver si vuelve Jesús. Pero si quieres saber todo, ve, y luego vuelve y nos dices si te acuerdas"».

Se echan a reír todas otra vez y dicen que Síntica había pedido a María explicación sobre el recuerdo que las almas conservan y que da razón de cierta posibilidad en los paganos de tener vagos recuer-

dos de la Verdad.

«Yo decía: "¿Será que esto confirma la teoría de la reencarnación en que creen muchos paganos?" y tu Madre, Maestro, me explicaba que lo que Tú dices es distinto. Ahora te pido que me expliques también esto, mi Señor».

[9]«Escucha. No debes creer que, porque los espíritus tengan es- 290.9
pontáneos recuerdos de Verdad, esté demostrado que vivimos varias vidas. Ya conoces suficiente para saber cómo fue creado el hombre, cómo pecó, cómo fue castigado. Te ha sido explicado cómo Dios incorpora en el animal-hombre un alma individual. Es creada cada vez una y *jamás* un alma es usada para posteriores encarnaciones. Esta certeza debería anular mi aserción acerca del recuerdo de las almas. Debería... para cualquier otro ser aparte del hombre, dotado de un alma hecha por Dios. El animal no puede recordar nada, naciendo una sola vez; el hombre puede recordar, a pesar de nacer una sola vez. Recordar con su parte mejor: el alma. ¿De dónde viene el alma, toda alma de hombre? De Dios. ¿Quién es Dios? El Espíritu inteligentísimo, potentísimo, perfecto. Esta cosa admirable que es el alma, cosa creada por Dios para darle al hombre su imagen y semejanza como signo indiscutible de su Paternidad santísima, presenta dotes propias de Aquel que la creó: es, pues, inteligente, espiritual, li-
* bre, inmortal, como el Padre que la creó. Sale perfecta del Pensamiento divino y en el instante de su creación es igual, durante una milésima de instante, que la del primer hombre: una perfección que entiende la Verdad por don dado gratis. *Una milésima de instante.* Luego, una vez formada, es lesionada por la culpa original. Para que entiendas mejor, te diré que es como si Dios estuviera grávido del al-

---

* *Sale perfecta del Pensamiento divino... Luego, una vez formada, es lesionada por la culpa original.* Esta afirmación es análoga a otra anterior (275.12: *Al menos hubo un momento en que el alma fue perfecta: mientras el Creador la creaba. ...después la Mancha la desfiguró, quitándole perfección...*).
El contexto de la primera aclara que no se trata de dos momentos, sino de dos actos que se subsiguen, con "una milésima de instante", en el mismo momento.
El segundo acto, que es el en que el alma contrae la mancha del pecado original, perdiendo la perfección recibida en el acto creador, debe identificarse con la infusión del alma. Lo explica un fragmento del "dictado" del 28 de enero de 1947:... *nada impuro sale del Pensamiento creador. La Culpa original está en el hombre, y en los hijos del hombre, no en Dios. Por tanto, no al ser creada por Dios, sino al encarnarse en el hombre concebido por el hombre, el alma contrae la herencia vinculada a los descendientes de Adán...*
En fin, los dos actos (en un solo momento) de la creación y de la infusión del alma, por obra de Dios, son simultáneos con el acto de la concepción del cuerpo por obra del hombre, come se lee en 204.6: *...el alma... viene de Dios, que la crea cada vez que un hombre es engendrado —o, mejor, es concebido— en un seno, y la inserta en esa carne...*
A la luz de estas deducciones deben interpretarse los otros pasajes de la Obra, que son, por lo que a este tema se refiere, menos claros o menos explícitos, como, por ejemplo, los de 118.6 y 127.5.

ma que crea, y el creado, al nacer, fuera herido por una señal incancelable. ¿Me comprendes?».

«Sí. Mientras es pensada es perfecta. Una milésima de instante, este pensamiento creador. Luego, el pensamiento traducido a hecho, el hecho queda sujeto a la ley provocada por la Culpa».

«Bien has respondido. El alma se encarna, por tanto, así en el cuerpo humano, llevando consigo, cual gema celada en el misterio de su ser espiritual, el recuerdo del Ser Creador, o sea, de la Verdad. El niño nace. Puede ser bueno, puede ser magnífico o pérfido; puede serlo todo porque en su querer es libre. El ministerio de los ángeles con sus luces ilumina sus "recuerdos"; el artero los cubre de tinieblas. Según que el hombre desee las luces y aspire, por tanto, también a una virtud cada vez mayor, haciendo al alma señora de su ser, he aquí que aumenta en ella la facultad de recordar, como si la virtud fuera haciendo cada vez más sutil la pared que se interpone entre el alma y Dios. Así se comprende por qué los hombres virtuosos de todos los pueblos sienten la Verdad (no perfectamente, por estar embotados por doctrinas contrarias o por letal ignorancia, pero sí suficientemente como para ofrecer páginas de formación moral a los pueblos a que pertenecen). ¿Has comprendido? ¿Estás convencida?».

«Sí. Concluyendo: la religión de las virtudes practicadas heroicamente predispone al alma a la Religión verdadera y al conocimiento de Dios».

«Exacto. Y ahora ve a descansar con mi bendición. Y tú también, Mamá, y vosotras hermanas y discípulas. La paz de Dios descienda sobre vuestro descanso».

## 291. Margziam descubre por qué Jesús ora todos los días a la hora nona.

30 de septiembre de 1945.

291.1 [1]Tenía razón el mercader. Octubre no podía conceder a los peregrinos un día más hermoso. Disipada la leve niebla que velaba la campiña, como si la naturaleza hubiera querido cubrir con un velo el sueño de las plantas durante la noche, los campos se ven ahora en su majestuosa extensión de cultivos caldeados por el sol. Parece como si la niebla se hubiera recogido en copos de espuma transparente para ornar las lejanas cimas, mostrándolas aún más desvanecidas bajo el cielo sereno.

«¿Qué son aquéllas? ¿Montañas que tenemos que subir?» pre-

gunta Pedro preocupado.

«No, no. Son los montes de Aurán. Nos quedaremos en la llanura, más acá de ellos. Antes de que se haga de noche, estaremos en Bosrá de Auranítida, una hermosa y buena ciudad. Mucha actividad comercial» dice para consolar y en tono de elogio el mercader, que como base de la belleza de un lugar pone siempre la prosperidad comercial.

[2]Jesús está completamente solo, detrás, como algunas veces hace 291.2
cuando desea aislarse. Margziam se vuelve para mirarle varias veces. Luego, no resistiendo más, deja a Pedro y a Juan de Zebedeo, se sienta al borde del camino, en un mojón que debe ser una señal militar romana, y espera. Cuando Jesús llega a su altura, el niño se levanta y, sin decir nada, se pone al lado de Jesús, pero un poco retrasado para que ni siquiera el verle le moleste, y observa, observa...

Sigue observando, hasta que Jesús sale de su meditación y, al oír las leves pisadas detrás de Él, se vuelve, y sonríe tendiendo la mano al niño, y dice: «¡Oh, Margziam! ¿Qué haces aquí tan solo?».

«Te estaba mirando. Hace días que te miro. Todos tienen ojos, pero no todos ven las mismas cosas. He visto que Tú, de vez en cuando, te aíslas... Los primeros días pensaba que quizás estabas afligido por algo. Pero luego he visto que lo haces siempre a las mismas horas, y que tu Mamá, que siempre te consuela cuando estás triste, no te dice nada cuando tienes esa expresión de cara; es más, si está hablando, se calla y se recoge profundamente. ¡Yo veo, eh!... Porque siempre os miro a ti y a ella para hacer lo que hacéis vosotros. Les he preguntado a los apóstoles que qué es lo que haces, porque está claro que algo haces. Me han dicho: "Está orando". Y les he preguntado: "¿Qué dice?". Ninguno me ha respondido, porque no lo saben. Están contigo desde hace años y no lo saben. Hoy te he seguido siempre que veía que ponías esa expresión, y te he estado mirando mientras orabas. Pero no es siempre la misma cara. Esta mañana, al amanecer, parecías un ángel de luz. Mirabas las cosas con unos ojos que creo que las sacabas de las sombras más que el Sol. A las cosas y a las personas. Y luego observabas el cielo, y tenías la misma cara que cuando ofreces el pan, en la mesa. Más tarde, cruzando ese pueblecito, te has puesto el último, solo: tanto te esforzabas en decir, al pasar, palabras buenas a los pobres de ese pueblo, que me parecías un padre. A uno le has dicho: "Soporta con paciencia, que pronto te aliviaré, a ti y a otros como tú". Era el esclavo de aquel hombre feo que nos ha embriscado a sus perros. Luego, mientras preparaban la comida, nos mirabas con ojos de una bondad repleta de amor. Parecías una madre... Pero ahora tu cara era de dolor... ¿En qué piensas,

Jesús, a esta hora, que estás siempre así?... De todas formas, por la
291.3 noche, algunas veces, si no duermo, te veo muy serio. [3]¿Me dices cómo rezas?, ¿me dices qué te mueve a rezar?».

«Por supuesto que te lo digo. Así rezarás conmigo. La jornada nos la da Dios, toda: tanto la iluminada como la obscura: el día y la noche. Es un don vivir y gozar de luz. Es un modo de santificación el modo de vivir. ¿No es verdad? Pues entonces uno tiene que santificar todos los momentos del día, para conservarse en santidad y tener presente en su corazón al Altísimo y su bondad, y, al mismo tiempo, mantener alejado al Demonio. Observa los pajarillos. Con el primer rayo de sol cantan. Bendicen la luz. También nosotros debemos bendecir la luz, que es un don de Dios, y bendecir a Dios, que nos la concede y que es Luz. Tener deseos de Él ya desde los albores de la mañana, como para poner un sigilo de luz, una nota de luz en todo el día que transcurre, para que todo él sea luminoso y santo. Unirnos a toda la Creación para alabar al Creador. Luego, a medida que las horas van pasando, y pasando nos traen la constatación de cuánto dolor e ignorancia hay en el mundo, orar también, para que sea aliviado el dolor y caiga la ignorancia y conozcan a Dios, le amen, le eleven sus oraciones, todos los hombres; que si conocieran a Dios se verían siempre consolados incluso en su sufrimiento. En la hora sexta, orar por amor a la familia. Saborear este don de estar unidos a quien nos ama, que también esto es un don de Dios. Pedir que la comida no se transforme de algo útil en pecado. Y, al declinar la tarde, orar pensando que la muerte es ese ocaso que a todos nos espera. Orar para que nuestro ocaso, de un día o de toda la vida, se produzca siempre con el alma en gracia. Y, cuando se encienden las luces, orar para dar las gracias por el día que ha concluido y para pedir protección y perdón, para echarse a dormir sin miedo a un improviso juicio, a asaltos demoniacos. Orar, en fin, por la noche —pero esto es para los que ya no son niños— para ofrecer reparación por los pecados de la noche, para alejar a Satanás de los débiles, para que en los que hayan incurrido en culpa surjan la reflexión, la contricción, los buenos propósitos que se harán realidad con los primeros rayos del sol. Y así el justo durante todo el día ora, y por estas cosas ora».

291.4 [4]«Pero no me has dicho por qué te abstraes, tan serio y majestuoso, a la hora nona...».

«Porque... digo: "Por el Sacrificio de esta hora venga tu Reino al mundo y sean redimidos todos aquellos que creen en tu Verbo". Dilo también tú...».

«¿Qué sacrificio es? Dijiste que el incienso se ofrece por la mañana y al atardecer. Las víctimas, a las mismas horas, todos los días,

en el altar del Templo; y las víctimas, si son por votos y expiaciones, se ofrecen a todas las horas. No hay una hora nona señalada con rito especial».

Jesús se para, toma al niño con las dos manos, le alza, le mantiene fijo frente a sí y, como si recitase un salmo, alzando el rostro, dice: «Y entre la sexta y la nona aquel que vino como Salvador y Redentor, aquel de que hablan los profetas, consumará su sacrificio, después de comer el pan amargo de la traición y de dar el dulce Pan de la Vida, después de prensarse a sí mismo como el racimo en el lagar y dar de beber de sí a los hombres y a la hierba, después de tejerse púrpura de rey con su sangre, y ceñir corona, y empuñar el cetro y elevar al lugar alto su trono, para que lo vea Sión, Israel y el mundo. Levantado, con el purpúreo vestido de sus llagas infinitas, en medio de las tinieblas para dar Luz, en la muerte para dar Vida, morirá a la hora nona y será redimido el mundo».

[5]Margziam le mira aterrorizado, pálido, con muchas ganas de llo- 291.5
rar en los labios y en sus ojos asustados. Con voz insegura, dice: «¡Pero el Salvador eres Tú! ¿Entonces eres Tú el que va a morir a esa hora?». Las lágrimas empiezan a descender por las mejillas y la pequeña boca las bebe, mientras, entreabierta, espera una desmentida.

Pero Jesús dice: «Soy Yo, pequeño discípulo. Y también por ti». Y, dado que el niño rompe a llorar convulsivamente, le aprieta contra su corazón y dice: «¿Entonces te duele que Yo muera?».

«¡Oh, Tú eres mi única alegría! ¡No quiero esto! Yo... Déjame morir en lugar de ti...».

«Tú tienes que predicarme en todo el mundo. Ya está dicho. Pero, escúchame: moriré contento porque sé que tú me amas; luego resucitaré. ¿Te acuerdas de Jonás? Salió mejor compuesto del vientre de la ballena, descansado, fuerte. Yo también, e iré inmediatamente a ti y te diré: "Pequeño Margziam, tu llanto apagó mi sed, tu amor me ha hecho compañía en el sepulcro. Ahora vengo a decirte: 'Sé sacerdote mío'". Y te besaré teniendo todavía en mí el aroma del Paraíso».

«Pero, ¿dónde voy a estar yo? ¿No voy a estar con Pedro?, ¿no con la Madre?».

«Te salvaré de las olas infernales de esos días. Salvaré a los más débiles e inocentes. Menos a uno. Margziam, pequeño apóstol, quieres ayudarme a orar por aquella hora?».

«¡Oh, sí, Señor! ¿Y los demás?».

«Esto es un secreto entre nosotros dos. Un gran secreto. Porque a Dios le place revelarse a los pequeñuelos... No llores más. Sonríe, pensando que después no volveré a sufrir nunca más y sólo recordaré todo el amor de los hombres, el primero el tuyo. [6]Ven, ven. Mira 291.6

qué lejos están los otros. Vamos a correr para alcanzarlos» y le pone en el suelo y, llevándole de la mano, se echa a correr con el niño hasta que se unen al grupo.

«Maestro, ¿qué has estado haciendo?».

«Le he explicado a Margziam las horas del día».

«¿Y el niño ha llorado? Será que se ha comportado mal y Tú, por bondad, le disculpas» dice Pedro.

«No, Simón. Ha observado que oraba. Vosotros no lo habéis observado. Me ha pedido una explicación, y se la he dado. El niño se ha emocionado por mis palabras. Ahora dejadle tranquilo. Ve donde mi Madre, Margziam. Y vosotros escuchad todos, que no os vendrá mal a vosotros la lección».

Y Jesús explica otra vez la utilidad de la oración en las horas principales del día, omitiendo la explicación de la hora nona. Termina: «La unión con Dios es este tenerle presente en todo momento para alabarle e invocarle. Hacedlo y progresaréis en la vida del espíritu».

Bosrá está ya cerca. Extendida en la llanura, se ve grande; parece bonita, con torres y circundada de muros. La tarde, al caer, desvanece los tonos de las casas y los campos en un lila ceniciento lleno de languor, en que se confunden los contornos, mientras balidos de ovejas y gruñidos de cerdos, dentro de unos recintos fuera de los muros, rompen el silencio de la campiña. Silencio que cesa en cuanto, atravesada la puerta, la caravana entra en un dédalo de callecitas, que defraudan a quien desde fuera juzgaba bonita la ciudad. Voces, olores y... hedores se depositan en las callejuelas retorcidas, y acompañan a los peregrinos hasta una plaza —ciertamente un mercado— en que está la posada.

La llegada a Bosrá se ha cumplido.

## 292. Insidia de escribas y fariseos en Bosrá.

1 de octubre de 1945.

292.1 [1]Bosrá, sea por la estación del año, sea porque está muy concentrada en sus callejuelas, se muestra opaca de niebla por la mañana. Opaca y muy sucia. Los apóstoles, de regreso de las compras en el mercado, hablan de esto entre sí. En efecto, la industria hostelera de aquellos tiempos y de estos lugares era tan prehistórica, que cada uno tenía que preocuparse de sus abastecimientos. Se comprende que los dueños no quieren salir perdiendo ni una miaja; se limitan a cocinar lo que los clientes llevan (¡y esperemos que no sisen!). Al má-

ximo compran para el cliente, o le venden directamente las provisiones de que tienen reservas, haciendo de carniceros, si hace falta, con los pobres corderos destinados a ser asados.

Esto de comprarle al hospedero no le resulta simpático a Pedro. Ahora continúa la divergencia de opiniones entre el apóstol y el hospedero, que tiene una cara muy pícara y que no desaprovecha la ocasión para injuriar al apóstol llamándole "galileo", el cual replica, señalando a un cerdito que acaba de degollar el hospedero por cuenta de unos clientes de paso: «Yo galileo, tú cerdo; que lo que eres es un pagano. En tu fétida posada no me quedaría ni una hora, si fuera dueño de mí. Ladrón y... (y aquí añade otro término muy... ilustrativo, que dejo en el tintero)». Deduzco que entre estos de Bosrá y los galileos hay una de esas muchas incompatibilidades regionales y religiosas de que estaba lleno Israel, o, mejor, Palestina.

El hospedero grita más fuerte: «Si no fuera porque estás con el Nazareno y porque soy mejor que vuestros repulsivos fariseos, que le odian sin motivo, te lavaría el morro con la sangre del cerdo; así tendrías que largarte de aquí para correr a purificarte. Pero le tengo respeto a Él, que ciertamente tiene poder. Y te digo que con todas vuestras historias sois unos pecadores. Somos mejores nosotros que vosotros. Nosotros no tendemos emboscadas, ni traicionamos. Vosotros... ¡Pfff!... Raza de traidores y granujas, que no respetáis ni siquiera a los pocos santos que tenéis entre vosotros».

«¿A quién, traidores? ¿A nosotros? ¡Ah, vive el Cielo que ahora...!». Pedro está enfurecido y a punto de lanzarse contra el hombre; su hermano y Santiago le sujetan y Simón se pone en medio con Mateo.

[2]Pero, más que esta acción, es la voz de Jesús, que se asoma por una puerta y dice: «Y ahora tú, Simón, calla, y tú, hombre, también», lo cual hace deponer la ira. 292.2

«Señor, el hospedero ha sido el primero que ha tirado una puntada y que ha amenazado».

«Nazareno, el primer ofendido he sido yo».

Yo, él. Él y yo. Se echan la culpa el uno al otro los dos culpables.

Jesús se acerca serio y sereno. «Tenéis la culpa los dos. Y tú, Simón, más que él. Porque tú conoces la doctrina del amor, del perdón, de la mansedumbre, de la paciencia, de la hermandad. Tenemos que hacernos respetar como santos, si no queremos que nos traten mal como a galileos. Y tú, hombre, si te sientes mejor que los demás, bendice a Dios por ello, y sé digno de ser cada vez mejor. Y, sobre todo, no ensucies tu alma con acusaciones que no son verdaderas: mis discípulos ni traicionan ni actúan subrepticiamente».

«¿Estás seguro, Nazareno? ¿Y entonces por qué aquellos cuatro han venido a preguntarme que si habías venido, que con quién éstabas, y otras muchas cosas cucas?».

«¿Qué! ¿Qué! ¿Quiénes son? ¿Dónde están?». Los apóstoles se arremolinan, olvidando que al hacerlo se acercan a uno que está embadurnado de sangre de cerdo, lo cual, antes, sobrecogidos, los mantenía distantes.

«Id vosotros a vuestras ocupaciones. Tú puedes quedarte, Misax».

292.3 [3]Los apóstoles van a la habitación de la que había salido Jesús. En el patio sólo se quedan: uno frente al otro, Jesús y el hospedero; a unos pasos de Jesús, el mercader, observando la escena con asombro.

«Responde, hombre, con sinceridad. Y perdona si la sangre ha enfurecido la lengua de un discípulo mío. ¿Quiénes son esos cuatro y qué han dicho?».

«No sé concretamente quiénes son. Eso sí, escribas y fariseos de la otra parte. No sé quién los ha traído aquí. No los he visto jamás. Pero están bien al corriente de ti. Saben de dónde vienes, a dónde vas, con quién vas. De todas formas, si venían a mí es porque querían asegurarse. No. Seré un granuja, pero sé mi oficio. No conozco a nadie, no veo nada, no sé nada... para los demás, claro, porque para mí sé todo. Pero, ¿por qué voy a tener que decir a otros lo que sé?, y menos todavía a los hipócritas. ¿Granuja?, sí. Si fuera menester, ayudaría incluso a unos ladrones. Total, ya lo sabes... Pero no sabría robarte, o tratar de robarte, a ti la libertad, el honor o la vida. Y ésos —dejaría de ser Fara de Tolomeo, si no fuera verdad lo que digo—, ésos te acechan para causarte un mal. ¿Y quién los envía? ¿Uno de Perea o de la Decápolis?, ¿uno de la Traconítida, de la Gaulanítida o de la Auranítida? No, que nosotros o no te conocemos o, si te conocemos, te respetamos como a un justo, si es que no creemos en ti como santo. ¿Entonces, quién los ha enviado? Uno de la parte *tuya*, y quizás uno de tus amigos, porque saben demasiadas cosas...».

«Saber de mi caravana es fácil...» dice Misax.

«No, mercader, no de ti, de otros que van con Jesús. Yo no sé, ni quiero saber; no veo, ni quiero ver. De todas formas, te digo: si ves que eres responsable, repara; si ves que te están traicionando, toma las medidas oportunas».

«No se trata de culpa, hombre, ni de traición; lo único que sucede
292.4 es que Israel no me comprende. [4]Pero... y tú, cómo tienes noticias de mí?».

«Por un joven. Un calavera que daba que hablar en Bosrá y en Arbela: aquí porque venía a consumar sus pecados, allí porque des-

honraba a su familia. Luego se convirtió, se hizo más honesto que un justo. Ahora se ha unido a tus discípulos, se ha hecho discípulo también él, y te espera en Arbela, con sus padres, para rendirte honor. Y va diciendo a todos que le cambiaste el corazón por las oraciones de su madre. Felipe de Jacob tendrá el mérito, si esta región se santifica, de haber sido su santificador; y, si en Bosrá hay alguien que cree en ti, es por él».

«¿Dónde están ahora estos escribas que han venido?».

«No lo sé. Se marcharon porque les dije que no tenía sitio para ellos. Lo tenía, pero no he querido dar hospedaje a las serpientes junto a la paloma. Se habrán quedado, ciertamente, por los alrededores. Ten cuidado».

«Gracias. ¿Cómo te llamas?».

«Fara. He cumplido con mi deber. Acuérdate de mí».

«Sí, y tú de Dios. Y perdona a mi Simón. Algunas veces le ciega el gran amor que me tiene».

«Nada malo. Yo también le he ofendido... Pero la verdad es que hace daño cuando a uno le insultan. Tú no insultas...».

Jesús suspira... y dice: «¿Quieres ayudar al Nazareno?».

«Si está en mi mano...».

«Me gustaría predicar en este patio...».

«Te dejo que hables. ¿Cuándo?».

«Entre la sexta y la nona».

«Ve tranquilo a donde quieras. Bosrá sabrá que predicas. Yo me encargo de ello».

«Dios te lo pague» y Jesús le dirige una sonrisa que ya en sí es paga. Luego se encamina hacia la habitación donde estaba antes.

Alejandro Misax dice: «Maestro, sonríeme igual a mí... Yo también voy a decir a la gente que venga a oír hablar a la Bondad. Conozco a muchas personas. Adiós».

«Que Dios te retribuya a ti también» y Jesús le sonríe.

[5]Entra en la habitación. Las mujeres están alrededor de María 292.5
—que tiene expresión de pena—, la cual se levanta enseguida y va hacia su Hijo. No dice nada, mas todo en ella es una pregunta. Jesús le sonríe y la responde diciendo a todos: «Estad libres para la hora sexta. Hablaré a muchos aquí. Mientras tanto, idos todos, menos Simón Pedro, Juan y Hermasteo; anunciadme y dad muchas limosnas».

Los apóstoles se marchan.

Pedro se acerca lentamente a Jesús, que está con las mujeres, y pregunta: «¿Por qué no voy yo también?».

«Cuando uno es demasiado impulsivo se queda en casa. ¡Simón, Simón! ¿Cuándo vas a aprender a dirigir tu caridad al prójimo? Ac-

tualmente es una llama encendida, pero toda para mí; es una lámina recta y rígida, pero sólo para mí. Sé manso, Simón de Jonás».

«Tienes razón, Señor. Ya me ha regañado tu Madre, como sabe hacerlo ella, sin hacer daño. Hasta lo más hondo ha penetrado en mí. Pero... regáñame también Tú, pero... luego no me mires con tanta tristeza».

292.6 «Sé bueno. Sé bueno... [6]Síntica, querría hablarte aparte. Sube a la terraza. Ven tú también, Madre mía...».

Y por la rústica terraza que cubre una ala del edificio, con el tibio sol que caldea el aire, Jesús, paseando lentamente entre María y la griega, dice: «Mañana nos separaremos durante un tiempo. Cerca de Arbela, las mujeres, con Juan de Endor, iréis hacia el mar de Galilea y proseguiréis juntos hasta Nazaret. Pero, para no mandaros solas con un hombre casi imposibilitado, os acompañarán también mis hermanos y Simón Pedro. Presiento discrepancias por esta separación. Pero la obediencia es la virtud del justo. Pasando por las tierras que Cusa vigila en nombre de Herodes, Juana podrá disponer de escolta para el resto del camino. Entonces dejaréis partir a los hijos de Alfeo y a Simón Pedro. Y si te he pedido que subieras aquí era para esto: quiero decirte, Síntica, que he decidido que estés un período en casa de mi Madre. Ella ya sabe. Contigo estarán Juan de Endor y Margziam. Estad allí con amor, formándoos cada vez más en la Sabiduría. Quiero que cuides mucho del pobre Juan. A mi Madre no se lo digo porque no necesita consejos. Tú puedes comprenderle y sufrir con él, y él puede hacerte mucho bien porque es un experto maestro. Después iré Yo. ¡Pronto! Nos veremos con frecuencia. Espero encontrarte cada vez más sabia en la Verdad. Te bendigo, Síntica, en particular; éste es mi adiós a ti por esta vez. En Nazaret encontrarás amor y odio, como en todas partes; pero en mi casa encontrarás paz, siempre».

«Nazaret no se ocupará de mí ni yo de ella. Viviré alimentándome de la Verdad y el mundo no significará nada para mí, Señor».

«Bien. Puedes marcharte, Síntica. Y, por ahora, guarda silencio. Madre, tú sabes... Te confío estas perlas mías predilectas. Mientras gozamos de paz nosotros, Mamá, haz que tu Jesús encuentre confort en tus caricias...».

«¡Cuánto odio, Hijo mío!».

«¡Cuánto amor!».

«¡Cuánta amargura, mi querido Jesús!».

«¡Cuánta dulzura!».

«¡Cuánta incomprensión, Hijito mío!».

«¡Cuánta comprensión, Mamá!».

«¡Tesoro mío! ¡Mi querido Hijo!».

«¡Mamá! ¡Alegría de Dios y mía! ¡Mamá!».

Se besan y luego se quedan juntos, sentados en el banco de piedra que recorre el antepecho de la terraza: Jesús abrazando, protector y amoroso, a su Madre; ella apoyando en el hombro de su Hijo la cabeza, las manos en su mano: beatíficos... El mundo está muy lejos... sepultado bajo olas de amor y fidelidad...

## 293. Palabras de Jesús y milagros en Bosrá, después de la irrupción de dos fariseos. El don de la fe a Alejandro Misax.

2 de octubre de 1945.

[1]...Y también está muy cerca el mundo con sus olas de odio, traición, dolor, necesidad, curiosidad. Y las olas vienen, como las del mar a un puerto, a morir aquí, dentro del patio de la posada de Bosrá, limpio ahora de excrementos e inmundicias por el respeto del hospedero, cuyo corazón es mejor de lo que su cara hace suponer. Mucha gente, del lugar y no del lugar, aunque todavía de la región; y gente que, por lo que dicen, comprendo que vienen de lejos, de las riberas del lago o de allende el lago. Nombres de pueblos y fragmentos de dolor se captan de las palabras que, a la espera de Jesús, se entrecruzan. Gadara, Ippo, Gerguesa, Gamala, Afeq, y Naím, Endor, Yizreel, Magdala y Corazín pasan de boca en boca; con ellos las referencias de los motivos que hasta aquí los han traído desde tan lejos. 293.1

«Cuando supe que Él había venido por la Transjordania me desanimé; pero, cuando iba a volver a Yizreel vinieron unos discípulos, y nos dijeron a los que estábamos esperando en Cafarnaúm: "Ahora estará seguro más allá de Gerasa. Id sin demora a Bosrá o a Arbela", y he venido con éstos...».

«Yo vi pasar por Gadara a unos fariseos que preguntaban si Jesús de Nazaret estaba en la región. Tengo a mi mujer enferma. Me uní a ellos. Luego, ayer, en Arbela, supe que iba a venir antes a Bosrá, así que he venido aquí».

«Yo vengo de Gamala, por este niño. Le embistió una vaca furiosa. Se me ha quedado así...» y muestra a su hijo, tullido por entero, incapaz de mover libremente siquiera los brazos.

«Yo no he podido traer al mío. Vengo de Meguiddó. ¿Creéis que me le curará desde aquí?» gime una mujer con el rostro enrojecido por el llanto.

«¡Hace falta el enfermo!».

«No. Basta tener fe».

«No. Si no impone las manos no hay curación. Así hacen también sus discípulos».

«¡Has recorrido mucho camino para nada, mujer!».

La mujer se abandona al llanto diciendo: «¡Ay de mí! Le he dejado, casi agonizando, esperando que... No le va a curar y ahora tampoco le voy a consolar yo cuando muera...».

Otra mujer la conforta: «No lo creas, mujer, que yo vengo a darle las gracias porque me hizo un gran milagro desde el monte donde estaba hablando».

«¿Qué mal tenía tu hijo?».

«No era mi hijo. Era mi marido, que se había vuelto loco...» y las dos mujeres siguen hablando en voz baja.

«Es verdad. También la madre de Arbela recuperó convertido a su hijo sin que el Maestro le viera» dice uno de Arbela, y sigue hablando con otros que tiene al lado...

«¡Abrid paso, por piedad! ¡Abrid paso!» gritan unos que transportan unas angarillas cubiertas por entero.

La muchedumbre se separa y la camilla pasa con su carga de dolor para disponerse en el fondo, casi detrás de un pajar. ¡Quién sabe si es hombre o mujer la persona extendida en las angarillas!

293.2 [2]Entran dos fariseos todo orondos y bien conservados de aspecto, más soberbios que nunca. Asaltan, como si fueran dos locos, al pobre hospedero gritando: «¡Maldito embustero! ¿Por qué nos dijiste que no estaba? ¿Eres cómplice suyo? ¡Burlarte así de nosotros, los santos de Israel, por favorecer a... ¿a quién! ¡Tú qué sabes quién es! ¿Qué es para ti?».

«¿Qué es? Pues lo que vosotros no sois. De todas formas no he mentido. Vino pocas horas después de vuestra llegada. Y no se ha escondido, ni yo le escondo. Pero, dado que quien manda aquí soy yo, en este mismo instante os digo: "¡Fuera de mi casa!". Aquí no se injuria al Nazareno. ¿Entendido! ¡Y si no entendéis las palabras puedo hablaros con los hechos, abusones, que no sois más que unos abusones!».

El fornido hospedero parece tan dispuesto a pasar a la acción, que los dos fariseos cambian de tono y reptan como perrillos amenazados con el azote. «¡No, pero si le buscábamos para venerarle! ¿Qué idea te has hecho? Lo que nos ha sacado de nuestras casillas ha sido el pensar que por tu culpa no le íbamos a poder ver. Sabemos quién es. El Mesías, santo y bendito, y no somos dignos de alzar nuestra mirada a Él: nosotros, polvo; Él, gloria de Israel. Llévanos a Él. Nuestra alma arde de deseo de oír su palabra».

El hospedero les devuelve la pelota maravillosamente, respondiendo: «¡Oh, pues fíjate, ¿cómo he podido pensar que fuera otra cosa, yo que he oído hablar de la justicia de los fariseos?! ¡Pues claro, habéis venido a adorarle! ¡Os consume este deseo! Voy a decírselo. Voy... ¡No, por Satanás, tú no me sigues! Y tú tampoco, u os pego una sacudida, momias viejas venenosas, que os hago entrar al uno en el otro. Vosotros os quedáis aquí. Tú aquí, donde te planto, y tú aquí. Lo que siento es no poderos hincar en el suelo hasta el cuello para servirme de vosotros como una estaca para atar a los cerdos y degollarlos» y une la acción a las palabras: coge primero al fariseo más delgaducho, por las axilas, le alza y le planta en el suelo con tanta violencia que, verdaderamente, si no fuera una tierra bien dura, el desdichado habría entrado al menos hasta el tobillo (pero es tierra dura y el fariseo queda de pie, tras un fuerte bamboleo, como si fuera un muñeco); luego coge al otro y, a pesar de ser más bien obeso, le levanta y le baja con igual furia, y, como reacciona y forcejea, al final, en vez de ponerle derecho, le tira al suelo, y el fariseo cae sentado: un envoltorio de carne y ropa... Luego se marcha, diciendo una palabrota que se pierde entre los lamentos de los dos fariseos y las carcajadas de muchos.

Entra por un pasillo, pasa a un patio pequeño, toma una escalera, pone pie en una logia, y luego en una habitación amplia donde Jesús con todos los suyos, más el mercader, están terminando de comer.

«Han llegado dos de los cuatro fariseos. Te lo digo para tu gobierno. Yo, por el momento, ya les he dado un repaso. Pretendían venir detrás de mí. No he querido. Ahora están abajo, en el patio, entre muchos enfermos, muchos, y más gente».

«Voy en seguida. Gracias, Fara. Tú ya puedes ir yendo».

[3]Se levantan todos. Pero Jesús ordena que los discípulos se queden donde están, y también las mujeres, excepto su Madre, María Cleofás, Susana y Salomé. Y, visto el dolor que se dibuja en los rostros de los que quedan excluidos, dice: «Subid a la terraza. Me podréis oír igualmente». 293.3

Sale con los apóstoles y las cuatro mujeres. Sigue en sentido contrario el mismo recorrido del hospedero. Entra en el patio grande. La gente alarga el cuello para ver; los más astutos se suben a los pajares, a los carros que están aparcados en uno de los lados, a los bordes de los pilones...

Los dos fariseos se adelantan respetuosísimos para recibirle. Jesús los saluda con su habitual saludo, como si fueran sus más fieles amigos. No obstante, no se detiene a responder a sus preguntas hi-

pócritas: «¿Tan pocos sois? ¿Sin discípulos? ¿Te han abandonado?».

Jesús, continuando su paso, responde serio: «Ningún abandono. Venís de Arbela, donde habéis encontrado a los que me preceden; en Judea habéis encontrado a Judas de Simón, Tomás, Natanael y Felipe».

El fariseo corpulento no se atreve a seguirle más y se para de golpe, colorado como una brasa. El otro, más descarado, insiste: «Es verdad. Pero, precisamente sabíamos que estabas con discípulos fieles y con las mujeres, y nos extrañaba verte con tan pocos. Queríamos ver tus nuevas conquistas para congratularnos contigo» y ríe falaz.

«¿Mis nuevas conquistas? ¡Aquí están!» y Jesús hace un gesto en semicírculo señalando a la multitud, que, en su mayor parte, son de la Transjordania, o sea, de esta región donde está Bosrá. Luego, sin darle al fariseo tiempo para replicar, empieza su discurso.

293.4 [4]«"Me han buscado los que antes no se hacían cuestión de mí, me * han encontrado los que antes no me buscaban. Y he dicho: 'Aquí estoy, aquí estoy' a una nación que no invocaba mi Nombre".

¡Gloria al Señor, que habla la verdad por la boca de los Profetas! Yo, verdaderamente, al ver a esta muchedumbre que se apiña en torno a mí, exulto en el Señor, porque veo cumplidas las promesas que el Eterno me hizo cuando me envió al mundo, aquellas promesas que Yo mismo encendí, con el Padre y el Paráclito, en el pensamiento, en la boca, en el corazón de los Profetas, aquellas promesas que conocí antes de ser Carne y me incitaron a vestirme de carne. Y me sostienen. Sí, me sostienen frente al odio, el rencor, la sospecha y la mentira. Me han buscado los que antes no se hacían cuestión de mí, me han encontrado los que no me buscaban. ¿Por qué esto, si aquellos a quienes he tendido la mano diciendo: "Aquí estoy", por el contrario, me han rechazado? Y éstos me conocían, mientras que aquéllos no me conocían. ¿Entonces?

He aquí la clave del misterio. Ignorar no es pecado, renegar sí. Demasiados de los que tienen noticia de mí —a los cuales he tendido la mano— me han renegado como si fuera espurio, o un ladrón, o un diablo corruptor; porque en su soberbia han apagado la fe, se han descarriado por caminos no buenos, retorcidos, pecaminosos, abandonando el camino que mi voz les indica. El pecado está en el corazón, en los platos, en los lechos, en los corazones, en las mentes de este pueblo que me rechaza y que, viendo reflejada en todas partes

---

* *Me han buscado...* es cita de *Isaías 65, 1.* Pero las palabras de Jesús se refieren también a los versículos siguientes y a *Isaías 63.*

su propia impureza, la ve también en mí, más concentrada aún por su odio; y entonces me dice: "Aléjate porque eres impuro".

¿Qué habrá de decir, pues, Aquel que viene con sus vestiduras teñidas de rojo, vestido de esplendor, caminando en la grandeza de su fuerza? Va a cumplir ya lo que dice Isaías, no va a guardar silencio, pero, ¿verterá en el interior de ellos cuanto se merecen? No. Antes debe pisar en su lagar, completamente solo, abandonado por todos, para hacer el vino de la Redención. El vino que embriaga a los justos para hacerlos bienaventurados, el vino que embriaga a los culpables del gran pecado para triturar su sacrílego poder. Sí. Mi vino, el que va madurando hora tras hora al sol del eterno Amor, significará ruina y salvación de muchos, como ha dicho una profecía no escrita aún, mas sí depositada en la roca sin hendidura de que ha brotado la Vid que produce el Vino de Vida eterna.

[5]¿Entendéis? No, no entendéis, doctores de Israel. Pero no importa que no entendáis. Está descendiendo sobre vosotros la tiniebla de que habla Isaías: "Tienen ojos pero no ven, oídos pero no oyen". Con vuestra malignidad os protegéis de la Luz; así se podrá decir que la Luz ha sido rechazada por las tinieblas y el mundo no ha querido conocerla. 293.5

Sin embargo, vosotros, vosotros que viviendo en las tinieblas habéis sabido creer en la Luz que os anunciaban, vosotros que la habéis deseado, buscado y encontrado, exultad. Exulta, pueblo de los fieles que has venido a la Salud, por montes, ríos, valles y lagos, sin contar el peso del largo camino. Lo mismo se hace por el otro camino, espiritual, que es el que, de las tinieblas de la ignorancia, te conducirá, pueblo de Bosrá, a la luz de la Sabiduría.

¡Exulta, pueblo de la Auranítida! Exulta en la alegría de conocer. Verdaderamente también de ti se habla, y de tus pueblos limítrofes, cuando canta el Profeta que vuestros camellos y dromedarios se apiñarán por los caminos de Neftalí y Zabulón, para llevar adoración al verdadero Dios y para ser sus siervos en la santa y dulce ley que sólo impone la observancia de los diez preceptos del Señor, a cambio de paternidad divina y bienaventuranza eterna: amar al verdadero Dios con la totalidad de uno mismo, amar al prójimo como a uno mismo, respetar los sábados sin profanarlos, honrar a los padres, no matar, no robar, no cometer adulterio, no ser falso en los testimonios, no desear la mujer ni las cosas de los demás. Bienaventurados vosotros si, viniendo desde más lejos, superáis a los que estaban en la casa del Señor, y que la han dejado, aguijoneados por los diez preceptos de Satanás: el desamor a Dios, el amor a uno mismo, la corrupción del culto, la dureza con los padres, el deseo homicida, el afán de hur-

tar la santidad ajena, la fornicación con Satanás, los falsos testimonios, la envidia por la naturaleza y misión del Verbo, el horrendo pecado que fermenta y va madurando en el fondo de los corazones, *de demasiados corazones.*

293.6 [6]¡Exultad, vosotros los sedientos, los hambrientos, los afligidos! ¿Erais los repudiados, los proscritos, los despreciados, los extranjeros? ¡Venid! ¡Exultad! Ahora ya no. Yo os doy casa, bienes, paternidad, patria. Os doy el Cielo. ¡Seguidme, porque soy el Salvador! ¡Seguidme, porque soy el Redentor! ¡Seguidme, pues soy la Vida! ¡Seguidme, pues soy Aquel a quien el Padre no niega gracias! ¡Exultad en mi amor! ¡Exultad! Para que veáis —vosotros que me habéis buscado con vuestros dolores, que habéis creído en mí antes de conocerme— que os amo, para que este día sea de verdadera exultación, oro así: "¡Padre, Padre santo! ¡Sobre todas las heridas, las enfermedades, las llagas de los cuerpos, las angustias, los tormentos, los remordimientos de los corazones, sobre todas las fes que están naciendo, sobre las que vacilan, sobre las que se fortalecen, descienda, descienda salud, gracia, paz! ¡Paz en mi Nombre! ¡Gracia en tu Nombre! ¡Salud por nuestro recíproco amor! ¡Bendice, oh Padre santísimo! ¡Recoge y funde en un solo rebaño a estos tus hijos e hijos míos dispersos! ¡Haz que donde esté Yo estén ellos, una sola cosa contigo, Padre santo, contigo, conmigo y con el divinísimo Espíritu!"».

Jesús, con los brazos abiertos en forma de cruz, las palmas elevadas hacia el cielo, el rostro alzado, su voz sonando aguda e intensa como una trompeta de plata, ha hablado arrolladoramente... Ahora se queda así, en silencio, durante unos minutos. Luego sus ojos de zafiro dejan de mirar al cielo para mirar al vasto patio lleno de gente, que suspira emocionada y vibra de esperanza; las manos se juntan extendiéndose levemente hacia delante, y, con una sonrisa que le transfigura, lanza su último grito: «¡Exultad, vosotros que creéis y esperáis! ¡Pueblo que sufre, yérguete y ama al Señor Dios tuyo!».

293.7 [7]Simultánea y globalmente, se produce la curación de todos los enfermos: un clamor de trino y trueno, de gritos y voces, se eleva para ensalzar al Salvador. Desde el fondo del patio, todavía arrastrando la sábana que la cubría, una mujer hiende la muchedumbre para caer a los pies del Señor. El clamor de la gente se hace distinto, de terror: «¡María, la leprosa, la mujer de Joaquín!» y huyen en todas las direcciones.

«¡No temáis! Está curada. El contacto con ella ya no os puede hacer ningún daño» dice Jesús en tono tranquilizador. Y luego dice a la mujer que está prosternada: «Levántate, mujer. Tu gran esperanza te ha premiado y te merece el perdón de haber conculcado la pruden-

cia que debías guardar con los hermanos. Vuelve a tu casa después de las purificaciones por la curación».

La mujer, joven y pasablemente guapa, llora mientras se pone de pie. Jesús la muestra a la gente, que se acerca un poco, admira el milagro y expresa con gritos su maravilla:

«El marido la adoraba. Le había construido un refugio en el extremo de sus tierras y todas las tardes iba y, llorando, le daba comida...».

«Había enfermado por su piedad, atendiendo a un mendigo que no había dicho que era leproso».

«Pero, ¿cómo ha venido María, la buena?».

«Con esa camilla. ¿Cómo no hemos pensado que eran dos servidores de Joaquín?».

«Se han arriesgado a que los lapidaran».

«¡Su ama! La quieren, sabe hacerse querer más que a uno mismo...».

Jesús hace un gesto y todos guardan silencio: «Habéis visto que el amor y la bondad provocan el milagro y la alegría. Sabed ser buenos, pues. Puedes marcharte, mujer. Nadie te hará ningún mal. Paz a ti y a tu casa».

La mujer sale seguida por los servidores, que han prendido fuego a la camilla en medio del patio; detrás de ella, mucha gente.

[8]Jesús, después de escuchar a alguno, despide a la multitud y se 293.8
retira a casa seguido de los que estaban con Él.

«¡Qué palabras, Maestro!».

«¡Qué transfigurado estabas!».

«¡Qué voz!».

«¡Y qué milagros!».

«¿Has visto cuándo han desaparecido los fariseos?».

«Se han marchado reptando como dos lagartos después de las primeras palabras».

«Los de Bosrá y de todos estos pueblos tienen de ti un recuerdo espléndido...».

«Madre, ¿y tú qué dices?».

«Te bendigo, Hijo. Por mí y por ellos».

«Y tu bendición me acompañará hasta que nos volvamos a reunir».

«¿Por qué dices eso, Señor? ¿Es que las mujeres nos dejan?».

«Sí, Simón. [9]Mañana, con los primeros albores, Alejandro parte 293.9
para Aera. Iremos con él hasta el camino de Arbela, luego le dejaremos... con dolor, créeme, Alejandro Misax, tú que has sido un amable guía del Peregrino. Te recordaré siempre, Alejandro...».

La emoción se transparenta en el anciano. Está saludando con los brazos cruzados, con gran reverencia, a la manera oriental, un poco inclinado, frente a Jesús. Mas, al oír estas palabras, dice: «Sobre todo, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino».

«¿Lo deseas, Misax?».

«Sí, mi Señor».

«Yo también deseo una cosa de ti».

«¿Cuál, Señor? Si puedo, te la daré; aunque fuera la cosa más valiosa que poseo».

«Es la más valiosa. Quiero tu alma. Ven a mí. Al principio del viaje te dije que esperaba ofrecerte un don al final. El don es la Fe. ¿Crees en mí, Misax?».

«Creo, Señor».

«Entonces santifica tu alma, para que la Fe no signifique para ti un don que no sólo sería ineficaz sino incluso perjudicial».

«Mi alma es vieja. Pero me esforzaré en hacerla nueva. Señor, soy un viejo pecador. Pero, absuélveme y bendíceme para que desde ahora empiece una vida nueva. Llevaré conmigo tu bendición como la mejor ayuda en mi camino hacia tu Reino... ¿No nos vamos a volver a ver, Señor?».

«Nunca más en esta tierra. Pero tendrás noticias mías y tu fe aumentará, porque no te dejaré sin evangelización. Adiós, Misax. Mañana tendremos poco tiempo para saludarnos. Saludémonos ahora, antes de comer juntos por última vez».

Le abraza y le besa. También lo hacen los apóstoles y los discípulos, mientras que las mujeres saludan con un único saludo.

Pero Misax se arrodilla casi delante de María diciendo: «Tu luz de pura estrella de la mañana resplandezca en mi pensamiento hasta la muerte».

«Hasta la Vida, Alejandro. Ama a mi Hijo y me amarás a mí, y yo te amaré».

293.10 [10]Simón Pedro pregunta: «¿Pero de Arbela vamos a ir a Aera? Tengo miedo de que nos coja el mal tiempo. Mucha niebla... Hace tres días que baja al alba y al atardecer...».

«Porque aquí hemos descendido. ¿No te parece que hemos bajado mucho? De todas formas es así. A partir de mañana subirás hacia los montes de la Decápolis y ya no tendrás nieblas» explica Misax.

«¿Hemos bajado? ¿Cuándo? Era camino llano...».

«Sí, pero en continua bajada. ¡Tan suave que no se advierte! ¡Pero por millas y millas!...».

«¿Cuánto tiempo estaremos en Arbela?».

«Tú, Santiago y Judas, ni siquiera una hora» dice resueltamente

Jesús.

«¿Yo... Santiago y Judas... ni siquiera una hora? ¿Y a dónde voy, si no estoy con todos vosotros?».

«A otro lugar. Hasta las tierras que custodia Cusa. Acompañarás con los otros a mi Madre y a las mujeres hasta allí. Luego seguirán solas con los servidores de Juana, y vosotros volveréis y os reuniréis conmigo en Aera».

«¡Oh, Señor, me castigas porque estás enojado conmigo!... ¡Cuánto dolor me causas, Señor!».

«Se siente castigado quien tiene conciencia de culpa, Simón. Esta conciencia de culpa, y no el castigo en sí mismo, debe producir dolor. Pero no creo que sea un castigo el acompañar a mi Madre y a las discípulas en el camino de regreso».

«¿Pero no sería mejor que vinieras Tú también con nosotros? Deja Aera, y estos lugares, y ven con nosotros».

«He prometido que iría e iré».

«Pues entonces voy también yo».

«Tú obedece como hacen mis hermanos sin protestar».

«¿Y si encuentras fariseos?».

«Ciertamente no eres tú el más indicado para convertirlos. Pero precisamente porque los voy a encontrar es por lo que quiero que tú, con Santiago y Judas, os separéis antes de Arbela con las mujeres y con Juan de Endor y Margziam».

«¡Ah!... ¡Entiendo! Bien».

Jesús se vuelve hacia las mujeres y las bendice, una a una, dándoles a cada una consejos apropiados.

La Magdalena, al agacharse a besar los pies de su Salvador, pregunta: «¿Te voy a ver antes de volver a Betania?».

«Sin duda, María. Para Etanim estaré en el lago».

## 294. La rica dádiva del mercader. Adiós a la Madre y a las discípulas.

3 de octubre de 1945.

[1]La veneración de Misax se pone de manifiesto la mañana si- 294.1
guiente ofreciendo los camellos para recorrer los primeros kilómetros de camino (ha dispuesto que se coloque la carga de forma que sea cómoda concavidad para los inexpertos caballeros). Es discretamente cómico el ver emerger de entre bultos y cajas las cabezas morenas o rubias, con sus cabellos largos hasta las orejas en el caso de los hombres, o con las trenzas que sobresalen de la mata de pelo

oculta bajo el velo de las mujeres. A veces el viento de la carrera, porque los camellos van deprisa, echa hacia atrás estos velos y brillan al sol los cabellos de oro encendido de María de Magdala o los más tenuemente rubios de María Stma.; mientras que las cabezas morenas o levemente negras de Juana, Síntica, Marta, Marcela, Susana y Sara adquieren reflejos de añil o bronceaduras obscuras; y las cabezas canas de Elisa, Salomé y María Cleofás parecen espolvoreadas de plata bajo el límpido sol que las caldea. Los hombres van con destreza en el nuevo medio de transporte, y Margziam ríe feliz.

Se constata que la afirmación del mercader era verdadera cuando,volviéndose, se ve allá abajo Bosrá con sus torres y sus altas casas en medio del dédalo de estrechas calles. Al noroeste se presentan leves colinas. Es por la base de estas colinas por donde avanza el camino que lleva a Aera, es allí donde se detiene la caravana para que bajen los peregrinos y separarse. Los camellos se arrodillan, con su cabeceo muy sensible, que hace gritar a más de una mujer. Me doy cuenta ahora de que las mujeres habían sido prudentemente aseguradas a las sillas con ligaduras. Bajan, un poco aturdidas de tanto balanceo, pero descansadas.

Baja también Misax, que había llevado en su silla a Margziam, y, mientras los camelleros colocan de nuevo la carga en su forma habitual, se acerca a Jesús para una nueva despedida.

«Gracias, Misax. Nos has ahorrado mucha fatiga y mucho tiempo».

«Sí. En una hora escasa hemos recorrido más de veinte millas. Los camellos tienen patas largas. De todas formas su ambladura no es delicada, y espero que no la hayan sufrido demasiado las mujeres».

Todas las mujeres confirman que están descansadas y sin padecimientos.

«Ya estáis sólo a seis millas de Arbela. Que el Cielo os acompañe y os dé un camino ligero. Adiós, mi Señor. Permíteme que bese tus pies santos. Me alegro de haberte encontrado, Señor. Acuérdate de mí».

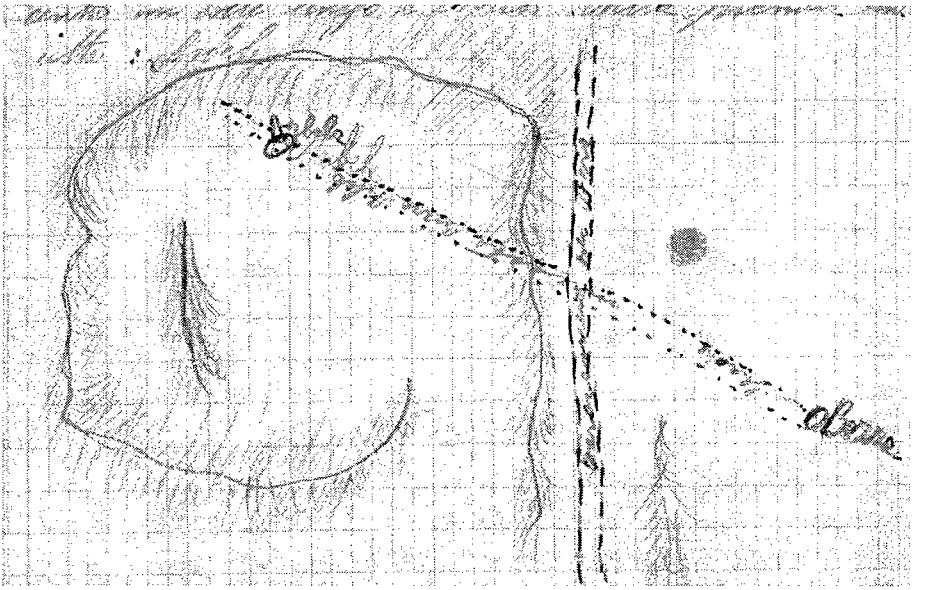
Misax besa los pies de Jesús y luego sube de nuevo a la silla; su *crrr crrr* hace alzar a los camellos.... y la caravana parte al galope por el camino llano, entre nubes de polvo.

«Es un hombre bueno. Estoy todo magullado, pero en compensación los pies han descansado. ¡Pero qué bamboleos! ¡Mucho más que una tempestad de tramontana en el lago! ¿Os reís? No tenía almohadones como las mujeres. ¡Viva mi barca! Sigue siendo la cosa más
294.2 limpia y segura. [2]Y ahora vamos a cargar con los talegos y nos pone-

mos en marcha».

Es una competición por cargarse más que los demás. La ganan los que se quedan con Jesús, o sea, Mateo, el Zelote, Santiago y Juan, Hermasteo y Timoneo, los cuales cogen todo para dejar libres a los tres que van a ir con las mujeres, es más cuatro, porque va también Juan de Endor, aunque su ayuda será muy relativa por su estado de salud tan quebrantado.

Van a buen paso durante unos kilómetros. Ganada la cima del pacífico collado que hacía de mampara por la parte occidental, aparece de nuevo una fértil llanura, circundada de un anillo de collados más altos que el primero que han encontrado, en cuyo centro se alza un * otero de forma alargada. En la llanura, una ciudad: Arbela.



Descienden. Pronto están en la llanura.

Andan todavía un rato; luego Jesús se para y dice: «Ha llegado la hora de la separación. Vamos a comer juntos y luego nos separaremos. Ésta es la bifurcación de Gadara. Vosotros tomaréis ese camino. Es el más corto. Antes del anochecer podréis estar ya en las tierras custodiadas por Cusa».

No se ve mucho entusiasmo, pero... pues se obedece.

---

* *una ciudad: Arbela.* Sigue el dibujo de MV, la cual señaló, en la transversal que une *Bosrá* (Bozra) (al Sureste) con *Arbela* (Arbela) (al Noroeste), el *camino de primer orden Bosrá-Arbela* (Strada maestra Bozra-Arbela) cruzándose con el vertical *Camino de caravanas hacia Aera* (Carovaniera per Aera).

294.3 [3]Mientras están comiendo, Margziam dice: «Entonces también es el momento de darte esta bolsa. Me la ha dado el mercader cuando iba en la silla con él. Me ha dicho: "Se la darás a Jesús antes de separarte de Él, y le dirás que me ame como te ama a ti". Aquí está. Aquí entre la ropa me pesaba. Parece llena de piedras».

«¡A ver! ¡A ver! ¡El dinero pesa!». Todos se muestran curiosos.

Jesús desata los cordones de cuero arroscado que mantienen cerrada la bolsa de piel de gacela —según creo, porque parece gamuza— y vuelca el contenido en su regazo. Ruedan unas monedas, pero son lo menos; caen también muchos saquitos de levísimo lino cendalí: saquitos atados con un hilo. A través del ligerísimo lino se transparentan hermosos colores, y el sol parece encender en esos saquitos una pequeña hoguera, como brasas bajo un fino estrato de cenizas.

«¿Qué es? ¿Qué es? Desata, Maestro».

Todos están inclinados hacia Él, que, muy tranquilamente, desata el nudo de un primer saquito de dorado fuego: topacios de distintas dimensiones, todavía sin labrar, resplandecen libres bajo el sol. Otro saquito: rubíes, gotas de sangre cuajada. Otro: preciado reír de color verde, por lascas de esmeraldas. Otro: láminas de cielo de zafiros puros. Otro: pálidas amatistas. Otro: índigo morado de berilos. Otro: esplendor negro de ónices... Y así hasta doce saquitos. En el último, el más pesado, todo él un cabrilleo de oro de crisólitos, un pequeño pergamino: «Para tu racional de verdadero Pontífice y Rey».

El regazo de Jesús se ha transformado en un diminuto prado sembrado de luminosos pétalos... Los apóstoles hunden sus manos en esta luz hecha materia multicolor. Están asombrados...

Pedro murmura: «¡Si estuviera Judas de Keriot!...».

«¡Calla! Mejor que no esté» dice secamente el Tadeo.

294.4 [4]Jesús pide un trozo de tela para hacer un único saquito de las piedras, y, mientras los comentarios continúan, piensa.

Los apóstoles dicen: «¡Era muy rico ese hombre!». Y Pedro hace reír a los demás diciendo: «Hemos venido trotando sobre un trono de gemas. No pensaba que estaba encima de semejante esplendor. ¡Pero, si hubiera sido más mullido!... ¿Qué vas a hacer con esto ahora?».

«Lo voy a vender para los pobres». Alza los ojos y, sonriendo, mira a las mujeres.

«¿Y dónde encuentras aquí el joyero que te compre esto?».

«¿Dónde? Aquí. Juana, Marta y María, ¿compráis mi tesoro?».

Las tres mujeres, sin siquiera consultarse entre sí, dicen: «Sí» impetuosamente. Pero Marta añade: «Aquí tenemos poco dinero».

«Tenédmelo preparado en Magdala para la nueva luna».

«¿Cuánto quieres, Señor?».

«Para mí nada, para mis pobres mucho».

«Dámelo. Mucho tendrás» dice la Magdalena, y coge la bolsa y se la mete en el seno.

Jesús se queda sólo con las monedas. Se pone en pie. Besa a su Madre, a su tía, a sus primos, a Pedro, a Juan de Endor y a Margziam. Bendice a las mujeres y se despide de ellas. Y ellas se marchan. Se vuelven todavía, hasta que una curva los esconde.

Jesús con los que han quedado —ahora es una comitiva muy reducida, formada solamente por ocho personas— se dirige hacia Arbela. Caminan ligeros y silenciosos hacia la ciudad, cada vez más cercana.

## 295. Palabras y milagros en Arbela, ya evangelizada por Felipe de Jacob.

4 de octubre de 1945.

[1]Con la primera persona a la que se dirigen, preguntándole por Felipe de Jacob, se dan cuenta de lo mucho que ha trabajado el joven discípulo. La persona consultada, una viejecita llena de arrugas, que con fatiga transporta un cántaro lleno de agua, mirando fijamente con sus ojitos hundidos por la edad al hermoso rostro de Juan —que le ha hecho la pregunta sonriendo y precediéndola con un «La paz sea contigo» tan dulce que la anciana ha quedado conquistada— dice: «¿Eres el Mesías?». 295.1

«No. Soy su apóstol. Él viene allí».

La anciana deja en el suelo su cántaro y dirige sus pasos, renqueando, al punto indicado; cuando llega, se arrodilla ante Jesús.

Juan, que está con Simón frente al cántaro, que casi se ha volcado, derramándose la mitad de su contenido, sonríe mientras dice a su compañero: «Creo que es mejor que tomemos este cántaro y vayamos donde la anciana». Toma el cántaro y se encamina, mientras Simón añade: «Nos servirá para beber, que todos tenemos sed».

En llegando donde la viejecita —la cual, no sabiendo exactamente qué decir, repite una y otra vez: «¡Bonito, santo Hijo de la Madre más santa!», arrodillada, bebiéndose con sus ojos la figura de Jesús, quien, a su vez, le sonríe, repitiendo también: «Levántate, madre. ¡Pero mujer, levántate!»—, en llegando, Juan le dice: «Hemos cogido tu cántaro, que casi se había volcado. Hay poca agua. Pero, si nos lo permites, bebemos esta agua y luego te lo llenamos».

«Sí, hijos, sí. Lo que siento es tener solamente agua para vosotros. Leche, como cuando alimentaba a mi Judas, querría tener en

mi pecho, para daros lo más dulce que hay en la tierra: la leche de una madre; vino querría tener, del más selecto, para daros fuerzas... Pero Mariana de Eliseo es vieja y pobre...».

«Tu agua, madre, es para mí vino y leche, porque la ofreces con amor» responde Jesús, y bebe, Él el primero, del cántaro que Juan le ha acercado. Luego beben los demás.

La anciana se ha levantado por fin, y ahora los mira como miraría al Paraíso; pero, al ver que han bebido todos y ahora van a tirar el agua que queda y ya hacen ademán de ir a la fuente que gorgotea en el fondo de la calle, la anciana se interpone defendiendo el cántaro y dice: «No, no. Esta agua de la que ha bebido Él es más santa que el agua lustral. La conservaré con esmero para que me purifiquen con ella cuando muera». Y, aferrando su cántaro, dice: «Me lo
295.2 llevo a casa. Tengo otros. Ya llenaré ésos. [2]Antes ven, Santo, que te enseño la casa de Felipe» y va dando trotecillos, ligera, encorvada toda, todo risueños su rostro rugoso y sus ojillos, avivados por la alegría; va dando trotecillos teniendo cogido el borde del manto de Jesús con sus dedos, como temiendo que se le pueda escapar, y defiende su cántaro de las insistencias de los apóstoles, que quisieran que no llevase ese peso; va dando trotecillos, sí, dichosa, mirando la calle y las casas de Arbela (desierta la primera, cerradas éstas, en el atardecer) con la mirada de un conquistador feliz de su victoria.

Por fin, al pasar de esta calle secundaria a otra más céntrica, en que hay gente que se apresura a llegar a casa —y la gente la observa con asombro, señalándosela unos a otros y preguntándola—, ella espera a que se forme alrededor un corro de gente y grita: «Tengo conmigo al Mesías de Felipe. Corred a decirlo por todas partes; primero a la casa de Jacob. Que estén preparados para glorificar al Santo». Grita hasta desgañitarse. Sabe hacerse obedecer. Le ha llegado, pobre ancianita lugareña, sola y desconocida, la hora de mandar. Y ve a toda una ciudad revolucionada por su imperativo.

Jesús, mucho más alto que ella, le sonríe cuando, de vez en cuando, ella le mira; y le pone una mano en su cabeza senil, con una caricia de hijo que la hace desmayarse de felicidad.

295.3 [3]La casa de Jacob está en una calle céntrica. Abierta de par en par e iluminada, muestra tras el portal una larga entrada, en que hay movimiento de gente con lámparas, personas que, en cuanto Jesús aparece en la calle, corre afuera jubilosa: el joven discípulo Felipe, luego su madre y su padre, parientes, domésticos y amigos.

Jesús se detiene y responde con majestuosidad al reverente saludo de Jacob, luego se agacha hacia la madre de Felipe —la cual, de rodillas, le está venerando— y la hace ponerse de pie, la bendice y le

dice: «Sé siempre feliz por tu fe». Luego saluda al discípulo y al otro que ha venido con él.

La anciana Mariana, a pesar de todo, no suelta el borde del manto, ni su puesto al lado de Jesús, hasta que están ya para poner pie en el atrio. Entonces gime: «¡Una bendición para que yo sea feliz! Ahora Tú estarás aquí... yo voy a mi pobre casa y... ¡todo lo bonito se acabó!». ¡Cuánta nostalgia en esa voz senil!

Jacob, al que su mujer le ha hablado en voz baja, dice: «No, Mariana de Eliseo. Quédate tú también en mi casa, como si fueras una discípula. Quédate el tiempo que el Maestro esté con nosotros, y sé feliz así».

«Dios te bendiga, hombre. Tú comprendes la caridad».

«Maestro... Ella te ha traído a mi casa. Tú me has concedido gracia y caridad. No hago sino restituir, y, en todo caso, míseramente, lo mucho que de ti y de ella he recibido. Entra. Entrad. Quisiera que encontrarais acogedora mi casa».

La multitud, afuera, en la calle, los ve entrar y grita: «¿Y nosotros? Queremos oír su palabra».

Jesús se vuelve: «Es ya de noche. Estáis cansados. Preparad vuestra alma con un santo descanso. Mañana oiréis la Voz de Dios. Por ahora, os acompañen la paz y la bendición».

Y el portal se cierra, cubriendo con ello la felicidad de esta casa.

Santiago de Zebedeo, mientras se purifican del viaje, hace esta observación al Señor: «Quizás hubiera sido mejor hablar inmediatamente y partir al alba. Los fariseos están en la ciudad. Me lo ha dicho Felipe. Te van a crear conflictos».

«Los que habrían tenido conflictos con ellos están lejos. Los problemas que me puedan causar no tienen importancia. El amor anulará»...

[4]Es la mañana del día siguiente... La salida, alegre, entre los familiares de Felipe y los apóstoles. La ancianita va detrás. La cita con los de Arbela, que esperan pacientemente. El camino hacia la plaza principal, donde Jesús empieza a hablar. 295.4

«Se lee en el capítulo octavo del segundo de Esdras esto que ahora os repito aquí: "Llegado el séptimo mes..." (Jesús me dice: "No escribas más. Repito íntegramente las palabras del libro").*

¿Cuándo vuelve a su patria un pueblo? Cuando regresa a las tierras de sus padres. Yo vengo a conduciros de nuevo a las tierras del Padre vuestro, al Reino del Padre. Puedo hacerlo porque para hacer

---

* *las palabras del libro* son las de *Nehemías 8*, porque el primero y el segundo libro de Esdrás reciben, respectivamente, en los nuevos títulos de los libros de la Biblia, los nombres de *libro de Esdras* y *libro de Nehemías*. Cfr. nota de la pág. 218 del volumen 1°.

esto he sido enviado. Vengo, por tanto, a llevaros al Reino de Dios. Es, pues, justo equipararos con los que con Zorobabel regresaron a Jerusalén, la ciudad del Señor; y es justo hacer con vosotros como hiciera Esdras, el escriba, con el pueblo recogido de nuevo dentro de los muros sagrados. Porque, reconstruir una ciudad, dedicándola al Señor, y no reconstruir las almas, cada una semejante a una pequeña ciudad de Dios, es necedad sin igual.

¿Cómo reconstruir estas pequeñas ciudades espirituales, por muchas razones derruidas? ¿Qué materiales se habrán de usar para hacerlas sólidas, hermosas, duraderas? Los materiales están en los preceptos del Señor. Los diez mandamientos. Vosotros los sabéis porque Felipe, hijo vuestro y discípulo mío, os los ha recordado. Los dos santos de entre los preceptos santos, "Ama a Dios con todo tu ser, ama al prójimo como a ti mismo", son el compendio de la Ley. Y estos preceptos predico Yo, porque con ellos segura es la conquista del Reino de Dios. En el amor, uno encuentra la fuerza de conservarse santo o de venir a serlo, la fuerza del perdón, la fuerza de las virtudes heroicas: todo lo encuentra en el amor.

295.5 [5]No es el miedo lo que salva. El miedo al juicio de Dios, a las sanciones de los hombres, a las enfermedades. El miedo nunca es constructivo; antes bien, agita, disgrega, desencaja, quebranta. El miedo lleva a la desesperación; lleva sólo a la astucia para ocultar las malas acciones; lleva sólo a temer, cuando ya el temor es inútil porque el mal ya está en nosotros. ¿Quién se preocupa, mientras está sano, de ser prudente, por piedad hacia su cuerpo? Nadie. Pero en cuanto el primer escalofrío de fiebre culebrea por las venas, o una mancha hace pensar en enfermedades impuras, en ese momento, viene el miedo, como tormento que se agrega a la enfermedad, como fuerza disgregadora en un cuerpo al que ya la enfermedad disgrega.

El amor, por el contrario, construye. El amor edifica, da solidez, mantiene la cohesión, preserva. El amor porta esperanza en Dios; aleja de las malas acciones; conduce a la prudencia hacia el propio cuerpo, que no es el centro del universo (como le creen y le hacen los egoístas, los falsos amantes de sí mismos, porque aman sólo una parte, la menos noble, con perjuicio de la parte inmortal y santa), pero que, en todo caso, debe ser conservado sano, hasta que Dios no decida lo contrario, para ser útiles a nosotros mismos, a la familia, a la propia ciudad, a la nación toda.

Es inevitable que vengan las enfermedades, y no se puede decir que toda enfermedad sea prueba de vicio o castigo. Existen enfermedades santas, enviadas por el Señor a sus justos, para que en el mundo, que de sí mismo hace el todo y el medio del gozo, haya san-

tos como rehenes de guerra para salvación de los demás, los cuales pagan personalmente para expiar con su sufrimiento la dosis de culpa que el mundo diariamente acumula y que acabaría cayendo sobre la humanidad, sepultándola bajo su maldición. ¿Recordáis al anciano Moisés orando mientras Josué combatía en nombre del Señor? Tenéis que pensar que quien sufre con santidad presenta la mayor batalla al más feroz guerrero que habita en el mundo, celado bajo apariencias de hombres y pueblos, a Satanás, el Torturador, el Origen de todo mal; y combate por todos los demás hombres. ¡Mas, cuánta diferencia entre estas santas enfermedades que Dios manda y las enviadas por el vicio a causa de un pecaminoso amor por la carnalidad!: las primeras son pruebas de la voluntad benéfica de Dios; las segundas, pruebas de la corrupción satánica.

Así pues, es necesario amar para alcanzar la santidad, porque el amor crea, preserva, santifica.

[6]Yo también, anunciándoos esta verdad, os digo, como Nehemías 295.6
y Esdras: "Este día está consagrado al Señor Dios nuestro. No guardéis luto, no lloréis". Porque todo luto cesa cuando se vive el día del Señor. La muerte suspende su aspereza, pues de la pérdida de un hijo, del marido, de un padre o una madre o un hermano, se transforma en una separación transitoria y limitada: transitoria, porque con nuestra muerte cesa; limitada, porque se limita al cuerpo, a lo sensible. El alma nada pierde con la muerte del familiar perecido. Es más, de las dos partes, ahora una sola está limitada en su libertad, la nuestra, que todavía permanecemos con el alma encerrada en la carne; la otra parte, la que ha pasado a la segunda vida, goza de la libertad y del poder de velar por nosotros y de obtener para nosotros mucho más que cuando nos amaba en la cárcel de su cuerpo.

Os digo, como Nehemías y Esdras: "Id a comer pingües carnes y a beber dulce vino, y enviad raciones a quienes no tienen, porque es día consagrado al Señor, y en este día ninguno debe sufrir. No os entristezcáis, porque el gozo del Señor, que está entre vosotros, es la fuerza de quien recibe la gracia del Señor altísimo en su ciudad y en su corazón".

Ya no podéis celebrar los Tabernáculos. Su tiempo ha pasado. Alzad, eso sí, tabernáculos espirituales en vuestros corazones. Subid al monte, es decir, ascended hacia la Perfección. Coged ramas de olivo, mirto, palma, encina, hisopo, de los más bellos árboles. Ramas de las virtudes: paz, pureza, heroísmo, mortificación, fortaleza, esperanza, justicia... todas, todas las virtudes. Adornad vuestro espíritu celebrando la fiesta del Señor. *Sus* Tabernáculos os esperan. Los *suyos*. Tabernáculos hermosos, santos, eternos, abiertos a todos aquellos

que viven en el Señor. Y, conmigo, hoy, proponeos hacer penitencia del pasado, proponeos empezar una vida nueva.

No tengáis miedo del Señor. Os llama porque os ama. No temáis. Sois sus hijos como cualquiera de Israel. También para vosotros ha hecho la Creación y el Cielo, y suscitó a Abraham y a Moisés, abrió el mar, creó la nube que guiaba, bajó del Cielo para dar la Ley, abrió las nubes para que soltaran el maná, hizo fecundas a las rocas para que dieran agua. Y ahora, ¡sí!, ahora también para vosotros envía el vivo Pan del Cielo para vuestra hambre, la verdadera Vid y la Fuente de la Vida eterna para vuestra sed. Y, por mi boca, os dice: "Entrad. Tomad posesión de la Tierra que Yo, alzando mi mano, os entrego". Mi Tierra espiritual: el Reino de los Cielos».

295.7 [7]La multitud intercambia palabras entusiastas.

Luego... los enfermos. Muchos. Jesús los manda colocarse en dos filas. Mientras se lleva esto a cabo, pregunta a Felipe de Arbela: «¿Por qué no los has curado tú?».

«Para que tengan lo que yo tuve: la curación por medio de ti».

Jesús pasa bendiciendo, uno a uno, a los enfermos, y se repite el mismo prodigio de ciegos que recuperan la vista, sordos que oyen, mudos que hablan, tullidos que se enderezan, fiebres y estados de debilidad que desaparecen.

295.8 Las curaciones han quedado concluidas. [8]Al final, después del último enfermo, están los dos fariseos que habían ido a Bosrá y otros dos.

«Paz a ti, Maestro. ¿A nosotros no nos dices nada?».

«He hablado para todos».

«Pero nosotros no tenemos necesidad de esas palabras. Somos los santos de Israel».

«A vosotros, que sois maestros, os digo: comentad entre vosotros el capítulo que sigue, el noveno del segundo de Esdras, recordando * cuántas veces Dios ha tenido misericordia con vosotros hasta el presente; y, dándoos golpes de pecho, repetid, como si fuera una oración, la conclusión del capítulo».

«Bien has dicho, bien has dicho, Maestro. ¿Y tus discípulos lo hacen?».

«Sí, es lo primero que exijo».

«¿Todos? ¿Incluso los homicidas que hay en tus filas?».

«¿Os hiede el olor de la sangre?».

«Es voz que clama al Cielo».

---

* *El noveno* [capítulo] *del segundo* [libro] *de Esdras* corresponde a *Nehemías 9*, según la aclaración de la nota precedente.

«Pues entonces no imitéis nunca a quienes la derraman».

«¡No somos asesinos!».

Jesús clava en ellos sus ojos taladrándolos con su mirada.

No se atreven a decir nada durante un rato. Pero se ponen en la cola del grupo que vuelve a la casa de Felipe, el cual se siente obligado a invitarlos a entrar y a participar en el banquete. «¡Con mucho gusto, con mucho gusto! Así estaremos más tiempo con el Maestro» dicen haciendo enormes reverencias.

Pero una vez dentro de la casa parecen sabuesos... Miran, ojean, hacen preguntas astutas a la servidumbre, incluso a la viejecita, que me parece atraída por Jesús como el hierro por el imán. Mas ella responde en seguida: «Ayer he visto sólo a éstos. Vosotros soñáis. Los he acompañado hasta aquí, y el único Juan era esa muchacho rubio y bueno como un ángel». Los fariseos fulminan a la abuelita con un improperio y se vuelven hacia otra parte.

Pero uno de la servidumbre, sin responderlos directamente a ellos, se inclina hacia Jesús, que habla, sentado, con el dueño de la casa, y le pregunta: «¿Dónde está Juan de Endor? Este señor le busca». El fariseo fulmina al hombre y le signa con el apelativo de «necio».

Pero Jesús ya está al corriente de sus intenciones y hay que arreglar las cosas de alguna manera, así que el fariseo dice: «Era para congratularnos con este prodigio de tu doctrina, Maestro, y honrarte a ti a través del convertido».

«Juan está lejos ya para siempre y cada vez estará más lejos».

«¿Ha vuelto a caer en el pecado?».

«No. Está ascendiendo al Cielo. Imitadle y en la otra vida le encontraréis».

Los cuatro no saben qué más decir y, prudentemente, hablan de otras cosas.

Los domésticos anuncian que están preparadas las mesas. Todos pasan a la sala del banquete.

# ÍNDICE DEL VOLUMEN CUARTO

# Índice del volumen cuarto


*Nota del Editor* V

*Texto unificado de los cuatro Evangelios* IX

226. Un signo bueno por parte de María de Magdala. Muerte del anciano Ismael. 2

227. Un episodio incompleto. 4

228. Margziam confiado a Porfiria. 5

229. Discurso a los habitantes de Betsaida sobre el gesto de caridad de Simón Pedro. 8

230. Curación de la hemorroísa y resurrección de la hija de Jairo. 10

231. En Cafarnaúm, Jesús y Marta hablan de la crisis que atormenta a María de Magdala. 15

232. Curación de dos ciegos y de un mudo endemoniado. 21

233. La parábola de la oveja perdida. María de Magdala también la oye. 27

234. Comentario de tres episodios sobre la conversión de María de Magdala. 29

235. Marta ha recibido de su hermana María la certidumbre de la conversión. 37

236. La cena en casa de Simón el fariseo y la absolución a María de Magdala. 39

237. La petición de obreros para la mies, y la parábola del tesoro escondido en el campo. Marta todavía teme por su hermana María. 46

238. Llegada de María Stma. con María de Magdala a Cafarnaúm en medio de una tempestad. 54

239. La parábola de los peces, la parábola de la perla, y del tesoro de las enseñanzas viejas y nuevas. 59

240. En Betsaida, en la casa de Simón, con Porfiria y Margziam, el cual enseña a la Magdalena la oración de Jesús. 65

241. Vocación de la hija de Felipe. Llegada a Magdala y parábola de la dracma perdida. 68

242. Jesús habla sobre la Verdad al romano Crispo, el único que le escucha de Tiberíades. 74

243. En Caná en la casa de Susana. Las expresiones, los gestos y la voz de Jesús. Debate de los apóstoles acerca de las posesiones diabólicas. 83

244. Juan repite un discurso de Jesús sobre la Creación y sobre los pueblos que esperan la Luz. 92

245. Una acusación de los nazarenos a Jesús, rechazada con la parábola del leproso curado. 98

246. Un apólogo para los habitantes de Nazaret, los cuales permanecen incrédulos. 103

247. María Stma. instruye a la Magdalena en orden a la oración mental. 112

248. En Belén de Galilea. Juicio ante un homicidio y parábola de los bosques petrificados. 118

249. María Stma. instruye a Judas Iscariote sobre el deber preeminente de la fidelidad a Dios. 129

250. A los discípulos que han venido con Isaac: la parábola del lodo transformado en llama. Juan de Endor es alma víctima. 133

251. A los pescadores siro-fenicios: la parábola del minero perseverante. Hermasteo de Ascalón. 142

252. El regreso de Tiro. Milagros. Parábola de la vid y el olmo. 148

253. María Stma. devela a María de Alfeo el sentido de la maternidad espiritualizada. La Magdalena debe forjarse sufriendo. 156

254. El encuentro con Síntica, esclava griega y la llegada a Cesarea Marítima. 162

255. Despedida de las hermanas Marta y María, que parten con Síntica. Una lección a Judas Iscariote. 169

256. Parábola sobre la virtud de la esperanza, que sujeta la fe y la caridad. 176

257. Retiro de Jesús y Santiago de Alfeo en el monte Carmelo. 182

258. Jesús revela a Santiago de Alfeo cuál será su misión de apóstol. 185

259. Lección sobre la Iglesia y los Sacramentos a Santiago de Alfeo, que obra un milagro. 193

260. Dos parábolas de Pedro para los campesinos de la llanura de Esdrelón. 203

261. Exhortación a los campesinos de Doras, que ahora lo son de Jocanán. 210

262. Una hija no querida y el papel de la mujer redimida. El Iscariote solicita la ayuda de María. 213

263. Curación del hombre del brazo atrofiado. 223

264. Una jornada de Judas Iscariote en Nazaret. 226

265. Instrucciones a los doce apóstoles al comienzo de su ministerio. 236

266. Los discípulos del Bautista quieren verificar que Jesús es el Mesías. Testimonio sobre el Precursor e invectiva contra las ciudades impenitentes. 247

267. Jesús, carpintero en Corazín. 255

268. Lección sobre la caridad con la parábola de los titos. El yugo de Jesús es ligero. 259

269. La disputa con escribas y fariseos en Cafarnaúm. Llegada de la Madre y de los hermanos. 267

270. Jesús recibe la noticia de que han matado a Juan el Bautista. 277

271. Salida para Tariquea con los apóstoles, que han regresado a Cafarnaúm. 284

272. Reencarnación y vida eterna en el diálogo con un escriba. 288

273. La primera multiplicación de los panes. 293

274. Jesús camina sobre las aguas. Su prontitud en socorrer a quien le invoca. 298

275. Cuatro nuevos discípulos. Jesús habla sobre las obras de misericordia corporal y espiritual. 303

276. El hombre avaro y la parábola del rico necio. Las inquietudes y la vigilancia en los siervos de Dios. 318

277. En Magdala, en los jardines de María. El amor y la corrección entre hermanos. 328

278. El perdón y la parábola del siervo inicuo. La misión confiada a setenta y dos discípulos. 333

279. Encuentro con Lázaro en el campo de los Galileos. 338

280. El regreso de los setenta y dos. Profecía sobre los místicos futuros. 340

281. En el Templo durante la fiesta de los Tabernáculos. Las condiciones para seguir a Jesús. La parábola de los talentos y la parábola del buen samaritano. 344

282. La delación al Sanedrín respecto a Hermasteo, Juan de Endor y Síntica. 359

283. Síntica habla de su encuentro con la Verdad. 365

284. La casita donada por Salomón. Cuatro apóstoles se quedarán en Judea. 371

285. Lázaro ofrece un refugio para Juan de Endor y Síntica. Viaje feliz hacia Jericó sin Judas Iscariote. 373

286. En Ramot con el mercader Alejandro Misax. Lección a Síntica sobre el recuerdo de las almas. 381

287. De Ramot a Gerasa con la caravana del mercader. 389

288. Palabras a los habitantes de Gerasa y alabanza de una mujer a la Madre de Jesús. 393

289. El sábado a Gerasa. Asueto de Margziam. La pregunta de Síntica sobre la salvación de los paganos. 400

290. El hombre de los ojos ulcerosos. El alto en la "fuente del Camellero". Más sobre el recuerdo de las almas. 405

291. Margziam descubre por qué Jesús ora todos los días a la hora nona. 414

292. Insidia de escribas y fariseos en Bosrá. 418

293. Palabras de Jesús y milagros en Bosrá, después de la irrupción de dos fariseos. El don de la fe a Alejandro Misax. 423

294. La rica dádiva del mercader. Adiós a la Madre y a las discípulas. 431

295. Palabras y milagros en Arbela, ya evangelizada por Felipe de Jacob. 435

Las ediciones en castellano
de las obras de Maria Valtorta,
publicadas por el

CENTRO EDITORIALE VALTORTIANO
03036 ISOLA DEL LIRI (FR) - ITALIA
Teléfono ..776.807032
Fax ..776.809789

son distribuidas por:

■ **ARGENTINA:** Editorial Maria Valtorta, Andrés Ferreyra, 3983-3'B - 1437 Capital Federal, Fax 01.9114428, Tel. 01.2088634, ■ **CANADA:** Librairie Médiaspaul, 250 nord, boulevard St-François, Sherbrooke, Québec J1E 2B9, Tel. 819.5695535, Fax 819.5655474 ■ **CHILE:** Fundación "Beata Laura Vicuña", Avda. Matta 762, Casilla 3 Correo 3, Santiago, Tel. 02.5566397, Fax 02.5563130 ■ **ECUADOR:** Librería Espiritual, P.O. Box 6252 CCI, Quito, Tel. 564.519, Fax 5661.445 ■ **ESPAÑA:** Henehsa-Stilfiore S. A., Rosario, 25, 28005 Madrid, Tel. y Fax 3.65.12.75 / Periodicos y Libros, Mª Bernarda Santander Lázaro y Jacinto Miguel Cortes, A. Ctra. Madrid-Barcelona N-II Km. 150 - 42240 Medinaceli (Soria), Tel. y Fax 975.326445 / San Pablo Difusión, Pl. J. Benavente 2, 28012 Madrid, Tel. 91.3694476, Fax 91.3690402 / Distribuidora Balmes s.l., Calle Durán y Bas 11, 08002 Barcelona, Tels. 93.3179443 - 3178094 ■ **MEXICO:** Teodoro García Maldonado, Campos Elíseos 154-302, Col. Polanco, 11580 Mexíco D.F., Tel. 5.5310946, Fax 5.2551479 ■ **SUIZA:** Editions du Parvis, 1648 Hauteville, Tel. 029.51905, Fax 029.52793

# AUTOBIOGRAFÍA

*Volumen "Autobiografia" traducido del italiano por A. Carmen Massari Acquavella.*

*448 págs. y 38 fotografías aparte*

CENTRO EDITORIALE VALTORTIANO
03036 ISOLA DEL LIRI (FR) - ITALIA
Teléfono ..776.807032
Fax ..776.809789